PLUS
ULTRA

Gl. 25

FLORA DE
LA REAL EXPEDICION BOTANICA
DEL NUEVO REINO DE GRANADA

PUBLICADA BAJO LOS AUSPICIOS DE LOS
GOBIERNOS DE ESPAÑA Y DE COLOMBIA
Y MERCED A LA COLABORACION
ENTRE LOS INSTITUTOS DE CULTURA
HISPANICA DE MADRID Y BOGOTA

EDICIONES CULTURA HISPANICA
MADRID
1954

R. 4.125

TOMO PRIMERO

LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

CON TRECE RETRATOS EN COLOR,
DOS EN NEGRO, CUATRO ICONES
ILUMINADOS Y UNO EN NEGRO, DOS
FACSIMILES Y DIBUJOS A PLUMA
RELACIONADOS CON EL TEXTO

EDICIONES CULTURA HISPANICA
MADRID
1954

R. 4.125

SON AUTORES DEL PRESENTE TOMO

ENRIQUE PEREZ-ARBELAEZ, *Director de Investigaciones Geoeconómicas y de Aprovechamiento de la Carta del Instituto Geográfico de Colombia «Agustín Codazzi»*, para los capítulos I a IV, VI a XXX, XXXII, XXXIII y XXXV.

ENRIQUE ALVAREZ LOPEZ, *Jefe de la Sección de Historia de la Botánica del Instituto Cavanilles*, para el capítulo V.

LORENZO URIBE URIBE, S. J., *Director del Instituto de Ciencias Naturales de la Universidad Nacional de Colombia*, para el capítulo XXXI.

EDUARDO BALGUERIAS DE QUESADA, *Director del Real Jardín Botánico del Prado de Madrid*, para el capítulo XXXIV.

ALFREDO SANCHEZ BELLA, *Director del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid*, para los capítulos XXXVI y XXXVII.

PROLOGO de Salvador Rivas Goday, *Director del Instituto Cavanilles del Consejo Superior de Investigaciones Científicas del Estado Español.*

APENDICE de Francisco de las Barras de Aragón.

LAMINAS de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

RETRATOS en color según cromofotografías de Tomás de la Concha.

DIBUJOS a pluma de Francisco Soriano.

De la FLORA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA se editan cincuenta ejemplares distinguidos con números romanos para los Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y Bogotá, y mil novecientos cincuenta con numeración arábiga

Ejemplar número XVIII

OBSEQUIO A LA BIBLIOTECA DEL REAL JARDIN BOTANICO DEL PRADO DE MADRID

Propiedad literaria:

INSTITUTO DE CULTURA HISPANICA
Avenida de los Reyes Católicos. Ciudad Universitaria. Madrid (España)
INSTITUTO COLOMBIANO DE CULTURA HISPANICA
Biblioteca Nacional. Bogotá (Colombia)

FUERON PATRONOS DE LA
REAL EXPEDICION BOTANICA
DEL NUEVO REINO DE GRANADA,
SUS MAJESTADES
DON CARLOS III, DON CARLOS IV Y DON FERNANDO VII,
REYES DE ESPAÑA.

LA FAVORECIERON DE MANERA ESPECIAL
EL MINISTRO DEL DESPACHO GENERAL DE INDIAS
DON JOSE GALVEZ Y GALLARDO, MARQUES DE LA SONORA;
LOS EXCELENTISIMOS SEÑORES
DON ANTONIO CABALLERO Y GONGORA, VIRREY-ARZOBISPO;
DON FRANCISCO GIL Y LEMOS, DON JOSE DE EZPELETA,
DON PEDRO MENDINUETA Y MUSQUIZ
Y DON ANTONIO AMAR Y BORBON,
VIRREYES DEL NUEVO REINO DE GRANADA.

FUE DIRECTOR DE LA EXPEDICION,
BOTANICO Y ASTRONOMO DE SU MAJESTAD,
DON JOSE CELESTINO BRUNO MUTIS Y BOSIO.

Laboraron en ella don Juan Eloy Valenzuela y Mantilla, agregado científico; don Francisco Antonio Zea, auxiliar científico; don Sinforoso Mutis Consuegra, meritorio, director sustituto de Botánica; don Francisco José de Caldas, auxiliar científico y director sustituto de Astronomía; don Jorge Tadeo Lozano, auxiliar científico y director sustituto de Zoología; don Enrique Umaña, auxiliar de Mineralogía; el P. franciscano Fray Diego García, meritorio y comisionado viajero; don José Candamo, encargado del herbario, y don Salvador Rizo Blanco, mayordomo de la Expedición y jefe de los pintores que en diversos períodos y lugares, por más o menos tiempo, dibujaron para ella.

SE INICIO LA PREPARACION
DE LA FLORA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA
DEL NUEVO REINO DE GRANADA
Y LA REDACCION DEL PRESENTE TOMO
CON EL OBJETO DE PRESENTARLOS A LA LUZ PUBLICA,
SIENDO JEFE DEL ESTADO ESPAÑOL
Y GENERALISIMO DE SUS EJERCITOS
EL EXCELENTISIMO SEÑOR DON
FRANCISCO FRANCO BAHAMONDE

Y SUCEDIENDOSE EN EL GOBIERNO DE COLOMBIA
LOS EXCELENTISIMOS SEÑORES
DOCTOR MARIANO OSPINA PEREZ,
DOCTOR LAUREANO GOMEZ,
DOCTOR ROBERTO URDANETA ARBELAEZ
Y TENIENTE GENERAL GUSTAVO ROJAS PINILLA,
PRESIDENTES DE LA REPUBLICA

LOS GOBIERNOS CONFIARON ESTA REALIZACION
A SUS INSTITUTOS DE CULTURA HISPANICA

Se publica la FLORA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA en cumplimiento del Acuerdo Cultural entre España y Colombia celebrado el día 4 de noviembre de 1952, como resultado de los patrióticos esfuerzos llevados a cabo por varios Ministros de Estado de ambos países, por la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, por su correspondiente en Bogotá y por el Real Jardín Botánico de Madrid, custodio solícito de los Archivos de la Expedición, y para satisfacción de un anhelo constante de los promotores de la ciencia, de los conductores de la opinión y de los guardianes de la cultura en una y otra nación.

PROLOGO

Los Gobiernos de España y de la República de Colombia han acordado publicar la Flora de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, y el presente volumen es la Introducción de esa obra monumental.

La disposición de la Flora para la imprenta ha sido confiada al esfuerzo aunado de los Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y Bogotá, y estas entidades, a su vez, han designado un cuerpo científico de especialistas españoles y colombianos para que, en íntima colaboración, verifiquen las investigaciones indispensables complementarias, preparen los textos, obtengan las corresponsalías necesarias y asuman la responsabilidad técnica de la empresa, cuyos primeros frutos editoriales hoy presentamos.

Fué la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada un admirable esfuerzo cultural llevado a cabo por la Corona española en uno de sus territorios americanos. Confiada desde su iniciación por la Majestad del Rey Don Carlos III a uno de los más eminentes científicos que ha producido España, al gaditano Don José Celestino Mutis, sostenida y estimulada por los Monarcas que se sucedieron hasta la muerte de este sabio, recibió tal orientación, ejerció tan saludable influencia social, fijó tan elevados derroteros científicos al país donde actuó; además acumuló tan excelentes y depurados datos y materiales fitogeográficos, padeció vicisitudes de la historia común a España y América, agrupó y sirvió de escuela a tan preclaros elementos humanos, que puede ser considerada como realización tipo de los ideales hispanos en el mundo colonial y como modelo que debemos seguir en nuestro tiempo, para alcanzar la siempre anhelada, nunca suficientemente conseguida, ilímite y trascendente unión espiritual del mundo hispano.

Para que esto se entienda, viene precisamente este volumen previo e introductorio de la Flora.

No fué la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada la mera exploración florística de un territorio, ni menos la recopilación de características sistemáticas de plantas encontradas al azar por exploradores poco o nada vinculados al país que recorren y que luego rinden sus frutos publicitarios en tierras extrañas. Desde que Carlos III la sancionó a través de su Ministro General de Indias, Don José Gálvez, Marqués de la Sonora, aprobando las medidas que tomó el Arzobispo Virrey de Nueva Granada Don Antonio Caballero y Góngora, en 1783, y desde antes, cuando Mutis, en 1760, pisó primera vez en suelo americano, hasta que, por la muerte del sabio, por las convulsiones de la emancipación y por otros varios imponderables de la Historia, se extinguió, fué la Expedición un verdadero Instituto en el sentido moderno, que tomó bajo su responsabilidad el estudio indefinido de los recursos naturales de un área vastísima, la promoción de su aprovechamiento y la educación de una juventud destinada a perpetuar tales intereses. Sobrepasó también la visión integral sobre la naturaleza, predominante, más que ahora, en el siglo XVIII y significó una tendencia que, aun presentada en nuestros días, sería tenida como moderna, porque consistió en la adaptación de los hombres al medio intertropical, promesa de la humanidad.

Los capítulos que siguen a este Proemio, harán ver al lector la verdad de estos asertos, así como las razones que fundamentan el Acuerdo Internacional y que sostendrán el esfuerzo gigantesco requerido por la publicación de la Flora iconográfica de Mutis.

Aunque ceñidos rigurosamente a los documentos históricos, no están modelados como quizás los escribiría un historiógrafo atado a normas de su especialidad en la presentación de sus hallazgos de archivo, ya que se destinan a los botánicos, principales interesados en la información taxonómica de esta Flora. Sólo comprendiendo el ambiente natural, social, político y científico en que actuaron Mutis y su escuela, se aprecia claramente la calidad de su labor, se valora su influencia, se mide su eficacia siempre oportuna, y forman corriente única, como en una antigua catedral, los estilos que la integran, secularmente distanciados. Como tras una trayectoria que sobrepasara las nubes, describiendo una parábola estremecedora que toca sólo las altas cumbres del movimiento hispanista, la creación de Mutis y su equipo, vuelve a nosotros intacta y brillante, después de siglo y medio de vida latente, cuidadosamente custodiada y venerada por los que dirigieron y dirigen el Jardín Botánico de Madrid.

Si cuando en 1932 se celebró el II Centenario del nacimiento de Don José Celestino Mutis, jubileo promovido por Don José Joaquín Casas, Ministro de Colombia en Madrid, por Don José Manuel Pérez Sarmiento, también colombiano y Cónsul en Barcelona, y por muchos científicos españoles y de ultramar, si entonces se hubiese dado por terminada la investigación biográfica, histórica y científica sobre Mutis, la obra actual sería aún imposible. No fué así afortunadamente, sino que eminentes especialistas en diversas disciplinas, estimulados por la atrayente obra de Mutis, se dedicaron con entusiasmo, muchas veces vehemente, a aclarar, unos los detalles de la carrera de su vida, a analizar otros el curso lógico y efectivo de sus móviles, a evocar el «climax» de progreso presagiado por el retorno de su espíritu, en fin, a clasificar en sistemática válida moderna, las maravillosas láminas de plantas, cuyos binomios mutisianos quedaron borrados por circunstancias adversas.

No poco mérito en toda la empresa que va a desarrollarse corresponde al Jardín Botánico de Madrid, hoy día integrante del Instituto Antonio José Cavanilles del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, guardián celoso de los Icones de la Expedición del Nuevo Reino, de sus archivos, de su herbario y de sus colecciones museológicas, los cuales en el Jardín se han conservado más de un siglo, tutelados por el espíritu científico, hispanista y responsable ante el futuro, de sus Directores y del personal a sus órdenes.

Merced a una articulación lógica del pasado, del presente y de un porvenir hoy asegurado, la Flora de la Real Expedición Botánica llegará a ser, cuando se termine, como lo quiso Mutis, una gloria de España, un orgullo de Colombia, un servicio al mundo científico, un estímulo de superación para las mentes jóvenes, una exaltación digna de la Flora, de la cultura y del Creador. Y un hálito de bienaventuranza recreará los espíritus de los que en esta empresa desde Mutis, habremos rendido la jornada.

L. Rivas Goday

INDICE GENERAL DE LA OBRA

Número del tomo	CONTENIDO DEL TOMO	*Número aproximado de láminas de Mutis*
I	La Real Expedición Botánica	
II	Algas, Hongos, Briofitas	60
III	Teridofitas, Gimnospermas, Pandanales, Helobiales, primeras Gramíneas	50
IV	Gramíneas (Conclusión). Ciperáceas	80
V	Príncipes, Sinantas, Espatifloras, Farinosas	52
VI	Lilifloras. Escitamíneas	64
VII	Microspermas	50
VIII	Microspermas (Continuación)	50
IX	Microspermas (Continuación)	50
X	Microspermas (Continuación)	50
XI	Microspermas (Continuación)	50
XII	Microspermas (Conclusión)	50
XIII	Piperales	70
XIV	Miricales, Balanopsidales, Yuglandales, Fagales, Urticales	60
XV	Proteales. Santalales. Aristoloquiales	38
XVI	Poligonales. Centrospermas	60
XVII	Ranales	50
XVIII	Ranales (Conclusión) Roeadales	70
XIX	Rosales	70
XX	Rosales (Conclusión)	60
XXI	Geraniales	50
XXII	Geraniales (Continuación)	60
XXIII	Geraniales (Conclusión)	60
XXIV	Sapindales	37
XXV	Ramnales, Malvales	50
XXVI	Malvales (Conclusión)	50
XXVII	Parietales	50
XXVIII	Parietales (Continuación)	50
XXIX	Parietales (Conclusión)	50
XXX	Opunciales, Mirtifloras	50
XXXI	Mirtifloras (Conclusión)	60
XXXII	Umbelíferas, Ericales	58
XXXIII	Primulales, Ebenales	45
XXXIV	Ebenales, Contortas	50
XXXV	Contortas (Conclusión)	40
XXXVI	Tubifloras	50
XXXVII	Tubifloras (Continuación)	56
XXXVIII	Tubifloras (Continuación)	60
XXXIX	Tubifloras (Continuación)	60
XL	Tubifloras (Continuación)	60
XLI	Tubifloras (Conclusión)	50
XLII	Plantaginales, Rubiales	50
XLIII	Rubiales (Continuación)	50
XLIV	Rubiales (Conclusión)	69
XLV	Cucurbitales, Campanuladas	60
XLVI	Campanuladas (Continuación)	57
XLVII	Campanuladas (Continuación)	50
XLVIII	Campanuladas (Continuación)	50
XLIX	Campanuladas (Continuación)	50
L	Campanuladas (Conclusión)	50
LI	Indices.	
	Total aproximado de las láminas	2.666

INDICE DEL TOMO PRIMERO

Páginas

Página de Honores de la Flora VIII
Página de Honores del Tomo primero IX
Prólogo XI
Indice general de la Flora XII
Résumé bibliographique XIV

PRIMERA PARTE.—Ambiente histórico 3
Capítulo I. Proemio entre murallas 5
» II. Sobre la estela del gran Almirante 7
» III. La España del setecientos 9
» IV. Más allá de los Pirineos 12
» V. Donde no se ponía el sol 15
» VI. Mutis de España y de Colombia 24
» VII. Preparación de una antigua cultura 27
» VIII. Mundo Nuevo 29
» IX. Grandezas y pequeñeces 33

SEGUNDA PARTE.—Trayectoria hacia el corazón de América 35
Capítulo X. De Madrid a Cartagena de Indias 37
» XI. Por el Río Grande de la Magdalena 40
» XII. Camino colonial 43
» XIII. En Santiago de Hontibón 45
» XIV. Santa Fe y el Nuevo Reino 47

TERCERA PARTE.—Proyectos, tentativas y espera 49
Capítulo XV. El médico del Virrey 51
» XVI. En el Mayor del Rosario 54
» XVII. Plan de altivez española 57
» XVIII. *Auri sacra fames* 60
» XIX. El Arzobispo-Virrey 63

CUARTA PARTE.—La Real Expedición Botánica 65
Capítulo XX. En la Mesa de Juan Díaz 67
» XXI. En Mariquita 70
» XXII. Cómo trabajó la Expedición en Mariquita 73
» XXIII. Además de la Botánica 78
» XXIV. Relaciones científicas 80
» XXV. Otra vez la vegetación lanuda 82
» XXVI. El sabio viajero tudesco 85
» XXVII. Los frutos que sazonaron 87
» XXVIII. Amagos de tormenta 90
» XXIX. Muerte al amanecer 92

QUINTA PARTE.—Dispersión en la luz 95
Capítulo XXX. La generación ígnea 97
» XXXI. Los maestros pintores 102
» XXXII. *Dii minores* 107
» XXXIII. La fragata *La Diana* 109
» XXXIV. En el Real Jardín Botánico del Prado, de Madrid 112
» XXXV. No murió, se fué alejando 118
» XXXVI. Presencia de España 119
» XXXVII. Conclusión con urdimbre de esperanza 121

Apéndice.—Documentos sobre Mutis y la Real Expedición en el Archivo de Indias 125
Bibliografía de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino 137
Indice de láminas y de figuras 141
Indice de nombres 142
Colofón 147

RÉSUMÉ BIBLIOGRAPHIQUE

Les Gouvernements de l'Espagne et de la République de Colombie ont décidé la publication de la *Flore de l'Expédition Royale Botanique du Nouveau Royaume de Grenade*. Ce célèbre institut naturaliste, fondé par le Roi d'Espagne Charles III, fut confié à la direction de don JOSEPH CELESTINO MUTIS et reçut l'appui de savants notables de l'époque. Pendant plus d'un demi siècle—de 1760 à 1816—l'Expédition Royale Botanique recueillit de nombreuses collections, dessins de plantes et manuscrits de descriptions botaniques, ayant pour theâtre de ses opérations le vaste territoire de l'ancienne Nouvelle Grenade, qui de nos jours constitue la Colombie. Par l'influence très profonde qu'elle exerça sur le développement d'un sentiment d'autonomie dans certains pays sud-américains, l'Expédition Botanique de Mutis mérite d'être signalée comme l'œuvre culturelle la plus féconde accomplie par l'Espagne dans ses anciens territoires du Nouveau Monde.

L'œuvre monumentale dont la publication commence avec ce Tome I comprendra cinquante-et-un volumes dans lesquels paraîtront, accompagnés des descriptions taxonomiques respectives, les merveilleux dessins éxécutés sous la direction de Mutis et représentant en couleurs naturelles environ 3000 espèces de plantes de la Nouvelle Grenade. La préparation de ce Tome I, contenant l'Introduction, a été confiée par les gouvernements respectifs de l'Espagne et de la Colombie aux soins des Instituts de Culture Hispanique de Madrid et de Bogotá. Cette Introduction montre le milieu naturel, social, politique et scientifique dans lequel se sont déroulés les travaux de l'Expédition.

La Flore de l'Expédition Royale Botanique du Nouveau Royaume de Grenade sera certainement un des plus grands efforts réalisés dans le domaine de la Botanique descriptive, surtout au point de vue historique et artistique.

Ce premier tome est illustré de trèize portraits en couleurs, deux portraits en noir, deux fac-similés de documents autographes, quatre gravures en couleurs représentant deux plantes dessinées d'après nature par des artistes de l'Expédition, une gouache, et plusieurs dessins à la plume.

PREMIÈRE PARTIE: LE MILIEU HISTORIQUE

Chapître I. Présentation historique de J. C. Mutis.—II. Le prélude de la conquête de l'Amérique.—III. La renaissance culturelle et coloniale de l'Espagne au XVIII[ème] siècle.—IV. Le mouvemente botanique dans le Nord de l'Europe au XVIII[ème] siècle.—V. La Botanique Hispanique au XVIII[ème] siècle.—VI. Un homme personifiant l'Espagne devant un Continent.—VII. Les études de J. C. Mutis en Espagne. VIII. Le Nouveau Monde, objet des études de J. C. Mutis.—IX. Difficultés pour le travail scientifique au Nouveau Royaume.

DEUXIÈME PARTIE: PÉNÉTRATION À L'INTÉRIEUR DE L'AMÉRIQUE

Chapître X. Le voyage de Mutis commence à Madrid.—XI. Et se poursuit sous les tropiques.—XII. Comment on voyageait sur les chemins américains.—XIII. La vie intime de la Cour Vice-Royale à Santa Fe de Bogotá.—XIV. Le Nouveau Monde et ses conditions sociales et politiques.

TROISIÈME PARTIE: PROJETS, TÂTONNEMENTS ET ATTENTE

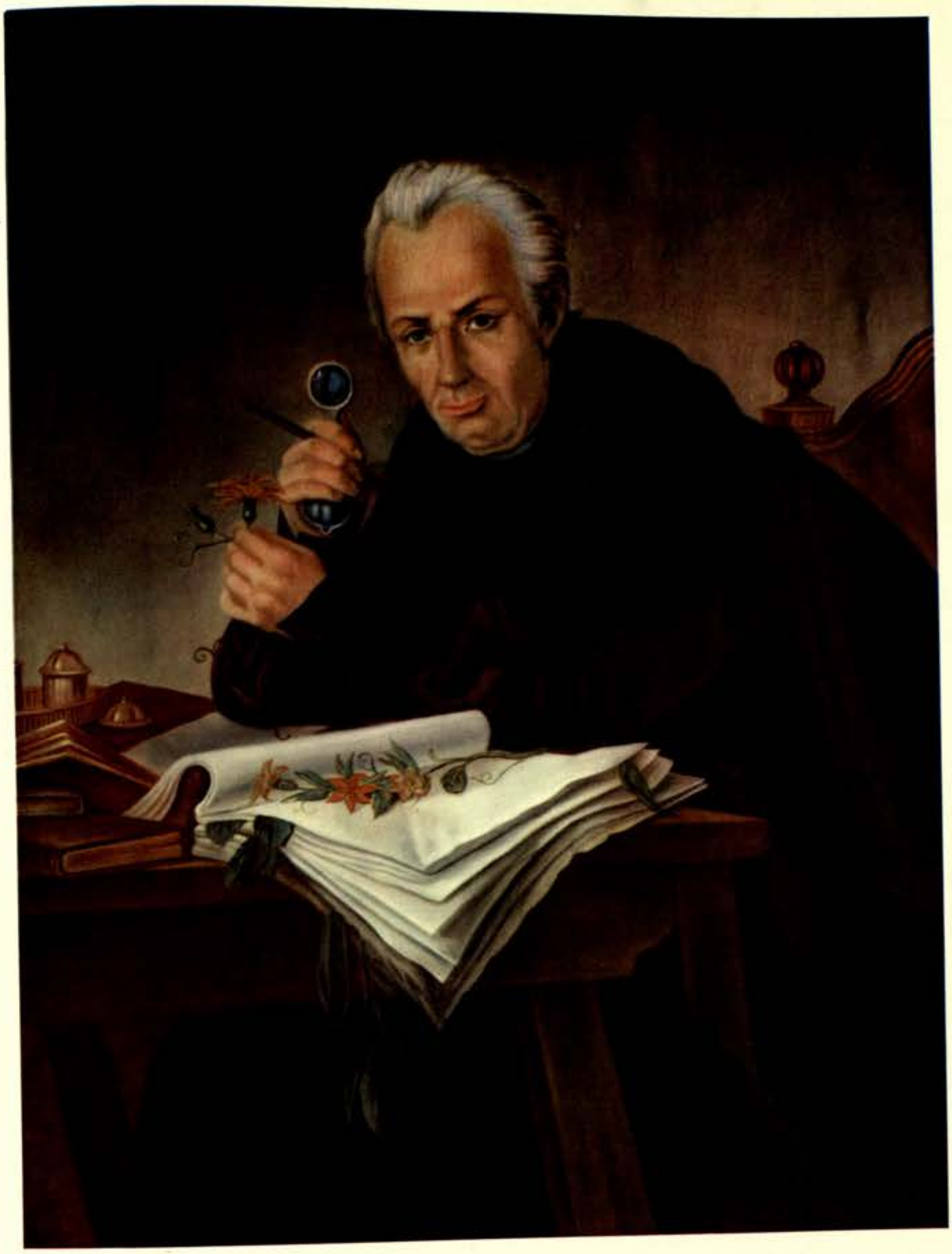
Chapître XV. Les premières activités de Mutis au Nouveau Royaume.—XVI. Mutis professeur.—XVII. La signification scientifique, économique et sociales de l'Expédition Royale.—XVIII. Recherche de l'or, des plantes et des animaux.—XIX. L'Archevêque-Vice-Roi Caballero y Góngora qui ordonna et protégea l'Expédition.

QUATRIÈME PARTIE: L'EXPÉDITION BOTANIQUE ROYALE

Chapître XX. Au village appelé La Mesa de Juan Díaz.—XXI. L'Expédition à Mariquita.—XXII. L'ambiance et le travail scientifique réalisé à Mariquita.—XXIII. Les travaux de Mutis autres que la Botanique.—XXIV. Relations scientifiques.—XXV. L'Expédition à Santa Fe de Bogotá.—XXVI. Humboldt et Bonpland au Nouveau Royaume.—XXVII. Les efforts de Mutis pour publier ses œuvres.—XXVIII. Le mouvement d'indépendance.—XXIX. La mort de Mutis.

CINQUIÈME PARTIE: DISPERSION RAYONNANTE

Chapître XXX. Les fondateurs de la République de Colombie et l'Expédition.—XXXI. Les artistes peintres, auteurs de l'Iconographie. XXXII. Les amis de Mutis.—XXXIII. Les matériaux de l'Expédition sont emportés en Espagne.—XXXIV. Les soins pris pour leur conservation au Jardin Botanique de Madrid.—XXXV. La tradition botanique en Colombie.—XXXVI. Essais pour publier la Flore de Mutis. XXXVII. L'espoir de deux nations.



DON JOSE CELESTINO MUTIS
estudiando la Mutisia *y el Canelo de Andaquíes. Retrato conservado en el Jardín Botánico de Madrid y que lleva la signatura: C. A. Machado - Copia, 1882.*

LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO DE GRANADA

PRIMERA PARTE

AMBIENTE HISTORICO

SCENARIO sorprendente, donde por primera vez se tocaban las Españas: la peninsular y la dilatada en América tropical, Cartagena de Indias nos brinda el decorado de su bahía, de sus murallas, de sus mercados, de sus gentes y de sus proezas, para presentar—desembarcando en su orilla—a don José Celestino Mutis, la figura central de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

También Mutis había de servir como punto de contacto entre un mundo donde la primera conquista había dejado hondos surcos de discriminaciones sociales; entre las inquietudes de superación mental y de autarquía económica que agitaron la España de Carlos III; entre las corrientes científicas de Europa en el setecientos, cuando nacían vigorosas las ciencias positivas determinándose la exploración naturalista del intertrópico; entre los adelantos intelectuales de la Madre Patria y el continente suramericano, pululante de promesas.

Si la personalidad de Mutis es, dentro de la historia española, una de tantas, en el magnífico desfile de sus patriotas, de sus sabios, de sus ascetas y de sus empresarios colosales; para la América toda, representa un nuevo genio de la incorporación a la cultura europea, de las tierras, de las gentes y de los espíritus que formaban el heterogéneo complejo de las Indias. Despertó la fe en nosotros mismos, borró los límites que trazara el océano y por eso lo llamamos primero entre los colonos y ponemos su vida como dechado en que se realizan las más depuradas intenciones de España en relación con sus provincias ultramarinas.

La empresa de Mutis, inspirada en la sangre española; en una educación universitaria genuinamente hispana; en una consonancia perfecta con la Corte de Madrid, resarce a la Hispanidad de los errores cometidos por algunos de nuestros adelantados de la ocupación inicial; errores que obedecieron a las locuras de selva y soledad, al choque con el mundo indígena incomprensible; a las ideas impositivas y recias que eran generales a todos los pueblos de Europa en esa época, que se llamó de la bizarría, y a la vida marinera de entonces que daba una última mano de aspereza a las voluntades de quienes viajaban al Nuevo Mundo, llenos de ambiciones, con un compromiso celebrado ante la Casa de Contratación de Sevilla y con una ilusión de ganancias, engendrada en la Torre del Oro, que domina el puerto del Guadalquivir.

El ambiente español en que se desarrolló la Expedición Botánica del Nuevo Reino se caracteriza por esos rezagos de la violencia primera; por las corrientes científicas venidas del extranjero cuando Carlos Linné empezaba a catalogar, en Suecia, con un criterio universalista, los seres orgánicos del planeta; por el empeño que se desarrolló, más que en ninguna otra de Europa, en la Corte madrileña, de indagar los recursos naturales de las provincias allende el mar y, finalmente, por el despertar luminoso de las Universidades, Academias y Centros científicos españoles, donde bebió Mutis su insaciable afán de saber y de servir.

Aquella materialidad deprimente y esta espiritualidad surgente desarrollaron en su alma la mayor ambición de su vida que era alcanzar el título de Botánico de Su Majestad y de leal vasallo, como las ciudades emulaban por recibir de sus reyes el calificativo de muy nobles y muy leales.

Finalmente, se da en esta primera parte una idea somera de la geografía, de la geomorfología, de la naturaleza viva y de las gentes de esa América, abrazada por Mutis como objeto de sus múltiples e intensas actividades. En el mundo púber, los bosques estaban plenos de incógnitas; las distancias y las vías asperísimas propiciaban el aislamiento y el olvido; la vida ciudadana apenas se insinuaba.

Y en ese ambiente, a sus veintiocho años, se sumergía Mutis, gaditano, médico del virrey Don Pedro Messía de la Cerda, al pisar por primera vez las playas de Cartagena de Indias, entre un grupo de funcionarios del Gobierno, de soldados, de mercaderes y de marineros.

CAPITULO PRIMERO

PROEMIO ENTRE MURALLAS

Multum ille et terris iactatus et alto.

VIRGILII MARONIS, **Aeneis.**

Los cañones de los fuertes atronaban la bahía replicando el de Manga a Manzanillo; San Luis a San Felipe (1), y desatando surtidores de cohetes, por encima de las barriadas, de las islas, de los canales y de los numerosos navíos surtos en ellos, porque en tales momentos, a las diez de una mañana bonancible, el miércoles 29 de octubre de 1760, con todas las velas izadas, entraba por Bocachica a Cartagena de Indias, el navío de guerra *Castilla*, de la Armada de Su Majestad, a bordo del cual venía a gobernar el Nuevo Reino de Granada, el excelentísimo señor Bailío, frey Don Pedro Messía de la Zerda y Cárcamo, Marqués de la Vega de Armijo.

Apresuradamente, por la puerta de la Media Luna que del mercado y de la aduana llevaba a la avenida del Cocal, un pelotón de las milicias salía a hacer alarde ante el nuevo Virrey y a mantener el orden en la multitud abigarrada que se agolpaba al embarcadero (2).

Voces de marineros arriando las velas, algarabía tropical que repercutía en las murallas, repique de campanas en la atmósfera tibia. Cuando un traquido de maderas y el correr afanoso de una cadena, anunciaron que la armazón se había recostado a la orilla, la marinería y los viajeros cantaron una salve a la Virgen de la Popa, que los había conducido felizmente al término de su larga y peligrosa travesía. Los días anteriores, con el bochorno del mar dormido tropical, el mandatario había permitido que a su ejemplo se quitaran las casacas; pero el día era de gala, gala de corte de Carlos III y el oro y la grana, la curiosidad y las pelucas y el olor a alhucema se apiñaban a la barandilla (3).

Por la escala bajó el virrey precediendo a sus familiares. Figuraba entre ellos un caballero, alto, joven todavía, de casaca obscura, ojos negros, labio inferior befo, frente espaciosa y grave continente, quien no perdía detalle de cuanto pasaba a su alrededor. Escudriñaba a las gentes, blancos, indígenas y negros; observaba a los pescadores, miraba los frutos que vendía un muchacho, se inclinaba a considerar las hierbas que crecían entre las baldosas de las calles; dirigía, sobre todo, la mirada, en que se adivinaba el ansia, hacia las laderas del Cerro de la Popa, cubiertas de cardonales.

A él se volvería don Pedro mientras entraban al recinto amurallado y le preguntaría con familiaridad:

— ¿Qué os parece, don José, de este recibimiento?

Cuando uno de los más célebres talentos americanos de aquella época, comenta esta escena, al parecer rutinaria, que acabamos de describir, dice:

El año 1760 desembarcó en Cartagena, año para siempre memorable en los fastos de nuestros conocimientos y año en que comenzaron a reinar las ciencias útiles sobre nuestro horizonte.

Y Caldas expresaba la verdad. Con la llegada de Don José Celestino Mutis a Cartagena de Indias, se iniciaba la promoción más enérgica de progreso científico, llevada a cabo por la España colonizadora en el Continente Suramericano y al mismo tiempo se abría en forma magnífica la historia de la nación colombiana.

En los cántaros de barro y de oro en que el indio había bebido sus ideales de humanidad, nunca se había vertido en forma tan generosa el vino de virtudes exquisitas que se cosechó en Iberia. Nunca, como en la huella de aquel primer paso que se dió en Cartagena, donde hasta la arena de las playas tiene hálitos de perennidad, se fijó el rumbo de nuestra patria para sus prodigiosas metamorfosis.

La época inicial de la conquista fué acá de los mares de un terrible individualismo. Arriesgar la vida a cada paso; romper a través de las lanzas y de las flechas enherboladas; aventurarse a las corrientes de ríos de grandeza nunca vista; escalar montañas casi inaccesibles; abrirse paso por bosques titánicos; vencer fieras desconocidas; subyugar a los indios que defendían con furia sus derechos humanos innegables; expoliar el oro de sus santuarios y de sus tumbas; aterrarlos con caballos y perros — monstruos de otros mundos — y someterlos a señores distantes, cuya grandeza difícilmente abarcaba la fantasía y de cuya bondad no podía persuadirse el corazón; había sido, sin duda, impulso más de la desesperación y de la fuga, que del afán creador. Como dijo Joan de Castellanos, los hombres lucharon entonces más que por salvar su vida, por vengar su muerte que veían segura.

Pero pasada la epopeya ansiosa y dominadora, vino la colonia fecunda;l a paulatina extensión sobre América de la buena patria española, hidalga en sus generaciones, honesta en sus familias, religiosa en su culto, pintoresca en sus alegrías, frugal en su yantar, cortesana en su gobierno, desenfadada, generosa y galante en todos sus ademanes. El espíritu de España avanzó en las tierras intactas del Nuevo Mundo, con esa pausa, con esa seguridad e indeclinable rectitud con que la reja del arado va trazando el surco. Entonces sí fueron menester motivos tenaces, fuerzas rítmicas y acompasadas como las del corazón y de la savia.

La colonización española se halló recluída, en sus comienzos, dentro de murallas. La salud de los hombres, fundamento de su vigor físico y mental, se veía amenazada por ataques desconocidos. La educación que después de la salud, pone al hombre al nivel de su época, unifica el sentido de las cosas, ordena los talentos y estimula las voluntades, presentaba problemas cuya solución pedía cavilaciones y energías.

Vida colonial, según Earl Parker Hanson, es aquella en que un pueblo produce uno o pocos elementos de vida y debe por ellos inter-

---

(1) Enrique Marco Dorta ha seguido con nitidez y minuciosidad la historia de los castillos, fuertes y bastiones de Cartagena de Indias precisando su origen, duración y reformas. A mediados del siglo XVIII, cuando arribó J. C. Mutis de la España peninsular, estaban en servicio el Castillo de San Felipe de Barajas; el de San Luis a la entrada de Bocachica; los fuertes de Manzanillo y de Santa Cruz cerrando el puerto interior y el fuerte de Manga en el interior del puerto.

Entonces también, y hasta 1770, hallábase abierto el estrecho de Bocagrande, de 1.200 toesas de longitud, aunque con poco fondo, pues sólo balandras pasaban por él. No obstante, este boquete hacia el interior del puerto cartagenero, había sido aprovechado por los piratas para sus recientes ataques. Hacía poco, 1741, que Vernon había sido derrotado por la firmeza de ese valeroso mutilado que se llamaba don Blas de Lezo.

En 1762 estalló la guerra con Inglaterra, llamada de los siete años, como consecuencia del Pacto de Familia concertado entre las ramas de la Casa de Borbón. Sabiéndose que los ingleses habían atacado a La Habana y a La Florida, se hicieron prevenciones en Cartagena bajo la dirección del ingeniero castellano don Antonio Arévalo, nacido en la villa de Martín Muñoz de la Dehesa. Al mismo se encargaron numerosas defensas a lo largo de la costa Caribe.

(2) De los antecedentes biográficos del virrey La Zerda o Cerda, como también se escribía en su época—desde su fe de bautismo hasta su llegada como virrey al Nuevo Reino—, habla el insigne y escrupuloso historiador J. M. Restrepo Sáenz en sus **Biografías de los Ministros y Mandatarios de la Real Audiencia (1672-1819)** Bogotá, 1952. Era natural de Córdoba, donde nació el 16 de febrero de 1700 de noble linaje; vistió el hábito de la orden militar de San Juan; ingresó en la Armada como guarda marina; sirvió como jefe de la escuadra en el Mediterráneo y en el Caribe; como a tal le tocó recibir en Cartagena a su predecesor en el virreinato, al noble don José Solís Folch de Cardona; en 1755 fué ascendido a teniente general de la Real Armada y en el 57 fué nombrado para el Consejo Supremo de Guerra. Su título de Virrey, Gobernador y Capitán del Nuevo Reino de Granada está firmado en el Buen Retiro el 30 de julio de 1760 por S. M. el Rey.

(3) Según Restrepo Sáenz consta, por un certificado de los oficiales reales de Cartagena, que el *Castilla* fondeó en el amarradero de la bahía sólo el 31 de octubre y que el señor Messía saltó a tierra en la tarde de tal día. Pero más que por ellos nos dejamos guiar por los diarios de Mutis.

cambiar de fuera la multitud de medios que necesita para sostenerse y progresar. América, generosa en recursos naturales, ignoraba todavía las riquezas de su suelo, la manera de subyugarlas a su utilidad y de darles entrada al comercio mundial.

Faltaba la antorcha que iluminara esos caminos y fué Mutis quien la empuñó y salió a la vanguardia de un avance exultante, como médico, como educador, como naturalista, como sacerdote, como maestro de una altísima política.

La ciencia fija el derrotero de los pueblos y aprestigia sus tendencias y todo en la ciencia americana estaba vallado de murallas. Si los colonos habían avanzado tras la fertilidad, adivinada sólo en el verde azuloso de las montañas distantes, era preciso dar nombre a los dones de la vida, a las plantas y animales uno a uno, para que sobre ellos pudiera fijarse la mirada de los sabios, y Mutis se hizo colector y taxonomista, a una altura que difícilmente se había de repetir entre nosotros. Si la codicia y la presa fácil habían socavado las minas y los placeres de los ríos en busca de los metales preciosos, él se hizo minero, exploró las vetas de esmeraldas y de otras gemas, reformó técnicamente la minería. Como médico investigó las dolencias, disipó supercherías y puso valla a los abusos de los teguas. Halló que el estudio de la naturaleza no se puede hacer ni comunicarse sus resultados si no lo preceden la geografía y la cartografía. Por eso los caminos asperísimos de la colonia lo vieron llevando con increíble solicitud sus instrumentos, verificándolos, haciendo de día y de noche observaciones barométricas, tomando rumbos con la aguja magnética, midiendo con la corredera la velocidad de los ríos, precisando las coordenadas de los lugares que visitaba, fijando los factores de los climas, determinando, en las nastias de las plantas, las señales horarias.

Y como la Geografía es imposible sin Astronomía, y el cielo en sí mismo es la constante de continente a continente, fundó el observatorio astronómico de Santa Fe de Bogotá, avanzada sobre el cielo antártico, oculto a la Europa sabia.

Como ese cielo, Mutis todo lo abarcó. Fué incansable en la penetración de ese todo, observando y anotando día a día y hora tras hora con minuciosa precisión siempre en actitud de discípulo ante la naturaleza. Viajero infatigable, cuando viajar era sumergirse en un mundo agreste, asimiló nuestro paisaje, bebió de las linfas de nuestros torrentes, y de las angustias de nuestro pueblo; llamó amigos lo mismo al arriero que al Virrey, aconsejó a los gobernantes y ennobleció la sociedad que lo rodeaba.

Después de la conquista y de la colonia vino la República: convulsión, lucha por una nación libre, en la cual se cumplieron aquellas palabras de Miguel Antonio Caro:

Luchó contra sí misma,
Cruel, la raza ibérica.

Pero la biografía de los libertadores no comenzó la víspera de la batalla. Fué fruta madurada por Mutis en su casa de la botánica, donde una generación recibió de él toda la altivez hispana, todo el valor, toda la ambición de autonomía que germina en la convicción de la propia suficiencia; toda la generosidad que pone la sangre a flor de sacrificio. Fué España en sus venas la que sacudió la vida secundona, sumisa y controlada desde el remoto desconocido y desconocedor.

La lección era sencilla en el ambiente idílico:

«Vuestro talento es igual al de los hombres de la cultísima Europa; cuando hagáis vuestra obra perfecta, escribid en ella con vuestro nombre, vuestro título de americanos; vuestra naturaleza es un edén dadivoso, como los más ricos del mundo.»

Y la tormenta se desencadenó desde Santa Fe, se hizo fulgurante en Cartagena y corrió hasta Quito por las vértebras de los Andes. Si Bogotá fué una realidad culminante en el mundo que después se llamó bolivariano, ella debió su carácter privilegiado a esa lección de patria expresada en forma tan elemental como convincente.

El 5 de abril de 1732, José Celestino Bruno Mutis y Bosio nació en Cádiz, la amurallada ciudad donde terminaba el mundo mediterráneo atalayando el *Mare Tenebrosum*. Desembarcó, pues, en Cartagena a los veintiocho años de edad.

Su llegada tiene el mismo sabor lírico que aquella descrita por Horacio:

Septimi, Gadis aditure mecum
et cantabrum indoctum iuga ferre nostra et
barbaras Syrtis ubi Maura semper
Aestuat unda.

Pisó tierra, hoy colombiana, en los confines del mundo hispánico, entre gentes indómitas, entre el hervidero moreno, el español más eminente que nos dió la Colonia, y según L. López de Mesa, el primer prócer de la independencia de Colombia, el alfa y omega de nuestra cultura.

Se ha alabado a Mutis porque mereció la estima de muchos sabios europeos, particularmente de los Linné y de Humboldt. Se han ponderado sus esfuerzos en la recolección, dibujo, análisis y en la divulgación de la flora del Nuevo Reino. Se conocían por muchos las láminas incomparables dibujadas bajo su dirección y hoy conservadas en el Jardín Botánico de Madrid. Todo ello aparecía como una obra trunca, arrebatada por el destino, hija más de la pasión por el estudio que de un plan armónico y operativo. Hoy los frutos sazonados se van destacando entre el ramaje verde.

Mutis partió de una múltiple nada. Pero su creación de fe arrastró consigo a la gloria lo suficiente, para que al morir se pudiera dar por estable el espíritu y el prestigio de una nación. Su mismo conato mútilo se había de repetir a lo largo de siglo y medio en todos los neogranadinos, quemados por idénticos ideales.

Muchas veces, mirando clarear el alba, he sufrido la ilusión de contemplar en ella nubes, cordilleras, golfos y promontorios y he visto en esas costas proteicas los bosques y palmares que aquellos días más me impresionaron.

Así pasa con la vida de Mutis desplegada en el amanecer magnífico de la historia hispanoamericana. En ella vemos las vicisitudes que la ciencia ha corrido en todo el continente, compendiadas sus creaciones y sus evanescencias; porque ese grande hombre vino a nosotros mensajero de España y heraldo de nosotros mismos. Su obra no pertenece a una época ni puede fracasar; es la empresa de ayer, de hoy y de mañana de conducir la Hispanidad por un camino de excelencias para hacerla respetable más allá de toda frontera.

Después de siglo y medio de cataclismos y de olvido, cuando ahora planeamos un servicio científico para las patrias española y colombiana y publicidad adecuada para la obra de Mutis, no encontramos otro plan mejor, otro impulso más ambicioso que el que su autor supo infundirle entonces, cuando España alzaba los bastiones de Cartagena de Indias para defenderse de los piratas ingleses y franceses que medraban a su costa.

CAPITULO II

SOBRE LA ESTELA DEL GRAN ALMIRANTE

Arrebatados nuestros primeros conquistadores de la bizarría, aún dominante en el siglo de las conquistas, consultaron más a su gloria y ambición que a fundar unas colonias útiles a la metrópoli.

A. CABALLERO Y GÓNGORA, **Relación de Mando,** II, 2.

Aún no despuntaba el sol. Se estremecía apenas el alba del 3 de agosto de 1492, cuando la *Santa María*, *La Pinta* y *La Niña* — las tres con 120 personas a bordo — zarparon del pequeño puerto de Palos, sobre el río Tinto, junto a las últimas estribaciones de las sierras de Aracena. Las comandaban Cristóbal Colón, con el título de almirante de la mar océana y los dos hermanos Pinzón, armadores de navíos.

Cuatro pilotos de relevo, un inspector general, un cirujano, un médico, criados y marineros, casi todos gentes de azarosa vida, a quienes la justicia había concedido amnistía hasta dos meses después de su regreso, formaban un mundo ciego e indeciso, como aquel amanecer, donde sólo en un cerebro se presagiaban destellos definidos.

Se ha querido idealizar la hazaña del descubridor de América, atribuyéndole móviles puramente místicos, y muchos también interpretaron los primeros acontecimientos de España en América como una gesta misionera, o de imperialismo, o de cálculo. Y es que para combinar lo humano con lo heroico es indispensable la presencia de lo desconocido, sea ello quimérico, sea ultraterreno.

El descubrimiento y población de América movieron demasiados hombres y voluntades, para que se pueda asignarles iguales intentos y unánimes designios. Pero en el fondo de esa palestra continental y secular, bullía un negocio; en el centro de ese tropel asomaba las narices un judío usurero y a la zaga de Don Quijote proyectaban su sombra el *Rucio* y las alforjas de Sancho.

Pasar a las Indias, dijo Cervantes, era *refugio a que se acogían los desheredados de España*, y, cuando lo escribió, se tenían por desheredados cuantos no eran mayorazgos, más la mitad de éstos porque nada tenían que heredar.

El mismo Colón había llegado al convento de Palos pidiendo un pan para su hijo y esa experiencia de la miseria le haría decir: *El oro es excelentísimo; del oro se hace tesoro y con él, quien lo tiene, hace cuanto quiere en el mundo y llega hasta que echa las ánimas al Paraíso.*

Naves como esas tres que bogan en la inmortalidad eran la estrechez sobre lo ilímite, la sed sobre las aguas, una humanidad que se apretujaba para deshumanizarse. Quienes en ellas habían viajado, literalmente acosados, saltaban a tierra como perros zafados de tramojo o como toros sueltos de varas. Al dar a la palabra *conquista* el contenido que debía convertirse en historia, interpretaban las cosas de América en un sentido muy acomodado a sus particulares ambiciones.

Sin salir de nuestra propia casa, es decir, del territorio que hoy es la república de Colombia, podemos seguir la trayectoria de las ideas iniciales que dieron ser y fijaron el rumbo del descubrimiento y la colonia americanos.

Habla primero a la Sacra Católica Real Majestad del rey Don Felipe nuestro señor, segundo de ese nombre, el P. fray Pedro de Aguado, de la Regular Observancia, Ministro Provincial de la Provincia de Santa Fe y le dice: *En el discurso de quince años, los mejores de mi vida, que me empleé en la conversión de los idólatras que como bestias vivían en el Nuevo Reino de aquellas Indias, en servicio del demonio, entendí por muchas cédulas que ví de Vuestra Majestad, el celo que tiene, tan católico, del aprovechamiento y conversión de aquellas ánimas, con lo cual no solamente provee de personas eclesiásticas y seglares, para que las unas en el ministerio de justicia y las otras en el de las conciencias, pongan en ejecución lo que con tánta cristiandad vuestra Majestad procura, que es la multiplicación de los cristianos y aumento de la Iglesia y fé de ella; sino que con mucho cuidado ha enviado a mandar le avisen de los ritos y ceremonias y sacrificios con que aquella gente, por industria de sus jeques y mohagnes sirven a los demonios como a dioses.* Esta forma de hablar llena toda una época.

Así la universal dualidad de un principio del bien y otro del mal conducía, en las mentes del bajo pueblo, a una nueva teogonía: el rey, tutor de la cristiandad, se contraponía a cuanto el indio tuvo por sagrado pero que sólo era la obra de Lucifer; los aventureros debían *rescatar* las riquezas puestas al servicio de Satanás; los enviados de la luz podían mojar en sangre los cascos de sus caballos y los hocicos de sus perros, porque esa sangre significaba idolatría y su libre correr, libertinaje. La máscara de la verdad quedaba así perfecta; y la armadura de las conciencias más holgada que la de los cuerpos.

El gobierno de la metrópoli, las milicias, la aristocracia y los letrados — clérigos éstos en su mayoría — se mantuvieron reservados ante la sorpresa del descubrimiento. En realidad, éste se calificaba como un fracaso completo, porque ni se había podido, navegando al occidente, llegar a las islas portuguesas de las especias, ni las tierras descubiertas dejaban pasar hasta los confines del hemisferio español pactado en Tordesillas en 1494. Por muchos años todavía la codicia de Europa sería dominar los mares, antes que las tierras.

De esta suerte vino a establecerse, bajo postulados comunes, una diferencia profunda entre la España peninsular y la trasladada a las Indias; diferencia que duró pocos lustros, pero que abrió cauces a corrientes definitivas de historia. J. M. Ots Capdequí, corrobora esta interpretación en su libro **España y América. Las Instituciones coloniales** (Bogotá, 1948).

La reconquista contra los moros, había sido el filo de un peligro porque al marchitarse la solidaridad épica de la liberación, se descubría un muro cuarteado.

Entonces los esfuerzos de los Reyes Católicos se concentraron en obtener, al amparo de la religión, la unidad política y racial del Estado frente a los moros dispersos, pero maestros de las artes y de la técnica; frente a los hebreos en cuyas faltriqueras se acumulaba la riqueza; contra los nobles que por servicios de guerra detentaban el poder rivalizando con el rey y a pesar de las ciudades que — campeadores en la gesta legendaria — habían ganado sus fueros y privilegios y anhelaban ya ponerlos en vigencia.

A los unos se los confina o expulsa; a los otros se los somete y se derruyen sus castillos, para todos se robustece el fuero eclesiástico y se crea en 1480 el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición.

Al abrirse las puertas de América fluye por la estela del Gran Almirante una selección humana de características complejas como consecuencia de los procesos que para muchos hacían invivible la península.

Fué el pueblo, ese que cree en las consejas de los marinos y que no tiene nada que perder; el que debe cumplir las leyes a la letra y más allá; el fijodalgo corrido y desesperanzado, el que trasladó a América la emoción de la aventura caballeresca. La corona no asumió inicialmente la responsabilidad económica ni política del as expediciones, sino que éstas se regulaban mediante contratos o capitulaciones individuales, celebrados por la Real Casa de Contratación de Sevilla con los empresarios de ellas. Los soberanos se limitaron a exigir, fuera de lo que se tenía como sobrentendido en las costumbres hidalgas españolas, trato de vasallos para los indios y a prescribir la propagación entre ellos de la fe católica; a cobrar para sí y para la Iglesia una

parte de las utilidades de la empresa y a mantener su autoridad para corregir los abusos.

Así, mientras España se unificaba, América se diluía; mientras allá se dictaba una legislación admirable, aquí cada cual interpretaba su contrato según conciencia y conveniencia; mientras allá, en el apogeo de las esperanzas, se contrataba sobre fabulosas ganancias, aquí, en contacto con la realidad, se exprimían las oportunidades hasta el último ochavo. Y ¡ay del que se opusiera a ello! porque sería tratado como enemigo de Dios y del rey.

Poco a poco, fueron desvaneciéndose fantasmas e infiltrándose más veridícas informaciones en las capas sociales superiores de la madre patria y entró en ella la preocupación por un sistema político que armonizara mejor la religión con los intereses de las colonias y con los medros individuales.

Se dictaron medidas para que los descubridores redujeran a poblados los indios fugitivos o nómades; se les prescribió la fundación de ciudades en número proporcionado al título concedido y se les ordenó poner nombres a los lugares que establecieran. Ante todo se quiso justificar la violencia y la guerra que se hicieran a los indios.

Un jurista castellano (4), para quitar todo escrúpulo a los contendores ideó el célebre *requerimiento* que los capitanes debían leer a los indios antes de entrar a debelarlos, amonestándoles, a nombre del rey, domador de las gentes bárbaras y notificándoles, que existe un solo Dios creador del mundo, que existe el Papa, su representante, que uno de los sucesores de San Pedro había hecho donación a los Reyes de Castilla de todas las islas y tierra firme de este mar océano; que por tanto, sus Altezas eran reyes legítimos de las Indias y como a tales se los debía obedecer. Que si así lo hicieran el rey les daría privilegios y mercedes y si no se les declararía guerra a muerte.

Este peregrino apóstrofe, contra el cual muchos protestaron, llegó hasta el río Sinú y Pedrarias mandó que se leyera a los indios según testifica el bachiller Fernández de Enciso, a lo cual dice que éstos respondieron, como si fueran filósofos, *que el Papa daba lo que no era suyo, que el Rey que lo pedía, debía ser algún loco y que fuese a tomarlo y le pondrían la cabeza en un palo, como tenían a otros de sus enemigos.*

Así y todo, el requerimiento constituía tan buen pretexto para justificar la guerra a los indios, que Lucas Fernández de Piedrahita calcó en él una arenga dirigida por Jiménez de Quesada al cacique Sacrezazipa, sucesor del Bogotá, antes de sacrificarlo y robarle sus tesoros (5).

No menos falaz era la aprobación de la guerra, fundándola en que el indio era bárbaro, pecador, infiel, vicioso, en que sacrificaba víctimas inocentes al demonio y en que atacaba a los españoles.

Cuando el gobernador de Santa Marta, García de Lerma, envió a su sobrino Pedro de Lerma al mando de doscientos hombres y acompañado del obispo don Juan Ortiz, a descubrir por tierra el río Magdalena — primer conocimiento que se tuvo de su curso — dice Aguado que el obispo iba atento *para estorbar e impedir con celo pastoral que a los indios se les hiciesen algunas demasías, ni fuerzas ni malos tratamientos; sino que por el bien y con regalo fuesen traídos a la amistad y servidumbre de los españoles;* como si la servidumbre se dulcificara con el señuelo.

Pero este su buen propósito, añade, no lo tuvo mucho tiempo... porque como fuesen entrando por gente de guerra que por su ferocidad acostumbraban a comer carne humana, por lo cual son llamados comúnmente caribes, y llegasen a un pueblo cuyos moradores se habían ausentado y escondido a la primera faz, después vinieron con sus armas, que son arcos y flechas, y comenzaron a flechar de suerte que el señor Obispo estuvo en riesgo y aventura de ser mal herido de sus propias ovejas... por lo cual mudó de improviso parecer y comenzó a inducir y decir a los soldados que hirieran en ellos y los persiguiesen y sujetasen con las armas, que él los absolvería.

Fué esa la realidad arrolladora de la Conquista; mientras el rey y sus consejeros discutían en Madrid, aquí corrieron las pasiones y los apetitos atropellándose con los perdones. Y, en cambio, los mismos descubridores, comenzando por Colón, se movían en un tropel de intrigas, de fraudes al tesoro real, de traiciones a los jefes, de delaciones, de residencias y de castigos; del que se llamó con justicia el régimen de la desconfianza.

Aquellas primeras páginas de la historia americana se pudieron compendiar en aquel episodio de nuestro amo y señor Don Quijote:

Como suele decirse, el gato al rato, el rato a la cuerda, la cuerda al palo; daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo.

El candil yacía apagado y era ciego e indeciso aquel amanecer.

En 1573 promulgó Felipe II las **Ordenanzas de nuevos descubrimientos y Población** que definieron y articularon la política colonizadora del Estado español.

Los primeros conquistadores no adivinaron en la suerte que ellos deparaban a los indios la que pudieran correr sus propios hijos. Si las ideas seguían su evolución incontrastable, la sangre debía también refluir hacia el corazón y el instinto y los prejuicios mandaban por encima de las leyes.

Como Colón, los primeros viajantes al nuevo mundo llevaban un propósito equivalente al billete de ida y vuelta. La aspereza de la vida en los mundos recién conquistados fortalecía tales decisiones de regreso. Se emigraba para poder inmigrar de vuelta; a pagar a las cajas reales; a defenderse de émulos; a disfrutar simplemente lo ganado; a demostrar, en el círculo de la familia o de la aldea nativa, que se había triunfado en la vida.

Los hechos, sin embargo, muchas veces, quebraban estos programas, fuera por reveses inesperados, fuera porque la vida de América también tenía su embrujo, del cual pocos lograban escapar. Entonces surgieron muchos problemas: el del hijo de españoles en América y el del mestizo en quien se mezclaban una y otra sangre. Otra vez las ideas populares habían de imponerse para definir, en la nueva sociedad, fundamentales discriminaciones y jerarquías.

Afortunados los conquistadores más exitosos, recibieron del rey escudos heráldicos y títulos nobiliarios que equiparaban a la nobleza peninsular, a ellos y a su estirpe. Pero los que no lo eran tanto padecían una disminución progresiva de generación en generación. La nobleza y la pureza de la sangre no valían tanto por los honores, como por los gajes que traían, en derecho a poseer tierras, a mandar indios, a desempeñar los cargos del estado, a ejercer elevadas profesiones y a disfrutar de determinada educación.

Vieja raíz esta de las grandezas y pequeñeces de América.

A los españoles y a los indios vino a sumarse otro elemento de vigor imponderable en nuestra demografía.

Diezmados los indios en el trabajo de las minas y sirviendo como acémilas en los caminos so pretexto de los derechos de conquista; en realidad, por obra de la codicia, de la fuerza y del negocio, otra fuerza y otra codicia trajeron a América los negros esclavos africanos, impacto tremendo, sobre la raza hispanoamericana, sobre nuestras costumbres, nuestros sentimientos y nuestro futuro.

Estos eran los escollos bárbaros donde siempre hervía la onda morena, lo que José Celestino Mutis pudo pensar cuando desembarcaba en Cartagena de Indias. Esta fué la infancia de un mundo que formó lo que hoy llamamos el primitivo *super-ego* de su sino secular. En este escenario es donde campea su genio que quiebra la línea del pasado y magnetiza una nación hacia su más elevado destino.

---

(4) Este jurista fué Palacio Rubios. J. M. Ots Capdequí, en su **Resumen jurídico: España en América** (Bogotá, 1948, pág. 58), copia el texto del requerimiento y la noticia dada por el Bachiller Fernández de Enciso, compañero de los conquistadores del Darién, sobre la respuesta de los indios del Cenú. Asimismo las protestas del historiador Fernández de Oviedo contra este procedimiento que, lejos de justificar el derecho español, estaba en sí lleno de incomprensión de los adjuntos.

(5) Lucas Fernández de Piedrahita: **Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada—a la S. C. R. Majestad de Don Carlos Segundo—.** Bogotá, 1881, página 131.

S. M. EL REY DON CARLOS III
Por su orden y su generosidad, se fundó la Real Expedición Botánica. Retrato de autor desconocido que se conserva en el Museo Nacional de Historia en Bogotá.

CAPITULO III

LA ESPAÑA DEL SETECIENTOS

El nacimiento y la formación de estas naciones no constituye una de las consecuencias de la ilustración y la revolución francesas, sino un momento de la evolución orgánica de la nación española misma.

V. FRANKL.

Detrás de los Reyes Católicos gobernaron a España primero la casa de Austria con Carlos I, con los Felipes II, III y IV y con Carlos II el *Hechizado;* después la casa de Borbón con Felipe V; el efímero Luis I; de nuevo Felipe V, Fernando VI (1746), Carlos III (1759), Carlos IV (1788) y con Fernando VII (1808).

Entretanto, a este lado del Atlántico numerosos navegantes y conquistadores (1538-1564) descubrieron lo suficiente del territorio hoy colombiano, para que se pudiera decir que todo lo tenían recorrido. Tras ellos se sucedieron veintisiete presidentes de la Audiencia en dos series (1564-1719 y 1725-1739). Actuaron, por último, a nombre de Su Majestad, trece virreyes — mal número —, pero lucida serie de sangre y señorío (1719 y 1740-1810).

Sin embargo, los hechos nacionales no se rotulan por los nombres de los gobernantes, pues más que de éstos, los sucesos memorables dependen de las ideas y pesan más en la historia las del pueblo que las de los mandatarios.

Para los fines de esta narración, acabamos de ver la importancia que tuvo en América, la clase media peninsular, con sus virtudes y sus defectos, con sus prejuicios y sus tradiciones, los cuales no se deben calificar según los módulos hoy en vigencia, sino parangonarse con la Europa brutal de aquellos tiempos, teniendo en cuenta fenómenos de transmisión ideológica que en nuestras condiciones nacionales están mal estudiados todavía.

Por lo mismo, para comprender la trascendencia de la Expedición Botánica del Nuevo Reino, es indispensable subir la historia arriba hacia sus manantiales hasta allá por el año de 1700, cuando coincidencialmente se inició, con el primer reinado de Felipe V, el predominio en España de la casa de Borbón.

Entre las aberraciones de las ideas que produce el lenguaje, es notable la de atribuir realidad a los rótulos históricos y de aplicarles predicados que solamente convienen a los hombres. La Edad de Oro no produjo las grandes figuras que la ennoblecieron, sino que éstas dieron origen a ese abstracto rutilante. La simultánea aparición de genios en el escenario de España hay que buscarla en otros hombres, en otros hechos que, por su condición de nacionales, favorecieron el desarrollo de las actividades y la luminosidad de los talentos.

Medió una larga escala entre las altas sedes del espíritu y la clase media peninsular; núcleo de la conquista. Otra gradería se estableció entre esta clase media y la población que en América se iba conglutinando para dar origen a la España ultramarina. La evolución de estos países nuevos, no se entiende sino a la luz de las evoluciones y revoluciones ideológicas de la madre patria y sin contar con esas etapas que, en cascada se ofrecieron a la trasmisión de las ideas.

Parecido fenómeno, pero con más rigidez y evidencia se observa en las eclosiones de la riqueza nacional. La historia se detiene embelesada para admirar las grandes catedrales, los palacios, el desarrollo de potentes obras de irrigación, de prodigiosas vías, de centros de vida fabril. Pero estas magnificencias de trabajo y bienestar, precisan de una raíz honda, múltiple e intrincada, en las industrias extractivas y en los recursos naturales, originales o recuperados, del país en donde ellas se desplegaron — floraciones esplendorosas — a la luz de la admiración universal.

De suerte que el papel de un hombre, así sea gobernante, así sea genio, siempre es balbuciente para desatar las transformaciones históricas. Es una función, a lo más catalizadora, lenta en su penetración y tardía en su síntesis. Por lo mismo, también las causas de las transformaciones o bien son hombres de notable permanencia en el poder — caso de Felipe V y de Carlos III — o que viven para el futuro, es decir, en quienes pesan más las generaciones venideras que la multitud desesperanzada que los rodea. Este fué el hecho de J. C. Mutis.

Se forma en consecuencia un ciclo cerrado en que primero los recursos naturales adquieren su plenitud; éste produce el trabajo extractivo y el bienestar de base, de éstos se origina la protección a las elevadas manifestaciones de la cultura, surgen los hombres geniales, los militares invencibles, la convicción nacional de superioridad y el trabajo que refluye en la mayor productividad de la tierra. Las intermitencias de prosperidad y decadencia dependen de la falla o debilitación de estos engranajes, en conexión con otros coeficientes, inclusive astrales, de que habla E. Hungtington en su libro sobre **Las fuentes de la civilización** que traducido se publicó en Méjico en 1949.

De todo lo cual se colige que es arduo determinar dónde comienzan y dónde finalizan las edades de prosperidad y de depreciación y que resulta difícil desmadejar la historia española donde se entrecruzan trayectorias de tan diversas culturas como la visigoda y la árabe; la alemana del Sacro Romano Imperio y la francesa; la de los dominios europeos y la africana; la de Flandes que fué marcha de infantería y la de América que suponía el florecimiento naval.

Languidecía España al terminar el siglo XVII. Colonización de América, guerras en Flandes, en Francia y en Italia; batallas en los mares contra el Islam, en tierra contra los protestantes y los hugonotes, venían mermando de tal suerte la poblacion que ya en 1520 el escritor y diplomático veneciano A. Navagero decía: *La noble ciudad de Sevilla llegó a padecer tal falta de pobladores que parecía haber quedado sólo en manos de las mujeres.*

Con esta particularidad: que los españoles salidos de la península no volvieron con familias que en las Indias hubieran criado, como sí lo hicieron los portugueses. Por eso, aun hoy, en fisonomías lusitanas se advierten rasgos hindustanis, malayos y hasta africanos, lo que en España no se ve sino con menor evidencia y en contadas provincias.

Las antiguas posesiones norteuropeas habían recobrado su autonomía y las recientes de Italia se habían adquirido más para fausto de los monarcas, de sus familiares y validos, que atendiendo a un significado económico. Se habían perdido casi todas las plazas del Africa, mercados del continente negro y descanso de los camellos polvorientos.

El empobrecimiento del suelo español, de ese suelo que los moros y mozárabes habían surcado de canales de regadío y convertido en un jardín, era catastrófico. Sólo la construcción de la armada invencible había exigido la tala de grandes robledales en España, riqueza que zozobró en pocos días en el canal de Inglaterra.

Felipe V era pusilánime, melancólico, aislado y nostálgico de su Francia; condiciones que lo desadaptaban para los peligros y calamidades que por todas partes asediaban al reino. Gracias, sin embargo, a los aciertos de algunos de sus ministros, reformó los recaudos de la Hacienda Pública y limitó las responsabilidades que con Felipe II habían dispersado la atención de los poderes públicos. Por lo mismo, en los gustos, en las artes, en las ceremonias, en las ideas y en los galanteos, se iniciaron la preponderancia francesa y la tendencia pacifista que habían de acentuarse con Fernando VI de España, hijo de Felipe V, quien ciñó la corona en 1746.

La preocupación por conservar la pureza de la fe católica había llevado a Felipe II a prohibir la salida de estudiantes hacia las Univer-

sidades extranjeras, madres nutricias de elevada cultura, pues el ambiente herético había parecido peligroso para la juventud que regresaría a España. Esta disposición, que aminoraba el valer de eclesiásticos y seglares, se mantuvo hasta muy cerca de la dominación Borbónica, y surtía sus efectos en las generaciones actuantes del setecientos. Los mismos estudios teológicos y canónicos que en España habían recibido brillo sideral con Laínez, Salmerón, Suárez, Molina y Melchor Cano, Bastidas y tantos otros, decayeron como consecuencia de las desavenencias con la Santa Sede y con las limitaciones a la autoridad del Santo Oficio. Porque así pasa a toda ciencia, que con el interés que se le demuestra se vigoriza y florece, mientras que menospreciada se asfixia.

A pesar del rechazo popular, el galicismo, más o menos asimilado, se apoderó de las modas españolas, sin que sepamos decir si ello fué calamidad o en aquel momento significó un progreso.

El Padre J. F. de Isla en su **Historia de fray Gerundio de Campazas,** que publicó bajo el seudónimo de Francisco Lobón de Salazar, satiriza a los afrancesados en un personaje que introduce en el capítulo VIII de su tomo IV, un tal don Carlos, quien después de ciertas graciosas ocurrencias, hablaba así: *Yo me he tomado la libertad de entrar en esta casa a la francesa. Oh, Señor Magistral, y qué domage es que un hombre de las luces de Vm. se halle tan prevenido de los prejuicios nacionales. Poca fortuna hará Vm. en la Corte.*

Leyendo las frases que tilda el clásico Isla, es curioso advertir su identidad con las usadas a mil leguas, en la Nueva Granada, por los miembros de la Expedición Botánica y aun con las que nosotros, después de casi dos siglos, tenemos por castizas. Y remata el festivo jesuíta con estos versos referentes a las damas galiparlantes:

Otros defectos tienen no crecidos;
Mas serán unas bestias sus maridos
Si las sufren y callan:
Pues al pensar que se hallan
Con mujer Andaluza o Castellana,
Sin sentir, de la noche a la mañana,
Se les volvió Francesa. . . . . .

Y como sucede con los individuos que, cuando carecen de personalidad, se rebuscan e imitan lo estrambótico que ven, y eso les parece elegantísimo, así las naciones, cuando llegan a desdeñar lo propio, se vuelven mosaico de los usos ajenos. Fray Gerundio llegó a cambiar los nombres castellanos del Santoral por los aztecas, llamando en el púlpito Tlaloc a San Isidro, abogado de los agricultores y al mes de abril Hueytzostli, tal y como lo había leído en cierta **Historia General de la América Septentrional.**

Gemelo no más del gusto gerundiano, ampuloso, envanecido y abnorme, fué el arte arquitectónico de José Churriguera cuyo estilo, o mejor, negación de estilos, se llamó barroco, como quien dice verrugoso y embrollado.

No fué distinto de su padre en los arrestos y energía el rey Fernando VI, con lo cual se acentuó la influencia de los ministros y más que ningún otro la del célebre marqués de Ensenada. Así se abrió paso a una, diríamos hoy, democratización del gobierno, emulación en los servicios y distribución de los beneficios.

Limitada España en el dominio, en sus preocupaciones y en sus esperanzas por los Pirineos, volvió las miradas al Occidente, a la ruta descuidada que le abriera Colón. Cansada de preocuparse por Europa, quiso dedicarse a sí misma y a lo que más tenía por suyo que eran sus territorios americanos. Esta tendencia la inculcaba de mano en mano, la moneda española en cuya cara se leía: *Hispaniarum Rex Philippus V*, o si no: *Ferdinandus VI, Domini Gratia Hispaniae et Indiarum Rex* y en el sello, envolviendo las columnas de Hércules, el mote *Utraque unum.*

América había sido para el Estado español fuente de desavenencias y preocupaciones, gloria tardía y provento material muy limitado.

La navegación lenta, estrecha e insegura de los mares; la interminable y áspera penetración de las tierras; la humedad tropical que corrompía las mercancías; el comején; la amenaza de los piratas; la hostilidad continua de los grupos indígenas; la ignorancia de aquellas épocas; limitaron la lista de los productos que América podía proporcionar a la metrópoli.

No era el caso igual al de la India portuguesa donde civilizaciones antiquísimas entregaban al comercio productos: sedas, especias, joyas, marfiles, elaborados con refinamiento.

Lo que de América se pudo llevar a España en la conquista se reducía al oro y a las piedras preciosas.

Sin duda que muchos contratistas particulares hicieron en el Nuevo Mundo pingües fortunas. Pero quienes, en alas de la esperanza y la codicia aquí venían, sólo encontraron oro, plata y esmeraldas, tierras inmensas e indios. Y estos dos últimos no cabían en la alforja.

Ya para el setecientos era corriente decir que las de América eran «*divitias ultrices sui*». Riquezas que ellas mismas tomaban venganza contra quien las adquiría.

Hallar y desenterrar un tesoro de los indios quimbayas; llevarlo a lomo de indios hasta Cartagena, impedir que los cargueros soltaran su reata y se fugaran con él o que otros compañeros de expedición lo robaran; que los oficiales de la real hacienda lo decomisaran; que tantas aves de rapiña lo depredaran en el largo viaje, era una aventura más penosa que el venir desde España a buscarlo a tientas en las ásperas montañas. Y al lado de esto: hambre y sed y enemigos y jornadas y fieras; insectos y enfermedades y temporales y calores y noches en continua alerta, con la daga en la mano adormecida.

Continuamente nos hablan los cronistas de fabulosas cantidades de oro rescatadas por los conquistadores. Sus narraciones se remansan, como en tópico favorito, cuando describen las joyas que hallaron, o sobre los cuerpos de los indios, jefes y vasallos, o en sus tumbas o en el lecho de los ríos. Pueblo había como los guatavitas, los cuales todos, al decir de Lucas Fernández, eran *plateros de oro*. A cada paso asistimos en la historia a esa escena culminante que era la repartición de los tesoros arrebatados a los indios y a sus sepulcros. Aquí y allá presenciamos la inhumana empresa de esclavizar indios y arrastrarlos con collares y carlancas a lavar oro en las aguas insalubres de los ríos tropicales. Como dijo E. Reclus algunos entendían su misión como un «enterrar a los vivos y desenterrar a los muertos».

También se nos entera de la suerte de esas piezas de finísima orfebrería, joyas de la estética indígena, monumentos etnológicos de imponderable valor, que eran fundidas y hechas barras o acuñadas en monedas porque su arte era idolátrico.

Ya desde el siglo XVI se legisló para que las minas excelentes y las mejores vetas de las ordinarias fueran reservadas para Su Majestad, amén del *quinto* del oro que en éstas explotaran los vasallos. De ahí que en toda Colombia se hubieran hallado tantos tesoros enterrados.

Toda esta abundancia del codiciado metal, tan crudamente calificado por G. Papini, no produjo en la península el efecto económico que muchos imaginan. Oro en vajillas, oro en alhajas de las mujeres, oro en los trajes de los hombres, oro en lámparas, en pasamanos y tachones de los palacios de recreo; oro para comprar, a subido precio mercaderías de Flandes y de Italia; hizo decaer las industrias regionales, aisló a los gobernantes respecto de su pueblo y redujo la independencia económica de la nación española.

Carlos III aunque no era de diferente pasta que su hermano y antecesor y que su padre, sino introvertido y huraño como ellos, tuvo el privilegio de un largo reinado, que se inició en 1759 y duró hasta 1788. La continuidad de la acción, la influencia de ministros celosos de los privilegios de la corona, los vientos positivistas que soplaban del lado de Francia, orientaron la economía del reino, los negocios de América y las manifestaciones de la alta cultura, con tal fuerza, que ante su reinado no puede haber juicios tibios: o se lo califica como don Marcelino Menéndez y Pelayo, de desastre, o se lo equipara con un renacimiento.

Respecto de la América el reinado de Carlos III tiene cara y sello antitéticos. Si el extrañamiento de los jesuítas cegó veneros innegables de cultura, la protección dispensada a la Expedición Botánica repercutió con vigor inmenso de creaciones; si se activaron las medidas para aumentar el rendimiento de las colonias, ello dió por resultado la sustitución de las personalidades individuales, por una colectiva, la cual se forma más fácilmente para la defensa que para el ataque, por una burocracia y una milicia que a la primera contrariedad se tornan de serviles en agresivas.

Una de las loas con que exalta Manzoni a Napoleón es decir de él que fué objeto

o de odio inextinguible
o de indomable amor.

Lo mismo pasa con algunas figuras españolas perjudicándose la verdad documentaria. Porque es frecuente en los escudriñadores de la historia política española en América superponer, como en un vitral catedralicio, hechos realizados en siglos diversos y bajo diferentes signos de influencias. Por eso al estudiar las incidencias del setecientos evitaremos divagar por otros caminos que los marcados con estas piedras miliarias: desde Felipe V a Fernando VII; de la influencia francesa positivista y refinada a la mayor intervención económica en América y en Nueva Granada; desde los últimos presidentes de la Audiencia en su primer época que terminó en 1719, a través del virrey Jorge Villalonga (1719-1725) y a lo largo de la segunda Audiencia (1725-1739), hasta el virrey don Antonio Amar y Borbón, quien hubo de afrontar la segunda revolución de la independencia en 1810.

Dentro de estos marcos se desarrollaron hechos definitivos para la España peninsular y la colonial del ciclo mutisiano.

Sobresale en lo económico el hecho de la libertad de los mares. En tiempo de Felipe II, no sólo se había limitado al puerto de Sevilla el despacho y recibo de las flotas que habían de pasar a las Indias o regresar de ellas, sino que se ordenó que la travesía debía hacerse en conserva de flotas, acompañándose los bajeles convenientemente equipados, para la mutua seguridad. Además, por esos tiempos, se habían prescrito las rutas marítimas, se había prohibido el paso por el estrecho de Magallanes para navíos que visitaran costas de América, se había limitado el comercio con otros países y entre las diferentes porciones del continente y se prohibía, en fin, la producción de todo aquello que, como el vino y el aceite se beneficiara ventajosamente en España. Estas medidas degeneraron por un lado en un tremendo desarrollo del contrabando, de la piratería y, por otro, en decadencia inigualada de las capacidades de América.

Todo ello cambió fundamentalmente en el siglo XVIII.

La libertad que se concedió sobre los mares al comercio extranjero e intercontinental — por la cual trabajó mucho Messía de la Zerda —, las facilidades al establecimiento en América de colonos extranjeros, a los productos obtenidos en las mismas Indias, abría las puertas para el trabajo, para las explotaciones y para el interés legal de otros países.

Al propio tiempo se franqueaba el mar del pensamiento. A España fueron llamados sabios de diversas nacionalidades a dirigir empresas científicas: Loefling, Proust, Godin, Herrgen; se fundaron becas para que los españoles pudieran perfeccionarse en las Universidades célebres más allá de las fronteras.

En lo social fué definitiva la igualdad que se declaró, por lo menos en las reglamentaciones, entre los criollos y mestizos y los peninsulares y el acceso consiguiente de aquéllos a los estudios universitarios que primitivamente no se concedían sino a hijos de conquistadores o de caciques. Así había de manifestarse en las colonias una creciente avidez por la literatura de primera mano y por todas las fuentes vivas de la cultura.

A los arraigados en América se abría otra oportunidad de la fortuna. La conquista había producido una entidad económica y social, trasplantada de Castilla, que fué la *encomienda* y el repartimiento de indios.

La encomienda era un grupo de familias indígenas que, con sus propios caciques, quedaba sometido al mando de un *encomendero* español, el cual cumplía ciertas obligaciones y ofrecía determinados tributos. Hubo casos en que las encomiendas se adquirían por derecho de conquista, en otros se compraron, en otros fueron premio por señalados servicios. Una de las obligaciones del encomendero era la de prestar servicio militar a caballo cuando para ello fuera requerido y de residir en el lugar. Las encomiendas se concedían por una o dos vidas, pero fuera del papel se hicieron perpetuamente hereditarias y se transformaron en derecho de uso y de abuso.

En 1701 el monarca reclamó para sí las encomiendas sin dueño residente, y en 1718 se abolió totalmente la encomienda. La tierra sería de los indios y a la corona le correspondía el *dominio eminente*. Con estas disposiciones, otras entraron en juego que elevaban los derechos de los americanos, les infundían ambiciones de ilustración, les daban acceso a los empleos del Estado.

Vientos de igualdad desatados por España fueron los que solazaron primero los espíritus y después sembraron en ellos la avidez de los derechos sin discriminaciones.

Por eso es oportuna la cita que hace L. de Hoyos Saiz de unas palabras de Colón dirigidas a los Reyes: *Placerd a Dios que vuestras Altezas enviaran acd hombres doctos y verían despues la verdad de todo.*

Y la vieron. Verdad magnífica del UTRAQUE UNUM que era la crisálida estremecida del UTRAQUE DUO UNITA.

CAPITULO IV

MAS ALLA DE LOS PIRINEOS

No conozco idea más grandiosa que esta del mutuo influjo de los humanos entre sí.

J. T. FICHTE, **El Destino del Sabio.**

Si la transformación política de la Nueva Granada, para originar en los comienzos del ochocientos la Gran Colombia, se explica por sólo sus antecedentes peninsulares, el fervor científico en que Mutis aparece como centro y cureña, no se puede declarar sin una irradiación de toda Europa, a través de España, sobre esa América que todavía nada activo significaba en la declaración del universo y en un proyecto de bienestar humano.

José Celestino Mutis habría de consagrar sus múltiples talentos a la naturaleza y a la educación, en una época en que la ciencia no se había bifurcado en tantas especialidades y cuando los naturalistas necesitaban abarcar campos más heterogéneos, pero en la que debían poseer una visión más íntegra del cosmos.

Como educador, Mutis iba a ser el vino generoso que reflejara en sus espumas todas las lámparas encendidas por su siglo, cuando Europa, cansada de ciencias dogmatistas y verbales, buscaba en los fenómenos concretos, fuentes más genuinas del saber y algo que aliviara mejor los dolores y las luchas de los humanos.

En realidad, como nota E. Nordenskioeld en su **Geschichte der Biologie,** más que los investigadores profesionales fueron médicos corrientes y clérigos sin pretensiones de sabiduría, observadores guiados por el sentido común y el análisis de lo minucioso, quienes crearon en el setecientos la ciencia positiva.

El siglo XVIII fué el de C. Linné, el de J. L. L. de Buffon, el de A. Haller, el de I. Newton, el de R. J. Haüy, el de L. J. Proust, el de C. M. de La Condamine. En una palabra, la centuria en que nacieron vigorosas a competencia las Ciencias Naturales modernas.

J. C. Mutis, cuando los nombres genéricos de las plantas hervían en su memoria, debía tener presentes los méritos de muchos cuya labor estaba reciente y que eran como ecos de martillos venidos de talleres vecinos: F. Ruysch, H. Boerhaave, A. Cesalpino, P. Magnol, A. L. de Jussieu, Q. Rivinus, J. P. de Tournefort, N. J. Jacquin y cien más, cuyos libros y avances en descifrar la naturaleza llenaban el ambiente y que en la sombra de la distancia lo miraban y esperaban de él con comprensión fraternal.

Ningún científico, sin embargo, colma tanto el ámbito biológico del siglo XVIII; a ninguno se debe lección tan duradera, por las categorías naturales que creó, por el minucioso análisis que les puso por base y por los términos definidos que impuso; por sus hallazgos de unidad en el mundo orgánico de los diversos continentes, por su proselitismo científico, como Carlos Linné.

Tampoco hubo quien le igualara en la amistad de Mutis. Lo que sólo es dado a los genios, Linné, con una sola frase, envolvió a Mutis en el ampo de su propia gloria y, a pesar de que muchos años antes de su muerte perdió la memoria, siempre tuvo presente el nombre de su amigo español (6).

El *príncipe de los botánicos*—que así se le llama—era el hijo mayor de un modesto párroco protestante, cuyo mejor descanso consistía en cultivar el huerto de su casa. Es tremenda esa transmisión hereditaria del amor a la naturaleza. El padre debía llamarse Nils Ingersson, pero cambió su apellido por *a Linné*, es decir, *del Tilo*, por el arrobo que le producía un gran árbol de esta especie, bajo el cual sesteaban los ganados en su pueblo natal de Sunerbo.

Antes de Linné los vegetales habían merecido la atención de los letrados por sus virtudes medicinales, por su belleza, por su valor alimenticio. Para Cesalpino la porción principal de las plantas era la corteza. Los antiguos, como Teofrasto, ordenaban las plantas en tres grupos: árboles, arbustos y hierbas. Así que el mundo vegetal, acrecido con las informaciones de los continentes recién explorados, se presentaba como un impenetrable fárrago, como ese caos que describió Ovidio en sus **Metamorfosis:** *rudis, indigestaque molis*, mole basta y sin orden.

El acierto de Linné consistió en la nomenclatura binomial que para siempre estableció; en el parentesco y la diferencia entre las plantas comparando los órganos florales. Su desacierto en haber exagerado el valor de los detalles mínimos de tales órganos.

Su mérito estuvo en la escuela que formó, en las obras que publicó y en su afán por comparar plantas procedentes de todo el mundo, las cuales redujo a categorías.

Su fortuna derivó de haberse dedicado desde muy joven a un problema inagotable y haberle sidó fiel a lo largo de muchos años, que coincidieron con el momento histórico en que ese problema se presentaba más inquietante a los científicos.

Resultaba imposible que el sabio sueco se liberara, por más que trató de sacudirla, de la estrechez que determinaban en sus raciocinios la flora lapónica y la vegetación escandinava.

Con tanto peso gravitaron sobre la obra de la Expedición Botánica de Nueva Granada los principios del Sistema de Linné, tanto influyeron en su avance y en su obra bibliográfica, que no podemos pasar sin declararlos.

Linné tenía la clasificación y la denominación de las plantas por fundamento de toda la Botánica. En realidad, la ciencia que sin colaboración se entume, no progresa en ningún sentido si no llamamos todos a cada especie con el mismo nombre, y es imposible dárselo si no las ordenamos todos de la misma manera. Linné llamó clasificación *teórica* la que reparte las plantas en clases, órdenes y géneros y clasificación *práctica* su ordenación en especies y variedades. Una y otra, contra todo lo que hoy pensamos, serían independientes.

La unidad sistemática de Linné es la especie, entendiendo por tal *quot ab initio* (después cambió y dijo: *a principiis) creavit infinitum Ens*. Para él las variedades se distinguen sólo en apariencia, los géneros se fundarían en la naturaleza, los órdenes y las clases, parte en la naturaleza, parte en lo artificial y subjetivo.

Al adoptar los estambres y pistilos como norma de clasificación, Linné acogía las ideas de Sebastián Vaillant (1669-1772), discípulo de José Pitton de Tournefort y después profesor en el Jardín de Plantas, donde construyó el primer invernadero con calefacción que vió Francia.

El sabio profesor upsalense presentó su Sistema en el **Hortus Uplandicus** publicado en 1731. Lo mejoró en su **Flora Laponica** (1732) y, en vista de la aceptación, le dió el acabado en su obra maestra **Systema Naturae** (1735).

El Sistema linneano clasifica las plantas por caracteres de sus órganos reproductores en cinco grados y veinticuatro clases, según el siguiente esquema dicotómico:

---

(6) En su **Diario de Observaciones** para 1778, durante el mes de septiembre, Mutis hace constar que recibió carta de don Juan Jacobo Gahn, en la que le dice hablando de C. Linné, padre:

... ha caído algún tiempo ha con una enfermedad de vejez como de perlesía o caimiento de alma, de manera que ni habla, ni parece pensar con acierto, ni se puede absolutamente ocupar en nada sino está **civiliter** *muerto.*

Grado 1.° Organos reproductores imperceptibles (clase 24).
» » perceptibles (clases 1-23).

Grado 2.° Flores hermafroditas (clases 1-20).
Flores unisexuales en el mismo pie (clase 21, *Monoecia);* en diversos (clase 22, *Dioecia);* flores hermafroditas y unisexuales en el mismo pie (clase 23, *Polygamia).*

Grado 3.° Estambres libres o independientes (clases 1-15).
Estambres reunidos por los filamentos en un haz (clase 16); en dos (clase 17); en más de dos (clase 18); estambres unidos por las anteras (clase 19); estambres unidos por las anteras y por los filamentos (clase 20).

Grado 4.° Estambres iguales (clases 1-13).
Estambres desiguales (clase 14, *Didynamia)* (clase 15, *Tetradinamia).*

Grado 5.° Número e inserción de los estambres.
Estambres de uno a diez (clases 1-10).
Estambres de doce a dieciocho (clase 11); estambres veinte o más, insertos en el cáliz (clase 12); estambres veinte o más, insertos en la base del gineceo o germen del fruto (clase 13).

Los caracteres escogidos por Linné, con la experiencia de los años y con una mejor ponderación de la flora mundial, en parte se hallaron inapropiados, en parte han sido sancionados como estables. Así el grupo de las Gramineas (3.ª clase); el de las Crucíferas (15.ª clase); el de las Labiadas (14.ª clase); el de las Compuestas (19.ª clase); el de las Orquídeas (20.ª clase), quedaron por su mano delimitados para siempre. Fuera de eso, la época linneana nos dejó un gran número de especies determinadas por los verticilos reproductores.

La denominación global de *Fanerógamas* fué, con posterioridad, introducida por Ventenat en 1799. El mismo Linné, en su **Philosophia Botanica** (1751), introduce la importancia de los órganos embrionarios fotosintéticos que primero se desarrollan de la semilla, fundamentando la división de Acotiledóneas, Mono y Policotiledóneas.

Fué obra de Linné, respetada por los siglos, como ya dijimos, la denominación binomial de las plantas, según la cual cada vegetal lleva expreso en su nombre el género en una primera palabra, embocadura para su agrupación y la especie en otra, que sólo a él denomina, como si dijéramos su apellido de familia y su nombre individual.

Previó Linné y fué mérito especial suyo — fruto de esa sensibilidad que sólo da el contacto con las plantas y con copiosas colecciones — la inestabilidad de su propia construcción sistemática que con el tiempo debía ser sustituída por otras clasificaciones más naturales.

Pero éstas debían ser la obra del siglo XIX por virtud de los estudios publicados por A. Lorenzo Jussieu en 1789, por Augusto Príamo de Candolle en 1813; por Esteban Endlicher desde 1826 al 40; por Adolfo Broignart en 1843; por Alejandro Braun en 1864 y por A. W. Eichler en 1883. A principios del siglo XX, Adolfo Engler comenzó a publicar el que, plagiando una denominación corriente en la literatura pontificia romana, llamó **Syllabus der Pflanzenfamilien,** con pautas para la clasificación natural que se han generalizado por casi todo el mundo.

Desde luego echamos por la borda el valor exclusivo de los órganos reproductores en la clasificación, no sólo tratándose de Fanerógamas, sino de otras agrupaciones, como lo comprobé respecto del grupo Teridofitas en mi tesis doctoral, en un capítulo titulado: **Kritische Betrachtung der Allgemeinregeln für die natürliche Einteilung.** También debemos corregir a Linné en las localidades de sus tipos que obedecieron a la escasa información geográfica de su época.

Las clasificaciones naturales, entrevistas por Linné, las mismas que había de buscar ávidamente, sin hallarlas en Nueva Granada, José Celestino Mutis y que proclaman los inmediatos sistemáticos, no podían tener sino un sentido de semejanza y paulatina desemejanza entre las especies. A lo más un significado fitogeográfico. Fué más tarde cuando irrumpieron en el mundo científico las ideas evolucionistas de Carlos Darwin, las de Juan Bautista Pedro Antonio Monet de Lamarck y las que emitió sobre la ley biogenética fundamental, Ernesto Haeckel, cuando las clasificaciones naturales gravitaron sobre bases de contenido biológico. Haeckel fué un zoólogo y no botánico, pero sus principios fueron aplicados a la vegetación principalmente por Karl von Goebel continuador de Goethe y de Julius Sachs, en el estudio de la Organología Comparada de los Vegetales.

La Botánica taxonómica mantiene en nuestros días prendidos sus fanales, porque hoy como ayer, no se puede dar un paso ni en el conocimiento de las plantas, ni en la Biología trascendental, ni en Silvicultura, ni en el uso y producción de las materias primas del planeta, ni en los *standards*, sin una denominación internacional de cada unidad vegetal y sin una clasificación universalmente aceptada por la solidez de sus fundamentos filosóficos.

Por eso las floras regionales, como la de la Expedición Botánica, nunca pierden su actualidad, no sólo en los raciocinios de los adelantados del pensamiento nacional, sino en las orientaciones ideológicas de todo el pueblo. Su presentación estética tal como la concibió el noble hijo de Cádiz tendría un valor perenne de alta nota, para que tras ella y a su nivel, se desatara toda la orquesta de las manifestaciones del espíritu. Sobre esto volveremos a hablar más adelante.

Esta mitad del siglo XX nos trae corrientes, al parecer contradictorias, en la sistemática natural de las plantas. De un lado la ciencia, persuadida de que la denominación y clasificación de las plantas son únicamente instrumentos para trabajos más relacionados con la economía, permanece adherida al esquema de Engler, sin atreverse a levantar el peso ingente de la tradición, de la bibliografía y de las rutinas del siglo pasado, donde él aparece como base. De otra parte los avances de nuestros conocimientos sobre transformaciones genéticas, que nos han revelado tantos procesos como pueden cambiar experimental o espontáneamente los genotipos vegetales, están pidiendo otro concepto y crítica de las clasificaciones naturales y corroyendo las antiguas. Pero esto se sale del tema que tratamos.

Tal vez entre los secuaces de Linné, quien más en lo vivo había de experimentar la insatisfacción del **Systema** fué Mutis. Estaba en la tierra precisa. La continuidad del clima en la misma localidad del trópico, la paulatina transformación del mismo al ascender sobre el mar; los diferentes orígenes geológicos de los seis diversos sistemas orográficos; la multitud de habitaciones botánicas, suelos y aguas, han hecho de Colombia un archipiélago de la flora.

Mutis y sus discípulos, clausurados en el sistema linneano, experimentaron muy pronto la necesidad de romper sus ligaduras. Caldas nos habla de las notables ideas de Mutis sobre el sistema y de sus apotelogramas o conclusiones nuevas en taxonomía.

Lo mismo había sentido ya N. J. Jacquin, quien se expresa así en el prefacio de su **Selectarum Stirpium Americanarum Historia,** Viena, 1763.

In ordinandis stirpibus meis viri celeberrimi Caroli Linnaei Systema sexuale adoptavi; atque aliis sponte praetuli omnibus; non quod hoc omni parte absolutum haberem, nec probe intelligerem expertus Naturae non raro illud vim inferre, et multis iisque saepe inevitabilibus vitiis laborare... Al vero nullas Natura leges a nobis assumit, quas ipsa prior non possuit deditque.

Cuántas veces, en el mismo ejemplar que estoy copiando, de la obra de Jacquin y que le perteneció, Mutis leería estas palabras. De ahí nacería su principio de no variar en Taxonomía para no hacer engorrosa la Ciencia Botánica.

No había transcurrido un año de labores de la Expedición, año que conocemos día a día por el diario que escribió Eloy Valenzuela, cuando la consideración, sobre todo de las Melastomatáceas, persuadió la incongruencia del sistema linneano para clasificar la flora neogranadina.

Por eso no es extraño que Mutis, viendo que su problema sistemático crecía y crecía, que desde Santa Fe le era imposible discutirlo con los sabios, compulsarlo y acordarlo, optara por evadirlo proponiendo en sus instrucciones, como título y división de su obra, el de **«Centurias».**

Mutis, en contacto con la flora neogranadina, pudo en largos viajes de éxtasis, por ásperos caminos coloniales, ver, no ya en ejemplares mutilados de herbario, sino en los vivientes e íntegros, el valor sistemático de otros órganos distintos de los florales y ello le dió seguridades para corregir respetuosamente a Linné en muchas de sus determinaciones.

Cuando los grandes maestros de la flora europea parecían satisfechos con los grupos linneanos, el arzobispo-virrey Caballero y Góngora, aconsejado por Mutis, escribía así en 1787, en su **Plan de Universidad para Santa Fe, Capital del Nuevo Reino de Granada:**

Cátedra de Botánica Perpetua... Para la enseñanza de la Botánica se deben adoptar, por ahora, los principios del célebre sueco Carlos Linneo.

Por ahora. Como quien dice: día vendrá en que no sea así. Porque Mutis esperaba ponerse en contacto con la ciencia europea para enmendar a su maestro, así como Linneo había anhelado ver a Mutis para comparar más y le escribía en 1769: *Ultinam redires salvus in Europam! Video, ex datis, quod redeas plantis et earum observationibus ditior nummis Craeso. Utinam te in hac vita liceret semel coram intueri quasi e paradiso reducem. Certe si redisses, auderem Hispaniam tui causa petere, nisi senium prohiberet et instans fatum.*

El espíritu universalista de Linneo se revela en el consejo que daba a sus discípulos de aceptar siempre las posibilidades que se les ofrecieran para viajar a lejanas partes del mundo.

Cuando el rey Fernando VI invitó a Linné para que, con un cargo digno de su prestigio, se trasladara a España, éste hubo de excusarse, pero envió a la península a uno de sus más aventajados alumnos: Pedro Loefling. De ahí se originó el viaje de este gran científico al Orinoco, que finalizó con su muerte en Cumaná el año 1756.

Los alemanes estaban ansiosos de penetrar los misterios científicos del mundo colonial español, tanto que el arzobispo-virrey se movió a fundar la Expedición Botánica con anticipación a la real aprobación, en 1783, para adelantarse a los austríacos. Su Relación de Mando, escrita en Turbaco en 1789, acabando de llamar al Nuevo Reino *el país de los metales y preciosidades*, añade:

Estas habrían permanecido en la mayor parte desconocidas si con motivo de la orden de la Corte para auxiliar y conceder libre tránsito a unos exploradores alemanes en este Reyno, no hubiera yo prevenido su intención y el oprobio que ciertamente nos resultaría de que estos extranjeros viniesen a nuestros países a señalarnos los tesoros de la naturaleza que no conocemos: oprobio que tanto nos han echado en cara y que creí deber concurrir a desagraviar en esta parte a la nación.

No dice aquí el noble Caballero y Góngora quiénes fueron estos enviados ni a dónde pretendían viajar del Nuevo Reino, el cual entonces abarcaba mucho más de lo que hoy son Venezuela, Colombia, Ecuador y Panamá. Cuando ese rumor de exploraciones corría por América ya Loefling había muerto y Humboldt era todavía un niño (7).

Pero este párrafo del gobernante neogranadino nos revela todo un estado psicológico de la España de Carlos III: altiva en su pensamiento, magnífica en sus celos y aunada en la fecundidad de su esfuerzo.

De esa emulación, unida a la necesidad del desarrollo económico, nacieron las expediciones naturalistas españolas a Venezuela, a la Nueva España, a Cuba, al Perú, a la Argentina, al Paraguay, a Filipinas y en la Nueva Granada, sobre cuyo desarrollo y resultados nos hablará más adelante el doctor E. Alvarez López.

M. Moebius ha recogido en su **Geschichte der Botanik** los nombres de todos los botánicos que en el siglo XVIII se derramaron por los continentes a arrebatarles los secretos de sus especies vegetales y que regresaban a publicar en Europa el triunfo de sus penosas exploraciones. Las noticias de este afanoso enjambre llegaban a España y a la Nueva Granada como un zumbido excitante que fué definitivo para los designios de Mutis, el confinado, el celoso, el incansable, el torturado por el mundo equinoccial hispano.

Felipe V, el versallés, ya viejo, presa de sus melancolías y del hastío de la Corte madrileña, paseaba por los jardines de la Real Granja de San Ildefonso, tratando de sentirse en su medio francés, refinado, perfumado y libre de interferencias. Los Pirineos no eran bastante altos para detener la avalancha del gusto y de las tendencias galicadas que inundaban a España y se desbordaban hasta la lejana colonia neogranadina.

Fu vera gloria? Ai posteri
L' ardua sentenza...

(7) Los cuatro viajeros que según instrucción del Emperador José I, dada en Viena el 24 de abril de 1783, debían pasar a ambas Américas con el encargo particular de recoger para el Gabinete y Jardín Imperial y para la Casa de Fieras, todas las curiosidades posibles y contenidas en los Reinos Vegetal y Animal, fueron el señor Marter, profesor de Historia Natural en el Colegio Imperial Teresiano, quien era el jefe del viaje y como compañeros los señores Stupitz, Roos, jardinero del Palacio Imperial de Schoenbrun; Moel, pintor imperial y Pretermeier.

Debían embarcarse en Bruselas, pasar a Filadelfia, luego a las provincias meridionales de Estados Unidos, a las Antillas, Panamá, Perú, Chile, Filipinas y dar vuelta por el Asia.

Algo aparece cambiada la nómina de los viajeros en la carta, desafortunadamente sin fecha, hallada por Guillermo Hernández de Alba, que dirigió el ministro Gálvez al virrey de Santa Fe.

CAPITULO V

DONDE NO SE PONIA EL SOL [8]

La historia, desde la evolución de los siglos más remotos, no alcanza a ofrecernos ejemplo de algún rey que haya contribuído más que Vuestra Majestad a ensalzar la admiración al Altísimo en la perfección de lo creado.

CARLOS LINNÉ a Fernando VI al dedicarle el **Iter Hispanicum** de Loefling, en 1758.

Motivos de brevedad nos permiten apenas trazar en unas líneas el boceto de lo que fué el renacimiento y desarrollo de la botánica hispana durante el siglo XVIII, rota la continuidad en el anterior con aquella tradición brillante de los naturalistas e historiadores de Indias, tantas veces inseparables en esta doble actividad de su pluma, a la cabeza de los cuales se coronan de gloria Fernández de Oviedo, Acosta y Sahagún, con los médicos filósofos (como ellos mismos se titulan en ocasiones) presididos, por propio derecho, por Nicolás Monardes y Francisco Hernández.

El triste reinado de Carlos II y la brecha sangrienta de la guerra de Sucesión explican tal interrupción y el retraso que con respecto a la ciencia de las plantas existió en nuestro país al alborear el siglo; si bien resulta consolador comprobar cómo el movimiento restaurador, que lentamente se va abriendo camino, no es un mero reflejo de la política de una nueva dinastía, sino que cuenta con raíces anteriores hondamente nacionales.

Es aún en el brumoso período del último de los Austrias cuando se inicia esta renovación, que tiene su expresión concreta en la fundación y primeras actividades de la Academia Médica de Sevilla, fundada por entonces con el nombre y propósito aun más explícito de *Regia Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla*. Comenzó esta ilustre entidad por ser una tertulia de médicos que se reunían en la ciudad del Betis a finales del siglo XVII, en su mayor parte no procedentes de ninguna Universidad, sino de las filas de los llamados revalidados, formados en la práctica con otro médico y autorizados después por la obtención del título para el ejercicio de la profesión, frente a los médicos galénicos cuya ciencia se fundaba en el conocimiento memorístico de los textos de Hipócrates y Galeno. Según los datos existentes en el **Libro primitivo de la Sociedad,** publicados por el doctor de las Barras y Aragón, estos beneméritos promotores *pretendían adelantarse en la Philosophia experimental, procurando para este fin los más escogidos authores que les pudo franquear la diligencia personal por medio de muchos aficionados extranjeros.* Adhiriéronse a este movimiento otros y la tertulia *atrajo a sí la correspondencia con los primeros hombres de la Facultad en la Corte y, en esta ciudad, al ingenio de D. Lucas de Jáuregui, médico revalidado en ella*. Vencida la oposición de los contrarios que la denunciaron al fiscal de S. M. y previa consulta al Real Protomedicato y a propuesta del Consejo de Castilla, firmó Carlos II en 25 de mayo de 1700 la Real Cédula de constitución de la que había empezado por tertulia particular. Consideramos del mayor interés subrayar este punto, que nos muestra una decidida iniciativa para la renovación del estado de cosas, como fruto de un proceso puramente nacional que halló ecos favorables en la Corte y consiguió el apoyo de los más altos y autorizados organismos competentes, como el Real Protomedicato y el Consejo de Castilla. Los estatutos fueron, poco tiempo después, confirmados por Felipe V, pasando por su presidencia doctores de tanta fama como Zapata y Cervi, el último de los cuales, al morir en 1741, dividió su biblioteca entre esta Sociedad y la matritense, posteriormente creada. En la Sociedad sevillana se cultivaban, con la medicina, la química, la mineralogía, la anatomía y la fisiología, incluso la vegetal, realizándose también excursiones científicas.

El nuevo clima, favorable para la ciencia, se va creando así por el influjo de diversas entidades y personalidades y, en lo que se refiere a la botánica, toma existencia con los Salvador y con Quer; se desarrolla con el magisterio de Barnades, Gómez Ortega y Palau, y empieza a dar frutos espléndidos con Mutis, con Cavanilles, con las expediciones de Ruiz y Pavón, de Sessé y de Malaspina, en un período de apogeo que se prolonga aun a través de las guerras, de las dificultades de comunicación internacional que ellas suscitan y de los agobios del erario que en ellas se agota, hasta la tragedia de 1808, en que la brutal agresión napoleónica y las conmociones políticas que vinieron después, malogran el aprovechamiento de gran parte de lo con tantos trabajos obtenido. Los resultados logrados antes de aquellas conmociones y lo que por uno u otro camino fué posible salvar tienen, sin embargo, valor suficiente para consolidar la gloria de sus autores y cubrir de méritos a los que en su obra les ayudaron o alentaron, siendo a la vez lazo de unión hoy entre los pueblos de la Hispanidad e imperativo para continuar conjuntamente esta empresa, iniciada con tan felices auspicios por los que nos dejaron tan valioso legado común.

El influjo de hombres doctos en otras ciencias creaba un ambiente favorable para éstas, llegando en algunos casos a colaborar aquéllos más o menos directamente en éstas, como aconteció con Ulloa y Solano. Políticos ilustrados como Carvajal, Floridablanca, Gálvez y Porlier les prestaron su protección y alguno, como Jovellanos, las cultivó él mismo; maestros como el P. Flórez despertaron interés por su aprendizaje en el espíritu de los príncipes.

Vinculadas en cierto modo la Medicina y la Historia Natural, no sólo en sus fundamentos objetivos que hacen del médico y del farmacéutico un naturalista más, sino por una tradición de siglos, entre las filas de los hombres pertenecientes a estas profesiones se reclutaron los iniciadores de su renovación en España.

De ahí el hincapié del P. Feijóo sobre la utilidad de los conocimientos médicos para vencer la resistencia de los adversos a las ciencias; de ahí que las Reales Cédulas orgánicas de nuestras expediciones científicas proclamasen en su preámbulo la necesidad de adquirir conocimientos útiles en medicina y economía, beneficiosos para todos los súbditos y en particular para los habitantes de las provincias ultramarinas de España.

Los primeros botánicos españoles del siglo XVIII son entusiastas adeptos del sistema de Tournefort. La relación directa con este sabio se establece a través de Salvador y Pedrol (Jaime), farmacéutico de Barcelona, cuyo padre, Juan Salvador, botánico también, había mantenido correspondencia científica con Dalenchamp y Barrelier. Jaime Salvador, ya formado en la ciencia de las plantas cuandò Tournefort vino a España, fué su acompañante en trabajos y excursiones por nuestro país y su amigo cordial durante el resto de la vida, tan estimado de aquél que le llamó *Fénix de España*. Llegó a reunir ricas colecciones, nutrida biblioteca y a poseer un Jardín Botánico en San Juan del Espí, que Colmeiro califica como *si no el primero, el más rico por lo menos y el más propio de su objeto que hasta entonces se había conocido en España*.

Desgraciadamente no dejó publicaciones que conservaran y extendieran su ciencia las cuales hubieran anticipado lo que después, ya tar-

---

(8) Este capítulo es un resumen del estudio inédito y más extenso, redactado por el mismo autor, con el título **La Botánica en España y sus Provincias de Ultramar durante el siglo XVIII.** Se le ha acortado aquí por motivos editoriales y por los mismos se le ha despojado de todo aparato bibliográfico.

díamente, hizo Quer. Sus hijos Juan y José conservaron la tradición familiar, continuando los estudios botánicos, especialmente el primero, quien mantuvo relaciones científicas con los Jussieu y Boerhaave y herborizó en Baleares y otros puntos, redactando un **Catalogus plantarum rariorum in Insulis Balearicis anno 1712 observatarum,** que según el mismo Colmeiro quedó inédito en la biblioteca de los Jussieu.

Con los anteriores figuraban otros distinguidos botánicos catalanes, algunos de ellos discípulos suyos, como don Juan Minuart, el doctor Pedrells, don Hemeterio Olsina, el capuchino fray Salvador y otros eruditos farmacéuticos *y una insigne mujer llamada Hipólita, con Huerta de Plantas oficinales en el Hospital de S. Lázaro...*

Parece que en la Corte había menos elementos. Perdido el Jardín Botánico creado en Aranjuez por Felipe II y el que en el mismo Madrid tuvo don Diego de Cortavilla en el siglo XVII, sólo era digno de mención un huerto dedicado a plantas medicinales dentro de la Casa de Campo, dirigido por Sebastián Hernández, único verdadero herbario (esto es, herbolario botánico) al decir de Quer, por seguir iguales reglas y estudios a los de Barcelona. Añadamos, sin embargo, que durante cierto tiempo surtió las farmacias cortesanas don Juan Manuel Rodríguez de Luna, aragonés que había sido boticario del Papa y después vivió en Madrid hasta 1716, siendo, según Casal, *el más eminente Naturalista, Botánico y Químico que conocí en mi vida.*

Así las cosas, Riqueur, médico de Felipe V, adquirió por su cuenta una finca en el lugar denominado Migas Calientes; destinó parte de ella para su huerto botánico particular y estableció otro de plantas medicinales en el Real Sitio de San Ildefonso.

Al fijar su residencia en Madrid, en 1745, después de su segunda campaña como cirujano militar en Italia, Quer empezó a cultivar sus plantas en el Jardín de la Duquesa de Atrisco. Pero siendo pronto insuficiente para albergar las mismas y para el cultivo de las nuevas partidas de semillas, ya recogidas en excursiones propias, ya recibidas de corresponsales extranjeros, hubo de alquilar la casa y jardín del Conde de Miranda y en diciembre de 1748 hizo allí el trasplante. Pronto fué este Jardín el más importante y visitado de la Corte, llegando a cultivarse en él más de dos mil especies.

Según Colmeiro, Riqueur, a su muerte, legó a Fernando VI el de Migas Calientes y éste fué, según él, el punto de partida para su ampliación y conversión en Jardín público. Quer atribuye este resultado a la representación puesta en manos del monarca por el presidente de la Real Academia Médica Matritense y de la Real Sociedad de Sevilla don José Suñol, que era a la vez su primer médico de Cámara y protomédico de los Reales Exércitos, sobre la enseñanza de la botánica y la construcción de un Jardín Botánico. La petición fué atendida y el propio Suñol nombrado Intendente y encargado del establecimiento del Jardín, que fué instalado en el citado soto de Migas Calientes, trasladándose a él el particular formado por Quer. Tal fundación se hizo en 1755 y, según añade éste, ya entonces llevaba el suyo nueve años de existencia, manteniendo correspondencia con la mayoría de los más importantes de Europa, recibiendo de aquéllos semillas *a cambio de las de España que tanto anhelan.*

Nombráronse, además del intendente, dos subdirectores, uno de ellos don José Ortega, boticario de los Reales Ejércitos. Pero la actividad científica recaía sobre los dos profesores y demostradores; cargos para los que fueron nombrados como primero Quer y como segundo Minuart. De hecho el verdadero director científico del Jardín fué siempre el primer catedrático.

Quedaba así creado el órgano permanente que había de impulsar los avances y progresos de la botánica en nuestro país. Si durante la vida de Quer ellos no fueron tan patentes, como si el esfuerzo desarrollado para su organización hubiera consumido todo el aliento final de ella, en el período siguiente se convirtió en el centro motor de grandes empresas y a la par fué escuela de investigadores y profesores llamados a elevar a un nivel muy alto la ciencia de las plantas en España.

Quer era un entusiasta de Tournefort, y aunque su vida fué bastante larga para permitirle asistir al pleno triunfo de las doctrinas de Linneo, nunca quiso abandonar el rumbo adquirido en los primeros años de su actividad científica. Por lo que sabemos de Minuart podemos colegir lo mismo, ya que las plantas descritas por él, la *Cerviana* y el *Cotyledon*, lo fueron de modo distinto a las reglas linneanas. En cuanto a Vélez, más joven y espíritu más abierto a la novedad, su muerte prematura y la inedición de sus trabajos no nos permiten juzgar, aunque podemos suponer con fundamento que, al menos antes de su intimidad con Loefling, y a pesar de ser un botánico documentadísimo, no era tampoco linneano. Ortega, al que antes hicimos referencia, no ha dejado tampoco escritos que permitan conocerle en este aspecto, aunque sus viajes, sus relaciones ocasionales con Linneo y la orientación seguida por su sobrino y probablemente su discípulo, don Casimiro Gómez Ortega, acaso lo califiquen como inclinado hacia los nuevos métodos. No obstante, por su magisterio, su actividad, sus publicaciones y acaso por su misma energía y fortaleza de carácter, fué Quer el que imprimió su sello a aquel período.

El juicio más objetivo sobre estos hombres, por venir de fuera y desde una posición doctrinal diferente, puede verse en estas líneas de una carta de Loefling a su maestro Linneo en 1 de noviembre de 1751: *En Madrid he hallado más hombres curiosos que en Lisboa.*

El señor Minuart, que se hizo célebre en la botánica por su nuevo género Cerviana, es hombre de edad, pero un diligente observador. Puede llamarse con razón el conservador de la verdadera Botánica en España.

El Sr. Vélez, Examinador del Protomedicato y Demostrador de Botánica en el huerto de los botánicos, fué discípulo del Sr. Minuart. Ha hecho una **Flora Matritense** *que yo vi manuscrita en su poder; y tiene una buena librería que me franqueó con toda libertad. Es un sujeto muy capaz y curioso. El Sr. Quer, Cirujano Mayor del ejército y miembro del Instituto de Botánica, ha recogido un Herbario que a mi juicio contiene cosas muy curiosas y exquisitas. Ha plantado también un huerto particular de las hierbas más raras que hay en estas cercanías y de otras muchas; pero el otoño les ha dado fin. Nada digo de su Museo, rico en conchas, piedras y otras especies de curiosidades.*

Hay además de este Jardín otro nuevamente dispuesto y perteneciente al Colegio de Boticarios, que disputa la preferencia al primero; pero el del señor Quer tiene más plantas raras que este último.

Linneo contestó, sorprendido, a su discípulo, de que fueran *tantos en España los botánicos verdaderamente eruditos e insignes*, ofreciéndoles el ingreso en las sociedades sabias y señalando la necesidad de inmortalizar sus nombres en la dedicación de géneros nuevos de plantas, como así lo cumplió en los de *Ortegia* Loefl; *Queria* Loefl; *Minuartia* Loefl, y *Velezia* L.

No nos es posible detenernos en más detalles acerca de estos hombres ilustres y sólo hemos de precisar algo más acerca de la labor de Quer, tan difícil de enjuiciar hoy. Las campañas en Italia, sus relaciones con los sabios de aquel país y particularmente con el doctor Monti, cuya influencia había de ser decisiva en su orientación posterior, su habilidad quirúrgica y como preparador de piezas botánicas, apenas si pueden ser de paso recordadas. Recibido como miembro del Instituto de Bolonia, relacionado con Sauvages y con José Salvador, vuelto a la Península, se entregó a activas herborizaciones y al fomento de su jardín y de sus colecciones naturalistas.

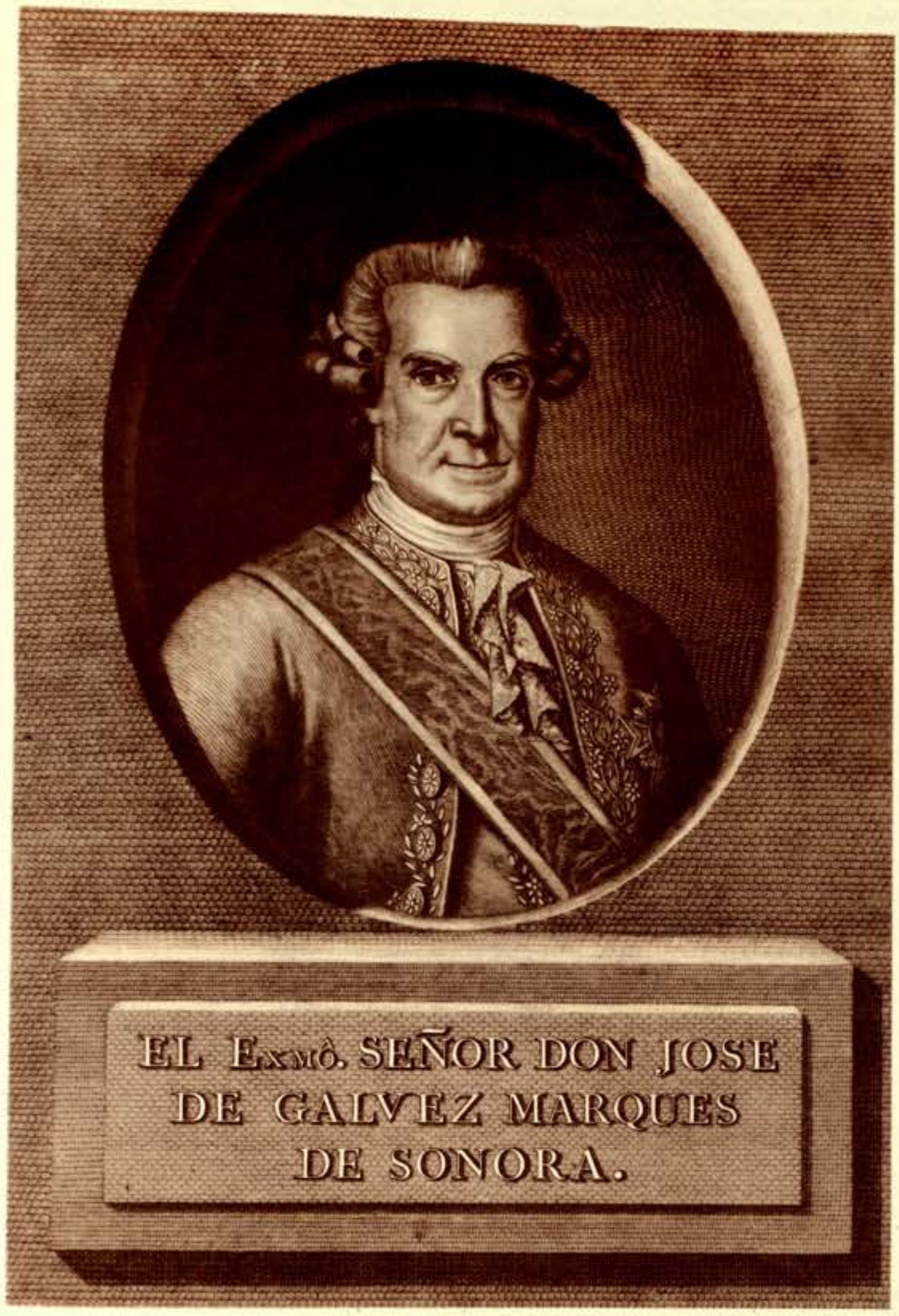
En Quer el médico domina al botánico puro, siendo seguidor — a más de Tournefort — de Kramer, Haller, Tabernamontanus, Heister, en su docta cirugía, y del gran Boherhaave. Como Haller, ve en la botánica un medio para perfeccionar la medicina.

Su mayor error, el de no aceptar el método linneano, queda en parte explicado por esto mismo, en parte por su propia terquedad y por afán de lealtad a una escuela decadente.

Identificar muchas plantas, señalar sus localidades—confirmadas por los que han venido después—, tomar una parte principal en la fundación del Botánico, ejercer la docencia en su escuela, dentro de la cual *aunque algo desabrido para los ajenos comunicaba con gusto y franqueza para sus alumnos*, según Gómez Ortega, y hacer todo esto con el sacrificio de su bienestar personal y de sus economías, renunciando a las ventajas ligadas a su hábil escalpelo hasta el punto de morir pobre, son motivos más que suficientes para que su memoria sea honrada y respetada.

De su obra, los cuatro primeros volúmenes habían visto la luz entre 1762 y 1764, año de su muerte. La continuación de aquélla, utilizando los manuscritos del finado, fué encargada a Gómez Ortega, empresa nada fácil ni grata — aun considerando su honor — para quien no compartía sus puntos de vista. Los escritos de Quer llegaban hasta el género *Sium* y hasta él fueron editados y en parte resumidos, añadiendo Gómez Ortega lo que faltaba e imprimiéndose con todos ellos los tomos V y VI de la **Flora Española** en 1784.

Durante el período antes historiado, como ya indicamos en una referencia anterior, llegó a España uno de los discípulos de Linneo,



EL EXCMO. SEÑOR DON JOSE GALVEZ
influyó, como ministro del Despacho General de Indias, en favor de Mutis y de la Real Expedición Botánica. Grabado existente en la Biblioteca Nacional de Madrid.

acaso su predilecto, Pedro de Loefling, coincidiendo los deseos del sabio sueco de conocer la flora de nuestro país, con los del ministro don José Carvajal, de que uno de aquellos pasara a España al servicio de su gobierno.

La favorable acogida que el joven botánico tuvo al llegar a Madrid cambió el juicio de su maestro, hasta entonces poco favorable hacia nosotros.

Trabó una estrecha amistad con los en otro lugar citados y más tarde también con Barnades. Honrado por todos, como merecían su talento y excelentes cualidades, más tarde dirá Linneo en la Introducción al **Iter Hispanicum** las impresiones de su alumno al llegar a España: *En estas circunstancias experimentó Loefling un género de complacencia y sentimiento; complacencia por hallarse entre tantos sujetos distinguidos de su misma profesión; y sentimiento por conocer que su viaje había sido inútil, por haber en España botánicos de un sobresaliente mérito. Estos sin embargo manifestaban la mayor satisfacción por su venida...*

Mientras se empleaba en el estudio de las plantas de la Península y realizaba excursiones y herborizaciones, muchas de ellas en franca colaboración con los botánicos españoles y especialmente con Vélez, el ministro Carvajal preparaba una expedición científica para el estudio del continente americano, la cual acabó por plasmar en la incorporación de la expedición botánica como una parte de la organizada para realizar los trabajos a que daba origen el tratado de límites hispanoportugués de 1750, y que se llevaron a cabo bajo la jefatura de Iturriaga.

Sobre algunas de las producciones naturales de las tierras donde iba a dirigirse la expedición había dado muchas noticias, aunque no científicamente sistematizadas, una decena de años antes, el P. Gumilla, en su obra **El Orinoco Ilustrado y defendido, Historia Natural, Civil y Geográfica de este gran río,** Madrid, 1741.

Volviendo a la empresa encomendada a Loefling, la jefatura y dirección de la expedición puso a sus órdenes a *dos Médicos jóvenes graduados, conocidos de algún tiempo, por discípulos y ayudantes. Han empezado a tomar lecciones y muestran bella disposición de saber*. Ellos fueron don Benito Paltor, *natural de los Pirineos*, y don Antonio Condal, que lo era de Barcelona. Los dibujantes adscritos a este mismo servicio eran dos jóvenes de dieciséis y diecisiete años, que merecieron los elogios de Loefling en varias ocasiones, don Bruno Salvador y don Juan de Dios Castel.

Los expedicionarios repartidos entre el navío *Santa Ana* y tres fragatas, zarparon de Cádiz el 15 de febrero de 1754 y llegaron a Cumaná el 18 de abril del mismo año. En el mes de octubre siguiente, en una carta a Linneo, expone Loefling la labor realizada hasta entonces. Su colección encerraba unas seiscientas plantas; había hecho una excursión con Paltor a las misiones de Piritú, pero las fiebres cotidianas le habían enfermado gravemente. Creía haber hallado treinta géneros nuevos, sin contar otros dudosos, y hecho muchas observaciones acerca de los ilustrados por Linneo sobre figuras de Plumier o sobre plantas secas, para que pudieran perfeccionarse sus descripciones en una nueva edición y las especies nuevas las calculaba en más de doscientas cincuenta; también en zoología había realizado importantes adquisiciones. A los dos años de residencia en aquellas regiones su salud quebrantada se resintió de nuevo en Murucurí y hubo de trasladársele a Caroní, donde en un tercer acceso de fiebres, seguido de complicaciones, falleció el 22 de febrero de 1756.

Don José Ortega, que había quedado como enlace entre maestro y discípulo, dió a Linneo la triste noticia. Un extracto de los manuscritos del finado referentes a las plantas de América le fué remitido por el capellán de la embajada de Suecia en Madrid, don Daniel Scheindenburg, *el cual* — dice Linneo — *con el permiso de mi grande amigo el Sr. Ortega, tomó a su cargo el arreglar y disponer esta parte de dicha obra en la forma que se publica*.

Se cumplían así en la póstuma edición del **Iter Hispanicum,** en 1758, los deseos que Loefling, en carta a Linneo de 12 de junio de 1752 había formulado, acompañados de melancólicos presagios. *Pero si a Dios plugiera que yo nunca jamás pueda personalmente dar a Vmd. un testimonio de mi respeto y amor, a lo menos espero que mis papeles suplirán en mi lugar: y si por ventura yo llegase a morir será, para mí mayor fortuna el tener a Vmd. por heredero, que el alargar mi vida con mácula de ingratitud.*

Aparte de otras noticias de interés, la labor botánica de Loefling se expone en el **Iter Hispanicum** en dos secciones diferentes, tituladas **Plantae Hispanicae** y otra **Plantae Americanae.** Esta es la más importante, pues contiene noticias sobre varios vegetales nuevos, entre ellos los géneros *Allionia, Lecythis, Loetia, Seguieria, Monnieria, Ayenia* y diversas especies interesantes.

Tales fueron los frutos inmediatos, muy valiosos si se considera el corto tiempo y las condiciones difíciles en que se recolectaron, de la tarea de Loefling. Históricamente tiene también el interés para nosotros de que años más tarde el insigne Mutis iba, movido por su entusiasmo y su sola iniciativa, a renovar la interrumpida empresa, como en su día el ánimo de Linneo y de Loefling había sido inclinado por la admiración hacia la de Francisco Hernández. Tanto puede la ley de continuidad en la historia.

La historia de las ideas de los hombres y la de sus vidas se entrecruzan; y separarla en diferentes períodos, generaciones, figuras y escuelas, es muchas veces una mera necesidad del arte. Podemos, sin embargo, señalar de una manera bastante precisa el momento a partir del cual el predominio de la influencia de Tournefort, mantenido por Quer, es sustituído por el de Linneo, que acaso no encontró en ningún otro lugar como en nuestro país tan fervientes admiradores y continuadores de su obra, especialmente en el grupo formado por Gómez Ortega, Palau, Ruiz y Pavón, Sessé y Cervantes, todos ellos linneanos entusiastas. Sobre la base estricta de su doctrina se desarrolla el magnífico espíritu de la Escuela Botánica de Madrid, por lo cual ésta debe ser estudiada aquí como formadora tanto de los profesores que iban a repetir las enseñanzas remozadas de la botánica por el área nacional, como de la mayor parte de los destinados a las difíciles expediciones ultramarinas.

Sean cualesquiera sus méritos en otros aspectos, el sistema linneano va vinculado a los nombres inolvidables de Miguel Barnades, Casimiro Gómez Ortega y Antonio Paláu.

Por una carta de Loefling consta que el sistema de su maestro era ya conocido en España entre 1739 y 1740. Fué más tarde cuando, debido a Barnades, los métodos linneanos fueron introducidos en la enseñanza.

Barnades, médico de Carlos III, pasó, a la muerte de Quer, a ocupar la plaza vacante de primer catedrático del Jardín de Madrid, desempeñándola entre 1764 y la suya ocurrida en 1771.

Nos quedan como muestra de su talento y de su capacidad docente sus **Principios de Botánica**, Madrid, 1667, llenos de interesantes enseñanzas y fundados en las doctrinas del renovador de la ciencia de las plantas, desenvolviendo agudamente por su parte la teoría de la familia y el género.

Tenemos indicios de que a la par acometió una extensa labor sistemática que fué después continuada por su hijo Miguel Barnades y Claris. Esta labor, en parte perdida, fué, sin embargo, utilizada por sus contemporáneos. Asso la cita y le dedica los mayores elogios, titulándola **Nueva Historia de las Plantas Hispánicas** que preparaba para su publicación Miguel Barnades padre, y citando de ella como géneros nuevos *Beitharia, Veneria* e *Hispidella*, de los cuales el último fué incluído por Lamarck en su **Encyclopédie** como de Barnades y se conserva como tal.

Gómez Ortega, doctor en Filosofía y Medicina y más tarde revalidado como farmacéutico, estudió en Toledo, Madrid y Barcelona, debiendo en gran parte su adelantamiento en las ciencias al influjo de su ilustre tío, el ya mencionado don José Ortega. En 1771, y con motivo del fallecimiento de Barnades, pasó a ocupar el puesto de éste con carácter interino, obteniéndolo en propiedad y mediante oposición al año siguiente.

En este cargo y con Paláu como segundo, va a desarrollar una labor digna de encomio. Lo cierto es que en el tiempo en que ambos desempeñaron sus funciones se formó en el Jardín una pléyade de botánicos, se publicaron obras didácticas de interés y se organizaron expediciones de estudio cuyo recuerdo persistirá siempre en los anales fitográficos. Nuestras recientes investigaciones han probado la parte principalísima que tuvo en la organización de la expedición mejicana y los documentos publicados por el P. Barreiro no dejan lugar a duda respecto a su gestión y trabajos preparatorios para la desempeñada por Ruiz y Pavón.

La terminación de la obra de Quer, la edición de la obra de Hernández en 1790, sus publicaciones didácticas y especialmente la de la **Philosophia Botanica** de Linneo con numerosas anotaciones, son otros tantos méritos. Con el regreso de Cavanilles a España su estrella

empieza a obscurecer; surge entre los dos una lamentable rivalidad que no podía presagiarse en el comienzo de sus relaciones, en la que aparecen muestras de que él mismo había favorecido la labor del botánico valenciano, y el triunfo se decide por éste. En 1801 es jubilado y ve cómo su émulo, victorioso, pasa a ocupar su puesto.

En los últimos años Gómez Ortega había realizado su obra más importante como sistemático, publicando sus **Décades.** Describe en esta obra, dada a la publicidad entre 1797 y 1800, noventa y nueve especies de plantas, muchas de ellas nuevas.

Algunos de los géneros de Gómez Ortega presentan interferencias con otros de Cavanilles, que hubieron de ser descritos casi a la par.

Antonio Palau Verderá, su coetáneo y compañero, es una figura atractiva y simpática. Catalán de origen y médico de profesión, fué nombrado segundo catedrático del Jardín, siendo quizás el más activo divulgador en España de las enseñanzas de Linneo y reflejando su labor como profesor, a través del caluroso recuerdo que le dedican algunos de sus eminentes discípulos. La primera de sus obras, la **Explicación de la Filosofía y fundamentos botánicos de Linneo,** Madrid, 1778, en donde se recoge sistemáticamente el espíritu de este sabio, era, después de la de Barnades, la segunda obra didáctica importante de botánica publicada en nuestro país. Palau se identifica con el pensamiento del maestro, al que comenta y aclara frecuentemente, poniendo en ello agudeza y discreción. Vino después la publicación de su **Parte práctica de la Botánica del Caballero Carlos Linneo,** comenzada en 1784 y terminada en 1788, si bien entre ambas apareció el **Curso elemental de Botánica teórico y práctico,** Madrid, 1785, hecho en colaboración con Gómez Ortega, del que se hicieron una traducción italiana en Parma por Guattere en 1788, una reimpresión en Méjico por Sessé en el mismo año y una segunda edición corregida y aumentada en Madrid en 1795, si bien al frente de ésta sólo aparece el nombre de Gómez Ortega, acaso por ser éste el principal autor de las modificaciones introducidas en ella. De su segunda y más extensa obra publicó Palau también un **Sistema de los Vegetales, o Resumen de la Parte práctica de Botánica del Caballero Carlos Linneo,** Madrid, 1788.

Al magisterio de estos sabios y al impulso y protección dispensados a los estudios botánicos sigue la creación de cátedras y jardines en diversos puntos de la Península que contribuyen poderosamente a la renovación de estas disciplinas.

En Valencia, aparte de Cavanilles, sobresalieron entre el profesorado de su Universidad, como botánicos, Tomás Manuel Villanova y José Vicente Lorente y Asensi. En Barcelona se fundó en tiempos de Floridablanca el Jardín Botánico de San Carlos, siendo el médico Ignacio Armengol su primer director; el de Cartagena se estableció en 1787 y al frente de él se destacaron Poveda (Agustín) y Bacas (Gregorio), discípulo de Gómez Ortega. En Andalucía se ha de citar a Trigueros (Cándido), corresponsal emérito del Jardín de Madrid y de Cavanilles; del Jardín de Cádiz fueron profesores e investigadores Castillejo (Domingo), Arjona (Francisco) y Sánchez (José). El de la repetida Sociedad Regia de Sevilla fué regido primero por Ramos (Antonio) y a partir de 1784 por Abat (Pedro), que ganó al frente de él bien merecida fama.

Al lado de todas estas figuras más o menos destacadas, merece un lugar aparte Ignacio de Asso, polígrafo ilustre y uno de los hombres de letras más interesantes de nuestro siglo XVIII, jurisconsulto, economista y docto en ciencias naturales. Como botánico dió a la luz, en 1779, su **Sinopsis stirpium indigenarum Aragoniae** y, en 1784, añadió en una nueva obra: **Introductio in Oryctographiam et Zoologiam Aragoniae** como apéndice, una **Enumeratio Stirpium in eadem Regione noviter detectarum.**

Si la escuela botánica que hemos descrito a grandes rasgos, dibuja un tronco continuado del que serían ramas poderosas las expediciones a Perú y Chile y a Méjico y con el que el propio Mutis tuvo relaciones que no nos toca definir aquí, Cavanilles representa una rama independiente que viene a injertarse en él y que, si por un lado le ingiere toda la fuerza de su vigor y de su talento privilegiado, no deja por otro de interferir con el que era su desarrollo y su crecimiento normal. Anteponerle aquí a la historia de los otros botánicos contemporáneos suyos se justifica por haber dado a la luz sus primeras publicaciones científicas antes de que Ruiz y Pavón comenzaran a imprimir las suyas y por otra parte porque habiendo sustituído a Gómez Ortega en sus funciones docentes se sigue de este modo con mayor claridad la suerte de la botánica, en su centro directivo matritense. La sustitución no representó ningún cambio radical, sin embargo, en la orientación doctrinal, pues Cavanilles era también linneano.

Nació Cavanilles en Valencia en 1745; se orientó en la que era por aquel tiempo nueva filosofía; aspiró, sin resultado, a la cátedra universitaria, refugiándose en la enseñanza privada que, por los insospechados rumbos de la fortuna, le llevó con el tiempo — vocero de su mérito — a ser profesor de los hijos del Duque del Infantado. En virtud de estas funciones acompaña, en 1776, a los duques a París y allí se relaciona con varias eminentes figuras de la intelectualidad francesa, desplegando una atención y un interés geniales por los más variados estudios científicos, como muestran sus cartas al abate Juan Andrés.

De este período son sus **Apuntamientos lógicos,** de los cuales y de su posición intelectual en relación con Condillac y Lamarck nos hemos ocupado en otra ocasión. Según otros apuntes consta que entre estas actividades científicas comenzó el estudio de la botánica en el otoño de 1780 y por su cuenta principió a hacer ensayos de descripciones de plantas entre 1782 y 1784, antes de conocer y tratar a A. L. de Jussieu, Thouin, Lamarck, Desfontaines y otros hombres eminentes, con cuya frecuentación y visitas a los jardines del Trianón de Monier en Versalles, de Bellevue, del Real de París y de otros de la misma ciudad y de Bruselas, fué ensanchando sus horizontes en esta ciencia. Autodidacto en todo, al mismo tiempo se ejercitaba en las descripciones y en el dibujo, legándonos, después de este aprendizaje, admirables representaciones de plantas y equipándose con todos los elementos precisos que la técnica fitogeográfica entonces requería.

La obra de Cavanilles es admirable por su capacidad para captar la oportunidad, para adaptarse a las posibilidades y seguir una dirección predeterminada.

Como estas difíciles empresas no tienen otro acicate que el del patriotismo, parece innecesario subrayar hasta dónde aparece éste como uno de los motores más poderosos que le impulsaron hacia la ciencia; dando lugar, por otro lado, a que su pluma, siempre dispuesta a defender una de las más sólidas culturas, saliera al paso de la improvisación y la ligereza ajenas, en sus **Observations de M. l'Abbé Cavanilles sur l'article Espagne** dans la **Nouvelle Encyclopédie,** publicadas en 1784 y pronto traducidas al castellano y al alemán.

Por este tiempo continúa su trabajo botánico preparando una vasta obra, la **Monadelphia,** no sólo linneana en el tema elegido como unidad, sino dentro del mismo, desarrollada con cierta libertad en un sentido aún más elástico y amplio del que le había sido asignado por Linneo. Siempre acertado en sus procedimientos va publicando la obra bajo la forma de memorias parciales, que se suceden en París entre los años 1785 y 1787, recibiendo laudatorios informes y críticas de su Academia, firmados por A. L. de Jussieu, Adanson, Fougeroux y Lamarck.

La quinta y la sexta partes de estas **Disertaciones (Monodelphiae classis dissertationes decem)** se publicaron en 1788 y la séptima en el año siguiente. En todas ellas figura un considerable número de novedades, aumentado al terminarse la obra total, con la parte novena, ya después de su regreso a Madrid en 1790, donde van los tres géneros de Malpighiaceas: *Tetrapteris*, *Molina* y *Flabellaria* y la décima, con la monografía del g. *Passiflora*, por entonces de posición dudosa.

Para realizar esta magnífica labor, Cavanilles, aparte de profundos conocimientos bibliográficos, puso a contribución los materiales que le proporcionaron el Jardín de París, el del Trianón y otros ya citados; los ricos herbarios de los Jussieu, Thouin y Lamarck; plantas traídas por Dombey, Adanson y Sonerat; otras recibidas de sus corresponsales españoles, especialmente de Trigueros, mas otras cultivadas en el Jardín de Madrid, expedidas por Palau y otras procedentes de la expedición de Ruiz y Pavón, remitidas por Gómez Ortega, punto insospechado y que dimos ya a conocer en otra ocasión.

Ello fué el origen de fricciones muy lamentables, pero por otra parte fáciles de comprender, entre Cavanilles y los botánicos del Perú. Vióse envuelto luego en ellas Gómez Ortega y cambió su política de favor por la de poner dificultades a la continuación de los trabajos de Cavanilles en el Jardín de Madrid.

Autorizado para seguirlos, por orden superior, continuó frecuentándolo, así como otro antiguo Jardín de nuestra capital, el de la Priora, especialmente consagrado al cultivo de plantas medicinales, poniendo a contribución para sus estudios el particular del Duque del Infantado

y herborizando en los alrededores de Madrid y pueblos vecinos. Concibe así su segunda gran obra, una colección de géneros y especies nuevos o poco conocidos, ilustrados con la exacta y conveniente iconografía. Ello llevaba consigo toda la movilidad y la actualidad de una revista o de unos anales unido a la permanencia y el carácter definitivo de un tratado fundamental, despreocupándose de cuestiones sistemáticas generales, que no eran su objeto. Tal es lo que significan sus **Icones et descriptiones plantarum quae aut sponte in Hispania crescunt, aut in hortis hospitantur,** cuyo primer tomo, aparecido en Madrid en 1791, constituye un importante paso en la labor magistral del autor.

Con la continuación de esta magna labor fitográfica se ve precisado a alternar otras. En el mismo año recibe la comisión de recorrer a España y publicar los resultados de sus investigaciones, especialmente en los dominios de la botánica. De esta tarea sólo se llegó a realizar la primera parte, el estudio de su región natal, recorriendo las tierras levantinas en 1793 y naciendo de estos viajes esa hermosa monografía titulada **Observaciones sobre la Historia Natural, Geografía, Agricultura, Población y frutos del Reino de Valencia.** Las novedades botánicas halladas en estos recorridos pasaron más tarde a enriquecer los **Icones.**

A la publicación del primer tomo de **Icones,** con 109 especies, muchas de ellas nuevas, siguió la del segundo, en 1793, donde se encierra la mayor parte del fruto de sus exploraciones levantinas más algunas especies mejicanas. El tercero se dió al público en 1794, conteniendo también un número considerable de plantas levantinas y muchas novedades mejicanas.

Tras el intervalo motivado por la edición del **Reino de Valencia** se reanudó la de los Icones con su tomo cuarto en 1797 en el cual y en los siguientes se proponía dar a conocer plantas raras, halladas por todo el orbe. La mayor parte de ellas eran procedentes de las exploraciones botánicas realizadas por Luis Née, de las que nos ocuparemos en su lugar. De este modo no es sólo América, sino las lejanas Filipinas y la remota Australia las que ilustran su flora con descubrimientos que llevan, unida a la descripción de muchas de sus especies, un apellido español. Honró también este volumen Cavanilles transcribiendo en él la descripción del **Cariocar amygdaliferum,** debida a Mutis.

Reanudada la tarea, como él dice, después de dar algún descanso a los ojos, aparece en 1799 el tomo quinto, donde sigue catalogando las riquezas halladas por la expedición de Malaspina y por fin ve la luz el sexto y último en 1801. Se cierra así una obra monumental de setecientas doce descripciones de plantas de los más diversos grupos con magníficas figuras.

El último período de actividad de Cavanilles, que se cierra con su muerte, comienza con su nombramiento para la cátedra y dirección del Jardín Botánico en 1801. Ello disminuyó su labor investigadora ofreciéndole, en cambio, ocasión para lucir otras facetas de su talento. Formar discípulos como Lagasca y Clemente era el afortunado coronamiento de una vida fecunda.

Complemento de esta labor docente fué la publicación de su **Descripción de las plantas que D. Antonio Josef Cavanilles demostró en las lecciones públicas del año 1801,** ampliada después. En relación con aquélla están en la mayoría de los casos sus importantes **Discursos** inaugurales sobre historia y teoría de la botánica que tampoco es posible examinar aquí por limitaciones de espacio.

Por fuerza todo conocimiento de una ciencia ha de asentarse, para ser firme, en su historia, y no era Cavanilles ajeno a ese principio, bien conocido por Tournefort y por Linneo. Frente al problema de la clasificación, Cavanilles ha adoptado una posición muy independiente, en la que aplica al terreno de la ciencia natural sus concepciones en el dominio de la lógica.

A la muerte de Cavanilles, en 1804, fué designado para sustituirle al frente del Botánico de Madrid, Zea (Francisco Antonio), famoso luego en los anales políticos de Colombia, americano de nacimiento y discípulo de Mutis, que ejerció sus funciones hasta 1809, diciendo Colmeiro de su actuación durante este período: *La dirección de Zea limitó su influencia al sostenimiento del Jardín Botánico, dejando a los discípulos de Cavanilles, nombrados Viceprofesores en* 1806, *y en particular a Lagasca, las minuciosas tareas científicas, y así lo acreditan los catálogos manuscritos de las siembras y la letra de las correcciones hechas después de examinadas las plantas nacidas.*

La actuación de los discípulos de Cavanilles pertenece ya, en su parte principal, a un período distinto del que nos hemos propuesto historiar aquí.

La expedición al Perú y Chile de Ruiz y Pavón, patrocinada por la inteligente política del ministro Gálvez, constituye una página importante en la historia de la botánica y en ella tomaron parte Ruiz y Pavón en primer lugar, y con ellos Tafalla más tarde y los dibujantes Gálvez, Brunete y el agregado Pulgar. Brunete dió testimonio de lo que moral y físicamente representaba el esfuerzo de todos ellos al sellar el suyo con la vida.

Los resultados fueron óptimos y dignos de la gran concepción animadora de la empresa.

Sobre la extensa superficie americana que va desde Chile hasta el Ecuador terrestre se habían dado a conocer hasta entonces algunas noticias botánicas en la obra del P. Fevillée, **Journal des Observations Phisiques, Matématiques et Botaniques.** París, 1714 y 1725. El Padre Molina, chileno de nacimiento, publicó en 1782, hallándose en Bolonia su **Saggio sulla storia naturale del Chili** con una decena de géneros nuevos y varias especies que lo eran también, pertenecientes a otros ya conocidos.

Ruiz (Hipólito) y Pavón (José) discípulos de Gómez Ortega y de Palau fueron designados por Reales Cédulas de 1777 para formar parte como primero y segundo botánicos, respectivamente, en la expedición decretada por Carlos III para el estudio de las producciones naturales del Perú y especialmente de sus plantas. A estos jóvenes científicos (habían nacido en 1754) se agregó otro botánico distinguido, el francés Dombey, designado por su monarca, reglamentándose el papel que cada uno de ellos había de desempeñar y estipulándose todo lo preciso para hacer independientes sus trabajos y regular así la prioridad como la distribución ulterior de los materiales recogidos.

De los documentos publicados por el P. Barreiro se desprende que fué Gómez Ortega el alma organizadora de la expedición; él hizo las propuestas de los nombramientos, él se ocupó de proveerles del material y los libros necesarios, adelantando aquellos que no se encontraban en Madrid; él quien procuró mejorar las condiciones y emolumentos con que se gratificaba al personal comisionado; él el encargado de adoctrinarles y de redactar las normas a que la labor de los exploradores había de acomodarse.

Ruiz nos ha dejado un valioso noticiario de las rutas y trabajos de los comisionados con otras importantes relaciones geográficas, botánicas, etnográficas e históricas en su **Relación del Viaje hecho a los Reynos del Perú y Chile,** publicado por el P. Barreiro en 1931 y posteriormente — a partir de otro manuscrito ruiziano más completo —, en 1952, también en Madrid, editado, como el anterior, por la Real Academia de Ciencias y hallado por el doctor Jaramillo-Arango (Jaime).

Los expedicionarios desembarcaron en el Callao en abril de 1778, pasaron a Lima y desde allí comenzaron un primer período de exploraciones y trabajos que duró hasta 1784. Durante el mismo año de su llegada viajaron de Lima a Chancay y de Lima a Lurín; en 1779 recorrieron las provincias de Huarocherí y Tarma, y siguieron luego a Jauja y otros lugares; en 1780 visitaron Huánuco, Cúchero y Chinchao, siguiendo después en sus herborizaciones otra vez a Chancay.

En 1781 inician la exploración de Chile, adonde llegan por mar; desembarcan en Talcahuano, pasan a Concepción, exploran Arauco, llegan al Fuerte de Nacimiento al pie de la Cordillera, con otras varias excursiones subsiguientes, para regresar a Concepción, seguir de allí, a través de las provincias de Chillon, Itata, Maule, Colchahua y Rancalura. En Santiago herborizan y completan dibujos y descripciones de varias plantas y en octubre de 1783, a través de las provincias de Aconcagua y Quillota, llegaron a Valparaíso, de donde por mar retornaron al Callao.

Los primeros meses del año siguiente fueron dedicados a complementar los estudios hechos y preparar el regreso, terminado como estaba el plazo prefijado para la expedición. Prorrogada ésta, por nueva orden, Ruiz y Pavón hubieron de volver a su tarea, mientras Dombey regresaba a España. En cumplimiento de las órdenes recibidas se remitieron en el navío *San Pedro de Alcántara: 55 cajones de Esqueletos de Plantas, Minerales de Oro y Plata, Animales, Aves y Pescados disecados, Conchas, Piedras, Tierras y otras curiosas producciones naturales e instrumentos y trajes de Indios:* 800 *Dibuxos iluminados con sus propios colores y seis Estufas con* 33 *macetas de preciosos Arboles del Perú y Chile...* Desgraciadamente todo ello se perdió, con el barco mismo, al

naufragar éste en la costa de Portugal. Más afortunado el navío *El Peruano*, donde viajaba Dombey, rindió viaje en Cádiz en mayo de 1785. Reiteró allí el sabio francés, según lo convenido, la promesa de que no publicaría los descubrimientos hechos durante el viaje hasta el regreso de sus compañeros, si bien, según Barreriro, *obtuvo permiso del Monarca español para comunicar aquellos al Rey de Francia y a la Real Academia de Ciencias de París, que no fue poco*. Lo cierto es, añadimos, que algunos de los géneros encontrados fueron publicados por Jussieu o por otros, como aconteció con el *Araucaria*. Salváronse, por venir en el referido barco, sus colecciones y los duplicados de ellas, que según el convenio establecido antes del viaje, habían de quedar en España.

Volviendo a Ruiz y Pavón, en el segundo período de estancia continuaron su obra visitando Huánuco y las montañas de Puzuzo, realizando envíos de sus hallazgos al Jardín de Madrid. En el año siguiente, 1785, hallándose en Macora tuvieron la desgracia de que un incendio consumiera, con la hacienda donde se albergaban, según cuenta Ruiz, *quanta ropa y equipaje había llevado de Huánuco para mi uso, todos los productos naturales recogidos en aquellas Montañas durante dos meses, los diarios de tres años y medio, las descripciones botánicas de quatro años, entre las quales se hallaban unas 600 observadas en los años anteriores y últimamente corregidas y perfeccionadas en Puzuzo y Quebradas de Chinchao por las mismas plantas vivas* y otros materiales importantes.

Aumentadas estas contrariedades con enfermedades y fatigas y con la muerte de Brunete en 1787, se hicieron, no obstante, expediciones a Muña, a Pillao y Chacahuasí, coronando con ella los difíciles trabajos de campo realizados por la comisión.

Se habían sumado en tanto a ella dos nuevos y valiosos elementos llamados a continuar y proseguir sus trabajos al regreso de los primeros enviados, una vez con formación suficiente a su lado, y fueron ellos el farmacéutico Tafalla, por entonces en un regimiento, de donde pasó a ser discípulo y ayudante de Ruiz y Pavón, y Pulgar, incorporado como dibujante.

Ya en disposición éstos de seguir los trabajos, el resto de los expedicionarios emprendió el retorno en 1788, arribando a Cádiz en octubre del mismo año, con copioso material, incluso muchas plantas vivas que, acomodadas en carros y bajo la vigilancia personal de Ruiz, fueron trasladadas a la Corte.

Ya en ella, Ruiz y Pavón fueron agregados al Real Jardín Botánico por Floridablanca, si bien más tarde para los trabajos sobre la Flora del Perú se constituyó un centro de investigación u Oficina, como entonces se le llamaba, independiente, como requerían el espíritu y carácter de Ruiz.

La primera publicación importante de este autor fué la **Quinología,** fechada por él en agosto de 1791 y publicada al año siguiente; era obra de gran importancia y novedad y hubo de llamar la atención poderosamente.

Dos años más tarde salió a luz un libro fundamental de los dos botánicos, su **Prodromus,** en donde se describen los nuevos géneros encontrados por ellos y se añaden noticias interesantes sobre algunos de los ya conocidos.

Entre esta fecha y la continuación de las publicaciones con la del primer tomo de la **Flora Peruviana et Chilensis,** ocurrieron dificultades que impidieron la aparición de éste antes de 1798. Con motivo de iniciarse esta publicación básica sus autores cifran así el estado de sus trabajos: constaban éstos, por entonces, de 2.400 descripciones de especies, con 1.800 figuras; aquellas excederían de las tres mil con las remitidas por Tafalla, profesor de botánica en Lima por aquella fecha, a quien se habían agregado en sus trabajos Manzanilla, *joven de grandes esperanzas para las exploraciones y restantes trabajos de observaciones botánicas* y el dibujante Rivera, los cuales por entonces se hallaban explorando la zona de Guayaquil.

En el mismo año vió la luz otra publicación de menores dimensiones, pero de gran interés, el **Systema vegetabilium Florae Peruvianae et Chilensis,** en cuya primera parte se anticipaban las descripciones diferenciales y algunas otras noticias, de las especies nuevas correspondientes a los géneros también nuevos incluídos en el Prodromus, adicionados con tres más: **Alonsoa, Monnina y Phytelephas,** en total 401 especies, correspondientes a los 161 géneros estimados nuevos y designados así por nuestros botánicos. La segunda parte comprende las especies nuevas correspondientes a géneros ya conocidos; algo más de doscientas, pertenecientes a una cincuentena de aquéllos, comprendidos sólo en las tres primeras clases del sistema sexual. Fué sensible que sus redactores no concluyeran y anticiparan la impresión completa de este **Compendio,** como ellos mismos lo califican, que tan ventajosamente hubiera suplido lo que la obra principal, en su vastedad y magnificencia, no iba a conseguir por completo.

El segundo tomo de la citada flora apareció en 1799; el tercero fué dado al público en 1801; las láminas para el cuarto estaban terminadas y grabadas y su texto completo, sin que se sepa por qué motivos no llegó a publicarse. En el mismo estado quedaron la mayoría de las láminas del quinto. Sin embargo, como una parte importante de estas láminas se difundieron en una u otra forma, llegando a manos de algunos botánicos y en ellos figuraban los nombres genérico y específico y no sólo el porte general, sino en muchas de ellas suficientes detalles anatómicos para su identificación, han sido utilizadas de tal modo, que virtualmente estos dos tomos pueden considerarse publicados, si no en su totalidad sí en parte muy considerable, por sus estampas de las novedades y formas menos definidas.

En el Prefacio del tomo cuarto resumen los autores la labor que llevaban acabada hasta entonces: constituían sus resultados 151 géneros nuevos y 922 especies descritas, muchas de ellas también nuevas, de las cuales 722 iban ilustradas con figuras; con las adiciones del tomo quinto exceden de un millar las especies incluídas en la Flora que de un modo u otro fueron dadas a conocer.

Un aspecto muy importante de esta labor es la atención dedicada en ella al estudio de plantas medicinales. Ruiz, aparte de su **Quinología,** obra importantísima en su tiempo y del **Suplemento a la Quinología,** Madrid, 1801, en colaboración con Pavón, también de gran interés, publicó en las **Memorias de la R. Academia Médica de Madrid** sus trabajos sobre la ratanhia *(Krameria triandra* Ruiz et Pavón) sobre la calaguala, la canchalagua y la china y aparte de aquella publicación periódica las referentes a la raíz del yallhoy y al bejuco de la estrella.

Pavón dejó como obra póstuma, fechada en 1826, a su nombre y a los de Ruiz y Tafalla la **Nueva Quinología,** asunto muchos años después de la fundamental obra de Howard, **Ilustrations of the «Nueva Quinología» of Pavón,** London, 1862. Howard dedicó en ella los mayores elogios a nuestros botánicos y señaló cómo la solución para muchos problemas botánicos importantes se hallaba en las colecciones arrumbadas en nuestros herbarios.

La resonancia de esta expedición y de las otras sus coetáneas se prolongó mucho después por todos los ámbitos de Europa, ya que a través del herbario de Ruiz y de los ejemplares cambiados o cedidos por Pavón, con mano harto abierta, ya de las colecciones chilenoperuanas, ya de las mejicanas que custodiaba con ellas, ya por otras vías, numerosos herbarios, museos y coleccionistas particulares participaron en sus fondos y pudieron publicar materiales inéditos, entre los que figuraban muchos señalados como especies nuevas con sus nombres. Unos los hicieron constar así, otros acaso lo olvidaron.

La expedición mejicana ofrece la particularidad curiosa de haber sido debida en su origen a la iniciativa privada de un hombre de mérito, Sessé, secundada por el entusiasmo de otro, Gómez Ortega.

Era Martín Sessé oriundo de Aragón, licenciado en Medicina por la Universidad de Zaragoza. Tomó parte como médico militar en las campañas de Gibraltar y de América, y en este continente continuó luego el ejercicio particular de su profesión facultativa, prosperado en clientela y riqueza en La Habana, y aumentado en relaciones poderosas en Méjico a donde pasó después.

Allí la admiración por la obra de Hernández le hizo concebir la idea de continuarla y revisarla, y comunicó su proyecto a Gómez Ortega que la acogió con fervor desde el primer momento, dándole estado en las esferas de gobierno y proponiendo a su iniciador como director de la empresa. La muerte del Marqués de Sonora interrumpió la gestación de lo que tan favorablemente se estaba engendrando y sólo el tesón y voluntad indomable de Sessé y la protección decidida de Gómez Ortega fueron capaces de vencer los escollos y dificultades de todo orden que surgieron en la iniciación y el desarrollo del proyecto.

Designados desde el principio para tomar parte en la misma Cervantes (Vicente), farmacéutico; Longinos Martínez (José), como naturalista, esto es, como zoólogo y preparador a la vez, y Castillo (Juan del), por entonces al frente de la botica del Real Hospital de Puerto Rico, también reputado botánico, y el farmacéutico de Méjico

Senseve (Jaime) y señalado el número de dibujantes y subalternos que habían de ser sus colaboradores, se les asignaba una amplia misión, que comprendía no sólo la exploración de Nueva España y comarcas circunvecinas, sino el establecimiento de un Jardín Botánico y de una cátedra permanente de Botánica, con otras medidas encaminadas a promover el estudio de la ciencia de las plantas y la reforma e inspección de las prácticas de farmacia, e indirectamente el adelanto de la medicina.

Desde 1785 en que tales nombramientos fueron aconsejados por Gómez Ortega hasta la Real Cédula dada en El Pardo a 20 de marzo de 1787 que fija definitivamente la organización de la expedición, corre un período lleno de alternativas y altibajos, sin que por ellos sus promotores desmayen. Desde el primer momento Sessé puso a disposición de la empresa su peculio particular para suplir los gastos y su actitud decidida y la de los demás compañeros subsanó todas las dificultades inherentes, no sólo al cambio ministerial producido desde la muerte de Sonora hasta la aprobación de lo diferido por Porlier, sino en Méjico a la mezquindad del virrey Flórez y a las resistencias de la Universidad y del Protomedicato.

Cervantes, encargado especialmente de regentar la futura cátedra de botánica y Longinos llegaron a Méjico, según se sabe, a fines de julio o primeros de agosto de 1787. La incorporación de Castillo sólo se hizo un año más tarde, sin duda después de haberle sido trasladada la Real Cédula aludida, que lo fué a Sessé en marzo de 1788.

Ya Sessé, por su cuenta, había empezado ciertas actividades, enviando frutas y semillas a Madrid, que le valieron nombramiento de corresponsal del Botánico. Junto con los recién llegados, en 1787, se emprendieron herborizaciones en los alrededores de la capital enviándose a la Corte semillas y nueve díbujos como muestra de la preparación de los dibujantes adscritos a la expedición, instruídos en su especialidad bajo la dirección de Sessé. Ellos eran De la Cerda (Vicente) y Echeverría (Atanasio) que inmortalizaron sus nombres en esta tarea. Sessé menciona también a Alviar como aventajado, así como a otro que no nombra, los cuales no pudiendo ser adscritos por falta de dotación quedaron agregados temporalmente al Jardín de Méjico como subalternos y ayudantes, en espera de plaza.

La inauguración de la cátedra de Botánica fué un acto solemne acaecido en 1 de mayo de 1788; Cervantes mostró gran saber como maestro y a pesar de la Universidad y del Protomedicato formó en este curso y en los siguientes una brillante cohorte de discípulos. Paralelamente se realizaba la primera campaña botánica en los alrededores de Méjico, fecunda en hallazgos y resultados según se desprende de los envíos de semillas y herbarios que hemos dado a conocer en otras publicaciones. El peso de la misma hubo de recaer sobre Sessé y Cervantes, puesto que Castillo sólo se incorporó estando ya muy avanzada. La cooperación de Senseve siempre parece haber sido de escaso valor y Longinos actuó principal, cuando no exclusivamente, como zoólogo. El papel de Cervantes está de manifiesto en las muchas especies nuevas que mostró a sus alumnos durante aquel mismo curso, entre las recogidas.

La segunda campaña tuvo lugar el año siguiente, siendo su itinerario de Méjico a Acapulco y logró resultados muy fructíferos. En la tercera, correspondiente a 1790, tomó ya parte Mociño. José Mariano Mociño Suárez Losada había nacido en Temascaltepec, de distinguidos padres españoles, pero de escasos recursos. Estudió en el Seminario Tridentino de Méjico y fué, más tarde, catedrático de filosofía en el de Oaxaca. Opuesto a la escolástica tradicional abandonó la enseñanza y se unió a la posición renovadora de Alzate, cultivando él mismo las ciencias experimentales y graduándose en medicina. En 1789 estudió con Cervantes y tomó parte, con extraordinaria brillantez, en los ejercicios de fin de curso y al año siguiente fué agregado a la expedición como interino, en sustitución de Sessé para aquella campaña. Después tomó parte en la expedición de límites de Nutka con Maldonado, también alumno sobresaliente de Cervantes, y sólo a la muerte de Castillo fué incorporado en propiedad a la comisión.

En esta tercera campaña, de que hablábamos, se exploró un área muy extensa, entre cuyos puntos figuraban Querétaro, Guanajuato, Colima, Uruapán, el Jorullo, Apatzingan y Patzcuaro. La del año siguiente les llevó a Guadalajara y Tepic.

Según datos de Rickett, en 1792 Mociño recorrió la zona entre Tepic y Aguas Calientes y en 1793 siguió el itinerario de Méjico y Puebla a Córdoba. En el mismo año murió Castillo, a consecuencia de enfermedad contraída en la exploración de la Serranía de Tarahumara, legando en su testamento 4.000 pesos para contribuir a la publicación de la flora mejicana. Los escasos fragmentos que de su labor nos quedan le acreditan de competente botánico.

Prorrogada en 1795 la actuación de la expedición, Sessé pasó, según había proyectado, a realizar herborizaciones a las Antillas, con Senseve. Después de una permanencia en Cuba partieron para Puerto Rico en 1796 y allí estuvieron, según Rickett, detenidos por la guerra hasta que pudieron burlar el bloqueo inglés y regresar a La Habana en junio de 1797.

Desde 1793 Mociño realizó, por su parte, importantes investigaciones en el sur de Méjico y Centroamérica, que culminaron en su campaña de Guatemala.

Longinos en tanto, no bien avenido con el resto de los expedicionarios, había procedido con cierta autonomía y, después de varias campañas en las cuales llegó a recorrer desde California hasta Guatemala y Yucatán, murió en Campeche en 1803, poco antes del retorno de los miembros de la expedición a España.

En 1799 los trabajos oficiales de los expedicionarios parecen haberse terminado. La guerra con Inglaterra y otras dificultades aun no aclaradas retrasaron, sin embargo, el regreso de Sessé y Mociño que se hizo cuando dijimos; Cervantes quedó en Méjico al frente de la cátedra y del jardín y allí falleció.

Los tiempos eran ya poco favorables para que los viajeros pudieran desarrollar y publicar su obra. Muerto Sessé antes de 1809, Mociño continuó como pudo con el estudio y custodia de los materiales traídos a la Península, colaborando con él otro mejicano, La Llave (Pablo), cuyo nombre cobró también fama botánica. En el período de la invasión, Mociño hubo de hacer frente a duras vicisitudes, sin que hayamos encontrado nada que justifique que se le considerara como afrancesado y diera motivo a las persecuciones que determinaron su éxodo a Montpellier, siguiendo la retirada de los invasores. En su expatriación llevó consigo las láminas y descripciones, fruto de los trabajos de la expedición, lo que podría censurársele de no excusarle su amor hacia aquellos tesoros, de los cuales, sin duda, se creía legatario y la consideración de que las circunstancias que entonces atravesaba nuestra patria — que él estimaba, justamente, como la suya, como probó viniendo a morir en ella — harían que no viera la luz a tiempo y se perdiera definitivamente. Todo ello se confirmó por desgracia por los acontecimientos posteriores. En evitación de ello y sin recursos para darlos a conocer por sí, los entregó a De Candolle, que hizo amplio uso de ellos y obtuvo copias de las láminas al ser autorizado más tarde el regreso de Mociño a España. Trajo éste consigo los originales a Barcelona y al morir en 1819 en aquella ciudad pasaron a manos extrañas hasta sufrir definitivo extravío.

Como más tardía, más infortunada esta expedición no consiguió, al menos directamente, ver iniciada siquiera la publicación de sus resultados. Como muestra de la importancia de éstos baste decir que, según datos del propio De Candolle, las láminas de botánica alcanzaban la cifra de 1.400 y las de zoología eran en igual número, y ha de tenerse en cuenta que tales láminas sólo se trazaban para representar formas nuevas o mal conocidas y que los expedicionarios tenían especial cuenta en no duplicar lo ya dado a conocer por Cavanilles o por Ruiz y Pavón.

Del uso de estos materiales en las publicaciones de De Candolle y de sus colaboradores queda amplia muestra, no sólo en la atribución de especies que tradicionalmente se viene haciendo a Sessé y Mociño o a Mociño y Sessé y en las referencias de otros a láminas de la **Flora Mexicana,** sino en la declaración expresa hecha por el sabio ginebrino en su **Regni vegetabilis Systema naturale,** París, 1818, páginas 5-6, sobre Mociño, donde se dice: *qui mecum humaniter egregias et ineditas communicavit icones descriptionesque ab ipso et a cl. Sessé et Cervantes per quindecim annos in itineribus variis per Mexicanum imperium concinnatas, quarum omnium scientia, a politicis litibus abhorrens, evulgationem avidissime ex optat.*

Esta colaboración aquí reconocida, de Cervantes, que hemos hecho patente en nuestros trabajos, la indudable de Castillo en otros casos y la más o menos eficaz cooperación de los restantes expedicionarios, nos han hecho indicar que, salvo en aquellos casos en que concretamente conste el nombre del descubridor o los descubridores, lo justo sería apellidar las especies, uniformemente *Exped. Sessé.*

Por otro lado el párrafo transcrito nos muestra, como ya adverti-

mos, que De Candolle tuvo a su alcance para sus trabajos personales, no sólo láminas, sino descripciones. Entre las novedades que por tal camino vieron la luz figuran ciertos géneros como *Amoreuxia*, *Ingenhousia*, *Ateleia*, *Hauya* y *Agdestis* y varias especies de los mismos y de otros ya conocidos. Pero es mayor de seguro el número de las especies dadas a conocer bajo el apellido de De Candolle o de alguno de los colaboradores de éste, como Dunal, señaladas con referencia a los números de los dibujos de la expedición mejicana. Ahora bien, estas láminas por sí mismas indicaban tratarse de especies nuevas en su mayoría y, en su caso, el descubrimiento de las especies correspondía a la expedición, sin que ello merme los méritos de De Candolle en lo que compete a su revisión y, acaso, a las descripciones o correcciones de ellas. El ilustre botánico ginebrino pasa en estas funciones a ser un colaborador más en la misma, y es injusto atribuir a él todo el resultado. Hemos dicho intencionadamente «en su caso» puesto que sabemos haberle facilitado Mociño, no sólo figuras, sino descripciones y con todos los respetos para el gran botánico cuya gloria no se regatea con esto, no sabemos la medida en que fueron usados.

Dejó la expedición numerosos manuscritos, en gran parte fragmentarios, cuyo catálogo puede verse en Colmeiro. Entre ellos figuraban y figuran dos, aparentemente acabados: uno con el título de **Plantae Novae Hispaniae** y otro sin ninguno, que durante mucho tiempo se han considerado como exponentes de la labor realizada. Al patriotismo y celo de los naturalistas mejicanos, apoyados por su gobierno, debemos la publicación de estos dos originales, una vez que su transcripción fué autorizada por el nuestro, conservando al primero de ellos su título y otorgando al segundo el que, por diferentes motivos, resulta poco adecuado, de **Flora Mexicana.** Publicados primero como apéndice de la revista **La Naturaleza** fueron dados luego a la luz en una edición separada, por la Secretaría de Fomento de México, en 1893 y 1894 respectivamente, atribuyendo los editores su paternidad a Sessé y Mociño con exclusión de los otros miembros de la misión, lo que en realidad hubiera resultado razonable si se tratara de una elaboración final hecha tras el regreso a España de aquellos dos sabios.

Pero no es éste el caso: **Plantae Novae Hispaniae** es, como en su mismo prefacio se declara, resultado de los trabajos hechos en las tres primeras campañas. Así lo confirma la confrontación que hemos hecho de las listas inéditas de los herbarios correspondientes a las mismas y el contenido de la obra en cuestión. Realizadas en 1788 y 1789 las dos primeras, Mociño no tuvo parte en ellas y sólo puede atribuírsele la que pudiera tomar en las 172 especies determinadas en la tercera. En cambio Cervantes hubo de tener un papel sobresaliente en la determinación de la primera y en la corroboración de los casos dudosos según los cultivos hechos en el Jardín de Méjico, asunto que era de su competencia. Las dos obras deben ser miradas, pues, como fruto de la labor colectiva aunque la redacción material de la primera de ellas sea probablemente de sólo Sessé.

La llamada **Flora Mexicana** es evidentemente una producción posterior, recopilación de materiales no destinada a las prensas, como bien lo ha visto Sprague y escrita por diferentes plumas, entre las cuales la única identificable, en un caso que hemos señalado, es la de Sessé.

Las dos obras encierran muchas especies nuevas de géneros conocidos, distintas de las dadas a conocer por separado por Decandolle y otros, aunque sólo en la primera excursión se señalan ya 45 como presuntos géneros nuevos, siendo uno de los primeros hallados *Entomanthus* que, aún inédito, fué dado a conocer por Cavanilles como *Lopezia*. El examen de las recogidas en las tres primeras excursiones arroja el número de 66 especies nuevas en la primera excursión, de 106 en la segunda y de 53 en la tercera. Añadamos, para terminar, que confiadas a la custodia de Pavón con las del Perú las colecciones de Méjico llegaron a diversas colecciones e investigadores extranjeros expandiéndose así los resultados y aprovechándoe, saunque quizás en forma irregular.

Entre las grandes expediciones dedicadas a la exploración geográfica y al estudio de la naturaleza merecerá siempre figurar la de Malaspina. Si una serie de circunstancias adversas hicieron perder gran parte de sus adquisiciones, ello no empequeñece la formidable empresa de la expedición misma. Tampoco la pérdida fué tan completa que por lo sólo aprovechado de ella no se la pueda tener por fecunda. Realizada pocos años antes de las funestas guerras napoleónicas y del desgarramiento del imperio, cerraba con broche de oro el cinturón que a mares y océanos desconocidos habían puesto desde el siglo xv las quillas españolas y portuguesas. Este gran periplo fué encomendado al audaz navegante Alejandro Malaspina, a su segundo José Bustamante y a otros ilustres marinos y científicos, quienes, a bordo de las corbetas *Descubierta* y *Atrevida* renovaron nuestras glorias marineras. Su objetivo abarcaba la geografía y la cartografía, la economía y la ciencia natural e incluso la política y el arte militar; pero parte capital de él era el estudio de las producciones de los países recorridos, completando de este modo la labor de las otras expediciones ya realizadas o todavía en curso. Directamente estaba encomendado tal estudio a Pineda y a Née, siendo la misión especial de éste la botánica y de aquél la zoología. Era Luis Née francés de origen, nacionalizado en España, donde había realizado trabajos de observación botánica y herborizaciones al servicio del Jardín de Madrid. Más tarde se agregó a los expedicionarios Haenke (Tadeo), ya famoso botánico. Las misiones de todos ellos se desenvolvieron independientemente, pues en muchos casos operaron en campañas parciales en que se repartió la expedición y cada uno trazó sus notas y formó sus herbarios, de los cuales los de Née fueron estudiados por Cavanilles.

La expedición zarpó de Cádiz el 30 de julio de 1789 y llegó a Montevideo cincuenta y un días después, realizándose desde allí diversas excursiones que alcanzaron hasta Buenos Aires, en las cuales desarrollaron gran actividad Pineda y Née. Siguieron las corbetas a Puerto Deseado y de allí a las Malvinas con importantes adquisiciones botánicas; hízose luego rumbo al Estrecho y entraron en el Pacífico el 18 de enero de 1790. Al mes siguiente se exploraba por los naturalistas el bosque de Chiloé.

Talcahuano y Valparaíso fueron las escalas siguientes, desempeñando las corbetas separadas distintas misiones. En abril se hallaban los expedicionarios en Coquimbo, figurando ya Haenke entre ellos. De allí la *Atrevida*, con Née a bordo, partió para Arica y el Callao, donde se establecieron los comisionados en la Magdalena como centro de estudio y excursiones. Terminadas éstas se zarpó del Callao para Guayaquil desde donde Née partió para visitar los volcanes Tunguragua y Chimborazo. Por esta época llevaba recolectadas unas tres mil plantas y en sus trabajos cooperaba, con gran competencia, el dibujante Guío.

El 28 de octubre se volvió a navegar con rumbo a Panamá, desde donde nuevamente, separadas las corbetas, Née siguió en la *Atrevida* a Acapulco y San Blas, herborizando allí y tornando a reunirse en Acapulco con la *Descubierta*, fondeada en este puerto desde el 27 de marzo de 1791.

Mientras las dos corbetas realizaban una larga expedición por la costa occidental de América del Norte, a la que sólo asistió Haenke entre los naturalistas, Pineda y Née desembarcados, emprenden un largo y fructífero viaje por tierras mejicanas, que duró, por lo menos, desde marzo a noviembre del mismo año, recorriéndose en él más de cuatrocientas leguas.

Vueltas las naves a Acapulco se concentraron los expedicionarios de nuevo, emprendiéndose la travesía del Pacífico el 20 de noviembre de 1791, explorando Née la isla de Guam a principios de 1792. De allí se hizo escala en Palapa y se partió luego para Luzón, dividiéndose en esta isla los viajeros en distintas misiones, correspondiendo a Née el estudio de la costa Sur hasta Manila. Por entonces, desempeñando la suya, contrajo Pineda, a causa de las fatigas y dificultades en ella, una grave enfermedad que pronto tuvo desenlace funesto.

De Luzón siguieron las corbetas a Mindanao y de allí, con fines puramente científicos, se continuó el viaje, rumbo a Australia, donde se ancló en Puerto Jackson el 11 de mayo de 1793. Durante su estancia en este lugar (donde fueron recibidos con la mayor atención y cortesía por los ingleses, a quienes se correspondió con los mismos extremos) recolectó Née en veintitrés días más de mil plantas.

Objetivo de la siguiente escala fué el archipiélago de Mayorga. Al final de esta larga navegación las corbetas se hallaron ante San Lorenzo a fines de junio de 1793. Después Née dejó la *Atrevida*, entrándose por Chile y según nos cuenta el propio Malaspina *se había internado en las tierras de los* **Pehuenches,** *arrimándose siempre a las montañas; hecha luego una breve demora en Santiago había atravesado la cordillera, y herborizado sucesivamente así en aquella parte montañosa como en las inmediaciones de Mendoza y en todo el camino de las Pampas que conduce hasta Buenos Aires...*

La figura de Née se destaca como la de un infatigable e inteligente

explorador. Son pocas, en cambio, sus publicaciones y él mismo lamentaba que la falta de tiempo en tan fatigosas excursiones y largos viajes le privara de estudiar y describir los materiales recolectados.

Una parte de ellos pasó a estudio de Cavanilles, de otra se ocupaba el propio Née, según consta en la **Introducción a la Criptogamia española** de Lagasca, Clemente y García, pero sólo llegaron a publicarse sus notas sobre el abacá, el buyo y la *Pistia stratiotes*.

Se calculan en diez mil las plantas recolectadas por Née, de las cuales, aproximadamente, un tercio se supone eran nuevas; con ellas venían trescientas figuras debidas a Guío, Ravenet y otros miembros de la comisión.

Por este camino plantas australianas, filipinas y otras americanas enriquecieron los últimos tomos de los **Icones.** Para dar un solo ejemplo de cómo estas expediciones aumentaban la flora conocida recordaremos que del género *Calceolaria*, en 1729, sólo se conocían dos especies, que Née halló quince nuevas y que sumados a éstos otros hallazgos, especialmente de Ruiz y Pavón, al redactarse el referido tomo V de **Icones** lo eran ya cuarenta y siete.

No se puede cerrar este breve resumen de los trabajos hechos por las expediciones españolas durante el siglo XVIII sin mencionar los nombres de Cuéllar, de Boldó y de Sinforoso Mutis.

Cuéllar (Juan), uno de los más distinguidos alumnos del Jardín de Madrid, fué nombrado, en 1785, botánico de la compañía de Filipinas y según don Francisco de las Barras, que ha estudiado especialmente su labor, debió desembarcar en Manila hacia mediados de 1786. Hizo desde allí numerosos envíos de plantas vivas, semillas y maderas; fomentó la agricultura del país y envió a Méjico ejemplares que permitieran ensayar allí el cultivo del mangostán, la canela y el árbol del pan y otras producciones orientales; intentó, además, la creación de un jardín botánico y promovió hasta donde le fué posible el estudio de la flora insular a costa de sacrificios, sinsabores y enfermedades.

Boldó (Baltasar Manuel), médico y botánico, según Colmeiro, fué designado como tal en 1796 para tomar parte en estudios de materia médica vegetal que se venían haciendo en el Jardín Botánico, siendo poco después agregado a la comisión de Guantánamo con el encargo de realizar investigaciones florísticas en la isla de Cuba. Con él colaboró como dibujante Guío (José), cuyos dibujos para la Flora cubana en elaboración por los enviados, se conservan en nuestro Jardín. Desgraciadamente Boldó, cuyas muestras de inteligencia y actividad fueron patentes, murió poco después, en 1799, quedando truncada una obra que tanto prometía.

Sinforoso Mutis fué enviado hacia 1863 por su tío, el insigne director de la expedición del Nuevo Reino de Granada, a Cuba, con dos dibujantes para recoger plantas y semillas, según consta en una carta de Caldas, al objeto de hacer envíos al Jardín de Madrid y a otros de Europa. Según esta misma carta, Caldas vió los diseños, fruto del viaje, entre los cuales había cuatro o cinco géneros nuevos y muchas especies interesantes, lo que era de notar en una isla ya tan visitada por los botánicos.

La naturaleza de este resumen nos hace omitir totalmente el capítulo la biología vegetal en nuestro país, bajo la figura extraordinaria de don Antonio de Martí.

Empresa de nuestro tiempo ha de ser continuar la labor y seguir el ejemplo de estos españoles insignes y tratar de utilizar y rescatar, hasta donde sea posible, estos tesoros olvidados o perdidos.

CAPITULO VI

MUTIS DE ESPAÑA Y DE COLOMBIA

Tales eran los hombres que España daba a sus Américas... para sostener un Imperio que no debió desmembrarse nunca, sino vivir en comunión constante de repúblicas siempre sometidas al dulcísimo y nobilísimo yugo de la cultura y del destino histórico de España.

JORGE ZALAMEA, **Discurso** en Méjico para el Centenario de Mutis.

Dejamos a J. C. Mutis desembarcando en el escenario gris y azul del puerto amurallado de Cartagena de Indias y ya es el momento de que el consueta le haga salir al tablado, como a primer actor de esta historia.

La célula colonizadora fué una familia, una estirpe, un apellido. La familia Mutis, consanguíneos de don José Celestino, de origen medio italiano, honesta por los cuatro costados, es un caso que se repite con muchas otras atraídas a Colombia desde España por similares alicientes, incorporadas a la América por iguales vínculos y convertidas en nobles servidores de la sociedad, en factores de nuestro progreso y en prez de nuestras luchas patrióticas (9 y 10).

Bueno es decirlo: la España que actuó en América somos nosotros mismos. Nuestras las angustias de indios y negros, nuestro el letargo colonial. Pero nada fecundó tanto la gran empresa de crear un mundo, como ese río que corre por nuestras propias venas.

Fuimos así porque así era el mundo que nos rodeaba, recio y ávido; elemental, impositivo y despreciador de los peligros. Que se jugaba la vida, lo mismo en una emboscada de los arcabucos, luchando con los salvajes, que en las tortuosas calles de una aldea primitiva, cruzando espadas por el honor, o por el amor, o por la libertad.

Es preciso que cambie la fraseología de la historia y de que llamemos a ciertas cosas por su nombre. La dominación de América fué una obra criolla y la emancipación la hizo España. Si Morillo y Enrile por un lado eran tiránicos, por el otro cumplían su deber de soldados. Si Bolívar y Santander de una cara eran rebeldes, por el anverso son libertadores. Conquista, Colonia, Independencia, denotan momentos de una evolución del mismo organismo tan español y tan americano antes como después. La historia de Colombia no nació en 1810, ni ese año finaliza la de España en esta porción de América, sino que esa fecha marca sólo un hito, visible con poco análisis, en las transformaciones íntimas del mundo español.

Es innegable que los americanos reivindicamos para nuestros apellidos, para nuestro culto religioso, para nuestro lenguaje, para nuestras viviendas, para nuestras artes y aun para nuestras fiestas, lo rancio, lo añejo, lo clásico español. Esos factores son esencia de nuestro pueblo. Lo demás que es accidental, ocasional, ajena influencia y sazón de las edades, no tenemos por qué mirarlo como ajeno. Los americanos debemos aceptar íntegro nuestro pasado y los españoles su propia continuación tal como es. Esto supuesto, la relación que vamos desarrollando no tiene tropiezos en la simpatía de nadie.

Mutis nació en Cádiz.

Llegando de América, avisté la ciudad, tan blanca, que la confundí con la espuma de las olas y al acercarme a sus murallas, a sus terrazas, a sus miradores y a las torres de sus iglesias, experimenté una sensación de luminosidad disuelta en la tierra, en el ambiente y en el mar.

Este fenómeno de la esfumación de Cádiz en claridad, sobre todo cuando la alta marea cubre los arrecifes que la unen al continente, ha sido ponderado por muchos. J. M. Pérez-Sarmiento la llamó *la ciudad paloma;* otros *la ciudad gaviota* o *la ciudad nube;* para otros Cádiz va envuelta en un albornoz cándido, agitado por su historia gloriosa.

La semejanza entre Cádiz y Cartagena de Indias es impresionante. Ambas están edificadas en una península sólo comunicada con el continente por un istmo estrecho; ambas se construyeron como plazas amuralladas a prueba de cañón; ambas tienen historia de heroísmo en la defensa y de audacia en el comercio transmarino.

Cádiz fué fundada por los fenicios. Cartagena por los primeros conquistadores de Nueva Andalucía. En los extremos del mundo hispánico, Cádiz y Cartagena se miran y piensan cada una que ve su imagen en espejos del océano. Por eso Mutis, desembarcando en Cartagena debió sentir algo del hogar de sus mayores. Tal vez también por ese compromiso topográfico y estructural, por esa fusión con el mar y con lo pretérito, Cádiz y Cartagena, se labraron gestas de sacrificio, de hosca altivez y de independencia tan parecidas.

Los abuelos paternos de J. C. Mutis eran él del Principado de Parma, oriunda de Gibraltar la otra. Su padre Julián Mutis era de

---

(9) En el libro 25 de **Informaciones de Legitimidad y Limpieza** del antiguo Colegio Mayor de Santa María de Jesús de Sevilla, folios 130 a 136, el secretario Ramírez da fe de que J. C. Mutis se graduó el 17 de Marzo de 1753 como Bachiller en Artes de la Facultad de Medicina, después de tener ganados tres cursos (1750, 51 y 52) y un cursete (1752). Añade que el dicho Mutis hace pedimento y ofrece probar que es hijo legítimo de Julián Mutis y de Gregoria Bossio, hijo el primero de Francisco Mutis, natural del principado de Parma y de doña Manuela Almeida; que *así yo como los dichos mis padres y abuelos y demás de mi linaje y familia han sido y somos cristianos viejos, limpios de toda mala raza, casta y generación de judíos, mulatos, conversos, gitanos y otra mala secta; que no hemos sido castigados por el Santo Oficio de la Inquisición por crimen de herejía, apostasía, judaísmo ni otro, que no han cometido delito de infamia de hecho ni de derecho, ni tenido oficios viles, bajos ni mecánicos, por donde degeneremos de quien somos.*

En efecto, así lo certifican muchos testigos de Ceuta y de Cádiz. Archivo de la Universidad de Sevilla. Núm. 700. G. Hernández de Alba. **Originales.**

(10) Algunos datos genealógicos de la familia Mutis en Colombia he podido recoger. Son éstos:

De España vino el sabio José Celestino a quien se designaba, según aparece en el **Diario de Valenzuela**, indiferentemente con cualquiera de sus dos primeros nombres y nunca con el tercero que era Bruno. También vino a Santander de Colombia y murió en Mompox, don Manuel Mutis y Bossio, hermano de don José.

Don Manuel casó con doña Ignacia Consuegra, cuyos hijos fueron José, Sinforoso, Facundo, Bonifacia, Justa (estas dos, monjas), Micaela y Dominga.

Doña Dominga casó con un señor de apellido Canal.

Doña Micaela Mutis Consuegra casó con don Miguel Valenzuela, de Girón.

Don Sinforoso Mutis C. casó con doña Angela Gama, cubana. De ella nacieron doña Dolores Mutis Gama, quien casó en primeras nupcias con un señor Bunch y en segundas con el edecán de Bolívar y general Perú de Lacroix; doña Mercedes Mutis Gama, quien primero casó con un señor Harker y en segundas nupcias con un señor Coronado; por último don Domingo, quien casó con doña Teresa Durán Borrero, de la ciudad de Neiva.

De don Domingo Mutis Gama y doña Teresa Durán B. nacieron: don Pedro Mutis Durán, quien casó con doña María Josefa Dávila; don Facundo Mutis Durán, doña Antonia, quien casó con don Adolfo Harker Mutis, su primo; doña Justa Mutis Durán, casada con un señor Amado, costeño, y, por último, don José Mutis Durán.

Hijos del matrimonio Mutis-Dávila fueron don Santiago; don Enrique, quien casó con doña Leona Londoño; doña Eugenia; doña Teresa; doña Isabel, quien casó con José del C. Barrera y doña Leonor, quien casó con don Carlos Portocarrero Carrizosa.

Del enlace Portocarrero C.-Mutis D. nacieron don Carlos, doña Leonor, casada con don José María Franco Ortega y doña Ana, casada con don José María Esguerra Samper.

Doña Leonor Portocarrero M. C. D. de Ortega ha tenido los siguientes hijos: Ignacio Ortega Portocarrero, María Teresa, Helena, María Cristina, Inés Elvira, Jorge y Andrés.

A su vez, del matrimonio Esguerra-Portocarrero, son hijos Juan, Carlos, Santiago y Eugenia (1953).

EXCMO. SEÑOR DON PEDRO MESSIA DE LA ZERDA
llevó consigo a Don José C. Mutis a Santa Fe, para médico de su Corte. Retrato conservado en la Academia de la Historia en Bogotá. Firma fotocopiada en el Archivo de Indias de Sevilla.

DON PABLO MORILLO
Pacificador del Nuevo Reino, dispuso que los materiales científicos de la Real Expedición fueran trasladados a Madrid. Retrato propiedad del Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su firma, según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

EXCMO. E ILMO. SEÑOR DON ANTONIO CABALLERO Y GONGORA
Fundó provisionalmente la Expedición Botánica y gestionó su aprobación por S. M. Retrato existente en la Sacristía de la Catedral de Bogotá. Su firma, según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo, de Bogotá.

Ceuta y su madre Gregoria Bossio gaditana. Por esa puerta, amplia como la que en la Alhambra llaman «de la Justicia» le entró — galopando los corceles — la sangre aventurera.

Concuerda con el carácter de su ciudad natal y de su raza, esa tenaz fidelidad que supo Mutis guardarse a sí mismo, esa lógica de la obras con el destino que desde temprana edad se escogió. Pronto en sus vida buscó su puesto histórico del cual nada le pudo apartar.

El era español; lo que más necesitaba España era quien glorificara su pensamiento; el pensamiento de acuerdo con las tendencias de aquella época debía ser positivo, de investigaciones sobre los hechos desconocidos y nada había tan desconocido como América. La brújula de su vida señalaba allá y él clavó con ese rumbo el timón de su carrera. Será viajero, será médico, será minero, será profesor, sacerdote, consejero, rico o pobre, frustrado o exitoso, olvidado o favorito. Pero ni un día, ni una hora, ni un instante, desertará del objetivo arraigado en su sangre y en sus capacidades. Deberá ser fiel a su España, a su América y a su propio honor.

En una época en que era difícil acertar el camino recto y cuando un primer paso decidía la posición histórica de los hombres, Mutis ni titubea, ni retrocede, ni se desdice, ni se empaña de oportunismo, sino que se mantiene anclado, digno del respeto y de la amistad de todos, tal como pedía su posición de científico y su misión sacerdotal.

Intrigan al observador estos hechos y quiere explicarse cómo pudo una figura tan central y eminente en la colonia neogranadina armonizar dos realizaciones tan antitéticas como eran la adhesión incontrastable al monarca y esa labor educativa de donde salió una generación tormentosa a luchar contra España con el panfleto y las armas en la mano.

Mutis no vió la disgregación, presencia heroica, ni el holocausto de su instituto.

La mente se pregunta qué partido hubiera tomado el sabio si unos años más de vida le hubieran planteado el tremendo dilema. Pero ¿quiénes somos los hombres para negarle al justo el favor que Dios le dispensó con un deceso oportuno?

Difícil exigirle que en los años seniles cuando, para usar la frase de Tennyson, la ventana es sólo un marco de luz, se lanzara a la lucha tremenda. Pero si Mutis hubiera sido joven el 20 de julio de 1810, quién sabe adónde le hubiera llevado su amor por América, su serenidad ante cualesquiera avances del pensamiento, su tolerancia ante los inconvenientes de lo justo, su fe en la persuasión antes que en la violencia.

La independencia de Nueva Granada tuvo tres veces principio; tres etapas y fogonazos con corta intermitencia.

Primero fué la revuelta de los Comuneros, movimiento de rebeldía popular sin complicadas proyecciones. Luego vino la revolución del 20 de julio de 1810, que fué la de los letrados, la de los discípulos de Mutis, la de las ideas, la cual fué sofocada por don Pablo Morillo. Sólo la tercera fué definitiva porque llevaba la bandera tinta en sangre y el genio centelleante de Boyacá precedía sus columnas.

La revolución de los Comuneros fué más bien una serie de motines contra las autoridades coloniales que habían llevado al máximo sus exacciones en favor del fisco.

Siendo virrey don Manuel Antonio Flórez, quien sucedió inmediatamente a Messía de la Zerda, llegó a Cartagena don Juan Francisco Gutiérrez de Piñeres, como regente visitador para arreglar la Real Hacienda. En cumplimiento de su misión impuso derechos sobre todas las industrias, aumentó las contribuciones y estableció comisionados que, so pretexto de impedir el contrabando, todo lo atropellaban y a todo mundo arruinaban. Contra esas medidas se levantaron los Comuneros y para dominar a los del Socorro, que eran los más, la Audiencia envió cien hombres, que fueron vencidos por 4.000 conjurados en Puente Real. Un oidor que escapó, disfrazado de fraile, informó aterrado al virrey, el cual envió a Zipaquirá, donde se habían reunido ya 20.000 comuneros, al arzobispo Caballero y Góngora y al comisionado Eustaquio Galavís para negociar la concordia. Esta se capituló sobre la base de la destitución del visitador Piñeres, de la abolición de los derechos fiscales y de la reducción de los peninsulares en los puestos públicos, jurándose la paz sobre los santos Evangelios en una misa celebrada por el arzobispo. Sin embargo, una vez disueltos los Comuneros, el gobierno colonial, alegando que la capitulación había sido coaccionada, prendió al joven José Antonio Galán, lo decapitó e hizo cuartos; quemó su tronco y puso, como escarmiento, su cabeza en una picota; ahorcó a otros tres jefes rebeldes y a otros diecisiete los remitió de por vida a los presidios del Africa, confiscó los bienes de los cuatro primeros, arrasó sus casas, sembró de sal sus solares y declaró infames a sus descendientes.

El más reciente biógrafo del arzobispo virrey, J. M. Pérez-Ayala, disculpa a Caballero y Góngora, porque éste sólo fué testigo del pacto y no actor de la traición. Pero el hecho es que el eminente arzobispo era la figura destacada sobre toda esta tragedia y que el rey adujo como uno de los motivos para conferirle el mando político, tal acto de pacificación y lealtad a la corona. Así lo dice su nombramiento como virrey interino de Nueva Granada, expedido en El Pardo el 7 de octubre de 1783. Esta categoría es la que determina un dejo amargo en la hoja de servicios del más esclarecido de nuestros gobernantes coloniales y la que ha servido a muchos para hacer ataques a su memoria.

La revolución de los Comuneros repercutió a la distancia, en Ibagué y en las poblaciones de los llanos del Tolima donde los revoltosos, para acabar con las industrias más gravadas por el regente Piñeres, quemaban las plantaciones de tabaco y derramaban el aguardiente de las destilerías, en El Guamo y en la Villa y ya planeaban seguir a Tocaima y a la Mesa de Juan Díaz para unirse a los del Socorro.

Precisamente entonces J. C. Mutis estaba entregado a la explotación de unas minas de plata en jurisdicción de Ibagué, en el cerro del Real del Sapo.

He aquí lo que informa Mutis al arzobispo sobre su actuación en aquella emergencia en carta del 11 de junio de 1781:

Estaban propagadas las especies del común intento y se daba principio a los avisos y correspondencias para reunirse los capitanes de Llano Grande (alboroto excitado al mismo tiempo por separado), Ibagué y los pueblos de los indios de Coyayma y Natagayma, cuando quiso Dios que las vivísimas y eficaces exhortaciones de los pocos que hemos intervenido en desvanecer estos intentos, hubiesen hecho tal impresión en los principales, que amaneció la serenidad sin otras armas que las de la persuasión.

Hemos creído que el más poderoso medio ha sido interponer la autoridad y respeto de S. E. como mediador para que S. M. dispense el indulto del que necesitan los culpados, V. S. I., por la experiencia que le están dando las revoluciones de esas provincias y las luces que incesantemente pide al cielo, conocerá el modo de extinguir el fuego cuyas llamaradas solamente hemos apagado, no cabiendo en nuestras facultades destruirlo hasta las cenizas. Yo, como autor de este pensamiento, no habiendo en las infelices circunstancias otro más oportuno, me persuado de que V. S. I. hará valer hasta el respetable nombre de su poderosa mediación, excusando mi atrevimiento por la viveza de la industria; siendo bien cierto que el empeño de la insurrección se fortificaba con el conocimiento del primer delito, y éste era ciertamente el escudo de los culpados en que solían rebatirse y aun debilitarse nuestras poderosas razones.

Esta gracia liberalmente dispensada por su Alteza para los que han intervenido en el alboroto que dió principio por San Luis y terminó con la expedición de la Mina del Cobre, sin intervención alguna de la cabeza y cuatro capitanes, que mantenemos dispersos y arrepentidos desde el día 5 del corriente, en los Miraflores, Villa y Chaparral, que posteriormente se han verificado por indultos separados y sin cabeza conocida: esta gracia, repito, en un tiempo y circunstancias en que la necesidad obliga a abrirse nuevos caminos para atajar males mayores, será ciertamente el más reconocido premio de nuestros afanes, dirigidos únicamente a cumplir con la particular obligación de tranquilizar los ánimos de los pueblos, instruirlos en la verdadera subordinación al Monarca y sus Ministros, manifestarles todo el lleno de sus escándalos para que verdaderamente arrepentidos como lo están, seamos también sus mediadores con Dios.

El decoro de nuestra palabra empeñada es el punto que menos esfuerzo, y solamente lo manifiesto para pronosticar, a golpe seguro, la imposibilidad de atajar males de esta naturaleza en un tiempo en que los pueblos se hallan dispuestos o por mejor decir, sacrílegamente infeccionados, ni se ve el más mínimo esfuerzo de parte de los Cabildos y Justicias, cuyos ánimos justamente recelosos del furor ciego están abatidos hasta el extremo. Si seguidos todos los males que ciertamente se habrían verificado quedara un instante libre para remediarlo todo, ¿cuál no debería ser el arrepentimiento de no haberlo empleado? Será acaso menos merecedora esta solicitud de la gracia a que se aspira, por no haber atajado en tiempo sin grandes dispendios del Real Erario, sin infinitos sobresaltos de los

Magistrados, sin sustos y sin peligros de los Pueblos y sólo aparece menos ruidosa y más sencilla la guerra de la persuasión. Cualquiera otro que yo, ciertamente desprendido de todo género de pretensiones, se hará sospechoso en pintar males que podrían reputarse de apariencia.

Quiera Dios que se haga saber el concepto de lo que por aquí pasa.

También a Mutis le valió su actuación de mediador y pronto recibió en Ibagué, en la que imaginamos choza del Cerro del Sapo, la visita del arzobispo virrey, quien en ese lugar humilde celebró la misa, tal vez entre arcos de quiches y flores recogidas en los montes por humildes campesinos.

Así comenzaron las relaciones entre esos dos grandes hombres que tantos puntos de contacto tenían; el uno de Cádiz, el otro de Priego de Córdoba, ambos eclesiásticos, letrados ambos de asiduas y elevadas lecturas; ambos, por fin, fervorosos en la incorporación a España de la patria neogranadina.

Aquel año Caballero y Góngora llegaba a sus cincuenta y nueve años de edad, y Mutis a los cincuenta.

A muchos intrigará cómo pudo Mutis por el respeto a su propia palabra — primera condición para que otros la respeten —; por la persuasión bondadosa e inteligente, llegar a efectos tan marciales como fueron las vidas de sus discípulos.

A las lecciones de Mutis nunca pudo restarse ni lógica ni sinceridad, porque fluían respaldadas por una vida austera y laboriosa; generosa con los demás e inspirada siempre en motivos superiores. Y porque sustentaba sus persuasiones en la aprobación y admiración de los sabios extranjeros notoriamente desvinculados de miras políticas.

La vida colonial se movía sobre estos polos: inferioridad del esclavo, del indio y del criollo. Incapacidad de su mente y de su medio para originar una autonomía; necesidad de administración y de pensamiento subalternos.

Estos principios, que siempre han servido para dominar a otros pueblos, y que entre nosotros siempre han tenido su quinta columna de gentes empeñadas en devaluar lo nacional y exaltar lo extranjero, eran una losa que gravitaba sobre las conciencias y que cerraba el paso a la igualdad entre España y sus colonias.

Todas las lecciones, toda la vida de Mutis eran la persuasión de lo contrario. El envolvió la naturaleza neogranadina en interés y admiración, y al hombre americano, de todas las clases sociales, en amistad, en prestigio de su pensamiento y de sus capacidades para igualar a los europeos.

En un pueblo, donde los conflictos inevitables del derecho y de las pretensiones conducían siempre a la postergación del nativo y a la superioridad de los peninsulares, supo Mutis eliminar los prejuicios de casta y la pasividad del pensamiento. Donde la tierra y las oportunidades económicas eran sólo prestadas e importadas, y la educación concedida de favor, él liberó las fuentes autóctonas de bienestar y abrió amplias avenidas al estudio de los más vinculados a ellas.

De ahí a la autonomía gubernamental, militar y administrativa, a la lucha y al sacrificio, no hay sino un paso.

Tal vez Mutis no recorrió ante sus discípulos todos los términos del raciocinio irrebatible. Pero ellos sí, porque tal es la raza ibérica que con un sorbo de idealismo, se desprende de lo humano y se incorpora a las constelaciones.

Si el porvenir para aquella juventud que oía a Mutis se acortaba y entenebrecía, en el más allá surgía un pueblo cuya grandeza se presagiaba por la naturaleza puesta a su servicio y era ésa también la medida de la perduración en la gloria de los que por esa patria se sacrificaran.

Otro interrogante del tema que nos ocupa es cómo se inició y se desarrolló en Mutis ese interés imperativo y aliciente por América; cómo con él se fué compenetrando, hasta quemarse en la pira de un servicio a gentes nacidas tan lejos.

Para la época de estas actuaciones ya la América, en el concepto de los españoles era una porción de la monarquía casi como las demás peninsulares y la cobijaba unívocamente el interés de los buenos patriotas. Pero otra cosa era renunciar a las ofertas de éxitos al alcance de la mano; otra soportar, como lo hizo Mutis, los enojos de su padre contra sus designios americanistas; otra aislarse en un mundo tan negativo a las propias aficiones; otra, sobre todo, quedarse en América y no resolverse a regresar al paisaje, a la bonanza, al cariño del ambiente familiar.

Pero Mutis, con una idea más alta de responsabilidad, de su profesión y de su propio saber, no corrido de estudiar más y más, una vez graduado, permaneció en el examen y tratamiento del hospital de la Marina en Cádiz por cuatro años más.

Debió ser de boca de uno de esos enfermos regresados de Cartagena de donde el joven facultativo aprendió a conocer en esa forma atractiva la América distante.

La naturaleza absorbe como el vaho de un áspid. Porque las facultades gozan ejercitándose y ningún goce es tan humano como el estético que nace de la actividad de las facultades mentales. Y allí donde la mente, sin interferencias ajenas, vuela de misterio en misterio, de hallazgo en hallazgo, en la soledad del bosque, es donde los hombres encuentran mejor el deleite de ser tales.

A Mutis el disfrute de la naturaleza, su servicio a la América, su lealtad a España, llegó a convertírsele en un solo ideal indivisible, en un néctar agridulce de despecho y de orgullo y por ellos él se engolfaba sobre las olas de los días.

Por otra parte, ya en la Nueva Granada, ningún atractivo podían tener las ciudades, que apartara el sabio de su amada soledad. El mismo, escribiendo desde la mina de la Montuosa donde habitaba una choza destartalada, expuesta a las inundaciones del vecino río, dice: *Hasta ahora no he conocido que Santa Fé es Corte*. Y en otra parte confirma: *No es ponderable la violencia que me causan las visitas*.

Huraños, escurridizos, tímidos se crían los seres de la selva y Mutis era así. Es de su pluma el siguiente rasgo que revela su carácter: *Hubo en el Palacio* (Virreinal) *un espléndido convite en celebración de los años del Rey* (4 de noviembre de 1761). *Falté a este festivo concurso, como tengo de costumbre, por librarme de las amarguras que me produce el trato de las gentes. He logrado de S. E. esta permisión tan gustosa para mí como acomodada a mi genio.*

Para lo que allí había que ver, en esa imitación simiesca de la corte de Madrid, un ojo bastaba.

CAPITULO VII

PREPARACION DE UNA ANTIGUA CULTURA

No creemos que el patriotismo pueda tener una forma más excelsa que el deseo de que la patria alcance en cultura y en progreso científico el mayor nivel.

F. DE LAS BARRAS DE ARAGÓN.

Dijimos que a los naturalistas del setecientos les tocó, por coincidencia, una visión más panorámica y una fruición más cósmica de su objeto científico. El vertiginoso desarrollo posterior de las investigaciones y la obligada especialización, circunscriben en nuestros días esa mirada vasta y unificadora y hacen que sólo puedan disfrutar de ella los hombres de larga vida, dedicada al estudio de los complejos naturales. En aquel instante la enciclopedia francesa llamaba a las puertas, del brazo con el romanticismo naturalista alemán.

José C. Mutis había de desarrollar una actividad múltiple en América. Robinsón Crusoe en una inmensidad científica vacía, llevaría el mensaje del saber de un mundo a otro, ávido éste de inteligencia y pululante de misterios.

Su preparación española no sólo le bastó para realizar obra investigativa en muchas ramas del saber, sino para transmitir a otros los conocimientos y la destreza que los había de hacer notables en sus profesiones y merecer, al lado de su maestro, el respeto de sabios.

A más de esta capacidad difusiva y promotora, Mutis se distinguió como organizador de los estudios y fué eminente en el optimismo que tuvo siempre por las actividades a que se dedicó y en el prestigio que les concedió su vida fecunda.

Gramática y Filosofía en Cádiz, Bachillerato y Filosofía en la universidad de Sevilla (1753), Medicina en la misma ciudad por cuatro años (1750-1754); dos años más de ejercicios de Clínica y Anatomía y Cirugía en el Hospital de la Marina de Cádiz (1754-55); regreso a Sevilla para optar al título de Bachiller en Medicina (1755); vuelta a Cádiz para otros dos años de prácticas (1756-57), y, finalmente, en 1757, a los veinticinco años de edad, largo viaje a Madrid para obtener del Tribunal del Real Protomedicato el título de médico.

Todo este esfuerzo y sus óptimos resultados eran un bagaje, no sólo suficiente para la lucha de la vida, sino para distinguirse entre los profesionales de su época y de su tierra.

La norma de superación que Mutis impuso a toda su carrera, aparece si comparamos sus estudios médicos con lo que entonces satisfacía al vulgo de las gentes. Distinguíanse entonces en España dos categorías de médicos: los *latinos*, o *de toga*, o *universitarios* y los *romancistas*, o *de heridas*, o *barberos de traje corto*. Estos tenían una carrera muy sencilla que describe Diego Torres de Villarroel con estas palabras:

Parlaba de las especulaciones que leía con mi maestro y desde su boca partía al hospital y buscaba en las camas al enfermo sobre quien había recargado aquel día mi estudio y su cuidado. Llevando el barreñón de sangrar de cama en cama, y observando los gestos de los dolientes, salí médico en treinta días, que tanto tardé en poner en mi memoria todo el arte del señor Cristóbal.

No era, pues, raro que los médicos en las listas de los navíos, se incluyeran al nivel del cómitre, del sotacómitre, del calafate y los conserjes.

Por el año 1748 se fundó el Ateneo Quirúrgico de Cádiz que representaría una tendencia muy de acuerdo con el criterio de Mutis y que influiría en su futura actividad docente. Su sistema parecía ser: más experimentación, menos disputas y mayor contacto con la literatura de los maestros modernos. Por eso el escudo del colegio propuesto por su fundador Pedro Virgili, el primer operador de la traquearteria, fué un puño apretando una lengua. El éxito de esta tendencia en la educación y ejercicio de la medicina se abrió paso en muchas Universidades de la península.

Ya Mutis en Madrid, fué pronto elegido para auxiliar de la cátedra de Anatomía que regentaba en propiedad Araújo. Pero entonces sucedió lo inesperado. El joven doctor que había extremado su preparación médica universitaria, más que en los actos académicos se deleitaba en el estudio del campo.

Toda su vida había de expresarse así: *Tan distantes han sido mis ocupaciones desde el 17 de Julio al 28 de Septiembre (1761) que no he podido hacer progreso en la Historia Natural. Todo este tiempo lo llevo empleado en la amarga práctica de la Medicina.*

Madrid era centro para la preparación de un naturalista. Ya estaba desarrollado el Jardín del Soto de Migas Calientes, fundado por Felipe VI a orillas del Manzanares en 1755 y lo dirigía el célebre médico y naturalista catalán Miguel Bamades (1708-1771). La emulación venía de fuera porque Bernardo Jussieu había establecido en 1758 la Escuela de Botánica y un Jardín sistemático en el Petit Trianon y en 1740, bajo la dirección de W. J. Hooker, se habían instalado los jardines de Kew cerca de Londres. No se trataba ya de jardines de plantas medicinales como el que a solicitud de Andrés Laguna había fundado en Aranjuez Felipe II, o el de Huerta de Priora proyectado por Honorato Pomar y realizado por orden de Felipe III. Migas Calientes quería ser la representación de la flora del mundo, sobre todo del colonial español.

En tal ambiente y al lado de Barnades, Mutis dedicó tres años, ávidos e intensos, al estudio de las Matemáticas, de la Geografía, de la Astronomía y de la Botánica y a la lectura de los autores extranjeros que trataban de ciencias naturales. Allí afirmó sus anhelos de estudiar la flora americana (1757-1759).

Notables progresos debió de lograr Mutis en su preparación naturalista, pues se le ofreció la oportunidad de ser enviado por el Rey, con otros jóvenes, a perfeccionar sus estudios en las universidades de París, Leyden y Bolonia. Pero optó por la que él mismo llama *rara resolución*.

Bullían en su cerebro proyectos grandiosos. En el memorial que dirigió Mutis al rey el año 63, desde Cartagena — segunda vez que llegaba a ese puerto — memorial repetido al año siguiente desde Santa Fe, habla así de sus planes en Madrid: *Iba notando las imponderables ventajas que nos hacían en los últimos siglos todas las Naciones cultas, en estas ciencias. En tales circunstancias, un verdadero y desinteresado amor nacional me hacía concebir y suspirar unas veces, entre varios proyectos literarios, por el establecimiento y renovación de una Academia de Ciencias, observando muy de cerca la inacción en que se mantenían las dos de Medicina de Madrid y la de Ciencias de Sevilla; otras veces me proponía, en compañía de otros literatos tan hábiles como activos, la formación de una historia crítica de todos los autores españoles viendo enteramente sofocada y desvanecida desde sus principios, la importantísima obra de nuestros diaristas. Ambos pensamientos, que en el corto espacio de dos años llegaron ciertamente a estado de que los viera el público desempeñados, se dirigían no sólo a ver despertar en la nación la memoria de los bellos días, sino a promover el adelanto de las Ciencias Naturales tan olvidadas en nuestra Península.*

Mutis era uno de esos hombres que nacen magnánimos: para lo grande y para los demás, para lo abstracto y para las lontananzas históricas. En ello estuvo su gloria como también veremos que estuvo su deficiencia. Pensar alto de España y de la ciencia fué su camino; el que lo trajo a Nueva Granada y el que hizo irrealizables sus ideales.

Preguntábamos cómo había llegado él a formar la generación de la segunda independencia. Ahora lo vemos claro. Las palabras reciben su

sentido en la mente del que las oye. Cuando Mutis exalta el amor a la patria, entiende por tal a España peninsular y a la colonial, un todo en su mentalidad de español. Lo mismo cuando se queja de sus atrasos. Los discípulos de Mutis, en cambio, disocian los dos mundos: aquel en que pueden influir y el remoto inaccesible de Madrid y del gobierno. Era preciso emanciparse para poder laborar por esos fragmentos de patria que se les concedían. Y surgieron las naciones hispanoamericanas, cada una con el área con que España las había engendrado.

Nos da la idea del empeño de Mutis en su propia preparación científica un hecho del que nada dicen algunos biógrafos del sabio.

A los dos años de llegar el virrey Messía de la Zerda, se vió obligado a regresar a Cartagena, para atender a su defensa contra los piratas que amenazaban ese puerto, punto cardinal de los dominios españoles en la América. Hubo de acompañarlo su médico repasando con él el itinerario penosísimo de Santa Fe a la Costa. Mientras las gestiones y disposiciones gubernamentales se tramitaban y mientras estudia, ayudado por un pescador, la fauna ictiológica del Caribe, Mutis se da a aprender la lengua inglesa. Se mezcla con los marineros, alterna con los prisioneros hechos a los piratas y así en pocos meses se capacita para traducir las obras científicas que en esa lengua llegaban a sus manos (11).

El equipo intelectual del letrado gaditano, cuando aceptó el acompañar al virrey de Nueva Granada era excepcional. Nunca fué literato, pero su estilo, sobre todo el epistolar, es lógico, directo, claro, encendido a veces, irónico y festivo otras, algo sentimental a ratos y de dicción castiza. Domina el latín, no sólo para leerlo, sino para escribir en él con buena sintaxis y perfecta corrección gramatical; aun compuso versos en lengua del Lacio en los cuales hallan algunos regular poesía. Lee cómodamente el francés y parece que también el alemán y el griego; posee — hasta donde llega la ciencia de su tiempo — las matemáticas, la astronomía, la geografía, la física, la química y la farmacia. Está capacitado para investigar en botánica, zoología, paleontología, paleografía y medicina. Descuella en su profesión y se le puede decir completo humanista. Como sistemático es claro, preciso y ordenado; fiel a lo objetivo, rico en las expresiones.

Eso en su mente. En su criterio trae un patriotismo y un aprecio vivo a la ciencia; una sensatez y honestidad profesionales que pueden ser propuestas como ejemplo; trae un raro deseo de comunicarse; juzga interesante toda información de valor científico. Era quizá un poco dogmático en un medio reputado como intelectualmente débil, pero en su interior, la duda — fuente e hija del saber — lo hará incesante, insaciablemente estudioso.

Esto sobre todo: Mutis fué infatigable en el trabajo; estoico en lo arduo, insaciable en tomar notas, en anotar detalles, en llevar sus diarios. Y cuanto más estudiaba más toleraba, más fácilmente reconocía sus errores y más pacientemente enseñaba. Porque la adquisición de la verdad era ardua para él y sabía con qué facilidad yerra la mente del camino recto y cae en la mentira. Por eso tenía buen cuidado de no reírse cuando oía informaciones, por disparatadas que fueran.

En la vida de Mutis abundan las pruebas de su titánica laboriosidad. En su segundo viaje a Cartagena estudia las oscilaciones nocturnas del barómetro, hecho que se había escapado a los académicos franceses: La Condamine y sus compañeros, y para esta investigación debe levantarse a horas fijas, repetidas, de la noche, a la luz de una bujía; toda una noche vigila a una crisálida para verla convertirse en mariposa; se impacienta porque no amanece para examinar las plantas traídas la víspera; el 1 de enero de 1777 pasa la noche comparando y rotulando un envío para el Gabinete Real y para su amigo Linné; siembra cuanta semilla cae en sus manos, vigila su germinación, anota sus peculiaridades; no pierde animal que le traigan sin estudiarlo, ni fenómeno natural sin escudriñarlo; hasta se está plantado apreciando el crecimiento del plátano.

No hay en la historia de Colombia un personaje a quien podamos conocer día a día, en sus adjuntos y en sus pensamientos, como a Mutis, y eso por sus diarios, por sus registros botánicos, por su copiosa correspondencia, por su sinceridad.

Callado, ordenado, pulcro, la letra de sus escritos será equidimensional, como de quien por ningún lado tiene estorbos para pensar ni cortapisas para comunicar su verdad íntima; la verdad que había de buscar como sagrado tesoro a través de los mares. Elige para sí el viaje al Nuevo Reino que para otros hubiera sido sepultura, y ofrece al virrey con palabras de Linné, como premio suficiente al apoyo que le pide, el honor de la estatua.

Hay quienes digan que eso es vivir en las nubes. Pero recordemos que de las nubes desciende la fecundidad.

(11) En el **Diario de Observaciones**, correspondiente al año 1763, el día 4, viernes (sin mes), pero en Cartagena de cierto, dice Mutis: *He dado ya principio a mi instrucción en la lengua inglesa con Don Juaquin Yquis, con destino en el Firme, de gran juicio y muchas prendas, que hacen su trato muy amable.*

CAPITULO VIII

MUNDO NUEVO

La América en cuyo afortunado suelo depositó el Creador infinitas cosas de la mayor admiración.

J. C. MUTIS, **Representación al Rey.**

Desde que Mutis sentó el pie en Cartagena «antemural de las Indias», pudo persuadirse de que sus ansias de naturaleza, su avidez de problemas no habían sido engañadas al emprender el viaje a América.

El territorio del virreinato abarcaba entonces desde las Guayanas al Este, toda la costa suramericana hacia el occidente y el Sur, hasta más allá del golfo de Guayaquil. Además las tierras inmensas — ¿quién las conocía? — que en el interior habían sido conquistadas por las armas de España y que colindaban con Portugal y la hoya vastísima del río de las Amazonas o de Orellana atravesada por la línea equinoccial.

Hoy en ese territorio viven y emulan y golpean cinco naciones hispánicas: Venezuela, Colombia, Panamá, Ecuador y parte del Perú, por desatar para los hombres sedientos, las fuentes copiosas, escondidas en la roca, del sustento, del bienestar y la cultura.

Esa era, en el lenguaje mutisiano, la América Septentrional, el Nuevo Mundo español, dilatado en Suramérica al norte del ecuador geográfico.

Desde aquel primer momento en que Mutis queda prisionero en realidad del misterio tentacular, él en su fantasía toma posesión de él — nuevo Adelantado a nombre de España — para dilucidarlo y de la gloria épica de descubrirlo, para asombrar con su publicación a los sabios de otras naciones.

Juzga suyo el enigma y por eso en su Representación al Rey, refiriéndose a Nicolás José Jacquin, quien se preparaba para editar en Viena su **Historia de las Estirpes Selectas Americanas** (1763), le dice:

Arrebatóme de las manos este insigne botánico los más preciosos descubrimientos que pudieran haberse comunicado con gloria de la Nación por un Naturalista Español, si hubiera yo tenido la oportunidad de haber llegado dos años antes, gratificado con alguna pensión, inferior a la suya.

Imbuído en las ideas de Mutis, el arzobispo virrey propondrá a la Corte el arbitrio de conducir a los viajeros alemanes a explorar las tierras ya reconocidas por el sabio español *para limitarles el hallazgo de especies nuevas.*

Alojado Mutis en una de aquellas casas coloniales de Cartagena, de anchas puertas, altos techos, muros espesos y jardines perfumados, donde la hamaca — sabiduría del trópico — es arrullada por las olas y las palmeras; acallado el bullicio del recibimiento virreinal, debió de reunirse con algunos conocedores: criollos viejos, arrieros indios o pescadores y bogas negros, para oír de su boca las noticias que de la tierra pudieran darle por anticipado.

La naturaleza de Colombia reclama, no un sabio, sino una sucesión inagotable de investigadores. Su territorio emergió de los mares primitivos, de Sur a Norte, como una continuación de los Andes, la más prolongada cadena orográfica del planeta.

Pero los Andes, que en los países al sur del nuestro, forman un tejado sencillo, casi una media agua, que reparte los ríos al Atlántico oriental remoto y al Pacífico occidental cercano, desde que definieron su levantamiento para originar nuestras tierras, se bifurcaron en cordilleras y serranías, separadas por valles anchos y dieron ser al sistema orográfico más complicado y a las vías fluviales más desparramadas del Continente. Erizado de montañas el interior del país, en sus márgenes occidental y norte se tienden vastísimas llanuras que paulatinamente descienden al mar, y se continúan en un amplio zócalo continental submarino justificando el nombre de Tierra Firme que le dieron los primeros navegantes. Al levante y al sureste, llanos inmensos se dilatan hasta el caudaloso Orinoco y serranías de gradería van humillándose hacia las orillas del potente Amazonas.

Ríos que se vierten en el océano de Balboa; caudales que bajan al Caribe; arterias que circulan hacia el Lago de Maracaibo; largas y tortuosas vías fluviales que en su pulsación anual dan su limo para robárselo después, a las llanuras orinocenses y amazónicas, son el abrazo de esta tierra a todos los puntos cardinales.

De esa tortura de montañas y valles sobresalen volcanes, apagados en su mayoría, e imponentes nevados como testigos gigantes de los días del Génesis.

Los estratos de las rocas, las entrañas de la Cordillera, son un cofre de metales, de piedras preciosas, de minerales constructivos, de reservas energéticas que, roto en la aventura de las metamorfosis cósmicas, abre al alcance de los hombres su tesoro milenario.

Aunque los climas-temperatura se diversifican en Colombia por la gradiente de las alturas sobre el mar, coincidencias de la orografía han llevado a diversificarlos. De 0 a 1.000 metros sobre el mar están las tierras cálidas; de 1.000 a 2.000 metros sobre el mar las tierras templadas; de 2.000 a 3.500 metros sobre el mar las tierras frías y de ahí hacia arriba las tierras gélidas. Y en esa variedad de pisos térmicos, complicada por la humedad y la naturaleza de los suelos, se despliega la multitud de habitaciones fitogeográficas, donde la flora varía en gama asombrosa. Arriba el pajonal que rodea las cumbres nevadas; después el páramo, el bosque andino, las llanuras andinas, el bosque subandino, la llanura subtropical, el bosque subtropical y, por último, la subxerofitia que circuye nuestro mar Caribe.

Mutis, llegado a Cartagena, debió requerir la carta geográfica del país al cual se abrazaba ya como a objeto de sus investigaciones. Le presentarían los mapas levantados por marinos, de las costas y fortalezas de la Nueva Andalucía y de Castilla de Oro. Sobre la Tierra Adentro sólo pudo hallar tentativas infantiles con muchos Euros y Notos soplando a todo carrillo, una brisa que él echaría de menos en el aire caldeado de Cartagena.

Hacia mediados del siglo XVIII el P. José Gumilla publicaba en Madrid para su **Orinoco Ilustrado** el mapa de la Provincia y Misiones de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada. Según él, el Orinoco anchuroso nacía en tierras de Andaquíes cercanas a Popayán; los orígenes del Cauca no distaban mucho de la ciudad de Antioquia; los del Catatumbo circuían a Pamplona y los santafereños podían abrevar sus ganados en los manantiales del Magdalena.

Tal estado de la cartografía colonial hacía imposible el gobierno, dificultaba a lo inmenso la delimitación de las jurisdicciones y la tenencia de las tierras y, sobre todo, revelaba una absoluta despreocupación de las gentes por el país donde habían nacido.

Entre quienes informaban a Mutis en aquella coyuntura, no faltarían gentes venidas del Reino, que era el interior. Le hablarían del Tequendama, catarata de muchas toesas de altura, donde el agua al caer se convertía en niebla; del puente natural sobre el río Sumapaz, roca atragantada en grieta profunda poblada de guácharos nocturnos; de peñascos y despeñaderos; de cascadas y lagunas ricas en energía potencial; de cuevas plenas de misterios biológicos y de tradiciones indígenas; de artefactos de barro y de oro que se hallaban soterrados.

Pero lo que más anhelaba el joven viajero era oír acerca del clima, de la flora y de la fauna, digna clámide real de esa geomorfología maravillosa.

Oiría fábulas. Las que refiere el P. Luis Losada en su **Philosophia** de una planta, que había en Panamá, llamada *Bien te veo*, porque al pasar junto a ella los viajeros que no fueran cantando *Bien te veo*, eran apresados por sus ramas y devorados.

Oiría verdades. Que en las proximidades del Ecuador no se presentaban las alternativas anuales de las estaciones, sino que en cada localidad la elevación solar, la duración de los días y la temperatura eran casi invariables todo el año. Que, en cambio, a diferentes alturas sobre el mar, en los pisos térmicos, o fajas altitudinales, la temperatura variaba paulatinamente desde los grandes calores a la orilla del océano y en las márgenes de los grandes ríos, hasta las cumbres encanecidas por la nieve perpetua, iguales a esos indios que las habitaban, los cuales llevaban siempre en la cabeza su «juraica» o montera de lana blanca.

Por primera vez Mutis oyó, o mejor vió, hablar de las orquídeas indescriptibles de las cuales sólo daban idea las contorsiones que sus interlocutores hacían con las manos y la boca. Escuchó de las palmeras: de las que nutrían a las tribus indígenas y las vestían y les daban techo y vino y cuerdas y redes y armas y alimento como el *pichiguao*, que cuando madura en los llanos levantinos *los indios engordan*, y también de las palmas de cera, que crecen en las montañas elevadísimas sacando su cabeza, mucho más alta, sobre el bosque que las rodea y sobre las nieblas mañaneras y de las cuales se obtenía preciosa cera para hacer candelas y antorchas.

Pronto los informantes de Mutis supieron que él era médico y volcaron en sus informaciones cuanto el vulgo daba por cierto de la etnobotánica y de la superchería de las plantas.

Le hablaron del «túa-túa», cuyas hojas arrancadas de para arriba son vomitivas, de para abajo son purgantes. Le dijeron de la quina del Perú, precioso remedio de las tercianas y cuartanas; de la ipecacuana. Le mencionaron el tabaco, planta infernal que los indios se metían encendida a la boca; de la coca, con que apagaban su hambre y se provocaban alucinaciones de felicidad, ya que su realidad era tan triste; del yarumo, cuyas cenizas se mezclaban a la coca; del curare; de la liga o jebe con que los bárbaros hacían pelotas elásticas; de flores que abrían de noche y en la obscuridad exhalaban sus perfumes; de tintes extraños, de esencias acendradas por milenios en los troncos de la selva.

Y luego oyó decir de los animales, no tan variados tal vez como los del viejo continente, pero vistosos e interesantes. De las loras, de los monos, del mundo interminable de las aves; de las tominejas, terror de las madres porque sus plumas quemadas producían quiebras a los niños; del más proteico todavía de los insectos, de las mariposas azules de Muzo, del escarabajo de oro. Le describirían el cóndor y el pájaro mosca. Le exagerarían las serpientes, los caimanes, el perico ligero, el tapir, los tigres, el oso hormiguero, el manatí, los armadillos, los ciempiés, toda esa fauna que dibujan en sus viñetas Antonio de Ulloa y Jorge Juan, como nativa de Cartagena y en la cual no había bicho que no fuera capaz de devorar a un hombre entero.

Ya en la alta noche, cuando sus informantes se despidieron en el amplio balcón que miraba al mediodía, Mutis debió detenerse para admirar el cielo austral, ese cielo esplendente de las regiones costeñas colombianas, donde las estrellas, como había de decir Humboldt, vierten su luz zodiacal esmeraldina sobre la superficie del océano, y donde pende, ungida de ascéticos silencios, la brillante cruz del sur, trazando los perfiles de las palmeras, orientando lo mismo al gañán que al sabio, mientras los grillos y las chicharras sugieren en el crespón de la noche mundos maravillosos de germinaciones y de instintos.

Como ese lucero que rielaba en el mar, el letrado español se agitaba aquella noche en el obscuro de sus cavilaciones, luminoso y solitario.

Discurso Preliminar
Del Continuador en la Flora de Bogotá

La Botanica ha hecho progresos mui rapidos desde el siglo diez y ocho. Los naturalistas que han recorrido la America y demas partes del globo no solo han descubierto mas numero de plantas que las mencionadas por el celebre Tournefort, sino que han embellecido la ciencia con laminas mas perfectas y completas, la han reducido á sistemas menos complicados, y una nueva nomenclatura ha sostituido á la antigua. Esta gloria estaba reservada al celebre Profesor de Upsal: sin esta reforma, dice un naturalista y sabio politico. la mas rica, amable y facil de las tres partes de la historia natural habria sido necesario abandonarla.

El Señor D. Cárlos tercero, restaurador de la Botanica en España, fué uno de los Monarcas que contribuyeron mas al adelantamiento de esta ciencia. Este Rey filosofo conoció bien la necesidad de que la America fuese visitada por sus sabios naturalistas. La fecundidad de este suelo; la diversidad de climas, temperaturas y elevaciones prometian preciosas plantas á la Medicina y á las Artes. Con este objeto estableció á sus expensas, y con la generosidad propia de un Rey ilustrado, las expediciones del Perú, Nueva-España, Islas Filipinas y la de este Nuevo Reyno de Granada.

¡Con quanta satisfaccion se vió en todo el, que la eleccion para esta ultima expedicion científica habia recaido en el que comenzó á hacer rayar las ciencias utiles sobre nuestro horizonte! La extension de conocimientos en las ciencias naturales; los trabajos de D. José Celestino Mutis en estos ramos desde el año de 1760; su credito entre los sabios de Suecia, con quienes estableció desde aquella epoca una correspondencia científica; su inteligencia en los principales idiomas de Europa, y en el Griego; su empeño en introducir en este reyno los conocimientos utiles; su desinteres en propagarlos y en formar discipulos, y aquel gusto delicado para tratar qualquier asunto, que le grangeó siempre la estimacion y confianza intima de los Gefes, fueron las expresiones con que el Yltmo. y Zmo. Sor D. Antonio Cavallero y Gongora, Virey que fué de este reyno, recomendó á este sabio en su informe de 31 de Marzo de 1783.

Estas expresiones de un Gefe tan ilustrado como virtuoso movieron el animo del Rey y el de su Ministro el Sr. Marquès de la Sonora, y aun produxeron mejor exito del que se deseaba. Por Real Orden de 1783. (*) se puso en posesion á Mutis para continuar sus trabajos, y para perfeccionar los que a sus expensas habia emprendido, remunerandoselos con la gratificacion de dos mil doblones. Las RS ordenes de aquel tiempo manifiestan bien que para esta expedicion no quiso el Rey se ahorrase gasto alguno. Las del reynado del Señor D. Carlos quarto nos hacen conocer que este Monarca heredó los sentimientos de su ilustrado Padre. El Señor D. Fernando septimo, en los pocos dias que gobernó por si la Monarquia, y en medio de muchas inquietudes hizo colocar el retrato de este sabio con el de D. Antonio Cavanilles en el Real Jardin Botanico para que sirvieran de estimulo á la juventud. En este reynado, la Flora de Bogotá, esta obra immensa para cuya execucion no alcanzó la vida de un hombre solo, debia comenzar á darse á luz.

Los trabajos y descubrimientos botanicos de D. José Celestino Mutis empiezan desde el año de 1760. en que llegó á Cartagena. Desde alli, aunque del poco tiempo que permaneció se asegnró su gloria con el hallazgo de muchas plantas nuevas que se habian ocultado á la sagacidad del celebre viagero Jacquin. La frondosa vegetacion de las orillas del Magdalena le presentó á cada momento nuevos objetos para satisfacer sus deseos. Alli descubrió muchas plantas, y dió principio á sus observaciones sobre la polygamia.

(*) El Continuador de la Flora no puede dar una exacta noticia de esta expedicion porque las RS ordenes y demas papeles que existian en la casa, á excepcion de los puramente botanicos se entregaron al albacea D. Salvador Rico. —

Facsímil de una página del prólogo de la Quinología de Mutis, escrito por Sinforoso Mutis y caligrafiado por el pendolista José María Carbonell.

Sapo, Januar, 6, 1779

DIDYNAMIA ANGIOSPERMIA. (Al margen): Gen. nov.

El *Cáliz* es de una sola pieza, profundamente cortado en cinco ojillas iguales, convexo por debajo; las ojuelas, muy derechas, en forma de tubo, mantienen la flor, que cae poco después de su explicación: ovadas, obtusas, cuerudas, ligera y blandamente vellosas por afuera y muy lisas por adentro; pequeño (4 lin. largo 3 1/2 lin.), verde y persiste.

Corola de un solo pétalo, ringente; el tubo pervio por su basa, cilíndrico y poco después ventrudo y allí muy liso. Acia la mitad comprimido por sus lados, tocándose interiormente de modo que allí queda cerrado el tubo; después, inmediatamente, se dilata y ensancha para formar el limbo amplo, donde está cortado en cinco partes que forman los dos labios.

El labio superior consta de las dos ojillas, un poco aproximadas, y el inferior de las tres restantes, dos laterales y una intermedia; todas ovales, obtusas, revueltas acia afuera y todas casi iguales entre sí.

De la mitad del tubo, acia arriba, todo el pétalo es felpudo por afuera y muy liso por adentro y en la basa, de un amarillo que se cambia en coccíneo. Tiene de alto, estando bien abierta la flor, 1 1/2 pulgada y en lo más ancho del limbo cerca de una pulgada de diámetro.

Cuatro *Estambres*, dos y dos. Cada dos filamentos nacen unidos en una membrana ancha, oblicuamente insertada al lado del tubo más abajo de su mitad; y por este nacimiento se inclinan y recuestan sobre el labio superior. Después de tres líneas (6 mm.) se dividen y van libres, pero acompañados: los dos más próximos y posteriores son un poco más altos: todos sobresalen de la corola; son gruesos y un poco encorvados. En las flores bien abiertas sobresalen cerca de media pulgada (1,5 cms.).

Las *Anteras* oblongas y grandes (3 lin.), por delante, pero perfectamente divididas en dos y partidas por la basa casi asta la mitad; por detrás convexas y unidas en lo restante: por los lados barbadas con pelos largos y copiosos. Cada parte está sulcada ligeramente a lo largo y por allí rompe y manifiesta un solo loculamento cada mitad.

(Parece ser ésta una prueba que confirma mi conjetura sobre el número de los loculamentos de las anteras; pero todavía necesito repetir mis observaciones antes de asegurar esto positivamente.)

En efecto, repito en esta planta las observaciones y hallo las anteras perfectamente biloculares: y pocas plantas se hallarán en que se vean las anteras tan enteras después de la explosión del polvillo. Este es globuloso, blanco y sumamente liso.

El *Pistilo*. Germen ovado, mediano (casi de la altura del cáliz) y muy velloso; el vello pequeño y duro.

Estylo subulado, casi tan alto como los estambres; sube acia el lado superior para colocarse entre los estambres intermedios y más próximos y después se encorva acia la punta, acia adelante.

Estigma ligerísimamente dividido: una división que es propiamente la superior, sumamente pequeña y obtusa; la inferior mui larga (1 1/2 lin.), acanelada y subulada.

Facsímil de la descripción hecha por don José Celestino Mutis del árbol vulgarmente llamado, en Ibagué, «Nacedero», y que después recibió el nombre científico de *Ruellia gigantea* Humb. et Bonpl. y de *Trichanthera gigantea* (H. B. K.) Nées.

Xavier Cortes Ameniz. pinx :

Trichanthera gigantea (Humb. et Bonpl.) Nees. Tamaño natural

Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Impresores

Madrid, 1675 a

CAPITULO IX

GRANDEZAS Y PEQUEÑECES

Even such is time that takes on trust
.....
And pays us but with age and dust.

SIR WALTER RELEIGH.

Carecerían de interés humano la persona de Mutis y el retablo de su Expedición si en ellos todo hubiera sido perfección y éxito. Ya pasó la época de los panegíricos totales y no se los encuentra ni en las Actas de Canonización.

Será bien, por lo mismo, que para dejar el camino expedito a la merecida exaltación de la Expedición Botánica del Nuevo Reino, busquemos en el análisis de algunos adjuntos, las causas probables de ciertas alternativas en su figura central, y en la obra conjunta de su equipo.

Llegaba a las Indias J. C. Mutis brillantemente preparado en medicina, fascinado con la flora, fervoroso por hacer patria mediante la exaltación del pensamiento nacional. Pero el éxito que nos auguramos en la juventud es quimera que la realidad va despojando de sus afeites hasta que nos desposa con lo inconocible.

Desde el día en que Mutis desembarca en Cartagena la naturaleza americana parece hacer explosión delante de sus ojos. Aprovechando que el virrey debía demorar dos meses en aquel puerto disponiendo los detalles de ciertas empresas, como eran el cerrar a Bocagrande, revestir de ladrillo el Castillo de San Lázaro, reparar la muralla del Norte y disponer lo necesario para contener a los piratas y castigar los desmanes de los indios guajiros y darienenses y sacando oportunidades de la dolencia que le exigió reposo, el gaditano se entrega al estudio de los bosques subxerofíticos que entonces llegarían hasta los aleros del reducido caserío desgranado por fuera de las murallas. Se instala en Matute. Camina y el sudor baña su cuerpo.

A la primera planta que le pareció pertenecer a un género nuevo, le puso por nombre *Barnadesia* para honrar a su maestro de Migas Calientes. Con extremo cuidado arranca las raíces para examinarlas, analiza todas sus partes y las describe en un latín que, de copia en copia, ha ido perdiendo de su corrección hasta hacerse en partes ininteligible. La caracterización termina así:

Amico aestimatissimo D. D. Barnades plantam descriptam (dico) Crescit confertim in locis humidis juxta parietem habitationum rusticarum de Matute prope Carthaginem Americanam. Ibi primum vidi Barnadesiam, nec alibi eam rursus videre contigit.

La *Barnadesia* que entonces creaba Mutis y que le pareció provisoriamente una gencianácea, es perfectamente distinta de las que después formaron el género de ese nombre — hoy llegan a unas veinte especies — creado por él mismo y hecho permanente por Carlos Linné hijo en 1781. Estas son compuestas espinosas del bosque subandino en tanto que la *Barnadesia* primera tiene *Corola: petalum unicum campaniforme, tubulatum; limbus quinquefidus, laciniis subrotundis reflexis.*

Tal vez para entonces ya conocía Mutis la obra que Antonio de Ulloa y Jorge Juan habían publicado en cuatro tomos (Madrid, 1758), bajo el título: **Relación histórica del Viaje a la América Meridional,** donde describieron los árboles, hierbas, fieras, aves, reptiles e insectos de Cartagena. La obra de Jacquin todavía no había visto la luz pública y la de los matemáticos enviados por la Academia de Ciencias de París, era más romanesca que científica.

Esta expedición famosa, presidida por Carlos María de La Condamine, quien había aportado 100.000 libras para financiarla, y que, con otra similar enviada a la Laponia, debía comprobar experimentalmente las discutidas teorías de Newton sobre la forma y masa de la tierra, llevaba como principal botánico a José Jussieu, hermano de Bernardo y de Antonio, sucesor éste de Tournefort, tíos los tres de Antonio Lorenzo, fundador del sistema taxonómico de su nombre.

La Condamine publicó en 1747, en Londres, **A Voyage through the Inner Parts of South America.** J. Jussieu (1704-1779) formó una gran colección de plantas tropicales, pero murió sin reseñarlas.

La Condamine describió el caucho, la quinina, el curare, la ipecacuana, el guayacán, el matapalo, más bien desde el punto de vista de lo maravilloso y de sus productos, que desde el sistemático. Era gran conversador y en Francia se hizo corriente un epigrama que rimo en castellano porque en francés no lo recuerdo a la letra:

Una vieja y un viejo se casaron
El señor Condamine con la Academia;
El está sordo, malo para él
Pero no mudo, malo para ella.

Grandeza de un lado, la inagotable flora de América. Pequeñez en los hombres que querían describirla y publicarla y que en su aislamiento neogranadino poco podían captar de la efervescencia investigativa y bibliográfica que inundaba a Europa.

Dificultaba y aun dificulta poderosamente todo el trabajo sistemático en nuestro continente, esa inmensa dispersión de los documentos básicos del trabajo, de los tipos y de las descripciones originales, recolectados y archivados por un enjambre de viajeros fugaces, en herbarios dispersos y en revistas de corto tiraje que no alcanzó para que unos cuantos ejemplares llegaran a nosotros.

Esta dificultad, que en nuestro siglo, por una parte se presenta gigantesca, dada la vejez de los documentos y que por otra se ha salvado mediante una colaboración organizada entre los centros científicos, a mediados del siglo XVIII era invencible.

Sobre los géneros nuevos creados por Mutis pendía, como espada de Damocles, la ley de las prioridades. Su *Barnadesia*, primer hallazgo en los alrededores de Cartagena, hubo de morir antes de nacer.

Otra pequeñez se presenta en la sistemática de las plantas americanas y es la insuficiencia de muchas descripciones antiguas originada en la prisa de los Pródromos por asegurarse prioridades y en la suposición de tener delante todas las especies del género. Descripciones como ésta: *Arbor 6-8 metr. alta, ramis depauperatis, floribus auranciacis haud speciosis* no caracterizan nada. Se pueden cambiar por otra que diga *Eritrina examinada con mal humor* y constituyen verdaderas trampas para los futuros que, adelantando las exploraciones exhaustivas, quieren ordenar un género mediante cuadros dicotómicos. En todo caso, juzgar las prioridades de Mutis a la luz de las normas modernas, sería como calificar las culturas nacientes por lo aceptado en nuestro siglo.

América era extensa. La conquista del territorio colombiano se hizo siguiendo cuatro rutas. Una la de don Gonzalo Jiménez de Quesada partiendo de Santa Marta, Adelantado de su Gobernador don Pedro Fernández de Lugo; otra la del mariscal Jorge Robledo, Adelantado de Pedrarias Dávila y que salió de Cartagena por el Sinú y el Cauca; la tercera, la de Sebastián de Belalcázar, venido desde el Perú por las cumbres de los Andes; por último la de Nicolás de Federmán quien, desde Coro de Venezuela penetró por los llanos que van al Orinoco y cuya huella borraron los pajonales de la planicie verde, para que nada nos quedara en nuestra cultura que no fuera español.

La fundación de Santa Fe de Bogotá, una aldea de cabañas en la sabana fría, rumorosa de maizales, donde lagunas cubiertas de juncales albergaban bandadas de patos, de tinguas, guacos y chorlitos; allí donde la civilización chibcha había alcanzado su parhelio de organización social y de densidad demográfica, fué el resultado de la confluencia de esas cuatro órbitas de valentía.

La bondad del clima, sus provisiones, sus riquezas de indios, la

personalidad del letrado granadino que fué Quesada, el primero que escaló esa meseta andina, emplazaron para siempre la capital de la nación en Santa Fe de Bogotá, llamada así porque recuerda en su topografía la Vega del Genil, Cuarteles de los Reyes Católicos en la reconquista de Granada. Después se pensó en abrir caminos hasta ella, aprovechando la navegación del río Grande de la Magdalena.

Pero para siempre hubo de ser Bogotá la capital más retirada del mar entre todas las americanas y para siempre los colombianos nos familiarizamos con la distancia, con las largas jornadas, con el aislamiento de las aldeas y con la dispersión demográfica. Encajados en el continente vivimos como isleños, prescindimos del mar y nos resignamos a ser olvidados de ultramar. Confinados, nos faltó el estímulo de ser testigos del esfuerzo ajeno y nos creamos normas contraídas para medir los valores humanos. Los que tuvieron caudales buscaron gastarlos lejos y los lujosos hubieron de importarlo todo para sentirse y aparentar que eran señores. Por paradoja ausentes de los hombres que crean la cultura del mundo, concedimos al extranjero un valor fetichista y remachamos las cadenas de una mentalidad pedisecua, de una postrada capacidad de ataque a la vida.

Este proceso inexorable de psicología de masas explica muchos detalles de la historia de la Expedición Botánica y declara ciertas actitudes de Mutis, de Caldas y de todos los hombres de su escuela.

La obra botánica de Mutis llevaba su disolución en las entrañas. Semejante a los aviones de hoy día, cargados de combustible listo a desintegrarse, volando a velocidades que al menor roce provocan la incandescencia de los metales; la Expedición, por sus propias excelencias, cabalgaba en la muerte.

Mutis a fuer de europeo proyectó como entonces se proyectaba en los países más adelantados. Como español templó más el arco, se enardeció en el esfuerzo, se enamoró de Dulcinea. Como una sirena homérica lo iba atrayendo la flora granadina cada vez más incógnita. Y no medía ya, ni los años de su vida, ni los recursos editoriales para su obra, ni la veleidad de sus continuadores, ni la fugitiva vigencia de la protección real.

Cambiaron los vientos, desfalleció el timonel en su puente de guardia, y la obra que para España era gigante, para la colonia convertida en república resultó desmesurada. No había llegado el momento de equipararnos con nuestra propia naturaleza.

Si por este aspecto del plan que concebía, el científico español resultaba inmenso y Nueva Granada pequeña, por otro sucedía al revés. El era gota no más sobre campos dilatados, rayo de luz en densas tinieblas.

Ya insinuamos que Linné dividió en dos la historia taxonómica del mundo; que quiso poner orden en las especies florales y zoológicas de todos los continentes; fijar las normas, precisar los caracteres exactos para colocar en su puesto y casilla, con su nombre y rótulos internacionales, a todos los seres que, en avalancha, se precipitaban desde todos los ángulos del planeta, sobre el interés de los naturalistas. Y quiso — obligada limitación de la técnica — encuadrar esos caracteres dentro de los ejemplares botánicos, en los exsicados de herbario, en la tabla pictórica de unos cuantos centímetros cuadrados; proceder que lo condujo a determinar palmeras por sola su inflorescencia. Esto hacía escabroso el camino de Mutis, inciertas sus determinaciones.

En la vida de la Expedición jugaron otros factores de grandeza y pequeñez.

Llega Mutis a Santa Fe con su colega el cirujano don Jaime Navarro quien debía ser de los de *saco corto* y las gentes, aunque urgidas por mil dolencias, les muestran menos confianza que a los curanderos charlatanes.

Proyecta Mutis su Historia Natural de América, pule las aristas de sus planes con minuciosidad exquisita, pero en Santa Fe — ¡qué va! — no halla recursos para desarrollarlos.

No pocas contrariedades debió sufrir Mutis por causa de la incomprensión de la sociedad santafereña; incomprensión con que los mediocres castigan siempre a quienes notoriamente los superan. Una frase suya incidental nos revela ese aspecto de su lucha: *¿Pero qué progresos*, dice, *podría hacer un hombre sin protección y con la nota de distraído de ideas extravagantes, según estos sabios de aquel tiempo en el Palacio y en la capital del Reino?*

¡Oh los sabios de la corte de Santa Fe; los del vestido viejo de Fernando VI y las gorras de terciopelo carmesí! Con razón don Pedro de la Zerda los metió a todos en la cárcel por media hora, como a rapaces de escuela, porque a su regreso de Cartagena por el camino del Carare no salieron a rendirle pleitesía en Usaquén, según era de protocolo.

Dirige Mutis desde 1763 su representación al rey solicitando su patrocinio en cambio de toda su vida entregada al esfuerzo y al prestigio de la nación y la respuesta sólo llega al cabo de veinte años, cuando los climas y las angustias han mermado su salud y su energía y se le ha adelantado en el favor del monarca una turba de mediocres.

Se accede a su solicitud, pero con la condición de que entregue para el Gabinete Real todas sus colecciones y dibujos hechos a su costa en veinte años.

El investigador se entrega a su obra con alacridad sin ejemplo y halla dificultades en conseguir colaboradores; no puede, por falta de imprenta publicar las especies nuevas; otros menesteres ineludibles le distraen y su salud decae por la rampa de la senectud.

Al sabio faltó presenciar lo más triste de su destino, pequeñez de América indescifrable: la volubilidad de sus favorecidos; la insubsistencia de los favorecedores de su obra; la secular interrupción de su esfuerzo; el silencio de los llamados a lista por sus obligaciones con España, con el Nuevo Reino, con la ciencia y con la naturaleza.

Hasta su tumba se perdió bajo el palustre de algún albañil innominado.

Cuando sintió que el suelo se hundía bajo sus pies, él, el caballero de la alta bandera y de la profunda melancolía, debió decir como Sir Walter Releigh la víspera de su muerte:

Con que ese es el tiempo, que nos arrebata la confianza
Juventud, alegría y cuanto poseemos
Y así nos paga en polvo y en vejez...?

SEGUNDA PARTE

TRAYECTORIA HACIA EL CORAZON DE AMERICA

RELATASE el viaje de José C. Mutis desde Madrid a Santa Fe de Bogotá, en 1760, como médico de la Corte virreinal. A lo largo de él se va reduciendo su periferia social, mientras la órbita de sus intereses mentales se dilata hacia el tema infinito de la naturaleza neotropical.

De Madrid a Córdoba, por caminos de herradura, que muchas veces se entrecruzarían con el itinerario fantástico del andante Caballero de la Triste Figura, Mutis se va avezando a los fragosos caminos del Nuevo Reino; familiarizándose con las cabalgaduras, con los arrieros, con las cargas y con los malos pasos. Pero en esas fatigas se aguza su observación de las plantas, de las tierras y de las gentes; se templa su organismo, se endurece su resolución de anotarlo todo para acumular en su espíritu y en sus diarios los datos positivos, las relaciones y particularidades en cuyo análisis consiste la verdadera sabiduría.

De Córdoba a Cádiz, su patria chica, utiliza el coche de postas bamboleante, cascabelero y moledor. Se despide en el puerto de sus amigos y de sus familiares asegurándoles que pronto regresaría, mientras el destino, más allá del mar, movía la cabeza diciendo que nunca.

Luego vino el viaje transoceánico, para el cual fué alojado en un estrecho camarote de la Santa Bárbara, donde aprendió la monotonía de los viajes en buque de vela y sufrió los calores persistentes del trópico. Ya en mares americanos, a la vista de las islas y de los puertos del Caribe, Mediterráneo americano, saludó su ideal ambicionado que era el misterio de la naturaleza virgen, ante la cual él se presentaba sólo, como adelantado para sorprender con descubrimientos innumerables a los sabios de Europa.

Llegado a Cartagena, aunque enfermo y enflaquecido, da riendas a su avidez por el estudio, no pierde minuto, no desperdicia paso.

Navegando aguas arriba por el Río Grande de la Magdalena, en un estrecho champán, se pone, al fin, en contacto con el bosque tropical, con la hilea que había de nombrar Humboldt, con las razas y con los problemas del Nuevo Mundo. Todo atrae su atención de científico; seres innumerables le van repitiendo que su vida no será estéril, cada enigma le promete que sus estudios darán tanta luz que deslumbrarán a quienes se atrevan a dudar del pensamiento y del progreso españoles en las nuevas ciencias.

Llega así a Honda, término de la navegación fluvial, y emprende, otra vez a lomo de cabalgaduras, el ascenso prodigioso de los Andes. La orografía se agiganta para él en virtud de la observación de lo minúsculo y del interés que le aprisiona por cada brizna del cosmos.

Ya en las cercanías de la capital, en la aldea de Fontibón, Mutis se ve incorporado a la vida cortesana de Santa Fe, que remedaba mal la de Madrid; pequeño naipe de ficciones coronadas y de valores fingidos, con que, sobre el tapete verde de la meseta andina, se jugaban, sin acrecentarlas, la esperanza y la riqueza de aquella gran porción de la Monarquía.

Así se estrechaba el ambiente exterior mientras el íntimo de su espíritu crecía hasta lo inconmensurable.

CAPITULO X

DE MADRID A CARTAGENA DE INDIAS

For it was the explorer naturalists who opened South America

VICTOR WOLFGANG VON HAGEN.

Pongamos ahora delante de la imaginación, lo que ya vieron los ojos del cuerpo, y lo que pasó en hecho de verdad en los tiempos pasados, supongámoslo ahora. Así hablaba el P. maestro fray Luis de Granada.

Los muchos retratos que se conservan de José C. Mutis en su edad provecta cuando, ya sacerdote y mentor de la Nueva Granada, veía prosperar sus planes, han hecho olvidar al joven médico del virrey que, recién salido de las aulas, emprendía viaje hacia la incógnita de su destino, animoso y lleno de curiosidad.

Sin embargo, desde esa temprana edad, tiene ya una personalidad definida. A ella se aplicarían las palabras de Caldas: *¡Oh Dios, qué presente tan grande hicisteis a la América!* Y las de Luis López de Mesa, cuando conceptúa que Messía de la Zerda hizo a España un servicio público más valioso que los quintos del oro pagados al Rey en doscientos años de la Colonia.

La semblanza juvenil de Mutis nos muestra ya madura su capacidad de observación, especifica la preparación que traía para la vida que había de llevar y nos revela en el ambiente de España y de los navíos que viajaban a las Indias, aspectos nuevos de semejanza entre las dos porciones de España: la peninsular y la cismarina.

Si nos faltan los trazos pictóricos nos sobran los literarios porque, para seguir ya el orden cronológico de los hechos, contamos con los diarios del mismo Mutis, con los de Eloy Valenzuela, su segundo, educado en un todo por él y con una copiosa correspondencia epistolar del gaditano y de sus relacionados, que ha sido publicada por Federico Gredilla, por Guillermo Hernández de Alba y por Francisco de las Barras. Nuestro trabajo será entresacar lo más interesante, poner de bulto lo significativo y ordenarlo todo, según la finalidad de la presente obra.

Asombra la perseverancia de Mutis en llevar sus diarios. Atendiendo a múltiples ocupaciones, viajando largas y penosas jornadas a caballo, mareado a bordo o estropeado en tierra, nunca le falta interés para ordenar sus ideas, para escribirlas con vivacidad, digno estilo y sinceridad admirables y para atesorar con miras al futuro sus recuerdos y sus experiencias. Es una luz encendida en un brisero y vigía que atalaya desde lo alto de una preparación extraordinaria. La honestidad con que lleva su diario, le hace decir: *Yo puedo ser precipitado en apuntar todas mis conjeturas y reflexiones en mis Diarios, pero soy muy detenido en proferirlas. Como esta (el Diario) es obra de la historia de mis conocimientos que no ha de ver el público, sino el depósito de mis descubrimientos para la formación de las obras públicas, poco me importa de tener que desdecirme en mi secreto.*

El diario del viaje desde Madrid a Cádiz, camino de Cartagena, nos sitúa en la España de Fernando VI (1746-1759) quien promovió a Messía de la Cerda, y comienza así:

Hoy 28 de Julio (1760) salí de Madrid acompañado de Don Jaime Navarro, que se determinó a seguirme a la América, a las ocho de la noche, con las recuas de López.

Noche de verano pleno en Madrid y con la luna llena en el cielo despejado. Las gentes a las puertas de sus casas, sentados unos en taburetes apoyados en la pared, otros en escaños, hablaban de las mil banalidades del día, cuando los hijos del tío José López, con silbos, gritos y porvidas trataban de que su recua entrara en son de viaje y no se desperdigara por las bocacalles.

Los viajeros eran Mutis, el señor Navarro, un irlandés a quien no nombra el diario y otras cuatro personas. Montaban bestias mulares apropiadas para el difícil camino de herradura que iba de la Corte hasta Córdoba y las monturas que usaban—nada cómodas—consistían en un albardón, con su gorupeta (en Colombia decimos gurupera). Probablemente no usaban frenos sino sólo el ronzal, con lo cual las cabalgaduras debían ser conducidas con palabras e interjecciones como todavía se acostumbra en España entre las gentes del pueblo.

Con tan escasos aperos no es extraño lo que sucedió a media legua de Madrid no más. Porque, como Mutis, buen cristiano y según era su costumbre al cerrar la noche, sacara de la bolsa el rosario de Nuestra Señora para rezarlo, asustado el mulo con el ruido de las cuentas, dió una salida que tomó desprevenido a su jinete y dió con él en el suelo.

Volarían los arrieros, levantarían al caballero, atajarían al mañoso animal, y la cosa paró en un buen magullamiento del cuerpo y en un mayor cuidado con la bestia de allí en adelante.

Por esta aventura nos enteramos de que Mutis solía sorber rapé, forma como entonces se usaba el tabaco por todas las clases sociales, y pequeño vicio, que debió durarle mucho en la vida. Porque refiere que habiendo sido la caída sobre el lado derecho, aplastó con el golpe la cajilla de madera en que llevaba el polvo y fué fortuna que se salvara la aguja imantada que guardaba en el mismo bolsillo.

Además de la brújula, consta que Mutis llevaba sobre el cuerpo su termómetro para ir haciendo sus observaciones de la atmósfera, que no sería tan pequeño como los de uso clínico que suelen portar los médicos de nuestros días.

Dejando atrás a Toledo, y pasado el Tajo, el camino de nuestros viajeros seguía por Orgaz, Los Yébenes, Malagón, Ciudad Real y Caracuel y era el mismo que aparece en los mapas (1931) del **Stielers Handatlas** llamado Atlas secular, como uno de tantos: *Post und Handelstrassen*. Vino luego el trepar y bajar las Sierras de Alcudia y Madrona, digitaciones de Sierra Morena.

Luego se hicieron jornadas a Villanueva de Córdoba, ya en tierras del Gran Capitán, y a Adamús hasta llegar a la calurosa Córdoba, desde donde, por caminos que hoy se hacen en ferrocarril, llegaron a Ecija, Marchena, Utrera y de allí, según supone F. Gredilla — pues el diario se suspende—debieron utilizar la carretera general, en una bulliciosa diligencia, tintineando los cascabeles, para llegar al cortijo y Casa de Postas llamado Torres de Alocaz, a Jerez, Puerto Real, San Fernando y a Cádiz. Allí llegarían el domingo 10 de agosto, después de trece días de viaje incluídos descansos en Yébenes y Venta de Alcudia.

Pasando de noche por sierras boscosas, debían compactarse todos los de la caravana, en prevención de cualquier ataque de salteadores, a quienes se atribuían robos y asesinatos de pasajeros, en aquellos parajes.

Todos estos detalles explican otros de la historia neogranadina a raíz mismo de la Independencia y sería bueno que los tuvieran en cuenta nuestros escritores, a veces quejosos del estado en que España mantuvo nuestros caminos coloniales. Es anacrónico pedir a los últimos virreyes que en nuestras distancias y sobre nuestras cordilleras andinas abrieran las vías de que carecía, no digo la península, sino toda la ancha y espaciosa Europa.

El caballero Mutis, en su diario, nos suministra datos geográficos y toponímicos, que, si tratándose de una nación tan estabilizada como España son interesantes, por otra parte nos sirven para «chequear» como hoy dicen, para compulsar, el criterio con que él captaba y registraba los nombres que después nos dejó de localidades de la Nueva Granada.

El diario Mutisiano de Madrid a Cádiz no tiene ripio sin interés. Por él conocemos sus relaciones de familia y de amistad. Asistimos al abrazo casi filial que da al P. Juan de Torres, su viejo maestro de Gramática en Cádiz; a la fortuna de ver al P. Francisco Mutis, su hermano jesuíta; saludamos con él a su tío el ex provincial Bossio a quien encontró venido de Barcelona acompañado de un lego de su orden llamado fray José en cuya casa les sirvieron una comida *superior a las fuerzas de la tierra;* y saludamos a su condiscípulo de Sevilla don Valentín González, también médico y *terriblemente estudioso* con quien, después de siete años de ausencias, hicieron remembranzas de los años pasados en la ciudad reina florida del Guadalquivir. Finalmente se despide con ternura de Rita Conejero, la vieja criada de su casa, que a él y a sus hermanos mira y trata como si fueran niños.

A propósito de la comida del Hermano José, notemos que en todo el diario el joven Mutis nos habla de su buen apetito; de su gusto, en esos calores del mediodía español, por el agua helada y por el helado de canela que entonces preparaban los *neveros* con nieve traída de los montes más altos de la sierra. También por el bueno y fácil vino amontillado de la Mancha.

Otra de las atracciones de Mutis es la observación de las gentes del pueblo: de su manera de pronunciar el castellano, de sus trabajos manuales, de las oraciones inacabables del tío López antes de comer; de sus maldiciones cuando perdía la chaveta; de los dijes y del vestido de su hija, tan corto por punta y punta; del soldado que entretenía a las gentes dándose de topes con un cabro y que rompía nueces y ladrillos con la frente. Hasta consigna las grescas que se armaban entre arrieros y las gazaperas de las comadres. El solemne hombre de ciencia halla gusto especial en sentarse a comer con los arrieros para disfrutar de sus pláticas elementales.

Campo de especial observación para el naturalista son las condiciones económicas de las tierras por donde cruza; la naturaleza y la abundancia de las aguas; la diligencia de las gentes para el trabajo; la fertilidad de los campos, el bienestar de los campesinos y la limpieza de las ventas.

No debía ser Mutis muy ágil, antes algo lerdo y de salón, pues confiesa que era el primero en resbalar en los barrizales y que a caballo con facilidad recorría la fatal trayectoria entre la grupa y las orejas de su mulo. Y eso que le habían escogido el más seguro para los malos pasos y el más fuerte para su fornida talla.

En casi todas las páginas del diario aparece el médico solícito por ayudar a los enfermos; prudente en la prescripción de los remedios de más fácil aplicación por el pueblo y que ningún riesgo implicaran para familias confinadas; severo crítico de los médicos fanfarrones y discutidores; de los que él califica de *tunantes de la escuela de Valencia.*

Pero, como era de adivinarse, la atención del viajero se dirige especialmente a las plantas. Su recolector es Navarro. El las examina, las determina, guarda las semillas, consigna los datos de sus aplicaciones curativas, pondera su belleza. He llegado a pensar que de esas semillas recogidas por Mutis en su último viaje español, y de las cuales él hizo lista minuciosa para recogerlas, se originaron las aclimataciones en Colombia de muchas plantas hoy connaturalizadas aquí y originarias de la madre patria, como el «retamo» que hoy es tan popular en los jardines de Bogotá; el «escobo» que cultivan junto a las casas de Zipaquirá, Nemocón y Sibaté; la aliaga o retama espinosa que se ve en Zipacón y que tanto recuerda el soto-bosque de los pinares de Castilla.

Estamos ya en la ciudad natal de nuestro protagonista. Allí se despide de sus padres diciéndoles a todos que iba *por pocos años*. Y siguió el viaje de mar para nunca más volver.

Dos documentos de interés apasionante nos dejó Mutis de esta travesía: su **Diario** y una relación sobre **Gobierno de la embarcación y personal destinado a su servicio.** Aquí debemos superponer ambas fuentes de información para calcar este episodio de Mutis navegante que va penetrando más y más en su mundo americano.

Los que hayan leído el libro de Hendrik W. van Loon, **Ships and how they sailed the Seven Seas,** saben cómo era la vida a bordo de los navíos en la época descubridora: estrecha, rígida, hambreada, sedienta, sucia y malsana por las condiciones internas; por las externas, arriesgada, desorientada y de una lentitud que hoy nos desesperaría. Algo habían mudado las condiciones a mediados del XVIII, pero lo fundamental duraba, que eran las armazones de madera, y el impulso con aparejos para el viento, de donde se derivaban el mismo balanceo, los mismos peligros e igual apretujamiento.

El diario de navegación de Mutis comienza con una frase difícil de interpretar:

Día 6 de Septiembre de 1760: dudoso de mi partida con el señor Virrey, Don Pedro de la Zerda al Reino de Santa Fé de Bogotá, a quien debía acompañar como su médico y cirujano, determiné pasar a Puerto Real donde residía dicho Señor.

Parece como si los razonamientos de su familia hubieran logrado que Mutis desistiera de su viaje, o que más bien ignorara todavía si su transporte había de ser al tiempo y en la misma nave en que se embarcaría don Pedro.

Acontecimientos sencillos vinieron, sin embargo, a dilucidar el interrogante y a probar que Dios endereza el destino de los hombres con briznas de casualidades.

Varias naves debían salir juntas con rumbo a la América en aquella ocasión: la *Tetis*, el *Gallardo*, el *Africa*, el *Jason*, buque de escolta y el navío de guerra de Su Majestad llamado *Castilla*.

En un bote de la *Tetis* conducían a Mutis a través de la bahía y de los Caños del Trocadero cuando, dos horas después de salir de Cádiz, divisaron unos botes del rey. Al emparejar vieron que en uno de ellos venía el virrey a Cádiz para despedirse. El virrey mandó a Mutis subir a su bote porque debían embarcarse luego con intención de zarpar a la mañana siguiente. Sólo le dió permiso para ir a su casa por el equipaje y ni siquiera dijo el último adiós a sus padres para evitar la escena dolorosa.

El *Castilla*, decíamos, era buque de guerra destinado a la línea de Cartagena y La Habana y Mutis se alegró de viajar en él porque la mayor disciplina contribuía a la seguridad del viaje y de los pasajeros, y la severidad de los castigos hacía que los robos fueran menos a bordo. Lo capitaneaba don Francisco Espínola, quien cedió su autoridad cortésmente al virrey de Nueva Granada, ya que éste era teniente general de la Real Armada y viejo lobo de los mares de América.

La emoción solidaria de darse a la mar el día 7 de septiembre, tan contraria y tan igual a la de llegar a puerto, pronto pasó a segundo término con el mareo que acometió a muchos pasajeros y algo también a Mutis.

Al médico del virrey se lo había alojado en la *Santa Bárbara* que era el pañol destinado para guardar la pólvora; sitio de confianza, pero que le dió una primera impresión de suma incomodidad. Pronto se acostumbraría a ello; sacaría del equipaje las casacas y potingues que, para su policía y para ejercer su oficio, había alistado desde Madrid y pondría a mano el inseparable **Systema** de Linné, junto con la brújula. El libro lo había buscado inútilmente por todas las librerías de Madrid hasta que se lo regaló Alstroemer, su amigo.

De pocos pasajeros se hace mención nominal en el diario. Allí estaban el virrey con su familia, varios clérigos y religiosos; unos portugueses. Pero la afinidad intelectual manda y los entretenimientos de Mutis habían de ser con don Luis de Lorenzana, teniente de navío, sujeto de bella educación y de conocimientos poco comunes, aficionado a las ciencias naturales.

Los sucesos más importantes a bordo, después del mareo, eran sin duda el de las amenazas de lluvia o tempestad y el de la velocidad con que navegaba la embarcación. Fuera de eso se trataba de sacudir en lo posible la monotonía del viaje con actos religiosos a mañana y a tarde y con danzas y comedias especialmente preparadas en honor de su excelencia.

Los primeros días fueron de una marcha reducida por la lentitud de los barcos mercantes que el *Castilla* debía llevar *en su conserva*, recelosos como iban de algún ataque de los moros en las costas vecinas a Marruecos. Pero pasadas las Canarias, el *Castilla* navegó solo y cuanto le permitían el viento y su buen aparejo.

Había que amoldarse a no hacer nada. A contemplar las olas y las nubes, a curiosear las maniobras de los tripulantes, a ver volar las palomas que se criaban a bordo, a entretenerse aprendiendo nombres de marinería y mirando los cambios de guardia, en los cuales el informe principal debía ser cuántas luces y cuántos fogones quedaban encendidos, porque las llamas eran la amenaza perenne de esos barcos, todos de madera y de lona, pringosos de calafate, que a la menor chispa amenazaban catástrofe.

A bordo, en viajes largos, salen las gracias que cada cual sabe, y era un entretenimiento mirar a un muchacho, paje de escoba, natural de Triana, arrabal de Sevilla, que era contorsionista de suyo y sin que

lo hubieran educado para ello. Se echaba las piernas sobre los hombros y tomaba las posiciones más estrafalarias.

Dato que los biógrafos no han hecho resaltar es que el médico naturalista también tenía un poco de músico, pues en los actos del culto religioso hacía el papel de sochantre, dirigiendo el coro y la orquesta integrada por unos violines y — ¡manes de todos los liturgistas! — por varias guitarras.

El 20 de septiembre avistaron las Canarias y el 22 ya perdían de vista el Pico de Tenerife, última tierra española y europea. Luego alta mar y monotonía, mal disimulada con novenas y letanías a las cuales seguían inmediatamente los bailes.

De la comida no se habla en todo este diario, probablemente porque no merecía la pena.

El 14 de octubre, ya en el golfo de Las Damas, mar americano, encontraron un barco holandés que navegaba probablemente de Surinam de donde había salido hacía doce días para Amsterdam y que iba cargado de azúcar y café. Ya esto nos huele a América.

El 17 de octubre divisaron las islas de Trinidad y Tobago; el 18 apegaron en las islas de los Siete Hermanos; el 21 recorrían la costa de Caracas; el 24 avistaron Aruba, el 25 las costas de Santa Marta; el 26 la Sierra Nevada y el Cabo de Aguja y el 29 entraban, como lo dijimos en el primer capítulo, al puerto de Cartagena, a cuya deriva habían rondado por falta del viento favorable.

A falta de plantas, Mutis, durante todo el viaje, se dedica a la Zoología. Registra su hallazgo del pez volador, las especies que se pescan de tiburones, los picudos, con lo que de ellos se refiere. Anota una a una las aves que vuelan sobre el mar, hace que Navarro le diseque una para estudio ulterior, que parece vino a parar en manos de Linné; caza los insectos que se presentan a bordo y hasta los murciélagos que se refugian en los entrepuentes. Está alerta a la sacada del escandallo, para investigar la vida submarina. Describe, determina y dibuja desde antes del amanecer.

Así, alerta y laborioso, madrugaba al encuentro de la tierra americana.

Lo que inútilmente se buscaría en los diarios de Mutis sería lo que dijo no recuerdo si Richelieu o Talleyrand y que con tanta acuciosidad inquieren los historiadores freudianos.

Cherchez le femme, es empeño inútil en el naturalista electrizado por sus estudios. Sólo parece interesarle la frescacha hija de López el muletero, pero, como él dice, no tuvo ocasión de *explorar sus ideas*.

CAPITULO XI

POR EL RIO GRANDE DE LA MAGDALENA

Nunca he llegado a las orillas de este Río sin experimentar a su vista una sensación de respeto y simpatía.

SALVADOR CAMACHO ROLDÁN, **Viajes.**

Plácidamente transcurrieron los meses de la primera estancia de Mutis en Cartagena, bajo el calor tropical, que soplando el alisio decembrino, no sería mayor al de Cádiz en los días del verano. Le faltaba, sin embargo, satisfacer su avidez por los ríos y los bosques vírgenes de América, orgías estupendas de la vida. Dos meses en que apasionadamente se dedicó al estudio de la flora en los alrededores de la ciudad portuaria mientras se restablecía de una dolencia que debió probarles cómo el trópico no respeta ni a los médicos.

Aunque sabemos que el virrey emprendió viaje el 15 de diciembre no nos consta del camino seguido hasta embarcarse en el Magdalena. Gredilla supone que de Cartagena pasó a Barranquilla, lo que es improbable, pues hasta fines del siglo XIX era usual salir a caballo de la ciudad heroica y hacer las jornadas—que describen muy bien J. M. Restrepo Sáenz en sus **Biografías de los Virreyes** y Felipe Pérez en sus **Episodios de un viaje** (julio de 1860), reeditados por el ministerio de Educación en 1946—, hasta Barrancas, junto al arranque, en el río Grande del Canal del Dique.

El canal de navegación entre Cartagena y el río, por el Paso de Balsa y la Ciénaga de María Matuna, había sido abierto en cinco meses de trabajo, de marzo a julio de 1650, gracias al espíritu cívico que había hecho vibrar a todos los cartageneros: a los ricos para contribuir con fondos, a los pobres para regalar el trabajo de sus brazos, siendo el principal promotor de ese movimiento don Pedro Zapata, gobernador y capitán general de la ciudad, y su motivo uno muy español, como fué la emulación «envuelta en ira» porque la corte, que aprobó el plan, no asignó los recursos para ejecutarlo.

En esos tiempos de hombres austeros y sin género alguno de melindre, se navegaba desde Barrancas, cerca al actual Calamar hasta Mompox, en botes que aprovechaban con sus velas cuadras el viento costeño y, de allí, en champanes, grandes canoas con un cobertizo de palma en su parte central, impulsados con canaletes, varas y ganchos. Para el virrey y su comitiva, se debieron buscar ocho embarcaciones suficientes, bogas privilegiados, que no bajarían de ciento y, ya que no se podía hablar de comodidades, más llevaderas molestias.

¡Qué encuentro aquél, entre el abismo y la centella, el que tuvo lugar al sentir Mutis que en las aguas del río, América salía a recibirlo!

Este río Grande, descubierto por Rodrigo de Bastidas, el primer Adelantado que pisó el interior de nuestras tierras; explorado por Pedro de Lerma arriba de su desembocadura; recorrido hasta la Tora y la desembocadura del Carare, por la expedición de G. Jiménez de Quesada, ha sido, como ya lo publiqué, el eje de la geografía de Colombia, arteria de sus comunicaciones, palestra de sus empresas y esperanza de riqueza que ya se va convirtiendo en realidades.

Para cuantos lo han estudiado, el Magdalena ha sido un paraíso. Escribía así Luis Agassiz Fuertes, ornitologista americano, en un **Anuario de la Smithsonian:**

Entre las impresiones duraderas que saqué del trópico, ciertamente, una de las más vívidas es la de aquellos enormes, húmedos, perfumados y sonoros pantanos de los valles del Magdalena y del Cauca. Aquellos traidores hallazgos tienen una fascinación, ejercen una atracción sobre el novel naturalista capaces de meterlo en aprietos. Todo lo que en un paisaje de aguas septentrionales encanta los sentidos, está aquí multiplicado. La vida vegetal es pujante, pululan en consecuencia los insectos y con ese alimento fácil se nutren numerosas especies de aves. El atractivo de una fragante superficie de agua, llena de reflejos, con lechos de plantas flotantes vivificados por las delicadas y amables jacanas que en sus inocentes luchas despliegan sus alas de raso amariposadas; los ceremoniosos gallitos, de espuelas en las alas, que corren en las orillas o vuelan en ruidosas bandadas al ras de las cercanas praderas; quizás un barranco desnudo en el fondo del pantano, todo en flor con rosados picocucharos y con níveas garzas; el crotorar del gigante Martín-pescador...; un ave escultórica parada en una rama saliente; los silbos penetrantes de los patos peinándose o asoleándose al borde de sus lechos de jacinto; todo esto y cien otros encantos atraen al naturalista más y más adentro del pantano o entre los matorrales de juncos y papiros que forman algunas de sus márgenes.

En tono parecido hablaron A. Le Moine, G. Mollien, P. L'Espagnat, E. André, S. Camacho Roldán y otros. Pero entre las relaciones de viajes por el Magdalena, la de Mutis se distingue por su fidelidad, por su mesura ingenua y por ser trasunto de su observación insaciable.

El Magdalena, año tras año va perdiendo su soledad, sus bosques intactos y su agresividad coléricas; ese carácter suyo de potencia salvaje. Pero quienes desde hace muchos años lo conocimos y nos interesamos siempre por su evolución, podemos imaginarlo cómo era cuando Caldas decía que desde Honda para abajo, *el Magdalena no recorria sino bosques* (1808).

Allí se puso Mutis en íntimo contacto con las razas que formaron la nacionalidad colombiana. Con los esclavos, jirones sangrientos arrancados a las entrañas del Africa negra; con los indios, civilizaciones púberes, paralizadas de terror ante otra destructora y potente; con las enfermedades del trópico desconocidas antes para él; con fieras de las espesuras y de las aguas; con insectos y mosquitos que, según la expresión de F. Pérez, envolvían al viajero como gasas oscilantes.

A su penosa adaptación al estrecho e incómodo champán y a la fascinación de los primeros aspectos del gran río y de las ciénagas; al quebranto de su salud, a las lluvias y a la premura del viaje para alcanzar al virrey hay que atribuir el vacío del diario, correspondiente al trayecto Cartagena-Mompox. Comienza así:

Día 8 de Enero de 1761. Salimos de Mompox a las siete de la mañana, saliéndonos a despedir el Cabildo, los oficiales reales y la gente distinguida del pueblo.

La ciudad de Santa Cruz de Mompox se conserva muy semejante a como la conoció Mutis. Una espesa muralla de calicanto español alzada a lo largo del río, la protege de sus inundaciones. Casas de amplios patios y aljibes misteriosos; jardines donde el sol tropical llega tamizado por orquídeas y florecidos festones a iluminar los amplios corredores; derroche de verjas forjadas como en Sevilla o Córdoba, Granada o Valencia; talleres de orfebres en cuyo obscuro recinto brillan más las chispas brotadas de los mollejones puliendo dijes o afinando filigranas; todo recuerda la antigua prosperidad cuando el comercio del río no se había desviado por el Brazo de Loba y las inmensas sabanas ganaderas del Marquesado de Santa Coa que fundara don Julián de Trespalacios y Mier dependían de esa villa, que hoy recibe el apelativo de *valerosa* porque fué siempre resguardado arsenal de voluntarios, así contra los piratas como para llevar la libertad a Quito y al Perú.

Podemos conocer la toponimia del río Magdalena, salvo cuando los nombres eran ininteligibles para Mutis, por su relatorio de viaje de don Pedro de la Zerda. Muchos puntos de referencia han desaparecido; algunos lugares han quedado estantíos en su adelanto, las costumbres del pueblo y sus modales eran los mismos que hoy se observan en los pescadores del río Cesar y de otros afluentes y laderas.

EL CABALLERO CARLOS DE LINNÉ
amigo, modelo y consejero de Don José Celestino Mutis. Retrato que perteneció quizás a la Expedición Botánica, regalado por Juan Jacobo Gahn y conservado en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su autógrafo, a edad avanzada, según E. Guinea.

ALEJANDRO, BARON DE HUMBOLDT
Visitó en 1801 Santa Fe y a Mutis. Retrato pintado por Antonio Cortés y Alcocer, conservado en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Firma fotocopiada en la Biblioteca Nacional de Madrid por T. Magallón.

DON JOSE C. MUTIS
con emblemas de las ciencias que cultivó. Cuadro en el Museo Nacional de Historia en Bogotá.

La flotilla arribaba a las horas de siesta y por la tarde a algún playón apropiado y en tierra se comía y se dormía con las convenientes precauciones, bajo toldas que llevaban. Era el momento aprovechado por Mutis para estudiar.

El día 11 de enero salieron de Tamalameque; el 12 de San Pedro y pasaron por Morales; el 14 de Badillos; el 15 de Playa de Mono, junto a la Boca del Infierno y pasaron la Boca del Totó; el 10 salieron de San Pablo y pasaron por Canta el Gallo; el 17 de Pajaral de Sogamoso; el 18 del playón de Casave; el 19 de San Juanito; el 20, repite Mutis, sin duda por equivocación, que salieron de San Juanito; el 21 de San Bartolomé; el 22 de Garrapata; el 23 de Zambo y doblaron, andando por un varadero, el dificultoso rápido de Presidio donde había una aduanilla; el 24 de Bocas de Nare; el 25 de un playón innominado; el 26 del playón de Tortuga; el 27 de Guarumo; el 28 de Boca de Purnio. Ese día debieron llegar a Honda, término de su navegación fluvial.

Todos los campos de un interés humano y elevado mantienen alerta el espíritu de Mutis y sobre todos nos hace el diario observaciones atinadas, verdades permanentes del río señor: sobre la salud de los ribereños y sus costumbres, sobre la navegación en esa vía esencial de la nación; sobre los animales y sobre la flora. Entresaquemos algunas con sus propias palabras.

Salimos del playón de San Pablo al amanecer; caminamos a la estancia de San Juan para abastecer los champanes de plátanos. Se dieron a cada champán 500 plátanos. Se compró el 100 a real.

Tuve el gusto de ver cómo conocieron los bogas, en la naturaleza del agua que bajaba por el río, cuál de los pequeños ríos que descargan en el de la Magdalena ocasionaba la creciente. En efecto; concluyeron que el Sogamoso y el Carare habían enviado agua.

En este lugar (San Bartolomé) *se recoge el cacao más afamado del río de la Magdalena. Entonces se pagaba a cuatro reales el millar. Allí no hay otro comercio, aunque éste, por la flojedad de los del país, es bien flojo.*

En el Presidio (Angostura de Río Nuevo) *yo hice varias reflexiones, admirándome en mi interior del descuido de nuestros caminos... Yo estoy firmemente persuadido de que las pérdidas de tantas vidas y caudales, recae sobre el descuido de los que podrían hacer el río navegable.*

Hacia la una de la tarde salieron las canoas para pasar la angostura (de Nare), *y la mayor parte de la familia siguió a S. E. que había determinado pasar una porción del camino por tierra. Se practicó este medio tránsito con bastante incomodidad, y nos embarcamos en una ensenada que está después del segundo peñón. El tercero y cuarto lo pasamos con bastante cuidado, por lo penoso y asustadizo del paraje... A corta distancia, después de estos peñones, en la misma ladera, hay un pedazo de monte rozado, a quien llaman Las Tres Cruces, que ayudan los bogas a cargar con algunos tragos de aguardiente que allí se espetan... Aquí mató don Antonio Peña dos marimondas.*

... Poco después de haber salido de Las Tres Cruces, notamos una especie de niebla que apenas se levanta del agua y sigue la dirección de la ladera derecha. Pregunté a los bogas qué era aquello y me respondieron: **aquello significa que Nare va creciendo... porque las aguas frías se mezclan con las calientes.** *No me desagradó la respuesta.*

Allí (en la estancia del Hierro, de los PP. de la Compañía, arriba del payón de Tortuga) *encontré un zambo de mulato que me hizo una nota de todos los árboles que él conocía en el río. Este es un asunto en que todos los naturales merecen superiores alabanzas a nuestros europeos.*

Pero donde Mutis, insensible al calor, al cansancio, a mosquitos y fastidios, desata su actividad, es tratándose de las plantas, de esa sorpresa que venía buscando y que ahora rebasaba los bordes de su propia fantasía.

Se ilumina al saltar a tierra; va apoderándose de todas las plantas y animales que encuentra, ayudado por Navarro y los mozos de servicio; anota los caracteres:

Allí vi una planta que los del país llaman pajarito, expresión que conviene bellamente con la figura de la flor, que era amarilla. Nacía en los troncos de los totumos y me dijeron que esto es muy regular y frecuente. A mí me pareció **Orchis.**

El día 14 de enero (miércoles), jornada arriba de Badillos, recoge Mutis su primera *Passiflora* americana. Dice así el **Diario:** *Hacia las oraciones llegamos al playón del Mono, que está en la Provincia de Cartagena, donde acampamos, dando principio a la faena de las tiendas de campaña, para suplir la falta de casas, por no haber población en los contornos de esta jornada. Antes de este sitio, y en las laderas de la provincia de Santa Marta, hay una maravillosa flor de pasión, toda encarnada. Aún no he podido determinar si sea especie conocida.*

Y más adelante, el día 16 subsiguiente, en el playón de San Pablo, añade: *Allí tuve el gusto de ver varias plantas en la forma siguiente:* (las enumera y prosigue): *Una* **Passiflora quadrangularis,** *de que tengo descripción, por no convenir en todo con la de Brown.*

Noto que la **Passiflora incarnata,** *que antes había cogido, no es la de* **foliis trilobis serratis,** *sino* **foliis trilobis integerrimis.**

En esta tarde tuvimos la complacencia de matar un caimán desde nuestra falúa. La bala le penetró el cerebro con lo que quedó en el sitio, logrando por este medio lo que hasta entonces no se había podido conseguir, a pesar de más de 50 tiros que se habían gastado casi en balde. Amarramos el caimán al bordo de la falúa y cuando merendaban los indios en una playa tuvimos ocasión de examinarle, aunque rudamente... Como no es novedad encontrar a cada paso un crecido número de caimanes, se hace fastidioso repetir esta noticia... En esa misma tarde observamos en un playón que pasaban de cincuenta.

Esta misma tarde notamos... la abundancia de tortugas que había en el río... Al pasar por la playa se arrojan algunos de los bogas para descubrir los nidos... Sucedió esta tarde que en sólo el espacio de medio cuarto de hora recogieron los de nuestra falúa 390. De modo que computando a 300 una con otra, son 2.400 en nuestros bogas tan solamente.

Luego que salté a este playón aproveché una media hora del día, recorriendo las plantas que allí había y encontré una de que tengo descripción. La planta era tan rara que sólo hallé una mata que me sirvió para la descripción. Hallé en mucha abundancia la **Portulacca.**

A la orilla de este río (el San Bartolomé), *a pocos pasos de este sitio, vi una ceiba de tamaño tan extraordinario que nos movió la curiosidad de medirla... Para la medida nos vimos en algunos obstáculos que vencer, por la hora, por lo inaccesible y por la falta de instrumentos... Hallé modo de ejecutarlo perfectamente sin escalera, ni otros instrumentos que dos horquetas largas de seis varas y con un hilo de acarreto... Hallamos tener de circunferencia, a seis varas desde el suelo, siete varas y tres cuartas y, por un cómputo prudencial, que excedería su largo de 42 varas. Fueron testigos de esto los que me ayudaron que eran don Pedro Escobedo y D. Antonio Calatayud... La cosa fué para nosotros tanto más notable cuanto menos acostumbrados a ver árboles de igual tamaño; pero los del país, con el Alcalde... se rieron de nuestras admiraciones.*

Hacia las tres de la tarde llegamos a Zamba. Aquí está avecindado el dueño (de una estancia) que es un mallorquín... Con el motivo de haber llegado temprano a este paraje, tuve ocasión de recorrer con algún espacio las cercanías de la estancia; pero me quitaron el gusto con que lo iba haciendo unas moscas que los bogas llaman congas y los españoles nuestros, tábanos. Sus picadas son tan mortificantes que no dan lugar a otra cosa que a defenderse de esta guerra a sangre fría. Por esta razón aceleré mi revista y habiendo hecho el examen de mis hallazgos encontré que no pude reducir a género conocido dos Didinamias, dos Sidas, de las cuales es la primera **foliis lanceolatis serratis (latioribus ni fallor) pedunculis longissimis multifloris pedunculatis.**

El día 27 (de enero, 1761) salimos de Guarumo y había una terrible niebla... Allí vi una bellísima **Aristolochia,** *que los del país llaman* **Contra-Capitana,** *por singularísima eficacia que dicen tener contra las culebras. Conservo la flor que me presentaron. Es como una cafetera globosa con un pico muy largo y otra lengüeta por encima. Formé la descripción de ella sobre la hojas* (ramas folviosas) *de que están pendientes las semillas. Guardé una gran porción de su semilla...*

Y ése es el estilo del diario magdalenés de Mutis; ésas eran sus inquietudes y ésos sus métodos de trabajo. El sistema de Linné se abría paso, por entre las ramas y las lianas del bosque neotropical, como una estocada maestra en el corazón de lo desconocido. Y nos consta, por repetidas frases, que todas las observaciones de Mutis pasaban, no sólo a su dictaro, sino a su libro de recolecciones, que llevaba por separado, para que lo sepan cuantos han dudado de la realidad de sus descripciones escritas. Yo preguntaría a los que se fingen un Mutis retrasado y sin orden, si ellos, saliendo en canoa por el Magdalena, han tomado tan minuciosas notas de campo, sobre la realidad colombiana, si han hecho recolecciones tan ávidas como aquel gaditano recién llegado, quien las prolongaba en la noche, tal vez al claro de la luna.

Sabemos también que al deslizarse del champán entre los gritos

acompasados de los negros, entre sus imprecaciones y sus bromas, sobre una caja del matalotaje, con las piernas entumecidas por la estrechez de la embarcación, Mutis escribió no sólo su diario, sino sus notas de recolección y de sistemática, largas listas de árboles, de hierbas, de cuadrúpedos, de insectos del Magdalena, mientras el buen Navarro debía disecar los ejemplares indispensables para ultimar el reconocimiento taxonómico. Y mirando a una garza gris que levantaba el pesado vuelo e iba a caer algo más allá; contemplando los reflejos insondables del río, acariciando sus aguas refrescantes, el joven médico idealista iba fraguando el plan de su Historia Natural. Había de ser tan bella como esa águila galante que lo miraba desde un muñón seco del guarumo; tan grandiosa como era pomposo el samán donde gritaban las marimondas; tan sorprendente para Europa como era escalofriante esa emoción que le inundaba el espíritu.

La Expedición Botánica del Nuevo Reino no tuvo por límites los años 1783 y 1816, desde que la fundó provisionalmente Caballero y Góngora. Ni su área se circunscribió a la Mesa de Juan Díaz, Mariquita y Bogotá. Venía de antes, desde el primer paso que Mutis dió en Cartagena de América, y desde entonces comenzaron a acumularse los documentos de sus observaciones. Ya de 1776 a 1782, el virrey Flórez pudo examinar «pinturas, manuscritos, dibujos y correspondencias» preparadas por Mutis para su Historia Natural y hacer un envío de curiosidades para el Gabinete Real.

Cuando el monarca fundador pidió que Mutis enviara a Madrid en 1783 todas sus colecciones y observaciones, exigió los frutos de un trabajo intensísimo de veinte años.

Tal vez eso fué un obstáculo más para que el sabio diera por ultimada su obra para la publicación; el natural deseo de regresar a Madrid y ponerse de nuevo en contacto con lo que él mismo había recolectado en el área extensa de sus viajes iniciales.

En todo caso, subiendo de Barrancas a Honda, Mutis había entrado al estudio del neotrópico por la puerta dorada de los caballeros.

También pudiéramos decir que, terminados sus estudios *cum laurea summa* en Sevilla y en Cádiz y en Madrid, golpeaba — insaciable de saber — a las puertas de la gran universidad que es la naturaleza y que éstas le abrían los pesados cerrojos que sólo en contadas ocasiones, para huéspedes excepcionales, se corren con gemido.

Y una frase más del diario para quedarnos con su dejo inigualable:

Salimos de San Bartolomé y llegamos al palmar de Robles. Ningún sitio tan ameno ni tan delicioso para un botánico europeo en iguales circunstancias a las que yo me hallaba; por el corto espacio de una playa me hallé con un crecido número de plantas no vistas por mí hasta entonces. Unas por nuevas y otras por no observadas por mí, todas llamaron igualmente mi atención.

Internándose paso a paso en el mundo americano, el científico debía sentir como el Cid que sus horizontes iban creciendo. Dice la gesta:

Por necesidad batallo
y cuando monto en la silla
se va ensanchando Castilla
al paso de mi caballo.

Los bogas dirían:

— «Este señor que coge todo bejuco que encuentra debe estar bien loco.»

Los acompañantes del virrey:

— «Este señor médico no va a resistir en Santa Fe.»

Mientras el sol se hundía en uno de esos atardeceres del Magdalena, opulentos de color, sonriendo porque iba a jugar al escondite tras los antípodas.

CAPITULO XII

CAMINO COLONIAL

Mas ¡ay!, que todo eso no es más que la antesala del purgatorio... aunque al Dante no se le ocurriera incluir el camino de Honda en la Divina Comedia.

EDUARDO ANDRÉ, **Viaje.**

El viaje de Europa a Bogotá — antes de 1919, cuando se iniciaron los servicios aéreos en nuestro país — era un embudo cada vez más estrecho. Su último trayecto Honda-Bogotá fué siempre dibujado — aun por los resueltos y duchos en viajes — como una aventura dantesca.

La navegación del río Magdalena ha padecido siempre una interrupción en el Salto de Honda, rápido que sólo con gran dificultad traspasaron — casi reventando sus calderas — contados navíos. Por la orilla izquierda de esta corriente torrentosa desemboca el Gualí que no lo es menos y que baja de las faldas del Nevado del Ruiz. Fué sobre la confluencia de ambos ríos donde comerciantes, funcionarios del gobierno, agentes de aduanas y de transporte, fundaron en 1560 la ciudad de San Sebastián de las Palmas de Honda, hoy floreciente, pero que ha padecido en su progreso múltiples vicisitudes.

Sin duda debe tenerse por su mayor quebranto el terremoto que a las once de la noche del 16 de julio de 1805 volcó sus paredones, derribó las arcadas de sus conventos y sumergió en el Gualí los estribos de sus puentes donde todavía se ven como testigos de esa catástrofe.

En la época de Mutis, Honda era todavía, al decir de S. Camacho Roldán, ciudad no menos poblada que Cartagena y centro comercial más importante que Bogotá. Construída sobre ríos y colinas: con sus numerosos puentes, con sus huertas de palmeras y de frutales del trópico, se podía comparar con esas ciudades españolas que se prenden a las orillas escarpadas de la Costa Brava del Mediterráneo o con esa visión mágica de Granada, para el lado de Albaicín, donde las torres emergen de cármenes encantadores. Todavía conserva Honda calles, faroles, nombres y leyendas de aparecidos, que pregonan al viajero su ascendencia ibera.

De Honda, antes de que abrieran el ferrocarril del Magdalena y la carretera, partía el camino de herradura que en tres o cuatro jornadas bien corridas, llevaba a Bogotá por Guaduas, Villeta, Sasaima, Agualarga, Los Manzanos, Facatativá y Fontibón. Tal vía de recuas se fué mejorando a lo largo de muchos años desde que la abrió, de 1564 a 1575, el Presidente de la Audiencia neogranadina don Andrés Díaz Venero de Leiva, llamado *padre del pueblo*, y ella fué la más frecuentada salida de Santa Fe para el Caribe y para las provincias de Antioquia y Chocó.

Otro camino para la capital era el que la comunicaba con Tena, La Mesa de Juan Díaz y Tocaima; vadeaba el alto Magdalena en Puertorreal, hoy Guataquí, y seguía a Ibagué o a Timaná, Popayán, Pasto y los dominios españoles del suroeste de Hispanoamérica. Otro fué el de Quesada por el Carare y la provincia de Vélez hasta el río Grande. El camino fragoso del Quindío fué abierto por don Ignacio de Buenaventura, teniente de gobernador en Cartago, allá por los tiempos del virrey Flórez.

Todos éstos los había de pasar y repasar José C. Mutis hasta familiarizarse con ellos, con su naturaleza y con sus hombres. Para ellos le había de servir su preparación de Madrid-Córdoba que, en capitulo anterior, describimos con sus palabras. Más aún, en estos caminos, se escribió mucho de la historia de Colombia y ellos fueron el yunque donde se martilló rusiente el carácter de los hombres-hombres de nuestra nación.

Los caminos de herradura no eran calzados sino a trechos con grandes piedras — J. L. MacAdam no construyó en Inglaterra su primera carretera impermeable sino hacia 1830—y el pisoteo de las cabalgaduras en épocas de lluvia los convertía en acanalados, barrizales y tremedales espantosos. Otros factores de su uso eran las cabalgaduras, las cargas, los aperos, los arrieros, la defensa de las lluvias y otros accidentes del clima; las posadas y los mesones camineros. En fin, una pléyade de elementos que escasamente imaginan las nuevas generaciones acostumbradas al ferrocarril, al automóvil y al avión.

El viaje del virrey Messía de la Zerda debió hacerse con preparación meticulosa. Se alistarían las mejores bestias; bullirían los arrieros escogidos, y de aquí para allá lucirían sus palafrenes los funcionarios gubernamentales venidos de Santa Fe, afanosos — como sucede con todo gobernante que entra — por destacarse y mostrarse los más adictos y merecedores.

Pasarían alzados por arrieros corpulentos la Quebrada Seca, en las goteras del mismo caserío; navegarían aguas arriba un trecho por el río y, arrimando a una playa sembrada de pedrejones, ganarían la orilla derecha del Magdalena oyendo, como es común, referir historias espeluznantes de viajeros que habían sido arrastrados al salto de Honda y allí se habían perdido; allí montarían en sus machos y mulas, ayudados por los mozos de espuela. Listos todos, picaría de primero el virrey como quien pisaba ya en su inmediata jurisdicción de Santa Fe y a quien se hablaba con el sombrero en la mano. Pronto se les adelantarían los arrieros, turba clamorosa, pero de sabiduría práctica e indispensable.

Dice así el **Diario:**

El día 17 de Febrero de 1761 dimos principio al último resto de nuestro viaje saliendo de Honda en el mismo día, en el cual comenzamos a experimentar los riesgos y quebrantos no bien ponderados del camino que llaman al monte. Para este fin hicimos una pequeña distancia por el río de la Magdalena, saliendo a las ocho de la mañana, despidiéndonos la compañía de Chapetones, Clero y gente lucida de la villa, con repetidos «¡que viva el Rey!» que oíamos alternando el pueblo y D. José Palacios (honor, a la verdad, que debió el señor Virrey a esta villa, y no a los pueblos de más abajo), siguiéndonos algunos sujetos de la mayor distinción hasta el pueblo Las Guaduas, según tenían determinado. De este modo evitamos el mal paso (que hacen todos los traficantes del reino) llamado de los Almireses y el de las Varandillas. La distancia de la navegación sería unos tres cuartos de legua.

Hacia las diez de la mañana montamos a caballo, y empecé a experimentar el fastidio con que yo camino de esta suerte. Hacia las once de la mañana llegamos a Río Seco. Hasta aquí no hallamos malos pasos, pero desde aquí hasta el Sargento se fueron multiplicando con el motivo de la lluvia, que nos cogió. El camino de su naturaleza es tan malo, que no hay con qué expresarlo sino diciendo que es todo él un continuado peligro. Bien lo confirman las continuadas desgracias que se nos refieren. Y aunque por la venida de S. E. se han esmerado en hacer menos ásperos los pasos impracticables, no por eso dejaba de haber algunos riesgos. Yo me he sorprendido de haber visto unos caminos tales. Hacia las dos de la tarde llegamos al Sargento, donde descansamos hasta el día siguiente. Yo salí a dar vueltas por las cercanías, a fin de registrar las plantas de aquel terreno, y hallé unas cuatro que no pude reducir por lo fatigado del camino y la cortedad del tiempo.

El día 18 salimos del Sargento hacia las siete de la mañana, y comenzamos a subir la grande cuesta. Fueron mayores nuestros quebrantos que el día antecedente hasta llegar a... donde descansamos. De aquí en adelante hallamos el camino menos penoso, por haber picado el más pesado paso, que llaman la Loxa. Hacia las doce del día llegamos a las Guaduas, donde

nos llovió continuando la lluvia que nos comenzó en el último tercio de la última media jornada.

Ya comencé a notar la diferencia del temperamento por la diversidad de plantas. Vi una planta encarnada, que no pude reducir, y pertenece a las Ginandrias Diandrias.

A la tarde di varias vueltas y hallé una planta pequeña entre las gramas, de que no pude hacer descripción. Ella **habet calycem pentaphillum, corollam monopetalam subcampanulatam quinquefidam; filamenta quinque, tubo inserta, antheras totidem; stilos quatuor.** *No la pude reducir, pero noté atentamente que los estilos eran cuatro constantemente. Hallé también* **Hedisarum diphyllum,** *otra que parecía* **Stemodia.** *Convenían casi todos sus caracteres con la* **Stemodia,** *pero se diferenciaban en la disposición de los filamentos y en que no había más que cuatro anteras. Hallé también las siguientes:* **Melastoma scabrosa, Melastoma hirta, Utricularia subulata** *y otra* **floribus spicatis** *que me pareció* **Obolaria** *y necesito hacer su descripción.*

El itinerario del virrey debió ser el siguiente: día 18 de febrero, posada en el Sargento; día 19, entrada en la villa de Guaduas; 20, llegada a la de Villeta; 21, Facatativá; el 22, llegada a Funza y Santiago de Hontibón y recepción oficial del virrey; el 23, ceremonias, y el 24, entrada en Santa Fe.

Iban saliendo de los calores tropicales a climas cada día más benignos; de los alimentos americanos a otros más españoles; del tratamiento de fardos al de señores que eran; del desgarbo de las tierras calientes a los trajes entallados de Madrid, de buen paño y brillantes guarnecidos.

Detrás de un montecillo y ya sobre camino llano se presentó a los pies de su excelencia la bella, la rica, la humana, la deliciosa Sabana de Bogotá. Una gran planicie de prados verdes, parcelada y alinderada con bardas de tierra pisada y con medianías de zanjas, donde sobresalían bosquecillos de cedros, arrayanes, chirrinchaos, borracheros, raques y gaques; nogales y cipreses, entre los cuales los sauces llorones agitaban a la brisa su mantilla de color primaveral. No se desmentía que era febrero, el mes más hermoso de estas regiones.

Al antecesor del virrey Messía de la Zerda, que lo fué don José Solís Folch de Cardona, había tocado inaugurar un minucioso ceremonial, prescrito para la recepción de los virreyes de Nueva Granada y que comenzaba en la villa de Honda, para culminar en la misma Santa Fe, sede del gobierno.

Según ese ceremonial, Solís, noble de España de primera clase, protegido del rey Fernando VI, personalidad la más interesante de cuantas ocuparon el virreinato de Santa Fe, hermano del arzobispo cardenal de Córdoba don Francisco de Solís, y quien a los cuatro días de la llegada de Messía de la Zerda había de solicitar el humilde hábito de lego de la orden en el convento de San Francisco en Santa Fe, fué quien debió disponer la recepción del virrey a quien acompañaba Mutis como su médico.

Los honores que se tributarían a Messía de la Zerda, según el ceremonial y conforme los refieren don Pedro María Ibáñez en sus **Crónicas de Bogotá,** tomo I (Bogotá, 1913) y don J. M. Restrepo Sáenz debieron limitarse, pues el mandatario ordenó, desde Cartagena, que no se gravara al pueblo, como era costumbre, para estas ceremonias.

A Honda le salió al encuentro desde Santa Fe una escuadra de caballería para servirle de guardia de honor; en Facatativá lo recibieron el alcalde ordinario Francisco Moreno, embajador de la Audiencia y el caballerizo mayor del virrey; siguió en coche; en el puente grande lo saludaron los representantes del cabildo eclesiástico, del Tribunal de Cuentas, del cabildo civil y de los oficiales reales.

Desde Facatativá el virrey La Zerda envió a Bogotá un criado mayor con la misión de avisar a Solís *que se iba acercando*. Este mensajero fué recibido en San Diego con honores por los alcaldes y regidores vestidos de gala. El 24, muy temprano, debió de salir de Bogotá Solís con los nobles de Santa Fe para Puente Aranda, a traer al nuevo gobernante.

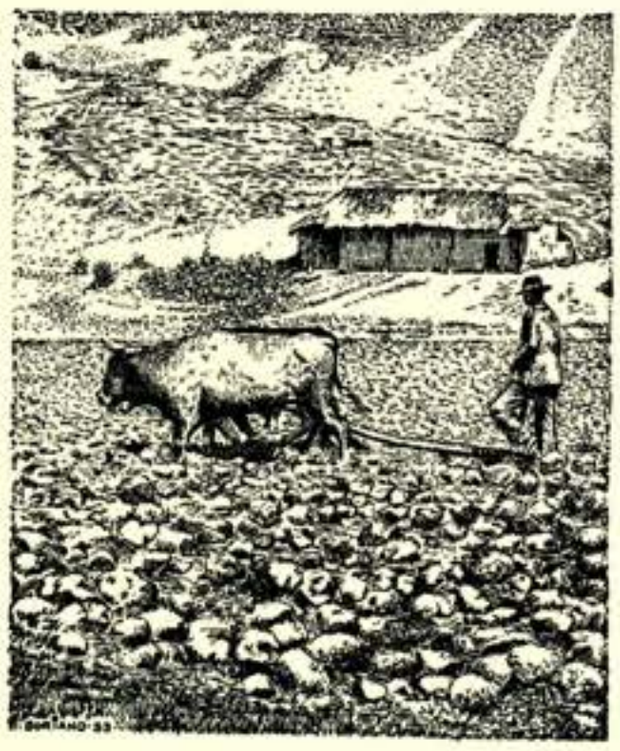
Si no erramos en el cómputo de las jornadas y en las fechas terminales fijadas por Mutis y por Gredilla, el ceremonial se acortó algo, en esta ocasión, tal vez por la decisión de Messía de la Zerda, que disminuyó los recursos tanto como a él le ganó simpatías, tal vez porque Solís había tomado con urgencia su vocación monástica.

En todo caso, uno y otro mandatario, y con ellos el médico Mutis, se reirían por lo bajo de tantos tíos empeñados en remedar a la corte de Madrid.

Lo real, lo genuino de aquel pueblo eran los indiecitos de pies descalzos que con su sombrero de paja en la mano, esperaban envueltos en el polvo que alzaban los caballos a que pasara el sainete y se preguntaban qué les traería el nuevo amo.

La sabana fértil estaba en barbechos, lista para las siembras del trigo; los ganados pacían en los verdes potreros floridos; los copetones cantaban sobre las bardas; los chirlobirlos — alondras de estas regiones — alzaban el vuelo flameante junto a las bandadas de los «terreros» que apenas se distinguían en los campos de color sepia.

La naturaleza debió parecerle a Mutis muy semejante a la de Castilla o de la Mancha y que le enviaba todos esos mensajeros que le decían: *ya me voy acercando*.



CAPITULO XIII

EN SANTIAGO DE HONTIBON

El mundo es una comedia para el hombre que piensa y una tragedia para el que siente.

LUIS COLOMA.

Los detalles en que se entretiene la historia, referentes a la naturaleza de los lugares y a las cosas que perduran, nos sirve para comprender mejor a los hombres dignos de nuestro estudio; porque se supone que en presencia de los mismos elementos del ambiente, ellos sintieron como nosotros y como nosotros reaccionaron.

Por lo mismo, aunque ya tenemos a J. C. Mutis, médico del virrey frey Pedro Messía de la Zerda, muy cerca a Bogotá, es menester que, antes de proseguir con sus hechos, miremos al escenario social y material en que ambos van a actuar.

Santiago de Hontibón había sido una doctrina confiada a los Padres de la Compañía, cuando todavía no estaban perfectamente asimilados a la Colonia los últimos restos de los chibchas y aquéllos sostenían con sus indios y extensas posesiones de Chía, Fusca, Tibabuyes, Hunza, Tena y otras, sus estudiantados, sus colegios y sus importantísimas misiones.

Por el tiempo a que nos vamos refiriendo, Hontibón ya era Parroquia, la más cercana a Santa Fe por el poniente.

En una esquina de la plaza cuadrada del caserío se levantaban la modesta iglesia y la casa cural, joyas ambas de la arquitectura colonial, que hace poco espíritus inteligentes y respetuosos de la tradición han restaurado, demostrando lo mucho que ganan la liturgia y la religión, con ese sabor de cosa rancia, tradicional y heredada de los antepasados.

La iglesia y la sacristía de Hontibón conservan de épocas pasadas, ornamentos y utensilios litúrgicos, cuya riqueza está más de acuerdo con la generosidad de los patronos de su culto que con la modesta población a cuyo servicio se dedican. Un bellísimo ostensorio barroco, atril y sacras de plata; incensario, naveta, vinajeras y ciriales del mismo metal; un terno de casullas de damasco y, lo más extraño, un palio también de damasco con varas larguísimas de plata, hecho, dice que más que para una aldea, para cubrir personas que fueran a caballo. Se dice que ese palio fué regalado por una dama de la emperatriz de Austria, pero la tradición se esfuma en las edades.

En la iglesia, cuyo más saliente carácter lo da la pequeña tribuna enrejada que mira al presbiterio y se comunica con el interior de la casa, se conservan, mezcladas con imágenes de pacotilla, algunas tablas y lienzos de muy buenos pinceles: unos pequeñitos referentes a Santa María Magdalena, obras, según R. Pizano, de Gregorio Vásquez Arce y Ceballos y otros dos, que forman pareja por sus marcos, mas no por su estilo, de los cuales es el mejor una Adoración de los pastores, que parece ser de uno de los buenos pintores de la escuela napolitana.

Por lo demás, la iglesia y la casa de Hontibón no tienen nada de lujoso, antes sí mucha modestia en su arquitectura y sus labrados, haciéndonos ver que, si ése era el alojamiento de los virreyes neogranadinos para su bienvenida y si allí se daba principio a la recepción de sus excelencias, sería muy poco fastuosa y acaudalada la vida de la colonia, no obstante el oro que por centenares de arrobas salió de nuestra tierra.

Alberto Urdaneta publicó en el primer año de su **Papel Periódico,** sin decir procedencia, un largo documento en que se describe cómo celebró Santa Fe la llegada de Messía de la Zerda. En él, el señor Francisco Navarro Peláez, escribano de Su Majestad, público de número, certifica, sobre el ceremonial usado en aquella ocasión: *para que en adelante sirva y no se ofrezcan las dudas que al presente.* Dice así:

... y habiendo llegado S. E. al Puente Grande, le estaba esperando el señor Don José Groot, y parando el coche le dió la bienvenida, y correspondido que fué por S. E. montó a caballo tomando el estribo de la derecha, hasta llegar a la puerta de la Iglesia de Fontibón.—En el pórtico estaban esperando los señores de la Real Audiencia con garnachas, y el Cura dió a besar a S. E. la cruz, teniendo un cojín carmesí para que hincase la rodilla, y tomando el palio en la puerta, subió el cuerpo de la iglesia hasta llegar a su correspondiente lugar, acompañado de los señores de la Real Audiencia y Alcaldes ordinarios, para los que había sillas a uno y otro lado. Cantóse el **Te Deum** *y después se retiró S. E. con el mismo acompañamiento al hospedaje que tenía prevenido dicho señor Alcalde; y dejándolo en el aposento destinado, se retiraron hasta la noche de ese día, que concurrieron a hacerle corte los señores Oidores, Contadores Mayores, Alcaldes ordinarios, Oficiales Reales y algunos Regidores, sirviéndose un magnífico refresco con concierto de música, estando muy iluminada la pieza y ricamente colgada, con su dosel, los retratos de nuestros Reyes, mesa y cojín. De nueve a diez de la noche se retiraron todos del aposento, y S. E. cenó sólo, sirviéndose en otra pieza una delicada cena para la familia de S. E. y varios de los dichos señores que se quedaron, habiéndose alumbrado todas las piezas con cera.*

Al siguiente día concurrieron a las nueve, los señores Oidores, el Tribunal de Cuentas, Cabildo secular y Oficiales Reales, y habiendo saludado a S. E. le acompañaron a la iglesia, en donde se cantó misa en acción de gracias, y acabada, volvió S. E. a su aposento, en donde recibió por su antigüedad a los Tribunales, Comunidades y Universidades habiéndoseles dado asiento en sillas a ambos Cabildos. Fenecidos los debidos cumplimientos se franqueó por el señor Alcalde porciones de bebidas y mesa franca. Habiendo llegado la hora de la una, pasó S. E. a otra pieza adornada, y en ella se le sirvió la comida, habiéndose sentado con S. E. a la mesa los señores de la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas, muy ilustre Cabildo secular, y los Oficiales Reales, los Capitanes de S. E., Secretarios y Asesor, y al mismo tiempo se sirvió otra mesa de Estado en la que comieron varios caballeros y parte de la familia, habiéndose cubierto varias veces las mesas. Se pasó luego a otra pieza que estaba cubierta de damasco carmesí, espejos, cornucopias y su sitial, y en ella se sirvió el ramillete y café, y habiéndose fenecido este acto, se retiró S. E. a su aposento, y a poco tiempo llegó el Ilustrísimo Señor Arzobispo a cumplimentar a S. E., quien lo recibió a la puerta de su aposento, de la parte de adentro, y lo condujo debajo del sitial, dándole la derecha en la silla igual de damasco carmesí; y habiendo fenecido su Ilustrísima la visita, se despidió de S. E., a quien le acompañó hasta el lugar donde lo recibió, y desde allí acompañaron a su Ilustrísima hasta tomar el coche los Capitanes y familia de S. E.

La tarde de ese día pasó S. E. al cuarto del señor Alcalde, y visitó a la señora su mujer. A la noche hubo la misma iluminación, música y refresco que la antecedente, con asistencia de los mismos señores, los que se retiraron a las nueve y media de la noche, y S. E. cenó sólo, sirviéndole a la mesa sus ayudas de cámara, y después se dió cena general, cubriéndose varias veces la mesa, de la que se pasó a la mesa de ramillete, que con ostentación se sirvió en todas ocasiones.

Al tercer día, habiéndose levantado S. E., fué cumplimentado por todos los Tribunales, a que se siguió pasar S. E. a oír misa a una de las tribunas de dicha casa, tomando después chocolate; y desayunándose en familia, tomó su coche, saliendo del pueblo de Fontibón, y al costado de la derecha el señor Alcalde Don José Groot a caballo, y delante el demás acompañamiento de los señores Regidores en sus volantes.

En el sitio del puente de Aranda llegó el Excelentísimo Señor Don José Solís, el que salió de su palacio con la compañía de caballos y todos y sus oficiales, llevando al estribo de la derecha al Capitán de Alabarderos, al otro estribo al Mayordomo, y dos señores Oidores a la testera del coche. De esta forma llegó a dicho sitio, en donde, echando todos pie a tierra, se saludaron con un abrazo los dos Excelentísimos Señores, entregándole el bastón del Reino, y hechos los cumplidos tomaron un coche, dándole la

derecha al nuevo señor Virrey, y a la testera los dos señores Oidores. (Nota: la frase protocolaria para la entrega del bastón, era: *Pongo en manos de V. E. este bastón que es muy largo para mí y muy corto para Vos.) De esta forma se marchó hasta llegar al puente de San Victorino, donde estaba formada la compañía de Alabarderos, la que marchó al tiempo de llegar sus Excelencias, no desamparando al señor Alcalde el estribo de la derecha del coche hasta llegar al palacio, donde, apeados que fueron y llegados a la sala del dosel, se practicó el Juramento, y se retiró el antiguo Señor Virrey a su casa, en coche, con los dos señores Oidores y un piquete de caballería con espada en mano.*

Ese día se sirvió en palacio un ostentoso banquete a dirección del señor Doctor Don Antonio Berástegui, y en la noche se dió allí mismo refresco y cena, a la que asistió S. E. sentándose a la mesa los señores que siempre y el señor Alcalde Don José Groot.

Siguieron las ceremonias para la recepción pública del virrey que no tuvieron lugar sino el 23 de marzo, lunes de Pascua.

Llevaron a Messía de la Zerda hasta San Diego, y lo acomodaron en una tienda de campaña con su silla, cojín, mesa, ceroferarios y libro de Evangelios para el juramento que luego se le tomó. Allí, según la expresión de Navarro, el cabildo eclesiástico fué en volantas — cochecitos — a cumplimentar a su excelencia, y se volvió a esperarlo en la catedral. Se hizo un lujoso cortejo llevando un caballo enjaezado para S. E. entre maceros con garnaches y gorras de terciopelo rojo y seguido de muchos jinetes. Le tomaron el juramento, le calzaron las espuelas y le dieron las llaves en una fuente de plata. Luego pasaron a la catedral, con toda la familia de S. E. a caballo. Delante de él y bien inmediato venía su Gentilhombre a caballo con el estoque desnudo y un paje con el estandarte. Este debió ser el que iba ataviado con un vestido que dicen fué del señor don Fernando VI. A la noche se iluminó la ciudad y *habiendo concurrido al palacio a la sala del dosel, los señores de la Real Audiencia, Tribunal de Cuentas, Alcaldes Ordinarios, Regidores, Oficiales Reales, Superintendente, Contador y Tesorero de la Casa de Moneda y los familiares de S. E. habiendo tomado asientos a las siete y media dió S. E. un tan ostentoso como abundante refresco, de buenas bebidas y ricos dulces; y habiéndose hecho corte por dichos señores hasta las diez de la noche, se retiraron.* (**Papel Peródico** I, págs. 302 y 303.)

No sabemos qué desempeño le tocó al médico del virrey en todas estas ceremonias ni lo que pasaría por su espíritu. Podemos sí imaginar que ardía en deseos de escaparse para estudiar las plantas de Guadalupe, ese monte que se yergue al oriente, eterno testigo de la vida bogotana y sabemos que le aquejaba una enfermedad, quizás el paludismo manifestado desde Cartagena y del cual salió *flaco y desfigurado*.

Cuando lo dejaron subir allá pudo contemplar, en el amplio margen de la sabana verde, a la entonces reducida ciudad que lleva todavía en su escudo el águila negra coronada y con orla de granadas, que le concediera Carlos V y a la cual sus M. M. Don Felipe y Doña Juana dieron el título de «muy noble y muy leal».

El plano más antiguo de Bogotá, que se conserva, es el que levantó don Domingo Esquiaqui, ingeniero famoso en nuestra historia, el mismo que construyó el Puente del Común y trabajó a órdenes del virrey don José de Ezpeleta. Es de fecha 1791, pero ciertamente poca evolución presentaría respecto del que pudo dibujarse a la llegada de Mutis. Si lo describimos con términos tomados de la actual nomenclatura de la ciudad, podemos hacerlo así:

En 1791 la última manzana o bloque formado al Este de Bogotá era la circunscrita por la carrera 2 y las calles 10 y 11 donde ahora se levanta el colegio de La Salle. Las casas situadas más al sur estaban sobre el río San Juan entre las carreras 7 y 8 y las calles 4 y 3. Por el occidente se bajaba por la calle 13 entre casas, hasta la calle 14 o avenida Caracas. Por el norte la carrera 7 llegaba hasta San Diego.

Lo demás era el campo verde. Por el occidente, extensos pantanos impedían el acceso a la ciudad cruzados sólo por la carretera que viniendo de la plaza de Nariño — antes San Victorino — salvaba por un puente de madera el pantano en donde después el mismo don Pedro de la Zerda construyó en calicanto el puente de Aranda; pasaba por el puente de San Antonio cerca a Fontibón, obra terminada por el virrey Solís y luego por Puente Grande sobre el Bogotá. Este camino ya lo recorrimos junto con el virrey la Zerda.

Hacia el sur otra calzada buscaba la población de Soacha pasando el puente del Tunjuelo — el cual para aquellas fechas estaba destruído por una creciente — y bordeaba los pantanos de Muzú.

Hacia el norte había la carrera 13 hasta el río del Arzobispo, la cual se convertía allí en el camino de herradura para la provincia de Vélez y el Socorro.

Parecían altas entonces y se destacaban en la ciudad las casas de dos pisos, hablando a nuestra manera bogotana, que entiende por primer piso el que está al nivel de la calle. Los principales edificios de Santa Fe eran el palacio virreynal y la casa de la Audiencia, en el costado sur de la plaza Mayor; el colegio de San Bartolomé, la universidad de Santo Tomás, que fué derribada no ha mucho para construir el Palacio de Comunicaciones; la casa que para el gobierno mandó construir Solís; la Casa de Moneda, realización del mismo virrey, el colegio del Rosario, del que más adelante hablaremos.

Por sobre todas estas construcciones Mutis pudo ver y contar las torres de las iglesias: numerosas, no esbeltas, pero en todo caso simbólicas: gallardas banderas de la piedad y del espíritu.

Y vió los ríos que cantarinos bajaban entre piedras, de la serranía, bañando la ciudad y sus contornos, donde se lavaba la ropa; y el Chorro de Padilla, de linfas azulosas, de donde se llevaba en cántaros el agua para los hogares. Y pudo ver cómo acudían los aguadores, gremio barbotante de interjecciones españolas, a los surtidores de la pila que el virrey Solís había dotado de un mejor acueducto en la plaza Mayor.

Y vió también esa plaza donde se celebraba el mercado, confluyendo los indios con los señores, donde se leían los bandos, que anunciaban lo mismo el castigo de un encomendero cruel que el nacimiento de los príncipes de Madrid; donde el pueblo se regocijaba con toros y cucañas, por todas las efemérides de la gran España, una, inquebrantable, y, a pesar de sus pérdidas, nación del sol perenne. Porque cuando se pronuncia Santa Fe de Bogotá se dice España. Una España sin Edad Media; sin arte morisco; formada por todas esas concreciones de naturaleza y soledad, de sencillez y buena vida, que nacieron en la influencia y a la vez en la independencia respecto de Francia.

Por ese islote en mar de lejanía iba Mutis a trazar, fundándose en la naturaleza, otro meridiano divisorio en los intereses españoles, más lógico que aquel de Tordesillas.

CAPITULO XIV

SANTA FE Y EL NUEVO REINO

Esta nación se llamará Colombia como un tributo de justicia y gratitud al descubridor de nuestro territorio.

SIMÓN BOLÍVAR (1815).

Fundaban los españoles sus ciudades de las Indias al pie de un gran árbol, única realidad conspicua y fija de las soledades inhabitadas; dando el jefe con su espada mandobles en él; arrancando la hierba que crecía a sus raíces y retando a los circunstantes para que salieran a defender aquella tierra si la creían suya. Como nadie replicara, entonces el fundador anunciaba que tomaba ese suelo por suyo a nombre de los reyes de España.

No es extraño, pues, que siguiendo la tradición, en las ciudades y aldeas de Colombia una ceiba o un samán marquen el centro de la plaza mayor. La contemplación continuada de esos árboles, imprime a la vida un sentido de solidaridad, de estabilidad y de expansión periférica; crea una arquitectura psicológica de protección y de riqueza intrínseca.

Fundada la ciudad, seguía la dilatación de su influencia, por los mismos conquistadores subalternos que en las cercanías dominaban indios, adquirían tierras y criaban familias, las cuales creciendo, repetían la proliferación de sus mayores en ondas concéntricas.

Un vínculo natural iba engarzando todas esas realizaciones civiles y era la trayectoria de los Adelantados conquistadores. Nueva Granada, como dijimos, presentó desde sus principios cuatro de esas unidades de conquista.

Para aglutinar estas unidades espontáneas, se necesitaba la acción del gobierno peninsular. En el territorio que hoy es Colombia se operó por ese medio la unión de las gobernaciones de Cartagena, de Santa Marta y de Santa Fe y después la aligación definitiva a ese cuerpo, de la gobernación de Popayán, nacida bajo el sol del Perú. A veces, establecida la unión, volvía la separación, que ordinariamente tenía lugar por las líneas de juntura de la accesión artificial.

Quien considera el Atlas elaborado por Codazzi, donde por cartas sucesivas va presentando las transformaciones políticas del ángulo noroeste de Suramérica, verá que dentro del territorio perteneciente hoy a la República de Colombia, primero se inicia, con límites indecisos, la separación de la Costa Caribe llamada Nueva Andalucía, respecto de la Castilla de Oro que era el área explorada desde el mar en Panamá y Costa de Mosquitos y respecto de la gobernación de San Juan y de la provincia indígena de Barbacoas. Enclavada en el interior y rodeada de la nada cultural, se hallaba entonces Santa Fe de Bogotá como un engranaje autónomo de la conquista, planeta con su órbita propia desprendido de la atracción de la marina así española como filibustera.

Con las primeras divisiones coloniales aparecen configuradas las gobernaciones de Santa Marta, de Cartagena y San Juan; el Nuevo Reino y las provincias de Caracas, de Popayán y Quito.

La época de los presidentes determina la consolidación en grandes bloques territoriales: la presidencia de Santa Fe, que abarca por la costa Caribe desde la frontera panameña occidental hasta las Guayanas, y por el sur limita con la hoya amazónica precisada por el río Guaviare. Viene luego la presidencia de Quito marcada al norte por el río San Juan, comprendiendo el territorio antioqueño y que por el sur abarcaba una ancha faja al mediodía del Marañón.

Ese era el inmenso territorio confiado al virrey don Pedro Messía de la Zerda y a sus inmediatos predecesores y sucesores, donde a principios del pasado siglo había de desatarse un único y acorde arrollador movimiento de independencia.

Así España fué la que creó la unidad geográfica indispensable para la emancipación de sus colonias. Ejercicio, no más, de esa unión territorial y del motivo que la indujo, fué la preparación, a costa de Santa Fe y provista por sus mandatarios, de la expedición de límites sobre el terreno, entre España y Portugal, en 1781. La visión geográfica que esa expedición había de desarrollar en los hombres del gobierno neogranadino, se complementó con otra unidad geográfica de indispensable eficacia, que fué la formada en la opinión de los letrados de Europa por el viaje de Humboldt a través de las actuales Venezuela, Colombia y Ecuador.

En ese espectáculo déltico que con la lógica vamos recorriendo para ver cómo la amerohispanidad se vierte en el turbulento mar de la independencia, advertimos de súbito un afluente de sangre.

Es savia de negros, de indios, de españoles, vertida en defensa de España, de sus reyes, de sus derechos sobre las tierras de esta porción noroeste de Suramérica, luchando contra los piratas.

En andanadas terríficas se derramaron por los mares de Porto Belo, del Darién, de Cartagena, de Santa Marta, de Ríohacha, de la Guaira y Cumaná, ingleses, franceses, irlandeses, mamelucos y holandeses. Ni el hambre, ni la sed, ni la peste de los asedios, ni la miseria consiguiente a los saqueos exterminadores, ni los métodos suaves de penetración y soborno, les valieron para romper la unidad étnica, lingüística, religiosa y sentimental en que consiste la hispanidad y que fué la fuerza vivificante del mundo prebolivariano.

Fenómeno digno de análisis y decisivo en la historia es el de la influencia de Bogotá en todas estas vicisitudes.

La ciudad, más bien una aldea (12), distanciada del mar, a la que sólo se llegaba desde Europa tras larga navegación, tras el viacrucis del río Magdalena y de las mulas de Honda, no pudo ser desalojada de su destino de rectora, cabeza y corazón de un mundo, sino en el papel, pero jamás en la realidad.

Uno de los planes que inquietaron la mente del libertador Simón Bolívar, la cual se incorporó a ley fundamental del Congreso de Angostura en su artículo quinto, fué la de fundar una ciudad con el nombre de Las Casas o de Bolívar para hacerla capital de la Gran Colombia. Se quiso suprimir así la emulación entre centros que pudieran disputarse la supremacía de la nación dilatadísima que plasmaban manos prudentes queriendo adelantarse a la discordia.

Todos estos designios se quebraron en algo que Bogotá llevaba en su frente como ampo inalienable de soberanía.

Ese ampo, esa diadema, en 1761 ya comenzaba a cuajarse en los hilos de la aurora.

El gobierno de Madrid tenía conciencia del momento y de las circunstancias. Proveyó a la desproporcionada debilidad del gobierno colonial y de los funcionarios subalternos de momento, enviando como virreyes a hombres avezados al mando, familiarizados con las tramitaciones de los ministerios, vinculados personalmente a los funcionarios de la corona, situados muy por encima de la pequeñez burocrática y parroquial.

---

(12) El traductor de una carta dirigida por Humboldt al virrey de Nueva Granada, don Pedro Mendinueta y Musquiz; carta que figura entre los hallazgos de Guillermo Hernández de Alba, refiriéndose al reparo que hace Humboldt a la colonización del Perú de que allí han crecido en exceso las ciudades, dice:

Lejos de poderle imputar a nuestro reino (de Santafé) esta falta, mas bien se puede notar que su población no crece y se perfecciona tanto como sus circunstancias locales lo exigían, por la costumbre que tienen los propietarios de tierras (de vivir) dentro de ellas, separados unos de otros a largas distancias de población. Acaso este abuso nos perjudica tanto como a los limeños el lujo que los destruye.

Un día es el virrey Solís. Refiere así un episodio significativo el historiador P. M. Ibáñez:

La licencia de las costumbres del Virrey Solís hizo que tuviera disgustos con los Oidores, quienes informaron contra él al Rey Fernando VI, alcanzando del Monarca una cédula de represión. El Rey Fernando, amigo íntimo del virrey, envió a éste a la vez, carta particular en que lo excitaba, en el seno de la más cordial amistad, a evitar choques con sus compañeros de Gobierno, advirtiéndole que no se afanara por el contenido de la cédula, ni porque se repitiesen las quejas de los golillas.

Un día la Audiencia se reunió en toda forma para notificar solemnemente a Solís el regaño del Monarca.

En la tranquila vida de Santafé debió ser aquello un acontecimiento; la emoción de los Oidores debió ser profunda, y su sueño interrumpido por la íntima satisfacción que les produciría el arma terrible que poseían contra el joven Virrey. Citáronle la reprensión del Soberano; oíala Solís con extraña e inusitada calma, y cuando el Escribano de Cámara hubo terminado la lectura y los ojos de los Oidores se fijaban sorprendidos o interrogadores en la faz del joven, éste sacó del bolsillo una carta de Fernando VI, que era su protector, y la leyó a su vez... Al concluir la lectura dijo el virrey al escribano: Vuestra leal persona ha hecho que me lean la real cédula; ya habéis visto la carta que Fernando ha escrito a su amigo Don José Solís Folch de Cardona.

Otro episodio semejante a éste, en cuanto revela la actitud de los virreyes neogranadinos con respecto a la corte de Madrid, nos merecerá especial mención y fué la responsabilidad que asumió el arzobispo virrey Caballero y Góngora al fundar la Expedición Botánica.

Así que al gobierno de la colonia, tan pequeño, tan minúsculo ante la inmensidad del territorio, se le daban hombres de talla. Para que el pueblo los tratara como tales y adquiriera la conciencia de la autoridad ejercida a nombre del rey, se le presentaban los estandartes y las garnachas; las gorras de terciopelo rojo y los sables desenvainados.

Así fomentó la misma España lo que la había de dividir. Faltaba solamente un factor indispensable a todo movimiento popular: la idea, el sistema, la fe en el futuro, una filosofía de la libertad.

Y el hombre de esa idea descendería en aquel momento de 1761, después de contemplar los tejados de Santa Fe, por las faldas del Guadalupe, llevando en los brazos un haz de ramas olorosas a páramo y colmadas de flores que con su marcha se iban estremeciendo y fecundando los pistilos.

Bolívar había de comparar las ciudades conductoras de la gran Colombia diciendo que una era un cuartel, otra un convento y Bogotá una universidad. Por su parte, el hombre excelso prefirió la última.

¿Y quién la había creado sino la Expedición Botánica del Nuevo Reino?

Sentíase Mutis incorporado a la trayectoria intelectual de Bogotá cuando en el año de 1776, escribiendo a Carlos Linneo, hijo, en una larga misiva, le dice:

... aquí, bajo del mismo Ecuador, donde las ciencias útiles van logrando los mayores progresos, y donde tal vez (se) puede sospechar que nuestras queridas musas fijarán su asiento en los siglos venideros...

Al genio, que vive de la esperanza, se abren las puertas de la profecía y la relación mental era y había de ser la diadema del águila negra que anidaba al pie de Guadalupe.

TERCERA PARTE

PROYECTOS, TENTATIVAS Y ESPERA

NICIA Mutis sus actividades americanas como médico de la Corte Virreinal y encuentra—primera valla que se opone a sus proyectos—que los pseudo médicos de Santa Fe se sienten lesionados en sus intereses por las actividades del joven facultativo. Además, halla que las ideas populares, impregnadas de invencible superchería indígena, se oponen a sus tratamientos; que, finalmente, los cuidados de su clientela le impiden su estudio predilecto de la naturaleza. Cada mirada en torno de sí es un anhelo insatisfecho, cada piedra, cada flor y cada trino le reclama y le reprocha. Acompañando al Virrey regresa a Cartagena y aprovecha su segunda visita al puerto, para aprender el inglés, para estudiar los peces del caribe y las plantas que crecen desconocidas en la hoya magdalenesa.

Nuevo tipo de poblador de las Indias, se duele, sobre todo, por los atrasos de la inteligencia criolla, educada en disciplinas arcaicas y estériles; rechazada de las carreras que generalmente se abrían a todos los hijos de España.

Entonces acepta la cátedra de Matemáticas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario y expone en sus lecciones las doctrinas de Newton sobre el sistema heliocéntrico, por cuya defensa se suscitaron contra él críticas acerbas de ciertos letrados, que se creían únicos canes vigilantes de la ortodoxia religiosa.

Al mismo tiempo, y con una tendencia proselitista que imita a C. Linné, maestro genial y amigo generoso, daba clases privadas de Historia Natural a jóvenes de reconocido talento, quienes más tarde, dispersos por todo el país, habrían de ser sus colaboradores y ampliarían el área de sus inquietudes.

El hastío, sin embargo, de la Corte de Santa Fe, el deseo de sumergirse en naturaleza, la necesidad de hallar recursos que no fueran el penoso ejercicio de la medicina; así como las persuasiones de sus amigos, llevaron a Mutis hacia las empresas mineras, donde se conjugaba —tal lo creía él—su propia independencia económica con el servicio a la España de acá y de allá de los mares. Dejando los pingües proventos de su profesión, halló que, si no mejoraba de fortuna, las entrañas de la selva se abrían a su empeño de saber. Entonces vió mejor que nunca, que sólo la protección gubernamental podría propiciar su vida laboriosa de investigador.

Ya desde su segundo viaje a Cartagena, Mutis había dirigido su *Representación al Rey*, pidiéndole apoyo para preparar y escribir la Historia Natural de aquella parte de Suramérica que cae al norte del Ecuador geográfico. Pero esa razonada, sincera y patriótica propuesta durmió desatendida, por veintiún años, en las secretarías de Santa Fe y del Consejo General de Indias.

Para que lo fortuito resultara más eficaz que lo premeditado, la rebelión de los Comuneros, que repercutió en el Tolima, puso a Mutis en relación íntima con el Arzobispo A. Caballero y Góngora, nombrado a poco Virrey del Nuevo Reino, conocedor profundo de los destinos de América y guía preciso de sus caminos culturales.

Este ilustrado mandatario había de ser, con su influencia, el promotor de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.

CAPITULO XV

EL MEDICO DEL VIRREY

Nada hay despreciable entre las inagotables producciones de la Naturaleza en este Nuevo Reino.

CABALLERO Y GÓNGORA, **Oficio** a la Corte, 26 oct. 1783, remitiendo la brea mineral o asfalto.

Cuatro días solamente llevaba en Santa Fe el virrey La Zerda y ya el sueño reparador de la tierra fría iba eliminándole el cansancio de ciento setenta y un días de viaje. Pero aquella noche no podía pegar los ojos, porque le daba vueltas en la cabeza la responsabilidad que el rey había echado sobre sus hombros y se veía ante una difícil decisión, por la que había tomado, sin su consulta, el noble Solís Folch y Cardona, su antecesor.

Le habían visto a las nueve de la mañana de aquel sábado salir en su calesa, con la mayor gala y con sus criados y negros del mismo modo, para asistir a la misa solemne en San Diego. Que a la tarde había subido donde el arzobispo, el señor don Francisco Javier Arauz, y que a la noche, embozado en su capa — la misma incógnita de sus devaneos — había salido para San Francisco; se había despojado de toda gala y — mientras los frailes echaban a vuelo las campanas — había tomado el hábito del Santo de Asís. Allí estaba el billete escrito al propio don Pedro y firmado por Solís: *Fray José de Jesús María.*

Sin el soporte de experiencia que le ofreciera su antecesor, comenzando por un disgusto para la casa real, el nuevo virrey inauguraba su gobierno sobre un territorio de 2.162.200 kilómetros cuadrados, habitados por 800.000 almas.

Era entonces Bogotá una villa reducida, pues en el Censo que años después levantó el sucesor de La Zerda, el virrey Guirior, no había de dar sino 16.233 habitantes en 1.770 casas y chozas.

Mutis prosigue su diario sin comentar el acontecimiento de Solís, con quien había de trabar amistad cuando juntos viajaron al norte de Cundinamarca y a quien más tarde había de imitar.

En la vida del gaditano se deben distinguir dos épocas bien contrapuestas: una desde 1761 a 1783, cuando se inició por Caballero y Góngora la protección oficial a la Expedición Botánica y otra desde ahí hasta el fallecimiento del sabio.

El primer período es el de los virreyes Messía de la Zerda (1761-1772); Manuel Guirior (1771-1776); Manuel Antonio Flórez (1776-1782); Juan de Torrezal Díaz Pimienta (1782), y Antonio Caballero y Góngora (1782-1789).

En el segundo gobernaron, a más del arzobispo virrey, Francisco Gil y Lemos (1789); José de Ezpeleta (1789-1797); Pedro Mendinueta y Muzquiz (1797-1803), y Antonio Amar y Borbón (1803-1810).

Sería estudio sugestivo el de las relaciones de Mutis con esa serie de gobernantes testigos todos del laborioso patriotismo del médico y sacerdote, cuya mayor aspiración — son sus palabras — era *el título de buen vasallo y botánico de su Majestad, únicos laureles que verdaderamente adornan a los hombres de letras.*

Mutis sin duda hizo críticas al atraso de su patria en investigación, en educación universitaria, en la popular. Pero ellas no se dirigían a España, sino a aquellos que pudiendo y debiendo no la servían.

En los borradores de su discurso inaugural de la cátedra de matemáticas en el Rosario, dice:

Razón será, señores, que encendidos del amor a unas ventajas tan conocidas, imitemos la conducta de los sabios, apartando la atención de los ruines respetos de nuestra España detenida.

Es la síntesis de un reproche martillante sin el cual no podía esperarse la innovación que exigían hasta las piedras.

Otra característica de la intervención oficial de Mutis es su repugnancia a la intriga gananciosa. Médico de virreyes, después su confesor y comensal de ellos, cuando ambos oficios se ejercían en las cortes como puntal para lograr favores y ayudar parcialidades, prefiere para sí, para sus parientes y amigos la seguridad que da el trabajo y el decoro de ser uno de tantos. Ni siquiera desfigura la verdad para neutralizar los ataques que le hacía su contendor Sebastián López Ruiz ni, en ejercicio de su oficio, se vale de ese procedimiento corriente entre palaciegos de desacreditar con sospechas, o ambigüedades, para aumentar su crédito, mucho menos para lograr mejoras en sus réditos, ni siquiera para disimular las deficiencias de su propia labor.

Así termina el balance de sus ingresos durante 1761:

Por esta carrera se vendrá en conocimiento de lo mucho que habrá trabajado, quien tanto ha recibido, siendo cierto que nada poseo por otros medios que no sean respectivos a mi facultad, pues no debo el más mínimo regalo por empeños con el Virrey (que ninguno he hecho, ni pienso hacer aunque me ofrecieron 2.000 pesos por alcanzar una gracia) ni por otros fines que los expresados.

Si en los oficios de Mutis hay algo que huela a lisonja, ello no es sino el estilo de la época, nunca la adulación ni el servilismo.

Gobernando Messía de la Zerda, disfrutó el médico de la casa virreinal, nombrado protomédico de Santa Fe a solicitud de la Audiencia, no sólo de su sueldo, que comenzó a devengar desde el 1.° de noviembre de 1760, a los dos días de su primer arribo a Cartagena, y que subía a 700 pesos al año, sino de una participación casi igual en la administración y ventas de la botica de la calle Real, y de sus honorarios por tareas médicas fuera de la corte. Estos alcanzaron en los once primeros meses de su estancia en Santa Fe a 1.200 pesos. Para el 31 de diciembre de 1761, Mutis había recibido un total de 2.516 pesos como gananciales en dinero físico y no haciendo cuenta de los regalos.

Nos imaginamos que esos regalos, a que se refiere Mutis, serían los pollos y huevos, granadillas, curubas y pescados con que los indios; los azafates de alfandoques, legumbres y mazapanes con que las familias; los alfeñiques y obleas con que las monjas de Santa Fe tratarían de mostrarle su agradecimiento por sus buenos oficios y aciertos. *Todo bien entendido* — decía él — *es plata.*

Podemos conjeturar cuál fuera el valor adquisitivo de los 2.516 pesos a que alcanzaba la renta de Mutis, si recordamos que, al final del siglo, Pedro Fermín de Vargas, uno de sus discípulos, presentaba al virrey un **Plan de Constituciones para el Hospital Real de Zipaquirá,** proponiendo sueldos anuales para los empleados, así: un médico, 500 pesos; un boticario, 200; un enfermero, 90; una cocinera, 60; una lavandera, 30. El precio de la ración diaria por enfermo y dependiente sería de un real — octava parte de un peso — y el hospital de Zipaquirá gastaría anualmente en camas y frazadas 50 pesos.

Mutis médico ofrece muchos méritos a la consideración de nuestros historiadores. Pero es de advertir que los más relevantes de ellos pertenecen a las postrimerías del siglo XVIII y a los comienzos del XIX, cuando, ya sacerdote septuagenario, veía boyante su expedición.

Sus biógrafos sobreponen fácilmente hechos que sucedieron en los muy diversos períodos indicados de su vida y hasta los trastruecan como aparece en los ditirambos que vieron la luz pública con ocasión del segundo centenario del nacimiento de Mutis. Nos importa, por lo mismo, ya que en la presente obra ante todo buscamos claridad sobre los sucesos de la Expedición Botánica, atender a las fechas referentes

a esta obra grandiosa, cotejándolas con otras que modificaron la vida colonial.

Mutis nos dejó dos documentos importantísimos para comprender y descifrar toda su vida accidentada en el lapso 1761 a 1783, y que demuestran su inquebrantablea dhesión al ideal: la representación al rey y una réplica de ella dirigida al señor Caballero y Góngora.

Su aspiración máxima era redimir a España del atraso investigativo, exaltar el pensamiento nacional, hacer respetable la inteligencia de su patria. Pero en el campo inmenso de las ciencias, él fijó su atención en las Naturales que a porfía estaban protegiendo y desarrollando los soberanos europeos; se dió a sus propias aficiones en el estudio de la flora, y escogió como campo fecundo en sorpresas para Europa, en servicios para la monarquía y en sacudimiento cultural, las tierras del neotrópico y las inteligencias germinales de la juventud hispanoamericana.

Los caracteres diferenciales de esas dos épocas que hemos señalado en la vida de Mutis no son, sin embargo, el olvido primero y el tardío apoyo del rey después, sino el destino que impuso a su trabajo. Desamparado su proyecto de la Flora Americana dedica todas sus colecciones, observaciones y notas al servicio de los sabios que como Linné le estimulan. Dispersa la cosecha de su esfuerzo se queda con la información que cabe en su cerebro y en su **Diario.**

La segunda época, la del apoyo real, es de acumulación, de escuela, la que todo lo acopia para una empresa urgente, entrevista en los sueños de toda la vida.

Hubo un viraje temprano en las aspiraciones del sabio. Primero se dirigía a obtener del rey su nombramiento para superintendente del gabinete real que había de formarse en la corte, ya que era el autor de esta iniciativa. Después, empero, contrajo sus ambiciones a una expedición de la América septentrional, estilo Loefling o estilo Jacquin.

Una realidad rectilínea y nítida, como asta de bandera, unifica toda la vida americana de Mutis, que es su infatigable constancia, su incesante peregrinar, su permanente observación. Y hay algo que flota y sin despegarse se despega y se envuelve y tremola, que son sus actividades de médico, de matemático, de mineralogista, de etnólogo, de profesor, de consejero; los reveses de la fortuna, las veleidades del favor oficial. Esa bandera se yergue en un bastión que es la fe religiosa de Mutis, su substrato ideológico fundamental.

A esa fe, sin duda, sumada a su educación familiar, debió Mutis otra condición invariable de su vida, que fué su bondad; la inalterable preponderancia del sentimiento sobre los dones de la mente, su verdad ponderada y sensata. El que llamó Linné *virum candidissimum*, era en efecto sencillo, franco y buen amigo, con todas las arrogancias, sí, del caballero, pero tolerante, sin hiel ni egoísmo.

Pocos hombres han modelado su vida desde la niñez al patrón que ellos mismos elegirían en la edad senil. Mutis dobló la esquina de la vida satisfecho de haber sido constante consigo mismo, en actividades múltiples.

Mutis, médico, es una energía cinética de su educación familiar y gaditana, postura constreñida por el apretujamiento humano; Mutis, mineralogista, es otra postura en el zaguán que conduce al pan de cada día. Mutis, desorientado, huraño, solitario, en la que él llama su *inevitable melancolía*, es el impacto sobre sus nervios de la perfidia de los hombres y de su vibrante combustión cerebral. Mutis viajero es un fenómeno de todas esas entelequias, entendida esta palabra en el sentido aristotélico, es decir, de todas estas potencias listas a actuar.

Hay quienes hayan supuesto — medianos escrutadores de la historia — que la Expedición Botánica de Nueva Granada sólo conoció el área — que a ellos les parece estrecha — de La Mesa, Mariquita y Santa Fe. La comparan con las Expediciones al Perú, a Méjico, a Cuba y con la Zoológica de Azara al Paraná, y hallan éstas más amplias. Sacan las cuentas y encuentran costosa, en relación con sus frutos sazonados la del Nuevo Reino. Tales no merecen el juicio de que carecen.

Caballero y Góngora en su Relación de Mando (Turbaco, 1789), para justificar ante el rey la elección que había hecho de Mutis como Director de la Expedición Botánica, lo califica: *sujeto que había corrido por más de veinte años gran parte del Reino, recogiendo las producciones de la naturaleza.*

El itinerario de Mutis en su primer período, deducido de sus comunicaciones y cartas se puede jalonar fácilmente.

Llega a Cartagena de Indias el día dicho de 29 de octubre de 1760. Por tierra y tal vez también por el Canal del Dique pasa a Barrancas y de ahí a Mompox. Sale el 8 de enero de 1761 y llega a Honda el 28 ó 29 del mismo mes. Parte de Honda el 17 de febrero para Santa Fe y llega a los ocho días, el 24 de febrero. En Bogotá y sus alrededores permanece hasta el 16 de septiembre de 1762, cuando, acompañando al virrey Messía de la Zerda vuelve a Cartagena, amenazada por la guerra declarada a los ingleses (13). No torna sino el 16 de julio de 1763, después de viajar cincuenta días por el camino del Opón, Vélez, Zipaquirá y Usaquén (14).

El año 1766 se instala en las minas de Montuosa la Baja y Vetas en Santander y permanece en su dirección cuatro años. El 15 de mayo de 1770, ya está en Santa Fe donde dice, escribiendo a Linné, que ha vuelto llamado por el virrey; que lleva diez años viajando y aun insinúa que había conocido la flora cercana del Amazonas. Satisfaciendo órdenes del virrey, quien le reitera sus promesas de darle medios para otros estudios, deja esa minería.

Messía de la Zerda concluyó su gobierno el 31 de octubre de 1772. Vinieron entonces, con Guirior, las excursiones hacia el occidente de Cundinamarca, en asuntos de quina, pues a fines de ese año, precisamente en los meses en que recibía las órdenes sagradas, la descubrió en los montes de Tena. En 1776 se halla ya enfrascado en su segunda empresa minera como Administrador del Real de El Sapo en Ibagué. De allí le había de sacar en 1782, el arzobispo Caballero para agregarlo a su casa en la capital virreinal, no ya sólo de médico, sino como consejero.

Todo este ajetreo no sucedió en balde para las ciencias naturales, y prueba de ello es que el maestro García aparece el 6 de mayo de 1784 en Mariquita, dibujando plantas que Mutis había recolectado en El Sapo.

Debió ser una de las preocupaciones de Mutis al llegar a Santa Fe y recordar su largo viaje, la de mantener sus relaciones epistolares con Europa, sobre todo las que tanto le halagaban con los sabios escandinavos.

Antes de la Real Cédula de 2 de julio de 1769 que ordenó la incorporación a la corona de todos los correos terrestres de América, los de Nueva Granada — iniciados desde 1544 — funcionaban conforme al privilegio de establecerlos concedido en España a don Lorenzo Galíndez y a sus descendientes. Una Administración y un Juzgado de correos, recibían y despachaban dos o tres veces al año el cajón o la petaca donde venían los oficios del gobierno, las cartas de particulares y las encomiendas. Como las mercancías, estos bultos debían ir en envolturas impermeables que los aseguraran contra las lluvias en los puertos, en los champanes y en los barcos transmarinos; padecían extravíos y demoras; eran verdaderos dados echados a la suerte; las nuevas perdían su actualidad con la demora y la respuesta era una fortuna verdadera. Siete veces repitió Mutis una carta a Linné antes de cerciorarse de que la había recibido.

Calcúlese lo que sería entonces una solicitud, dirigida a la corte, entre otras mil venidas de todos los ámbitos del mundo; las demoras, las tramitaciones, los olvidos que padecería. La maravilla es que España pudiera atender ese avispero de quejas y peticiones.

Mutis quiso, desde antes de salir de Madrid, echar a andar ante la corte una petición de apoyo para su Historia Natural de América. Pero se lo disuadieron las preocupaciones que entonces asediaban al gobierno. Quiso tentar de nuevo al llegar a Cartagena donde estaba fresca la huella de Jacquin, pero Messía de la Zerda le hizo esperar días más propicios. Cuando otra vez volvió a ese puerto fué cuando

---

(13) Entre las mejoras ejecutadas por Messía de la Zerda en las fortificaciones de Cartagena, cuando en 1762 las visitó, figura la dotación con 73 cañones del castillo del fuerte de San Felipe, situado en las murallas del sur con capacidad de barrer cualquier asalto proveniente del puerto. Sobre la muralla del norte quedaron emplazados 28 pedreros y 37 cañones.

(14) En su segundo viaje desde Cartagena, subiendo el río de la Magdalena el año 1763, dice Mutis en el **Diario de Observaciones:**
Día 13, lunes. Llegamos finalmente a la villa de Mompox, donde fue recibido el Virrey del modo acostumbrado... Permanecerá mi memoria por algunos años en esta villa ya por los aciertos que en ella he tenido, ya por los admirables polvos de azufre cuya receta franqueé y de que se ha seguido un grande beneficio; y últimamente por una consulta bien particular, por la cual, desde Cartagena pronostiqué la muerte del difunto Don Antonio Labandera de que haré memoria en estos diarios. Guillermo Hernández de Alba. **Originales.**

pudo despachar su Representación al rey (mayo 28 del 63), documento fundamental de toda la trayectoria de su vida, madurada planificación de su empresa.

Pero ésta era tan alta que se necesitaba ánimo real para comprender las conveniencias de su costo, y un corazón y una influencia tan decisiva como la de Caballero y Góngora y la del Marqués de la Sonora, para recomendarla con eficacia. Resultado: veinte años de espera.

Mucho debió de padecer Mutis, antes de que los cortesanos de Santa Fe lo vieran aprobado por la autoridad real, y por lo mismo no es extraño el hincapié que puso en el aplauso de Linné y de otros sabios extranjeros, el cual hoy nos parece excesivo, quizás infantil. Y es que el sabio que despilfarraba tiempo y energías, dinero y oportunidades en anotar minuciosidades naturales, en libros y exploraciones, no pedía sino respeto, lo menos que puede pedir quien se siente incorporado a un ideal de servicio público.

¿Padecimiento de Mutis en esa primera etapa de su vida neogranadina? *Multum per omne modum*, que a igual pregunta respondió San Pablo.

Impertinencias de la vida incomprensiva palaciega; solicitudes de la cátedra y de su profesión que no le dan tiempo de estudiar la naturaleza; demoras y pérdidas en correspondencia; ideas absurdas en los que le rodeaban que *deliran como locos* en materias médicas y a quienes, por tercos, hay que responder con el silencio; incomodidad para visitar de puerta en puerta los enfermos por las calles empedradas y empinadas de Santa Fe.

El 17 de febrero de 1762 Mutis emprende una subida a la cumbre del cerro de Guadalupe, aventura que, si sucediera ahora, no podría describirse mejor. Dice así en su **Diario**:

El día 17, teniendo mi barómetro montado, tuve vivísimos deseos de subir al cerro de Guadalupe, para observar cuánto bajaba. Antes me había informado de este camino, y habiéndoseme dicho que en una misma tarde podía bajar y subir, no quise dilatar más mis deseos, determinándome a subir la misma tarde en que lo pensé. Serían las dos y media de la tarde cuando formé mi resolución. Antes de las tres, ya yo me había puesto en marcha, fiando al cuidado de mi paje el barómetro. También llevé conmigo mi esclavo negro, para lo que pudiera ofrecérseme. No quise montar en mi mula queriendo recoger más fruto de mi viaje, que me salió de modo diferente al que me había imaginado. Como la subida es algo cansada y empleaba más tiempo del que otro gastaría, deteniéndome en registrar el terreno que pisaba, recogiendo varias plantas, hacia el medio de la tarde comencé a sospechar que debería volverme o hacerme ánimos de pasar la noche en la jurisdicción de la ermita. Cuando hacía estas reflexiones me hallaba a la mitad del camino. Seguí caminando con alguna indiferencia de que me sacó un leñatero que bajaba de Guadalupe. Procuré informarme del camino restante y del modo con que yo podría pasar la noche arriba. El leñatero, por ignorante o no bien intencionado, me aseguró que detrás de Guadalupe vivían muchas gentes en sus chozas o casillas. Con este informe y con la prevención de moneda que tenía en mi bolsillo, no me fué muy difícil determinarme a pasar la noche en el monte. Seguí subiendo y explorando el terreno, que me ofreció muchas plantas nunca vistas. Vi por la primera vez en aquel suelo la **Calaguala.** *No era la hoja tan grande como la que me presentó D. Cristóbal Cajal, traída de Boquerón, que está en el camino de Cáqueza. En el último tercio de la subida están las piedras de un lado y otro salpicadas de unas manchas azafranadas; tintura que se pega a las manos, y parece ser un cuerpecillo fungoso que crece sobre aquellas piedras. Fuí recogiendo todas las plantas que pude. Cuando llegué a la ermita que está en la cima del cerro, serían las cinco y media de la tarde. Lo primero que hizo mi paje fué registrar los alrededores, en que no descubrió las casas ni gentes que dijo el leñatero. Me avisó de esta aventura que no dejó de disgustarme. Pasé después a registrar las habitaciones que están arrimadas a la pared de la iglesia, mirando al Norte. Las hallé abiertas y allí consentimos acomodarnos. Como la trasnochada fué impensada, hubimos de hacer una vida enteramente ermitaña. La cena se redujo a unas tres onzas de pan, casualmente olvidado en la faltriquera del paje, distribuídas entre tres. No fué menos simple la bebida, que casualmente había quedado en el fondo de una botija, ni menos austera la cama. Todas estas disposiciones, como ajenas de todo aparato, fueron ejecutadas en cortísimo tiempo, y el que sobró lo empleé en fijar el barómetro al cerrojo de la puerta de la iglesia, la cual mira al Poniente, y observar cómo quedaba el mercurio. Noté que se mantenía a las 18 pulgadas, 7 líneas y 2/3 de línea. A la mañana lo encontré, habiéndolo fijado en el cuarto en que dormí, a las cinco y media de la mañana, a las 18 pulgadas, 7 líneas y 1/3 de línea.*

Los resultados científicos de este período de las exploraciones del médico del virrey Messía de la Zerda, los expondremos adelante para probar que la Expedición Botánica, en su planeamiento, en su adquisición de verdades y en sus colecciones, fué una obra iniciada desde que Mutis pisó en Cartagena de Indias.

Un hilo tenaz iba apresando el territorio neogranadino, las trayectorias de Mutis, para entregarlo íntegro a la fascinación de una juventud ávida de patria suya, de una patria con derechos iguales a los demás pueblos de la tierra.

Y esos eran los amores de aquel hombre que no quiso separarse de nosotros, ni cuando Messía de la Zerda, terminado su gobierno, le pidió regresar con él a la península; ni cuando Guirior, promovido al virreinato del Perú, quiso tomarlo consigo para que estudiara las quinas más allá del paralelo 5 Sur y que rechazó el gobierno de Girón como importuno para sus planes.

En una y otra ocasión respondió: *El amor a estos países es consecuencia de un corazón agradecido a sus Pueblos*. Había entregado su amor a la publicación de la flora de la Nueva Granada, ardua y distante.

Y cuando se ama lo distante, como Mutis, toda ausencia es mucha, cualquier camino para esperar es largo, para buscar corto, y otras presencias son impertinentes y demasiadas.

CAPITULO XVI

EN EL MAYOR DEL ROSARIO

Siempre fué tenido por cosa digna de ánimo noble defender la verdad cuando la mentira causa error o daño, aunque se atravesare particular amistad con los que se apartan de ella.

GONZALO JIMÉNEZ DE QUESADA, **Antijovio.**

Dijimos que Mutis había sido el primero de los colonos de Nueva Granada y primero entre los próceres de Colombia. Primer colono en la prestancia y primer prócer en la cronología. Si le faltó la transmisión de la sangre, transfundió caudalosamente la idea y sembró la semilla que cayó en las mentes jóvenes, reclamando perennidad.

Concretando su objetivo vital al estudio de la naturaleza americana inagotable, como ave migratoria perdida en la noche, prende sus giros a ese faro. Su medicina era vegetal mientras la experiencia científica no exigiera otra cosa, así como no halla en las plantas mayor excelencia que la de aliviar el dolor y repeler la muerte. También cuando se hizo educador buscaba difundir una filosofía social de la naturaleza que se adelantaba siglo y medio a su época.

Para los místicos: un Pablo de Tarso, un Iñigo de Loyola, un Juan de la Cruz, el mundo visible tiene una lógica ascensional que sube hasta el amor divino. Para el artista, sea escultor, o pintor, o literato, la naturaleza es la maestra de la eterna vigencia, la que vincula las elaciones estéticas de todas las edades. Para el médico — y ese principio fué normativo en Mutis — la naturaleza es artífice de la salud. Para el colono perfecto su creación consiste en vincular los hombres a un paisaje, en dominar una naturaleza, en unificar por ella los esfuerzos varoniles y rendir a nuestros quereres el vigor estelar del cosmos. Finalmente para el científico y el educador, el todo es comprender y dar al joven un sentido del medio en que va a actuar el hombre.

Aprendido tal vez de Linné — genio y maestro — o quizás deducido por propios raciocinios, el médico del virrey de Nueva Granada, expone así el fundamento de su labor educativa a Caballero y Góngora.

Daba también lecciones de historia natural a algunos jóvenes con objeto de recompensar mis trabajos con los frutos de las correspondencias que en adelante pudiera establecer con ellos, esparcidos en las diversas provincias del Reino, según sus destinos. Todos eran arbitrios que se dirigían a los adelantamientos de mi Historia...

A principios del año 70 me restituí a esta ciudad sin haber querido admitir el gobierno de Girón, como empleo totalmente opuesto a mis designios, entregándome nuevamente a las mismas tareas de la medicina, cátedra y lecciones de la historia natural, formando jóvenes con quienes partir mis delicias de ver introducidos, bajo de la línea equinoccial, los conocimientos de las ciencias útiles, y celebrados los nombres de los tres mayores sabios del norte, Newton, Boerhaave y Linné.

Mis delicias. Mutis se siente portaestandarte de un movimiento progresivo y selecto que es la colonización de los espíritus, principio de la apropiación de los recursos naturales de América, para España y para la humanidad; insignia que desde Suecia transmite su mano hasta las frondosas, húmedas, fértiles y solitarias orillas del Amazonas. Y sueña, triunfador de una inercia secular, ampliar el área geográfica de su Expedición Botánica y horadar la roca de los tiempos venideros, vaciando sus empeños de laboriosidad y de inquietudes naturalistas en las mentes ávidas y maleables de la juventud americana. Era una parte de su plan. Nada tan contrario a los hechos como suponer a Mutis avaro de sí y de sus conocimientos.

Por eso apoyó a Caldas en su tortura de saber; por eso encauzó a Valenzuela hasta que hizo de él «el señor Compañero».

Como las murallas de Cartagena que antaño defendieron el dominio español y ahora sustentan nuestras tradiciones de Hispanidad; como las grandes ceibas que en el corazón de la villa tropical van repitiendo de generación en generación las historias y las consejas que mantienen el hogar común; como esos montes, como esos grandes ríos que incesantemente llevan limo virgen al final salobre, se destaca el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.

Esta preclara Universidad que entre todas las bogotanas es la que ha logrado mayor continuidad y que menos convulsiones ha sufrido como premio a su sabia dirección y al fiel y reposado mantenimiento de sus destinos educativos, fué fundada por el arzobispo de Santa Fe, de la Orden de Predicadores, fray Cristóbal de Torres, burgalés, y según cédula de Felipe IV de 31 de diciembre de 1561, para que en ella se estudiaran la doctrina de Santo Tomás, la Jurisprudencia y la Medicina.

Quiso el próvido y generoso fundador asegurar para siempre la estabilidad del Colegio y lo dotó con largueza. Así le adquirió, en tierras que habían sido habitadas por los indios panches, extensas posesiones, trapiches y ganados, haciendas que habían pertenecido a Juan Díaz Jaramillo llamado *el sevillano* y *el rico*, encomendero, y quizás uno de los fundadores en 1544 de la ciudad de San Jacinto de los Caballeros de Tocaima. Bella gala de nuestra historia que no se la entiende sino en función de las cosas y los personajes de España.

Fray Cristóbal confió su Colegio Mayor a los Padres Predicadores para que en sus principios lo rigieran. Pero habiendo querido éstos reunirlo a la Universidad tomística que funcionaba en su convento, abierta en 1639 — a cuya fundación se aplicaron los bienes de la sucesión de Gaspar Núñez sacerdote de Benavente, en Castilla — el arzobispo dió providencias para secularizar para siempre su Instituto. El edificio para éste fué entregado en 1653 y sus estudios se inauguraron el 18 de diciembre del mismo año.

Competidores en las doctrinas, émulos en las glorias de la evangelización y educación de Nueva Granada, habían sido los Padres de la Compañía de Jesús, elegidos por el arzobispo don Bartolomé Lobo Guerrero, natural de Ronda, catedrático de la Universidad de Sevilla e Inquisidor de Méjico.

Felipe III concedió en 1602 que se fundara el Colegio Máximo de San Bartolomé que a la entrada de sus aulas todavía nos dice: *Sapientia edificavit sibi domum.*

Cuando J. C. Mutis llegó a Santa Fe esos tres eran los centros que se repartían el prestigio de la enseñanza y la juventud neogranadina. De tierras remotas, Popayán, Cali, Cartagena, Antioquia, Socorro y Santa Marta, venían los educandos a equiparar con la nobleza de su sangre, y la riqueza de sus padres, su preparación mental para la vida. Y una noble ambición los espoleaba para no quedarse atrás del movimiento literario que se desarrollaba en la España europea.

Sin embargo, los estudios profesionales en Santa Fe eran más para la Edad Media, de las antiguas París o Salamanca, que de un siglo en que tan desarrolladas estaban las ciencias positivas y de una nación que apenas iniciaba su itinerario de progreso. Europa había podido elevar de los escombros del feudalismo su civilización, gracias a una superioridad estética que venía desde Grecia, merced a sus gremios artesanos, a su dominio sobre los mares. Pero Nueva Granada dormía en su cestilla, entre los juncos del Nilo caudaloso de su fertilidad.

Nada decían los peripatéticos, ni los comentarios, ni los quodlibetos, ni los enquiridios; tampoco los *Gradus ad Parnassum*, ni sobre el maíz, ni sobre la papa, ni sobre el camino de Honda, ni sobre las menguantes de la luna. Y a fe que *prius est esse, et postea philosophare.* Se entretenía a los estudiantes con discusiones pírricas que más tenían de gallera que de habilitación para una vida de esfuerzo tremendo. Ni se les enseñaba prosodia latina, ni salían comprendiendo el modo físico,

ni aprendían a usar del sentido común. La reacción tenía que presentarse.

No había pasado el año en que llegó el caballero Mutis a Santa Fe cuando el 8 de diciembre, al amanecer, *un incendio devoraba el noviciado de Santo Domingo, y pasaba después a la iglesia, que era el mejor santuario de la ciudad, donde hizo un destrozo considerable.* El diario dice:

Con motivo de esta desgracia hube de hacer varias reflexiones, y entre ellas tuvo el primer lugar el mujeriego, cuyo piadoso corazón se les salía a estas infelices por boca y ojos. Hicieron causa propia la desgracia de esta iglesia, y acompañando con obras sus deseos se dejaron ver como varoniles jornaleras. Toda el agua, que fué infinita, se debió al trabajo de las mujeres, a quienes, faltándoles vasijas en qué llevarla, arbitraron conducirla en sus sombreros. No cabe en ponderación la liberalidad y rasgo de las infelices chicheras con que franqueaban toda su hacienda y muebles, reducida a una porción de chicha que es toda la hacienda, y a tres o cuatro múcuras a que se reducen sus muebles más preciosos. Llegaba esta liberalidad a tales términos que buscando un sujeto este licor con el dinero en la mano, le franqueaban todo sin permitir el trato de la venta, precidndose de tan cristiana y compasiva la que lo daba, como quien lo buscaba con su dinero. Aquí es digno de advertir el rarísimo modo de pensar (que en esto suelen ser inaguantables estas gentes) con que se han persuadido a que la chicha es la contra más poderosa para el fuego, a quien, dicen ellos, apaga mejor que el agua. ¡Extraño ofrecimiento! ¿Qué ventajas encontrarán en un licor fermentado, como lo es la chicha, que necesariamente contiene un espíritu ardiente, efecto de todas fermentaciones, y que bien se manifiesta en los que la beben? ¿Qué pensaría quien viese buscar aguardiente para apagar un incendio? Pero no toca a estas gentes discernir sobre materias que les son extrañas. Poseen un corazón muy dócil, que los inclina sobrado a la credulidad, y con la misma se dejan llevar de las opiniones del vulgo.

El infortunio siguió a poco a los Padres de la Compañía. El 10 de septiembre de 1763 se desplomó la media naranja de la iglesia de San Ignacio, obra del arquitecto italiano Coluccini. El día 7 de julio de 1767, se recibió en Santa Fe la pragmática sanción de Carlos III extrañando de sus dominios a todos los miembros de la Compañía y confiscando todos sus bienes. Esta disposición inicua y funesta fué proclamada el 31 de julio del mismo año, y luego se estableció la Junta Superior de Aplicaciones de Temporalidades que ocupó los valiosos bienes de la Orden ignaciana. El Colegio de San Bartolomé se secularizó y sus estudiantes *cambiaron el antiguo escudo por las armas del Rey que hicieron bordar en sus becas.* (P. M. Ibáñez.)

Antes de su extrañamiento, algunos de los Padres de la Compañía prestaron a Mutis su valiosísimo concurso en el acopio de documentos sobre lenguas indígenas, estudio fascinante para su espíritu sensible, que lamentaba la suerte de los indios, y trataba de comprender los valores, entonces soterrados, de sus culturas.

Y antes de que en Mayo de 1783, una cédula del mismo Carlos III obligara a todos los indios a hablar el castellano y cerrara las escuelas de idiomas indígenas, Mutis dedica *afanes, visitas y correspondencias con los misioneros a este fin.* Dice así:

Más que todo me fué dolorosa mi mansión en el retiro de la Montuosa al tiempo de la expatriación de los jesuítas. Sabía yo muy bien las riquezas de esta clase en sus archivos y misiones y positivamente me constaba entonces que estaba bien trabajada la gramática de la lengua sáliva que me prometió un misionero... Nada igualaba mi sentimiento por la pérdida de la más dulce y elegante lengua achagua.

El avaro estudioso se regocija, sin embargo, porque ha logrado arrancar de la librería del Colegio de Tunja *el precioso regalo, la alhaja más preciosa, el tesoro que no tiene precio de los dos únicos ejemplares que se conocen del Diccionario de la Lengua Chibcha o Mosca, que era la general del Nuevo Reino y parece ya extinguida su memoria.*

A la primera época que señalamos de la vida neogranadina de Mutis pertenecen sus clases de matemáticas en el Rosario comenzadas el 13 de marzo de 1762, su ausencia de un año por el segundo viaje a Cartagena y su renuncia definitiva al magisterio para marchar a las minas de plata de Montuosa, cerca de Cácota de Suratá en el 66.

El suceso más resonante de esa docencia fué el litigio que se le suscitó por haber enseñado el sistema heliocéntrico de Copérnico y de Newton. Entonces mostró toda la admirable solidez de su criterio y el equilibrio de su conducta.

Los Padres Dominicanos defendían una tesis que, a su parecer, era teológica, física y matemática, según la cual *ningún católico debería sostener el movimiento de la tierra y la quietud del sol con el objeto de explicar los fenómenos celestes; además el sistema de Copérnico era intolerable porque no se compadecía con el respeto a la Sagrada Escritura, de suerte que ningún católico podía defenderlo, mucho menos habida cuenta de su prohibición por la Sagrada Inquisición.*

El ambiente para Mutis debió tornarse pesadísimo. El mismo rector del Rosario estaba contra él; el *mujeriego* sin duda cuchicheaba de lo lindo contra el médico joven del virrey, los estudiantes de uno y otro bando pondrían la disputa al rojo vivo y todos se volvían un guirigay con tantos epicilos, excéntricos, concéntricos, elipsoides, centrífugas y centrípetas. En lo que él más amaba su complejo piadoso y científico se quiso sembrar un complejo de censura.

Fué fortuna para Mutis que la corte española hubiera ya tomado decisión, no sobre el sistema de Copérnico, sino sobre que la Inquisición romana no podía obligar al rey a ordenar lo que no le pareciese y la cosa quedó ahí por muchos años, hasta cuando Mutis partió para la Montuosa. Entonces la cátedra de Matemáticas del Rosario se suprimió y las doctrinas de la Universidad ilustre se amañaron de nuevo con su Ptolomeo.

Diversa aceptación en el orden pedagógico se daría, andando los años, al confesor del virrey Caballero y Góngora, botánico y primer astrónomo de la Expedición por la América septentrional. Entonces las consultas llueven sobre él, y él dice la última palabra en asuntos de métodos y organizaciones pedagógicas y profilácticas.

A esa segunda época mutisiana pertenecerá su **Plan para la enseñanza de las Matemáticas en el Colegio del Rosario** (1787); el **Plan para los Estudios de Medicina en el Colegio Real Mayor y del Real Patronato de Nuestra Señora del Rosario,** al cual va añadido el proyecto para la fundación de un laboratorio de química (1801); el **Informe sobre el Estado Médico y Sanitario del Nuevo Reino** (1802), y, por último, la inauguración de su retrato en el ilustre Colegio, honor a que él corresponde declarando a Nueva Granada su patria de elección. Dice así en carta al rector Fernando Caycedo y Flórez (publicada por G. Hernández de Alba) que lleva fecha del 12 de mayo de 1801:

Por más ruboroso que me haya sido el honorífico oficio en que Vuestra Señoría se sirve participarme la resolución acordada con el señor Don Jorge (Tadeo) Lozano, de perpetuar la memoria del establecimiento primitivo de las matemáticas en el retrato de su primer catedrático, al considerarme ya colocado en vida entre los beneméritos hijos de ese ilustre Colegio; ha templado en lo posible mi sonrojo, la recordación de aquel día tan plausible en que dí principio a desahogar mis inflamados deseos de introducir en la capital, y propagar a todo el Reino, los utilísimos conocimientos de las ciencias exactas.

Mi notorio amor a la juventud americana, retratada en los corazones de sus agradecidos patricios, lo considero tan bien recompensado, que debería resistirme al sacrificio de violentar la modestia de un hombre resuelto a vivir olvidado y solamente ocupado en servir al beneficio de su elegida patria, suspirando por la aurora de sus días más felices, y trabajando por aproximar su llegada, me contentaría por ahora la esperanza de alguna memoria póstuma.

Si a pesar de la sinceridad con que descubro a Vuestra Señoría mi agradecido corazón, insistiese todavía en su pensamiento, me rendiré desde luego al sacrificio, por complacer a Vuestra Señoría, a quien espero dar otras pruebas emuladoras del ardiente celo con que ha excedido a sus antecesores promoviendo las glorias de nuestro ilustre Colegio.

Quizás en ningún otro punto de la biografía mutisiana se echa de menos la atención a la cronología que cuando, en discursos y notas ligeras se habla de sus discípulos en el Mayor del Rosario. Cierto que Mutis fué catedrático perpetuo de los claustros rosaristas. Indudablemente que muchos patricios y mártires de nuestra patria fueron discípulos del sabio gaditano. Pero suponer que muchos de los próceres naturalistas fueron discípulos de Mutis en el Rosario es forzar la cronología a lo inverosímil.

Las verdaderas épocas rosaristas de Mutis fueron la que medió de 1763 al 66, cuando todavía era laico y desde 1770 al 76. En otros lapsos o estuvo ausente de Santa Fe o entregado al trabajo de su Expedición.

Por la exactitud que pide la historia es indispensable restringir los años y el alcance de la docencia rosarista de Mutis. No fué en las gloriosas aulas de fray Cristóbal donde oyeron sus lecciones los que después fueron mártires naturalistas de la patria; ni las lecciones de Mutis abarcaron más de nueve años de los cuarenta y siete de su vida en

Nueva Granada, ni allí en el Rosario enseñó directamente las ciencias botánicas y zoológicas. Si éstas hubieran sido objeto de sus prelecciones rosaristas, se hubiera hecho referencia a ellas entre los motivos para erigir su retrato en el noble Colegio Mayor.

Por otra parte, los más provectos discípulos de Mutis que influyeron en la creación de la Nueva Granada, fueron Valenzuela, nacido en 1756; Escallón a quien llama «*mi amado discípulo*»; Camilo Torres que lo fué en 1776; Pedro Fermín de Vargas cuya fecha de nacimiento ignoramos, pero que hacia 1785 recibe cartas de Mutis en que le da instrucciones como a persona mayor y José Félix de Restrepo, nacido en 1760.

Entre el médico y el sacerdote, las gentes no tuvieron mucho que distinguir. Porque sus pasiones siempre se diluyeron en el piélago del trabajo y nunca dejó de ser modesto y justiciero ni jamás se le vió dominado por la ambición o el exclusivismo.

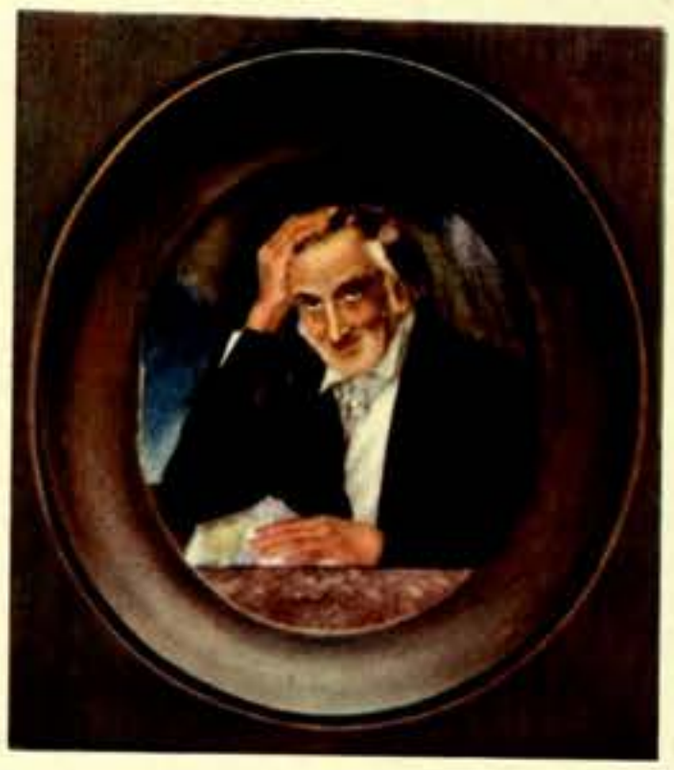
Al ordenarse Mutis de presbítero el día 19 de diciembre por manos del arzobispo fray Agustín Camacho y Rojas, tunjano, y al cantar su primera misa en la Navidad de 1772, cuando se había despedido de Messía de la Zerda, no busca defenderse, ni alcanzar, ni asegurarse. Sólo obedece a un llamado íntimo de su espíritu, a la sed de su Hacedor, del Divino Señor del árbol y la hormiga, a una presentación externa más en armonía con aquello que ya practicaba. Un paralelo de las apariencias con Solís es imposible: el del interior, dentro de lo español, obvio y natural.

Más adelante iremos viendo a qué grado de eficacia llegó la lección impartida por Mutis en la formación mental y en la vigorización de la voluntad de sus discípulos. Su generación, los que vivieron a su lado, nos enseñaron a llamarlo sabio, porque siguió *la senda por do han ido los pocos que en el mundo han sido*. Caldas y R. Granados le califican de santo en el sentido de hombre lleno de bondad.

Sabio no es el que lleva mucho en la cabeza. Sabio es el ávido de aprender, el incansable de leer, el avaro de documentarse, el que, desconfiado de su razón, recoge, arrodillado en tierra, las briznas de verdad que la naturaleza va dejando caer y que alcanzan a brillar a los soles vesperales de nuestra atención.

Y maestro es el sabio que todo se entrega y llama a que reciban. Eso significa la lapidaria frase de Mutis cuando felicitándose de poseer el diccionario chibcha y refiriéndose a sí mismo, dice:

Este tesoro no tiene precio; pero está depositado en manos francas de quien sólo atesora para poder dar.



Matis.

D. 8. A.

D. 1785.

DON FRANCISCO JAVIER MATIS

Dibujante de la Expedición y autor de las anatomías florales en su Iconografía. Según la miniatura de J. M. Espinosa que se conserva en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su signatura de dibujante está tomada en el Jardín Botánico de Madrid.

CAPITULO XVII

PLAN DE ALTIVEZ ESPAÑOLA

Todo lo sufren en cualquier asalto
sólo no sufren que les hablen alto.

CALDERÓN DE LA BARCA.

La Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada fué un brote de superación, una ambición patriótica, una explosión de la altivez española, un delirio épico, con lo cual está dicha su grandeza, su fuerza devoradora de hombres, y asegurada, no importa para cuándo, su realización, mientras alienten españoles de sangre.

Mutis, en su **Diario** de 1761, primer año de su estancia en Santa Fe, nos declara muchas veces cuáles eran sus intenciones al pasar a la América, que no eran de aventurero, ni de traficante, ni de burócrata economizador de sueldos. Para él su oficio de médico del virrey fué un mero pretexto para entregarse a las ciencias naturales en contornos desconocidos y demostrar en ellos la eficacia del pensamiento español y los arrestos de su raza. Por eso, desde los comienzos le interesa todo lo que se produce espontáneamente, lo que revela la idiosincrasia de las gentes y lo que merece utilizarse por los americanos. Sus diarios son un remolino que absorbe datos sobre plantas, sobre enfermedades, sobre remedios, sobre animales, sobre metales y piedras, sobre costumbres y lenguas indígenas. He aquí unas palabras suyas escritas en Mariquita, el 13 de marzo de 1787, las que merecerían ser esculpidas en el vestíbulo de nuestros Institutos etnológicos:

Mi fin se dirigía a depositar estos tesoros (las gramáticas y diccionario indígenas) *en alguna Academia de Bellas Letras, recelando cuán precipitadamente caminaban estos idiomas a la región del olvido, con la extinción de estas bárbaras naciones, y viendo, al mismo tiempo, desde lejos, que debía renacer el gusto por estas preciosas antigüedades; pero tal vez, con el desconsuelo imponderable de ni hallarlas ni saber si existieron.*

Los diarios de 1761 y 62 repiten de muchas maneras cuál fué la vocación tan avasalladora que atrajo a Mutis a la remota Santa Fe de Bogotá. Dice:

Día 26 de mayo (de 1761): *Aunque la naturaleza del país me prometió desde luego abundante materia para mis ejercicios botánicos, la novedad del nuevo médico, junto a la escasez de facultativos, cortó todo el vuelo a mis ideas.*

Día 28 de septiembre (1761): *Por esta nota de mi viaje se verá que no ha consistido en pereza la interrupción de mis trabajos literarios. Lo peor es que hallo cerrada la puerta a todas mis ideas...* (por haber aceptado la cátedra de Medicina).

Día 2 de diciembre (1781). Dede este día 15 (de noviembre) hasta el 2 de diciembre, he trabajado muy poco en asuntos de Historia Natural...

No es extraño, pues, que desde su llegada a Santa Fe, el joven médico despertara, en su nuevo medio, una prodigiosa emulación por recoger informes, discutir experiencias e interpretar fenómenos; por regalarle muestras, por acumular conocimientos sobre el propio país. Y este interés penetraba a los conventos, se abría calle en las visitas interminables de las señoras santafereñas; seguía a los arrieros y a los pescadores en sus travesías y se expandía, hasta los últimos linderos, como una nueva convicción de patria.

Decíamos que el año de 1782 cogió a Mutis administrando el Real de Minas del Sapo, en jurisdicción de Ibagué, sacerdote desde hacía diez años, arruinado y sin blanca, entregado, por mandato tantálico, a explotar una veta de plata, mientras curaba los enfermos, indios y colonos desamparados, que en romería acudían a recibir las prescripciones de su bondad y de su ciencia.

Se habían apagado ya los últimos ecos de la primera rebelión contra la península, la revolución de los Comuneros, la cual — seamos francos — no fué una guerra, sino una revuelta que, si para la corte madrileña merecía comprensión y disposiciones de igualdad social, para los funcionarios coloniales, de mente subalterna, debía ahogarse en sangre, para que no se dijera que por ellos la corona iba a desgranar su pedrería. Amedrentados, egoístas y miopes al futuro, no vieron que la sangre regada por las ideas, casi siempre germina, e imaginaron que bien valía la Nueva Granada la cabeza de unos cuantos.

A tales ideas era bien ajeno el arzobispo Caballero y Góngora. Antes bien, como verdadero gobernante — ninguno le ha igualado en comprensión de nuestros problemas — se dió a la minuciosa inspección personal del extenso territorio de su arquidiócesis de Santa Fe, sin temor a sus caminos, a pesar de que era hombre pesado, refinado y que ya frisaba en los sesenta años de edad.

Andaba el arzobispo en la visita pastoral de sus iglesias y curatos del territorio que es hoy el departamento del Tolima cuando conoció a Mutis en el Cerro del Real del Sapo. Los dos hombres debieron congeniar. Ambos eran andaluces, ambos eclesiásticos, ambos entusiastas por el progreso de la Nueva Granada y coincidían ambos en la apreciación de los medios para lograr ese progreso.

Caballero y Góngora, con Mutis, eran afines en el puntilloso concepto de España, en su fidelidad a la monarquía y en ese agresivo sentimiento de la superioridad de su nación, que es capaz de las realizaciones más inopinadas.

Dedicaremos un capítulo especial a estudiar las relaciones de Mutis con Caballero y Góngora. Ahora nos basta saber que la existencia de la Expedición Botánica en aquel momento era un hilo delgado, un proyecto, sin más probabilidades de realizarse que la fuerza que tuviera para mover al rey Carlos III la Representación elevada por Mutis en 1763, repetida en 1764 con una corta recomendación de Messía de la Zerda y que yacía sepultada, entre otras mil, en los archivos del gobierno de Santa Fe y de Madrid. Aquel documento, decíamos, era el *curriculum vitae* de Mutis, su hoja de servicios a la ciencia y su declaración de hispanidad. Era sobre todo la expresión de la ciencia y del trabajo, que se levantaban contra el ultraje que amenazaba a España si no fueran españoles los que estudiaran los recursos naturales de América.

Decía así Mutis a Carlos III:

Mientras en España se iba perpetuando un profundo olvido sobre las empresas de esta naturaleza, todas las naciones, especialmente las que poseían algunos establecimientos en América, aspiraban a porfía a poseer igualmente el conocimiento de sus tesoros naturales, y a la formación de gabinetes públicos y privados. Apenas salía algún viajero curioso para estos remotos países, que no trajese la recomendación de conducir algunos tesorillos o pequeñas colecciones de Historia Natural en sus tres ramos. Pensaron después las Academias en enviar de tiempo en tiempo algunos sabios, en entablar correspondencias y en valerse de cuantos medios podían aumentar a competencia la Historia Natural con nuevos descubrimientos. Jamás hubiera llegado esta ciencia a la perfección con que se admira en nuestro siglo, si los Soberanos y algunos personajes distinguidos no hubiesen tomado por su cuenta la noble idea de promover, gratificar y premiar liberalísimamente algunos sabios naturalistas, para poder tener un cabal conocimiento de cuanto útil y curioso producen sus establecimientos...

Hacia la mitad del siglo presente despertó la España de su antiguo letargo. Comenzaron algunos sabios y señores a gustar de las ciencias naturales con el motivo de la nueva juventud, que por real orden y a expensas del Erario y de algunos grandes, salía a instruírse en todos los ramos a los reinos extranjeros...

No me horrorizan, señor, las indecibles incomodidades que consigo trae el trabajoso estudio de la naturaleza. Los sabios, en sus gabinetes o en las escuelas, pasan con toda comodidad los días enteros, recogiendo a pie quieto el fruto de su aplicación. Un viajero debe gastar gran parte de la noche en ordenar y componer lo que por el día recogió en el campo, después de haber sufrido alteraciones de la estación que suelen ser muy variadas; las asperezas y precipicios del suelo que va registrando; las incomodidades de los insectos insufribles que por todas partes le rodean; los sustos y peligros de muchos animales venenosos y horribles, que a cada paso le espantan; sobre la austeridad de una vida verdaderamente austera y desabrida, que por calores, páramos y lugares desiertos quebranta y fatiga su cuerpo...

Nadie mejor que Vuestra Majestad conocerá, desde luego, que sobre la gloria inmortal que resultaría a Vuestra Majestad de esta gloriosa empresa dignamente desempeñada, ninguna otra nación tanto como la española se halla interesada en saber y conocer las producciones admirables con que la Divina Providencia ha enriquecido los dilatados dominios que tienen la fortuna de vivir bajo la feliz dominación de Vuestra Majestad en este Nuevo Mundo. Si las demás naciones, que poseen en la América algunas colonias o establecimientos, han adquirido desde sus principios un cabal conocimiento de todo cuanto les produce el suelo de aquellas posesiones, como es bien notorio por sus bellas historias, impresas especialmente en este siglo, deberá atribuirse no solamente al buen gusto del bello día que tan temprano les amaneció, sino también a la facilidad con que pudieron ejecutarse aquellas expediciones. La universal historia natural de los dominios españoles tiene por objeto una prodigiosa extensión de dilatadísimos países: es obra de mayor consideración, y en que se debe gastar mucho más tiempo que en las demás. Sin embargo, con lo mucho que llevo trabajado en más de cuatro años, incesantemente empleados en esta y otras ocupaciones no menos útiles y gloriosas a la nación, podrá dentro de poco tiempo manifestarse al mundo sabio las utilidades que producen al género humano, las liberalidades de Vuestra Majestad...

Caballero y Góngora debió leer la Representación de Mutis y sentir la injusticia del olvido en que yacía. Vió que si España de esa suerte anulaba el talento de los suyos, dilapidaba el patriotismo y despreciaba una vida como aquélla dejándola hundir poco a poco en el vacío, en la soledad y en la inercia, entonces él mismo carecería de la patria que amaba.

Por eso mandó a Mutis que una vez más repitiera su Representación y para hacerla más vigorosa la acompañó de un informe secreto sobre las condiciones del peticionario.

No se ha escrito una página tan laudatoria del sabio, ni un análisis tan completo de sus planes; nunca se supo tocar las fibras del sentimiento españolista, ni apelar a la altivez de nuestra raza, como en ese informe de Caballero, decisivo para la creación de la Expedición Botánica. Habla al ministro, Marqués de Sonora, y le dice:

Muy señor mío: Con fecha de 3 de Agosto del año próximo pasado me participa Vuestra Excelencia, de orden de Su Majestad, el permiso concedido a los cuatro viajeros que, a expensas del Emperador de Alemania, intentan reconocer ambas Américas para descubrir y recoger las curiosidades de historia natural, previniéndome la importante precaución de señalarles alguna persona que los observe de cerca para que no abusen del permiso, ni se ocupen en otros objetos ajenos de su comisión, si llegan unidos o separados a presentarse en el Distrito de este Virreinato...

Espero poder desempeñar en todas sus partes la confianza de Su Majestad, y aun desearía que la Expedición imperial verificara sus principios en este Reino por la oportuna casualidad de hallarse ocupado en los mismos trabajos literarios un vasallo de Su Majestad, que a sus propias expensas y con imponderables fatigas, ha llevado muy adelante la gloria de la Nación...

Faltaría yo a los altos y serios fines con que Su Majestad se ha propuesto acceder a la súplica del Emperador si dejara pasar esta ocasión sin manifestar a Vuestra Excelencia las importantes reflexiones que por sí mismo habrá formado Vuestra Excelencia en el estrecho lance de una tal condescendencia; previniendo con ella los disgustos que podrían originarse sí, resuelto Su Majestad a no ceder la gloria de comunicar al público los muchos descubrimientos de sus dilatados dominios hechos a su ilustrísimo nombre y expensas, hubiera insistido en negar el paso a los extraños; especialmente ahora que por los sabios influjos de Vuestra Excelencia y a costa de inmensos gastos se va reconociendo toda la América Meridional y enriqueciendo con sus producciones el magnífico Gabinete y Jardín Real de su Corte...

Llevado naturalmente de semejantes deseos por la gloria nacional, me figuraba ver algún día otra expedición dignamente desempeñada por la América Septentrional, si lograba sacar de su retiro e inflamar de nuevo, para consumar la historia de este Reino, al sujeto que la había principiado...

Así lo pude conseguir a principios del año pasado de 82, trayéndolo a esta ciudad y mi casa, en que ha seguido su declarada vocación sin perjuicio de su estado sacerdotal y a pesar de sus continuas asistencias a todas las casas principales de la ciudad, en la presente epidemia, por el preferente amor que le profesan...

Sin embargo, de hallarme yo anteriormente informado y satisfecho de los designios del mencionado Mutis y resuelto a informar a Vuestra Excelencia sobre las preciosas tareas de este infatigable naturalista, para hacerlo con el debido conocimiento y explorar últimamente su ánimo, le pasé el oficio número 3. Su modesta y sencilla respuesta número 4 hará conocer a Vuestra Excelencia un hombre de una constancia sin ejemplar, todo lleno de amor a su Rey, a su Nación y a su Patria. Sus expresiones y sentimientos, aunque superiores a la común instrucción de su profesión, no bastan a declarar lo que yo mismo he descubierto en este sujeto, cuando lo hallé arrinconado en mi visita de Ibagué, juzgándolo digno y acreedor a mejor fortuna. Encubre por su conocida modestia los aciertos de su profesión médica; la dulzura de su trato con que se ha hecho respetable y amado de estas gentes; su inteligencia en los principales idiomas de Europa y en el griego; su extensión de conocimientos en las ciencias naturales; su empeño de introducir en este Reino los conocimientos útiles; su deseo de propagarlos y de formar discípulos; y aquel gusto delicado, tan necesario para tratar cualquier asunto, como se reconoce por varios documentos que existen en esta Secretaría. Algo refiere de la constancia en vencer obstáculos que impedían sus progresos; pero todo es inferior a lo que realmente ha sucedido, y de que tengo noticias individuales...

Estando, pues, tan adelantada la historia natural de este Reino por su autor Mutis; y siendo igualmente fácil su continuación por un sujeto de talentos experimentados y aplaudidos con la especial proporción de hallarse también aquí sus dos adjuntos botánicos y discípulos, el doctor don Eloy Valenzuela y el doctor don Bruno Landete y su adjunto geógrafo don José Camblor, sujetos todos escogidos por sus talentos, aplicación, conducta y favorables disposiciones para desempeñar los vastos y gloriosos pensamientos que se proponen en sus antiguas representaciones y presentes respuestas de don Joseph Celestino Mutis, me he resuelto a recomendarlo a Vuestra Excelencia con especialísimos deseos de su efectiva verificación y cumplimiento de esta Real Expedición.

Hasta aquí la información de Caballero y Góngora, amigo del Marqués de Sonora, que abrió la puerta al favor real en pro de la Expedición Botánica. Este documento se despachó el 31 de marzo de 1783, cuando ya el arzobispo de Santa Fe había prestado juramento como virrey del Nuevo Reino de Granada.

Ni tardo ni tímido, el arzobispo virrey dispuso —como él lo sabía— asumir responsabilidades y decretó el 1 de abril, que sin demora, se iniciaran, según los planes de Mutis, los trabajos de la Expedición, la cual mientras llegaba la respuesta de Madrid, correría por su propia cuenta.

El 29 de julio de 1783 Gálvez promete a Caballero y Góngora ocuparse pronto del asunto de la Expedición. El 8 de agosto de 1783 dice el mismo ministro: *Aprueba S. M. todo lo dispuesto provisionalmente por el arzobispo y cuanto propone este sabio y digno Prelado. Ordena se le manden las instrucciones dadas a los del Perú.*

Mutis se vió frente a frente de la naturaleza americana, inagotable para el estudio y tomó la decisión de escribir de preferencia la Flora de la América septentrional.

Las plantas le bastaban para muchos años de trabajo. Las poseemos sin sangre ni tortura; son bellas siempre: desde el musgo que se prende a la roca, hasta la palmera. Halladas no nos huyen, cortadas no se deforman; truncadas no se abaten. Todas nos sirven y de todas podemos sacar utilidades inesperadas.

La obra de Mutis, botánico y humanista, había de ser de un estricto valor científico, su presentación y lenguaje los de los grandes maestros, y en los géneros y especies nuevos habían de perpetuarse los nombres de sus benefactores y amigos científicos. Es emocionante ver ese afán de los sistemáticos por obsequiarse unos a otros con reflejos de inmortalidad.

Había de ser exacta, profusa y bella. No importaba el tiempo que exigiera cada lámina, porque no sería por el tiempo invertido, sino por el resultado por lo que preguntarían los sabios. Cada flor, cada rama,

se representaría como viviente: en una vida que se desdoblara para que el estudioso no perdiera ni un detalle sistemático.

De aquí nació todo el inmenso esfuerzo de Mutis por procurarse los mejores pintores para sus láminas, los mejores talentos para su colaboración científica, el hermanarlos consigo en la capacidad de análisis.

No se puede decir que esa complacencia deleitosa sobre el valor estético de su obra preponderara en el director de la Expedición tanto que descuidara la parte descriptiva y el acabado de su herbario, ni que fuera más artista que sistemático, sino que dió a las láminas un valor que hoy no tienen y que se fió de una organización cuyo colapso difícilmente preveía en su aislamiento científico.

En cartas a Linné, a su hijo y a Pedro Jonás Bergius, es donde Mutis define con mayor claridad la iconografía que preparaba.

A Bergius le dice (enero 1786):

Miraris me Pictores praestantissimos in America mihi comparare potuisse. Scias itaque velim icones meas pulchriores evadere in diem nisi metipsum sic mea fallat opinio. Quosdam juvenes delineationis saltem rudimentis imbutos his laboribus assuefeci: adsto, dirigo, patientia vix effabili incumbo; ita factum est ut ubi nulla erat istius picturae idea, ubi nullum aderat imitandum specimen, novas nobismetipsis fregimus vias ausu intrepido, succesu vero felicisimo. Collectionem meam mirantur etiam hic nonnulli optimae dijudicationis Europei; mihi vero magis nihil blanditur quam tua tuorumque ponderosa existimatio.

Al revés de lo que hoy nos convence: que lo principal es el ejemplar, después la descripción, después la interpretación pictórica; Mutis desconfió de la descripción. Los insectos, los correos y la flora disforme de nuestros bosques; los métodos de disecación entonces imperfectos, le hicieron dar importancia secundaria a los exsicados.

En la carta, citada a Bergius, dice más adelante:

Mens utique recte plantam a planta vel primo intuitu facili negotio discernere potest; verbis vero distinctionem illam compendio eferre nondum hominibus concessum est.

Por eso hoy nos encontramos con láminas perfectas, pero mudas; con descripciones sin saber a qué se refieren; con ejemplares de herbario carentes de localidad, de colector y de fecha. Podemos decir que Mutis todo lo perfeccionó, a todo dió el acabado, menos a ese indispensable nexo de las cosas para que en la posteridad otros las utilicen.

Y el hilo de Cloto iba pasando a la rueca, y la lana confusa de los días se iba agotando en el regazo de la parca.

Toda virtud tiene un defecto que la remeda y el bufón de nuestra corte de idealismo es la inconsideración previa de los detalles. Pero podemos satisfacernos con esa entrega que hacemos de nuestra vida, por españoles e idealistas, al genio, a lo superante, a lo inaccesible. Lo bien calculado no nos llama, lo interesado no nos satisface, lo útil no nos importa.

CAPITULO XVIII

AURI SACRA FAMES

... Pero después de que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición... se me han entrado por el alma adentro... cuatro mil desasosiegos.

M. DE CERVANTES, **Quijote,** II, 43.

Mientras el caballero de los altos planes se entretiene con ellos, se embelesa con sus colecciones, repasa sus apuntes, acaricia con mano varonil, pero sedeña, sus preciosas láminas, volvamos los ojos a la materialidad de su vida, a los recursos que hubo de allegar para su empresa; afanes que sólo le produjeron sinsabores. Es un cariz de la Expedición Botánica que nos ofrece muchas enseñanzas.

Ya dijimos que Mutis no había venido a las Indias a probar fortuna, aliciente de las mayorías coloniales. Que en cuanto a los réditos de su primer año en el Nuevo Reino, no quedó descontento. Pero no pasa mucho tiempo, y gobernando todavía Messía de la Zerda, su amigo, lo vemos partir para las minas de Montuosa en Cácota de Suratá y regresar decepcionado. Luego lo seguimos, ya sacerdote, a las minas de Ibagué, de las cuales le saca el arzobispo virrey. Volverá después a fijar su residencia en Mariquita, como director de la Expedición, precisamente porque allí están las minas de Santa Ana y porque es aquel un lugar estratégico para colectar y despachar quinas.

El hecho es que entre los papeles del archivo de Mutis, buena parte son cuentas de dineros y gestiones de recursos. Esto pide alguna explicación. ¿Padecería Mutis esa afición por la minería, que según dicen en Antioquia se apodera de los hombres como una fiebre, como una vesania incurable?

La aventura de la Montuosa la encontramos referida por su pluma con admirable buen humor:

Aunque yo venía bastantemente informado de la infelicidad del sitio por D. Jaime Navarro, que había vivido en él cerca de un año, nunca pude formar juicio cabal, ni hacer concepto de lo que es el sitio en realidad. Ciertamente que es necesario venir aquí para conocer lo que sufren los hombres por su gusto, por el interés, o algunos otros fines particulares. Mi condescendencia en venir a este voluntario destierro, abandonando la comodidad de la corte (que hasta ahora no he conocido que Santa Fe es corte) abandonando, digo, las delicias de mi Gabinete, la racionalidad y cultura, tal cual es la de aquella ciudad; mis intereses; ella me ha traído a conocer la miseria de las Indias, miserias verdaderamente increíbles, pero ciertas, y no ignoradas de los europeos que habitan por estas minas. Las muchas incomodidades que padecí este día, parece que fueron anuncio, pero en sombra, de otras mayores que se esperaban. Considerar despacio solamente la situación y fábrica de mi alojamiento era bastante para cubrir mi corazón de la mayor confusión. ¿Y cómo podría ser de otra suerte? No es para menos el verse metido en un nicho menos impropio para criar palomos que para contener un racional. La antesala de mi Palacio, por donde libremente pasa el aire, me dió una idea completa del resto del edificio, que se reduce a una sala desigual, pero muy pequeña, y a un rústico gabinete, más ancho que largo, bien que su anchura no excede de seis varas. La luz entra en esta menos que celda capuchina, por una ventanilla alta de un pie en cuadro. Esta es la casa que dicen alta, pero viene a ser casa en el aire. Debajo tiene su correspondiente despensa y cocina, y aun debajo de la cocina una zanja por donde pasa el agua que sirve para andar el ingenio. Está el ingenio a continuación de la antesala, y hace como una misma pieza con mi Palacio, lo que contribuye no poco a hermosear la perspectiva del edificio. El Ingenio está casi pegado a la falda de un cerro de la ceja occidental, cerro tan poco seguro como todos los de estas cercanías, y tal que ha dejado memoria de su mala vecindad. El Gabinete mira al río, del que dista tanto, que sería fácil coger el agua si hubiera otra ventana por aquel lado. Todo este edificio está entre río y cerro, cuya proximidad se podrá inferir por lo largo de la casa, que apenas tendrá 12 varas. Si mucho debe asustar la mala vecindad del cerro, no debe hacerlo menos la proximidad del río; pues en crecientes regulares baña el cimiento de mi Gabinete, formado de piedras hacinadas, ¿qué no deberá temerse en una creciente extraordinaria? Entonces no sería muy extraño que el río arrastrase con un edificio que no puede resistir a su corriente impetuosa. Y cierto que no es necesario mendigar ejemplares de esta naturaleza fuera de la propia casa arrasada ahora dos años por una fuerte avenida. Esta mediación del río no priva por eso de la ventajosa vecindad de otro cerro algo más alto que el occidental por esta parte. Cualquiera de los dos, o ambos, en un terremoto, si la Providencia del Altísimo por su infinita bondad y misericordia no libra a los que están en estas habitaciones, pueden dar a conocer las admirables ventajas de este suntuoso Palacio. Si no fuera por esta mala vecindad del río y cerros, no podrá haber edificio más seguro para un terremoto. Todo es él de varas más o menos gruesas, y en toda su fábrica no se hallará un clavo. Todo él tiembla y aun se bambolea al piso del cuerpo menos pesado. ¿Qué efecto no hará el movimiento del ingenio con una piedra voladora de más de 150 quintales? No es fácil dar una verdadera idea de este edificio en cuya fábrica hubo de agotar todas las reglas y preceptos de un sexto orden de Arquitectura su constructor Quevedo.

El oro y la plata de Nueva Granada produjeron, no sólo entre los colonizadores, sino entre los gobernantes locales y, por sus informes, en la corte de Madrid, una tremenda fascinación. Como explicamos ya fueron los metales preciosos y las esmeraldas el mejor producto de exportación hacia la metrópoli a través de los largos y asperísimos caminos de la colonia. De la época de las conquistas quedó la impresión de que estas tierras eran excepcionalmente ricas en oro, plata y platino, pues eso fué lo que con facilidad se pudo hallar en poder de los indios, y eran la sangre que vivificó las primeras relaciones entre nuestras tierras. Y no se podía explicar, cómo los indios, sin herramientas, sin técnica de ninguna clase, se habían vestido de oro y habían desarrollado una orfebrería excepcional en el mundo, sin que las entrañas de esta tierra estuvieran preñadas del codiciado metal.

Oro en las guacas, oro en los templos de los bárbaros, oro fácil en los placeres de los ríos. Las montañas que produjeron la civilización del oro a flor de tierra, el país de El Dorado, debían despertar una atracción poderosa hacia la minería. Y en las minas se agotaron las razas indígenas y oleadas negras de esclavitud confluyeron a ellas desde el Africa. Pero el oro era cada vez más escaso, la plata no salía como del Perú y de Méjico, y no se hacían ya en Nueva Granada inmensas y fáciles fortunas como de primero. Tal vez con mejor técnica el oro y la plata volverían a ser lo que habían sido en el Reino.

En este momento de los raciocinios colectivos, le tocó vivir a Mutis. Y él, mejor informado que ninguno sobre los logros de la técnica en otros continentes, hastiado de la vida molondra de Santa Fe y de la pseudo corte, fatigado de teguas, creyó hacer un servicio a la nación resolviendo un problema que flotaba en el ambiente. De paso se sumergiría en la naturaleza y en la soledad que apetecía su espíritu; las que reclamaban su estudio y su vida y las que requería la ampliación areal de sus observaciones.

Con el inseparable don Jaime Navarro y con el otro inseparable don Pedro Ugarte y tal vez con su hermano don Manuel, Mutis había formado una compañía para explotar una mina de las excelentes del rey que era la de Montuosa. Fracasados los primeros, *se determinó que yo viniera a manejar esto.*

Ya vimos por las que le tocó pasar. Además, a un peón se le quebraron los dos codos, la taza del molino se les venció, la pesada rueda

voladora rompió la viga solera y el resultado fué que en dos meses sólo se pudieron enviar a Santa Fe trece marcos de plata.

El péndulo de la esperanza al desengaño, hizo correr cuatro años más los punteros de la vida del hombre incansable. Lo maravilloso es que, ordenado ya de sacerdote, decidiera una vez más consagrarse a la minería. Tal vez en ese momento no tendría del todo descartada la idea de regresar a la península y sabía muy bien que, en España, el indiano que regresa sin cuartos es un «desgraciao».

Es de 1789 una carta suya de Francisco Martínez Sobral, colega queridísimo, donde hallamos los siguientes párrafos altivos:

He disipado, francamente, sin previsión mía, el caudal que iba adquiriendo para hallarme posibilitado de volver a Europa y pegado mi corazón a mi escelente biblioteca y gabinete; formando entretanto una multitud de discípulos y aficionados a las ciencias útiles, en un Reino envuelto en las densísimas tinieblas de la ignorancia, a pesar de una juventud lucidísima, ocupaciones que me constituyen en el oráculo de este Reino con satisfación de mis interesantes tareas... Verdad es que las empresas de minas me cuestan mucho dinero y no pequeños sinsabores de ser reputado por maniático en esta sola parte...

El rumbo hacia las minas del Sapo, en Ibagué, es todavía más extraño porque en ese Real, parece que Mutis era sólo administrador. A pesar del clima benigno sufrió nuevas penalidades que se convirtieron en lo que él quería: en lecciones de naturaleza. Dice así a Linné hijo:

Pero no pude cumplir mi palabra detenido por una penosa enfermedad y por los cuidados gravísimos de la industria de estas minas. Porque desde los principios de mi llegada a este Real de Minas, y por causa de un insecto muy frecuente que entra dentro del cutis de los hombres, ganados y perros, fuera de las niguas, que son muchísimas (y no hablo de éstas) que es diverso del Oestro de las vacas, estuve gravemente enfermo por muchos días. En efecto, el día 24 de febrero de 1777 llegué finalmente a descubrir el molestísimo huésped oculto, que había formado un tumor en la pierna para su habitación. Pero habiéndome dejado imprudentemente aplicar el zumo del tabaco, poniendo encima la leche del plátano guinea (según la práctica común de nuestros rústicos), al punto me sobrevino una crudísima erisipela que, sin poderlo remediar, degeneró en supuración, con grande peligro de mi vida. Finalmente, después de largo tiempo, logré recuperarme, resuelto ya a abandonar este sitio por el miedo de la abundancia de estos insectos y de las muchas culebras, si vuelto en mí no hubiera mudado de pensamiento, exhortándome únicamente a la constancia, con la alegrísima esperanza de los descubrimientos que podría hacer aquí, y la fría memoria de los muchísimos peligros ya pasados. Y así, firme y constante, y aun acostumbrado a tales calamidades, creí que sería muy oportuno dar principio a mis averiguaciones y descubrimientos por el mismo insecto. De aquí es que con tan oportuna ocasión descubrí muchísimas cosas curiosas; y así hallo en muchos lugares de mis diarios las hermosísimas averiguaciones de este insecto, cosas verdaderamente ocultas hasta ahora a todos los hombres, y aun no bien sabidas de nuestros mismos rústicos. De esto hablaré en otra ocasión con la debida extensión. Para mí tengo creído, después de haber examinado los descubrimientos de los viajeros, que es una especie de **Oestro,** *que podré llamar* **Oestro** *del hombre, para distinguirlo del* **Oestro** *bovino, bellísimamente descrito por Réaumur, que he leído varias veces, y que también es aquí muy común; no habiendo podido hallar hasta ahora su historia científicamente tratada ni en los viajeros ni en las relaciones de los museos. Esta nueva especie de* **Oestro** *es del tamaño de la mosca doméstica, y en unos tubulillos en forma de avispero imbricadamente puestos alrededor del vientre de la madre, hasta más de 50 se esconden y anidan unas larvas pequeñísimas. De aquí resulta que, puesta la madre encima del hombre, que, equivocándola con la mosca doméstica, no la tema mucho por no haber antes experimentado sus acechanzas, regala, salva su maldita conciencia, tantos dones, cuantos gusanillos salen de sus tubulillos para buscar nuevo nido dentro del pellejo del hombre; dejándole, sin haberlo primero saludado, los gravísimos cuidados de proveer a la nueva generación en sus necesidades de alimento, casa, educación y aun de la transformación, si pudiera tolerarlo nuestra paciencia, retirándose la madre finalmente, sin arrepentirse del hecho, para acabar su vida en la soledad. También el 24 de mayo de este año tuve la fortuna de conocer en tiempo este mal huésped, que me había entrado en el brazo, haciéndolo sacar sin mucha molestia. Pero ya basta por ahora acerca de este singularísimo insecto.*

No se puede negar que el señor don Celestino debía ser, a pesar de su mala suerte en los negocios, un excelente administrador, pues los virreyes siempre lo ocuparon en cargos de la real hacienda.

Viene aquí otro sector de sus actividades económicas, que lo ocupó y preocupó mucho y robó tiempo precioso a él y a los empleados de la Expedición Botánica, como fué la recolección y despacho de la quina, que se inició dejando un alcance en contra de Mutis.

Estamos a mucha distancia de los acontecimientos para que nos merezcan ardentía las querellas que se suscitaron entre Mutis y el Médico y naturalista panameño Sebastián López Ruiz.

La conducta de López Ruiz se volvió para Mutis el dolor y la contrariedad más grande de su vida; la usurpación de una gloria científica; la pérdida de su merecido título de buen vasallo; la destrucción de los motivos que ante el rey podían alegarse para que apoyara la Expedición Botánica; motivo para no vivir en Santa Fe al llegar allí López, sino más bien recluirse en las minas del Sapo. Un verdadero cataclismo.

La diferencia entre los dos letrados subió hasta el arzobispo virrey; llegó a la corte de Madrid; intervinieron en ella Humboldt y otros sabios; se enteró de ella Linné hijo y terciaron los botánicos del Perú y como vulgarmente se dice, se volvió catedral. El secreto de todo era que tras de bambalinas se movía un adelanto muy poco científico: la exportación de las quinas novogranatenses. Mutis, quien sacaba ironía y lecciones útiles de sus reveses, sólo refiriéndose a López Ruiz pierde su admirable mesura, aunque sin traspasar los límites de la verdad científica. López Ruiz, a su vez, se convierte en denigrador de la gloria mutisiana, acedía en que ha tenido más de un heredero.

No creemos que sobre estas diferencias el historiador deba tomar partido, ni menos que debamos los colombianos obscurecer las glorias de López Ruiz, convertido hoy en figura nacional de Panamá, país independiente tan vinculado a Colombia.

Si atendemos, empero a las correspondencias de Mutis y de López Ruiz, podemos establecer el siguiente orden cronológico, referente a la cuestión de fondo que es la prioridad en el hallazgo de la quina en Nueva Granada.

El conocimiento y empleo medicinal de la quina fueron divulgados en Europa por La Condamine, por los misioneros jesuítas y por viajeros laicos. El origen peruano de la droga dió ocasión a la creencia de que los árboles oficinales — inicialmente se creyeron de una sola especie — sólo se encontrarían al sur de la línea equinoccial. Los hechos básicos en la historia de la quina fueron muy bien dilucidados por J. Jaramillo-Arango, en su **Estudio Crítico** publicado en la **Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid,** en 1949.

Lo que sucedió en Nueva Granada se resume así:

1753. El gobierno español nombró a don Miguel Santisteban director de la Casa de la Moneda en Santa Fe, para que organizara en Loxa el comercio de la quina. Santisteban halló quina ese año en el páramo de Guanacas, donde se la llamaba *palo requesón.*

Santisteban obsequió ejemplares de la quina de Loxa a Mutis, junto con un dibujo de la misma.

1764. Septiembre 24. Mutis envía a Linné la lámina de Santisteban con algunas de las flores de la *Peruvian Bark.* Este envío fué recibido por Linné según carta a Mutis que dice:

Datas a te die 24 Septembr. 1764, litteras, ante octiduum rite accepi, et magnopere ex his excitatus et exhilaratus fui; continebant autem illam pulcherriman iconem Corticis Chinae, una cum foliis et Floribus, qui flores a me antea numquam visi, veram dedere ideam Generis rarissimi quam inde longe aliam accepi, quam e figuris Dni. Condamini. Pro his omnibus ac singulis gratissimam mentem reddo.

1770. Mutis escribe a Linné certificándole que aún no conoce el árbol vivo de la quina. Sin embargo, la descripción original de la quina hecha por Linné se completa con palabras de Mutis.

1772. Tal vez diciembre. Según carta al arzobispo virrey, Mutis descubrió en 1772 el árbol de la quina en los alrededores de Santa Fe. Desde entonces *Promoví,* dice, *el importante plan del Estanco de este ramo, igual y aun superior al de la canela de los holandeses...* Estas afirmaciones se repiten muchas veces en la correspondencia del director de la expedición, especificando que el hallazgo se hizo en Tena, donde apuntó los nombres vulgares de *aliso, azuceno* y *mayal.* Mutis no reclamó oficialmente ninguna prioridad para su hallazgo.

1773. Envía Mutis a Linné hijo muestras de la quina de Tena. Estas se extravían y caen en manos de Bergius, por error de Clemente Ruiz, enviado por Mutis a estudiar mineralogía en Suecia. Ello irritó a Mutis porque esperaba el parecer de Linné para poder recetar la

quina de Tena ya que aún no poseía garantías de sus cualidades curativas.

1774. López Ruiz halla la quina en los alrededores de Santa Fe; envía muestras al virrey, las pasan al estudio de Mutis y éste rinde informe favorable a ellas en 1776.

1778. El gobierno español encarga a López Ruiz el organizar el comercio de la quina de Nueva Granada con 2.000 pesos de honorarios. Este empleo le duró hasta 1783.

1778. Según él mismo lo dice, López Ruiz encuentra la quina en los montes vecinos a Guaduas.

1783. Septiembre 29. El ministro de Indias manda a Caballero y Góngora que castigue a López Ruiz, retirándole de sus cargos, por haberse atribuído un hallazgo que no es suyo.

1790. Tantas discusiones se suscitan sobre la validez curativa de las quinas neogranadinas que el rey determinó suspender el estanco de la quina en el Nuevo Reino así como los envíos de ella a la botica real-de Madrid. Libre el comercio, se desató la destrucción de los árboles por los particulares e inclusive el destinarla para leña.

1800. El gobierno de Madrid envía en comisión a Luis Rieux para que informe sobre las diferencias surgidas.

1801. Informa Mutis al virrey Mendinueta de ciertas interioridades de la comisión de Rieux. Los peruanos desacreditaban las quinas neogranadinas y el comisionado se había puesto a hacer despachos a la península de quinas del sur.

1803. Al mismo virrey — según parece — comenta Mutis la opinión de Humboldt y la experiencia de Bonpland a favor de las quinas neogranadinas.

El episodio se clausuró, según insinúan Mutis y su biógrafo Gredilla, retirando por autoridad real a Gómez Ortega y a Barnades de sus cargos en el Jardín Botánico de Madrid por haber acompañado a Rieux en su farsa y mandando que éste fuera hecho preso en Nueva Granada.

Así comenzó una de las principales industrias de exportación de Colombia, que precedió en importancia a la del café, y que murió cuando los ingleses y holandeses, aprovechados de nuestra negligencia, y por no seguir la conducta de Mutis y de Caballero, hicieron con nuestras semillas, las plantaciones quineras de Java, de la India y de la Indochina.

Otros tributos pagó Mutis a la *maldita* sed del oro. Es verdad que la orden real expedida en 1.° de noviembre de 1783 y que aprobó la Representación, tan llevada y traída, le señaló dos mil pesos anuales para gastos de la Expedición; verdad que los trabajos de ésta costaron a las cajas de Santa Fe una crecida suma de la cual Mutis era único administrador y fiscal; pero por lo mismo él debía vigilar sus inversiones y mirar por que sus empleados cumplieran estrictamente con sus obligaciones. Y mientras Mutis se bastaba con poco y todo se lo gastaba en libros y en el prestigio de la ciencia y en su gabinete, los más pequeños halaban de la manta en favor de sus personales intereses.

Y estas necesidades pecuniarias que al sabio no arredraban, habían de ser, por fin, las que, después de la muerte de Mutis enajenaran las voluntades de unos con otros, entre los miembros de la Expedición y condujeran al descrédito de esa institución gloriosa.

Así el plan de grandeza española llevaba, por obra de la pequeñez de los hombres, un gusano que horadando, horadando, había de lastimar primero sus ramas y después postraría el árbol frondoso.

En las empresas mineras de Mutis se cumplió lo que Caballero y Góngora dijo en su Relación de Mando: *No hay gente más pobre que los mineros, ni que pueda menos satisfacer sus empeños*. Que es lo que en Antioquia se dice entre los tales: *El minero se va, dejando un hueco en la tierra y una deuda donde mejor puede*.

Las minas del Sapo, tierras vírgenes donde entonces había muchos cafuches, fueron una academia para Mutis, quien se muestra satisfecho de tener en esa soledad su biblioteca de 200 libros y su hermoso microscopio. Fueron, sobre todo, su campo de estudios mirmecológicos a los que dedicó tiempo, solicitudes y también no pocos sinsabores. Allí, desamparado de los poderes públicos, bebió la vida neogranadina hasta el fondo de la copa.

CAPITULO XIX

EL ARZOBISPO VIRREY

Estas (preciosidades) hubieran permanecido en su mayor parte desconocidas, si no hubiera yo prevenido el oprobio que ciertamente nos resultaría de que estos extranjeros vinieran a nuestros países a enseñarnos los tesoros de la naturaleza que no conocemos.

A. CABALLERO Y GÓNGORA, **Relación de Mando.**

Apenas se pueden encontrar en la historia de Colombia dos mentalidades descollantes tan gemelas como las de Mutis y Caballero y Góngora, y precisamente es una de las glorias de la obra mutisiana el haber sido realizada en lo gubernamental, más que por nadie, por esa personalidad tan selecta, tan aristocrática, sabia, munífica y tan hispana como fué el arzobispo virrey de la Nueva Granada.

A nada viene abrir el diccionario de la acerbía con que tantos autores obscurecen la noble fortaleza que presenta dos flancos a la crítica. Las fechas que jalonan su vida dicen solas que es mucho lo que en en ella merece comentario, admiración y respeto.

Era Caballero natural de Priego de Córdoba y nueve años mayor que Mutis, pues nació en 1723. Se educó en Granada; ascendió a canónigo lectoral de Córdoba (1753-1775) y a obispo de Mérida de Yucatán (1775-1778), de donde fué promovido, en 1777, al arzobispado de Santa Fe de Bogotá. Llegó a su sede y comenzó a gobernarla en 1778.

En virtud de los pliegos secretos enviados por el monarca con su virrey Flórez, y por haber muerto el virrey Pimienta a los cuatro días de su llegada a la capital, el arzobispo quedó encargado del gobierno civil, primero en forma interina y excluído el ramo de justicia, que cuadraba menos con su carácter eclesiástico, después definitivamente y con la totalidad de los poderes.

Francisco Silvestre Sanchez, secretario del virreinato y quien vino a él con Messía de la Zerda, que después fué gobernador de la provincia de Antioquia, y quien en 1789 nos dejó una *Descripción del Reyno de Santa Fé de Bogotá*, autorizada por el momento en que se escribió, mas no por el apasionamiento que domina a su autor, hace al arzobispo virrey severas críticas por su nepotismo, por su afán de tener a todos contentos más con palabras que con obras, por su propensión a la adulación y la lisonja, estilo más Richelieu que Cisneros, por su poca aplicación al trabajo y, finalmente, por haber tolerado en su corte la formación de cierto secreto triunvirato que no permitía que llegara a oídos del mandatario el desengaño.

Pero en todas las páginas que a ese gobierno dedica Silvestre Sánchez, se deja traslucir más un resentimiento de burocracia eliminada, que un criterio perspectivo de los grandes problemas del estado donde, con una renovadora visión de América, puso mano, para resolverlos, el arzobispo virrey.

En la comprensión de América está la grandeza de Caballero y Góngora y en eso se parece a aquel gran prelado que abrió surco en la cultura de Nueva España, y cuyo nombre veneramos, don Vasco de Quiroga, obispo de Michoacán. Pero difiere de éste en la apreciación del principio por donde los gobernantes debían iniciar la implantación de la cultura en el nuevo continente. Mientras Quiroga ponía todo su empeño en mejorar a las masas y en elevar la condición de los indios, Caballero y Góngora, concentraba su esfuerzo en la mejor formación de las clases dirigentes; en convertir las capas sociales superiores en elementos activos de una vigorosa transformación y transmisión culturales. Era la consecuencia de su fe en las selecciones, a cuya sombra se había de formar en Colombia lo que yo llamo la generación ígnea.

Porque eso era el arzobispo virrey: un auténtico tipo selecto. Su ilustración se mide por los títulos, no más, de su biblioteca; su refinamiento por los nombres de los grandes pintores: Murillo, el Españoleto, el Guido, Rubens, Miguel Angel, cuyas obras transportó, entre mil dificultades, para rodearse de ellas en Mérida y Santa Fe; su patriotismo se evidencia en la comprensión y apoyo a la Expedición Botánica de Mutis, cuya entrada en la Historia, gracias a él, fué magnífica; sus dotes de gobierno aparecen claras en ese documento admirable que es su **Relación de Mando;** su generosidad, en las obras pías que socorrió; en las donaciones que hizo a su partida, de todo cuanto poseía y en las deudas que contrajo para servir a sus súbditos; por fin su valentía, su noción del deber — y éste es un detalle no más — en los viajes que ya sexagenario, emprendió para aprender y captar las necesidades de sus dos gobiernos.

Caballero y Góngora, como lo hemos visto, adjuntó a Mutis a su casa en el año 1782 como su confesor y consultor con el mismo refinamiento con que hacía colgar en el testero de su alcoba un Cristo de Rubens o una Madona de Sassoferrato. De él no se separó del todo, sino cuando en 1784 se trasladó a Cartagena y Turbaco de donde regresó a España en 1789 para ocupar el obispado de Córdoba en el cual acabó sus días en 1796.

Servicios de parte del sabio, protección de la del arzobispo virrey. Se haría un análisis apasionante si penetrando en las conversaciones privadas y en los indicios que, como por rendijas, se escapan de la historia, nos fuera dado tamizar lo que cada uno de esos hombres aportó a la obra del otro.

Resulta admirable que en diez años que Caballero pasó en Nueva Granada hubiera podido adquirir un criterio tan lúcido de los antecedentes para regir la nación y una visión tan nítida de sus necesidades, como se evidencian en su Relación de Mando. La trayectoria histórica del país, sus recursos naturales, la orientación de su futuro, poquísimos las han conocido como el arzobispo virrey. La predicha **Relación** y otros escritos suyos se hallan impregnados de tanta veracidad que no hay fuente histórica más firme que ellos sobre los sucesos de su época en nuestra patria. La Relación de Mando es una exaltación de lo que podríamos llamar una política naturalista, y explica por qué en una transformación por lo alto de la Nueva Granada, como la pretendida por el noble mandatario, le venía como anillo al dedo, el apoyar los planes de Mutis y vigilar con solícito cuidado personal el desarrollo de la Expedición Botánica hasta en sus mínimos detalles.

Caballero y Góngora encuentra a Mutis en el Cerro del Sapo, en lo que él llama su *delicioso aislamiento;* intenso en su plan de Historia Natural de la América septentrional; pero desoído de la corte, desperdigado, forzado a bajar la rampa de los años, sin fe en España, alumbrando con los últimos resplandores de su entusiasmo el cuerpo moribundo de sus planes y de su orgullo patriótico. Y él, que cuenta con el irrestricto favor del secretario del despacho general de Indias, don José Gálvez y Gallardo, Marqués de Sonora — un hombre que firmaba como quien sabía lo que pesaba en la corte — lo tomó bajo su tutela y juzgó que era un prestigio para su gobierno apoyar al sabio preterido.

Ni siquiera aguardó a que la Representación de Mutis fuera exhumada de los archivos, considerada y aprobada. Sino que sin pérdida de momentos, que sabía no eran suficientes los de las energías del sabio, y menos los de su propio gobierno; eventualmente, a su personal costo y bajo su responsabilidad, hizo que la expedición emprendiera sus trabajos metódicos, acumulativos, con ritmo de conquista sobre la senda dilatadísima prefijada por Mutis.

Si tuvo fe en las selecciones, si quiso comenzar la obra cultural fijando la altura de la clave de bóveda, y por eso estimuló la renova-

ción universitaria, también tuvo el mérito de creer que esas selecciones podían surgir, por el estudio de la naturaleza, en la juventud americana y en el patriotismo vinculativo. Por eso, en nombre de América le dió las gracias, en su discurso jubilar, el doctor José Vicente Castro Silva, preclaro rector del Rosario, en apóstrofe elocuente.

El gobierno de Caballero y Góngora desató en la Nueva Granada una efervescencia increíble por el estudio de los recursos naturales del territorio que hoy es Colombia. En este sentido actuaron de informadores, no sólo los miembros de la Expedición Botánica, sino muchas otras personas a las cuales el virrey contrataba para investigaciones especiales y a quienes se daban instrucciones precisas sobre las averiguaciones que debían transmitir.

Hoy son dirigidas a don Juan de Castro quien debía informar sobre el sur del Huila; ora se piden al P. fray D. García, benjuí, conchas y caracoles, minerales de plomo y noticias sobre animales; ora es él mismo quien informa sobre los indios del Caquetá y Putumayo; aquí el doctor Antonio Gago debe enterarse sobre minas de azogue y allá finalmente, se instruye a todos los jueces y curas párrocos para que, por sí mismos o validos de personas de buena capacidad, aporten noticias sobre cuanto hay interesante en la naturaleza de sus tierras.

Honra también al Nuevo Reino la iniciativa presentada al rey por Caballero y Góngora de formar al lado de Mutis algunos jóvenes que enviados a España pudieran dedicarse a las prácticas y enseñanzas de la Botánica, plan que vino a cumplirse en Francisco Antonio Zea muchos años después.

Como otro nuevo don suyo a la Nueva Granada aparece la formación política que dió Caballero a algunos hombres que hicieron época en nuestra historia, como fué el oidor Juan Antonio Mon y Velarde, quien transformó el espíritu de Antioquia, según autorizados sociólogos, y que ha merecido el título popular del *Moisés de la Montaña*. Pasó después a Quito y sirvió mucho a la expedición de Mutis, cuyo amigo era, en el enganche de dibujantes (15).

El 20 de Octubre de este año (1784), dice un cronista, *salió para Cartagena el Señor Arzobispo Góngora con toda su familia, sin saberse el fin de tan intempestivo viaje: todos estamos mirando y nadie sabe lo que es: ello dirá.*

Tal vez el arzobispo virrey no quiso alarmar inútilmente a Santa Fe propalando los fines de su viaje que eran atender personalmente a la sujeción de los indios darienenses y defender las costas de posibles ataques de los ingleses y del contrabando de los judíos de Curazao, causas que antes retuvieron y llevaron allá a los virreyes Messía de la Zerda y a Flórez.

Durante su permanencia en la costa, fueron frecuentes las comunicaciones entre el doble mandatario y su consejero naturalista y no es extraño que la misma Relación de Mando, firmada el 20 de febrero del 89, tenga un dejo especial, inconfundible de los conocimientos y puntos de vista de Mutis. En esos días éste se hallaba sumido en el remolino de sus estudios en Mariquita, en plenitud de medios y de recursos, gracias a su protector y merced a la conexión directa que él le había procurado con el ministro Gálvez.

Cuando en noviembre del año 84 se embarcaba Caballero y Góngora con sus familiares en el Río Grande con destino a Cartagena y Turbaco, sin duda que entre la turba de cortesanos, lacayos y soldados que dejaba en la orilla, vió también unos ojos negros que le miraban con infinito agradecimiento. Y el arzobispo virrey, al doblar la curva primera que describen las aguas amarillas volvería a mirar entre el grupo ilota, una sobria y noble figura procera.

(15) En su diario a 29 de junio de 1785 anota Mutis la visita que le hizo en Mariquita el oidor Mon y Velarde a quien salió a recibir al camino de Honda y añade *pasa por Honda para seguir a su grande comisión de la visita de Antioquia.*

DON FRANCISCO ANTONIO ZEA
Retrato en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su firma, según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo.

DON FRANCISCO JOSE DE CALDAS
llamado «el sabio mártir». Retrato en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su firma, según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo.

DON JOSE C. MUTIS
sosteniendo una ramita de Mutisia grandiflora. *Retrato perteneciente al Observatorio Astronómico de Bogotá, de autor desconocido. Autógrafo tomado de F. Gredilla.*

DON JORGE TADEO LOZANO
Retrato en el Museo Nacional de Historia en Bogotá. Su firma, según fotocopia del Instituto Caro y Cuervo.

CUARTA PARTE

LA REAL EXPEDICION BOTANICA

PRESENTADO a Su Majestad el Memorial en que Mutis le proponía fundar la expedición, ésta recibe todo el favor que le podía suministrar la realeza.

La expedición inició sus labores como tal en la Mesa de Juan Díaz, pocos meses después fué trasladada a Mariquita, y años más tarde a Santa Fe. Su personal científico de planta fué siempre reducido, pero los artistas pintores, reclutados en la Península y en todo el Nuevo Reino, aumentaron su rendimiento e hicieron de sus materiales iconográficos una realización estética y científica de valor inigualable.

En sus tres localidades, el sistema del trabajo taxonómico fué digno del sabio director, no sólo por el fervor investigativo y por la suma copiosa de los datos registrados, sino hasta por los mínimos detalles del orden administrativo y por sus valores humanos. Estos consistían en la exaltación del medio y de la inteligencia americanos, en la búsqueda inquieta de nuevas fuentes de bienestar para los pueblos y de productos para el comercio antes no conocidos, y en la lealtad a España, una, grande, libre e igual para todos sus súbditos.

La Real Casa Botánica era un plantel de sabiduría y de patriotismo, de trabajo y de orden y el estudio se extendía a todo el Nuevo Reino, merced a los comisionados, fijos o eventuales, que desde remotas provincias enviaban sus datos y sus ejemplares. Así, aquella labor constituyó el ápice cultural de la América hispana, que de haberse mantenido, hubiera llevado a la Colombia de hoy a un progreso insospechable.

La fama de Mutis se desbordaba más allá del continente, a la medida con que crecían sus servicios a la ciencia y su autoridad de honrado investigador. Esa atrajo a nuestro suelo a Alejandro de Humboldt, el más sagaz de los exploradores de la América equinoccial. Desgraciadamente sus dotes excepcionales hicieron recaer sobre Mutis tan múltiples responsabilidades del fomento del Nuevo Reino, que su salud se resintió cuando era más preciosa para lograr el acabado de la Flora.

Mucho han discutido los críticos sobre si Mutis dejó o no completa la parte descriptiva de su obra. Hoy podemos afirmar con certeza lo que siempre supusimos, a saber: que los icones de Mutis contienen suficientes datos para describir cada una de sus especies; que todas las plantas de Mutis fueron estudiadas y descritas con exquisita minuciosidad en borradores; que él descubrió innumerables especies y géneros de la flora colombiana que eran nuevos en su tiempo; que sólo su mínima escrupulosidad científica, su preferencia por el acabado perfecto, su desprecio del renombre fácilmente logrado, y sobre todo las tormentas políticas que agitaron a España y a América en los comienzos del siglo XIX, impidieron la continuidad de la Real Expedición Botánica y la publicación de la Flora.

Vencido de sí propio y de la incomprensión de los hombres, Mutis muere en 1808.

CAPITULO XX

EN LA MESA DE JUAN DIAZ

En el primer día del viaje, 29 de abril de 1783, desde Santa Fe a Puentegrande... se reconocieron los ranúnculos...

Comienzo del **Diario** de ELOY VALENZUELA.

Aquella mañana se veía más gente que de ordinario en las calles de Santa Fe, porque desde los días anteriores había corrido la noticia — salida de palacio y del Rosario — de que el señor don José iba a dar comienzo a una empresa que traería gran lustre al Nuevo Reino. José Camblor, empleado de la Secretaría de su excelencia, don Bruno Landete y tal vez el dibujante Pedro Caballero venido de Cartagena, quienes por motivos de última hora no pudieron salir, estarían presentes a despedir a sus amigos entre el grupo de curiosos campesinos y madrugadores desprendidos del mercado. Por las calles empedradas, el caporal Roque Gutiérrez y los arrieros, habían llegado con las bestias cuando apenas la luz parpadeaba. Al fin después del mediodía el portón de campo, de anchas hojas, se abrió y dió salida a la ruidosa caravana (16).

Rompía la marcha Mutis en su fuerte caballo, como él dice, con rostro sencillo, pero satisfecho porque al fin se iba a cumplir el gran designio, con sonrisa de portón abierto y cara de quien ha visto la estrella inconfundible. Santa Fe lo había conocido mozo bisoño, pero ya acababa de cumplir cincuenta y un años y estaba curtido en viajes por el trópico indio. Para manejar las bridas usaba guantes, pues con ellos le hallamos aun en los calores de Honda.

Le seguía un joven, casi de veintisiete años, que era Juan Eloy Valenzuela, de perfil aguileño y aristocrático. Ambos vestían chupas obscuras, que eran a modo de chalecos con faldillas y con mangas ajustadas, pantalones ceñidos de ante, medias altas, calzado de hebillas de plata y amplios chambergos que era la indumentaria de los clérigos de la época.

Detrás iban el maestro Pedro Antonio García, dibujante, que hacía veinte años trabajaba con Mutis — el viejo *Marrullas*, como aquél lo llamó en alguna de sus cartas — y tal vez el señor José Antonio Candamo, oficial de los herbarios. Por último, apretujada y asustadiza, andaba la recua de las mulas que llevaba las toldas; las petacas, con papeles para la preparación de ejemplares y para el dibujo; útiles varios, cera para alumbrar, al lado de colores, drogas y víveres y pinceles. Junto al estribo del patrón con su mochila al hombro y un aparato delicado en la mano, el indiecito Luis Estevan, cenceño y ágil como una ardilla y con la cara rosada sobre moreno, como manzana sanjuanera, trotaba listo a coger las plantas que se le indicaran.

Bajarían por las calles del Chocho, de la Sal y de las Botellas a coger, junto a San Victorino, el puente del San Francisco; echaron por el camellón polvoriento que enrumbaba a la Puente de Aranda y siguieron hacia Mosquera, por el camino de ruedas que sería, con pocas diferencias, la ruta actual de la carretera de occidente.

— ¡Fetecua! ¡Fetecua! ¿Olvidasteis el azadón?

— No, mi amo. Aquí lo *treigo* y está *afilao*.

El fresco de la mañanita sabanera les dió en la cara cuando cruzaban los pantanos que se extendían por donde hoy corre la avenida de las Américas. Iban mirándolo todo a su alrededor.

Ese ranúnculo que emerge de las aguas como un botón de oro; esa lengüevaca, esa malva común, esa altamisa, esos geranios, la guaba — hierbas mil veces pisadas — cobraban — pasando ellos — un brillo de amanecer que los transformaba.

— Esa es tu especie, mi Estevan, la *Estevania* (17), que te inmortalizará ante los sabios por tus buenos servicios y los que nos harás en adelante. Todo lo más humilde tenía en aquel momento un halo de perennidad.

— Aquí no hay nada nuevo, todo está reconocido, decía el del caballo grande. Tú, Estevan, quédate a nuestro lado. Vosotros seguid adelante con la recua, avisad en Puentegrande que almorzaremos ahí y armad las toldas antes de la Bocamonte, en suelo seco, al abrigo de unas barrancas que se ven después de Bojacá.

Ordenes del señor don José se cumplieron a la letra. Se siguió por el camino que pasa el río Balsillas junto a la laguna de la Herrera y se torció a la siniestra hacia la cordillera rebajada que delimita la sabana sobre las tierras templadas del lado de Tena, no sin detenerse entre los tunales que crecen por esos contornos para examinar el precioso animalillo que da la cochinilla y que como una lama blanca se prende de las palas de las opuncias.

Cuando ya caía la tarde, llegaron a la ladera donde los peones los estaban esperando con las toldas ya armadas y la hoguera prendida, de donde se elevaba un humo azul que se perdía en el cielo y un tufillo de cocido que penetraba en sus cuerpos cansados. Allí durmieron al croar de las ranas.

A la mañana siguiente padecieron una liviana contrariedad, muy frecuente en esta clase de viajes. Los peones no habían asegurado bien todas las mulas y unas no parecían. Sin duda se habían regresado a su potrero habitual. Gracias a Roque que era un galgo para seguirlas y conocerles las pisadas no tardaron en tener juntas todas las cabalgaduras y pronto las vieron ensilladas y listas con sus aperos y monturas nuevas y muy bien revisadas, como para largo viaje.

El camino pasaba junto a la cerca de piedra de la hacienda de Fute, que fué de los expatriados; llegaba a la Bocamonte y bajaba a la hacienda de Tena por una espesa montaña de quinas, las cuales Valenzuela iba ávido de ver por primera vez; de cedros, de nogales, granadillos y guásimos conocidos por don José desde el 72. El sotobosque era riquísimo de especies herbáceas, casi todas fructificadas con las primeras aguas (18). Luego, cuando ya el calor de las tierras templadas se comenzaba a sentir, descendieron al Guayabal y a la Parroquia de La Mesa de Juan Díaz, al atardecer del primero de mayo. Allí se alojaron en la casa grande que quedaba pegada a los cimientos de la iglesia que entonces llamaban nueva, casa que les fué cedida por un eclesiástico

---

(16) Dos descripciones tenemos de esta salida para la Mesa: una de Valenzuela y otra más precisa de Mutis. Dice éste así en su **Diario** para 1783, según la recopilación de Guillermo Hernández de Alba:

Resuelta la Expedición para la Mesa de Juan Díaz, salimos el día 29 de Abril de 1783, de la capital de Santafé y, caminando a un paso regular, llegamos a Puente Grande a las dos y cuarto de la tarde. De aquí salimos a las cuatro siguiendo el mismo paso que antes y llegamos a Balsillas a las cinco y tres cuartos de la tarde y concluimos la primera jornada.

Por segunda vez Mutis abre el diario de la Expedición diciendo:

«Día 29 (Martes) de Abril de 1783.

Después de muchas fatigas y cuidados, que cuesta en estos Países la preparación de un viaje destinado al progreso de la Historia Natural con la crecida familia de compañeros: y criados a que corresponde un abultado equipaje, salimos finalmente a la Mesa de Juan Díaz: sitio que eleji por todas sus proporciones para la colección de producciones naturales.

(17) La *Estevania*, género creado por Mutis, no pudo revalidarse, pues resultó ser la *Justicia coccinea*, según dictamen del mismo Linné.

(18) Mutis revela complacencia cuando observa que sus preocupaciones van pasando al espíritu de su compañero en estas palabras de su **Diario de Observaciones:**

El Dr. Valenzuela, bien olvidado de los malos pasos, llevaba toda su atención fija en árboles y plantas, deseando impacientemente la hora de ver la quina viva en su suelo nativo. Logró verla y discernirla por sí mismo, por los conocimientos que de ella tenía en los ejemplares vivos.

de apellido Rojas, que había sido promovido a mejor feligresía. Ese era el término de su primer viaje.

La Mesa era parada obligatoria para los viajeros que de Santa Fe pasaban a las ricas haciendas, hatos y trapiches de Tocaima y para cuantos, vadeando el río de la Magdalena en Guataquí, se dirigían a Ibagué, a Timaná, La Plata y Popayán, camino de Quito y del Perú. Hervían en la única calle las recuas y los arrieros; de las puertas a uno y otro extremo, salía un olor a chicha y guarapo que tumbaba; alrededor de la única plaza, a las puertas de las casas de dos pisos y en los balcones, los señores descansaban en sillas mecedoras o en taburetes recostados a la pared.

Poco a poco se fueron retirando los contertulios a sus interiores, las mulas a sus corrales y potreros y los arrieros a sus albergues. La calle y la plaza quedaron solitarias; las chicharras y los grillos entonaron desde los ocobos en flor sus maitines semitonados y la brisa fugaz jugaba con el refajo de las plataneras y mezclaba en un filtro embriagador perfumes de azahares, de jazmines y de gardenias.

El día 2 se empleó en arreglar la casa, según las disposiciones del señor don José, quien juzgaba que del buen orden depende la eficacia del trabajo.

Reconocer la localidad de La Mesa, era ya vieja aspiración del recién nombrado director de la Expedición Botánica. Allá le habían atraído las informaciones de don Miguel de Santisteban, su amigo y conocedor de quinas. Allá se habría, tal vez, asomado él mismo, recién llegado de España, cuando con el virrey La Cerda comprobaba su poca fortuna en la caza de venados y su poca puntería contra las torcazas de Bojacá. La Mesa era también la patria de dos loritos que alguien regaló a Mutis y que llegaron sin saber hablar, por lo cual él les buscó maestro, ya que se confesaba incapaz para darles competente educación lingüística por sí mismo.

Dice así el **Diario** del 14 de noviembre (sábado), de 1762.

Me hizo el favor S. E. de incitarme a que saliese a examinar la quina que decían hallarse tan cerca de Santa Fe, como que no distaba un día de camino; distancia entre Santa Fe y la Mesa de Juan Díaz; donde se dice hallarse el árbol. El primero que me dió esta noticia fué don Miguel de Santisteban. Me la confirmó mi criado Carlos, vaquiano de aquel terreno.

Conocemos perfectamente y día a día las labores de la Expedición Botánica en La Mesa de Juan Díaz, gracias al minucioso diario llevado por Eloy Valenzuela y que publiqué por encargo del Ministerio de Educación prologado y anotado, con alguna colaboración histórica y mucha económica de M. Acevedo Díaz, actual Presidente de la Academia de Historia de Santander.

Corre con algunas pequeñas lagunas desde el 29 de abril de 1783, hasta el traslado de la expedición a Mariquita, hecho que ocurrió el miércoles 9 de julio del mismo año.

Fueron dos meses de un desbordamiento de estudios sistemáticos, de batidas exhaustivas sobre la vegetación y la fauna de Guayabal, del camino del Tigre, de Doima, de Tena, de las lagunas Verde y de Pedro Palo, de la cuchilla llamada Nariz de Escalante y de las orillas del río Bogotá, tierras donde el Colegio del Rosario tenía extensas posesiones. No quedó matorral por revisar, ni bosque, ni prado, ni regato, ni tronera por escudriñar, ni en el clima templado ni en el caliente.

Temprano montaban a caballo Mutis y su segundo Valenzuela para salir al campo a recorrerlo, acompañados de los herbolarios, quienes debían coger las plantas indicadas por ellos, arrancarlas de raíz y llevarlas a la casa para su estudio, dibujo y conservación en el herbario. Regresaban a medio día y de nuevo salían a la tarde para una nueva excursión. Con la caída de la noche todos volvían a sus cuarteles y entonces a la luz de las ceras empezaba el trabajo del examen, de las anotaciones, de las instrucciones al dibujante sobre los órganos que debía poner en claro; del penetrante, prolijo, meticuloso y supremo dibujar. Hubo planchas que se comenzaron a las cinco de la tarde y se terminaron a las nueve de la mañana del siguiente día, que parece se elaboraron a lo largo de toda una noche para que las flores no se marchitaran.

Los mesunos que por rareza se retardaban en llegar a sus hogares, verían las ventanas de la casa botánica abiertas, y que dentro las luces oscilaban como respirando. Sólo se oían voces graves entrecortadas de cosas que ellos no entendían.

Las primeras plantas que dibujó el maestro García en La Mesa — establecida ya por Caballero y Góngora la Expedición —, fueron el Azuceno de Monte que se inició el día 4 de mayo de 1783 y se concluyó el 6; luego vino el Almizclillo, desde el 8, a la mañana del 9; la tercera fué el Maduraplátano que se empezó el 7 y en el que se mantuvo hasta el 8 por la tarde. Tales dibujos debieron hacerse en negro-gris, pues sólo más tarde se les ocurrieron los medios de ponerles color.

Desgraciadamente aún no estamos en capacidad de decir si esos dibujos se conservan, ni cuáles son; ni de examinar por ellos el trabajo del pintor A. García en aquel momento (19).

Las plantas desecadas iban amontonándose en el herbario; las descripciones de ellas iban aumentando y creciendo, día por día, la colección de los dibujos preciosos.

Aquí está la maranta, encontrada en Quitasueño; aquí la *Turnera ulmifolia* o Buena vista; aquí numerosas pasifloras, allá otras y otras innumerables especies. Más allá el guayabo cimarrón al que Mutis creyó especie nueva y lo llamó *Valenzuelia* (20).

Se consulta en los grandes maestros Linné, Jacquin, Plumier, Loefling y se trata de hallar la determinación y clasificación definitiva según el **Systema.** De todas maneras se hace la descripción de la planta íntegra y la más minuciosa de los órganos florales según la nomenclatura de Linné y de Ventenat. Lo que no ve el ojo desnudo se inquiere con la lente: «*con el vidrio*», como dice Valenzuela.

Otro género de datos colectó la expedición, bien interesantes. Mutis se hace acompañar de un «rústico» o campesino de la región, de uno de esos leñadores o «yerbateros» que nunca faltan, famosos por conocer muchas plantas y muchas aplicaciones de ellas. Con criterio selectivo se le averiguan los nombres vulgares de las especies y los usos etnobotánicos de cada una. Todos los datos pasan a las memorias y a las anotaciones. Así se incoaba el estudio inacabable de las aplicaciones de las plantas, se aprovechaba la experiencia popular y se ampliaba hasta lo infinito el interrogante botánico, porque Mutis profesaba que al uso popular se debían muchas aplicaciones de la medicina y de la técnica y que en las observaciones del vulgo *nada hay despreciable hasta poder separar lo cierto de lo dudoso y falso*. Las plantas pequeñas se arrancan de raíz, y si tenian turmas — así habla Valenzuela — éstas eran pesadas con exactitud porque era preciso ese dato para futuros estudios farmacológicos, químicos y agrícolas. No estaba entonces en vigor el sistema métrico decimal, sino que se medía en toesas, pies, pulgadas y líneas para longitudes y en onzas y ochavas en la balanza.

Y los días pasaban y la sed de averiguaciones crecía y el sendero se alargaba y los campos y desfiladeros de La Mesa se iban dilatando hacia nuevos secretos e intereses.

El señor don José había visto en años anteriores una planta acuática que le habían traído a su posada diciéndole que la habían cogido en una de esas lagunetas que tanto abundan en los alrededores de La Mesa. Se la buscó con ahinco hasta dar con muchas que pudieran acomodarse a sus descripciones.

---

(19) La frase de Bergius: *Mirabar valde, cum icones...*, copiada por Mutis en carta a D'Elhuyar se refiere a láminas pintadas por el maestro A. García, como lo advierte, con fundamento, el P. Uribe. Añade este autor calificando el trabajo de García, que sus láminas son buenas en cuanto al dibujo, pero imperfectas respecto al colorido y la perspectiva.

(20) Fué en la Mesa, donde Mutis pudo examinar al «guayabo cimarrón», árbol común de nuestros climas templados, cuya diferencia entre los pies machos y hembras no había verificado, y al cual puso nombre genérico de *Valenzuelia*. El episodio merece copiarse y es como sigue:

Se halló en flor el Guayabo Cimarrón, por cuyo carácter completo suspiraba yo desde que lo vi por primera vez en Anapoima en mi viaje del Sapo a Santafé, por principios de 1782. Por el examen de las flores que hice entonces habiendo mandado cortar el árbol, en cuyas flores vi tres filamentos que me hicieron sospechar una especie triginia. Así conservaba la especie de este precioso árbol que deseaba hallar florido para dibujarlo. Con tan felices circunstancias lo halló el Dr. Valenzuela que recorría las inmediaciones por el lado opuesto al que yo había seguido para descubrir las laderas de las vegas del Bogotá. Se llenó de gozo para comunicarme su hallazgo. Hicimos cortar varias ramas y hallando las flores de diverso estado a las que yo examiné en Anapoima, vimos que todas eran hembras. Por fortuna estaba a un lado otro árbol que conocimos por su cáscara y viéndolo diversamente floreado, hicimos cortar ramas en que hallamos los machos en el número constante de nueve. Es árbol Dioica Enneandra que caracterícé por nueva y justísimamente la consagré con el nombre de Valenzuelia a mi compañero en los trabajos y gustos.

La *Valenzuelia* Mutis pasó a ser *Picramnia corallodendron*, bellamente representada en los icones de la Expedición.

Porque, desgraciadamente, antes de cumplir el mes, el director de la Expedición había sido llamado a Bogotá donde era importante su parecer sobre la campaña contra la epidemia de viruelas y sobre la eficacia de la vacunación para combatirla.

Es del 15 de marzo y escrito en Santa Fe un informe luminoso de Mutis donde no sólo trata del procedimiento de Jenner, sino, sobre todo, de la manera de vencer, con discreción, la repugnancia de las gentes a estos métodos nuevos de inmunidad.

Debió, además, Mutis escribir por orden de Caballero y Góngora un informe acerca de la misma expedición, destinado al ministro Gálvez y que firmó el día 27 de marzo de 1783.

Cierto día Mutis, regresado a La Mesa, recibió una orden de trasladarse a Mariquita con todos sus compañeros y elementos, por el camino de Tocaima, Guataquí y Ambalema (21). Así lo disponía su excelencia para que, en adelante, pudiera el sabio vigilar la explotación de las minas de Santa Ana, situadas en esa población extrema de los llanos del Tolima y la recolección y despacho de las quinas de los Andaquíes.

La Mesa quedó atrás; su misterio floral, desflorado y preñante. Al menos, sin embargo, la Expedición se hallaba en marcha y Valenzuela se había posesionado ya de los métodos y del afán investigativo del señor Compañero.

Cuando desde las laderas que bajan a Tocaima y Guataqui volvieron a mirar atrás, al campo de sus primeras recolecciones acumulativas, vieron el dilatado anfiteatro que abrazan los ríos Bogotá y Apulo, sus bosques de verde obscuro, sus cañaduzales claros, sus potreros donde se cebaban los ganados venidos del Tolima; las laderas donde los grupos de palmas reales resaltan entre jirones de niebla — esos que prodigiosamente pinta Gonzalo Ariza — al lado de los cámbulos florecidos en rojo, los gualandayes purpúreos y los ocobos rosados y contemplarían en éxtasis, allá arriba, La Mesa de Juan Díaz en su cerco de precipicios, que ofrecía sus casas blancas al sol de la mañana.

(21) Tocaima fué fundada en 1554. Juan Díaz se construyó en Tocaima, junto al Patí (río Bogotá), en la vega que cae bajo el emplazamiento actual de la ciudad, una casa que pudiera servir de Alcázar. Además de las maderas finas que halló en los bosques vecinos, trajo de España azulejos, vidrieras, rejerías y artesones. A causa de esa rica construcción estuvo por mudarse la Real Cancillería de Santa Fe a Tocaima. La introducción de los alfarjes o techos mudéjares en que abunda la arquitectura religiosa santafereña, es parte de la biografía de Juan Díaz Jaramillo, el *Rico*, quien, después de la conquista de Nueva España, se alistó en el Nuevo Reino para la expedición de los panches, comandada por Venegas Carrillo.

CAPITULO XXI

EN MARIQUITA

En medio de la naturaleza, se persuade el hombre de que el espacio no faltará a los observadores científicos.

HUMBOLDT. **Cosmos.**

Dijimos que había sido mala ventura de los biógrafos de Mutis la confusión cronológica cuando interesados en el panegírico y haciendo capítulos por virtudes y méritos — muy al estilo de las hagiografías populares — habían dado ocasión a que los menos investigadores situaran en Mariquita hechos sucedidos en Santa Fe, y al revés. Volvamos por eso al orden de nuestra relación, que es así:

1764. *Junio* 20. Ultimo envío de la Representación de Mutis al rey.

1782. Visita de Caballero y Góngora a El Sapo y accesión de Mutis a su casa.

1783. *Marzo* 27. Carta de Mutis a Caballero y Góngora exponiéndole los planes concretos para la expedición.

1783. *Marzo* 31. Oficio de Caballero y Góngora a Gálvez comunicándole la creación provisional de la expedición y pidiéndole gestione para el real designio en su favor.

1783. *Abril* 1. Nombramiento de la expedición por Caballero y Góngora.

1783. *Abril* 29. Salida de la expedición para La Mesa.

1783. *Julio* 9. Traslado de la expedición desde La Mesa a Mariquita. Mutis, al parecer, regresa de Ambalema para Santa Fe.

1783. *Noviembre* 10. Cédula del rey Carlos III, dada en San Lorenzo el Real, aprobando la Expedición del Nuevo Reino y asignándole recursos que se tomarían de las *cajas de Santa Fe* o de cualesquiera otras cajas del virreinato.

1783. *Diciembre* 16. Retiro temporal del dibujante García.

1783. *Diciembre* 18. Aparecen en la expedición Mutis y el Padre García.

1783. *Diciembre* 31. Mutis recibe carta de Madrid, dirigida a él como director de la Expedición.

1784. Concurso de forasteros a Mariquita, que pudo ser el paso del virrey arzobispo para la costa.

1784. Llega a Santa Fe la Real Cédula *ut supra*, probablemente a mediados de abril.

1784. *Abril* 22. Baja Mutis a Mariquita, desde Santa Fe con García y Rizo y con el *ánimo de formar la colección general de plantas propias de América.*

1784. *Mayo* 8. Se interrumpe a media página el diario de Eloy Valenzuela, quien el 12 sale para Santa Fe.

1785. *Julio* 12. Terremoto destructor en Mariquita.

1791. Traslado de la expedición a Santa Fe.

Quizás — y de ello hay fundadas esperanzas — avancen tanto las investigaciones mutisianas que podamos en día no lejano precisar los años y los meses en que Mutis permaneció de inmediato al frente de los trabajos de su expedición y no alejado por otros menesteres del consejo, de las gestiones que le imponían los virreyes o del cobro, siempre difícil, de las sumas para pagar sus colaboradores. Mientras fué su segundo E. Valenzuela pudo estar seguro de que las cosas en La Mesa y Mariquita marchaban a su satisfacción.

Pero esta sustitución admirable del clérigo *compañero* terminó el 12 de mayo del 84, dejando desde el 8 el diario del gironés, interrumpido.

Más dificultades presentaba, aunque era más necesario para la claridad de la historia, el establecer con certeza la cronología de los colaboradores de la expedición, sobre los cuales ya se habían insinuado muchos errores. Unos permanecieron en sus cargos más que otros, los hubo que no se conocieron o al menos no trabajaban juntos. Fueron tantas las idas y venidas, era tan difícil satisfacer las exigencias técnicas del señor don José, tal su laboriosidad — excesiva para muchos — que fueron selección los que merecieron trabajar bajo sus órdenes.

La expedición llegaba a Mariquita, la villa poblada en 1551 por Francisco Núñez Pedroso, por el camino de Ambalema, entre montes extraños, de estratos horizontales y laderas cercenadas verticalmente en gradería, que dan a la tierra una morfología vibrante, testigo del hundimiento del graben magdalenés. Situada Mariquita en el extremo norte de la llanura subtropical que colinda con la hilea magdalenesa, constituiría una localidad estratégica para la obra que inquietaba a Mutis.

Más baja que La Mesa de Juan Díaz y con más alta temperatura media; con un suelo de famosa fertilidad, lluvias abundantes, pero de periodicidad previsible; situada al pie de la cordillera central de los Andes colombianos, junto a sus más altas cimas, Mariquita divisa hacia el occidente los grandes nevados del Tolima, Santa Isabel, Ruiz y Mesa de Herveo; al sur le cae la dilatada llanura calcinada por el sol; al oriente montañas rebajadas y valles constelados de chaparros *(Curatella americana)* y de palmas reales *(Cocos butyracea* Mutis) y, allá al Norte, las grandes selvas, las pomposas selvas, por donde el padre río va empujando sus aguas espesas entre caños, ciénagas y meandros abandonados o entre orlas de una vegetación incomparable que se inclina sobre el turbio espejo de sus borbotones transeúntes.

La flora y la fauna de Mariquita adquieren, por esas condiciones, variedad que, como un abanico, le despliega todas las posibilidades biológicas de Colombia.

Otras condiciones tenía la ciudad desde entonces. Situada en el centro de gravedad del área colombiana, era el multivio obligatorio para los viajeros que por el río subían hasta Honda y continuaban viaje hacia Neiva, Timaná y las tierras del Andaquí; por allí pasaba el camino que unía a Santa Fe con las riquísimas provincias de Antioquia y del Chocó; por allí se unían Socorro y Pamplona con Ibagué. En una palabra, las comunicaciones de Nueva Granada tenían allí su centro, y como las aspas de un molino, se juntaban allí para moler el pan del comercio entre las dispares y anacoréticas fundaciones del reino.

Como guía de nuestro relato sobre la vida mariquitense de la Expedición, contamos con los diarios de Valenzuela y Mutis. El primero, corre, con algunos vacíos, desde el sábado 2 de agosto de 1783 hasta el sábado 8 de mayo del 84. Es una información ática que nos lleva de la mano, día por día, a todas las interioridades del trabajo y de los afanes científicos de aquellos hombres.

Hoy Mariquita está más saneada que en aquella época, cuando la villa y sus tierras de labranza acababan de emerger de la selva. Entonces la humedad del arbolado aprisionante, el bochorno canicular y la vida entomológica y herpetológica eran más pujantes: más interesantes, sí, pero con mayores incidencias de molestias y peligros.

Tremenda debió ser la lucha y la vigilancia de la Expedición contra los bichos que molestaban a los hombres y deterioraban las colecciones, a pesar de que para el científico presentaban oportunidades de observación.

Todo lo rondan las hormigas bizcochueleras; devoran las mariposas que están al estudio sobre la mesa de trabajo; los ratones roen las pieles y plumas de los pájaros disecados; los murciélagos dan cuenta de los gusanos y pupas de mariposa que se van desarrollando para su

perfecto reconocimiento; los pájaros — el cardenal toreador es uno de ellos — se presentan tan llenos de piojos que da repugnancia hacerles la disección; en la mana de donde traen el agua para beber, logró un muchacho matar una culebra que resultó venenosa, y, por fin, hallan serpientes hasta debajo de las almohadas, cosa que a Mutis le parece muy interesante, pues estos animales necesitan abrigarse más que otras especies. Y para acabar, las cucarachas todo lo invaden: herbarios, libros, ropa.

El viajero que hoy llega a Mariquita nota la peculiaridad del casco tan extendido de la población, debido a los amplios huertos y solares de que, por tradición, no pueden prescindir los mariquiteños. Allí, sin orden, gracias a la tierra fertilísima, se producen las mangas que en la boca se deslíen como mieles; se dan los aguacates enormes y ricos como una mantequilla; fructifican los naranjos; exhalan las piñas su perfume tropical, sombrean los mameyes y los madroños de hojas satinadas, y los nísperos y los zapotes, dadivosos, cargan sus cosechas en tal abundancia que de ellos sólo se preocupan los chiquillos. Los bananeros, los guineos, los papayos, presentan sus frutas de un aroma y de una calidad supremos.

Y ve el visitante, en el centro de la plaza, ya comida por los años y por las bromeliáceas epifitas y por la torpeza de los propagandistas de drogas, la enorme ceiba ritual que sube a la altura de la torre blanca de la parroquia; y él entra por la puerta amplia de la iglesia, en cuyo dintel, velado por la cal con que lo embadurnaron manos ignaras, se adivina un escudo con una mitra y dos flores de lis, el cual antaño debió de ser una presea de la gesta colonizadora, y rejas españolas de redondos balaustres y portones coloniales y caserones de amplios tejados, y la espadaña derruída de Santa Lucía donde ha nacido un *Ficus* compasivo, el colonial convento de Santo Domingo y el sitio, hoy ocupado por una escuela de moderno estilo, donde se alzó la casa que guardó los últimos días del fundador de Bogotá don Gonzalo Jiménez de Quesada, devorado por extraña enfermedad y por las injusticias de sus émulos, y, finalmente, frente a ese sitio se le muestra una columna de cal y canto, trunca, que según la tradición, sirvió a Mutis para sentar sus instrumentos astronómicos y geodésicos.

Allí se alzaba la casa de la Expedición Botánica, de la cual nada queda sino el suelo sagrado, cubierto de árboles: guamos, frutales, guásimos, albahaca, portulacas y tagetes florecidos. Quisiera uno que las pisadas de los grandes hombres fueran eternas, como son sus hechos, en el diario de Valenzuela que tengo entre mis manos, donde, cuando me callo para mejor recordarlos, me parece que los oigo respirar.

En los primeros meses la expedición contaba con un reducido personal: Valenzuela, el maestro García y el señor Candamo; el caporal Roque, que cuidaba las bestias; Fetegua, quien servía de herbolario, y Luis Esteban, herbolario también, y chasqui para traer de Honda los obligados elementos del sustento y el ansiado correo de Santa Fe.

La casa o las casas que ocupaban estaban, al menos en parte, cubiertas de paja, tenían amplias habitaciones de techo alto y eran por lo mismo aireadas y frescas. Su distribución pudo ser ésta: varias alcobas para Mutis, Valenzuela y los huéspedes distinguidos; un salón de dibujo y estudio; el gabinete de Historia Natural, para los herbarios, para los animales disecados olorosos a calomel, para los minerales y demás *preciosidades;* aparte el comedor con la adjunta cocina; cuartos para monturas y herramientas y para la servidumbre; la pesebrera y demás servicios. Pavimentos de amplios ladrillos cuadrados o de losas de piedra; todas las habitaciones blanqueadas con cal cuidadosamente escogida y pendiendo de las paredes algunas imágenes religiosas y óleos de noble rostro e indumentarias europeas (22).

Circuían la casa una amplia huerta y jardines florecidos que completaban un lote de 51 varas de frente por 64 de fondo, donde cruzaba murmurando un regato para surtir la alberca y terminar en el abrevadero de los animales. Ese es el ambiente.

En Mariquita se siguió la rutina que había prescrito en La Mesa de salir temprano el botánico con sus herbolarios a solicitar plantas, recogerlas a mañana y a tarde y estudiarlas, dibujarlas, disecarlas en las horas de la noche. Como eran pocos era menester trabajar intensamente, porque desde Santa Fe el señor Celestino urgía por informaciones; exigía la relación semanal de los trabajos adelantados y pedía copias de los dibujos para mejor estudiarlos con ayuda de sus libros y de los que le franqueaban, primero el virrey, después la Biblioteca Pública que se había fundado en Santa Fe, por gestiones del fiscal Moreno y Escandón en 1777, y cuyo núcleo más valioso lo constituían los libros enajenados a los jesuítas cuando el extrañamiento. Los domingos y fiestas quedaba libre el personal subalterno y Valenzuela se daba a repasar sus notas y las colecciones, corrigiendo los errores deslizados y precisando las lagunas para repararlas.

En septiembre de 1783, se alborotaron los mariquiteños con la visita que el arzobispo virrey practicó los días 12 y 13 a la casa de la Expedición. Sin duda que el mandatario quería cerciorarse de que los trabajos dirigidos por Valenzuela marchaban de suerte que Mutis, a quien él retenía en Santa Fe, pudiera permanecer allí tranquilo.

El virrey no sabía separarse de su obra con cuya inspección aprendía y en la que fincaba tantas esperanzas de progreso para la nación y así le vemos de nuevo bajar de Guaduas, donde estaba veraneando, el día 20 del mismo septiembre al día siguiente en que los herbolarios, llegados desde el río La Miel, a gran distancia, habían traído unos frutos llamados *túmbilos* y una rama del árbol que los producía. El árbol parece que era una *Lecythis*, y los frutos esas *ollas de mono* tan reproducidos en la cerámica de las antiguas tribus quimbayas y pijaos.

Citemos a Valenzuela con sus propias palabras para que todos conozcan el estilo de su diario:

En la noche antecedente llegó a mis manos un ramo del árbol de los túmbilos, traído desde el río que nombraron de La Miel; pero tan maltratado que casi nada se ha podido sacar en limpio. Por algunas hojas algo maltratadas se conoce que son: ovadas, o larguchas y siempre con puntas, de pezones cortísimos, algo lustrosas y lisas, de borde recortado, y venas paralelas arqueadas. Su nervio será largo como 4 pulgadas. El exterior del tallo escabroso obscuro; el interior blanco, correoso y por tanto inquebrable, aunque en el corte transversal parece ser de madera fina, compacta y quebradiza. Los mismos peones trajeron un pedazo de la corteza que es gruesota, por el exterior llena de rayas y hendiduras, compuesta de capas o telas delgadas y correosas puestas unas sobre otras; con lo que adquiere suma flexibilidad y de ningún modo rompe al través; su color interior es pálido; el exterior obscuro. Lo que principalmente se deseaba es que trajeron una docena lo menos de los frutos de este árbol (sino tomaron ellos rama y corteza de otro cualquiera) que dá los túmbilos: nueces a la verdad asombrosas, y que pasmaron a toda la compañía de S. E. que al principio, y con el examen de solo el casco las tenían por casta de las europeas. Por el exterior tienen una carnaza gruesa, su figura es globosa, algo alargada, aplanada por el un extremo, y cerca su especie de cintura. Con toda esta cubierta tendrá en el diámetro mayor algunas 9 ó 10 pulgadas. El hueso tiene la misma figura; pero por el un lado no cierra y remata en un borde cinturado, o en figura de tinajas ordinarias; su exterior es sumamente escabroso, tolundronudo; su canto, considerable; su interior dicen consta de un meollo semejante al de las nueces y queda cubierto con un tapón que ajusta en el borde y boca del hueso sin poder asegurar si será de la carnaza exterior, o de la misma naturaleza que el hueso. Las gentes las aplican después de vaciadas para guardar sus menudencias; y nos han asegurado que en cada rancho de Coyaima se hallan muchos recogidos por los Indios de los que dejan en las playas las crecientes del Magdalena.

Si no nos hemos equivocado en separar las dos visitas del arzobispo virrey a Mariquita, debemos admirar sus energías para pasar dos veces en un mes el Alto del Sargento, de terribles pendientes, entre Guaduas y Honda, que eran el terror de todos los viajeros del camino a Bogotá. Caso contrario, queda establecida la larga permanencia del gran señor en Mariquita asistiendo al trabajo del sabio Valenzuela quien lo proseguía imperturbable.

Otro suceso, éste más íntimo y familiar, tuvo lugar en Mariquita hacia el 15 de diciembre del año 83.

A las puertas de la casa se presentó un muchacho entre diecinueve y veinte años de edad, diciendo que allí le enviaba Mutis, a la sazón en Guaduas, tal vez llamado por el arzobispo virrey, quien prolongaba su estancia en esa villa, de huída sin duda, de las impertinencias cortesanas santafereñas, ya que él era más arzobispo que virrey, aunque otra cosa diga Francisco Silvestre. El mozo traía una carta del

(22) *Día 25 (Viernes) de Febrero de 1785. Mariquita. Se me apareció muy temprano el Sr. Oydor Inclán que sube a Santafé para tomar allí posesión de su plaza dejando la de la Audiencia de Santo Domingo. Esta visita, que me (fué) agradable por muchos respectos, me ha sido de la mayor satisfacción por la fineza de venir a entregarme personalmente el retrato del Cavallero Linné que me remite el Cónsul Dn. J. J. Gahn y se lo entregó al dicho señor Oidor, Don Luis Camacho en Cartagena, a quien vino dirixido.*

señor don José, y debía ser aceptado como dibujante. Era Francisco Javier Matis. Las órdenes decían que el muchacho se debía ejercitar por diecinueve o veinte días en copiar las láminas antiguas y que, después, se le debía iniciar en el dibujo de modelos reales, dibujando los árboles frutales que por allí cerca se encontraran.

Matis ha sido estimado como el mejor dibujante de la Expedición Botánica, de acuerdo con las alabanzas que de él hizo Humboldt años más tarde y como consecuencia de su larga vida, pues fué el último de la Expedición que descendió a la tumba, y el que más influyó en la continuación de los estudios iniciados por Mutis. Pero si hemos de completar la verdad de las cosas, resulta que Matis era de una volubilidad desconcertante. Inmenso en el arte de la miniatura botánica cuando quería; maestro en la anatomía; insuperable en el colorido, cuando estaba ya en Bogotá, paciente cuando un modelo lo apasionaba; no presenta obra tan uniformemente bella como Manuel Martínez o como Villarroel y fué por otro lado la mayor preocupación y el rompecabezas del sabio maestro. Muchas veces pensó Mutis despedirlo de su lado por travieso y desobediente cuando mozo; por toda clase de motivos cuando mayor, de los cuales está salpicada la correspondencia de don José.

Pero al fin y al cabo, el Benjamín de la expedición volvía a su jaula y se apegaba a ella como esos canarios, alondras y turpiales que se asustan de su propia libertad, porque se han criado cautivos. Allí había aprendido, allí había bebido cariño, allí estaba su hogar y había mamado cuanto tenía de bueno. Viejo ya, vivía del recuerdo de Mutis y si hubiera podido, rezaría a Dios con las palabras con que se le había reñido por sus ligerezas.

La intensidad del trabajo, el clima húmedo y cálido de Mariquita, su salud delicada, no permitieron a Valenzuela ser tan constante como lo era su fidelidad a su primero ilustre.

El proceso de una dolencia que no conocemos, pero que resultó temporal, lo fué minando. A fines de noviembre no puede tomar la pluma, pero se repone. El 31 de marzo de 1784 se va para Lajas, donde la expedición tiene su casa de campo, en localidad más fresca que Mariquita, y permanece allí hasta el domingo de Quasimodo, que ese año cayó el 18 de abril. Pero animoso, repuesto al día siguiente, escribe: *Amanecí en Mariquita*. Estaba ávido de reiniciar sus estudios y de reasumir su responsabilidad.

Pocos meses pasaron y el viejo *Marrullas* de Antonio García le picó el hastío de su oficio. Comenzó por pedir permiso para ir a Santa Fe, para visitar a su mujer y por mostrarse descontento, hasta que lo dejó todo marchándose para la capital el 16 de diciembre del 83. Pedía aumento de sueldo y la marrulla le surtió, pues se lo subieron a 500 patacones anuales, los mismos que ganaba Valenzuela.

Pero el 22 de abril de 1784, a la noche, dice el agregado: *Acabó de regresarse el S. D. José desde Santa Fe, trayéndose al Maestro Antonio y un tercer dibujante, con el ánimo de formar la colección general de plantas propias de América*. Era Rizo Blanco, el negro coloso del dibujo y fiel mayordomo quien entraba a servir y a ganarse la confianza de Mutis en tal grado que había de convertirse en su brazo derecho hasta la muerte. Entonces Mutis, mientras los sirvientes arreglan la ropa se dedica a ordenar papeles y libros y a examinar los dibujos ejecutados en su ausencia.

Mutis tuvo la pena de apreciar por sus ojos el peligro que Mariquita representaba para la salud de Valenzuela y así dispuso que siguiera para Santa Fe, a poco de llegar él y en la fecha varias veces citada. Pena que debió aumentarse cuando recibió de él una carta que Valenzuela creía que sería la última de su vida. Tan postrado se sentía.

Un detalle finísimo nos revela el cariño que se profesaban aquellos dos sabios, el uno español y el otro su discípulo neogranadino. Sale Valenzuela enfermo para Santa Fe, acompañado de los sirvientes y antes de llegar a Honda, recoge a la vera del camino una flor que le pareció preciosa y la envía a Mutis en prenda de su cariño; por eso no más, como si se tratara de una novia, cuya ausencia y soledad entonces comenzaran.

Aquí se nos suelta de la mano el hilo conductor del diario de Valenzuela.

En los años 83 y 84 se trabajó con fruto satisfactorio. Las plantas que más llamaron la atención de Mutis y de Valenzuela fueron las Melástomas, comienzo en Nueva Granada de una clasificación natural — con base en todos los órganos vegetativos, y en la distribución geográfica — sucedánea del sistema linneano; el cacao esquinado, especie de *Herrania*, en que se deleitó el gironés, admirando la complicación de sus flores. De ese lapso también son los estudios publicados por Cavanilles sobre el *Cariocar amygdaliferum;* sobre el canelo de Páramo, que por orden del arzobispo virrey, buscó y halló en la cordillera el señor F. L. Armero; la descripción perfecta de la *Peristera elata*, orquídea llamada vara de San José y Espíritu Santo y mil y mil más. El 26 de abril del 84 Mutis escribe orgulloso: *Mis herbolarios ya se están preparando para dar sus primeros avances hacia el páramo nevado con el fin de traernos otras cosas buenas.*

Las notas se acumulaban, el herbario crecía y los dibujos... los dibujos iban subiendo. Porque Mutis pensaba que la descripción perfecta de las plantas *no ha sido concedida a los mortales*, ni los herbarios se podrían defender perfectamente de su momificación y de los insectos y hongos que los devoraban. En aquel tiempo ese raciocinio era evidente.

Del silencio con que debían trabajar los pintores nos da idea un detalle que hallamos al anverso de una de las láminas. Por lo visto uno de ellos, cuyo nombre ignoramos, necesitaba unos reales y quiso pedirlos prestados a un compañero. En el papel en que dibujaba se entabla este diálogo más o menos:

— Amigo, necesito cinco estambres.

— ¿...?

— Amigo, ¿no podría usted franquearme dos?

— Amigo, no tengo ni medio estambre.

Una mirada giratoria de los ojillos del mayordomo Rizo debió cortar las ulteriores insistencias del petardista.

Una escena no más nos revela hasta lo más íntimo los sentimientos humanos que regían los días monótonos de Mariquita.

Según el diario de Mutis el jueves 20 de mayo de 1784, día de la Ascensión, toda su familia había salido a descansar y divertirse de la fiesta del Señor de la Ermita de la ciudad y él había quedado solo. Entonces *dediqué mi tiempo*, dice, *a mi única diversión, que es la contemplación de las obras del Creador.*

Las chicharras cantaban, el péndulo oscilaba, llegaban gritos lejanos, las torcazas arrullaban, el regato murmuraba y el tiempo, como gotas de un filtro, destilaba en la historia.

CAPITULO XXII

COMO TRABAJO LA EXPEDICION EN MARIQUITA

Los cambios de frente en la historia los realizan, no ciertamente las multitudes, sino unos cuantos espíritus de selección.

EMILIO ROBLEDO, **Discurso** en el Centenario de Mutis.

Siete años de su vida, desde los cincuenta y dos a los cincuenta y nueve (1784 a 1791), la edad en que encanecen los cabellos y bajo su escarcha arraigan las ideas, se hacen más genuinas y despiertan al anhelo de la obra propia inconfundible; había de llevar Mutis sobre sus hombros, sin ayuda científica a su lado, la responsabilidad de su Expedición. Sus colaboradores de mayor categoría en esa época fueron Rizo, su mayordomo, que era *un yunque en el trabajo* y quien durante las ausencias vigilaba por la continuidad de las labores, y, como viajero recolector, el P. Diego García, religioso franciscano, quien anteriormente ejercía su ministerio en Ríoseco.

Mutis, en esos siete años, estuvo avecindado primero en Mariquita; excursionando a pie, vadeando ríos crecidos — como hombre que era de campo —, mientras se lo permitió su salud. Sólo en mayo de 1786 determinó salir a caballo. Después, sin duda buscando salud, se trasladó a la quinta mencionada de Lajas que la Expedición poseía en clima más aireado (1789). A lo último se retiró un poco más a la Parroquia de Bocaneme (1790), al occidente, en las estribaciones de la cordillera Central, arriba del primer sitio donde estuvo asentada Mariquita cuando la fundó Núñez Pedrosa.

Son de esta época la jubilación del pintor García, 16 de diciembre de 1784, quien había sido dibujante de Mutis antes de fundarse la expedición y se retiró por vejez, aunque era catorce años menor que su director (23); las gestiones para introducir en Madrid el uso del té de Bogotá y muchas cartas que le hizo escribir la insatisfactoria conducta de Matis, la oveja díscola, que traía al retortero tanto al mayordomo Rizo como al jefe de la Expedición.

El de Mariquita es considerado como el tiempo más feliz y fecundo de la Expedición Botánica. En ese período el personal se compuso de hombres que dejaron luminosa estela en el estudio de la naturaleza neogranadina.

Allí actuaron, fuera de Mutis, Valenzuela, el maestro García, Matis, Rizo, Caballero, Sebastián Méndez, José Calzada y los cinco primeros pintores quiteños: Antonio y Nicolás Cortés, Vicente Sánchez, Antonio Barrionuevo y Antonio Silva. Sólo éste resultó remiso.

Candamo siguió de custodio de los herbarios, mientras el P. fray Diego García era el comisionado viajero que informaba activamente desde luengas tierras en forma constante y como de oficio. Porque fuera del P. García figuran otros muchos informadores eventuales, subvencionados para exploraciones prefijadas, a más de los aficionados. Todos estos contribuyeron en forma efectiva a ampliar el área geográfica de la Expedición, haciendo de ésta un cuerpo investigativo sobre todo el territorio de lo que hoy es la república de Colombia.

Aparece también entre el personal, trabajando por la sola enseñanza, Pedro Fermín de Vargas, llamado en las cartas simplemente *nuestro Fermín*, joven algo levantisco y quien de la expedición salió convertido en economista y nos dejó un manuscrito concienzudo publicado recientemente por don M. J. Forero, sobre **Pensamientos Políticos y Memoria de la Población del Nuevo Reino de Granada,** con estilo muy Mutis y muy Caballero y Góngora.

Mariquita también vió entre los miembros externos de la expedición a Francisco Javier Zavaraín a quien Mutis — son sus palabras — *había solicitado para formar la hermosa copia de los discursos historiales que deben acompañar a las suntuosas láminas de la Flora*. Este oficial ganaba quinientos pesos de dotación anual, lo mismo que Rizo y el Padre García, pero su labor no ha sido aún descubierta en los archivos.

Entre el grupo de herbolarios hallamos también elementos humanos de singular significación. Allí figuran el que Mutis llamaba *mi Esteban;* Amaya, Pedro y el *caporal* Roque Gutiérrez.

Por último merecen recogerse los nombres de los que Mutis y Valenzuela llamaron naturalistas rústicos y prácticos, individuos que se adjuntaban a ésta o la otra excursión para averiguar de ellos los nombres vulgares de las plantas, sus datos etnobotánicos y los sitios donde se hallaban. De éstos figuran en los diarios del Sapo don L. Lanneret; en los de Mariquita, J. Rivero, el negro Cayetano Quesada y el viejo Juan Clemente Brito.

Las maneras de don José con este personal subalterno, aunque conformes a la rigidez de su carácter, eran de comprensión y tolerancia, según se revela en el siguiente párrafo escrito por él a 10 de julio de 1786 para Villaluenga:

No es tan fácil señalar salario hasta experimentar el que cada uno merezca; pero en general diré que podrá señalarse desde ocho reales hasta doce diarios, y hasta diez y seis, si la habilidad o largo en el trabajo lo exigieran de justicia.

Para no sujetarlos a todo el rigor de la mejor conducta que quisiera ver en ellos un hombre que se gobierna por principios religiosos y buena crianza a quien el Rey se ha dignado confiar toda la dirección de esta obra, y para que gocen de la libertad moderada y permitida a jóvenes arreglados en las horas fuera de trabajo, se les permitirá vivir en casa separada y distinta de la destinada para mí.

Sin duda que las buenas relaciones de ese personal ínfimo de la Expedición y su director tuvieron una eficacia penetrante entre las gentes de su clase para imbuirlos en las normas científicas y sociales preconizadas por él; en el interés por todos los dones de la naturaleza y en el mutuo respeto que armoniza a los humanos.

La correspondencia con Rizo, desde la Quinta y Bocaneme, revela una solicitud detallista y cotidiana sobre la instalación y la marcha del Instituto. Le dice sobre qué mesa ha de contar el dinero de los pagos; qué debe hacer con las cercas estropeadas; qué clase de cal, la de Santana y no la de Honda, ha de usar para el blanqueamiento de la casa, cómo debe ser reservado con sus subalternos. A Pedro Fermín de Vargas le escribe:

Las numerosas colecciones depositadas en los almacenes que cierran dos costados del Jardín, piden toda mi vigilancia y la del mayordomo primer pintor de la Expedición, siendo tan importante nuestra presencia mientras subsisten estos depósitos, que he temido algunas veces quedar desnudo en la calle, con la irreparable pérdida de biblioteca, láminas, manuscritos y colecciones, por la imprudencia de este vecindario y poca vigilancia de algunos jueces en prohibirles, como lo tengo suplicado, los voladores de fuego en sus frecuentísimas fiestas y festejos.

Las principales realizaciones botánicas del período Mariquitense de la expedición fueron: los estudios sobre la **Vigilia y Sueño de las**

---

(23) El retiro del pintor García debió también hacerse con alguna «marrulla», es decir, aparentando un viaje corto para quedarse en Santa Fe definitivamente. En la madrugada del 16 (jueves) de diciembre de 1784, en Mariquita escribe Mutis:

Se dispone hoy para salir bien temprano, el maestro pintor García a quien he concedido un mes de licencia y vaya a Santafé, en atención a su fineza de abandonar su Pays, casa y familia por acompañarme.

Según el P. Uribe, el pintor García se retiró definitivamente de la expedición a finales de 1784, dejando solos a Rizo y a Matis, ya que Pablo Caballero no permaneció en Mariquita sino un mes, dejando láminas fechadas del 27 de febrero a 17 de marzo. La última lámina fechada de García lo fué el 24 de noviembre de 1784.

plantas, el cultivo del café en Mariquita y su propagación; la experimentación del guaco como antiofídico, la introducción del añil; la aclimatación, en esa misma villa, del canelo de Andaquíes; la amarga administración de la quina y las medidas para impedir que se la falsificara; las recolecciones de materiales y datos que por todo el reino y hasta Caracas hizo para la expedición el P. Diego García (véase Gredilla, pág. 179), el hallazgo del canelo de Páramo, las recolecciones de la Otoba, la creación del Jardín Botánico de Mariquita y diversos estudios y colecciones que remitió a los corresponsales extranjeros y al Marqués de Sonora en muchas cajas cuyo paradero ignoramos.

Los cosecheros de Otoba, dice Mutis, están cebados y no me desagrada en las circunstancias presentes. Previendo esto, pensé, días ha, que se llene mi baño a proporción de la que fuere viniendo con la suficiente agua y sal. Allí se pueden revolver las de pepita y cáscara, porque no hay fuerza para tanta botija. Haga vuesamerced, pues, limpiar el baño, y después se tratará de hacer la tapa de madera.

El canelo de Páramo fué buscado, saliendo de Mariquita el 28 de noviembre de 1783, por don F. Armero, de orden del virrey, en los montes del Bee y resultó ser, no un canelo, sino una variedad de *Drymis;* en los montes de Guaduas lo procuró don José Acosta.

El **Sueño y Vigilias de las Plantas** es hoy un estudio sin trascendencia botánica y que consistía — ya lo dijimos — en precisar las nastias de los vegetales en relación con los diversos estados de la atmósfera, según métodos seguidos por Linné. Pero la forma como lo desarrolló Mutis es ejemplo asombroso de constancia, de esmero y de responsabilidad científica.

Se advierte en todo el trabajo de Mutis a lo largo de este período una doble tendencia: el afán de continuar su obra sistemática y el de asegurar para el país donde vivía y para España nuevas producciones económicas y genuinas fuentes de riqueza. Era la lógica, por una parte, de la ostentosa y bella naturaleza de Colombia y por la otra de las necesidades de América que forcejeaba por su desarrollo económico. En un país donde el gobierno y las gentes se debatían ante inmensos problemas comerciales, el científico no podía mostrarse indiferente, antes cimentaba su obra en amplia base de servicio común. No se dirá después de siglo y medio de vida nacional que Mutis no acertó en los principales objetivos de su esfuerzo: quinas, café, añil, otoba, canela, ipeca, té de Bogotá y mejoras en las técnicas de minería.

Cuando la Expedición hubo de trasladarse a Santa Fe (1791) el mayor dolor de Mutis fué dejar su Jardín Botánico, los ejemplares de especies aclimatadas en él y sus esperanzas de llevar a cima investigaciones de botánica económica.

Debo a don Ricardo Galvis, vecino ilustre de Mariquita, custodio celoso de los recuerdos que allí quedaron de la Expedición, un documento copiado por su padre en los archivos de la ciudad antes de que fueran quemados por la soldadesca en la guerra de los mil días y que se refiere a las disposiciones tomadas sobre el Jardín Botánico abandonado, de donde aparece la extensión e importancia de tal instrumento de los estudios. Lo publico intacto para que la historia no pierda los datos originales en él consignados, aunque corrigiendo la carta de Ezpeleta, defectuosa en la copia de Galvis y que por eso tomo del original de G. Hernández de Alba. Es la mejor respuesta a quienes preguntan por el Jardín Botánico de Mutis.

Mariquita 15 de Noviembre de 1790. El Dr. J. C. Mutis (dice) que para no dejar abandonada a su inevitable ruina la empresa de propagar en aquella provincia los árboles de nuestra canela, de los cuales tiene dieciocho en el Jardín para trasladar sus semillas a la Quinta, y los plantíos que tiene hechos en ella de numerosos arbolitos de café y nuez moscada, por el amor con que ha mirado este proyecto y por los reales intereses invertidos, propone tres arbitrios para su adelantamiento. El primero continuar la cultura de la Quinta por cuenta de la Real Hacienda con toda la atención proyectada poniéndola al cuidado de un mayordomo con el salario de trescientos pesos anuales por la asistencia continua en gobernar ocho negros, la manutención y vestido de estos esclavos, que ascenderá a otros trescientos pesos. Pero que este arbitrio presenta dos inconvenientes: el gravamen con que queda pensionada la Real Hacienda y la contingencia en la honradez y conducta del sujeto a quien se le fíe la administración de la Quinta y progreso de la empresa. El segundo arbitrio es que se entregue la Quinta de su cuenta a una persona de genio y comodidad con la condición de reintegrar la mitad o los dos tercios de lo gastado si no conviniere en dar el todo, habilitándolo con ocho negros y cuatro negras con el mismo costo y que tenga las doce piezas de esclavos puestos en aquella ciudad, a pagar a los tres plazos que se pudiere estipular con las correspondientes fianzas; que este arbitrio le parece tan equitativo que, caso de no encontrar allí sujeto que lo admita, lo solicitaría en otra parte. El tercero es dar la Quinta prestada al sujeto que a toda su cuenta diere palabra de seguir el cultivo de sus tierras según los pensamientos del proyecto, pero que este arbitrio presenta la dificultad de hallar persona de las condiciones que supone.

José Celestino Mutis.

Al señor Fiscal en su calidad de preferencia.

Fecha 23 de Noviembre. El señor Fiscal dice: Que necesita tener a la vista la Real Orden o superior Decreto en que se autorizó al Dr. Dn. José Celestino Mutis para los gastos de la Quinta y Jardín por cuenta de la Real Hacienda.

Con la Real Orden de 12 de Marzo de 1787 que habla de esto vuelva al Señor Fiscal.

Inosl, 6 de Diciembre. El Señor Fiscal dice: Que elija el Doctor Mutis de los tres arbitrios el más adecuado y menos gravoso a la Real Hacienda dando cuenta del que estableciere y de las reglas que dictare para la conservación y mejor arreglo del Jardín.

Como dice, fecha 19 de Diciembre.

En respuesta dice Don José Mutis que ha encontrado un arbitrio más adecuado para reunir la prosperidad con la economía y es dejar la Quinta a Don Juan José D'Elhuyar quedando agregadas todas las tierras de esta y sus plantaciones a las minas del Rey, destinando ocho esclavos en cuatro matrimonios para contribuir todo al cultivo proyectado, al cargo de un caporal sin sueldo; es el único gravamen pero mucho menor que el de un Administrador y queda refundido en otra empresa que parece es la de las minas y que por esta se le conteste para entregar la Quinta a D'Elhuyar.

Que se aprueba y que proceda a entregar la Quinta a D'Elhuyar con las instrucciones que tenga por conveniente.

Enterado de lo que vuesamerced me dice en carta de 15 del pasado sobre los tres arbitrios que encuentra para la conservación de los árboles de canela plantados en el Jardín, elegirá vuesamerced, como más impuesto en el asunto, y como que el auxilio de la cosa presente le facilita la mejor instrucción, el que le parezca más adecuado y menos gravoso a la Real Hacienda, dándome cuenta del que estableciere, y de las reglas instructivas que dictare para el mejor arreglo y conservación del Jardín, con el objeto de que no se pierda lo gastado ni se malogren los buenos efectos que deben esperarse, consultando siempre la mayor economía.

Dios, etc.

José de Ezpeleta.

Santafé, 19 de diciembre de 1790.

Doctor Don José Celestino Mutis. En vista de lo que Ud. me dice en su carta del 5 del corriente, apruebo desde luego el arbitrio de que se entregue la Quinta a Don Juan José D'Elhuyar, agregándose las tierras de ella y sus plantaciones a las minas del Rey con lo demás que usted propone, en cuya consecuencia procederá usted a la entrega dejándole las instrucciones que juzgue convenientes. Dios, etc.

Santafé, 9 de Enero de 1791.

Señor Don José Celestino Mutis.

Real del Sapo. 24 de Septiembre de 1793. El Director de Minas de Mariquita, solicita que en atención a ser gravosa a las Minas de Santa Ana la administración de la Quinta de Mariquita que estableció el Doctor Mutis, así porque sus productos no cubren sus gastos, como porque se halla toda perdida, se mande al oficial Real de Honda proceda a venderla. Con sus antecedentes venga al despacho. Se acompañan los antecedentes. Con ellos pasa al informe de Don José Mutis.

Sería interesantísimo para estudiar la introducción y propagación del café arábigo en Colombia, ya que se trata de la principal industria de exportación que actualmente enriquece al país, precisar la trayectoria de las semillas que pasaron por las manos y por el Jardín Botánico de Mutis. Desgraciadamente sólo nos queda en la correspondencia

epistolar del sabio publicada por Hernandez de Alba (Bogotá 1947, página 76) un fragmento muy ambiguo, sin fecha y sin destinatario establecido con certeza. Parece que las semillas fueron enviadas desde la capitanía de Caracas por fray D. García y cultivadas desde Valenzuela (1784).

En todo caso, Mutis se ve incorporado a las avanzadas de esta riqueza colombiana, no sólo por haber mantenido desde antes de 1791, en Mariquita, cultivos de la preciosa rubiácea, sino por sus esfuerzos en hallar, dibujar, describir y enviar viva a Madrid la *Coffea occidentalis*, espontánea, de que tanto habla Valenzuela en sus diarios de La Mesa y Mariquita. Es hora todavía de reanudar estas investigaciones con los fines y bajo las normas de la moderna genética agrícola.

Las tres líneas por donde adelantaba la preparación de la Flora del Nuevo Reino: herbarios, descripciones, dibujos; las cuales, bajo la dirección de Valenzuela, se siguieron con empeño y eficacia admirables, bajo la inmediata vigilancia de Mutis se activaron, no obstante sus ausencias de la Quinta y de Bocaneme.

Mutis era jefe que se hacía obedecer, no sólo en lo principal, sino hasta en los mínimos detalles. Malicia las intenciones torcidas de los que vienen con súplicas hipócritas; valido de sus influencias en la corte de Madrid, donde dice *hay buenas narices*, no les teme a los ñatos majaderos del gobierno virreinal; no vacila en su rectitud *por dar de palos* al que se porta mal y hasta en un asunto insignificante, porque no le envían unas medias blancas que necesita para cambiárselas dos veces a la semana, como acostumbra, dice a Rizo: *Me abraso de no verme bien servido y sin cólera teniendo en casa tanto tragapán.*

La disciplina impuesta por don José, unida a su consideración y a su rectitud, a su paz que, como dice la señorita Clara Bayo Timmerhans, irradiaba ambiente sereno, tenía que producir su efecto en el crecimiento del herbario y en el aumento y precisión de los dibujos de la flora. Es hora de que examinemos la técnica seguida para elaborar estos materiales.

No estaban entonces tan evolucionados como ahora los métodos de desecación e impregnado de los ejemplares del herbario. Se contentaban con poner las plantas en sobres de papel, prensándolas con algún peso, cambiarles los papeles y extender al sol las carnosas que no desecaran fácilmente.

Para eliminar los insectos sería corriente el espolvorear los ejemplares con calomel, con alcanfor o con aguarrás. Pero como vimos estos procedimientos no aseguraban suficientemente los herbarios contra el comején y el deterioro y a Mutis le parecieron más definitivas las láminas para evidenciar las especies y comunicar sus hallazgos a la posteridad.

En la pintura se empleaban colores minerales y vegetales que daba la tierra, para no depender de la lejana España respecto de estos elementos de tanto consumo. Usaban, sí, el mejor papel que se podía conseguir en Europa, fabricado especialmente, del cual nunca parece que tuvieran escasez y lo cortaban en hojas de 54 por 38 centímetros. Los hay, sin embargo, de doble tamaño.

Conocida es la técnica que entonces se seguía para la multiplicación de las policromías: se imprimían litográficamente las sombras y el color se aplicaba, ejemplar por ejemplar, a pincel, con colores transparentes. Por eso la Expedición dejó de cada planta dos dibujos: uno en negro para el litógrafo y otro iluminado para los coloristas.

Otra finalidad tenían, además, los duplicados de las láminas, y era que al llevarse a España, para su publicación, los icones coloreados, su réplica quedara en Bogotá, en la Biblioteca Pública recién establecida, como un monumento de la Expedición Botánica, de sus intereses y de la liberalidad del monarca en promover tan elevada empresa.

Por algunas láminas que quedaron sin concluir podemos precisar el procedimiento que Mutis prescribió a sus dibujantes. Primero se hacían ensayos de la disposición y anatomías en papel ordinario, luego se contorneaba a lápiz la figura, se le daba fondo uniforme y encima se detallaban las sombras y relieves según el modelo; una flor y una hoja por el haz y otra por el envés. Esto hecho, la lámina podía ser interrumpida para atender a otras plantas antes de que se marchitaran.

La parte más difícil, la que más presteza y que mayores conocimientos suponía, era el dibujo de las anatomías de las flores y la elección de los detalles necesarios para la determinación por los caracteres de cada grupo sistemático. Lo primero que se hacía con los más bellos ejemplares traídos por los herbolarios era hacer las anatomías para los dibujantes.

Mutis no pudo adelantarse a su época de las determinaciones linneanas sexuales y por eso hoy nos faltan en algunos de sus dibujos notas que juzgamos indispensables dentro de grupos concretos. Pero prescribió — previsivo — una exactitud, una profusión de datos en sus icones, que subsana en muchos casos las exigencias de cualquier sistemática. Sin embargo, ahí estaba la grieta de su sistema basado en la consideración — fácilmente retorcible — de que el dibujo es mejor que el ejemplar botánico, porque — esa es su base —: *distinctionem compendio verbis eferre, nondum hominibus concessum est.*

La misma exactitud de las láminas pudo influir en la deficiencia no comprobada aún de las descripciones, porque en realidad no hay descripción más perfecta que la hecha por esos dibujos, en los cuales Mutis leía las características de sus plantas, como un buen director de orquesta escucha su conjunto con sólo ponerse ante los ojos la partitura. Como dijo H. Humbert es más fácil conocer una planta en una lámina de Mutis que en el ejemplar botánico.

Las láminas de Mutis no pudieron ser hijas sino del orgullo español y americano, al rojo vivo, en colisión con toda la obra editorial de las demás naciones de Europa que en aquella época y en el estudio de las plantas del mundo, derrochaban la munificencia. De ahí la adición a las láminas de la firma de su autor y del título *americanus*, el mismo que Linné daba a Mutis al publicarle sus especies nuevas.

Con razón las láminas de la Expedición fueron la admiración de Humboldt, aunque la verdad es que no necesitamos autoridades para quedar pasmados ante ellas.

Es curiosa, sin embargo, la expresión de Pedro Tomás Bergius, profesor de Historia Natural y de Farmacia en Estocolmo, especializado en briofitas, quien escribe así a Mutis:

Mirabar valde, cum icones tuas viderim quod in America pictores excellentissimos habere possis, europoeis superiores. Saliva mihi movetur cum librum quem edere allaboras, recordor. Si icones in eo tan praestantissimae evadunt ac hae tras a te missae, obtestor pares entea non vidisse Europam. Al señor Bergius las láminas de la Expedición le volvían la boca agua, y eso que sólo vió las de Antonio García.

El afán de lograr en los dibujos la mayor perfección, sorprendiendo las plantas en la plenitud de su frescura, urgía las labores del director y de los pintores, les alargaba la jornada y los conducía a idear arbitrios que nos explican tantos detalles como hoy vemos en la colección iconográfica. El 16 de diciembre de 1784 dice el diario de Mutis:

Como han llegado los herbolarios Roque y Estevan con muchas y no comunes plantas, he puesto en agua los mejores ejemplares para la sucesiva formación de las láminas, haciendo lo que acostumbro en tales ocasiones, esto es: se delinea toda la planta y quedan pintadas sus hojas: una al derecho y otra al revés, aunque en algunas, por ganar el tiempo, se dejará de hacer esto último, conservándolas en agua.

Los pintores de la Expedición Botánica han merecido el interés, no sólo de los estudiosos de la historia científica del país, sino de cuantos han reseñado su vida artística o han penetrado en sus fenómenos sociales. Verdad es que sus nombres y sus trayectorias presentan todas estas facetas fascinantes.

Por un lado hallamos un grupo numeroso de hombres de extracción popular, héroes anónimos, posesionados de tal interés y dotados de tal capacidad científica, que por realizar su cometido se someten a una rígida disciplina y se superan en su labor con una emulación que si en su director, patriota insigne, varón cultísimo, es comprensible, resulta admirable en artesanos que, como él mismo se expresaba, *no piensan de ordinario sino en ganarse el pan.* Los artistas de la Expedición aportan todo cuanto tienen a la obra del maestro a quien veneran y algo más: porque su corazón mil veces oprimido por la posposición del elemento criollo, por el desprecio a la mezcla con sangre india y por la lejanía del nacimiento peninsular, quiere demostrar la igualdad de las capacidades en todas las capas sociales de la América hispana.

Cuantos hemos tenido la fortuna — botánicos o ajenos a la ciencia — de considerar en el Jardín de Madrid las láminas de la Expedición del Nuevo Reino, hemos quedado sobrecogidos ante su exactitud. Todo cuanto se diga es pálido. Cada planta está representada con un amor, con un brillo que parece de laca, con una morosidad, diríamos, marfilina o adamasquinada, con un lujo que sólo se explican en virtud de una dirección cuyo mejor calificativo es el de «humanística»; deno-

tando como tal el verdadero culto a las formas naturales capaces de conmover estéticamente el espíritu humano (24).

La escuela de dibujo, permitida por Caballero y Góngora y abierta por Mutis bajo la dirección de Rizo, es nuestro primer Ateneo de Bellas Artes. Mirando los icones de la Expedición, se aprecia que su perfección no es sólo de mandato y directiva, sino que implica en los ejecutores de cada lámina una ternura, una deleitación, una habilidad espontánea que los califica como verdaderos artistas. Y la escena aquella de los niños descalzos, indiecitos o hispanos, que llevados de una esperanza de valer entran antes del amanecer en silenciosa fila a la casa de la botánica, mirando con sus ojos grandes, grandes, las piezas del museo, bajo la vigilancia del sabio sacerdote y conducidos por el maravilloso momposino Rizo, tiene un ambiente de fe, de transmisión a distancia, de impregnación americana como no se encuentran otras en la historia de nuestra colonia.

A pesar de cuanto han dicho Gredilla y otros sobre la falta de preparación del texto de la Flora, por parte de Mutis, y sobre la explicación o defensa de tal fenómeno, nunca creí en ella. Se necesitaba que Mutis hubiera sido un ignorante en sistemática, o un ocioso coleccionador de miniaturas, para que hubiera dejado sus láminas sin alguna epigrafía que entonces, cuando se dibujaban — y sólo entonces — era posible. Hoy día nos consta que si la literatura de la Flora nos falta, ello se debe a accidentes sufridos por los manuscritos.

De una carta a Linné hijo consta el afán del botánico neogranadino por amoldarse a los procedimientos descriptivos del *padre de los botánicos* y de superarlo en el registro de los detalles. Porque imposibilitado, por falta de elementos comparativos, para llegar a la determinación de nuevas especies, esperaba llegar a Europa con todo el acopio de datos que le sirvieran para describir las mínimas diferencias.

Tanto en los diarios como en la correspondencia se ve claramente el esmero que ponía el director en esa parte indispensable, valiente, áspera a la par y deliciosa de la labor florística, que es la descripción inmediata. Por lo mismo que algunas veces no puede ejecutarla el científico, sino que debe encargarla a personas de inferior formación técnica es preciso regular esta operación por normas más claras y rutinarias. Perdidos de vista en la selva o en la montaña los herbolarios debían ajustarse a las exigencias de la sistemática más minuciosa y cuidar de la integridad de los materiales, de la conservación en fresco de los modelos para los pintores, de que no se confundieran los órganos de una planta con los de otra; de que no se les pasaran especies interesantes sin recoger, teniendo en cuenta las tardías y repentinas floraciones tropicales; de la recopilación de los datos verbales de observación propia y ajena.

De ahí el afán que tenía Mutis en formarse herbolarios, avezados, duchos y sin pereza y de conservarlos cuidadosamente.

No dejaremos, sin embargo, de advertir aquí que en los icones de Mutis se introdujo un coeficiente de error porque él, a veces, completaba o hacía completar láminas de plantas colectadas en una localidad, con órganos y detalles de otras recogidas a distancia y que él suponía ser la misma especie. Estos errores, si los hubo, sólo se descubrirían mediante la comparación detallada de las láminas con los ejemplares de herbario.

Por último sospechamos que hay otra fuente de error en las láminas, tal como hoy se conservan y es el color de algunas flores, las cuales se pintaron con principios nativos vegetales. Nada nos garantiza que el tiempo, el aire, la humedad y lentas emanaciones del papel, no hayan cambiado el tono cárdeno en el cacao esquinado o de cintillas o en la aristoloquia de flores acorazonadas. Si los dibujantes, como es posible, dieron ese color con uvillo o tinto *(Cestrum* sp.), el cual vira como el tornasol al ácido y a las bases, las láminas no podrían aceptarse en su color actual, transformado por la larga exposición a los agentes atmosféricos.

Más amplias instrucciones debían llevar los Exploradores a distancia o meritorios como Mutis los denominaba. Al P. Diego García le escribió direcciones que lo constituyeron en un agente utilísimo para el acopio de datos sobre áreas inmensas: Ocaña, la costa atlántica, Maracaibo y el límite con la capitanía de Caracas, a través de los llanos del Orinoco.

Estos colectores eran pagados con los ahorros que hacía el mismo Mutis de otras asignaciones oficiales, para que así no tuvieran necesidad de distraer sus atenciones en la escritura de los comprobantes de gastos.

Resta para saber cómo trabajaba la Expedición, tratar un punto muy discutido entre los comentaristas de la obra mutisiana y es el de las capacidades de Mutis como determinador y clasificador. Sabemos que describía maravillosamente. Sólo se pregunta si era buen nomenclador, si su biblioteca, las reglas a que entonces obedecía la sistemática, le permitían crear géneros y especies nuevos con seguridad y si no reside en esa secreta falla de las determinaciones, aquella desconexión entre ejemplar, descripción y lámina que disloca toda la colección mutisiana, y que ya notó J. J. Triana cuando estudió en Madrid los materiales de la Expedición. (Véase: Guillermo Hernández de Alba, **Cartas de Mutis.** Prólogo y el Apéndice del presente libro.)

Para quien conozca los materiales dejados por la Expedición Botánica la respuesta es evidente. Aquellos hombres conocieron hasta la saciedad las especies que recolectaban. Pero plenos de responsabili-

---

(24) Entre las láminas de la expedición que se conservan en Madrid, son notables, por el esmero indescriptible que exigió su elaboración, por su profusión de datos, por su vistosidad, las referentes al género *Aristolochia.* En los **Diarios** de Mutis podemos seguir con admirable precisión su hallazgo, su estudio y su dibujo. Dice así:

Día 6 (Viernes) de Agosto de 1784. Al entrar en casa (después de un paseo) hallé a mi Herbolario Estevan que había enviado a Honda con el encargo especial de que solicitase la hermosísima Aristolochia que halló mi compañero en el otro lado del río de la Magdalena y es la misma que yo vi el 27 de Enero de 1761, que consta de mis diarios y su especialísima flor, que guardaba desde entonces, la remití al Caballero Linné en el año 76, por Diciembre. Hizo Estevan todas las diligencias para buscarla entre los barzales de las orillas del río tanto occidental como oriental, pasando a este fin el río y subiendo por el camino real. No la pudo encontrar, pero me trajo otra que ya yo había visto y se le aproxima a la **Aristolochia maxima** *de Jacquin, aunque sospecho sea algo diversa...*

Día 7 (sábado) de Agosto de 1784.

... Reconocí las plantas que me trajo Estevan de Honda. Algo más provechoso ha estado este viaje. Me han admirado los racimos de la grande Aristolochia y la hago dibujar con cuanta magnificencia cabe. Creo que es la misma de que hice dibujar una fruta hecha y otra ya abierta, de vuelta de mi viaje al primer reconocimiento de las minas del Sapo por la Vega de los Expatriados a principios del año 72...

Matis ha seguido todo el día con la Aristolochia.

Día 16 (Lunes) de Agosto de 1784.

Vino también... la Aristolochia parecida a la máxima para la continuación de su dibujo si se mantuviera en buen estado, aunque ya no insté por estar adelantado.

En el presente tomo I, introductorio, publicamos las tres láminas producidas por la Expedición para ilustrar una misma planta: la aristoloquia «zaraza» o «zaragoza». Para mí son lo más prodigioso y elaborado de la colección conservada en Madrid y de una de ellas hablé en mis **Plantas útiles de Colombia.** Su descripción original es esta en H. B. K. **Nov. Gen. et Sp. Plant. II, 149.**

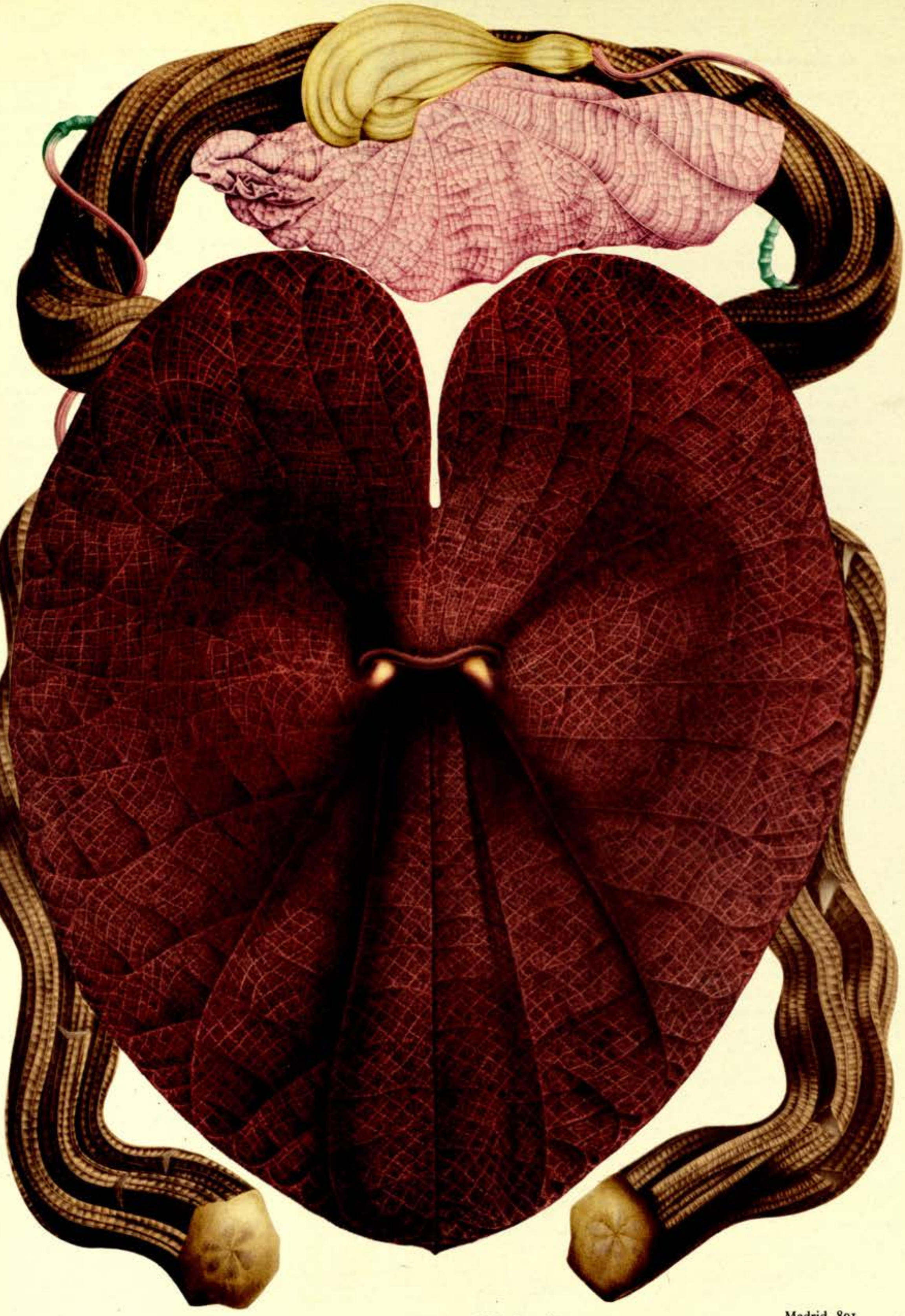
ARISTOLOCHIA CORDIFLORA

Aristolochia cordiflora Mutis mss.
Aristolochia Humb. *Naturansichten,* pág. 47.
Contracapitana de Mompox; flor de alcatraz, Mompox.
Crescit prope Mompox ad ripas fluminis Magdalenae.
Folia cordata, acuminata, subpeltata, flores purpurei, cordati, diametro 16 pollicari. Bonpl.
Antidotum valde aestimatum. Flores late celebrati, pueris mitrae instar inserviunt.

La lámina Madrid 891 representa la flor de la *A. cordiflora* por el haz, su pedúnculo basi—nodoso—moniliforme, su botón cerrado en dos alas y su tallo maduro, corteza secundaria suberosa y el corazón del tallo. La lámina Madrid 892 representa la misma flor por el envés. La lámina Madrid 893 lleva el tallo joven con fruto y hojas.

Ed. André en sus dibujos nos dejó la escena de los chicos negros, desnudos y jugando con gorras de flores de la aristoloquia «zaraza» tales como dicen H. B. K.

En vista de la declaración hecha por E. Valenzuela de la falta de un buen color morado que se sufría en la Expedición y teniendo en cuenta el color natural de las flores de la *Aristolochia cordiflora,* preferimos cambiar el color rojo que hoy aparece en la lámina Madrid 891 por el Victoria Lake de los Standards ingleses. De otra manera apareceríamos creando una variedad nueva.



Sin firma. Probablemente de Matis

Aristolochia cordiflora Mutis (apud. H. B. K.) Tamaño natural

Madrid, 891

Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Impresores

dad, no pudieron fiarse de sus informaciones comparativas para dar la total determinación de todas sus especies. Les faltaron canjes, les faltaron, no tanto libros, cuanto descripciones completas en ellos: fueron escrupulosos, confiaron demasiado a su memoria (25).

A pesar de los cambios de clima buscados en Lajas y en Bocaneme, la salud de Mutis decaía. De 1787 fué el remedio que halló para aliviar su enfermedad, la cual probablemente consistía en una fatigante depresión nerviosa, en una melancolía *que no deja trabajar*, según sus palabras. Describe así su nueva terapéutica a Pedro Fermín de Vargas.

Es cosa maravillosa, por cierto, que hallándome así a las diez del día, encendido, abrasado, de tan mal humor, que yo mismo no me puedo sufrir, y me descompongo más a fuerza de reprimirme, es cosa maravillosa, repito, que al entrar en el agua se disipa absolutamente todo, se corre como un velo, me vuelve la serenidad de ánimo y alegría de modo que no quisiera salir del baño: se me hacía duro perder allí tanto tiempo, pero me voy conformando con esta pérdida por lo mismo que con ella gano. Allí pienso, allí combino, allí progreso y a veces recelo si saldré algún día dando saltos desnudo, suceso que sentiría por estos mal intencionados mariquiteños que no imitarían la sencillez de los de Siracusa en disculpar las distracciones de su Arquimedes.

Entre el agua, y de buen humor, debió de pensar Mutis una carta, la mejor de su estilo epistolar y que por eso merece que la copiemos íntegra. Debe de referirse a la señora de un empleado de don Juan José D'Elhuyar, mineralogista del virreinato, traído por Mutis, pero no estamos en mayores antecedentes. Lo suple, en razón de la vívida descripción, la imaginación de cada lector. Dice así:

Señor Don Juan José D'Elhuyar.

Mi estimadísimo amigo y señor:

He recibido con toda atención a la huéspeda, que será alojada y tratada como lo merece y espero que sus caridades, que ahora no asoman sus jetas por acá, se abstendrán de darle qué sentir. Estando preparada la purga que pienso tomar mañana, siendo Dios servido, no debí abrir la carta por no irritarme. Al fin no tuve paciencia y ví la machada. Hago concepto por la respuesta de que ocurrió la pitusa, sin falta ocurrir abajo.

Antenoche estuvo aquí madama Gouvernante, de oficio, y según decía, a escondidas del hombre; naturalmente para explorar el terreno. La sesión fué larga: oyó maravillas, todo con el decoro a su faldas, y tal cual gracejo con que se produce y daba motivos, a, en tono de chanza y con serenidad, decirle verdades. Donde se puso punto final a la sesión, que iba larga, fué cuando contestando yo a los principales puntos (como si los hubiera estudiado) tuvo la penetración y advertencia de preguntarme si había visto al último oficio tan atrevido, tan descarado, tan desvergonzado, tan y tan, que me obligó a darle el taponazo. Díjele que yo no sabía ni podía yo fingir, ni mentir, así que lo había visto. Aquí redobló la curiosidad repreguntándome, ¿qué concepto había formado? Que muy bueno, le respondí, muy al caso, y que una vez que vuesamerced lo había firmado lo tendría muy bien meditado. Pues ya no se me queda más que otr, respondió Su Señoría. ¿Conque esto no podrá componerse? Dificultoso lo veo (le dije), pues sería empeño arduo darle a entender a su marido que se ha precipitado dos veces. A este tenor iban las respuestas y le volví a repetir el píldorazo, que ella ya sabía, de que el lugar de su marido lo llenarían doscientos, etc., etc., etc.

Mas sepa vuesamerced también que ya le tiran al infeliz del alemán. En mi presencia lo llamó hugonote, pero yo le reconvine a Madama con sus frecuentes confesiones y comuniones, para que tuviese más caridad. Ya es visto que este es otro tiro.

Basta de hablar por escrito. Vaya vuesamerced pensando un buen oficio, persuadido a que yo no me quedaré atrás.

Mande vuesamerced, pues soy su afectísimo amigo.

J. C. Mutis.

Durante su estancia en Mariquita tocó a Mutis sufrir el sobresalto y alargar su sensibilidad social por las desgracias que produjo el terremoto que el 12 de julio de 1785, a las ocho de la mañana, con epicentro, tal vez en la hoya del Magdalena y que conmovió al departamento de Cundinamarca y el norte del Tolima. De este sismo habla en detalle Pedro M. Ibáñez en la página 59 del tomo II de sus **Crónicas de Bogotá** (Bogotá, 1915).

Días después Mutis escribe a J. J. D'Elhuyar, felicitándolo por lo que a él mismo debió pasarle y que cree acontecía también a su amigo. Que estaba tan distraído en su interior que *Totius orbis ruina impavidum feriret*. Es una reminiscencia de la oda de Horacio: *Justum ac tenacem propositi virum*, muy de acuerdo con su carácter.

Ya la corte, el mismo rey, habían mostrado su preocupación por la salud del astrónomo y botánico, cuya obra no podía quedar truncada ni menos perderse. Consecuencia de esa vigilancia, de una carta del mismo Mutis en que expresaba recelo por su vida y de las noticias que llegaban a Santa Fe, el virrey Ezpeleta despachó al director de la Expedición una misiva en estos términos:

Hallándome con muy estrechos encargos de la Corte sobre promover el adelantamiento y conclusión de la Flora de Bogotá, de que vuesamerced está encargado; y considerando que el establecimiento de vuesamerced y su oficina en ese país puede ocasionar atrasos, que podrán evitarse por esta Superioridad, con los auxilios que se franquearían, si esta comisión se estableciese en Santafé; cerciorado de que su temperamento puede ser favorable a la quebrantada salud de vuesamerced y al progreso de los trabajos, he determinado se traslade vuesamerced a la mayor brevedad a esta capital, con sus dependientes y oficinas, pidiendo al Oficial Real de Honda el dinero preciso para este viaje, y contando desde ahora con todos los auxilios que dependen de mis facultades, para el fomento de una empresa tan importante.

A esta orden superior respondió Mutis:

... Por una especial providencia del Altísimo he sobrevivido a los inmensos cuidados de siete años, y aunque me rodean no pocos para atar cabos, desprenderme de comisiones y trasladarme a la capital, los igualo a las esperanzas del afligido navegante arrojado en alta mar, cuando divisa la playa y se lisonjea haber escapado de los peligros del naufragio...

Un documento que se publica en los apéndices de este libro por el doctor Francisco de las Barras de Aragón nos descorre el último telón que siempre ha ocultado los móviles del traslado a Santa Fe de la Expedición Mutis: el gobierno quería tener bajo su vigilancia los trabajos para cerciorarse de que algún día quedarían listos para ser publicados en vida de su director. Este, en cambio, que sólo se desvivía por una obra perfecta, dejó contrariado los climas ardientes cuyo estudio quedaba — y él lo sabía mejor que nadie — apenas iniciado.

Los años desfilaban; el clima de Mariquita traidoramente se iba infiltrando en los huesos del gran explorador y lloviendo las nubes la decrepitud, iba adoptando la silueta de los que sienten en el rostro una racha de frío. Mutis tenía cincuenta y nueve años. A los que le decían:

— Sí que está bien vuesamerced, debió responderles internamente:

— Señal que ya es hora de estar mal.

---

(25) Como dato curioso podemos recoger aquí algunos de los errores consignados en los diarios privados de Mutis los cuales hoy nos parecen evitables, pero que en su época no lo eran y por eso mismo acrecientan el mérito de sus aciertos y la sinceridad con que los enmendó. Por ejemplo:

Cree que el «caracolí» y el «marañón» son la misma especie y no las distingue sino el 1 de julio de 1772.

Supone que el «caracolí» es especie nueva y la dedica a su colega cirujano don Jaime Navarro, creando el género *Navarria*.

Confunde los túmbilos, que manifiestamente eran semillas de una lecitidácea, con productos de un totumo. Octubre de 1777.

Se imagina que el caucho, de que habla La Condamine, se obtiene del latex de un *Ficus*.

Hace un curioso raciocinio para suponer que los plátanos de fruto a veces crecen de semilla.

Completa láminas de una localidad, como la Mesa, con materiales recogidos en Mariquita, suponiéndolos de la misma especie, lo cual, a veces, resulta arriesgado.

Hace recoger plantas en las huertas y las incluye entre algunas espontáneas, siendo así que los medios ruderales y agrícolas presentan muchas plantas introducidas.

CAPITULO XXIII

ADEMAS DE LA BOTANICA

Que campo tan glorioso y tan vásto, donde no hay paredes.

F. J. DE CALDAS.

La amplitud que a mediados del ochocientos se daba al naturalista sobre su objeto, obedecía a dos hechos entonces más contundentes que ahora: a la necesidad de hacer fecundas las expediciones científicas por mundos llenos de novedad y al predominio de los valores estéticos y románticos dentro de la misma ciencia, sobre las aplicaciones utilitarias, menos intrigantes todavía. Era, en efecto, natural que la ciencia que crecía a favor de una expedición, no sólo se fijara en los hallazgos florales, sino también en los zoológicos, en los mineralógicos y en los geográficos. Como era también obvio que, al contemplar la vegetación, no se prescindiera del ave que la realza, ni de la montaña que le da sugerencia, ni de las aguas que la fecundan, ni del insecto que a ella prende sus larvas para convertirse en ninfa. Como decíamos, esta integridad del objetivo científico era humana y humanística.

Anota el historiador F. Gredilla que a la Expedición Botánica de Nueva Granada se concedió por la corte española, entre otras del continente y según ese concepto de su siglo, un más extenso radio de acción, no circunscribiéndola al problema sistemático. Y es que esta Expedición nuestra, cuando Carlos III la prohijó, ya estaba adulta, ya llevaba años de labor, ya había conocido, gracias a Mutis, y trazado con mano segura, la órbita de su destino.

La ciencia para nosotros nació amplia, como sólo la logran en nuestra época de las especialidades los hombres provectos, que a fuerza de penetración, han expandido sus inquietudes hacia el fenómeno cósmico multifacetado. Por Expedición Botánica, nombre que se le impuso de fuera, entendió Mutis un trabajo no transeúnte, sino estable; no fitográfico, sino trascendente; no especulativo puramente, sino de servicio, es decir, una auténtica y duradera política de la naturaleza.

Sin embargo, en este libro, cuya principal tendencia es abrir las puertas a la continuación editorial de la Flora del Nuevo Reino de Granada, no podemos recorrer en detalle todos los temas tangentes que Mutis y su escuela, declararon con tesón y conato infatigables. Tampoco los podemos olvidar del todo, porque son premisas históricas de los hechos que nos corresponde descifrar. Daremos por eso sólo una breve lista de lo que Mutis realizó fuera del campo fitográfico.

1761. Semillas traídas de España de plantas hortenses o interesantes económicamente.

1762. Noticias ornitológicas comunicadas a Europa por Mutis desde Santa Fe y estudios y dibujos de peces en Cartagena.

1762. Inauguración de las lecciones de matemáticas prometidas por Mutis a los oficiales y pajes del virrey La Zerda a bordo del *Castilla* y que el rector del Rosario recabó que se dictasen en esa Universidad. De esas clases surgieron las disputas sobre el sistema de Copérnico.

1770. Descripciones de pájaros y dibujos de ellos elaborados por Mutis según *sistema propio* y que fueron en parte remitidos a Suecia.

1772-1783. Promoción por Mutis de la explotación de las minas de Nueva Granada en forma técnica y del beneficio del platino. Este era antes tenido por plata de baja ley que los mineros mezclaban al oro para falsificarlo. Para que tal cosa no sucediera, se divulgó la fábula de que el platino era *oro niño* en formación, el cual debía ser arrojado al Atrato para que con el tiempo y el agua del río se tornara en fino.

1777. Experimento doble, en propia carne, sobre la mosca de la gusanera en el Real del Sapo, por Mutis.

1778. Ensayos sobre el valor económico de la manteca de cuesco o de corozo.

1779. Lleva Mutis su diario meteorológico y sus observaciones sobre la influencia de las lluvias en el crecimiento de las plantas.

1783-91. Creación del Gabinete de Ciencias Naturales de la Expedición, en Mariquita, que ocupaba dos tramos del edificio. Después se lo trasladó a Santa Fe, donde se lo amplió, convirtiéndolo en el primer museo de nuestra historia cultural.

1783. Instrucciones sobre la vacuna.

1784-91. Comisión del virrey a Mutis para promover el beneficio de la cera blanca de Andaquíes, producida por abejas inofensivas reveladas por él.

1785. Enero 16. Roque y Estevan, que iban a la hacienda de don José Armero, a reconocer las mulas de la Expedición, llegaron con muestras de los menales o brea mineral, cuyo primer uso se calculó que sería para calafatear embarcaciones. Caballero y Góngora envió muestras a Madrid.

1788. Relación de sus gestiones para conseguir los diccionarios chibcha y achagua que después se enviaron a Madrid para satisfacer un pedido de Catalina II de Rusia. Hallazgo del diccionario Andaquí enviado en 1787 a España. Por estas actividades Mutis ocupa un puesto de avanzada en nuestros estudios etnológicos y nos demuestra un aprecio de las culturas precolombianas que lo coloca adelante de su siglo.

1798. Extenso dictamen de Mutis al virrey sobre condiciones sanitarias del cementerio de Mompox, donde en 1786 fué enterrado su hermano don Manuel.

1798. Instrucciones sobre la conveniencia de retirar los platanares de las casas de habitación para evitar daños a la salud.

1801. Envío de Mutis a Humboldt, a la sazón en Ibagué, de un diario donde se relata cómo, por instrucciones dadas por sí mismo, su caporal Roque había encontrado, años antes, una veta de cinabrio, *descubrimiento decoroso en mis tareas mineralógicas.*

1802-03. Fundación del Observatorio Astronómico de Santa Fe.

1802. Instrucciones al oidor Hernández de Alba sobre condiciones sanitarias de las calles de Santa Fe.

Se suman a las dichas investigaciones y a la labor de cátedra otras que Mutis efectuó a lo largo de toda su vida neogranadina sobre presiones barométricas y temperaturas; sobre perfiles de cordilleras; sobre supercherías terapéuticas; sobre sanidad de climas; sobre las aguas medicinales. En fin, una masa ponderosa de datos que hubieran bastado solos para convertirlo en punto de partida de muchas ciencias entre nosotros y para evidenciar la fecunda inquietud de su mente al servicio de generosos ideales.

Con este bagaje, con este prestigio, no es raro que sobre el director de la Expedición llovieran las más divergentes consultas, ni que acudieran a él jóvenes de las más variadas aficiones, ni que Caldas, quien pudo mirar en perspectiva labores tan dilatadas, tuviera la llegada de Mutis a Cartagena por iniciación *de todas las ciencias útiles sobre nuestro horizonte.* Un amanecer que de todos los puntos cardinales llamaba al vuelo a cuantos tuvieran alas.

Mutis era hombre de espíritu público y verdadero ciudadano en toda la extensión del vocablo. En 1789, hallándose en Santa Fe, donde debió llamarle el virrey para decidir sobre el traslado de la Expedición a esa capital, Rizo le comunicó un hecho trivial: las vacas del vecino se metían en los jardines de La Botánica y hacían daños en ellos. El mayordomo, a lo que parece, había amenazado al dueño con matarlas.

Con inmensa mesura escribe Mutis a su subalterno, haciéndole ver

lo deslucidos que quedarían con la matanza de las vacas por no estar las cercas según la ley; le recuerda que el vecino es Aranzazu, su mejor amistad en Mariquita, *entre las gentes de ese ingratísimo pueblo cuyos elogios hice y continuaré haciendo entre estos señores, para que admiren hasta qué punto llega la ingratitud de esa ciudad que he sacado de miserias* y en fin, le prescribe proceder con la mayor cordura.

Servicio público era una norma constante en el noble gaditano. Servicio como médico, curando los enfermos, prescribiéndoles remedios eficaces y sencillos, eliminando el engaño de las boticas que los esquilmaban.

Servicio público cuando con el virrey Guirior se iban por los montes a sembrar fresas, para que todo el mundo, después, pudiera recolectarlas. Servicio al interesarse por mejorar la navegación en el río Magdalena y sus puertos. Servicio en franquear los libros de su biblioteca, lo que él más amaba, a personas que los necesitaran. Verdad es que después los acosaba para recobrarlos, pero el préstamo lo hacía de buena gana y para ello tenía duplicados.

El presente capítulo nos da la mejor oportunidad para medir el mayor valor de Mutis y de los hombres de la Expedición que es el valor humano; elemental y raro, básico para su influencia social y decisivo para su penetración psicológica. Mutis, hombre, sería un tema inagotable.

Ciertamente poco sacaría quien se pusiera a cavar, a estilo de los psicoanalistas, en sus pasiones. Seguro que Mutis no carecería de ellas. Pero no juzga digno de su gran misión declararlas, o dejar que llameen a través de las hendijas. Esta es una superioridad de quien desde joven ha encontrado su rumbo a un alto destino y con orgullo avanza hacia él.

Caballero y Góngora halla a Mutis modesto, dulce, instruído, desinteresado, generoso de su saber: dotado de buen gusto, ático, discreto y constante.

Caldas lo califica de alma grande, generosa y virtuosa; de paternal, de sabio y de santo. También Rizo lo trata como a su padre.

Humboldt lo describe como generoso y manso, sorprendente en concebir y poner en obra planes tan vastos.

Nosotros, mientras más lo estudiamos, descubrimos mejor en él al hombre veraz, al español hidalgo, al señor Don Quijote de la «espaciosa tierra» y de los galanteos a los intangibles privilegios de la inteligencia.

Sólo tuvo Mutis como enemigos a los que trataron de cerrar el paso al comercio de las quinas de la Nueva Granada.

Revela su suavidad de carácter el episodio que él mismo refiere, cuando queriendo matar un pájaro con la escopeta, disparó y quedó más asustado que el mismo animalito.

Por último, la personalidad del sabio sacerdote se pone de manifiesto en ciertos rasgos íntimos: en su pulcritud personal, en el cuidado por la limpieza y buen corte de su ropa interior, en el orden espacial y cronológico que parece le obsesionaba, en preferir hacer obra perfecta aunque su nombre no figurara en las especies nuevas.

Pero era hombre sencillo. Cuando J. J. D'Elhuyar le comunica buenas noticias del rendimiento de las minas de plata de Santa Ana, le contesta prometiéndole ir a comerse con él unos buenos capones, tantos, tantos, como les había costado el éxito de la empresa.

Podemos copiar aquí, para finalizar, una serie de máximas o aforismos de Mutis que eran como normas de su conducta, lecciones tamizadas de su experiencia. Decía así:

La equidad y la justicia piden que no se engañe al público, manteniendo en el gremio de la ciencia a los ignorantes que serían útiles en otra profesión o carrera.

Es ultrajar a las sagradas letras, pretender que se oponen a las demostraciones de la geometría y de la mecánica.

La uniformidad de unas mismas apariencias exteriores, ni el ser una misma la planta, no basta para decidir abiertamente sobre la misma eficacia de un específico producido en diversos sitios, climas y suelos. (Carta al virrey Flórez, 17 Agosto 1776.)

A ningún profesor de Medicina se le ha podido ocultar que toda la práctica es sumamente sencilla y purgada del amontonamiento de muchas drogas, contra la preocupación del vulgo de los médicos.

La Medicina debe ciertamente sus mejores remedios a la casualidad, y a las aplicaciones de los remedios que hacen los rústicos.

Siempre he guardado conmigo aquella moderada estimación, como debía, acerca de mis tareas, ni he creído que se me quitaba mucho, porque lo demás sería una humildad fingida, si sólo me viviera alabado por aquella parte que no me pertenece, cual es mi sufrimiento en tolerar los durísimos trabajos de mis largas peregrinaciones y los vivísimos deseos con que he procurado ampliar las ciencias, y nada más.

El (su sobrino Sinforoso) *como niño voluntarioso y soberbio no quiere entender que para labrarnos la fortuna, es menester acomodarnos al genio de quienes nos gobiernan y no éstos a los suyos.*

Los americanos se han acostumbrado a vivir con las simples yerbas que la naturaleza produce en sus campos... No creo que la flora más liberal y graciosa, deba dedicarse a los usos repugnantes de la farmacia.

Es propio de los hombres que se distinguen ser perseguidos.

Mutis, hombre, resulta, pues, una de las más clásicas estampas de la historia colonial; creación por una parte de la ascética española que se difundía desde los templos ennegrecidos por el hollín de los blandones inextinguibles, desde aquellos lienzos cargados de sombras, desde los claustros; hasta todo el ser nacional, hasta el naturalista que vagaba por las trochas de los Andes encrespados, contando estambres y midiendo pecíolos.

Y es fruto, por otro lado, del respeto, transmitido a distancia, por el rey de España, en cuya gloria se envolvían la raza de nuestros mayores y las miras de nuestros varones de casta.

Para medida fiel de las cualidades de Mutis basta recordar quiénes fueron sus más fervorosos panegiristas y patrocinadores: Caballero y Góngora, Valenzuela, Zea, J. T. Lozano, J. I. de Pombo, hombres de los mejores que presenta la época.

---

(26) He aquí un extracto de los privilegios concedidos al señor don José Celestino Mutis, que ha sido encontrado por Guillermo Hernández de Alba:

Indulto de altar privilegiado personal, tres días a la semana. Indulgencia plenaria para el artículo de la muerte, para sí, sus parientes y afines hasta el tercer grado inclusive y para otras cincuenta personas que el dicho eligiere. Licencia al mismo para bendecir trescientas cruces o crucifijos y trescientas medallas con las Indulgencias ordinarias y otras tantas Coronas con las de Santa Brígida. Indulgencia plenaria para el mismo cada mes, en aquellos días que habiendo dicho misa o comulgado en alguna iglesia hiciere oración algún tiempo, según la intención del Santo Padre.

CAPITULO XXIV

RELACIONES CIENTIFICAS

Gratulor tibi nomen immortale quod nulla aetas unquan delebit.

C. LINNÉ. **Carta a Mutis.**

Aunque es sabido que la ciencia vive de la consulta y con ella se fortalece; si la comunicación intimada entre artífices de la misma o semejante realización intelectual es el único medio para mantener los alientos y subir el nivel de los éxitos investigativos; sin embargo, resulta admirable que Mutis, en vez de dejarse confinar en el aislamiento geográfico o empequeñecerse por los correos inseguros o desalentarse por la demora de dos años con que le llegaban las respuestas a sus cartas, viviera presente al movimiento científico de su época y en un ambiente que, a cuantos le rodeaban parecía fantasmagórico.

Hicimos en la vida de Mutis una distinción en dos períodos: el que precedió al establecimiento de la expedición por Caballero y Góngora y el que siguió a esta resolución del generoso mandatario. En cambio no doy importancia a las dos etapas que otros pretenden discriminar entre la fundación provisional, por el arzobispo virrey y la que obedecía a la sanción real. Y esto porque el trabajo de la expedición pasó sin mudanza del uno al otro de estos períodos menores, cambiando en ella solamente lo extrínseco de las fuentes de sus recursos o las imputaciones de sus gastos (27).

Dijimos, además, que el primer período de la vida neogranadina de Mutis se caracterizaba por la dispersión de su esfuerzo, por la prodigalidad de sus colecciones. Y este punto merece atención porque muchos han creído que el sabio gaditano se redujo a crear, con subsidios reales subidos, unos cuantos centenares de ejemplares botánicos y a hacer dibujar unas láminas como labor de mero aficionado.

Lo que sucedió fué cosa muy diversa, pero muy natural. Porque obsesionado el gaditano por ser el primero en publicar sus hallazgos de naturalista, afán fundado en su patriotismo incomprendido o imposibilitado para dar la última mano a sus hallazgos, se constituyó en lo que hoy llamamos un corresponsal, en un colaborador de las eminencias que más allá del mar y de los Pirineos recibían el apoyo de los poderosos y el aplauso de las multitudes, y podían, gracias a eso, dar libros a la imprenta. Eso fué su vida desde el 61 hasta el 83. No pudiendo publicar él, hizo que otros publicaran en su nombre.

El no perdió mucho, porque coacervó en su mente y en su prestigio que algo le había de costar y mucho le había de servir para que los mismos de su casa, un día, le creyeran. Pero sí perdieron España y la Nueva Granada, y ésta sólo temporalmente por ese concepto, porque por otros lo hubiera perdido todo al comenzar el siguiente siglo con su desorganización frenética.

Los años han ido descubriendo que, si en 1932, cuando se celebró el bicentenario del sabio, hubiéramos juzgado la obra de Mutis por lo que teníamos por suyo, por lo que se encerraba, casi en su totalidad, en unos armarios del Jardín Botánico de Madrid, nos hubiéramos equivocado diametralmente. La verdad es que las *preciosidades* del Nuevo Reino, como decía Caballero y Góngora, enriquecieron por mano de Mutis los principales centros científicos sus contemporáneos. Otra cosa se que en Madrid, y en otras colecciones, muchos objetos que indudablemente proceden de nuestro territorio se hallen mal etiquetados o absolutamente anónimos. Valdría preguntar si para la técnica moderna de los museos, podrían llegar satisfactoriamente rotulados y determinados, objetos que en masa cayeran en manos de soldados, se empacaran en seis días y se transportaran por caminos de herradura o en buques de vela a través de climas tropicales. Con decir que el primer envío a Linné de quinas neogranadinas confiado por Mutis a Clemente Ruiz, se traspapeló y que el sabio sueco recibió por quinas unas muestras de *Carica* — fruta bomba o papayo — está dicho el riesgo que corrían toda clase de ejemplares remitidos de ultramar.

Mutis, sin embargo, no cede. Resuelto a vivir la ciencia, que es mundial y eterna, no descansa en obtener para su biblioteca cuantos libros podrían instruírlo; para su voluntad, cuantas aprobaciones podían confortarla. Ni en comunicar, para su publicación, lo que de su obra mereciera la atención de los sabios, aunque pareciera «extravagante» a los mentecatos de las garnachas, del traje viejo de Fernando VI y de las gorras de terciopelo rojo.

Entre las cartas dirigidas a Mutis hay una de Juan Bautista Leblond (n. 1747; m. 1815) naturalista y viajero; uno de los primeros exploradores de las Guayanas y que estudió y herborizó extensamente en Nueva Granada precisamente entre los años 1772 y 1785. No sabemos cuándo conociera Leblond a Mutis, pero fué probablemente antes de fundarse la Expedición Botánica y de cierto en Honda, en esa época en que el sabio gaditano andaba de acá para allá atento a abrir mercado para las quinas de Nueva Granada.

Prueba evidente de las actividades científicas de Mutis y del prestigio que en Europa alcanzó, ya desde entonces, son estas palabras de Leblond:

... Habré recibido hasta veinte visitas de los botánicos más celebres de Europa, no más que porque saben que he visto y conozco a vuestra merced; Mr. Smith en particular, inglés, de la Sociedad Real de Londres, me ha dicho que tiempos hace, ha escrito a vuesamerced y aguarda su respuesta con el mayor anhelo; este caballero es depositario de todo el gabinete de historia natural del inmortal Linné; él desea, parece, verificar con vuesamerced, la parte del herbario de este sabio en que figura vuesamerced como el lucero entre las estrellas.

Se pudiera aquí copiar el catálogo de las obras que nos consta leía Mutis. También se puede sacar una larga lista de los objetos científicos que él despachó a sus corresponsales. Podríamos referir los arbitrios de que se valió para hacerse, a través de los cónsules suecos en Cádiz, con los mejores libros que sólo le era dable conocer por títulos ambiguos, que son anzuelos con que a veces sólo se logran pescados que no valen la faena. Y podríamos citar sus frases en que manifiesta que ni en el último aislamiento de el Cerro del Sapo se apagó su amor a la ciencia *estimulado frecuentemente por la memoria de la agradable vista del amenísimo paraíso en que habito y los encendidísimos deseos de perfeccionar mi obra y servir a mis amigos.*

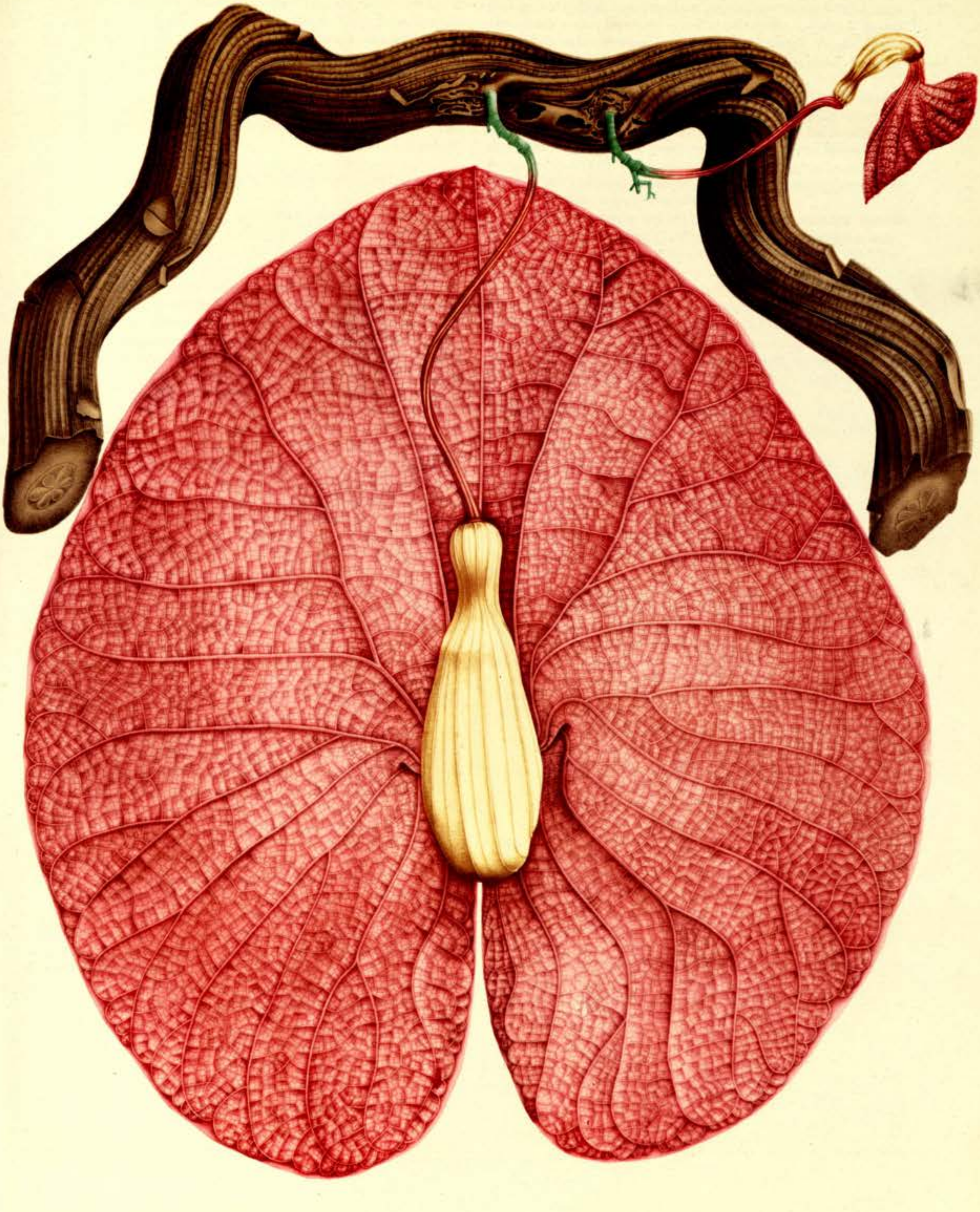
Las cartas de Mutis a ambos Linné apenas son otra cosa que anun-

---

(27) El P. L. Uribe y J. Jaramillo Arango distinguen en la Expedición Botánica dos períodos: uno provisional, cuando la fundó Caballero y Góngora y otro definitivo determinado por la aprobación real a la medida del arzobispo virrey.

Caballero y Góngora se dirige al ministro Gálvez el 31 de marzo de 1783 diciéndole que se ha tomado la libertad de disponer esta expedición interina, interpretando la voluntad del rey. Podemos suponer que al día siguiente fué comunicada tal decisión a Mutis y que, por tanto, el 1 de abril de 1783 debe ser tenido como fecha inicial de la Expedición, día en que los expedicionarios empezaron a devengar sus sueldos y en el que debió iniciarse la meticulosa preparación del viaje a la Mesa.

Carlos III aprobó la Expedición por real cédula el 1 de noviembre del mismo 83, como ya en otra parte del texto lo referimos.



Sin firma

Aristolochia cordiflora Mutis (apud. H. B. K.) Tamaño natural

Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Impresores

Madrid, 892

cio de envíos y de *donecillos* (28), como él dice, de sus trabajos. Un gallinazo disecado; unas plantas que le parecieron de género nuevo y a las cuales él impuso los nombres de sus amigos; otras a las que por falta de tiempo ni siquiera pudo determinar, dejando al arbitrio de su amigo *la carguilla y libertad de ponerles nombres más proporcionados*; muestras de quinas; descripciones de mapas hechos en el río Magdalena en su segundo viaje a esa ciudad; informes sobre la *resina elástica que entre nosotros se llama caucho;* muestras de ipecacoanha de Simití y de Girón, datos sobre la palma *Cocos butyracea*, fructificaciones del fruto que da el bálsamo. A tal punto llegó la dadivosidad de Mutis que envió a Linné padre todos los ejemplares y los dos dibujos que poseyó de la *Mutisia*, la planta que inmortalizaría su nombre.

La comunidad de la ciencia vertía datos y muestras del suelo neogranadino sobre la mesa del profesor de Upsala. Afortunadamente a éste y a su hijo les sobraba gloria y jamás se vestían con plumas ajenas. Por eso conservaron los nombres puestos por Mutis a géneros y especies, nombres que quieren roerle los ratoncillos de hogaño.

En un opúsculo editado en Madrid en 1951 en que el historiador G. Hernández de Alba publica los títulos de sus escritos que han salido a la luz, promete, como en preparación, cuatro tomos de los **Diarios científicos de José Celestino Mutis (1777-1786)** y texto de su **Flora de Bogotá.** La seriedad y versación de este investigador nos convence de varios hechos singulares: primero, de que antes de fundarse la Expedición, Mutis llevaba su diario, ya que en 1777 se hallaba aún en El Gran Sapo, la época de su vida científica que se tuvo como más estéril. Segundo, que aún falta hallar los diarios de 1761 a 1777 y los de 1787 a 1808. Tercero, que estamos lejos de poseer el texto de la Flora de Bogotá. Si los diarios de Mutis adolecen, como lo dijo Triana, de la necesaria conexión entre icón, descripción y ejemplar de herbario, nuestra posición ante la Flora de Bogotá no cambiará mucho con la publicación prometida por Hernández de Alba. Pero sí nos consta del trabajo llevado a cabo por Mutis antes de fundarse la Expedición.

Se refuerza esta conclusión considerando las fechas de las ediciones de Linné, donde se citan géneros y especies que el sabio sueco atribuye a Mutis. Sólo en el primer tomo de la **Práctica Botánica del Caballero Linné,** que publicó en 1784 y en Madrid don Antonio Paláu y Verderá, aparecen los géneros *Willichia*, *Manettia* y *Acœna*, creados por Mutis y además la *Calceolaria perfoliata* del mismo. Todo ello prueba dos cosas: que Mutis, al comenzarse la Expedición, ya tenía gran parte de su obra realizada y que había acertado en el método para que no se adelantaran en sus descubrimientos.

A P. T. Bergius, escribe Mutis así:

Yo de mi parte, en cuanto pueda, procuraré servirte remitiendo todas las plantas de esta parte de América, y cuidando que lleguen hasta Cádiz, mi patria, sin costos algunos. Quisiera, ciertamente, lograr la fortuna de que tanto como yo estimo ahora las plantas de Europa, de que me hallo destituído, esa misma complacencia tengas tú con las de América, de que careces, para que de este modo logremos la oportunidad de remunerarnos, deleitarnos y promover nuestras delicias...

Se desprende claro de la correspondencia de Mutis que cuando el arzobispo virrey se interesó por la aceptación, por parte de la corte, de la Representación de Mutis, tantas veces mencionada, no halló mejor medio de congraciar al peticionario con el Monarca, que la entrega que éste hiciera al Gabinete Real de todo cuanto hasta esa fecha (1782) había recolectado. A eso obedecen las palabras de Mutis:

Y para no desentenderme de la obligación que Vuestra Excelencia me impone en su superior oficio, satisfaré por boca del Caballero Linné, con su mismo estilo familiar y corriente: **datas a te die 6 Junii 1773 his diebus rite accepi, nec umquam gratius per totam vitam, cum ditissimae erant tot raris plantis, avibus &c. ut plane obstupescebam;** *indicio cierto de mis innumerables hallazgos, cuando algunos pocos comunicados causaban tan grande admiración en aquel consumado naturalista.*

Dignándose, pues, Vuestra Excelencia anticipar al Soberano la noticia del humilde legado de mis obras, fruto de veintidós años, sazonado y cogido en sus dominios, a expensas y por solicitud de su fiel vasallo; presento a Vuestra Excelencia todas mis pinturas, dibujos, manuscritos y correspondencias, para que se sirva ponerlas con su autor a los pies de Su Majestad con la declarada voluntad de continuar y consumar mis tareas a la soberana sombra de su Real protección.

Así que al obtenerse del rey la aprobación y subsidios para la Expedición Botánica, llegó el despacho a Madrid de muchas plantas, semillas, frutos secos y de numerosos dibujos de plantas que debió elaborar Antonio García.

La dadivosidad de Mutis no se había de interrumpir nunca. Antes era su estilo enviar a los amigos de la expedición copias de los dibujos como muestras de los icones que adornarían la **Flora de Bogotá.**

A Humboldt le obsequió con un centenar; diez más había regalado a Linné, tres a Bergius, una a Camilo Torres, varias a Sobral; a cuanto botánico estimaba o de quien quería que su labor fuera apreciada.

Había, es verdad, en la generosidad de Mutis, un dejo de frustración muy natural y sin duda la violentaban órdenes como ésta de su amigo Sobral.

... se ha servido S. M. mandar se forme en él un Herbario copioso y bien servido digno de dicho establecimiento, y para ello es su Real voluntad que V. vaya remitiendo oportunamente ejemplares de los que tiene acopiados, como ya han empezado a executarlo los profesores de esta Península. De Real orden lo participo a V. para que cumpla por su parte esta soberana resolución con el celo que tiene acreditado para los adelantamientos de la ciencia...

Hasta última hora encontramos en la vida de la Expedición, ese desangre de materiales enviados al Gabinete Real de Madrid. Allí se recogieron materiales colectados por la Expedición, por J. C. Mutis y por sus meritorios García y Sinforoso Mutis y sin duda por los otros, Caldas, Lozano, Zea. Lo que en Madrid lleva hoy el rótulo de Mutis es una pequeña parte no más de los productos de su esfuerzo. Los materiales que fueron a parar al Museo de Ciencias Naturales, aun no han sido identificados.

Sólo ahora, según los indicios llegados a mi conocimiento, puedo afirmar con certeza que en Colombia andan por ahí, en colecciones oficiales y en manos de particulares, lotes de las láminas de Mutis, de las cuales no sé todavía si son unicados o duplicados.

La estima con que los sabios europeos premiaron los servicios tan desinteresados de Mutis, se convirtió en cantinela de sus biógrafos. A ella se agarró el abnegado científico como a tabla de salvación en medio de su océano de incomprensiones, no muy contento, por una parte, de que España se le mostrara indiferente; pagado, por otra, en su carácter sencillo, de que los extranjeros le alabaran. Quizás en este sentimiento sólo se esconda una gota de la sangre mora que corre por las venas del pueblo español y que lo conduce a mirar como sagrados al forastero y a su camello.

Tal vez se entremeta en lo mismo una reminiscencia de nuestro señor Don Quijote, quien hubo de recibir el espaldarazo que lo hizo caballero de manos de quien no era tal, sino ventero.

---

(28) Se pudiera elaborar una larga lista de los envíos que Mutis hizo a diversos, de los frutos de sus recolecciones como naturalista. Anotemos algunos datos menos conocidos.

Su primer envío al caballero Linné debió de hacerse en 1764, cuando le remitió una lámina de la quina en Nueva Granada. De ese envío recibió respuesta hacia 1777 pues el 8 de febrero de tal año replica a Linné refiriéndose a los *donecillos* de aquel primer despacho donde figuran exsicados hasta el núm. 143; icones hasta el 19; allí iban también aves como el «gallinazo», y los frutos de una *Aristolochia* llamados «incensarios»; una especie nueva, a la que puso el nombre genérico de *Escallonia;* otra que denominó *Vallea Raque;* y una *Passiflora Curubito*. Varios de éstos géneros fueron hurtados a Mutis por los botánicos del Perú.

Animado el sabio español con el éxito de aquel primer envío, incluye otro para Linné en los cajones de su primera remisión al Rey, sobre el cual recibió respuesta en el Sapo el día 1 de octubre de 1777.

Otros envíos fueron: el que hizo a Napoleón, primer cónsul de Francia, el 17 de diciembre de 1802; el de una colección de semillas para Thumberg; el de maderas para el gabinete real, sobre el cual escribe así, en su **Diario de Observaciones,** al *día 6 (sábado) de julio de 1784, en Mariquita:*

He empleado parte de la tarde en sellar con el debido cuidado, para evitar las equivocaciones, (y por esto a nadie fío este penoso cuidado y trabajo), una porción de trozos labrados en la forma que pienso remitirlos al gabinete. Describe los cortes que no pueden ser más acertados.

CAPITULO XXV

OTRA VEZ LA VEGETACION LANUDA

La ciudad colonial mística y triste,
de tradiciones y recuerdos llena.

ISABEL LLERAS DE OSPINA.

Se repitió la escena de los arrieros; del largo camino serpeante; del vado de los ríos, y de la placentera llegada a los prados de sabana de Bogotá, olorosos a ruda y altamisa.

La vida había hecho cambiar varias veces el parecer del señor don Celestino. Cuando por primera vez llegó a Santa Fe, escribió a un amigo del viejo continente:

Esta ciudad es muy cómoda para los Europeos y con ventajas infinitamente más apreciables, que las que hallé en Cartagena, Mompox y Honda. Su temperamento es en las apariencias sumamente dulce y deleitoso; el agua suele estar al temple de la media nieve...

Más tarde mudó de opinión:

Al principio de mi llegada a este pueblo, me pareció haber llegado a las cercanías del paraíso. Assí le pareció a todo el Mundo y tal me hubiera parescido en adelante, si la continuada experiencia no me hubiera disuadido. Hablan sin experiencia los viajeros que alaban con esseso el temple de unos lugares, que sólo la experiencia ha hecho conocer que eran habitables. No hay duda que lo son; pero estoy firmemente persuadido a que las delicias de los lugares fríos y templados de la zona tórrida, son todas aparentes.

Y dirigiéndose a Valenzuela, a la sazón en Mariquita, le había comunicado: *Dejaré para Pascua esta capital, que ya me ostiga demasiado.*

Pero ahora, en 1791, a la edad de cincuenta y nueve, minada su salud por el ardor de los climas calientes, se dirigía a Bogotá, según ya lo hemos leído, como el náufrago a la playa de salvación, sin proponerlo él, satisfecho de haber cumplido *como hombre de bien, hasta rendir la vida*. Al menos ésa fué la apariencia que él quiso mantener.

Inclusive le parecieron ya menos impertinentes las gentes de la corte virreinal y sus cortesías menos fastidiosas. Por eso escribiendo a Rizo desde Santa Fe, dice:

Estas gentes de aquí me honran cada vez más y así es necesario pensar en venirnos a vivir entre gentes políticas, agradecidas y de esplendor.

Seguramente el traslado a Santa Fe agradaba, más que a Mutis, a la gente menuda de su Expedición, que esperaban mejores condiciones de trabajo en la capital del virreinato y en clima frío. Uno de ellos dejó en un papel que se conserva en Madrid, entre las láminas, este último alfileretazo: *Aquí finalizan las muestras de las plantas que se pusieron en la infeliz Mariquita.*

Los años habían cambiado las cosas. Ya Mutis no era el sujeto de ideas extraviadas; ya su prestigio se había impuesto en la colonia; ya era el maestro y prez de la Nueva Granada; ya era comprendido como factor del progreso social. Lo que el sabio llama esplendor de las gentes es su mismo brillo reflejado en ellas. Ya creía conocer, si no del todo, mejor que otros, la flora de Mariquita; ya le hastiaban las múltiples comisiones que en la villa tolimense habían echado sobre sus hombros las autoridades virreinales; ya veía que el ambiente mariquiteño y honduno era nocivo para sus pintores, y apetecía respirar en una atmósfera mejor para escribir, más culta y universitaria; ya con ese frío de la edad, que le daba en la cara, quería ponerse en más íntimas relaciones con su propia familia; ya, por último, anhelaba recibir más y más frescas noticias de su España y su amada soledad había perdido la gracia.

Sobre todo anhelaba Mutis, al regresar a Santa Fe, adjuntar a su expedición algunos de aquellos lucidos jóvenes que habían sido sus discípulos para, con su colaboración, dedicarse mejor a ultimar su obra bibliográfica y asegurar tanto la continuación de las exploraciones de campo, como la supervivencia de su obra, que era el reconocimiento, cada vez más indefinido, de la flora neogradina.

En esa Santa Fe que dejara hacía siete años, Mutis había de encontrar algunas mudanzas; las que en una ciudad adelantada pasan inadvertidas, pero que en las aldeas confinadas se tienen por transformaciones.

Que el virrey, secundado por el ingeniero don Domingo Ezquiaqui, estaba construyendo un gran puente sobre el río Bogotá, no lejos de la población de Chía, obra que costaría 100.000 pesos; que asimismo el virrey había ya terminado el puente sobre el río Serrezuela; que el mismo gobernante había hecho sembrar sauces, a lado y lado de los camellones, que, arrancando de San Victorino, se dirigían el uno hacia el occidente, a Puente Aranda, y el otro hacia el Norte, hasta San Diego; que ya las niñas del Nuevo Reino recibían educación adecuada en un convento llamado de La Enseñanza; que en Santa Fe ya se imprimía un «**Papel Periódico**» dirigido por cierto cubano llegado a Santa Fe con el mismo virrey; que se había reorganizado, por órdenes de Madrid, la Compañía de Alabarderos, guardia de honor de S. E. En suma, que ese virrey progresista era don José de Ezpeleta Galdeano, Mariscal de Campo de los Ejércitos reales.

Ezpeleta, quien sabía muy bien el prestigio de Mutis en la corte de Madrid, y quien quería reparar el desacierto cometido al trasladar la Expedición desde Mariquita, tenía ya lista en Santa Fe una amplia casa para habitación del director y de sus oficiales y para instalar las oficinas y el gabinete (29); con vasto solar donde establecer el jardín botánico, como Mutis lo entendía, que no era, por cierto, muy suntuoso.

La primera carta de Mutis que encontramos, escrita desde su nueva residencia, está dirigida a doña Ignacia Consuegra, su cuñada, la viuda de don Manuel, fallecido en Mompox en 1786. En ella asoman ya las orejas los afanes que habían de asediar al sabio en su última residencia y conducirle, a juicio de algunos contemporáneos, a ciertos errores no comprobados.

Le muestra satisfacción por haber salido de los países cálidos, que tanto habían desmedrado su anterior robusta salud, y que no eran a propósito para entregarse a la escritura y a los libros. Le confiesa su inadvertencia por no moderarse en las tareas, por las cuales está arrepentido cuando ya no tiene remedio y pasa achacoso, *con el disgusto de no poder atarearme cuanto quisiera y cuanto podía prometerme de mi antigua robustez y buen régimen.*

Sigue dándole gracias por los tabacos bumangueses que le envía doña Ignacia, pero le advierte que el tabaco ya lo dejó a él *sin quererlo yo dejar. Dió en hacerme mal y tanto, que fué no poca fortuna conocerlo.*

En esa carta muestra Mutis el cariño que conservaba para su amadísimo doctor Eloy Valenzuela, a quien, *si hubiera de decirle algo de lo mucho que querría participarle, necesitaría escribirle un mes entero.*

---

(29) La casa que el virrey Ezpeleta tenía dispuesta para Mutis ocupaba, según la nomenclatura actual de Bogotá, la esquina NE. en el cruce de la carrera séptima y la calle octava, en el barrio del Palacio. Estas calles se llamaban, respectivamente: calle de la Carrera y calle del Chocho. La casa caía, pues, a dos cuadras de la plaza Mayor, a una del desaparecido puente de San Agustín, y de la plazuela del mismo nombre; a dos del palacio del virrey (arruinado en tiempo de Caballero y Góngora); a tres de la real audiencia; a cuatro del palacio de los virreyes que habitó el virrey Amar y Borbón, en la que es hoy esquina de la carrera séptima y la calle 11, sobre la plaza Mayor, costado occidental. (Véanse: Moisés de la Rosa; **Calles de Santa Fe de Bogotá** y el plano que publicamos en nuestra página 87.)

Lo demás son asuntos de familia, esos en que se había de enredar, para que se cumpliera en él la redondilla del P. Alfonso Rodríguez, el asceta:

De hijos a los sacerdotes
Dios en su Iglesia libró
más el demonio les dió
una turba de nepotes.

Los dos sobrinos, José y Sinforoso, llenaron con las quejas a que dieron lugar, muchas cartas de la correspondencia familiar de Mutis. Quizás éste se sobresaltaba demasiado con las ligerezas de la juventud; quizás recelaba por sobre lo justo, que sus sobrinos casaran demasiado jóvenes; quizás veía a Sinforoso enzarzado entre compañeros levantiscos que le llevarían a los actos de sedición, que ya se veían venir, contra las autoridades virreinales.

Pero estos elementos, junto con Zea, habían de ser los que ampliaran el área de los reconocimientos científicos de la Expedición en los años de su permanencia en Santa Fe. A Zea le hallamos estudiando la naturaleza de los valles vecinos a Fusagasugá y a Sinforoso en el Socorro y en Cuba, adonde había ido para herborizar y negociar las quinas de que tenía existencias la Expedición.

Trece días después de escribir a su cuñada, Mutis, está ya enfrascado en la nueva organización que había de dar a su Expedición y sobre ella debía escribir al virrey Ezpeleta.

Desde luego a los dos fracasados pintores españoles habían sustituído cuatro venidos de Quito. A Juan Francisco Aguiar habían de juntarse sus sobrinos, don José y don Sinforoso Mutis y Francisco Antonio Zea, quien sería el único que había de ganar un sueldo. Dice así:

El moderado auxilio que ahora pido a Vuestra Excelencia va a producir no pocas utilidades, como depositar en cuatro jóvenes mis conocimientos de la historia natural de este Reino, con toda la extensión que debe proporcionarlos mi espontánea elección y su única aplicación al principal ramo de ciencias, que puede hacerse en lo sucesivo su carrera literaria: repartir con ellos las excursiones del campo, tan penosas en estos climas, pero tan indispensables para conocer el suelo nativo de las plantas, y enseñarlas a los herbolarios, que las suministran diariamente a la oficina; siendo este cuidado tan esencial a la perfección de mis láminas, como que una misma planta debe mantenerse fresca y hermosa hasta la conclusión de su fiel retrato: alternar con ellos la vigilancia sobre las prolijas tareas de la oficina, en cuyo conocimiento científico al hacer las anatomías de las flores y frutos, apenas alcanza la destreza de mis pintores sin ser dirigida por una mano inteligente: proporcionarme yo con estos intervalos el tiempo que necesito para ordenar mis manuscritos, comparar mis descubrimientos con los anteriormente hechos por otros botánicos y con los que actualmente se hacen con el motivo de tantos viajes, y obras maestras publicadas, cuya inmensa lección vuelve incomparablemente más trabajosa en el día la publicación de una obra botánica. Y finalmente, si mi salud se considera de alguna importancia, como se ha dignado significarlo la piedad del Rey y acaba de apoyarlo su ilustrado ministerio, recibirá ella por este nuevo arbitrio todos aquellos desahogos y alicientes que naturalmente inspiran al ánimo del filósofo las amenísimas contemplaciones de las obras del Creador.

Tampoco quisiera desentenderme, por más que la inseparable melancolía de mi continuado padecer tire a sofocar unos pensamientos tan alegres, sobre mi suspirada resolución de pasar a España para dirigir el grabado de las láminas y la edición sucesiva de los volúmenes de mi Flora. Sería grande imprudencia mía preferir las ideas lisonjeras, que se me han despertado con tan agradable insinuación, a las ventajas reales de la Expedición. En el día es imposible tomar aquel partido sin aventurar los últimos impulsos que voy a darle a mi oficina; pero si pasado algún tiempo y finalmente desengañado, según se hallare mi salud, que fuera inútil mi dirección personal en la Corte, queda todavía el recurso de poder enviar dos de mis agregados para asistir al grabado e impresión de mis obras con todas las instrucciones necesarias, y los conocimientos adquiridos en el suelo nativo de tan preciosas producciones. Por tanto me persuado firmemente a que hallarán en el generoso corazón de Vuestra Excelencia todo el apoyo que solicitan estas mis reflexiones para ejecutar desde luego los últimos Reales encargos que se han comunicado a Vuestra Excelencia.

Tenemos, pues, el personal inicial de la Expedición en Santa Fe: José C. Mutis; Zea, como auxiliar científico; los dos sobrinos y Aguiar; tal vez Zavaraín o si no Carbonell, oficial de pluma, y Candamo que seguiría en el herbario; Rizo, pintor y mayordomo inmejorable; F. J. Matis y los quiteños y popayanejos. Total, catorce subalternos del director y todavía se anunciaba otro pintor de Popayán.

No se especifica el número de herbolarios que acompañaron a Mutis en Bogotá. Sabemos que estaba allí el indio Juan Estevan Yoscua, distinto de aquel primer Luis Estevan, y a quien en 1801 tuvo su patrón que sacar de la cárcel adonde había sido preso por un atentado que cometió en estado de embriaguez. Se ve que le hizo daño la chicha de Bogotá.

En cambio, Matis, el insufrible, al que Mutis tantas veces había amenazado con despedirlo *para siempre jamás* y aun con mandarlo preso a Cartagena como recluta en las tropas del rey, el que de sólo imaginarlo descalzo, desharrapado, conmovía el corazón del señor don José; se aquietó con los años y ya era — *mi querido Matis* — colector y descriptor que tenía muy contento a su maestro; autor de las estupendas anatomías que contienen todos los caracteres florales requeridos por la sistemática.

De los pintores quiteños el que más figura en la correspondencia es Manuel Roales, a quien por orden de Ezpeleta hubo que sujetar al trabajo con un grillete y quien más tarde había de demandar a Mutis ante el mismo virrey, por no pagarle ciertas sumas a que se creía con derecho. Mutis se expresa de él con severidad; lo llama inaplicado, desidioso y desagradecido, tal que profanaría su pluma manifestando los detalles. Pero termina diciendo que en su corazón no queda ninguna chispa de resentimiento contra Roales, porque *procuraría apagarla con la resignación propia de mi estado.*

Delante del botánico se abrían nuevos horizontes. Fácilmente podrían sus auxiliares y herbolarios llegar hasta las tierras templadas de Fusagasugá, de Villeta, de Vélez; a su mano se ponía la que él llamaba *la vegetación lanuda*, flora del páramo andino, que se caracteriza por plantas tomentosas como el frailejón y los culcicios, las alchemillas, los lupinos y los helechos *Jamesonia* que al desnudarse el páramo de su niebla matinal quedan cuajados de rocío irisado y tembloroso. Son nuestra vegetación alpina, de internodios cortos y robustos nudos debido al predominio de los rayos ultravioletas que hacen aparecer el cielo profundamente azul; las cohortes de plantas nunca marchitas que toleran intenso sol diurno e irradiación poderosa durante la noche.

Mutis conocía todos esos montes porque a ellos había subido, no sólo como explorador, sino como cazador infortunado, cuando lo convidaba el virrey La Zerda, o cuando a invitación del virrey Guirior se iban a sembrar fresas; las fresas silvestres que hoy vienen al mercado de Bogotá en canastillas y las venden las niñas del pueblo sin saber de los dos señores que les preparaban su modesta ganancia allá en la época colonial.

Otros dos sujetos, ambos brillantísimos exponentes de la inteligencia neogranadina, se habían de incorporar a la Expedición en Bogotá, coetáneos, pues ambos habían nacido en 1771. Eran Jorge Tadeo Lozano y Francisco José de Caldas.

Lozano se agregó a la Expedición cuatro años antes que el payanés y la accesión de éste sólo tuvo lugar en las postrimerías de la vida de Mutis, cuando ya la Expedición había dado casi todos sus frutos y después de un hecho decisivo para el sabio español y para su obra, que será nuestro tema en el siguiente capítulo.

Un corto discurso de Lozano, escrito después de que Caldas se presentó en Bogotá y que se conserva en el archivo del presbítero don Mario Germán Romero, nos completa la imagen que vamos buscando de la Expedición en su vida santafereña, de sus tareas y de su personal. Lo publicamos aquí con la venia de su generoso poseedor:

A ejemplo de mi amigo y Compañero Don Francisco Caldas, que terminó su precioso discurso sobre la Geografía de este Reyno con la descripción del Observatorio Astronómico de su Capital, he creído yo me sería permitido poner fin al mío con la presente relación que considero digna de la luz pública, cuando no por lo material de su composición, a lo menos por el objeto a que se dirige, que es dar a conocer el estado actual de la Real Expedición Botánica de Santafé de Bogotá, la cual puede mirarse como el establecimiento más bello de esta ciudad, y el más a propósito para excitar el tierno afecto de los Vasallos hacia el Soberano que lo protege y sostiene con el fin de hacerlos felices. Por otro lado su digno Director es un hombre respetable por sus virtudes, insigne por su sabiduría, y amable por todas sus prendas; en una palabra, es uno de aquellos que la naturaleza produce de siglo en siglo para dar a conocer hasta dónde puede llegar la perfección de la especie humana. No permitamos, pues, que tal estableci-

miento quede ignorado de los que más de cerca lo disfrutamos, ni defraudemos al D. D. José Celestino Mutis del justo tributo de elogios, admiración y amor que merece de nuestros Reynicolas. Estas son las consideraciones, que han movido mi pluma para formar la siguiente relación.

El Director en Jefe del establecimiento vela sobre todo él, y cuida particularmente de la parte botánica como primario y principal objeto de la Expedición. El fruto de sus sabias tareas ha sido la descripción de cerca de seis mil plantas cuyos dibujos y pinturas en miniatura existen en la Biblioteca de la Casa. A su increíble tesón, constancia, y amor a la ciencia natural se deben muchas obras que lo inmortalizarán y entre ellas una que enriquecerá nuestras Provincias, como que está consagrada a la descripción y usos de las plantas Oficinales que producen. El ha formado una preciosa colección de Libros, que el Célebre viajero Baron de Humboldt no dudó en comparar con los más excelentes de Europa. El ha colectado un copioso herbario, un sin número de maderas, y muchas producciones minerales y animales para formar un gabinete de historia natural. El ha hecho pintar al óleo cuarenta lienzos que representan de tamaño natural y con la más escrupulosa exactitud y primor más de cuatrocientas especies de animales de nuestro Continente. El ha seguido por espacio de cuarenta y seis años una serie de observaciones meteorológicas, y muchas astronómicas, de cuya publicación deben esperarse grandes descubrimientos tan útiles para los progresos de las ciencias físicas, como para los de nuestra agricultura. El, finalmente ha instruído un número competente de discípulos que le ayudan en tan importantes tareas, y a imitación del Astro del día ha desterrado las tinieblas de la ignorancia del hemisferio en que brillan sus virtudes y talento.

D. Sinforoso Mutis su sobrino, D. José Joaquín Camacho y D. Miguel Pombo ayudan en la parte botánica. El primero que por sus bellas prendas da esperanza de que algún día sería digno sucesor de su tío, y que con Real aprobación es miembro de este establecimiento, hace cuatro años que viaja con el objeto de colectar plantas, y hoy se halla en la Habana próximo a regresarse a esta ciudad. El segundo por su probidad y literatura ha merecido, que el Gobierno lo ocupe en el Corregimiento de Girón; cuya plaza desempeña en la actualidad con el mayor acierto. El tercero, reside aquí, y ha adquirido bien merecida fama en la carrera de la Abogacía en que se ocupa.

D. Francisco Caldas agregado a esta Expedición desde el año de mil ochocientos dos principió a trabajar desde aquella época en la parte botánica, colectando plantas de la Provincia de Quito donde entonces residía, y hace dos años que regresado a esta capital corre con el Observatorio Astronómico, y se ha encargado no sólo de la Astronomía, sino también de la Metereología, y en una y otra ocupación ha dado pruebas de su talento superior y aplicación, como se manifiesta en el discurso y observación que ha publicado en este **Semanario.**

La parte metereológica y geológica se puso al cuidado de D. Henrique Umaña, quien por circunstancias de la guerra se halla de tenido en Europa, a donde se había transportado con el fin de formar una colección de minerales destinada a enriquecer el gabinete de Historia Natural. Después de agregado a la Expedición en que desempeñé algunas comisiones relativas a la parte botánica, hace cuatro años que la parte Zoológica está sometida a mi cuidado, habiendo debido a los buenos informes del Director el que S. M. se dignará aprobar la elección que en mí hizo para que exclusivamente atendiera a este ramo, que como a las débiles fuerzas de mi talento debe estar lleno de imperfecciones y además va con mucha lentitud porque hasta ahora se hace a mis propias expensas, y es preciso proporcionar el gasto a la cortedad de mis facultades. Sin embargo están ya concluídas las descripciones y láminas de la primer centuria de objetos, y en las figuras ha manifestado singular destreza y habilidad D. Antonio Barrionuevo que me descuida en esta parte de mi trabajo. El primer cuaderno de esta obra que tiene por título **Fauna Cundinamarquesa,** *se presentó al Superior Gobierno de esta Capital, quien tuvo la bondad de aprobarlo, y en su vista informar a S. M. a favor mío.*

En clase de corresponsales son miembros de este establecimiento los señores D. Eloy Valenzuela Cura de Bucaramanga, D. Josef Ignacio Pombo del Comercio de Cartagena, D. Manuel María Arboleda Provisor y Vicario General de Popayán, D. Antonio Arboleda, y D. Gerónimo Torres residentes en la misma ciudad, y D. Juan de Larrea vecino de Quito. Es tan notorio el talento, amor a las ciencias, y demás prendas morales de estos sujetos, que sólo el nombrarlos equivale a un elogio, y así únicamente creo deber añadir a su bien merecida fama, que todos se esmeran en servir a la Expedición, bien sea acopiando plantas y producciones naturales de sus respectivas residencias, o bien comunicándole noticias importantes sobre los objetos de su instituto.

La Oficina y Escuela de Pintores está al cuidado del Primer Pintor Mayordomo de la Casa D. Salvador Rizo, quien en esto, como en todo lo demás que se le encarga, sabe con indecible actividad corresponder a la justa confianza que de él hace el Jefe. De esta Oficina han salido láminas comparables por su belleza y exactitud a las más celebradas de Europa; y todos los individuos que la componen se esmeran cada vez más en la perfección de su trabajo. No pasaré en silencio el mérito del pintor D. Francisco Matis encargado de las anatomías de las plantas, y tan diestro Botánico práctico, que apenas hay un vegetal que escape a su conocimiento.

El Jardín de la Casa posee ya muchas plantas exóticas, cuyas semillas, hice yo venir de Europa, y son un pequeño tributo de mi gratitud al Jefe. Su cultura está confiada a D. José Carbonell escribiente de la Expedición quien tiene particular gracia para hacer prosperar estos primeros rudimentos de un Jardín Botánico.

El buen régimen de la Casa, la exactitud de cada uno en el desempeño de sus funciones, la variedad de ocupaciones, el conjunto de ciencias que se cultivan, y el silencio que en todas partes reina, al paso que manifiestan la habilidad del Jefe para el mando del establecimiento, hacen que se considere éste como el santuario de la Naturaleza, y de la probidad.

De la preciosa vida del Director depende no sólo que se completen sus obras magistrales, monumento glorioso que inmortalizará a su Autor, a la Nación que lo produjo, y al Monarca piadoso que lo ha sostenido, sino también que se realicen los vastos y patrióticos proyectos que ha meditado, y se dirigen a edificar en la R. Casa de la Expedición otras dos fachadas en cuyo recinto se puedan colocar cómodamente la Biblioteca, el gabinete de historia natural, y un laboratorio químico, quedando enmedio de estos edificios espacio bastante para un Jardín Botánico, que sirva de escuela de esta facultad, y todo en disposición de que el Público lo disfrute en los días señalados para el efecto. Cuando llegue este caso podrá gloriarse la capital de Santafé de Bogotá de poseer en su centro un museo completo, y de él deben esperar descubrimientos brillantes, y directamente útiles al género humano en general, y en particular a estas Provincias, que por su medio harán valer las exquisitas y multiplicadas producciones, con que la Naturaleza las ha enriquecido en sus tres Reynos mineral, vegetal y animal.

Al aspecto de este establecimiento exclamará todo corazón sensible: Salve Oráculo de la Naturaleza, Varón sabio, y virtuoso ciudadano que reuniendo con los más sublimes conocimientos la práctica de la más pura y cristiana moral instruyes, ilustras, y enriqueces la Patria que has adoptado.

Tal es la relación suscinta del estado de la Real Expedición Botánica y los sujetos que la componen, en la cual si no brillan los primores de la elocuencia, a lo menos se ven claramente las efusiones de mi grato corazón para con el Director, en quien venero reunidas las relaciones de Jefe, Amigo y Maestro mío, y el justo aprecio con que miro a los compañeros de mi tarea. Ni en uno ni en otro han intervenido el sórdido interés y baja adulación para abultarlos, ni la maligna envidia para deprimirlos: mi pluma por la misericordia de Dios superior a estas vergonzosas pasiones, sólo ha tenido por norte y guía, la verdad y el candor.

Jorge T. Lozano.

Y en 1795 se presentaron acontecimientos políticos que sacudieron hasta lo más íntimo la estructura de la Expedición. Y en 1801 llegó a Santa Fe Humboldt, a quien la vista del movimiento científico excitado por Mutis había de convertir en profeta, y quien halló al gran luchador de la ciencia, del honor de España y del adelanto de la Nueva Granada ya en la edad de setenta años, que, según K. Goebel, marcan el límite de la sabiduría adquisitiva y fecunda.

Y en un rincón del mundo hispanoamericano la antorcha daba sus últimas llamaradas antes de caer extinguiéndose sobre un reguero de pólvora.

CAPITULO XXVI

EL SABIO VIAJERO TUDESCO

Desde mi primera edad he tenido la suerte de escuchar los benévolos consejos de los hombres superiores, convencido de que si no se poseen sólidos conocimientos de ciencias naturales, la contemplación de la naturaleza y la comprensión de sus leyes, son empresas vanas y quiméricas.

ALEJANDRO DE HUMBOLDT, **Cosmos.** Prólogo.

Finalmente, no llegaron los viajeros científicos enviados a la Nueva Granada por el emperador de Austria, aquéllos en cuya prevención había procedido Caballero y Góngora a fundar la Expedición del Nuevo Reino.

Pero vino — y en plena oportunidad y con todas las condiciones previstas y buscadas por el arzobispo virrey—otro explorador, el mayor de la América Equinoccial, quien había de consagrar para el mundo científico europeo y para la posteridad, dándole toda su trascendencia humana y nacional, la obra de Mutis y de su escuela: Federico Enrique Alejandro, Barón de Humboldt.

Había nacido en Berlín el 14 de septiembre de 1769 y en los noventa años que había de durarle la vida no tendrían las ciencias naturales otra personificación tan completa; ni otro ejemplar tan audaz, tan resuelto, tan codicioso y afortunado, los exploradores; ni la naturaleza americana contaría con un admirador tan convencido, ni los americanos con un profeta de sus destinos tan inspirado, como este hombre descrito en su pasaporte para América como *de edad veintiocho años, cabello ligeramente rojizo, ojos grises, nariz larga, boca más bien grande, barbilla bien conformada, frente espaciosa, picado de viruela... que viajaba con el fin de adquirir conocimientos.*

El encuentro en la retirada Santa Fe, de Mutis y Humboldt, juntó dos órbitas tan dispares como eran la ciencia ibérica y la alemana en el siglo XIX, pero que coincidían en su pasión por los estudios positivos, en su altivez nacionalista, en su tesón titánico y en la trascendencia que pretendían dar a sus lucubraciones. Humboldt es para las ciencias naturales alemanas, el alfa que para nosotros representa José Celestino Mutis.

Cuando murió la baronesa, su madre, Alejandro cedió a la atracción que sobre su espíritu ejercían los mundos desconocidos. Ya para entonces había terminado su Gimnasium y estudiado en las universidades de Frankfurt, Gotinga, Friburgo. Cuando se embarcó para las regiones equinocciales del Nuevo Continente, ya había perfeccionado sus ciencias naturales en París, universidad de universidades, tratado una y otra vez la exploración del alto Egipto y viajado a España en mula a través de los Pirineos. También había trabado amistad con Amado Bonpland.

Amado Bonpland, nacido en 1773, era un médico de la marina francesa que en su pasión por las plantas abandonó la medicina y a quien Humboldt muchas veces había visto al entregar a la portera la llave de su cuarto en el hotel, con una caja de recolector llena de plantas de los alrededores de París. Como Humboldt, estaba ansioso de viajar, excitado por las relaciones de José Jussieu, quien en 1779 había regresado a París, tras una ausencia de cuarenta y cinco años en Quito.

Las exploraciones del mundo se engarzan así unas con otras, como las cerezas y como los aros simbólicos de los juegos olímpicos internacionales. Humboldt y Bonpland habían de pactar una amistad irrompible a través del reconocimiento científico de América.

En marzo de 1799, con el apoyo del ministro Conde de Urquijo y del embajador de Sajonia, el Barón de Humboldt fué presentado en el palacio de Aranjuez a Carlos IV, a la sazón reinante en España y en las Indias. Humboldt le explicó los «*motivos que le conducían a emprender un viaje al Nuevo Mundo y a las Filipinas, afirmando que, aunque muchas expediciones se habían dirigido a la América, fuera de las relaciones de La Condamine y Jorge Juan, muy poco se había publicado sobre las grandes colonias de Su Majestad*».

Después de algunas tramitaciones Humboldt fué provisto de un pasaporte excepcional, ordenando a todas las autoridades españolas de América prestarle todo su apoyo en su paso por el nuevo mundo.

Todavía en Madrid Humboldt conoció por Gómez Ortega, los materiales que Hipólito Ruiz y José Pavón habían traído de sus viajes a Nueva España y al Perú y llegó a esta conclusión: *Ningún gobierno europeo ha gastado tan grandes sumas en el acrecentamiento de los estudios botánicos, como el gobierno español. Sin embargo, después de tanto trabajo de recolección, poco ha sido publicado y Suramérica es todavía una inmensidad desconocida e inconquistada.*

Ya listos a navegar para la América, escribe Humboldt:

Dentro de pocas horas nos haremos a la vela... Haré colecciones de fósiles y plantas. Verificaré análisis de la atmósfera y observaciones astronómicas. Mi atención se dirigirá a observar la armonía entre las fuerzas de la naturaleza y a notar la influencia de la creación inanimada sobre los reinos vegetal y animal. Y el 5 de junio de 1799, las velas del *Pizarro* se henchían con las brisas del Atlántico. Y en julio, acercándose a la costa americana, Humboldt satisfizo uno de sus anhelos: navegar, viendo suspendida en el cielo la Cruz del Sur.

Sobre las tierras hoy venezolanas, Humboldt corrió aclarando todos los seres y todos los fenómenos de la naturaleza neotropical: los monos amazónicos, el pez temblón eléctrico, el brazo Casiquiare, unión de las dos más grandes hoyas fluviales de América y triunfo suyo sobre mil discusiones; los llanos del Orinoco, los raudales del mismo río, las plagas de mosquitos y garrapatas; el palo de vaca; la acción de los misioneros; las tribus de los indios. Desgraciadamente para la ciencia, las colecciones de Humboldt y Bonpland, hechas en territorio hoy venezolano, se perdieron parcialmente en el naufragio del barco que debía llevarlas a Europa.

En diciembre de 1800 los dos científicos llegaban a La Habana, con la esperanza de encontrar allí el barco del capitán Baudin, que hacía, a costa de Francia, un viaje de exploración alrededor del mundo, entre cuyo personal Humboldt había sido enrolado cuando todavía estaba en París. En vez de hallar a Baudin supieron en La Habana que éste debía estar en esos días a vueltas del Cabo de Hornos, de donde seguiría a Valparaíso, El Callao y Guayaquil. Así que ellos disponían de un año para salirle al encuentro en ese último puerto.

Ya Humboldt conocía la labor que en Nueva Granada estaba desarrollando Mutis, y sabía cuánto podía aprovechar si entrara en contacto con un explorador tan veterano. Por eso prefirió el *cruel viaje* por tierra desde Cartagena a Guayaquil, por ver a Mutis y estudiar nuestra naturaleza.

El viaje de Humboldt y Bonpland a través del Nuevo Reino fué sumamente rápido. Desembarcados en tierras de Cartagena en abril de 1801, siguieron por el Magdalena a Honda. En junio estaban detenidos en esa ciudad por el paludismo, que atacó a Bonpland, y Humboldt visitó a Mariquita. Durante julio y agosto permanecieron en Bogotá; en septiembre ya habían llegado a Ibagué por el camino de Fusagusagá; la pavorosa senda del Quindío y el valle del Cauca los llevaron, iniciado octubre, a Popayán. En enero de 1802 ya estaban en Quito, donde demoraron hasta mediados del año; más seguros de lograr su conexión con el capitán Baudin o quizás mejor entretenidos con los

problemas geognósticos de las cordilleras y volcanes ecuatorianos, que eran los que más interesaban al científico alemán.

La acogida que Mutis preparó para Humboldt en Santa Fe, valiéndose de sus propios recursos y de sus influencias, fué realmente principesca. De ella da cuenta un periódico berlinés de aquella época confirmando que el viaje neogranadino de Humboldt tuvo por motivo el ver a Mutis; que para recibirlo salieron de Santa Fe hasta sesenta personas a caballo y que Mutis alojó a los viajeros en una casa cercana a la suya.

Hasta hace poco, en el jardinillo del Observatorio astronómico de Bogotá y en su ángulo SE., una placa conmemoraba este hecho significativo en la historia de Colombia.

Humboldt era un naturalista en el pleno sentido de la palabra, a quien todo atraía, y poseía una extraordinaria fuerza de asimilación. En la Nueva Granada, mientras su compañero Bonpland se entrega a detalladas recolecciones de fósiles, plantas e insectos, con minuciosidad de colibrí, Humboldt toma altura, estudia los orígenes geológicos de los grandes cordones andinos; devora informes sobre las diversas posibilidades del canal interoceánico, funda sus lucubraciones sobre la distribución altitudinal de las plantas; estudia el salto de Tequendama, el puente natural de Icononzo y las salinas de Zipaquirá; penetra los misterios de los petrogrifos indígenas, y en el trato de las gentes, como un augur anhelante y vesano, trata de adivinar el porvenir cultural y político de las naciones iberoamericanas.

Un hecho nos deja el paso de Humboldt, inolvidable y que estereotipa dos razas. Mientras Mutis le abre su admiración, su gentileza mora, sus colecciones, quizás sus propias deficiencias, Humboldt lo envuelve en un manto de satisfacción y de loas. Pero cuando ahincadamente Mutis le pide que lleve consigo, hasta embarcarse, a Caldas, un criollo ávido de aprender, Humboldt en vez de tomarlo consigo lo engaña y lo desengaña para terminar con que «*ha decidido viajar solo*». Así se establece la enorme diferencia entre la generosidad y la avaricia científica; entre Mutis que todo lo daba y Humboldt que acaparaba para ser el primero; entre la ciencia tudesca, segura de que podría y sabría ultimar y publicar, y nuestro esfuerzo individual, siempre inconcluso que vuela por encima de las águilas para caer verticalmente al fondo del olvido, o a lo más a los cofres polvorientos de un archivo. Pero como la culpa es nuestra, pongamos la mano sobre esta página para que no la lean los extraños, que suelen enterarse por encima de nuestros hombros.

Las observaciones atinadas que sobre Mutis y sobre la naturaleza neogranadina verificó Humboldt exigirían un libro voluminoso y flotan en el río impetuoso de su colosal obra bibliográfica como flores caídas del árbol plantado a sus orillas. En un año, el viajero tudesco echó a su alforja tantos materiales y datos que le dieron gloria, como nosotros no hemos podido publicar en dos siglos, y hoy mismo debemos encabezar con su nombre y con loas a su sabiduría lo que digamos sobre cualquiera de las grandes manifestaciones de los poderes cósmicos en la naturaleza que constituye nuestra herencia económica y mental.

El desdén de Humboldt hacia Caldas tuvo una consecuencia profunda para la Expedición del Nuevo Reino. El sabio payanés se refugió en la comprensión y en la generosidad de Mutis, y quiso y obtuvo trabajar a su lado. Y formó el propósito que sería un rumbo nuevo, de publicar más, de luchar con furor por el ultimado de la obra científica criolla.

Un día de 1805 llegó a las puertas de la llamada Real Casa de la Botánica en Santa Fe un jinete estropeado de largo viaje, pero radiante de satisfacción y entregó al anciano que salió a recibirlo dieciséis cargas de un tesoro. Era Caldas, que se incorporaba a la Expedición con el bagaje precioso de todas sus recolecciones, estudios, herbarios y notas que para él eran gloria y para nosotros, el mundo americano, un estímulo.

Antes de venir a Santa Fe, y todavía en Quito (1802) Caldas trabajó por cuenta de la Expedición, pagado como «meritorio» con los ahorros de Mutis. De ahí nació un litigio del sabio payanés con la Expedición después de la muerte de Mutis; porque habiendo él mezclado en uno solo, materiales recogidos a sus propias expensas, con los que, sostenido por Mutis, había recolectado, y después que los hubo incorporado todos a las colecciones de la Expedición sin hacer discriminaciones, hubo de apelar al virrey Amar, para que, sobre su buena fe, le dejara recuperar para sí lo que le pertenecía.

Caldas fué, al lado de Valenzuela, el mejor preparado de los miembros de la Expedición, el que tenía mayor inmanencia en sus iniciativas y una curiosidad más amplia. Avido de saber hasta la fiebre, generoso para enseñar, en su cerebro se habían aclimatado todas las ambiciones por las lecciones de J. Félix Restrepo y por el compañerismo de Zea y de José M. Cabal.

Así se fundían en una la ciencia española con la americana en la cuenca del mar de la raza; profunda de generosidad y de talento, abierta como la ambición generosa de una humanidad mejor.

Las aficiones de Caldas, los consejos autorizados de Humboldt, determinaron una expansión de los objetivos de la Expedición, literalmente sideral.

Bajo la dirección del arquitecto fray Domingo de Petrez, el mismo que construyó la basílica catedral de Bogotá, dándole una semejanza singular a la de Santiago de Compostela o a la de Valladolid, de sus propios ahorros y con donaciones de amigos construyó, en el solar de la casa botánica que adjudicara Ezpeleta, el edificio del observatorio astronómico: una torre y dos salones. La edificación se inició el 20 de mayo de 1802 y se terminó al año siguiente el 20 de agosto. Mutis lo entregó a Caldas para que lo dirigiera.

Allí está, en la esquina que forman la carrera y la calle octavas de Bogotá, mudo testigo en calicanto de las aspiraciones de ambos sabios y de muchos más que en la historia de Colombia forman un zodíaco.

Cuando subo esa larga y empinada escala que en espiral asciende hasta un anteojo y que hoy es el punto de partida para contar los meridianos de Colombia, y sirve de primer ángulo para la triangulación geodésica de la Carta de nuestra patria, me imagino siempre que delante de mí suben unos pies, y una sombra, rastrillando bajo la carga de la edad, anhelando por el peso de los méritos.

Al celebrarse el IV centenario de la fundación de Bogotá, el 6 de agosto de 1938, e inaugurarse el Instituto Botánico de la Universidad Nacional, se descubrió también un monumento a Humboldt, obsequio de la colonia alemana de Bogotá, en cuya lápida escribimos:

FEDERICO ENRIQUE ALEJANDRO, BARON
DE HUMBOLDT, HIZO PROGRESAR TODAS
LAS CIENCIAS NATURALES, ESTIMULO
LA EXPEDICION BOTANICA Y LA DIO A
CONOCER EN EUROPA. FORMO AMBIENTE
A LA EMANCIPACION AMERICANA.

CAPITULO XXVII

LOS FRUTOS QUE SAZONARON

Este reino, país de los metales y de las preciosidades.

A. CABALLERO Y GÓNGORA. **Relación de Mando.**

Todos los trabajos de J. C. Mutis confluían hacia una publicación bibliográfica, a un libro que se llamaría: **Flora de la América Septentrional,** o **Flora del Nuevo Reino,** o **Flora de Bogotá,** o **Florae Bogotensis Prodromus.** Cuanto más estudiaba, mayor la veía, y cuanto más se publicaba en el extranjero, él le proyectaba nuevas excelencias.

Pensó primero en una flora de expedicionario, estilo Loefling y Jacquin, cuya ventaja hubiera consistido en un amplio y codicioso recorrido y en la publicación ilustrada de especies desperdigadas en el sistema sin compromiso de sistema. Tal se suponía la obra de los botánicos del Perú y de Nueva España.

Pero Mutis se adelantó a su época y logró fundar un verdadero instituto de las ciencias naturales, donde la flora, que sería la primera en ver la luz, tendría carácter nacional y donde se resolverían en forma duradera y exhaustiva los problemas que se relacionaran con plantas y con la vida de todo un pueblo. Así se enfrentaba a lo interminable, pero también inauguraba una empresa que no debía morir. Porque mientras la nación viviera, era forzoso que buscara en el conocimiento de su propia naturaleza los elementos para sustentarse y progresar. De suerte que la obra de Mutis no debería sostenerse solamente en el sentimentalismo racial o en una sintonía de las mentes, sino nacer constantemente, tal como él la concibió, del anhelo perenne de mejor vida y de la altivez ínsita en la sangre.

Después de dos siglos, España y Colombia van a ejecutar — describiendo la parábola magnífica de una Hispanidad que no conoce tiempo ni espacio, porque es espíritu — lo que haría Mutis si redivivo se presentara entre nosotros.

Desgraciadamente, como decíamos, sólo nos quedan restos de un naufragio, leños cubiertos de madréporas; anclas y cadenas carcomidas por la sal, jirones del velamen orgulloso.

Mutis viajó por la Nueva Granada con ese espíritu que le decía en una carta Luis Née: *El botánico no debe emprender viaje precipitado, ni en compañía, sino solo y despacio.* Viajó con pasión, sonámbulo a las adversidades; hizo que otros viajaran para él sobre el área de sus proyectos. Sus herbolarios llegaban desde Mariquita a Ambalema por el sur, al norte hasta las selvas del Samaná, al occidente hasta los nevados de la cordillera central. Envió al P. García a la Sierra Nevada de Santa Marta, a la hoya del Catatumbo, hasta Maracaibo y costa de Caracas, a los Andaquíes del sur del Huila. Despachó a Caldas para el Cauca, Chocó, el Darién y las orillas del Sinú, aunque tal viaje no llegó a realizarse. A Sinforoso Mutis, en compañía del dibujante Mancera y de Lozano, lo hizo explorar la provincia del Socorro y la costa Caribe, poniéndole Cuba por término de su exploración. Mantuvo a Zea en Fusagasugá.

Todos colectaron ejemplares; todos, sin duda, llevaban la orden de elaborar sus diarios con esa minuciosidad horaria con que el maestro mismo los llevaba, y como aprendió a llevar el suyo E. Valenzuela; todos debían tomar las notas gráficas y cromáticas que pudieran guiar los pinceles insuperables.

La casa de la botánica era una colmena. Se madrugaba, sin distinción de oficio, a oír la misa e iniciar labores con la luz rompiendo el vaho de la tierra; los herbolarios partían al bosque o a la llanura empradizada a recoger ejemplares modelos; los pintores — gremio travieso—se entregaban, en un silencio de nueve horas al día, sólo interrumpido por el batir de los morteros, a sus icones; mientras el maestro en la biblioteca vecina desentrañaba libros y exprimía descripciones y meditaba sin tregua. Sólo tarde, después de cumplida la tarea, estallaba en los corredores la hilaridad contenida de los dibujantes que al fin podían hablar y de los herbolarios afanosos de referir sus aventuras.

De toda esa labor de muchos hombres y de muchos años, sólo nos queda una porción reducida: herbarios, diarios, descripciones dispersas y monografías, parte publicadas, parte aún inéditas y los dibujos que se conservan en el Jardín Botánico de Madrid. Esos son los frutos que sazonaron después de que el cierzo azotó los «cármenes ópimos». En cuanto a las especies y géneros nuevos de Mutis, a que dan algunos tanta importancia, muchos se perdieron para su nombre. Pero nadie sabe todavía los que resten.

Sería vano imaginar qué hubiera sido si Mutis desde su llegada a la Nueva Granada hubiera contado con el apoyo del rey; si hubiera logrado publicar su obra como la soñaba; si su Expedición no se hubiera interrumpido. Pero la historia es billete de una lotería ya jugada.

Y, sin embargo, así pasada por el harnero, la obra que nos queda de la Expedición cumplirá sus fines originales de Hispanidad y de ciencia; de mutua comprensión internacional y de altivez. Lo que faltó por continuidad podemos recuperarlo por vitalidad; lo que faltó a la palma que tiene una sola yema, nos lo puede devolver la grama pululando en mil dicotomías.

Completar la labor del reconocimiento de la inagotable flora de nuestro territorio es tarea que nos corresponde a los colombianos. Pero publicar, a través de una sensata aplicación de los planes de Mutis, los materiales que él colectó y coacervó es obra que podemos y debemos hacer de consuno españoles y colombianos, y a unos como a otros nos cabe la obligación y nos corresponde la gloria de hacerlo.

A esa consecuencia se llega mediante un raciocinio sencillo que vamos a devanar en la forma más didáctica.

La Flora del Nuevo Reino exige la publicación de las láminas que le den su valor excepcional en el mundo científico. Pero las láminas mudas, ni tendrían interés, ni corresponderían a los anhelos de Mutis, ni servirían para otra cosa que para patentizar una capacidad tipográfica, dejando un velo de menor prestigio sobre el vigor investigativo.

Por otra parte, el texto que debe acompañar a las láminas de Mutis editadas en nuestro tiempo, necesita amoldarse, para ser digno del sabio y de quienes quieren glorificarlo, a las clasificaciones modernas, a la actual glosología sistemática, a las reglas internacionales de las determinaciones, sin cuyo cumplimiento lograríamos sólo dar a luz un libro arcaico y amamantar a un vejete. En una palabra, debemos: no hacer lo que Mutis hizo en su tiempo, sino lo que él haría en el nuestro como está dicho.

Esta modernización de la literatura de las láminas, obliga a que atendamos las ideas, los intereses, los hallazgos de la Expedición Botánica. Debemos dividir el texto de cada especie vegetal rutinariamente en dos partes: la una expondrá las ideas actuales sobre ella, la otra la que de la misma alcanzaron los hombres de la Expedición. No podemos, para poner ejemplos de evidencia, pasar junto al *Cariocar amygdaliferum*, ni tratar las quinas, ni describir el guaco, sin mencionar los intereses que conmovieron delante de esas plantas, a Mutis y a sus hombres.

Si los materiales de la Expedición Botánica no hubieran sufrido tan pavorosas dispersiones y pérdidas, contaríamos sin duda con los diarios de recolección y con las descripciones de campo de Caldas, Zea, García, Sinforoso Mutis y tal vez de otros.

El primer paso que dió Caldas al ser incorporado a los trabajos de

botánica, cuando todavía viajaba por el Ecuador, fué abrir cuatro diarios para sus observaciones de Flora, Fauna, Astronomía y Geografía, según las prescripciones de su maestro Mutis.

Los diarios de los auxiliares científicos y meritorios, y los del mismo Mutis, tienen toda la frescura y la exactitud de los hechos captados día a día. La veracidad y minuciosidad de los hechos triviales, cotidianos, distendidos sobre varias páginas. Allí se acumulan todas las observaciones directas de quien está contemplando la planta y la ve nacer para la ciencia y pasar desde su bosque hasta las colecciones. Se la sigue en su localidad, en su habitación, en su *habitus*, en su disección anatómica, en su dibujo, en su fijación para la posteridad. En las dudas que suscita, en las evidencias que manifiesta. Viene luego la operación de fijar la especie, a base de la consulta en los libros de que se dispone. Pero aquí sobreviene la falla inevitable. Porque Linné y cuantos le siguieron en su época se contentaban con descripciones de los caracteres florales y con datos ambiguos y escasos. Los hombres de la Expedición buscan, se esfuerzan, contra lo imposible. Conocen la planta a perfección, pero no hallan bases suficientes para denominarla. Después de revolar alrededor de ella, caen como aves heridas en vuelo por el dardo de la época: la impotencia científica y el aislamiento neogranadino.

Para que hoy podamos subsanar esas deficiencias inevitables en la época mutisiana, se requiere un conocimiento de la literatura linneana, de la etnobotánica aborigen; del folklore, de las localidades, de las asociaciones fitogeográficas y de los climas de Colombia.

Habrá quienes digan que ni las ciencias botánicas españolas, ni menos las colombianas, están maduras para esa labor gigantesca. Yo digo que sí, supuesta la colaboración internacional, sin la cual cualquier empresa sistemática, la determinación de los herbarios, la preparación de las floras modernas estandardizadas y la labor genetista, serían imposibles.

Nadie negará que el personal botánico con que cuentan España y Colombia puede determinar esta o la otra lámina del herbario: la *Matisia Cordata*, la *Passiflora cuadrangularis*, el *Triplaris americana*, el *Cariocar amigdalyferum*, centenares en fin.

Tampoco se tendrá por imposible que el especialista de un grupo determinado, llámese como se llame y esté donde esté, sea capaz de determinar las especies iconografiadas de su grupo. Poquísimas se le escaparán, o por datos deficientes en la lámina o por no hallarse tal especie contenida en sus herbarios. No hace falta que el especialista vea y compare las láminas originales, ni que sea preciso arriesgar éstas en una dispersión que alarmaría a cualquier apreciador de tales documentos. Basta proveer al clasificador veterano de copias fotográficas de los icones suficientemente nítidas y acompañadas de la descripción del colorido, para que él pueda ampliarlas a su talante. Tal intercambio de fotocopias es corriente entre los centros sistemáticos y ningún entendido negará su suficiencia. Pasó la época en que se intercambiaban herbarios completos. Tanto más que la costumbre de los taxonomistas es comunicar fotocopias de ejemplares, cuyo contenido es mucho menor que el de las láminas dirigidas por Mutis.

No cabe duda, sin embargo, que las mismas láminas pueden tener en casos concretos carencias que imposibilitan la determinación de sus especies, ni que inclusive se puedan presentar especies que no estén representadas en los herbarios, al alcance del especializado en el grupo. Esto implica que acometamos el problema a fondo, que intensifiquemos las recolecciones en el área mutisiana, que nos abramos el libro clásico de la naturaleza, donde las especies nos revelarán su misterio, hoy como ayer, ya que todavía hay selvas y vegetación primitiva en Colombia. Sólo se nos podrán caer los brazos si hubiere especies que nadie, si no la Expedición, hubiera conocido y que ya estén totalmente extinguidas. Saberlo no será pequeña conquista científica.

Ello quiere decir que nos toca aprovechar los años antes de que el hacha y el fuego consuman las orquídeas epifitas, los árboles madereros desconocidos, si los hubiere; los intereses mutisianos en su selva nativa. Serán muy pocos los icones que no hallemos representados ni en el herbario de Mutis, hoy perfectamente determinado, gracias a E. P. Killip, ni en el Nacional Colombiano, fundado por mí y admirablemente adelantado por A. Dugand, ni en otros de Madrid, ni en el Smithsonian Institution de Washington; la única dificultad insuperable, es decir que se presenten especies ya extinguidas y que sólo conoció la Expedición, irá creciendo con los años.

El resto de la labor sistemática obedece a mecanismos perfectamente asequibles: sinonimias, prioridades, descripciones, tipos y localidades posibles. Lo que después de eso nos tocare investigar, sería la localidad donde la expedición encontró sus modelos y los materiales de exicados. Para eso hace falta estudiar los diarios de Mutis, de Valenzuela y de otros miembros de la expedición, si por fortuna los hallásemos.

Es claro que las descripciones de los diarios mutisianos carecen muchas de determinaciones seguras, aunque las aceptáramos en el sistema linneano. Pero las especies descritas en ellas están tan minuciosamente caracterizadas que, en su mayoría, se pueden conocer no menos que en la lámina. Comparándolas en los materiales frescos o de herbario podemos identificarlas y saber por ellas la localidad y aun la fecha de la recolección.

Las láminas de la expedición que se conservan en Madrid han sido muchas veces contadas y recontadas. Como dijimos, unas están en color y otras en negro o en sepia, que son calcos ordinariamente de las primeras. Al publicar la Flora del Nuevo Reino, no siempre convendrá publicar la lámina iluminada, porque a veces el duplicado a un solo color vence en perfección a la policromía. Un criterio de economía, de buen gusto y de precisión técnica, es preciso para regir su elección. Lo mismo debemos decir respecto de la publicación de los análisis florales que en Madrid se hallan frecuentemente desconectados del icón que les corresponde.

El dato más preciso que poseemos sobre el número de las especies colombianas, representadas en la iconografía de Mutis, parece ser el de 2.500-2.800 especies. Para publicarlas es preciso clasificarlas y repartirlas en volúmenes, de acuerdo con una norma sistemática aceptada.

Al discutir punto tan importante se ha mencionado, como testamento de Mutis, una carta suya al arzobispo virrey, escrita el 3 de junio de 1783 y que, por tanto, dista mucho de ser testamento. Dice así:

... y en efecto ya es tiempo de que Su Excelencia prepare los medios para la publicación de la Flora de Bogotá.

Esta obra se ha de publicar en muchos volúmenes, y cada uno contendrá una centuria de plantas americanas, representadas en colores al natural para la ilustración de los escritos de las plantas de América en las no bien determinadas y de las nuevamente descubiertas.

La forma de cada volumen es como suele decirse Atlántica, con la explicación circunstanciada de toda la lámina en ella misma a la izquierda; precediendo al principio, con citación a la lámina, toda la descripción científica de cada planta.

Deseo concluir, y espero verificarlo mediante Dios en todo este año, los tres primeros volúmenes, que pasando por las manos de Vuestra Excelencia a las del señor Ministro de Indias lograrán el honor de ser ofrecidos al Rey como su legítimo señor y dueño.

Esta obra será tal vez la flora más completa, y como el fondo principal de la general de América.

No podríamos hoy hablar mejor que el grande hombre. Sólo sí debemos objetar para una obra cuyos materiales ya conocemos en su totalidad, el título y la división por Centurias.

De centurias habla Mutis, de centurias Valenzuela cuando proyectaba su **Flora de Bucarama,** de centurias Lozano para su **Fauna cundinamarquesa.** Caldas habla de publicar sólo los géneros nuevos sin orden alguno.

Por centurias se publican cuando la obra descriptiva está en proceso de aumento, sin que se sepan las especies que vendrán. Centurias implican un factor desconocido y eliminan una responsabilidad sistemática, que en Mutis tenía razón de ser, pero que en la publicación aquí proyectada dividiría lo indivisible.

No se puede pasar aquí sin dar de nuevo una apreciación sobre Mutis como sistemático. Ella sería anacrónica si no retrocediéramos al tiempo, allá al Jardín de Migas Calientes, cuando él se orientaba por el sistema linneano, con el cual, por amistad leal, debía sentirse vinculado. En tal sistema predomina el análisis de los órganos florales, se procura presenciar la germinación de las semillas, se toma cuidadosa nota de las vestiduras epidérmicas y de los nectarios, órganos a los cuales hoy se concede menor importancia sistemática.

El escrupuloso y vasto conocimiento de la bibliografía, el continuado disecar y contar piezas florales y carpológicas mínimas, dieron al botánico neogranadino facilidad en las determinaciones específicas y tal vez cierta audacia en apreciaciones de tránsito y como por vía de

Sin firma

Aristolochia cordiflora Mutis (Apud. H. B. K.) Tamaño natural

Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Impresores

Madrid, 893

aproximación o discusión. De ello nos habla él mismo y hace recuento el diario de Valenzuela. De ahí nació cierta propensión a crear géneros o especies nuevas que él mismo después retiraba, o que otros anularon con mejores fundamentos.

Las reglas internacionales que hoy rigen la nomenclatura botánica no favorecen mucho a los binomios que llevan el sufijo Mutis. Pero en la obra que se trata de publicar nos corresponde preservar en lo posible sus títulos de prioridad.

Después de casi cincuenta años de labor, de lecturas y de análisis, es explicable que Mutis adquiera esa sensibilidad, ese sexto sentido de los sistemáticos veteranos que les facilita la calificación de las especies y géneros nuevos. En realidad las consultas que le llegan de Bonpland, de Cavanilles, de Née y de muchos otros insignes apreciadores, demuestran su autoridad indiscutible, su memoria visual para los hábitus y localidades, su criterio seguro en esta materia.

En ella habla como quien está en su medio, pero nunca transmite sus ideas al exterior ni a las prensas, sino después de una crítica sazonada y meticulosa. Siempre modesto, nunca temerario; siempre mesurado, jamás vanidoso. Es la virtud de quien está sobre aviso de los escollos que le rodean. Uno de estos escollos, disimulados debajo de la espuma pudo ser la malevolencia de algún influyente en el Botánico de Madrid, por cuya mano — y ojalá el hallazgo futuro de documentos no confirme mis sospechas, que tienen nombre propio — algunos géneros nuevos de Mutis habrían pasado a los botánicos del Perú, y por cuyas intrigas se le preparó aquella ponzoña del retiro de Mariquita, que el Dr. De las Barras nos describirá en el Apéndice de este libro, la cual había de ser dejo amargo de su vida en los últimos años de ella.

Siglo y medio llevan los materiales de la Expedición Botánica esperando para poder cumplir su misión. Sin duda que la realización que nos reclama impondrá estudio, trabajo y solicitudes. Pero debemos recordar que para eso son los hombres y las instituciones se dedican a la ciencia, para eso las fundan los gobiernos, para crujir bajo el peso de grandes realizaciones. La nuestra reúne en sí todos los valores que respetan los hombres.

En la iconografía de Mutis se repite una palabra que pasa por delante de nosotros como una visión escalofriante. Los pintores de la expedición, en el rincón estrecho que se les concedía, impulsados sin duda por el consejo del maestro, escribieron tras su firma un título genérico, con aire de orgullo y de amanecer: *Cortés AMERICANUS pinxit.*

Tal vez en un ángulo de nuestra conciencia científica podamos suspender con orgullo esta estrella: *Hispanoamericanus edidit.* O algo semejante de lo que escribió en una lámina Francisco Javier Matis, el pintor, en 1816: *Por Matis, el único que puede dar razón de esta obra por haber «curzao» en ella treinta y tres años y haber «estudiao» botánica.*

CAPITULO XXVIII

AMAGOS DE TORMENTA

Hay, pues, por esta Suramérica una ansia científica completamente desconocida en Europa, y habrá aquí grandes transformaciones en lo por venir.

A. DE HUMBOLDT, **Carta a Mutis,** Popayán, 10 nov. 1801.

En 1774 entró a gobernar a Francia el último de los Capetos en su rama de los Borbones, Luis XVI. Dos tendencias habían de dividirse el gran movimiento de la revolución, una simple y honradamente reformista; la otra revolucionaria y destructora. Como era de temer, triunfó esta última. De tres asambleas, la primera, que fué la Constituyente, proclamó los grandes principios que encabezan todas las constituciones modernas (1789-1791). La segunda, la legislativa (1791-92), preparó la república. La tercera, la convención (1792-1795), decretó la muerte de Luis XVI e inauguró la dictadura y el terror.

Por reacción contra el desorden surgió Napoleón: militarismo, conquistas, invasiones y entre ellas la de España (1796-1813), cuando fué depuesto Fernando VII. Vino la reconquista, la restauración del rey destronado y la eliminación de los afrancesados. Todavía preso Fernando VII se proclamó en Cádiz la primera constitución (1812).

No era raro que América, que oía el grito de España, tremebundo y vibrante por independencia, aprendiera a gritar la misma palabra desde el fondo de los Andes, pero con un sentido nacido de sus entrañas. Entonces sobrevinieron la que hemos llamado nuestra segunda independencia y las incidencias del remolino mundial sobre la Expedición Botánica.

Cuando, en capítulos precedentes, juzgamos oportuna la relación de ciertos hechos de la primera conquista de América, menos aptos, al parecer, para fomentar la mutua comprensión entre España y sus antiguas provincias ultramarinas, recordamos que tales hechos fueron, en realidad, consecuencia de las ideas europeas de la época; y que los responsables de ellos, lejos de ser exponentes del pensamiento y del Gobierno españoles, fueron los antepasados, cepas mismas de las clases dirigentes americanas; de suerte que no hay coyunturas, ni artejos por donde se pueda desmembrar la inculpación, para estos sí, para los otros, no.

Igual, cuando se nos presenta en la historia de la Expedición Botánica la necesidad, cronológica y lógica, de analizar los problemas de la emancipación, decimos que ella fué obra tan española como americana, en sus incentivos y en sus hombres. Pasaron ya los tiempos de las recriminaciones; ya España y América se enfrentan serenamente al hecho histórico y todos vemos que es preciso renovar los léxicos del patriotismo, de suerte que ni América renuncie a la inmensa gloria del pasado, ni España al futuro brillante que unidos se nos promete.

El nervio de la presente historia es, precisamente, demostrar que figuras como Mutis, que empresas como la Expedición Botánica, nos purifican de las desavenencias pasadas, nos resarcen de penas, ungen nuestras heridas y nos enderezan a las grandes realizaciones que claman desde el fondo de la sangre.

Así se explica esta aparente paradoja: la empresa científica de Mutis prepara la independencia de Colombia y es, al propio tiempo, pórtico de futura unión. Porque esto no se puede negar: si todos hubiéramos sido, si todos fuésemos como Mutis, los hechos de contenido cultural hubieran quizá sido los mismos pero su trascendencia hubiera sido otra y hubieran coincidido con todos los bienes expresados en esa palabra heráldica: **Hispanidad.**

Un anhelo de mudanza, sordo e informulado — silencio precursor de todas las borrascas y que parece ser la concentración felina antes del zarpazo — aprisionaba todas las almas criollas. Posposición, gravámenes, abusos de mandatarios subalternos, procederes militares, eran el sedimento amargo que tocaba beber a los pueblos y más a las colonias de esa decadencia de la monarquía española, tan acentuada a fines del setecientos. He aquí lo que refiere el historiador P. M. Ibáñez:

En agosto de 1794, el Virrey Ezpeleta estaba de veraneo en Guaduas. En esos días aparecieron en las esquinas fijados unos pasquines contra el Gobierno, y supo la Audiencia que Nariño había impreso en su Imprenta Patriótica — instalada desde 1791 en la plazuela de San Carlos — un papel revolucionario.

En su casa de la plaza de San Francisco trabajaba Nariño, como de costumbre, una tarde, cuando se presentó de visita el capitán de la guardia del virrey, don Cayetano Ramírez de Arellano, quien, conociendo la afición de su amigo por los libros franceses, le llevaba — aprovechando la ausencia del virrey — uno que acababa de llegar a palacio. El libro era la **Historia de la Asamblea Constituyente,** de Salart de Montjoie. Tenía, pues, razón Ramírez de Arellano al aconsejar a Nariño que lo leyera y mantuviera en secreto.

Ahí leyó Nariño el texto íntegro de los derechos del hombre, y de ahí se originó su publicación en Santa Fe.

Mutis, en cartas a su cuñada doña Ignacia y a otros, va dando cuenta de ese proceso de efervescencia juvenil criolla en que cada día más veía enzarzados a Zea y a su sobrino Sinforoso. Al uno lo envía a Cuba y al otro lo deja en Fusagasugá para *libertarlos de la quema*. Pero vino lo inevitable. Mientras todos los oficiales del virreinato hablan de una sedición, el hombre sabio y reposado hace el verdadero análisis de la situación y dice así el 21 de abril de 1794:

Esto es así hermana mía: el tiempo está muy crítico y yo debo precaver los desbarros de este niño. Para esto le participo a vuesamerced que la Gamba y el marido, cuya casa frecuentaba tanto Sinforoso, fueron llamados por el señor Virrey a dar declaraciones sobre asuntos muy delicados, como se infiere de la salida que le ha hecho hacer el señor Virrey a un médico francés que frecuentaba esta tertulia y otras. Estas sospechas no se las pude yo declarar a vuesamerced cuando le escribí que no convenía que se quedase aquí Sinforoso; y tampoco escribí a vuesamerced que por los mismos motivos había separado a Zea de mi lado, enviándolo afuera de Santafé, donde lo tengo entretenido para libertarlo de esta quema. Y en efecto, si Dios no me hubiera alumbrado en tiempo por la intimidad con que lo veía tratar al francés, y no hubiera tomado la resolución de enviarlo afuera desde agosto, sabe Dios si a la hora de ésta estaría en camino para algún presidio, y quién sabe qué más.

Y en carta posterior a su hermana política, prosigue:

En efecto, habrá vuesamerced sabido que entre los varios sujetos que se han arrestado y se continúan arrestando, se halla Sinforoso. Cuánto sea mi dolor, puede vuesamerced inferirlo de todas las precauciones que tomé, catorce meses há; y que este caso no hubiera llegado, si entonces me hubiera obedecido este niño retirándose allá. Yo cumplí con mi obligación de apartarlo del fuego; pero él ha querido meterse más cada día, por no desamparar las compañías que lo han puesto en esta aflicción. Muy lejos de haberse arrepentido de sus voluntariosos despropósitos, no supo tampoco agradecer el beneficio que le hice en perdonarlo últimamente, pues posteriormente le cogí un papel escrito a un amigo suyo, en que manifiesta sus continuadas ingratitudes.

El 11 de febrero de 1795, en carta a la misma doña Ignacia, da su interpretación a los hechos:

De Sinforoso no he querido escribir hasta ver en qué paran estas calamidades. Déjome ahora de hacer reflexiones sobre esta desgraciada suerte de ese ingrato a quien Dios está castigando las desobediencias a su tío.

Mas para que vuesamerced se desahogue un poco, debo decirle que no hay tal levantamiento, como se lo figuraron los jueces en vista de un malvado y falso denunciador. Los sindicados y presos estarán pagando algunas habladurías inconsideradas, que al fin se reputarán por puerilidad. Tal es el concepto que yo he formado, y pienso que no estoy lejos de la verdad.

Por último, en carta a don Manuel Alvarez:

He sabido por mi Señora Doña Magdalena Ortega que nuestro Nariño siguió inmediatamente para la Corte. Puede ser que estos infelices asuntos tomen mejor semblante, especialmente si fuere cierto, como se asegura, que todos los expedientes, y representaciones de los interesados han pasado de la vía reservada al Consejo de Indias. Quiéralo Dios que así pueda aclararse la inocencia.

Como consecuencia de la aparición en Santa Fe de *Los Derechos del Hombre*, el virrey, quien a marchas forzadas, de incógnito y sin escolta, se vino desde Guaduas, hizo a su llegada abrir tres procesos: el de la publicación de Nariño, el de los conatos de sedición y el de los pasquines.

De este último salieron condenados Zea, Enrique Umaña, José María Cabal, Sinforoso Mutis, Luis Rieux y otros cinco. Además, algunos de menor edad, estudiantes de San Bartolomé y el Rosario.

Así Zea pasó a Europa, para seguir allí sus inquietudes científicas brillantes; así Cabal y Umaña, a quienes conocimos. Los menos afortunados sufrieron larga prisión.

Otro contra quien se elevaron muchas acusaciones entonces fué Pedro Fermín de Vargas, quien escapó por hallarse en las Antillas.

En la última época de su vida, y en su plena madurez, correspondió al director de la Expedición Botánica organizar, inaugurar y dirigir la Sociedad Patriótica del Nuevo Reino, una institución de espíritu público, patrocinada por el virrey, erigida según normas emanadas de la corte y a ejemplo de otras que eran corrientes en la península (1801).

El sabio pudo cimentar la acción conjunta, en las sólidas bases de su experiencia científica, en su conocimiento del pueblo donde actuaba y en su extraordinaria sensibilidad social. Con ella se obtuvo una comprensión mutua entre los capacitados, la conciencia de solidaridad, la energía del impulso popular y, sobre todo, un análisis constante de los vacíos culturales del país.

Así, una institución genuinamente española había de convertirse en factor de la gran transformación de la independencia y en prestigio intelectual de Bogotá, consolidando lo que había de venir.

Todavía correrán por detrás de la niebla las inquietudes de los granadinos, hasta 1810, la fecha acmé en que el cabildo de Santa Fe suscribió su independencia. Cargadas las nubes de tormenta, descargaron ese día sobre las altas cumbres virreinales y otra reacción, y otra, se desataron más allá del día luctuoso en que Mutis descendió a la fosa.

1. Puente de la Plaza Mayor.
2. Palacio arruinado del Virrey.
3. Cárcel de Corte.
4. Real Audiencia de Santafé.
5. Escuela pública. 1849.
6. Expedición Botánica.
7. Observatorio Astronómico.
8. Colegio Militar.
9. Plazuela de San Agustín.
10. Batallón Auxiliar. Cuart.
11. Dirección Gral. Rentas.
12. Cámaras Legislativas.
13. Monasterio de Sta. Clara.
14. Casa del Ayuntamiento.
15. Palacio de los Virreyes.
16. Litografía e Imprenta.
17. Secretarías de Gobierno, Guerra y Relaciones Exteriores. 1849.
18. Monjas de la Concepción.
19. Gallera nueva.
20. Monjas de Santa Inés.
21. Puente de San Agustín.
22. Puente del Giral.
23. Gallera vieja.
24. Chorro de Ciriales.
25. Chorro de Santa Inés.
26. Chorro de la Sal.
27. Fuente del Observatorio.

Del libro **Calles de Santa Fe de Bogotá**, por Moisés de la Rosa, entre págs. 144-45.

CAPITULO XXIX

MUERTE AL AMANECER

... se hizo el entierro público de su cadáver en el Monasterio de Santa Inés el siguiente día 12 de septiembre de 1808.

S. Rizo, del **Testamento** de Mutis.

En 1808 Mutis cumplía setenta y seis años, y el 11 de septiembre, a las tres de la mañana, rindió su vida incomparable. Le acompañaban Caldas, Sinforoso y Rizo en aquel momento solemne.

Los retratos que de él conocemos nos le presentan ya sacerdote, solemne por sus méritos, obeso por la vida sedentaria de estudio. En las comisuras de sus labios se insinúa la resolución, en aleación amarga con el desengaño; en su mirada, la vasta extensión de sus penetraciones mentales; en sus cejas y en sus manos, firmeza; en su ademán, reposo y dulzura.

El colono que había bebido de la vida neogranadina hasta el fondo de su esencia, por su actitud señera, bien podía ser agregado a aquel cuadro característico de la nobleza española que bajo la Trinidad beatísima pintó el Greco con el nombre de *Enterramiento del Conde de Orgaz* y que se conserva en la iglesia de Santo Tomé de Toledo.

El más emotivo de sus retratos, y el más cargado de sombras es el del observatorio astronómico de Bogotá, obra o bien de Rizo, o bien del «Apeles de América» Pedro Caballero, que lo pinta sosteniendo en la diestra una ramita florecida de la *Mutisia grandiflora*, con ese ademán con que los reyes de naipes sostienen un cetro. El pintor escoge esa planta porque su denominación por Carlos Linné dió origen al género nuevo de *Mutisia*, definido entre las compuestas y a la frase del sabio sueco, consagratoria de toda la obra mutisiana: *Gratulor tibi, nomen inmortale quod nulla aetas unquam delebit.*

El hombre que lo dió todo, inclusive hasta despachar a su amigo de Upsala todos los ejemplares que poseía de la *Mutisia* heráldica, sólo retuvo para sí la gloria del trabajo por el rey, por España y por su patria de elección, el Nuevo Reino de Granada. Tenía la blanda resistencia de los vegetales y, en su lenguaje, la elegancia de los contornos de pétalos y de hojas; era árbol para dar sombra y césped para acoger.

Estoicamente, serenamente, cristianamente, vió venir su propio fin y dió sus últimas disposiciones. Considerando que Dios con la muerte le liberaba de una esclavitud, él, a su vez, manumitió a sus dos esclavos negros, que a su lado habían luchado la vida con fidelidad y constancia.

Mutis no quiso dictar por sí mismo su testamento, sino que confirió a Rizo, su mayordomo, el poder para redactar sus últimas disposiciones. Estas iban dirigidas a la conservación de la expedición, con miras a ultimar la obra de la Flora, previniendo la disolución de su obra que seguiría a la suya propia.

Tiene gran importancia una carta que, horas antes de morir, dirigió al virrey Amar y Borbón y que ha sido llamada su testamento científico, de la cual extractamos algunos párrafos:

... Habiéndose agravado las enfermedades de que adolezco (a más de mi avanzada edad), principalmente desde el mes de marzo de este año, que comenzaron a experimentarse las indisposiciones catarrales que tan sensibles se hicieron al vecindario de esta capital, y aún a todo el Reino, en términos que recelo no lograré restablecerme, he considerado de mi obligación y desempeño de las comisiones del Real servicio que han estado a mi cuidado, deseoso de su más feliz éxito, hacer presente a Vuestra Excelencia los puntos siguientes que expondré sucintamente y como me permiten las circunstancias en que me hallo por mi decadente salud...

Luego que yo falleciere deberá quedar extinguido el empleo de Director de la Real Expedición Botánica de este Reino, con que la piedad del Rey fué servido condecorarme y correr los ramos que abraza y la constituyen separadamente, al cargo y cuidado de sujetos particulares que habiendo servido bajo de mi dirección en ella, están impuestos de los fines y objetos de su instituto y del modo de manejarlos...

Estos sujetos necesitan en lo sucesivo de mejores dotaciones de las que hasta ahora han disfrutado y a que son acreedores, como que han de recaer sobre ellos el trabajo y atenciones que he sobrellevado yo...

A don Francisco Caldas, que últimamente se agregó a la Expedición, y a quien he mantenido asalariado con los ahorros que he procurado hacer de otros gastos, se le pueden aplicar mil pesos de los dos mil relacionados.

A don Salvador Rizo, que ha trabajado a mi mano por espacio de veinticuatro años en calidad de primer pintor y mayordomo de la Expedición, se le pueden aplicar cuatrocientos pesos, para que con los seiscientos de que ahora goza, disfrute, como los otros, mil pesos de sueldo anual.

En estos términos quedan todos tres (con Sinforoso) iguales en cuanto a utilidades, sin que por este camino tenga ninguno de ellos qué apetecer respecto del otro.

A cargo de don Sinforoso Mutis correrá todo lo tocante al ramo de botánica, teniendo un escrupuloso cuidado de mantener y conservar con celoso esmero las láminas que están trabajadas, y los herbarios secos, que se irán aumentando, según se fueran presentando las ocasiones y se contemplen necesarios.

Don Francisco Caldas cuidará de la parte astronómica y geográfica, de que actualmente está encargado, llevando la serie de las observaciones que hiciese con el orden y método que las comenzó y ha seguido con ellas.

Don Salvador Rizo, correrá, como hasta aquí, con los gastos que se hicieren, sin que ninguno se emprenda sin su intervención, ni se pague por otra mano. Asimismo estarán a su cargo y dirección los pintores que trabajarán a sus órdenes, las obras que él a cada uno distribuyere; pues como que él los ha formado a su mano y ha sido maestro de todos, sabrá hacer justo discernimiento de lo que cada uno puede y debe hacer y del acierto con que lo ejecuta.

Don José María Carbonell podrá quedar como ha estado en clase de escribiente u oficial de pluma de la Expedición con los quinientos pesos de sueldo anual que goza, a las órdenes de Don Sinforoso Mutis, para que escriba lo que fuere ocurriendo y copia de lo trabajado, lo que es preciso trasladar; y para que sirva de estímulo a su aplicación y tenga algún alivio, se le aumentarán cien pesos anuales por vía de gratificación, de lo destinado para auxilios de la Expedición, un nuevo gravamen de la Real Hacienda; bien entendido que, luego que se verifique el establecimiento del Jardín Botánico que debe haber para la conservación y cultivo de algunas plantas, correrá a su cargo en calidad de jardinero mayor.

Otro punto muy importante es el de los inventarios que deben hacerse de los efectos que se hallen existentes en la casa de la Expedición, donde he habitado y habito desde mi regreso de la ciudad de Mariquita a esta capital. Estas diligencias, que procuraré dejar evacuadas, si Dios fuere servido dilatarme la vida el tiempo necesario, si actuaren después de mi fallecimiento, será con precisa asistencia personal de los tres individuos de que he hecho mención, para que cada uno en la parte respectiva de su cargo, se imponga y sepa lo que hay, lo que recibe y de qué debe responder. Pero lo que exige un sumo cuidado y tiento en su manejo son las láminas trabajadas, que por la poca resistencia del papel están expuestas a deterioros, y el primor con que están ejecutadas requiere se traten con mucho esmero, por lo cual en este acto no se fiarán a otras manos que a las de Don Salvador Rizo, como los herbarios secos a las de don Sinforoso Mutis.

Quedando don Sinforoso Mutis encargado de la parte botánica, que es lo principal de la Expedición y la que ocupa la mayor de la casa, es preciso se traslade a ella para que cuide de conservar y mantener en el mejor orden las láminas, herbarios y las demás cosas pertenecientes a la

Historia Natural. Don Salvador Rizo vivirá también en ella, permaneciendo por ahora en el departamento que ocupa, hasta tanto que construídas las obras proyectadas y colocada la librería en el lugar premeditado, se distribuyan de otro modo los alojamientos, como lo tengo advertido. Y para que Don Francisco Caldas tenga expedita a cualquiera hora la entrada y salida al observatorio astronómico, que es la oficina de su ocupación, se abrirá una puerta a la calle por la parte posterior de la casa, de la que él tendrá la llave.

Estando agregado don Jorge Tadeo Lozano a esa Expedición en clase de zoólogo por Real orden de Su Majestad de 23 de Enero de 1803, se halla dedicado a trabajar la Fauna Cundinamarquesa o descripción de los animales de este país a sus expensas en una pieza de la misma casa que a este fin se le ha destinado. Para que pueda continuarla con desahogo y sin tanto gravamen, se mantendrá la misma pieza a su disposición, además se le franqueará de cuenta de la Expedición el uso de las pinturas, esqueletos y modelos respectivos a este ramo, que se conservan existentes; un pintor de los que mantiene asalariados la Expedición, cuando le hubiese menester; los colores y papel fino que necesitare para los dibujos, como yo, antes de ahora se lo había franqueado.

Para mantener la Expedición, en un asiduo, constante y útil ejercicio en unos países en donde ha sido necesario criar y formar los oficiales que se han hecho e inventar los colores con que lo han ejecutado, como podrá advertirse por las mismas obras, he empleado muchos arbitrios para ahorrar gastos.

Hasta aquí se conserva de la carta de Mutis a Amar y Borbón, que algún historiador dice escrita la víspera de su muerte.

Y no habló más con los hombres, sino que en adelante sólo se dirigió a su Creador, el alma justa que vivió siempre entregada a los más depurados ideales.

Aquel día de septiembre doblaban las campanas y soplaba frío sobre Bogotá desde el páramo de Cruz Verde. Frío sobre la realización excelsa del que estaba frío, revestido con los ornamentos sacerdotales, bajo el alfarje mudéjar de la iglesia de Santa Inés y acompañado por una niña, la sobrina Bonifacia, que oraba y lloraba bajo sus tocas de religiosa. En el jardín las flores desfallecían por su admirador.

Fuera, en la vecina plaza, y en las calles, las gentes se entregaban al júbilo de la jura de Fernando VII, que debía celebrarse con pompa inusitada.

QUINTA PARTE

DISPERSION EN LA LUZ

TODAVIA por unos años, después del fallecimiento de Mutis, prosigue su vida la Real Expedición Botánica.

La vis lógica de esta obra nos impone, pretendiendo exaltar la máxima empresa que hoy tienen España y Colombia para su vinculación, el tratar de los fenómenos que acompañaron la mayor escisión de nuestra historia. La independencia de los países suramericanos, en que fué tan decisiva la actitud del Nuevo Reino de Granada, fué contemporánea con los últimos espasmos de la Expedición Botánica; por ella, junto con la invasión napoleónica, se explica el súbito colapso de las empresas científicas de España en sus provincias de allende el mar. Ella sola determinó los cambios de rumbo que impusieron a su vida de estudio, los naturalistas de Santa Fe. Sólo ella explica sus cárceles y sus cadalsos. Es clave de la dispersión de sus documentos científicos, de los que se salvaron y de los irremediablemente perdidos.

La revolución granadina de 1810 fué la de los discípulos de Mutis y no anduvo errado quien trató de sofocarla con una «siega de doctores».

Miramos a Mutis como el precursor de las nacionalidades américo-hispanas; como al transmisor del espíritu español hacia el crecimiento orgánico de la Hispanidad. Porque su labor de muchos años exaltó el pensamiento hispano-indio; porque persuadió la suficiencia del medio americano para generar el progreso; porque creó el prestigio de los próceres y de las ciudades que condujeron al máximo fenómeno histórico de América. Porque hizo cuanto pudo para remediar la inquietud de los pueblos.

He aquí el resumen maravilloso —profético también— que en su carta a Sobral del 19 de febrero de 1790 hizo Mutis de su pensamiento político, de sus ideales de ciudadano, españolísimo si, pero profundamente humano:

«Se han pasado treinta años sin haber podido conseguir que cesen mis lamentos por la causa pública de estos vasallos. Cuando me veo cansado, encojo mis ombros, lloro, como otro Jeremías tanta desolación y me acuerdo que Dios tiene en su mano el corazon de los que aquí y allá goviernan estos pueblos a nombre de un Rey Clementísimo. Es una lástima lo que aquí observo sobre el letargo de esta felicidad pública digna de promoverse según las intenciones de un Rey que igualmente es padre de sus vasallos. A veces he proferido, con una santa ira, que darán a Dios una estrecha cuenta de los infinitos males que observo en este asunto; pero vuelto en mí, veo que Dios castiga también las culpas de los pueblos privándoles de algunos beneficios de cuya posesión no avrá llegado el tiempo. Yo estoy ya cansado de padecer inflamaciones políticas que han degenerado en una calentura lenta en que al fin se consumirá mi vida sin el gusto de ver la felicidad porque suspiraba; y sólo me queda la satisfacción interior de no haber sido puramente zero en el número de los mortales».

Pero la figura de Mutis, precursor de la momentánea separación, es también el faro de la Hispanidad, la cual se crea por la comprensión de los espíritus y por la exaltación de la riqueza germinal, en los recursos naturales de nuestras patrias.

En ese derrotero luminoso de nuestra vinculación creciente y ascensional, la publicación de la Flora de la Real Expedición Botánica, que realiza los anhelos de Mutis y de su escuela, es expresiva y prometedora. Es el mejor monumento que podemos levantar a las influencias patrióticas del pasado y a la superación del futuro conjunto; la más clara exaltación de las mentes y la más fecunda siembra del bienestar material. Por eso repetimos:

Nada apaga el hervor de los crisoles...

Passiflora Bogotensis Benth Tamaño natural. Det. Killip.

Madrid, 2036 a

Sucesores de Rivadeneyra, S. A. Impresores

CAPITULO XXX

LA GENERACION IGNEA

Considerando que el sabio gaditano formó a la más notable generación que haya ilustrado los anales patrios...

Ordenanza del Departamento de Cundinamarca, en el Bicentenario.

Volviendo atrás nuestras miradas podemos repasar las efemérides de la Expedición Botánica en el Nuevo Reino de Granada desde su traslado a Santa Fe hasta la muerte de su sostén y director.

1785. Julio 12. Terremoto destructor en Mariquita.
1787. Llegada a Mariquita de los primeros cinco pintores quiteños con el Marqués de Selva Alegre, don Juan Pío Montúfar.
1788. Llegada a Mariquita de los dos pintores españoles de la escuela de San Fernando, José Calzada y Sebastián Méndez.
1789. Mutis permanece en la Quinta de Lajas.
1789. Mutis viaja a Santa Fe.
1790. Mutis en la Parroquia de Bocaneme. Llegan dos pintores quiteños.
1791. Traslado a Santa Fe de la expedición.
1791. Llegada de otros tres pintores.
1793. Se abandona el Jardín Botánico de Las Lajas, cerca a Mariquita, por estar ya muy deteriorado y no hallarse quien lo tome a su cuidado.
1795. Octubre. Salen presos de Santa Fe, Zea, Cabal, Umaña y Sinforoso Mutis, miembros de la Expedición, por sus injerencias en el motín de los pasquines.
1801. Julio y agosto. Visita de Humboldt a Santa Fe y a Mutis.
1802. Mayo. Se inicia la construcción del Observatorio Astronómico.
1802. Caldas, matemático, geógrafo, astrónomo en la provincia de Quito, es nombrado meritorio de la Expedición e instruído para realizar investigaciones botánicas y zoológicas.
1803. Zea, en Madrid, es nombrado director del Jardín Botánico, como sucesor de Cavanilles.
1805. Enero 3. Sismo destructor en Honda y Mariquita.
1808. Primer número del semanario de Caldas.
1808. Muerte de don J. C. Mutis.

La muerte de Mutis no clausuró sus influencias en los destinos de nuestra nación, prolongadas por las mentes que habían asimilado sus doctrinas.

Cauces divergentes, como los que se bifurcan y se anastomosan de los grandes ríos en las llanuras tropicales, habían de desembocar en una epopeya de nacionalismo y sacrifico. Lógicas incontrovertibles habían de fortalecer a los mártires de la patria y a los patricios de las leyes autóctonas.

No es nuestra intención en este capítulo hacer de esos hombres la apología mil veces repetida y la exaltación siempre reclamada a nuestra gratitud.

La inconformidad y el arrojo delirante eran ya un explosivo en las almas criollas y bastó la chispa de un acontecimiento trivial el 20 de julio de 1810 para que, por un florero, en el ámbito de la plaza Mayor de Bogotá y después, una tras otra, en las ciudades del virreinato, se prendiera la masa anónima, se inflamara después la muchachada estudiantil, se incendiaran las clases letradas y los cabildos, única institución democrática en la vida colonial; como esos incendios de las grandes selvas que se inician en las hojas pegadas al suelo y crecen hasta convertir en teas las copas de las palmeras. Amar y Borbón salió entre guardas por el camino de Honda.

Faltaron en aquella ocasión al gobierno los hombres conciliadores como Mutis y Caballero y Góngora, porque España estaba exhausta y la reacción de los débiles es la violencia.

En 1815 el general español Pablo Morillo, Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta, fué destinado al frente de un ejército de 10.000 veteranos de las guerras contra Napoleón, para someter las rebeliones, que por todas partes levantaban cabeza en la Nueva Granada.

Morillo (1778-1837) era zamorano; tenía entonces treinta y siete años y una carrera militar brillantísima. Pastor en su primera niñez, a los trece de edad sentó plaza en el cuerpo de infantería de Marina, donde fué soldado, cabo y sargento. Mostró su valor en las batallas navales de Tolón, San Vicente y Trafalgar, en la última de las cuales — luchando contra Nelson, al lado de aquel descomunal geógrafo y marino Cosme Damián de Churruca y Elorza, que al llevarle una pierna un cañonazo se hizo plantar en un barril de harina hasta que murió desangrado porque había escrito: *Si tú oyes decir que mi navío es prisionero cree firmemente que yo he muerto*, y porque había ordenado izar la bandera mientras estuviera vivo —; Pablo Morillo se arrojó al mar para recoger esa insignia que la metralla había desarbolado.

Desgraciadamente, a pesar de su denuedo y de sus muchos triunfos posteriores en la guerra contra Francia, Morillo había aprendido en los navíos las formas violentas de represión y ésas creyó que debía implantar en el Nuevo Reino. Entonces caímos en nuestra época del terror, y como el terror sólo cede ante otro terror, vino la aniquilación a sangre y fuego de nuestra segunda independencia, la de los hombres letrados influídos por la Expedición Botánica, hombres más de libros y de razones que de artillería.

Morillo, triunfador en Venezuela, sitió a Cartagena en agosto de 1815 con 8.000 hombres y 56 buques de guerra, cuando la plaza sólo tenía víveres para cuarenta y dos días. Dando vigor el patriotismo resistió la ciudad heroica por ciento ocho días, para rendir a Morillo solamente sus calles llenas de cadáveres y sus pocos sobrevivientes convertidos en escuálidos espectros.

Morillo saqueó la plaza, ordenó fusilamientos de la juventud más granada, impuso contribuciones y marchó contra Bogotá en larga historia por entre cuyas páginas corren hilos de púrpura.

Llegado a Mompox escribió su programa: *Para subyugar las provincias insurgentes es necesario tomar las medidas que se tomaron en la primera conquista: exterminarlos.* Y en otro documento dice que hay que acabar con los doctores que son los causantes de tales inquietudes de rebelión.

Las figuras más preclaras de la Expedición Botánica fueron Valenzuela, Diego García, Zea, Caldas, Lozano, Rizo, Pedro Fermín de Vargas y Sinforoso Mutis. Más o menos todos participaron en el movimiento emancipador y algunos vertieron su sangre por la patria en los patíbulos que alzó Morillo.

Juan Eloy Valenzuela y Mantilla había nacido en julio de 1756 en Girón, principal centro entonces, junto con El Socorro, de los actuales departamentos que llevan el nombre de Santander.

Según Mario Acevedo Díaz, Valenzuela, a los trece años de edad, conoció a don José C. Mutis en Bucaramanga, con ocasión de las bodas de don Manuel Mutis y Bosio, hermano del sabio, con doña Ignacia Consuegra.

Precisamente fué en ese año cuando el protomédico de Santa Fe se trasladó a las minas de Vetas y María la Baja situadas allí cerca, dejando su cátedra del Rosario. Pero interesado por el porvenir del niño que le presentaron, aconsejó que lo remitieran a Santa Fe para que estudiara en esa universidad de fray Cristóbal de Torres.

No cabe duda que al regresar de su primera infortunada minería fué Mutis el preceptor de Valenzuela, pues sólo él pudo infundirle su apasionado interés por la naturaleza, su laboriosidad, y ese método

científico y propiedad del lenguaje que caracterizan al diario del botánico gironés. Debió, además, sobresalir entre sus condiscípulos, ya que fué el elegido para asimilarlo a su maestro y para acompañarlo en la magna empresa como su agregado científico. Tan a cabalidad desempeñó Valenzuela el honroso cargo, que en las ausencias de Mutis, la expedición dirigida por aquél, mantenía su ritmo, las observaciones su exactitud y el orden su eficacia. La exigencia del director se sentía tan satisfecha que escribe a Valenzuela: *Descansa mi corazón cuando hablo con vuesamerced. Quisiera no soltar la pluma de la mano cuando estoy escribiendo a vuesamerced.*

Las relaciones entre los dos sabios los honran a ambos. Si el uno era el señor don José, el señor don Celestino, el otro se denominaba el señor compañero; si las ideas del primero eran respetables, el segundo también las criticaba libremente, las discutía y en materia científica mantenía siempre su extraordinaria independencia de carácter. Mutis pedía a Valenzuela que le examinara las cosas pequeñas, pues tenía una vista finísima.

La incorporación inmediata de Valenzuela a la expedición duró desde el 1.° de abril de 1783 hasta mayo de 1784. El clima de Mariquita y la intensidad del trabajo habían minado la salud del gironés. Ya en los comienzos del 84 hubo de interrumpir sus anotaciones porque no podía tomar la pluma. Restituído a Santa Fe escribió a Mutis una carta lastimera, que él creía sería la última de su vida, según era el mal que le aquejaba.

Algunos historiadores suponen que Valenzuela fué llamado para servir de preceptor a los hijos del virrey. El hecho difícil de explicar consiste en su retiro definitivo de las tareas científicas para volver a su tierra y hacerse cargo hasta su muerte de la parroquia, modesta entonces, de Bucaramanga.

Distante, sin embargo, de Mutis y entregado a su ministerio pastoral, la amistad de Valenzuela no padece menguas ni su interés por las aplicaciones de las plantas se termina, ni deja de enviar a la Expedición sus observaciones y sus ejemplares, ni renuncia a su título de meritorio de ella.

Cuando en 1795 el gobierno virreinal apresó a Zea, a Sinforoso Mutis y otros, cayó también en la redada Crisanto, pariente de Valenzuela, Mutis escribe así a doña Ignacia, su cuñada:

Al señor Doctor Valenzuela mis expresiones y que tanto he sentido la prisión de su hermano como la de mi sobrino, y aun pudiera decir que más, conociendo las prendas de este joven, de quien he asegurado a mis amigos que no ha dado motivo a esta tropelía.

Al iniciarse el movimiento por la independencia de Colombia, las corrientes eran indecisas. Valenzuela creyó inicialmente que su puesto estaba entre los realistas, defensores de la autoridad española y sólo cuando vió que el pueblo todo marchaba por sendas ensangrentadas, hacia la constitución de la nueva nacionalidad, cambió de toldas y puso su prestigio al servicio de la patria americana.

Cuando sobrevino en Santa Fe la revolución del 20 de julio de 1810, los notables de Girón nombraron por su jefe al doctor Valenzuela, quien les hizo jurar, por una parte la fidelidad a la corona española, y por otra la defensa de los reclamos populares contra las exacciones del gobierno, el monopolio del tabaco y el estanco de los aguardientes.

En cierta ocasión en que el cura de Bucaramanga celebraba con sus feligreses la procesión del Corpus y llevaba la custodia, el libertador Simón Bolívar presenciaba la ceremonia desde un balcón. Al llegar frente a él, Valenzuela levantó la voz desafiante y recalcando las palabras: *un padrenuestro por nuestro Rey Fernando séptimo, pésele a quien le pesare.*

Los vecinos de Piedecuesta y de Pamplona, partidarios de la libertad absoluta, queriendo reducirlos, atacaron a los gironeses. Estos se organizaron para la defensa bajo la jefatura de Valenzuela, pero fueron derrotados. El P. Eloy volvió a su curato, pero no a la calma, pues su ambigua posición hacía que los de uno y otro bando lo tuvieran como adversario. Respetaban su persona, pero se iban contra sus bienes, especialmente contra su biblioteca, sus colecciones científicas y sus manuscritos.

Sólo en 1823, pasada la batalla de Boyacá y decidida la independencia de Colombia, pudo el sabio sacerdote gozar de la paz de su feligresía, aunque tantas vicisitudes habían amargado su carácter de suyo franco y dominante.

Cuando apareció en 1808 el **Semanario** de Caldas, Valenzuela fué uno de sus colaboradores más adictos. Los estudios que en él publicó, revelan sus aficiones, pues son todos ellos reiterados esfuerzos por hallar en las investigaciones botánicas los remedios y mejoramiento de los hombres de trabajo. Fué el primero en montar en su feligresía un molino para el trigo; estudió una grama útil para forrajes, dió noticias sobre una nueva caña de azúcar, enseñó el uso de la miel para preservar los cuerpos orgánicos de la corrupción, fué el primero que en el mundo se interesó por divulgar científicamente y por propagar una patata silvestre, que él mismo halló, describió y denominó *Solanum papa*. Desde que trabajaba con la expedición ya había dado Valenzuela muestras inequívocas de esa tendencia hacia la botánica aplicada. Su mayor interés fué entonces el descubrimiento del cacao esquinado o de cintillas, con cuya utilidad se encanta y cuya extraña belleza le hace decir: *La flor se podrá mirar como la mayor maravilla del reino vegetal, y apenas se pudiera creer que la económica y sencillísima Naturaleza hubiera gastado tanta cinta y atavíos para engalanarla con la ostentación de las modas.* Las divergencias entre Caldas y Valenzuela no merecen recordarse aquí. Valenzuela nunca se separó por completo de sus estudios florísticos. Parece que llegó a adelantar una **Flora de Bucaramanga** que se debía publicar por centurias, de las cuales la primera sería de Gramíneas. En ello seguía los pasos de Mutis, con quien además tuvo la vinculación de haber sido preceptor de los sobrinos Sinforoso y José, hijos de don Manuel.

No podía ser más trágico el fin de este insigne varón, noble por su ciencia, respetable por sus servicios al pueblo y sagrado por el ministerio que siempre desempeñó con piedad ejemplar. Murió el día 1.° de noviembre de 1834, a consecuencia de las heridas que le hicieron, con el propósito de robarle, unos protegidos suyos, cuando la víspera descansaba en su hamaca.

Después de siete años vino a llenar el puesto vacante de Valenzuela en la Expedición, Francisco Antonio Zea, hombre de vida verdaderamente meteorítica en el sentido de que siguió la órbita más inesperada. Fué ello en 1891, cuando el instituto de Mutis se trasladó a Bogotá.

La niñez de Zea había tenido alguna semejanza con la de Linné. Su padre, don Pedro Zea, quien vivía en Medellín, tierra entonces agreste y atrasada; agricultor, notario eclesiástico, quería a todo trance que su hijo siguiera la carrera del sacerdocio y mientras la edad llegaba, lo mantenía a su lado cultivando la huerta de donde provenían cortos ingresos de que sustentaba la familia. *Una de esas tardes* — dice el biógrafo R. Botero Saldarriaga — *en que el sol quemaba sobre los surcos... el pequeño Zea, fatigado, sudoroso, anhelante, paró en la labor y apoyándose en el cabo de la azada que manejaba, reflexionó un momento; miró luego a su padre y resueltamente le dijo:*

— ¡Yo no trabajo más así... yo nací para algo distinto...!

El destino que se había entrevisto y elegido, hizo que su padre destinara a Francisco para que, en una caravana de viajeros, obligatoria forma de vencer los peligros que en ese viaje de treinta días se presentaban, se dirigiera a la ciudad de Popayán a estudiar en el Real Colegio y Seminario de la ciudad de Belacázar, fundado en 1642 por el obispo fray Francisco de la Serna y Rimaga. Hizo la suerte que a esa caravana se incorporara un profesor de veintidós años, talento singular, hoy figura patricia de nuestra historia: José Félix de Restrepo. Era el año 1782 y Zea tenía dieciséis de edad.

Precisamente F. de Restrepo había sido uno de los discípulos de Mutis, en aquellas clases privadas que diera cuando, médico del virrey, no había partido aún para la Montuosa o cuando sacerdote no se había encargado de las minas de El Sapo.

Condiscípulos de Zea, discípulos de Restrepo en el seminario de Popayán, habían de ser: Francisco José de Caldas (n. 1771), Camilo Torres (n. 1776), Joaquín Caicedo y Cuero (n. 1773), Francisco A. Ulloa (n. 1783) y José M. Cabal (n. 1769).

En épocas anteriores las materias que se permitía dictar en los colegios de Nueva Granada habían sido: lengua latina, teología y moral. Pero ya desde el tiempo del virrey la Zerda, el fiscal del Nuevo Reino, Francisco Moreno y Escandón (1736-1792), había impuesto un nuevo plan de estudios, según el cual, los de latinidad debían de modernizarse con la enseñanza de las ciencias positivas, dando a éstas la importancia que requería el momento de la vida nacional. Mutis había sido el primero que diera aplicación al nuevo plan, cuando inició su cátedra de matemáticas en el Rosario; quien en 1787, desde Mariquita, ya bajo Caballero y Góngora, redactó el Plan Provisional para la Enseñanza de las Matemáticas en el mismo Colegio Mayor, y quien inspiró el Plan de Universidad y Estudios Generales que el arzo-

bispo virrey propuso al rey para establecerse, si fuera de su soberano y real agrado, en la ciudad de Santa Fe, capital del Nuevo Reino (1787).

Mutis se halla, pues, junto con Moreno y Escandón y con Caballero y Góngora, colocado en el vértice de los caminos que habían de conducir a la reforma educacionista de la Nueva Granada; él la inició y dió con la obra, en el Rosario y en toda su vida, el ejemplo y la tónica de toda ella.

Según el arzobispo virrey: *Todo el objeto del plan se dirige a substituir las útiles ciencias exactas en lugar de las meramente especulativas, en que hasta ahora lastimosamente se ha perdido el tiempo; porque un Reyno lleno de preciosísimas producciones que utilizar, de montes que allanar, de caminos que abrir, de pantanos y minas que desecar, de aguas que dirigir, de metales que depurar, ciertamente necesita más de sujetos que sepan conocer y observar la naturaleza y manejar el cálculo, el compás y la regla, que de quienes entiendan y crean el ente de razón, la primera materia y la forma substancial.*

Bajo este pie propuse a la Corte la erección de Universidad pública en Santa Fé y tal vez la gravedad de la materia ha detenido la resolución, pues según noticias extrajudiciales se trabaja en un Plan metódico de estudios para la instrucción de la Juventud Americana; pues no siendo unos mismos los recursos de las provincias para la dotación de Cátedras, siempre habrá desigualdad en el número de ellas; y cuanto a este Reyno convendría no se escusasen las de Botánica, Química y Metalurgia, necesarias en el país de los metales y preciosidades.

Estas eran las ideas pedagógicas que llevaba a Popayán J. F. Restrepo y según ellas recibieron su educación F. A. Zea y sus condiscípulos.

Terminados sus estudios de latinidad y ciencias naturales en 1785, Zea hizo el largo viaje desde Popayán, atravesando el macizo colombiano, donde nace el río Magdalena, navegando hasta Puertorreal y subiendo por La Mesa a Bogotá, para matricularse en el Colegio Universitario de San Bartolomé, donde quería estudiar jurisprudencia.

Cercábale en sus principios profunda pobreza y se le veía pasear por los claustros que construyera Lobo Guerrero, *estudiando siempre, pero desgreñado y envuelto en viejos y raídos abrigos.* Su pobreza llegó al extremo de que no pudiendo pagar las pensiones, se pensara en despedirlo de la universidad. No sucedió así, gracias a que un amigo de su padre, noticioso de los hechos, le socorrió con largueza, y a que el mismo Zea se ayudó dando a sus condiscípulos y en otros colegios de la capital, clases de francés, latín y ciencias naturales. El éxito que obtuvo, logrando alcanzar una beca en San Bartolomé y coronando su carrera, lo convirtió en oráculo del estudiantado y obligó a su padre, primero, a aflojar en su insistencia para que Francisco se ordenara y, luego, a ayudarle de nuevo económicamente.

En esa coyuntura, el 11 de noviembre de 1791, fué cuando el virrey Ezpeleta nombró a Zea como agregado científico de la Expedición Botánica y cuando Mutis obtuvo para él un sueldo anual de quinientos pesos.

En el año 1792, y en el **Papel Periódico** publicado por el cubano M. del S. Rodríguez, dió Zea a la luz una crítica a los métodos de educación vigentes en Nueva Granada, bajo el título de **Los avisos de Hebéfilo.** Ellos representan la forma combativa como los criollos habían asimilado las ideas pedagógicas de Mutis, y llevan en lo íntimo su sello inconfundible. Leamos algunos de sus párrafos:

Y, qué, no pensareis vosotros algún día hacer vuestro nombre célebre en la historia, sustituyendo a esta jerga filosófica y sabiduría de ergotismo las bellas letras y las ciencias exactas, que hacen la felicidad del género humano, que derraman por todas partes la alegría y la abundancia, que son tan conformes al corazón del hombre, y las únicas que satisfacen su entendimiento.

Que no tenga yo tiempo, escribía Zea, *de recorrer con vosotros nuestras fértiles provincias para mostraros por todas partes las más bellas producciones de la tierra, las más abundantes riquezas, tantos primores, que al menos merecen una mirada reflexiva. Los bosques están llenos de plantas aromáticas y medicinales; a cada paso se encuentran bálsamos, gomas y aceites exquisitos; tenemos las mejores resinas, y tal vez mientras el soberbio filósofo se abandona a los delirios de una extravagante fantasía, una mano inculta abre caminos a la dormida industria, con el examen grosero y superficial de la Naturaleza, que aquel sabio desdeña mirar. Sólo el reino animal puede ocupar por muchos años nuestros futuros naturalistas, y ser una fecunda fuente de riquezas cuando comencemos a abrir los ojos sobre nuestros intereses.*

En el reino mineral tenemos débiles conocimientos, pero no salieron de nuestras escuelas... Qué distinta sería la suerte de la patria si todo esto hubiera sido el estudio de los nuestros. Tendríamos una agricultura floreciente, no estarían las artes en su cuna, habría comercio, no viviríamos en la miseria que nos devora... Confesemos de buena fe la grosera y torpe ignorancia en que vivimos, y apliquémonos seriamente a volver por el crédito de la patria, justamente criticada por los extranjeros, sentida y quejosa de nosotros.

Mutis había abogado por su nuevo agregado científico; pero no previó, quizás, los sinsabores que le iba a traer. Pronto se enteró de que Zea estaba enredado con Nariño y que con él colaboraba en la publicación de **Los Derechos del Hombre** (1794). Para *librarlo de la quema* lo destina a Fusagasugá, zona entonces riquísima en bosques primitivos y de donde fácilmente podía llegar a áreas de muy diversa vegetación. Desgraciadamente ya era tarde. El virrey decretó la confiscación de los bienes de Zea y lo envió preso a Cádiz.

Una carta a Mutis del señor Joaquín Díaz y García nos revela cuál era el equipo del auxiliar de Mutis en Fusagasugá. Dice así, fechada el 22 de octubre de 1795:

Mi muy venerado señor:

Remito los bienes de don Francisco Zea que estaban embargados en mi poder, según conforme se me ordena y manda con Miguel García, sujeto de mi satisfacción. Van cincuenta y siete libros chicos y grandes, y el barómetro y ese otro vidrio, dos baúles llenos de esqueletos y unos tatucos de lata; lo demás que va en los baúles no doy razón fija por no volver a descomponer, ahí va un anteojito de tres espejitos, el que no estaba embargado; lo tenía María Miguela García, hija de mi cuñada Manuela, la que me lo entregó así. Va el forro del catre, y el de la tienda de campaña y armazón de uno y otro, el papel blanco no lo remito; son sesenta cuadernillos, daré su importe, o que lo compre Miguel García y lo entregue. Le hago presente a vuesamerced que don Francisco Zea me debía diez pesos que le suplí; si hubiere carimento de que se me paguen, se los estimaré, y las espuelas de plata de Francisco, que se las había prestado, las que paran en poder de Don Salvador Rizo y si fuera necesario se dará prueba; y es cuanto se me ofrece pedir a Dios guarde su importante vida muchos años.

Fusagasugá, y octubre 22 de 1795.

La prisión de Zea no opacó su buena estrella. Por intervención del ex ministro Urquijo apela a la corte, alega que Mutis le había prometido hacerlo su sucesor y obtiene la continuación de sus estudios botánicos en Madrid y en París, adonde fué, según Colmeiro, comisionado por Mutis, para consultar sobre las plantas de la Nueva Granada; es indultado, se casa con gaditana, y el rey don Carlos IV le encarga la dirección del Jardín de Madrid y de la cátedra de botánica como sucesor de A. J. Cavanilles (17 de abril de 1805).

El discurso que pronunció Zea al inaugurar su cátedra como director del Jardín Botánico de Madrid, es una exaltación lírica de la ciencia, una apología de Mutis y un programa para sus lecciones. Estas tendrían una tendencia hacia la botánica aplicada, a pesar de que por esa preponderancia de sus exposiciones económicas, ya algunos tildan su capacidad para desempeñar la cátedra.

Todo revela en esa oración al hombre poseído de un gran papel en el mejoramiento de los hombres y versado en las corrientes científicas de su tiempo.

Escribe Zea sobre temas científicos — entre otros sobre el cocotero — en los periódicos de la península y defiende a Mutis; le hacen su miembro cuarenta academias europeas; se entiende con los afrancesados, asiste en la corte al lúgubre 2 de mayo de 1808, y como representante de América a las Cortes, donde fué destronado el rey Carlos IV. Recibe de José Bonaparte, en 1809, el nombramiento de director general del Ministerio del Interior y después el de Prefecto de Málaga. Sentenciado a muerte al consumarse la liberación como traidor a Fernando VII, se refugia en Londres. De allí vuelve a las Antillas, para luchar al lado de Bolívar y con los patriotas que desde Cartagena habían huído del pacificador Morillo, contra la flota española que bloqueaba la isla de Margarita, la cual fué tomada al abordaje; desembarca en Ocumare; en Angostura, como Presidente del Congreso, pronuncia la frase creadora: *La República de Colombia queda constituída* (15 de febrero de 1819).

Años después lo envía Bolívar, como su Plenipotenciario, a Inglaterra y una de sus preocupaciones fué, ya que no se podía reconstruir la Expedición de Mutis, despachar a la Nueva Granada una misión científica, formada por Boussingault, Rivero, Roulin, Goudot y Bourdon, para que continuara la obra de Mutis.

De todos los americanos que figuraron en la Expedición Botánica, la figura más cándida, el que alcanzó mayor vuelo mental, el único que venció a su Maestro y bienhechor Mutis en la obra divulgadora escrita, el que hizo más patria y el que, aureolado por el martirio, abrió más hondo surco en la historia y en la gloria, fué Francisco José de Caldas, nacido en Popayán, de ascendencia gallega, el año 1771.

No pertenece a este libro relatar la vida ni ponderar todos los méritos del sabio payanés, sino exponer sus vinculaciones con la Expedición Botánica, las cuales bastarían a llenar muchas páginas si las siguiéramos en detalle.

Discípulo de J. F. de Restrepo en el seminario de Popayán, con Zea, J. M. Cabal y otros no menos adictos a las nuevas ciencias positivas, Caldas viajó a Bogotá para estudiar en el Rosario. Recibió la beca del insigne Colegio Mayor en 1788, cuando Mutis estaba en Mariquita, llenando con su fama todo el Nuevo Reino. Es cierto que Caldas no fué discípulo de Mutis en Santa Fe. Las aficiones de Caldas lo llevaban hacia la geografía, las matemáticas y la ingeniería, y así, terminados sus estudios, lo hallamos en la provincia de Quito, fascinado con los recuerdos de La Condamine, levantando cartas y midiendo la altura de las localidades por un método de su invención, basado en los diversos grados del termómetro a que hierven las aguas, según la altura sobre el nivel del mar.

La suerte de Caldas seguía su curso cuando, viniendo de Santa Fe, camino del Perú y de México llegaron a Quito Humboldt y Bonpland. Ambos llevaban en los labios el nombre de Mutis y panegíricos de sus excelencias. Por otra parte, Humboldt venía desde Popayán atisbando la estela luminosa de Caldas, por los trabajos de éste que les dió a conocer su propio padre. Ya Humboldt había escrito en su cartera, después de anotar la identidad de sus observaciones astronómicas con las de Caldas, estas palabras:

Es asombroso que este joven americano se haya elevado hasta las más delicadas observaciones de la Astronomía por sí mismo y con unos instrumentos hechos de sus manos.

El contacto con los sabios viajeros produjo en Caldas un entusiasmo rayano en frenesí. Como había sucedido con Mutis, el tudesco echó a su alforja datos astronómicos, cartas geográficas, que pagó con una sonrisa de su boca y con alabanzas.

Avido de mendrugos de sabiduría, Caldas anhela acompañar al barón lo más posible, hasta el fin de su viaje americano, y decide apelar al *señor Mutis, protector de las ciencias del Reino*, para que influya ante el virrey con el fin de obtener los recursos necesarios y allanar las dificultades de un viaje que le parecía salvador para sí y útil para el reino, aunque casi imposible. Movió a sus amigos y parientes, y el 2 de febrero de 1802 dirigió a Mutis su primera carta, exponiéndole planes llenos de acierto.

Si era verdad lo que Humboldt había anotado de Caldas: *El genio no puede extinguirse y se abre las puertas para seguir la gloriosa carrera de los Bourguers y de la Condamine; la Audiencia de Quito ha podido destruir las pirámides, pero no sofocar el genio que parece propio de este suelo;* el payanés se revolvía como un gusano en la pobreza y la apatía que le rodeaban.

Afortunadamente, nadie en la historia de América comprendía este trance como el mismo Mutis, y el 3 de abril ya había llegado a manos de Caldas la respuesta tal como éste la soñara. *Se cumplirán los deseos de usted si mi amadísimo el señor Barón de Humboldt nos franquea su consentimiento*. Al propio tiempo recibía Caldas *un cuantioso libramiento*, es decir, el dinero que necesitaba para emprender el viaje.

Sabemos ya cuál fué el resultado de esta gestión: Humboldt niega primero haber recibido de Mutis ninguna insinuación para el viaje de Caldas (desesperación de Caldas). Después confiesa que sí la recibió, pero que prefiere viajar solo. (Amargura, suspicacias, críticas de Caldas.)

El payanés propone entonces a Mutis hacer un viaje al servicio de la Expedición Botánica hasta Méjico. Pero al saber que Mutis se proponía llamarlo a su lado a Santa Fe, abraza ese plan con entusiasmo de liberación.

Mutis, sin embargo, no se apresura. Satisfecho con las observaciones astronómicas de Caldas, quiere ampliar el área geográfica y los intereses científicos de su nuevo colaborador. Le pide plantas, descripciones, esqueletos y dibujos; lo hace estudiar las aves del Ecuador. Sus instrucciones por carta se alcanzan unas a otras.

Caldas responde: *Yo he ofrecido a Ud. que la botánica será objeto favorito de mi viaje... Mis conocimientos botánicos son cortos, mis libros son pocos y la vegetación inmensa. El camino que he tomado para salir con felicidad de este laberinto, es recogerlo todo, describirlo todo y diseñar lo más*. Los dibujos de Caldas forman un legajo que se conserva en el Jardín Botánico de Madrid y son bastante imperfectos.

Así comenzó la actividad botánica de Caldas. Posteriormente obtuvo la colaboración de un dibujante quiteño, Mejía, y con comprensión y talento admirables equiparó sus láminas a las pintadas por los demás miembros de la Expedición. Es curiosa la taxidermia de que se valió para fijar sus observaciones ornitológicas, haciendo, como él dice, *Un herbario de aves*, es decir, disecando, entre papeles, como si se tratara de plantas, la cola, las alas y las demás porciones del animal que pudieran mejor prensarse y desecarse.

Los intereses de la Expedición más atendidos por Caldas en el Ecuador fueron el estudio de las quinas y la crítica de las actividades de los botánicos peruanos. En uno y otra Caldas se identificó con Mutis y se hizo su defensor, no sólo por justicia, sino también por patriotismo. La comunicación entre los dos sabios se fué haciendo cada vez más estrecha y su correspondencia sólo sufría las interrupciones causadas por las afecciones de su salud.

En 1804 Mutis manifestó sus deseos de que Caldas se trasladara a Santa Fe. Por las cartas del payanés podemos seguir su trayectoria. El 28 de abril de 1805 se halla en Pasto. El 5 de junio está en Popayán reponiéndose del paludismo que había contraído en una exploración al camino de Malbucho. Viaja a Cali, recolectando la Flora del Valle del Cauca por el mes de agosto. En diciembre debió llegar a Santa Fe, cuando a las puertas de la Casa Botánica golpeó, peregrino de largos derroteros, y presentó al anciano que salió a recibirle dieciséis cargas de materiales científicos: herbarios, dibujos, eptipos, minerales, manuscritos. En febrero de 1806 ya está posesionado del Real Observatorio de San Carlos, que Mutis le había entregado con el ademán de quien abre a un espíritu insaciable de saber, la puerta de las constelaciones.

La historia de la Expedición, después de la muerte de Mutis, está íntimamente ligada a las actuaciones de Caldas y por eso hablaremos de ellas más adelante.

El año 1810 transformó el escenario de la Nueva Granada. En 1812, el Presidente A. Nariño obliga a Caldas a dejar el Observatorio y a marchar como coronel de Ingenieros Militares, con el ejército del general Antonio Baraya que debía reducir a la obediencia de Cundinamarca las provincias del Norte. La división, por mociones en que Caldas tuvo acción preponderante, se volvió contra los que habíanla enviado. Atacó a Bogotá y fué derrotada en enero de 1813. Huye Caldas al Sur; regresa a Antioquia como militar al servicio de las fuerzas emancipadoras. En 1816, dominando Morillo a sangre y fuego a los patriotas, Caldas fué sentenciado a muerte y ejecutado el 29 de octubre.

De la vida del P. Franciscano fray Diego García, cartagenero, poco sabemos. Era cura de Río Seco y desde allí dirigió al arzobispo virrey su primer informe naturalista a 26 de septiembre de 1783. Demoraba en Guaduas cuando Mutis lo conoció y lo atrajo a su colaboración. A él se debió, más que a ningún otro, la amplitud geográfica de la empresa mutisiana y al mismo se deben atribuir muchos datos y ejemplares de localidades distantes, entre todo el hallazgo del canelo y de la cochinilla, que descubrió en Ocaña. Es conocido, sin embargo, que retirado de la expedición el P. García, dentro del claustro y desde lejos, como siempre había servido, fomentó el patriotismo popular, el cual, por ser en sus comienzos martirio, necesitaba vigorizarse en principios religiosos.

En 1792 usaba este título: *Fray Diego García del Orden de mi Santo Padre San Francisco, Predicador General del Número, Vicecomisario de los Santos Lugares de Jerusalem, Cura Rector Interino, Vicario, Juez Ordinario Eclesiástico y Comisario del Santo Oficio de la Inquisición de la ciudad de Zaragoza.* (**Arch. Nac. de Colombia. Secc. Curas y Obispos.** Tomo 18., fols. 428 a 429 y 436 a 437.)

Estos títulos pudieron ser un efecto de la solicitud que hizo el arzobispo virrey por su comisionado de quinas, quien parece no era

tan atendido por los prelados de su orden. Hoy ella se honra con su memoria esclarecida (30).

Jorge Tadeo Lozano, coetáneo de Caldas, pues nació como él en 1771, y a quien las biografías dan como primer título el de brigadier, tiene otros más brillantes ante la cultura colombiana. Estudió filosofía en el Colegio del Rosario; en España estudió Química y pasó a la corte para hacer la carrera de las armas como guardia de Corps. Al Nuevo Reino regresó en 1797 y se dedicó a las ciencias naturales en su hacienda de «Novilleros». Debió ser, en 1801, cuando Lozano fué agregado a la expedición como encargado de las investigaciones y recolecciones zoológicas, a su propia cuenta, con sólo la ayuda del local y de un dibujante. Entonces preparaba su **Fauna Cundinamarquesa** y sus **Memorias sobre las serpientes y el hombre.**

La categoría social y económica de Lozano, hermano del Marqués de San Jorge, joven, fogoso y brillante orador, lo llevaron a los primeros puestos directivos de la revolución, que eran también los de mayor peligro. Fué Presidente de Cundinamarca (1811), editor de un periódico político que se llamó **El Anteojo de Larga Vista** y, finalmente, redactor de la Constitución que se expidió el 30 de marzo de 1811, la cual hizo de Cundinamarca una seudomonarquía donde Fernando VII debía ser el soberano si se trasladaba a Santa Fe.

El 6 de abril de 1816, en la antigua Huerta de Jaime, después Parque de los Mártires y hoy paradero de buses intermunicipales, Lozano fué fusilado junto con otros patriotas distinguidos. Dejó diez hijos y esposa, la que años después contrajo matrimonio con don José Joaquín Gómez Hoyos, natural de Marinilla.

La vida intachable de Salvador Rizo Blanco, que era un moreno momposino, o según otros, ocañero, mayordomo de la Expedición, siempre digno, siempre honesto, siempre eficaz, merecería de parte de los historiadores más cuidadosa atención. Desde luego debe analizarse su condición como pintor, en la cual se le ha parangonado con Matis.

El dibujante de Guaduas fué mejor conocido por su longevidad, que lo llevó a servir de puente entre la Expedición de Mutis y la de Rivero contratada por Zea; por su conexión con Humboldt, a quien acompañó en sus excursiones bogotanas, suministrándole los nombres de las plantas que encontraban. Pero si consultamos la correspondencia del director de la Expedición, en quien los juicios sobre sus subalternos eran algo mudables, hallaremos, por ejemplo, que al encomendar a Rizo el dibujo de la *Myristica Otoba*, Mutis le advierte que dé él mismo el color de las flores, pues si la coge Matis «la pifia». Rizo mantuvo correspondencia con Cavanilles, quien le dedicó el género *Rizoa* (31).

Guardián honrado de los bienes de Mutis y celoso cumplidor de sus deseos, fué Rizo el encargado de redactar su testamento, lo que le acarreó no pocas contrariedades con antiguos colegas y pleitos con la justicia virreinal.

En 1813 el Presidente y el Congreso de la recién nacida república de Colombia debieron reunir fondos y tropas para ponerlos a órdenes de Bolívar. Entre esa brillante juventud se enroló, como proveedor del Ejército, Salvador Rizo, así por patriotismo como desengañado de emulaciones. La reacción pacificadora lo sorprendió en el norte, luchando por la independencia de Venezuela, y lo condenó a muerte. Fué fusilado en la plaza de San Francisco—el mismo sitio donde sucumbiría Caldas—el 12 de octubre de aquel año tétrico de 1816. Dejó numerosa familia.

Dice Florentino Vezga hablando de Rizo:

El valor que había demostrado en las batallas venezolanas no le abandonó en la hora del suplicio. Sus bienes fueron confiscados y su esposa e hijos quedaron en la miseria. Era alto, sanguíneo, de color moreno, cabello negro y crespo, ojos pequeños, negros y muy vivos.

Tal era el servidor inigualable de Mutis, el que le libraba del asco de manejar dinero, el maestro de los demás pintores para adaptarlos al estilo preferido por el director; el profesor en Mariquita y en Santa Fe de la niñez que un día debería hacer totalmente neogranadina la obra iconográfica de la expedición, si las cosas hubieran sucedido del modo como Mutis las soñaba (32).

Fallecido el sabio Mutis, la responsabilidad de la parte botánica de la Expedición gravitó sobre los hombros de Sinforoso, su sobrino. El cumplió con esos deberes hasta el último momento, en lo que está su mérito ante la ciencia. Pero también los historiadores de nuestra contienda libertadora tienen que reconocer que Sinforoso fué, entre todos los hombres de la expedición, el que más definidamente y más prematuramente, y con menos vacilaciones abrazó la lucha por la nueva patria.

Quizás sea extraño esto en la familia de J. C. Mutis, el servidor perfecto de su rey. Pero no lo es si se considera que Sinforoso tenía en sus venas sangre gaditana, que no se desmiente ni en la lucha ni en la libertad.

Fuera una exageración presentar a los hombres de la Expedición Botánica como autores todos de la segunda guerra de la independencia de Colombia, o a ésta como la obra de los que en ella actuaron. Lo seguro es que el espíritu de Mutis, su prestigio, la elación mental que él determinó de muchas formas y con el peso de toda su vida, fué un motor de este movimiento que estalló en 1810 y que fué sofocado por la crueldad de Morillo. Entre el marino zamorano y el sabio gaditano se podría hacer un parangón elocuente y de profundas enseñanzas.

---

(30) Fué el P. fray Diego García quien procuró y remitió las semillas de la canela de los Andaquíes, tan codiciadas por Mutis y tan historiadas por sus biógrafos, acompañándolas con un dibujo que se conserva en Madrid. De estas semillas se hizo la siguiente repartición: a don José d'Elhuyar para sembrarlas en el real de Santa Ana; al capitán del Regimiento Auxiliar de Santa Fe, don Juan Agustín Falquez, para sembrarlas en el valle de Guaduas; a Mr. Alberto Boc para sembrarlas en su hacienda de añil en Lumbi. Y añade Mutis: *Las restantes las siembro hoy en mi huerta.*

Las sembró y vigiló, día a día, su germinación desde el 15 de agosto al 27 de septiembre de 1786.

El 3 de julio de 1787 el arzobispo virrey desde Turbaco, comunica a Mutis la satisfacción del rey por el hallazgo de la canela.

(31) En el Museo Nacional de Historia, en Bogotá, se conserva (1953) con rótulo de Eloy Valenzuela, el retrato de un clérigo vestido a la francesa, de nariz recta, pelo rubio, casaca con cuello y bocamangas de terciopelo, camisa plisada, quien tiene delante el dibujo de una planta titulada *Rizoa* y se ocupa en proseguir su descripción. Tal retrato, según documentos hallados recientemente, no es del botánico gironés, sino de A. J. Cavanilles. Este fué el descubridor de la *Rizoa* y el único a quien importaba este hecho era Rizo. Cavanilles publicó la *Rizoa* en los **Anales de Ciencias Naturales,** enero 1801, n.º 7, junto con un dibujo exacto al que aparece en el retrato, y dejando constancia de que la dedica al mayordomo de la Expedición del Nuevo Reino. Existe, además (Arch. de Cavanilles, ljos. 10, carpeta 5, y ljo. 45, carpeta 3), cartas de Rizo y de Sinforoso Mutis para Cavanilles, relatándole el gozo con que Rizo recibió su retrato y que de él sacó copia de medio cuerpo. El género dedicado a Rizo, y de que tan satisfecho debía estar el mayordomo meritísimo, no resultó válido, como lo hacen constar el **Pflanzereich,** al tratar del género *Satureia*, y el **Index Kewensis,** porque ya la misma especie había sido descrita por Hipólito Ruiz y José Pabón en su **Systema Vegetabilium Florae Peruvianae et Chilensis,** *Tomus Primus*, publicado en Madrid en la imprenta de Gabriel de Sancho el año 1798. Los botánicos peruanos habían dado a tal especie el nombre de *Gardoquia multiflora*, citándola como descrita en el tomo 4 de la **Flora Peruviana et Chilensis.** Su descripción en el *Systema*, pág. 149, es muy somera: *Planta suffruticosa, biulnaris (odore Pulegii)*, es decir, planta medio arbustiva, de dos codos de alto, con olor a poleo. La caracterización de Cavanilles es algo más explícita.

(32) La correspondencia íntima de Rizo nos revela su grado de cultura literaria, menos que regular. Escribiendo a Matis, el 29 de marzo de 1794, quien andaba fuera de Santa Fe recolectando plantas y de las cuales había enviado algunas cuya novedad había contribuído a despejar las penalidades de Mutis, le dice Rizo estas frases:

Le prometo a Vmd. que nos estamos llenos de un gran gusto mutuamente los dos, Vmd y yo. Yo no hago más que participar a Vmd. el gusto que recibe el Sr. Dr.....; pero yo soy el que participo la mayor parte de este gusto, de tal modo que me llena de gozo y me complazco solo viendo a nuestro Gefe y Sr. tan contento, de modo que con las plantas que Vmd. mandó es un excelente antídoto para las melancolías y flatos que Vmd. ya sabe que incesantemente padece con que ya puede Vmd imaginarse cuan grande será mi gusto que verdaderamente resulta en alibio mío, porque yo padesco en ver padeser a este Sr. que quisiera tener poder para hacerlo inmortar motibos que Vmd y yo también porque asido y asta la muerte será nuestro padre.

Archivo Nac. de Bogotá. Historia República, tomo 3, fols. 630 y 631.

CAPITULO XXXI

LOS MAESTROS PINTORES

Mirabar valde quum icones tuos viderim, quod in America pictores excellentissimos habere possis, europaeis superiores.

BERGIUS, en **Carta** a Mutis.

Treinta y ocho artistas, tal vez cuarenta, pusieron sus pinceles y su alma en las láminas de la Expedición Botánica, número de pintores que seguramente sobrepasa al de cualquiera empresa similar que haya existido en el mundo. Para Mutis la pintura constituía la base de su obra: es más fácil caracterizar y reconocer una planta nueva en un dibujo que en la más minuciosa descripción. A ello obedeció el giro que dió a su labor científica. Primero dibujos fieles, cuidadosos, exhaustivos; luego vendrían las descripciones detalladas. Fué fatal para el éxito inmediato de su obra que la vida y la salud no le permitieran llegar al término que había prefijado a sus planes ambiciosos.

Al arzobispo virrey de Santa Fe escribía en enero de 1789: *Con conocimiento de las muchas plantas enteramente nuevas, de otras mal determinadas, y de muchísimas imperfectamente conocidas, cuya ilustración es objeto de esta obra Regia, previ la necesidad de muchos operarios que yo formaría en este género de pinturas y manejaría a mi modo... Sin detrimento de la gloria debida a Hernández, Plumier, Siloan, Catesby, Barrière, Brorn, Jacquin, y últimamente al infatigable Aublet, todas sus obras (a excepción de las del ilustre Jacquin por lo común) necesitan retocarse. Sus imperfectísimas láminas nada satisfacen al gusto sublime del* **iconismo** *del día... Si el gusto botánico del día prueba evidentemente la necesidad de cierto lujo, con tal que no degenere en el extremo de irse copiando mutuamente; saliendo cada día más ilustradas las Plantas del Antiguo Mundo, vistas y examinadas por centenares de años, ¿cuánto probará la importancia del trabajar bien de una vez y por partes la inagotable Botánica del Nuevo Mundo?... Si mi pasión no me engaña..., si mi discernimiento sobre el mérito* (de mis láminas) *no desmiente mi juicio: puedo prometerme que la Lámina que saliese de mis manos no necesitará nuevos retoques de mis sucesores; y que cualquier Botánico en Europa hallará representados los finísimos caracteres de la fructificación* (o floración en la terminología mutisiana...), *sin necesidad de venir a reconocerlos en su suelo nativo.* Esa es la clave de su obra científica, que a veces no se ha logrado entender.

Buscó a sus artistas en el medio en que vivía: en Nueva Granada. Y cuando ellos fueron insuficientes, acudió a la Academia de San Fernando de Madrid y a la aventajada escuela pictórica de Quito. Y una vez conseguidos, él, personalmente, los formó en el dibujo botánico, inventó los colores que habrían de necesitar, y los asistió continuamente hasta lograr el prodigio de sus icones inmortales. *¡Cada Lámina me cuesta mil suspiros!*, escribió al repasar complacido los primeros números de su colección. El preparaba el material que copiarían los pintores, escogiendo una rama bien florecida que había de conservarse fresca hasta la terminación del dibujo. Leemos en uno de sus diarios: *Como han llegado los herbolarios Roque y Esteban con muchas y no comunes plantas, he puesto en agua los mejores ejemplares para la sucesiva formación de las láminas, haciendo lo que acostumbro en tales ocasiones: esto es, se delinea toda la planta, se hace la anatomía de la fructificación, y quedan pintadas dos hojas una al derecho y otra al revés; aunque de algunas para ganar el tiempo se dejará de hacer esto último conservándolas en agua.* ¡No por simple título de pertenencia se las ha denominado **láminas de Mutis!**

Hablando del taller de sus artistas pudo decir con orgullo: *Es ciertamente una cosa nunca vista en América, en donde no han precedido exemplares que imitar, mantener una oficina tan bien ordenada y servida al fin del año como al principio; en que diariamente se trabajan nueve horas, las más que permiten las once o hasta doce de claridad según las estaciones del año; en que se guarda un profundo silencio, y cada oficial atento a su labor no escucha otra voz que la de su Director.*

Mutis fué lo suficientemente perspicaz para prever que sus amplios designios de hacer dibujar detenidamente cada planta y dotarla luego de una minuciosa descripción literaria, iban a perjudicar la tan ansiada prioridad de los sistemáticos de entonces, que sigue también apasionando a los de ahora... Pero a la vanidad natural de todo descubridor, se sobrepuso en él la ambición científica de hacer una obra grande y definitiva. En memorial al virrey, en agosto de 1790, escribió: *Regularmente los autores... han seguido el camino de publicar sus* **Prodromos** *como anuncio de mayores obras; pero no habiendo en esto otra ley que la sugerida por el deseo de asegurar la época de su descubrimiento en los tiempos anteriores hasta la mitad del presente siglo, sospecho que en los actuales en que se multiplican a competencia los viajes y se recogen plantas de todo el Globo, resultarían a la Botánica no pequeños perjuicios de tan precipitados anuncios... Siendo incontestable la época de mi viaje, pospondré la gloria pasajera de descubridor primitivo, si la disputaren, a la real y sólida de presentar láminas bien acabadas, con algunas observaciones que se ocultan a los viajeros transeuntes, procurando dirigir mis tareas al verdadero progreso de la ciencia.* ¡Para entender toda la trascendente grandeza de la obra mutisiana hay que enfocarla así!

La Expedición comenzó en 1783 con un solo pintor. En Mariquita, durante los siete años y medio que allí permaneció, fueron siempre pocos los oficiales: a fines de 1789 eran ocho. Y para agosto del año siguiente, según Mutis, se habían concluído poco más de 600 láminas y otros tantos diseños en negro. En cambio, en Santa Fe, contó invariablemente la Expedición con trece a diez y nueve pintores simultáneos, y logró terminar algo mas de 4.000 láminas nuevas.

Todos los pintores de la Expedición Botánica fueron americanos. Mutis quiso adelantar su obra científica con los nativos de la colonia lejana, y para darles conciencia de su valer, en una época tan poco propicia al reconocimiento de sus dotes naturales, insinuó que junto a su obra artística quedara orgullosamente consignada su procedencia americana. Con emoción se puede leer junto a los nombres desconocidos de aquellos criollos la sigla significativa *americanus pinxit! Espero* — escribía en 1789 a don Francisco Martínez de Sobral — *que verá la Europa sabia una obra, sin poder persuadirse que tales ejemplares se han trabajado en América.*

Podemos reconstruir la nómina completa de los artistas botánicos basándonos en la firma que estamparon en gran número de láminas (cerca de la cuarta parte de la colección total); en la indicación que en muchas otras se hace del autor del dibujo; en los recibos firmados por los pintores al percibir su sueldo, que se conservan en el Archivo Nacional de Bogotá, y, por último, en la Resolución del virrey Amar y Borbón en 1809, en que se reseñan los oficiales que existían a la muerte de Mutis, con el fin de conservarlos en su oficio.

Señalo entre paréntesis la época de permanencia en la Expedición de cada uno de los pintores.

LOS PRIMEROS PINTORES NEOGRANADINOS

1. **Pablo Antonio García** (29 de abril 1783 a 15 de diciembre 1784), era santafereño. Nació en 1744 y murió en su ciudad natal en 1814. Fué el primer pintor que tuvo la Expedición al ser inaugurada el 29 de abril de 1783, pero desde antes de ser fundada había acompañado a Mutis. Tuvo que retirarse pronto por falta de salud.

García fué discípulo en pintura del célebre maestro santafereño Joaquín Gutiérrez, y cultivó con éxito la pintura religiosa y el retrato:

su mejor obra, en esta parte, es el cuadro de Mutis, que se conserva en la galería del Colegio del Rosario, en Bogotá. Llegó a ser pintor de cámara del arzobispo virrey de Santa Fe.

Cien láminas llevan su firma en la iconografía, casi en su totalidad iluminadas en color. Mutis lo estimó grandemente, y con manifiesta exageración cariñosa escribió alguna vez que García no había sido igualado por ninguno de sus pintores. Un juicio imparcial sobre sus láminas tiene que reconocer que son muy inferiores a las de los artistas posteriores. Es exacto el dibujo, pero débil el modelado y bastante pobre el colorido.

2. **Francisco Javier Matis** (diciembre 1783 a 1816), era natural de la villa de Guaduas, cercana a Honda. Debió nacer hacia 1763, ya que en un testimonio juramentado rendido por él en 1817 «*dijo ser de edad de cincuenta y cuatro años*». Murió casi nonagenario, en Bogotá, el 5 de noviembre de 1851.

Entró muy joven a la Expedición Botánica, y en ella permaneció hasta 1816, cuando las labores pictóricas se terminaron por fuerza mayor: en una lámina de Laurácea hay una anotación suya firmada el 13 de junio de ese año. Fué no solamente pintor, sino también colector de plantas y botánico sistemático. Por los años de 1794 y 1798 estuvo herborizando en Muzo y en los montes de La Mesa, Fusagasugá, Tocaima, Cunday y Tena. Y a la par que recogía plantas las iba diseñando, para después completar la lámina en el taller de Santa Fe. Suyas son todas las «anatomías» o detalles de la flor, que servirían para caracterizar convenientemente las especies.

Decía de él don Jorge Tadeo Lozano, en un informe sobre las labores de la Expedición: *No pasaré en silencio el mérito del pintor don Francisco Matis, encargado de las anatomías de las plantas, y tan diestro botánico práctico que apenas hay un vegetal que escape a su conocimiento.* De Humboldt, en carta de 1803 a Willdenow, es la frase consagratoria: *Matis le prémier peintre des fleurs du monde et un excellent botaniste.* Los penosos años de su larga ancianidad los pasó en suma pobreza, en una casita retirada de Bogotá, en donde había establecido una escuela de botanica y dibujo, desde la cual salía a herborizar con sus discípulos por los montes orientales de la Sabana de Bogotá. Es conmovedor el episodio que narra el botánico Bayón, quien en los pasos difíciles cargaba sobre sus hombros al anciano, que excursionaba para indicarle los géneros de las plantas que crecían en las montañas. El gran Triana recuerda también, agradecido, las lecciones recibidas de Matis. Su temerario valor al hacerse morder de una serpiente en Mariquita, para probar el poder antiofídico del *guaco*, está narrado por él, ingenuamente, en el único escrito científico suyo que se conoce.

La obra identificada de Matis es la mas numerosa de la iconografía, ya que fué él también el que más tiempo la sirvió: treinta y tres años. Doscientas dieciséis láminas llevan su firma, y de otras 70 más sabemos que son también suyas, entre las cuales se encuentran casi todos los musgos. La mayoría están en color. Su arte pictórico es excelente: exquisita elegancia, vivacidad de colorido, gracia en la expresión. Desafortunadamente existen no pocas mal logradas, que acusan un notable descuido en su ejecución.

3. **Salvador Rizo** (abril 1784 a 1811), es la figura humana más notable de la Expedición después de Mutis, a quien ella debe buena parte de sus éxitos. Era originario de Mompox, y entró a servir a Mutis recién fundada la Expedición. Al poco tiempo lo encontramos de *mayordomo*, ocupándose de la parte económica de la empresa, cargo que desempeñó durante toda su permanencia en ella. Fué el colaborador predilecto de Mutis, quien depositó tanta confianza en él que, al morir, le confió el poder de testar en su nombre.

Ese prodigio artístico que es la **Flora de la Nueva Granada** se debe en gran parte a su buen gusto, a su cariño por la empresa gloriosa, a su entusiasmo siempre sostenido. Ya que él fué el director constante de los demás pintores, y como dice Mutis *el que cuidaba de la exactitud del dibujo y colorido de las láminas*. Para proveer de artistas a la Expedición abrió una escuela de dibujo, primero en Mariquita con escaso éxito, y después en Santa Fe, en donde los frutos fueron copiosos. Allí se formaron los últimos pintores de la expedición, algunos de ellos dignos de figurar entre los mejores con que contó en su larga vida.

Muerto Mutis, algunos de sus compañeros y varios familiares del sabio, hicieron blanco de sus ataques y de su envidia a Rizo. Y al ver éste languidecer la Expedición; que el desorden y la desidia se apoderaban de sus labores, y que la ruina era inevitable, se retiró discretamente en 1811 y se alistó en las filas del ejército libertador. Murió pasado por las armas en Santa Fe el 12 de octubre de 1816.

Rizo fué esencialmente pintor botánico, aunque cultivó también el dibujo: a él se atribuye un buen cuadro de Mutis que se conserva en el Observatorio Astronómico de Bogotá, y suyo es el de Cavanilles estudiando la *Rizoa*, muy conocido, y que hasta ahora se había supuesto ser de don Eloy Valenzuela. En la iconografía se conservan 141 láminas con su firma, casi todas en color y no pocas de gran tamaño. Su obra pictórica es desigual: al lado de excelentes ejemplares hay muchos que no pasan de la medianía. Se adivina que las múltiples tareas de dirigir los pintores y administrar económicamente la Expedición, le impedían el acabado total de sus propias tareas pictóricas.

4. **Pablo Caballero** (febrero a marzo de 1785), era natural de Cartagena de Indias. Fué persuadido por el arzobispo virrey a que subiera a Mariquita para trabajar al lado de Mutis, que sólo contaba entonces con dos pintores para las múltiples plantas que cada día iba descubriendo. Sin embargo, su actividad en la Expedición no pasó de un mes. Escribía Mutis: *El Arzobispo... a su llegada a Cartagena redujo al Apeles de América para que trabajase bajo mi dirección siquiera un año. Se me frustró el gusto por haberle probado mal este clima; ni era fácil en su edad llevar el peso de una tarea tan tirante.*

Caballero era sin duda un gran artista: en la pintura religiosa tiene cuadros admirables, como la *Concepción* que se guarda en la sacristía de la catedral de Bogotá. Se le ha considerado como el mejor pintor neogranadino del siglo XVIII. A pesar de ello, su labor en la Expedición no fué feliz: las cuatro láminas suyas que se conservan, firmadas y fechadas en febrero y marzo de 1785, son de bien modesta ejecución.

LOS PINTORES QUITEÑOS

La ciudad de Quito, cabeza de la capitanía del mismo nombre, dependiente entonces del virreinato de la Nueva Granada, y hoy capital de la República del Ecuador, logró en la época colonial un arte propio, que la hizo notable en el panorama de la América meridional. Su arquitectura preciosista tuvo su más alta creación en la iglesia de la Compañía. Su imaginería religiosa labró admirables tallas en madera (las llamadas «quiteñas») que hoy son joyas de nuestras iglesias antiguas. Y sus innumerables pinturas circulaban por todas las provincias.

A Quito dirigió Mutis su mirada en busca de los pintores que su grande obra requería, y que no se encontraban en el medio aletargado de la Nueva Granada. Gestiones oficiales del ilustrísimo señor Caballero y Góngora, primero ante el Presidente de la Real Audiencia de Quito, don Juan José Villaluenga y Marfil, y después ante el fiscal del Nuevo Reino, don Juan Antonio Mon, obtuvieron para la expedición diez artistas, que fueron llegando sucesivamente en *tres cuadrillas*, según la frase de Mutis. Un recuerdo emocionado merece el maestro don José Cortés y Alcocer, que envió a tres de sus hijos al lado de Mutis, y después le procuró nuevos pintores.

Anticipemos que la obra pictórica de los quiteños fué excelente casi en su totalidad. Siempre exquisita delicadeza del tratamiento, fidelidad en el retrato de las plantas, gracia en la presentación del modelo, seguridad en el dibujo, opulencia en el modelado y suavidad en el colorido jugoso. Sólo uno de ellos, Roales, se ejercitó casi exclusivamente en el dibujo a tinta, y no llegó a la altura de sus compañeros.

A fines de junio de 1787 se presentó en Mariquita el primer grupo de quiteños, compuesto de cinco pintores, los cuales comenzaron a trabajar a principios de julio. Eran ellos:

5. **Antonio Cortés y Alcocer** (julio 1787 a julio 1798), permaneció al lado de Mutis doce años. Aun cuando deseó luego regresar a su país, se radicó definitivamente en Santa Fe, en donde murió en 1813. En los últimos años de su vida se dedicó al comercio, pero sin olvidar la pintura, en la que siguió teniendo éxito muy halagador: Humboldt elogió como excelente un retrato que a él le tomó.

Si interpretamos como suyas no solamente las láminas que ostentan su firma completa, sino también las marcadas con las leyendas «Cortés», «Cortés 1.°» y «Cortés M» (¿Mayor?), su obra identificada asciende a 72 icones, la mayoría en color y en su totalidad de exquisito arte.

6. **Nicolás Cortés y Alcocer** (julio 1787 a julio 1816), fué de los tres hermanos Cortés el que más tiempo sirvió a la Expedición. Tuvo una separación temporal en 1798, pero pronto se reintegró al lado de Mutis, para no abandonar ya sus pinturas botánicas hasta su muerte en julio de 1816. Son pocas sus láminas firmadas: en total 23, que sobresalen por el minucioso cuidado de la ejecución. Es evidente que su labor en la iconografía tuvo que ser copiosa, por los muchos años que a ella le dedicó. No conviene perder de vista que la mayoría de los pintores botánicos dejaron sus nombres sólo en algunas de las láminas que ejecutaron.

7. **Antonio Barrionuevo** (julio 1787 a noviembre 1817), era natural de la ciudad de Quito, y entre los quiteños fué el que sirvió más largo tiempo a la Expedición: treinta años. Treinta y tres magníficos icones nos quedan con su firma. Suyas fueron también las láminas zoológicas que debían ilustrar la **Fauna Cundinamarquesa** de don Jorge Tadeo Lozano, quien afirmaba en 1806 que tenía lista la «Primera Centuria» de descripciones, con los dibujos de Barrionuevo.

8. **Vicente Sánchez** (julio 1787 a abril 1795), estuvo ocho años en la Expedición y de su trabajo se conservan identificados 40 icones en color, todos ellos perfectos. Pintó sobre todo Orquidáceas y Melastomáceas. Es posible que haya firmado todas las láminas por él ejecutadas.

9. **Antonio de Silva** (julio 1787 a fines de 1790), aparece sólo con 10 laminas, iluminadas, pero ellas son suficientes para mostrar la perfección de su pincel. Se conservan los recibos de sus sueldos que llegan hasta fines de 1789. Parece cierto, por una carta de Mutis, que sólo un año más tarde fué retirado de la Expedición.

El segundo grupo de artistas de Quito vino en 1780. En agosto de ese año llegaron los dos pintores que lo componían a Popayán, y probablemente hacia el mes de octubre empezaron a trabajar en Mariquita.

10. **Francisco Javier Cortés y Alcocer** (1790 a julio 1798), estuvo cerca de ocho años en la Expedición: se separó de sus hermanos en 1798 y regresó a Quito, siendo el único de los quiteños que volvió a su patria. De sus láminas sólo nos quedan 15 con su firma, pero todas magníficas.

11. **Francisco Escobar y Villarroel** (1790 a 1817), natural de Quito; por su obra copiosa y esmerada es uno de los más egregios pintores de la Expedición, en la cual permaneció hasta su clausura en noviembre de 1817. Hombre de grandes recursos artísticos supo imprimir un sello de perfección singular a las 89 láminas que llevan su nombre. Para evitar confusiones en la interpretación de sus icones, conviene notar que unas veces firma *Francisco Villarroel*, o *Villarroel* simplemente, y otras *Francisco Escobar*.

Los tres pintores que formaban el tercero y último grupo de quiteños llegaron, en junio de 1791, directamente a Santa Fe. Desde principios del año había quedado instalada allí la Expedición por orden terminante del virrey Ezpeleta, que interpretando mal o excediendo los términos de una comunicación venida de España, truncaba los planes que Mutis se proponía en Mariquita. En efecto: acusaciones que contra él llegaron a la corte, decidieron a la Mesa del Consejo de Indias disponer que el virrey llamara a Santa Fe a Mutis, para que diera cuenta por escrito de los trabajos de la Expedición. Esa disposición, y el haber cesado la recolección de la quina, que motivó en parte el establecimiento de la Expedición en Mariquita, vinieron a cambiar el rumbo de la empresa mutisiana. Los nuevos pintores eran:

12. **Mariano de Hinojosa** (junio 1791 a 1817), natural de Quito, que dejó con su nombre 83 láminas, tan perfectas como las de sus compatriotas que he reseñado. La mayoría son en color. Terminada la Expedición, Hinojosa se radicó definitivamente en Santa Fe y allí estableció una escuela de pintura que fué muy frecuentada, gracias a la fama de excelente miniaturista de que gozaba el director.

13. **José Manuel Martínez** (junio 1791 a 1817), era originario de la ciudad de Quito, y nos dejó 103 láminas con su nombre. A mi juicio él y Villarroel son los pintores quiteños que rayaron más alto. En Martínez sobresale el colorido atrayente y la artística presentación de los modelos.

14. **Manuel Roales** (junio 1781 a 1801), fué casi exclusivamente dibujante a tinta. De sus 34 icones sólo uno está en color. Ciertamente es inferior a sus compañeros de Quito; pero creo sinceramente —a pesar de la apreciación contraria de Mutis, predispuesto sin duda contra él por los disgustos que le causó — que su obra no desdice del conjunto de la Flora de la Expedición. Vivió en sus últimos años en Santa Fe, en extremada miseria.

LOS PINTORES DE ESPAÑA

Cronológicamente fué anterior al ingreso en la Expedición Botánica de los cinco últimos quiteños, el de los dos pintores enviados por España. Desde la fundación de la Expedición había pedido Mutis al arzobispo virrey *se suplicase a Su Majestad se digne remitirme de la Corte otro u otros dibujantes de reconocidos talentos y destreza para desempeñar esta parte, siendo tan copioso el número de plantas nuevas que muchos dibujantes no quedarán ociosos en algunos años.*

La súplica no obtuvo pronta solución. Sólo en octubre de 1788 se presentaron en Mariquita dos pintores de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que enviaba Madrid. Desafortunadamente fueron un fracaso: Calzado murió pronto, después de llevar en Honda y Mariquita una vida poco regular, y *sin haber dado una pincelada en el Real Servicio*, y la labor de Méndez fué muy precaria. No incluyo entre los pintores de la Expedición a Calzado por no haber trabajado en ella, aun cuando nominalmente, como miembro suyo, percibiera el sueldo correspondiente.

15. **Sebastián Méndez** (octubre 1788 a enero 1790), era peruano y había nacido en Lima. Cerca de diez años tenía de residencia en España y había sido discípulo de Mariano Maella. El mismo solicitó que lo enviaran a Mariquita y dijo en su petición *que se ha exercitado y se exercita (en la pintura) con aplicación y esmero que es notorio y se certifica con seis muestras de dibujos de flores*. En enero de 1791 fué enviado por Mutis a Santa Fe, en donde el virrey necesitaba un pintor para copiar el Salto del Tequendama. En junio de ese año, y a petición de Mutis, el gobierno del virreinato separó a Méndez de la Expedición y lo obligó a *embarcarse inmediatamente para Cartagena, de donde lo hará para España*. Se conservan dos láminas, de escaso valor, con su firma; según Mutis, hasta febrero de 1790, o sea en año y medio, sólo había trabajado ocho láminas.

LOS PINTORES DE POPAYAN

Popayán, situada hacia el sur de Colombia, era y es una ciudad que se enorgullece de su marcado ambiente español, y que en tiempos de la colonia estaba habitada por una sociedad selecta y ostensiblemente nobiliaria. Ciudad culta, vió florecer en su seno el arte, patrocinado por mecenas comprensivos. Allí no escasearon en los tiempos coloniales los pintores de mérito, y Mutis tuvo la satisfacción de recibir en la Expedición a cinco artistas payaneses. Ciertamente la obra dejada por ellos no es relevante, pero algunos dejaron láminas que pueden parearse con las mejores de la Flora.

16. **Manuel José Xironza** (1791 a agosto 1796), era artista muy apreciado en su ciudad natal, y Mutis lo llamó en alguna ocasión *el Maestro de Popayán*. De su obra, en los cuatro años largos que sirvió a la Expedición, nos quedan identificados dos icones de excelente calidad.

17. **Félix Tello** (1792 a 1799), tiene 10 láminas firmadas, todas en color y de buena factura. Su permanencia en la Expedición fué interrumpida por viajes a su tierra natal.

18. **Nicolás José Tolosa** (1795 a febrero 1799), es conocido únicamente por los recibos de sus sueldos. Cuatro años sirvió a la Expedición, pero su nombre no figura en ninguna lámina.

19. **José Antonio Zambrano** (1796 a marzo 1798), dejó una lámina en negro con su nombre.

20. **Valencia** (1796 a 1797), es pintor botánico, cuyo nombre desconocemos, y cuya existencia nos la revela el recibo de su sueldo, firmado por sus compañeros de taller, ya que al año de pertenecer a la Expedición desertó de ella.

LOS NUEVOS PINTORES DE SANTA FE

21. **José Joaquín Pérez** (1792 a 1817), era natural de Santa Fe, y acompañó a la Expedición veinticinco años, hasta su supresión. Siempre con sueldo bajo, pues era dibujante exclusivamente a tinta; pero en ese género de diseño es fácilmente el mejor artista que tuvo la Flora de Bogotá. Sus 130 icones firmados son admirables por su exactitud; a veces emplea el sepia para sombrear, y con ello sus láminas resultan tan llamativas como las correspondientes en color.

22. **José Camilo Quezada** (1798 a 1811), era originario del Cauca, y en la Expedición ejecutó una larga labor. Solamente 37 láminas ostentan su nombre, pero todas ellas espléndidas. Debió gozar de especial estimación entre sus compañeros, ya que dos de los nuevos Géneros que proyectaban establecer los hombres de la Expedición estaban a él dedicados: *Camilea* y *Quezadea*.

23. **Pedro Advíncula de Almanza** (1798 hasta después de 1810), dejó con su nombre 92 láminas, que merecen figurar entre las mejores que produjo la Expedición Botánica. Fué miniaturista y dibujante en negro, casi por partes iguales.

24. **José Manuel Domínguez** (1798 hasta antes de 1806), dejó con su firma una bellísima lámina que representa la *Espeletia argentea*.

25. **Francisco Manuel Dávila** (1798 quizás hasta 1799), nos es conocido únicamente por el recibo de su salario.

LOS OFICIALES PINTORES PRINCIPIANTES

Mérito no escaso del mayordomo Rizo fué el haber formado en la escuela gratuita de dibujo, que dirigió en Santa Fe, a numerosos jóvenes, entre quienes reclutó la Expedición sus pintores de los últimos años. Esos *oficiales pintores principiantes*, como se les denominó, hicieron una obra meritoria al ingresar en la Expedición, cuyo valor es por otra parte desigual, ya que muchos permanecieron solamente poco tiempo en ella, y no lograron la destreza que da el ejercicio continuado. Pero algunos, como Azero y Sáenz, que permanecieron largo tiempo a la sombra del gran instituto, alcanzaron la altura de los más expertos pintores botánicos.

26. **José Raimundo Collantes** (1801 a 1805), aparece en seis láminas muy buenas. Los sucesivos y rápidos aumentos de su sueldo muestran claramente la aprobación que a Mutis merecían sus trabajos.

27. **Francisco Mancera** (1801 a agosto 1809), fué compañero de Sinforoso Mutis en su viaje al norte del virreinato y a la isla de Cuba (19 de abril de 1803 a 27 de agosto de 1808). De esta isla dejó varias copias de plantas, todas ellas incompletas y de insignificante valor: era desidioso para terminar las pinturas que empezaba. En cambio entre los 36 icones suyos de la Flora de Bogotá, todos en color, hay algunos muy buenos. Después de retirarse de la Expedición se radicó en la población de Soatá, en el actual Departamento colombiano de Boyacá, en donde llegó a desempeñar cargos públicos.

28. **José Antonio Lozano** (1801 a principios de 1808), fué el otro compañero de Sinforoso Mutis en su viaje al norte. Sólo 11 láminas ostentan su nombre, todas ellas de ningún valor, por ser apenas esbozos, ya que tampoco terminaba sus pinturas. Solía indicar la localidad de las plantas que pintaba. Algunas son de Cuba.

29. **Manuel Collantes Molano** (1801 a 1804), dejó 10 láminas identificadas, que se distinguen por su buena factura.

30. **Juan Nepomuceno Gutiérrez** (1801 a 1811), aparece en seis láminas. Logró captar muy bien la técnica del dibujo botánico, y sus obras son apreciables.

31. **Francisco Javier Martínez** (1804 a 1811), solamente dejó su nombre en una lámina de Orquidácea, en color, de esmerada ejecución.

32. **Lino José de Azero** (1805 a 1817), llegó a ser un gran artista, que debe colocarse al lado de los más insignes de la Expedición. Era santafereño y según su fe de bautismo que hallamos en la parroquia de Santa Bárbara, había nacido en septiembre de 1788. De su laboriosidad ejemplar nos quedan 77 láminas, la mayoría a tinta y todas bella y cuidadosamente ejecutadas. Poco antes de ser suprimida la Expedición, y en compañía de los otros pintores botánicos que aún quedaban, decía, en un Memorial elevado al Supremo Gobierno, que *desde hace dieciocho años servía a la Expedición*. Evidentemente hacía referencia también al tiempo en que estudió bajo la dirección de Rizo. Los recibos de sus sueldos establecen claramente el año de 1805 como comienzo de su labor de pintor oficial.

33. **Félix Sánchez** (1805 a enero 1810), sin obra identificada.

34. **Miguel Antonio Sánchez** (1805 a 1811), sin láminas firmadas.

35. **Agustín Gaytán** (1805 a 1811), fué diseñador a tinta, y aparece su firma en dos icones bien logrados.

36. **Tomás Ayala** (1808, probablemente hasta 1809), sin obra identificada.

37. **Alejo Sáenz** (1808 a 1817), permaneció en la Expedición hasta su clausura, y logró llevar a cabo una obra que lo coloca al lado de los grandes dibujantes botánicos. Trabajó exclusivamente a tinta, y nos dejó 15 láminas con su firma.

38. **Francisco Cifuentes** (1808 a 1811), sin obra identificada.

39. **Parra,** con tres láminas.

40. **Moreno,** con cinco láminas iluminadas.

De estos dos últimos pintores no conocemos su nombre. Es extraño que no aparezcan en las varias listas de pintores que nos han quedado, ni en los recibos de sueldos, autorizados por Rizo. Ello hace que no descartemos la posibilidad de que se trate de apellidos maternos de algunos de los pintores antes reseñados, que los preferirían para distinguirse de los homónimos que existieran en la Expedición. El caso se presenta con Collantes Molano, que usó siempre su segundo apellido para no ser confundido con el otro pintor Collantes.

La obra de estos pintores, que se conserva en el Real Jardín Botánico de Madrid, asciende a 5.444 láminas de la Flora Neogranadina, que representan 2.708 especies diferentes de plantas y algunas variedades. De esas láminas, 1.270 llevan la firma de sus autores, y un centenar más la indicación de los pintores que las ejecutaron. Solamente dos de 1784, al parecer todas las de 1785, y seis de 1811, están fechadas. A esas grandes laminas hay que añadir unas pocas de Cuba; numerosos dibujos pequeños, algunas preciosas miniaturas, que representan flores y frutos; gráficas sobre la germinación de algunas plantas, y las «anatomías» o detalles de la flor que habían de servir para el estudio de las especies.

Pero esta colección, ciertamente numerosa, no representa el trabajo total de la Expedición Botánica. Hay datos que hablan con suma claridad. En una anotación de sus diarios, con fecha de 22 de abril de 1784, dice Mutis: *Me entregué a la agradabilísima operación de registrar todas las láminas que había trabajado el Sr. Matis desde fines del año hasta el presente día, que con la que actualmente trabaja llegan a cincuenta y dos*. Y después de la muerte de Mutis afirmaba Rizo: *Desde el* 13

de septiembre de 1808 *hasta el* 30 *de junio de* 1809 *se han concluído* 231 *láminas en colores y delineaciones negras que imitan el grabado, y se componen las láminas de cada planta de tres, una de colores y dos en negro*. Es evidente que aun cuando ese ritmo acelerado no se obtuviera siempre, la obra pictórica de la Expedición tuvo que ser más copiosa que la que actualmente posee Madrid.

En otros centros científicos deben conservarse láminas de los pintores de la Nueva Granada. Se sabe, y es un caso entre varios conocidos, que Mutis regaló a Humboldt, cuando éste subió a visitarlo a Santa Fe, en 1801, *cien láminas de las mejores de la Flora*.

Es honrado advertir que no todos los icones llevan el mismo sello de perfección. Al lado de varios miles que son verdaderas obras de arte, hay no pocos deficientes desde el punto de vista pictórico.

No debiendo aparecer, al publicar la Flora, de ordinario, sino una lámina de cada especie, por fuerza han de quedar inéditas las réplicas de la misma, tanto iluminadas como en tinta. Es de lamentar que por esta norma pintores de tan altas ejecutorias como Pérez y Acero, vayan a seguir siendo casi desconocidos, ya que sus pinturas suelen ser unicoloras.

A medida que estas laminas maravillosas se vayan editando, los ignorados artistas americanos entrarán por derecho propio a ocupar un lugar prominente en el arte de la pintura botánica universal. Los icones mutisianos, por la exactitud técnica de la organografía vegetal, por las ricas tonalidades de su colorido, por la enorme variedad sistemática que representan, son una obra admirable, que difícilmente se repetirá en nación alguna. En ellos, como superación de capacidades antes ignoradas en los criollos americanos, y en todas las labores de la Expedición, está el aliento germinal de la nueva nacionalidad colombiana, que debe su ser a España a través de Mutis. Son en realidad estas láminas, **láminas inmortales.**

CAPITULO XXXII

D I I M I N O R E S

Vuestra Paternidad se irá aficionando cada vez más al estudio de la naturaleza.

J. C. MUTIS, al P. Diego García, diciembre 1783.

Figuran en la historia de la Expedición, fuera de sus miembros, otras muchas personas que merecen ser mencionadas, siquiera sea en grupo y brevemente, porque las posiciones que ocuparon en la gama social, y la calidad de sus intervenciones, nos revelan el vasto círculo donde la obra de Mutis sembró sus ideas y cimentó su prestigio. Primero entre nuestros colonos, el sabio gaditano debía dar cohesión, elevación mental y prestigio a una sociedad nueva, apremiada hasta entonces por la vida material.

Más que otra cosa, el presente capítulo quiere ser una llamada a nuestros historiógrafos, para que nos revelen esas biografías, enaltecidas por la atracción común, hacia ese núcleo enhiesto y creador.

Viene, primero que todos, en el orden cronológico, don Jaime Navarro, médico, quien no supo separarse de su colega gaditano, a su salida de Madrid, que le sirvió de colector y taxidermista, le acompañó en las minas de la Montuosa después de haber sido, como diríamos hoy, su practicante en Santa Fe. Navarro debía ser, además de sincero y correcto, un caballero sangriliviano, vigoroso y amigo de animales. En los escritos de Mutis lo hallamos a menudo, o bien de caza con el virrey Messia de la Cerda, por montes de Soacha, o, afortunado tirador, proveyendo la cocina de su excelencia con torcazas y coclies. Tenía en su casa una guartinaja viva y Mutis se rió mucho de él porque en cierta corrida en Santa Fe, Navarro se metió más de lo debido en terrenos del enemigo y perdió su mejor caballo en astas del cornúpeto.

Deberíamos hacer aquí una biografía detenida de don Miguel de Santiesteban, conocedor de la América desde el Perú a Cartagena, sagaz observador y generoso informador de Mutis, quien le suministró sus primeras descripciones de la quina, las cuales pasaron después a los libros de Linné.

El patricio insigne de la montaña antioqueña, don José Manuel Restrepo, quien publicó en el Seminario de Caldas un **Ensayo sobre la Geografía, producciones y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada,** envía a Mutis una copia de su trabajo con estas palabras:

Mi venerado Sr.: No he podido resistir a los impulsos de mi corazón: sin su consentimiento he colocado su respetable nombre al frente de mis ensayos sobre la Geografía de la provincia de Antioquia. Haber yo recibido mis cortas luces sobre esta ciencia interesante en su Observatorio Astronómico: deberse a usted los conocimientos científicos que existen en el Reino; saber lo célebre que es ya su nombre entre los sabios: he aquí las poderosas razones que han influído en semejante determinación. Conozco que la obra no es digna de tan sabio Mecenas; pero con todo, estando determinados los principales puntos por observaciones astronómicas, y los demás por rumbos y estimaciones trigonométricas, espero que la adjunta copia merecerá la indulgencia de usted como formada por un principiante, así en el Dibujo como en la Astronomía.

Deseo el que usted me ocupe, pues soy uno de sus más apasionados. Entre tanto pido a Dios guarde su importante vida muchos años. Su afectísimo y seguro servidor, q. s. m. b.,

José Manuel Restrepo.

El ensayo de Restrepo patentiza un método y un estilo en el estudio geográfico y social, muy semejante al de Pedro Fermín de Vargas, al de Caldas y Zea, que consiste en la consideración de los recursos naturales del país como base para medir sus posibilidades y sus exigencias de progreso; en la revaluación de los usos populares de las plantas para circunscribir la investigación de las industrias posibles; en el conocimiento penetrante de las ínfimas clases sociales, para iniciar por ellas el alza del nivel cultural.

Esa forma constante de plantear los problemas, dependía, en los discípulos de Mutis, de la misma doctrina del maestro, de la lógica en que él los imbuía y aleccionaba.

José Ignacio de Pombo, del cual nos queda muy copiosa correspondencia con Mutis, era un payanés avecindado en Cartagena que hizo una fortuna en el despacho de las quinas. Amaba las ciencias naturales y destinó grandes sumas para auxiliar, así a Mutis como a Caldas. El sirvió de agente de la Expedición en el puerto, despachaba los libros y los aparatos encargados a Europa, ayudó a costear el Observatorio Astronómico de Bogotá; lo dotó de instrumentos; se hizo su Mecenas, con generosidad principesca, como si fuera *atavis editus regibus.*

Francisco de Mesa Armero, *el buen Armero,* que dice Mutis, era un vecino de Mariquita que colaboraba con la Expedición. Fué él quien por comisión de Caballero y Góngora subió a los páramos de la cordillera central para reconocer el canelo de Páramo, y entregar sus muestras a Valenzuela. Transmitidas éstas a Mutis se halló que nada tenían de canelo. Pero descubrieron al *Drymis Winteri* Forst *varietas Novogranatensis,* Mutis, aplicaciones interesantes, por las cuales hoy se la incluye en muchas *Farmacopeas.*

El comercio de Honda debía de producir, como el de Cartagena, buenas ganancias, puesto que otro de los grandes benefactores de Mutis durante su permanencia en Mariquita es don Vicente Estanislao Diago, que se dedicaba al tráfico del río y del camino a Bogotá. El fué quien proporcionó la Casa Botánica en su segunda localidad mariquitense.

Una multitud de personas aparecen en la correspondencia del científico español, a quienes él habla sobre sus labores como a personas interesadas por ellas, o con agradecimiento por el subsidio prestado (33).

Entre el gremio de mineros, a quienes tanto sirvió, tuvo Mutis amigos adictos. El mismo nos dice cómo entró a interesarse por esos trabajos:

... Desde el año 67 conozco a fondo el trabajo de minas en el método americano. Por una especie de casualidad venturosa o por la estrecha conexión que tenían con los objetos de mi Historia Natural todas las producciones del reino mineral, vine cargado de los mejores libros de Mineralogía, Docimacia y Metalurgia. Observé las operaciones de América, y a poco tiempo conocí que no sólo no había método ni ciencia, sino también que era incapaz de reducir a reglas científicas unas operaciones en que procedían a ciegas los que se tenían por maestros. La continuada experiencia de diez y ocho años me ha confirmado los mismos pensamientos de aquel primer año, en que pensé abandonarlo todo y pasar a Suecia, con el fin de instruirme en estas materias, si otras reflexiones más serias no me lo hubieran impedido...

---

(33) Entre los amigos colaboradores de Mutis se debe contar a don Cenón Alonso, quien fué de los pajes del virrey La Zerda, uno de los tres llegados con él a la Nueva Granada. Este debió ser de los que instaron al protomédico del virrey para que les diera lecciones de matemáticas en el Rosario. El sabio insistió mucho en crear el género *Alonsoa,* pues no creía válido el género de ese nombre establecido por los botánicos del Perú. Hubo ahí un enredo, y lo cierto es que la *A. meridionalis* perpetúa, impuesto a la escrofulariácea común que llamamos «cascabelitos», el nombre del simpático paje.

Otro parecido a éste fué don Antonio Escallón, discípulo de Mutis muy querido, quien formó un herbario y lo cedió a su maestro. Las cartas a Linneo insisten en que publique el género *Escallonia.* Como el sabio sueco había aconsejado al español no derivar nombres de plantas de apellidos ajenos a la botánica, la carta de éste salva tal dificultad: *Rogo quod Escalloniam dicas in honorem viri sistematis Linneani perestudiosi et in excursionibus meis sodalis indefessi.*

Sobran dedos en la mano para contar las personas que por uno u otro motivo se enemistaron con Mutis y no sabemos sino de uno, el pintor quiteño M. Roales, que después de servirle, conserva de él un recuerdo enojoso. En el cariño a distancia se distinguió Zea, quien lo hizo público en Madrid y Francia, a lo largo de su ondulada trayectoria.

El grupo de la Sociedad Patriótica también debió tener a Mutis como consejero y conductor, y en él se confundían mineros, agricultores, maestros y comerciantes. De los funcionarios oficiales no digamos, pues dada la influencia de que gozaba el director de la Expedición, sin duda que le tuvieron por su mentor. Lo mismo pasaría con los médicos y farmacéuticos.

Así que Mutis y la Expedición eran, en la lejana colonia española, objeto de admiración y de estudio, cuyas ideas a nadie pasaban inadvertidas (34).

Por más que el profesorado del becado del Rosario durara poco tiempo, él fué, con toda verdad, el maestro de esa generación que desde 1763 a 1820, por sus pasos de victorias o de derrotas, preparó la patria para la mayor transformación de su historia, la que dió a Santa Fe un sello inconfundible de ciudad del pensamiento. Aquellos hombres que renunciaron a su extensión de España y continuación de su inmensa gloria y que prefirieron una patria recién nacida entre coágulos de sangre, llevaban en el alma la confianza de su naturaleza, el impulso elemental de un mundo en semilla, pero responsable de sí mismo.

Una manifestación sugerente de la exquisita sensibilidad de Mutis respecto de sus relacionados—ya comentada en anterior capítulo—, nos dejó el sabio con ocasión de la muerte de Roque Gutiérrez, su caporal de arrieros, mártir del afán por proporcionar nuevos ejemplares botánicos a la Expedición. Dice así el **Diario:**

Día 5 (Domingo) de junio 1785. Mariquita.

Desgraciada muerte de mi insigne y amado herbolario Roque Gutiérrez. Salió de aquí el día 3 para conducir los pliegos de la correspondencia de Cartagena y recoger la correspondencia de Santa Fe. Habiendo entregado todos los encargos y practicado la diligencia del capitán Fálquez para recibir su sueldo mensual, estuvo hablando con don Francisco Armero hacia las cuatro de la tarde; se refiere que después pasó al otro lado de la Quebrada Seca para solicitar algunas plantas...

... Hubo de pasar sin dificultad y en el tiempo restante de la tarde en que se mantuvo del otro lado, comenzó a crecer el río de la Magdalena con un furioso crecentón...

Se le halló en el bolsillo de los calzones un taleguillo con 48 pesos y 5 reales que eran el sueldo del mencionado capitán Fálquez; en una mano el gorro y en la otra unas yervas, testimonio para mí el más seguro para inferir la causa de un desgraciado suceso...

Para divertir de algún modo la pena que me aflige, he querido ocuparme hoy en el exámen y descripción del perico ligero.

(34) En la Biblioteca Nacional de Bogotá se guarda como tesoro un librito de 10 cms. de alto que es uno de los arcaicos frutos de nuestra primera imprenta:
Kalendario-Manual- y guía de forasteros-en Santafé de Bogotá- capital del Nuevo Reyno- de Granada,-para el año de 1806.- Compuesta- de orden del superior-gobierno- por el D. D. Antonio Joseph García- de la Guardia, Contador Gral. de- Diezmos, y Colector Adminor. de- Annualidades del- Arzobispado.- En la Imprenta Real.- Por Don Bruno Espinosa de los- Monteros. Cuatro páginas de este librito se dedican a la Real Expedición Botánica, cuyo personal y residencias se enumeran así:

Director.

Dr. Don Joseph Celestino Mutis, en la Real Casa, calle 1 de la Carrera.

Individuos pensionados por S. M.

Don Francisco Zea, ausente.
Don Sinforoso Mutis, en Comisión.

Individuos agregados en calidad de meritorios.

Don Francisco Jph. Caldas.
Don Joseph Mexía.

Individuos agregados en calidad de voluntarios.

Para la Zoología: Don Jorge Tadeo Lozano.
Para la Mineralogía: Don Henrique Umaña, en Comisión.
Para la Botánica: Don Joseph Joachin Camacho, ausente.
Para la Botánica: Don Miguel Pombo, calle del Sol.

Oficiales de pluma.

Don Joseph María Carbonell, calle de San Xavier.
Don Joseph María Serna, calle de la Trinidad.

Oficina de Pintores.

Primer Pintor y Mayordomo de la Expedición: Don Salvador Rizo, en la Real Casa.
Don Francisco Xavier Matis, calle de Santa Marta.
Don Francisco Villarroel, calle de Santa Isabel.
Don Manuel Martínez, calle de Belén.
Don Nicolás Cortez, calle de San Ignacio.
Don Antonio Barrionuevo, calle 1 de la Carrera.
Don Mariano Hinojosa, ídem.
Don Pedro Almanza, calle de la Alegría.
Don Camilo Quesada, calle del Caxón.
Don Joseph Joachín Pérez, calle de Santa Isabel.

Alumnos recién formados en la Escuela de Dibujo.

Juan Francisco Mansera, en Comisión.
Antonio Lozano, ídem.
Raymundo Collantes, calle de San Nicolás.
Juan Nepomuceno Gutiérrez, calle del Hoyo.
Francisco Martínez, calle de San Blas.
Joseph Lino, calle 1 de la Carrera.

Escuela gratuita de Dibujo.

Don Anselmo García Texada, ausente.
Don Antonio Gravete y Soto, calle del Cubo.
Don Joseph Luciano Deluyar, calle del Nacimiento.
Don Joseph María Escallón, Plazuela de San Francisco.
Don Jorge Miguel Lozano, calle de Santa Clara.
Don Joseph Remigio Sánchez de Texada, calle de la Obra Nueva.
Don Pedro Joseph Sánchez de Texada, ídem.
Don Mariano Sánchez de Texada, ídem.
Don Manuel María Alvarez, calle 1 de la Carrera.

Pupilos en la Casa de la Expedición.

Féliz Sánchez, calle 1 de la Carrera.
Agustín Gaytán, calle de San Joachín.
Miguel Sánchez, calle 1 de la Carrera.
Tomás Ayala, ídem.
Alexo Sánchez, calle de San Raphael.

CAPITULO XXXIII

LA FRAGATA "LA DIANA"

Pero lo que exige un sumo cuidado y tiento en su manejo son las láminas.

J. C. MUTIS. (De su testamento científico.)

Los acontecimientos relacionados con la Expedición Botánica que siguieron a la muerte de Mutis, sólo recientemente se han aclarado. Tormentosos en sí por la gran transformación política que se desató sobre la Nueva Granada, forzosamente son indescifrables para los autores que no estén empapados en la historia colombiana. Rampa fatídica que condujo a la interrupción y sepultura de la preclara empresa mutisiana, a la disociación, al agravio y a la sangre derramada, era natural que ese período los historiadores — que hasta allí recorrieron caminos placenteros — se negaran a penetrarlo y a presentarlo escuetamente.

Volviendo a nuestro método sencillo de establecer con esmero la cronología de los hechos, podemos formar el siguiente esquema de aquellos que nos faltan para completar la historia de la Expedición.

1802. Sinforoso Mutis, después de su primera prisión en Cádiz, regresa a Cartagena, trayendo además la vacuna por comisión del virrey.
1803. El mismo, sale por el Socorro y el Magdalena a Cuba, en comisión botánica y a vender allí las quinas que estaban en los depósitos de la Expedición.
1806. Abril 17. Zea, director del Jardín Botánico de Madrid.
1808. Enero 3. Aparición del primer número del **Semanario** de Caldas.
1808. Marzo 19. Fernando VII sucede a Carlos IV en el trono de España.
1808. Agosto. Regresa S. Mutis a Santa Fe, casado con doña Angela Gama.
1808. Septiembre. Testamento científico de don J. C. Mutis.
1808. Septiembre 11. Fallecimiento de don J. C. Mutis. Esa misma mañana se entregaron las llaves de la casa de la Botánica a don Antonio Ricaurte, secretario del Tribunal de Cuentas del virreinato. Caldas se hizo cargo del Observatorio Astronómico y Sinforoso de los materiales botánicos.
1809. Enero 21. Escribe Caldas que las cosas de la Expedición están en suspenso y la casa cerrada.
1809. Enero-febrero. El virrey Amar resuelve que continúen los trabajos de los pintores bajo dirección de S. Mutis.
1810. Julio 20. Firma del acta de la Independencia y constitución de la Junta Suprema de gobierno de la cual era miembro Sinforoso Mutis.
1810. El Magistrado Manuel Antonio Urdaneta decide que la mortuoria de J. C. Mutis, que no tenía otros bienes sino sus libros, pague los gastos que se adeudaban del Observatorio.
1811. S. Mutis forma parte de la Representación Nacional, que ejerce el Poder Legislativo y expide la Constitución; nómbrasele teniente coronel por J. T. Lozano, primer Presidente.
1811. S. Mutis dedicado a la determinación científica de los icones de la Expedición.
1812. Guerra de las Provincias. Caldas obligado a seguir al norte con el ejército de Baraya.
1813. Aparece S. Mutis determinando las láminas, enviando colectores por todo el país, sacando en limpio las descripciones.
1815. Julio 28. Los obreros pintores continúan trabajando.
1815. Septiembre y octubre. Ordenes de Madrid, mandando cesar los trabajos de la Expedición.
1815. Diciembre. Soldados de Bolívar entran en Bogotá, destruyen la dotación del Observatorio. S. Mutis salva del vandalismo los materiales botánicos.
1816. Mayo 6. Entran en Bogotá las primeras fuerzas pacificadoras de Morillo.
1816. S. Mutis arrestado en el Colegio del Rosario.
1816. Morillo hace tomar declaraciones a S. Mutis y a Rizo sobre la Expedición Botánica.
1816. Abril 6. Fusilamiento de J. T. Lozano.
1816. Junio. El capitán Sevilla hace que S. Mutis empaque parte de los materiales de la Expedición en 104 cajones.
1816. Agosto 29. Por la terrífica vía del Quindío y del Chocó, con grillos y a caballo en sillones de mujer, fué deportado, con rumbo al castillo de Omoa en el golfo de Honduras, entre otros, S. Mutis. De Panamá fué devuelto a Cartagena.
1816. Octubre 12. Rizo, fusilado.
1816. Octubre 27. Carta suplicatoria de Caldas a Enrile.
1816. Octubre 29. Fusilado Caldas y confiscados sus bienes.
1817. Se reciben en Madrid los materiales de la Expedición.
1819. Febrero. Congreso de Angostura. Zea proclama la Constitución de la Gran Colombia.
1820. El gobernador español de Cartagena permite a S. Mutis regresar a su domicilio. Este permanece en la capital, pues según Escarpetta y Vergara, el gobierno había dispuesto que se reanudaran los trabajos botánicos.
1822. Muerte de S. Mutis a los cuarenta y nueve años de edad, en Bogotá.
1834. Noviembre 1. Muere asesinado el doctor Eloy Valenzuela.

Contrastan la seriedad, la comprensión, la amplitud de los funcionarios de Consejo de Indias de Madrid, cuando — entre mil apremios de guerra contra Francia — decidieron el caso de Sinforoso Mutis, Nariño, Zea y otros neogranadinos dándoles libertad, con la violencia desplegada acá por los llamados pacificadores. Parece como si el aire de América hiciera más violentas las pasiones y más ásperas las almas.

Las inquietudes de los ánimos, determinadas por las doctrinas de la revolución francesa y por la emancipación norteamericana, por la misma reconquista española, excitaron la intelectualidad de Santa Fe. Don J. C. Mutis no vió en ello sino fogosidad de juventud por una parte, chismes de por medio y celo excesivo de funcionarios subalternos por la otra. Pero su corazón presagiaba un no sé qué, lanzándose sobre su obra y sobre lo que él más veneraba, como si por todas partes la muerte se le fuera acercando. Y se aferró a su sangre, de cuya lealtad estaba seguro.

En los primeros días de septiembre de 1808, el sobrino Sinforoso regresaba a Santa Fe desde La Habana, adonde había ido a recoger plantas y a vender un cargamento de quina que inútilmente había esperado comprador en los depósitos de la Casa Botánica.

La iniciativa había partido del tío don José, pero los gastos corrían por cuenta de Sinforoso, quien debía aportar para ellos 1.800 pesos. En cambio el producto líquido de la venta de las quinas se repartiría entre la Expedición y su agente.

Parece que J. C. Mutis perseverara en los planes de una Flora de la América septentrional, pues sólo así se explica su interés por las plantas cubanas. Más bien ocurre la sospecha de que el tío quería mantener a Sinforoso lejos de las camarillas opuestas al gobierno y que éste andaba tras doña Angela Gama, su novia desde Santa Fe. Pero a la comisión se dió completo viso científico, suministrando a Sinforoso dos dibujantes: Lozano y Mancera y un herbolario.

Frutos del viaje a Cuba fueron muchos ejemplares enviados a

Madrid, unos cuantos dibujos, varias especies que, según Caldas, eran nuevas y un enredo más en la Flora de la Real Expedición.

Sinforoso no llegó a percibir otras utilidades de su viaje cubano que los testimonios que quedaron en el pleito que se siguió a favor de la corrección de su conducta. Llegó precisamente a acompañar a su tío moribundo. Asistió a aquel solemne testamento científico que, contra las esperanzas de Caldas, ponía sobre sus hombros la dirección de la parte botánica de la Expedición, la cual seguiría, según imaginaba don José, su curso indefinido.

El cadáver del sabio seguía mandando y luego de su sepelio se cumplió su voluntad de cerrar la Casa Botánica para que sólo el Tribunal de Cuentas dispusiera de los bienes en ella encerrados.

Pasaron seis meses que sin duda fueron de desconcierto entre el personal; dimes y diretes que tenían en tensión los nervios de Caldas, intrigas de todos para asegurarse el porvenir. Sólo en marzo el virrey Amar dispuso la continuación de los trabajos, cumpliéndose al pie de la letra la voluntad de Mutis respecto a los cargos y sueldos de Sinforoso, Rizo y Caldas y fijando la nómina de los pintores que serían diecinueve, más un herbolario y un portero. Sobre los pintores determiraba: *serán los únicos que habrá, sin aumentarse ninguno, ni aun reponerse la falta por separación o ausencia que ocurra de alguno de ellos.*

Los hechos demostraron, no sólo que Sinforoso había de cumplir como bueno en custodiar y acrecentar los materiales botánicos y en velar sin alardes por la honra de su tío, sino que en ambas funciones era más apropiado que Caldas. Para esto le valieron sus vinculaciones políticas, su audacia y el llamado de su sangre.

La visita de Humboldt — momento culminante del prestigio virreinal frente a los extraños — había determinado un aumento del personal de la Expedición, como de un centro perfectamente dotado y rodeado de confianza por las autoridades. En realidad, las cortes de Madrid y del virreinato ya no tenían la misma alteza de miras, ni la misma capacidad de comprensión que el Marqués de Sonora y Caballero y Góngora y el apoyo a la Expedición sólo esperaba un motivo cohonestado para desfallecer.

Por eso, sin el respeto que infundía la presencia de don J. C. Mutis, Amar dispuso que la Expedición se extinguiera lenta y naturalmente.

Sinforoso se dedicó a remediar lo que ya se veía como la mayor falla de la obra de su tío: la carencia de la determinación de las láminas. Inquirió en los manuscritos dejados por el sabio y halló que eran diarios con descripciones de las plantas, muy minuciosas sí, pero que no llegaban a precisar tampoco los nombres de las especies. Entonces se entregó a resolver este problema por el único medio posible, que era comparar las láminas con las descripciones, lograr la determinación como si por primera vez se recolectaran las plantas dibujadas y, cuando las láminas no bastaban, reiniciar la recolección aprovechando la memoria de los antiguos que, como Matis, tenían más instrucción sistemática.

La Junta Suprema que se constituyó el 20 de julio de 1810 en Bogotá, en la cual tomó Sinforoso Mutis una posición estratégica, llamada a atender a las necesidades belicistas, pensó, según testimonio dejado por el mismo Sinforoso, suprimir definitivamente la Expedición Botánica. Pero él logró que este amago de decisión no se formulara. Los trabajos científicos, excepto los suyos propios, quedaron suspendidos, pero el de los pintores continuó sin pérdida de tiempo.

Sabemos los pasos de Sinforoso en el cumplimiento de su cargo, por el proceso que se le siguió más tarde y en que hubo de responder ante Morillo por todas sus actuaciones como botánico de la Expedición.

En 1811 determinó géneros y especies y escribió los nombres que pudo en las láminas, ya que ninguna los tenía antes. Y añade: *esta confesión ingenua pone a cubierto el honor de mi tío, si es que se han cometido algunos errores.*

Cuando la Junta Revolucionaria fué suspendida, de nuevo se pensó en acabar con la Expedición, que no cabía dentro de los espíritus militarizados.

Sinforoso paró otra vez el golpe, pero no pudo evitar que se rebajaran los sueldos de los pintores, que quedaron reducidos a cuatro, a tres y aun a dos reales diarios, los que antes ganaban doce y el que menos ocho. Para suavizar la rebaja del salario se ordenó que sólo trabajaran de ocho a doce de la mañana, cuando antes lo hacían nueve horas diarias. Con tal motivo muchos se retiraron de la oficina, quedando sólo los que por su edad, o por otras causas, no se resolvieron a tomar otra ocupación y aun éstos preferían trabajar por fuera cuando se les ofrecía la ocasión. Así la oficina quedó reducida a tres o cuatro individuos. Con todo, las láminas en negro se adelantaban con esfuerzo y las anatomías se completaban cuando parecía conveniente.

El P. Lorenzo Uribe concluye así: *Imagino que los tres o cuatro pintores que siguieron fieles fueron Matis, Hinojosa, Acero y Escobar Villarroel, ya que en 1817, a pedido de Sinforoso Mutis, preso y condenado a destierro, fueron los llamados a rendir indagatoria en su causa.*

Sobrevino en 1812 la guerra entre las provincias, queriendo Nariño unir las del norte a la de Cundinamarca, movimiento muy colombiano, de enemistarse cuando el enemigo viejo aún está a las puertas y otros de lejos vienen llegando a ellas.

El Colegio Electoral Constituyente mandó que cesaran los trabajos de la Botánica, pero el supremo gobierno reclamó de tal disposición. Así que Sinforoso pudo en los años 13 y 14 realizar la determinación de casi las dos terceras partes de los dibujos de la Flora. Dice: *En el año de 15 y principios del 16, hecho ya cargo de las observaciones que tenían los manuscritos y con presencia de las plantas vivas que me hacía conducir de los diversos temperamentos del Reyno, comencé a poner en limpio las descripciones de muchas plantas.*

En el mismo año del 15, añade Sinforoso: *puedo asegurar a V. Excelencia que hice a la Corona el servicio más importante, pues salvé la Flora exponiendo mi propia vida, de que fuera destruída por las tropas con que atacó Simón Bolívar la capital. En efecto, ocupada mi casa por ellas, no trataron de otra cosa, sino de destruir cuanto allí había y este establecimiento hubiera sufrido igual suerte que el Observatorio Astronómico, si yo no me hubiera precipitado por entre las filas a reclamar a su jefe el que no se cometieran semejantes atropellos.*

Ya en virtud de las reales órdenes fechadas en Madrid el 28 de septiembre y el 11 de octubre de 1815, el encargado del virreinato, que era don Francisco Montalvo, había dictado el Decreto para dar drástico fin a la Expedición al Nuevo Reino de Granada.

El 6 de mayo de 1816, fuerzas del ejército comandado por Morillo entraban en Santa Fe, que las recibió como triunfadoras, porque esa es la prerrogativa de los terroristas, que fácilmente hallan acogida de buenos mandatarios, por el mismo pavor que infunden.

El pacificador traía órdenes precisas de remesar a España los materiales de la Expedición Botánica, de los cuales cuidaba Sinforoso Mutis. Este fué hecho prisionero y se le obligó a empacar, en presencia y con ayuda de soldados, sometido en parte a su criterio, todo cuanto se conservaba de la Expedición Botánica.

En el juicio que se siguió a Sinforoso Mutis, éste hace constar que no se le dió el tiempo suficiente para hacer el embalaje de tan delicados materiales. Perdidas del todo las esperanzas de conservar el tesoro para su patria, esa patria le pidió sólo que viviera el fruto de sus entrañas.

En las Memorias de Rafael de Sevilla, uno de los oficiales vencedores realistas, refiere este hecho, que se asemeja mucho a la destrucción sistemática:

Imposible me habría sido — dice Sevilla — *cumplir sólo aquella comisión. Afortunadamente entre los prisioneros aristócratas había un sabio naturalista, que había sido Jefe de Policía bajo el Gobierno rebelde. Este señor, trabajando diariamente desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, con centinelas de vista, siendo yo simplemente su ayudante, en menos de treinta días ordenó y envasó lo principal de aquel museo en ciento cuatro cajones de a vara en cuadro* (2 de junio de 1816). Por otro testimonio sabemos que esos días se redujeron a seis.

Los testigos de Sinforoso llamados a declarar fueron los dibujantes que aún restaban en la Expedición Botánica. Preguntados sobre su parecer acerca del tiempo que juzgaban necesario para disponer el transporte de los materiales de la Flora, unos respondieron que se hubieran requerido seis meses, otros que doce. Y, sin embargo, Sevilla consigna satisfecho, en su estilo La Comune, que el aristócrata logró en menos de un mes empacar y envasar *lo principal.*

No todo. Sinforoso Mutis hace constar que se le hicieron dejar muchas anatomías.

El ánimo científico se sobrecoge ante tal profanación, al presenciar tan vasto derroche de torpeza.

La obra de Mutis, iniciada con amor, tratada con cuidado inmenso a lo largo de treinta y tres años, fruto de un intenso y costoso trabajo, destinada a un grandioso decoro, fué llevada por el viejo camino de

Honda, y aguas abajo por el río Grande hasta Cartagena. Todo era proporcional en el castigo de Morillo.

Consta que los ciento cuatro cajones en que iba encerrado el fruto de la Expedición de Mutis, fueron confiados al coronel graduado Antonio van Halen, para su transporte desde Santa Fe a Madrid y que con ellos se embarcó en Cartagena, en la fragata de guerra **La Diana.**

Añade Florentino Vezga:

... en la orden general del ejército que Morillo hizo promulgar el 24 de junio de 1816, *se lee lo siguiente:*

De orden del Excelentísimo señor General en Jefe, se avisa a los señores oficiales y demás individuos del ejército que mañana se empieza la almoneda de los bienes secuestrados en la casa de la Botánica, para el que guste concurrir a comprar algunos efectos, que será preferido en su precio. — Córdova.

Vendidos así los libros, instrumentos ópticos, utensilios de pintura y otros enseres de la Expedición, dispusieron Morillo y Enrile trasladar a Madrid los herbarios, pinturas y descripciones de la flora y la fauna granadinas; y habiéndose dirigido a España Enrile en noviembre de 1816, *se llevó estos objetos, con más algunos mapas y escritos de Caldas, un hermoso grano de platino extraído de las minas de Nóvita y una rica custodia perteneciente a las monjas de Santa Clara de Pamplona. No se sabe si todo este avío de preciosidades neogranadinas fué entregado al Rey de España; pero sí está averiguado que lo fueron las colecciones y manuscritos de la Expedición.*

Colombia no se queja del traslado a Madrid de los materiales de la Expedición, hechos a costa *de las cajas reales de Bogotá o de cualesquiera otras del Virreinato.* Sabe muy bien las vicisitudes que en ella han corrido otras colecciones científicas y en lo íntimo se congratula de que la tremenda responsabilidad no haya caído sobre ella. Las pérdidas de lo más caro y noble que tiene el hombre, se refunden en la fatalidad y sólo nos dan dolor de nosotros mismos.

Pero sí sentimos la obligación, igual a la de la Madre Patria, de devolver a la vida la obra grandiosa del más eminente de nuestros colonos y del que formó la gloriosa generación que nos dió patria.

Eso es todo lo que pedimos, seguros de que la Hispanidad tiene un sentido de comprensión y de colaboración que grita desde el fondo de la raza, y de que con la publicación conjunta, entre España y Colombia se cumplirán aquellas palabras de Mutis gaditano y primer paladín de nuestra nacionalidad:

Los originales de los dibujos, con los manuscritos, deberán permanecer en la Secretaría del Virreinato hasta la publicación de la obra, depositándolos después encuadernados en la Real Biblioteca de esta capital, como eterno monumento original de las liberalidades de Su Majestad. (J. C. Mutis a Caballero y Góngora, Santa Fe, marzo 1783.)

CAPITULO XXXIV

EN EL REAL JARDIN BOTANICO DEL PRADO DE MADRID

J. C. Mutis iure merito botanicorum in America princeps salutator, debetque etiam inter primates Europae collocari.

A. J. CAVANILLES.

Si Colmeiro pudo escribir: *Sensible es que la principal y más importante parte de los trabajos del célebre botánico gaditano haya quedado sepultada en el olvido, con tanto perjuicio de la ciencia como de la honra nacional*, sin embargo, esos mismos hechos tienen su explicación y su compensación no menos concluyente.

Porque, ante todo, no fué culpa de los científicos españoles el no haber publicado una iconografía tan costosa entre los azares y penurias que a lo largo de más de un siglo siguieron a la invasión napoleónica. Ni menos debe culpárseles por no haber publicado las láminas desnudas de sus textos originales, los cuales era tan difícil reunir que se los llegó a dar por inexistentes. Y mucho menos es infortunado el que los dibujos de la Expedición fueran aguardando más y más años, para cuando se presentara tal avance de las artes gráficas españolas, que se las pudiera editar en todo su esplendor y sin que cruzaran un milímetro allá de las fronteras. Lo importante, lo sabio, era guardarlas, mantenerlas completas e intactas, hacer con ellas lo que hizo Mutis, quien sin afanarse puerilmente de que le arrebataran la prioridad en tiempo, sólo se aseguró de que nadie le superara en la perfección de su obra. Porque si en sistemática vegetal cada coma es un diamante, en iconografía cualquier detalle por minúsculo que sea, puede decidir de un dilatado esfuerzo investigativo, haciéndolo fecundo o reduciéndolo a polvo.

La aventura de Mutis pudiera llamarse *el éxito de lo bello* porque merced al valor artístico patente de sus láminas, los materiales de la Expedición merecieron conservarse hasta ver en nuestros días la luz pública. Y el pueblo español que está en la línea de Grecia por su necesidad estética; que salvaría a través de las llamas para sí las obras de sus grandes pintores, comprendió y dió respaldo al Jardín Botánico de Madrid, en su empeño de conservar intactos los tesoros de la Expedición del Nuevo Reino. Y es que, como dice nuestro maestro el doctor Reyes: *La Iconografía de la Flora de Nueva Granada no se ha superado ni reconoce igual entre las mejores Iconografías modernas.*

El Real Jardín Botánico del Prado de Madrid, tiene entre todos los de Europa un carácter inconfundible. No es sólo sistemática, arte y técnica. Tiene el perfume a sándalo de los viejos arcones; la solera de los toneles antañones; la casticidad de la alcurnia preclara. En él se juntan, sembradas al aire libre, las plantas boreales con las australes. El clima de Madrid: primavera y otoño cortos, invierno con poca nieve, verano caluroso, no han impuesto la instalación de grandes invernaderos que atraigan los tropeles de turistas al Botánico de Madrid. Este sigue siendo un reducto de paz, rincón de pintores, gabinete de estudio, fuga del estrépito para los moradores de la noble villa.

Alamedas y emparrados encantadores nos conducen a un sendero que tiene el rótulo *Avenida José Celestino Mutis*. Llegamos por allí al pabellón central y en él a un salón en cuyo testero pende un retrato familiar: el del sabio de España y del Nuevo Reino de Granada, con la misma heráldica flor de *Mutisia;* con la rama fructificada del canelo de Andaquíes; con el mismo microscopio de que se preciaba y con los libros que le absorbían. En la diestra la pluma y la lente como quien apenas tiene tiempo para pasar de la una a la otra. Enfrente de esa efigie dos armarios de metal guardan el tesoro inconográfico de la Real Expedición.

En uno de nuestros capítulos anteriores aprendimos de la docta pluma de E. Alvarez López cuál fué la suerte que corrieron al ser traídos a Europa los legados de los botánicos españoles y de las expediciones enviadas por la corona para el reconocimiento del mundo hispano ultramarino.

Nos corresponde aquí referir, en contraposición con esos verdaderos cataclismos, dispersiones y pérdidas, cómo el Jardín Botánico de Madrid guardó celosamente, con un sentido de previsión y de orgullo que brotan del fondo mismo de la Hispanidad, el tesoro de Mutis, valorado por su belleza y por su exactitud científica.

Y no es que la iconografía de Mutis constituyera el único depósito valioso del Jardín. Allí se guardan dibujos y acuarelas de la flora cumanense, de la peruana y chilena, de la mexicana, de la cubana y los que dejó la expedición de Malaspina. Allí también —fruto del esfuerzo español, o resultado brillante de las liberalidades de los gobiernos de España — se conservan, a más de los herbarios inmensos colectados en la península, los de floras exóticas que produjeron las expediciones ultramarinas del siglo XVIII; el de Jameson, reunido en Quito; el de Grisebach y Wreight, cubano; el de Blanco y Llanos, filipino; el de Blume, extremo-oriental; el de Mueller, australiano, y el de las tierras circumpacíficas, transportados en días gloriosos por las corbetas *Descubierta* y *Atrevida*.

Factores principales de la vigilancia y cuidados excepcionales que cobijaron las láminas, los herbarios y los archivos de Mutis fueron, sin duda, los directores del Jardín Botánico y ellos representan, en su mayoría, figuras ilustres de los estudios florísticos españoles. Por eso antes de registrar sus actuaciones será bueno que precisemos su sucesión cronológica, que ha sido así (35):

DIRECTORES QUE HA TENIDO EL JARDIN BOTANICO DE MADRID DESDE SU FUNDACION:

Don Casimiro Gómez Ortega	1781 a 1801
» Antonio José Cavanilles	1801 a 1804
» Francisco Antonio Zea	1804 a 1809
» Claudio Boutelou	1809 a 1814
» Mariano Lagasca	1814 a 1815
» Mariano Lagasca (como Presidente de Junta)	1815 a 1823
» Antonio Sandalio de Arias (Presidente)	1823 a 1824
» Simón de Rojas Clemente y Rubio (Presidente)	1825 a 1827
Dependió de la Junta del Museo de Ciencias	1827 a 1834
Don Antonio Sandalio de Arias (Comisario)	1834 a 1837
» Mariano Lagasca (Presidente de Junta)	1837 a 1839
» José Demetrio Rodríguez	1839 a 1846
» Mariano de la Paz y Graells	1846 a 1868
» Miguel Colmeiro	1868 a 1901
» Joaquín González Hidalgo	—
» Manuel Antón Ferrándiz	1901 a 1903

(35) Mayores informes sobre el Real Jardín Botánico del Prado de Madrid se podrán leer en los folletos siguientes: Gredilla y Gauna, D. A. Federico; **Jardín Botánico de Madrid, su origen, importancia científica y relaciones internacionales.** Madrid, R. Velasco, imp., 1911; Ministerio de Instrucción Pública, Sección de Informaciones, Publicaciones y Estadística; **Jardín Botánico. Estado actual de la Enseñanza en España.** 1930. Madrid; Blass, S. A. Tipográfica; 1930 y Colmeiro Miguel; **Bosquejo histórico del Jardín Botánico.** Madrid, 1875.

Don Ignacio Bolívar y Urrutia.....	—
» Apolinar Federico Gredilla y Gauna.....	1903 a 1919
» Eduardo Reyes Prósper.....	1919 a 1921
» Ignacio Bolívar y Urrutia.....	1921 a 1930
» Antonio García Varela.....	1930 a 1937
» José Cuatrecasas Arumi.....	1937 a 1939
Dr. Arturo Caballero Segares.....	1939 a 1950
Don Eduardo Balguerías de Quesada.....	1950

Los ciento cuatro cajones que llegaron de Nueva Granada en *La Diana*, capitaneada por don José de Salas, llevaban cada uno sólo un número, como cualquier despacho de mercaderías. Pero había en el gobierno de Madrid tal expectativa sobre el resultado de la obra científica y artística desarrollada en la lejana colonia y por la recuperación para España de tan preciados documentos, que el rey quiso ser el primero en disfrutar de ellos. A tal hecho se refiere Hernández de Gregorio en el prólogo del **Arcano de la Quina,** con estas palabras:

Llegada a Madrid esta preciosa colección, que constaba de ciento y cuatro cajones, fué examinada en el mismo Real Palacio por S. M. el Sr. D. Fernando VII, acompañado de la Reina y señores Infantes, y después de examinada detenidamente, mandó con fecha de 11 *de Octubre de* 1817 *que se pusiese a disposición del Excelmo. Sr. D. José Pizarro, que era entonces Ministro de Estado, para que, como protector del Museo de Ciencias Naturales, dispusiese se colocasen en el Gabinete de Historia Natural los minerales y animales, y en el Real Jardín Botánico y su biblioteca, los vegetales y todos los preciosos manuscritos relativos a la Flora del Nuevo Reino de Granada, y a la Quinología de Bogotá, como así se verificó, mandando al mismo tiempo S. M. que el primer profesor del Jardín Botánico D. Mariano Lagasca se ocupase en publicar la citada Quinología y todo lo perteneciente a la Flora de aquel reino, como queda dicho.*

Con estas sabias disposiciones, publicadas en la **Gaceta de Madrid** *del 7 de abril de* 1818, *concibieron los sabios de Europa la idea de satisfacer su curiosidad, con ansia de ver publicados los trabajos literarios de ese infatigable naturalista, porque todos de consuno tenían una seguridad bien fundada de su grande mérito; pero han sido defraudadas de tan justas esperanzas por las circunstancias políticas que han sobrevenido a la España cuya circunstancia no es otra de las razones ya alegadas que me han impulsado a publicar su Arcano de la Quina, que espero mirará el público con el aprecio que merece una obra magistral de medicina práctica, satisfaciendo con esto en parte la grande espectación pública mientras el Gobierno lo hace con las demás.*

Y, en nota, añade el mismo autor:

Ahora bien: convencidos de que, según lo manifestado en párrafos anteriores, no podían quedar eternamente convertidos en almacenes de cajones las dos salas de exposición del Jardín Botánico, juzgamos conveniente deshacer aquéllos y colocar los valiosísimos, si bien desordenados objetos de la Expedición en ellos encerrados, en sus respectivos armarios, pues no era posible continuaran así las salas por más tiempo.

Del párrafo citado se desprende que las cajas llegadas de Santa Fe, fruto de la Expedición Botánica, tomaron diversos caminos desde el Palacio real. Los materiales botánicos, que eran lo más interesante, pasaron al Real Jardín Botánico del Museo de Madrid. Era lo mejor para su seguridad.

Lo que se hizo antes que nada, fué inventariar el contenido de las cajas una por una y levantar actas de esta revisión, las cuales llevan las firmas de Mariano Lagasca y Segura, profesor de botánica y encargado por Su Majestad de dicha Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada; de Antonio Van Halen, el teniente coronel que venía custodiando las cajas desde Santa Fe y de don Simón de Rojas Clemente, Bibliotecario del mismo Real Jardín Botánico.

Como era natural, se pretendía con estos inventarios compararlos con los remitidos desde Santa Fe, tan imperfectos, que en ellos quedaron por fuera quinientas noventa láminas en negro y diez iluminadas que se les mezclaron.

La elaboración del inventario fué demorada, pues se inició con el cajón primero, el 17 de noviembre de 1817 y vino a concluirse el 12 de diciembre. El cajón no incluído en el inventario de Santa Fe, se inventarió en un apéndice, el 17 de febrero de 1818.

El estudio suspicaz del inventario de Lagasca puede revelarnos cuál fuera la intervención de Sinforoso al adicionar las láminas con el nombre científico genérico y cómo debió desarrollarse aquel funesto empacado por el oficial Sevilla y el director sustituto, que trabajaba contra su rabia comprimida, embalando, por lo menos seis a siete cajas por día, en unas pocas horas.

En el inventario de Lagasca sólo figura una parte de los cajones, los que contenían la quinología, dibujos en color y en negro y algunos manuscritos de Caldas hechos en el Ecuador. Dentro de ellos los dibujos iban simplemente atados y legajados como se hubiera despachado la más ordinaria barahunda notarial. Nada se dice de los manuscritos de la Flora y falta toda noticia de otros muchos cajones que completaban la remesa.

Entre éstos había otras cajas de materiales botánicos que no inventarió Lagasca, probablemente porque su contenido no debía desenfardelarse todavía; colecciones de maderas, de carpología, de productos varios, las cuales, en el afán inaudito del oficial Sevilla, habían perdido o cambiado sus etiquetas.

El inventario de Lagasca arrojó un total de 6.849 dibujos en los trece cajones inventariados en Santa Fe, *salvo error de suma o pluma*, más 590 dibujos en negro y 10 en color, de que no hacía mención el capitán Sevilla. Total: 7.439 láminas.

Es muy probable que en los archivos de Bogotá se encuentre el inventario de Sevilla, cuya comparación con el de Lagasca nos daría luces valiosísimas sobre los materiales despachados de Santa Fe y distribuídos por orden de Fernando VII.

González Suárez nos comunica el contenido de los cajones en la siguiente forma:

14	cajones con 5.190 láminas y 711 diseños.
1	cajón de manuscritos.
48	cajones con anatomías de plantas y de quina.
15	cajones con minerales.
9	con semillas.
6	con varias curiosidades.
8	con muestras de madera.
1	con muestras de canela.
2	con cuadros de animales.
104	*Total de cajones.*

Esta lista arguye que en Santa Fe se dejaron muchos materiales zoológicos: pieles, serpientes, peces, aves disecadas, insectos neogranadinos y suécicos, que ciertamente había en el gabinete de Mutis, y que de tumbo en tumbo debieron parar: o en casas particulares o en la hoguera. En cambio regresó a Madrid el papel mandado fabricar expresamente para el herbario de Mutis, en cantidad de 137 resmas.

Todo se podía temer cuando un museo cayera en manos de soldados ignorantes. Gracias a que lo recibido por el botánico de Madrid había de ser custodiado sin pérdida, con el respeto que estas lujosas colecciones inspiran a hombres de ciencia.

En la primera página del inventario de Lagasca, donde se da la lista del contenido del cajón número 1, allí donde dice: *Historia de las Quinas, setenta y una hojas en folio, inclusos la Portada, Indice y tablas sinópticas. Este es el segundo ejemplar del índice original. Id. Ciento veinte y dos estampas pertenecientes a este ejemplar; unas iluminadas y otras en negro, todas en papel marquilla;* al margen se abrazaron con una clave estos dos apartes y se escribió esta frase con mano al parecer de un viejo: *El 24 de Enero del* 818 *Don Mariano Lagasca se llevó a su casa este segundo ejemplar con los dibujos; y no consta su devolución.*

Ni había de constar, porque todas las colecciones y papeles de Lagasca perecieron en el incendio de su casa, durante un motín en Sevilla, el 13 de junio de 1823.

Es la única pérdida involuntaria que ha sufrido la colección mutisiana, confiada al Jardín Botánico de Madrid. En ese centro, que guarda como tesoros las valiosísimas colecciones de los botánicos españoles a lo largo de América, se han ido jalonando, durante siglo y medio, diversas mejoras tendientes a asegurar su conservación, su mejor presentación y su revaluación científica.

Cuando las láminas, archivos y colecciones de la Expedición Botánica se recibieron en el Jardín Botánico, no eran muy favorables las condiciones económicas de este establecimiento, para exigirle que las instalara a perfección, ni menos que las publicara en plenitud de su valor científico.

La Dirección conferida a Lagasca, cuando tenía treinta y dos años

de edad, por S. M. el rey don Fernando VII, no debía tener la asignación de 12.000 pesetas mensuales que antes le ofreciera José Bonaparte, y que Lagasca, rechazó abiertamente por no provenir de autoridades legítimas. Los sueldos del director, así como de los demás empleados del Jardín, se pagaban irregularmente y de diversas procedencias: unas veces de mostrencos, otras de preces, temporalidades o correos.

No parece extraño que para disminuir los gastos del Jardín se pidiera para Clemente, quien antes de ser gran naturalista e insigne agrónomo había estudiado Teología, el Canonicato que en Santiago había quedado vacante por muerte de Pourret. Se explica también que para aliviar la penuria del Jardín, se solicitaran del rey dos corridas de toros a beneficio del mismo. La segunda no llegó a celebrarse por el poco éxito que tuvo la primera. El anuncio de ésta empezaba así:

El Rey nuestro Señor (q. D. g.) se ha servido señalar el lunes 16 *de este mes de agosto de* 1816, *si el tiempo lo permite, para la primera corrida de toros, de las dos concedidas por S. M. a beneficio del importante Establecimiento del Real Jardín Botánico de esta Corte, etc.* A tal estado había llegado el primer centro botánico de España como consecuencia de la invasión napoleónica.

En el Jardín no había más edificaciones que la Cátedra, el Semillero y la Biblioteca; el invernadero al poniente y las estufas que mandó hacer Cavanilles al mediodía. Al lado de la Biblioteca y pegando al muro Este del Jardín había un gran estanque y, limítrofe con el Semillero y el muro o tapia de Este, otro gemelo con el anterior.

Lo que del envío de la Expedición de Mutis había correspondido al Real Jardín Botánico se conservó en los mismos cajones en que vino, en la parte norte del invernadero, al poniente. Pero como no se podían hacer obras de sostenimiento y menos de reparación, el invernadero amenazó ruina y hubo que sacar todos estos cajones y llevarlos con otras colecciones al piso alto de lo que es hoy el Museo de Pinturas, edificio que se había hecho para Museo de Historia Natural.

Se hizo un nuevo recuento de las colecciones, desde el 22 a 29 de noviembre de 1831, por Lagasca, don Vicente Soriano y don Pascual Asensio. Por él consta que en esa fecha quedaban 65 cajones cerrados, del herbario, semillas, maderas y varios productos de la vegetación y que así cerrados se dejaron. Asimismo se encontraron colocados en dieciséis huecos distintos de los armarios, dispuestos para contener el herbario, otros tantos paquetes, desiguales en grosor, de plantas secas, que se habían sacado antes de 1823 de algunos cajones de la referida Expedición.

Hacia 1835 se hicieron a un lado y otro del Semillero y Biblioteca y sobre los estanques, como sótanos dos salones, uno para colecciones y otro de herbarios: las colecciones, de que hicimos mención, mejoraron en su instalación y las láminas se guardaron en 42 carpetas tamaño gran folio de color verde obscuro con lomo de piel en el que se leía: *Mutis. Dibujos de la Flora de Nueva Granada.*

En 1857 llegaba a Montpellier, en Francia, el botánico colombiano José Jerónimo Triana, quien había viajado por todo su país formando parte de la Expedición Corográfica del coronel Agustín Codazzi, encargado por el gobierno para el levantamiento de la Carta, cuando hombres sensatos juzgaban que la geografía debía completarse con el reconocimiento científico de las floras y de la fauna.

Triana se dió a publicar en Francia los frutos de sus exploraciones y ganó prestigio extraordinario. Pero las colecciones de la Expedición Botánica de Mutis le llamaban y en marzo de 1881, gracias a las recomendaciones que traía de París, logró del Ministerio de Fomento y del de Instrucción Pública de Madrid el permiso para *clasificar, denominar científicamente y vulgarmente y publicar por su cuenta, la colección de dibujos y láminas de la Flora de la Nueva Granada en la América meridional, debida al naturalista español D. José Celestino Mutis y custodiada en el Jardín Botánico de esta Corte, sacando al efecto las copias litocromo y cromolitográficas que le fueran indispensables con las precauciones que el Director del expresado Jardín considere necesarias para evitar desperfectos y extravíos.*

La labor que entonces ejecutó Triana sobre la iconografía de Mutis fué colosal y correspondiente a sus vastos conocimientos de la flora colombiana. Repartió las láminas en sus carpetas, según familias naturales, juntó icones de la misma especie, determinó muchísimas y dejó en el Jardín Botánico un catálogo de todas estas clasificaciones.

Era entonces director del Jardín don Miguel Colmeiro. Pasada la revisión por Triana, se levantó un nuevo inventario de las láminas (15 de junio de 1882) del cual salió que eran 6.701 en las carpetas y en un tomo donde se habían empastado 74 rubiáceas, y que en el catálogo de Triana, sin contar tal tomo, figuraban 6.667. Este inventario está firmado por el director Colmeiro, por un jardinero y por un ayudante de jardinero.

En esta disposición se mantiene la iconografía de Mutis hasta nuestros días. La única mudanza, y esa reciente (junio 1953), que ha venido a valorizar las láminas, ha sido la numeración de ellas en forma indeleble, hecha bajo el criterio científico del P. L. Uribe U., con el objeto de que en adelante se pueda hacer referencia a ellas, aun antes de fijarse su determinación científica. Los números de los icones corren, sin embargo, en el orden antes conservado y son uno para cada especie cierta o presuntivamente distinta y — con las letras *a*, *b*, *c*, etcétera, añadidas al número —, se han marcado los icones, sean acabados, sean imperfectos, referentes a la misma especie taxonómica. Esta adición numérica, es una seguridad más para la integridad de la colección mutisiana.

La mayoría de las láminas se conservan sueltas dentro de sus carpetas. Pero — tal vez obra de Triana — existen de ellas dos tomos encuadernados en pergamino que contienen la Quinología y Rubiáceas. Además en carpeta aparte hay 555 láminas de anatomías, ensayos y láminas imperfectas de F. J. Caldas, más algunos manuscritos redactados por S. Mutis y caligrafiados por Carbonell, pendolista de la Expedición en sus postrimerías.

Para guardar las carpetas y tomos se hicieron primero dos armarios de madera que se colocaron en el salón de colecciones, a un lado y otro de la puerta que comunicaba con el semillero, y ademas se hizo un atril para mostrar las láminas en caso de que fuera preciso.

No estábamos, ninguno de los que podíamos tener alguna responsabilidad en el Real Jardín, conformes con estos armarios y mucho menos después de un incendio fortuito de la hierba del Jardín que se corrió hacia los edificios, ocurrido en el mes de agosto del año 1916, aproximadamente a las doce de la noche. Era yo entonces accidentalmente el director y me correspondió pasar la noche vigilando con un retén de bomberos y con los obreros del Real Jardín, para que las llamas no se alzaran de nuevo.

Era interés de todos evitar estos riesgos, pero no se pudo hacer nada hasta años después, cuando se compraron unos armarios de hierro en donde actualmente se encuentran las láminas de Mutis. No creemos que esto sea garantía suficiente y seguimos pretendiendo mejorar las condiciones de seguridad.

Transcurrieron algunos años sin que ocurriera nada anormal: acaso se enseñaron las láminas a este o al otro visitante; pero casi nunca se accedía a confiar su manejo a los de fuera.

Hay un episodio referente a la iconografía de Mutis que tiene valor para demostrar la solicitud y el aprecio con que importantes sectores de la opinión española y especialmente de la patria chica de Mutis, han envuelto tan preciado tesoro.

Se aproximaba el año 1929 y en él la Exposición Iberoamericana de Sevilla. El título de ésta era tentador. La obra de un español y refiriéndose a plantas de América, encajaba perfectamente en este lugar y, por si acaso faltaba algo, habría pabellones de todas las provincias y por tanto de Cadiz.

Deseosos de mostrar las glorias patrias y de llamar la atención sobre nuestro Real Jardín Botánico varias veces glorioso y un tanto preterido, publicamos un artículo en el número 17 de la revista **Olivos** (junio 1928) titulado: **Datos históricos,** de interés para los olivareros. En él proponíamos que fueran algunas de las acuarelas de Mutis a esta exposición y que se instalaran en el pabellón de Cádiz, y en cuanto a los olivareros les proponíamos que expusieran en el Palacio del Aceite las 80 acuarelas que tenemos de las variedades del olivo en España, preparadas por Colmeiro.

Se hubiera tachado de atrevido al que tratara de llevar a cabo proyecto semejante y por eso buscamos apoyo. Al alcalde de Cádiz le había de agradar la propuesta y como tendría que ser amigo del Presidente del Consejo de Ministros, señor Marqués de Estella, nuestro propósito se realizaría fácilmente, siempre que se encauzara con habilidad.

Mandamos un ejemplar del artículo al señor alcalde, Marqués de Villapesadilla y nos contestó: *Sr. Dr. D. Eduardo Balguerías. ... Cuanto sirva para hacer resaltar la gran figura de nuestro botánico Mutis ha de*

tener buena acogida en este Ayuntamiento; pero le agradecería me indicara en qué forma he de cooperar y ayudar lo que se pretende en su luminoso artículo.

En espera de sus gratas noticias me complazco en ofrecerme de V. atento s. s. q. e. s. m., Ramón de Carranza.

Le contestamos dándole noticias biográficas de Mutis y explicándole que lo que pretendíamos no era sino mostrar esta riqueza científico-artística, demostrando al mundo que la leyenda negra que corría por entonces es falsa, y al mismo tiempo ver si conseguíamos allegar fondos particulares y del gobierno para comprar unos solares que había dentro de la manzana o cuadra del Jardín Botánico, en la esquina de Alfonso XII y Espalter, para ampliarlo algo en casa, estufas y terreno, y para conseguir lo que pretendíamos nosotros daríamos conferencias invitando a contribuir a tal obra. Aconsejábamos desde luego que no se diera noticia del proyecto mientras no mediara una orden del Ministro de Instrucción o del Presidente del Consejo para que el Jardín Botánico concurriera a la exposición.

A nuestra carta se nos respondió con la copia de la moción presentada por el señor alcalde y aprobada por unanimidad por el ayuntamiento, la cual dice así:

El Excmo. Ayuntamiento en sesión de ayer Art. 3, aprobó por unanimidad la siguiente moción de la Alcaldía-Presidencia:

Excmo. Sr. Acogida efusivamente por esta Alcaldía la iniciativa del Dr. E. Balguerías Quesada, Profesor de Ciencias y conservador del Jardín Botánico de Madrid, de enaltecer la memoria del insigne gaditano D. José Celestino Mutis, con ocasión de la exposición Ibero-Americana próxima a inaugurarse en Sevilla para evidenciar que los españoles en América trabajaron con entusiasmo y estudiaron antes que otros botánicos la Flora de aquellas regiones haciéndolo de tal modo que aun hoy no se podría superar teniendo como es natural en cuenta los conocimientos que había entonces de esta ciencia.

Cupo esta gloria a dicho insigne hijo de Cádiz que acometió el magno trabajo de la Flora en Nueva Granada sufragando de su peculio particular los gastos que esto ocasionaba (excursiones, libros, aparatos, dibujantes, etc.) al extremo de que muchos años después llegó a conocimiento de Carlos III todo ello y le nombró primer botánico y astrónomo de la expedición científica a la América septentrional concediéndole una pensión de 2.000 pesos al mismo tiempo que ordenó se adquirieran al Dr. Mutis los libros y aparatos que necesitara para su magna empresa.

El Real Jardín Botánico de Madrid guarda más de 6.000 láminas sólo de la Flora de Nueva Granada y parece lógico que en la próxima exposición figuren éstas y otras colecciones que revelan el esfuerzo de los españoles en tan importante rama de las ciencias.

Por lo expuesto el que suscribe se honra en proponer a V. E. se le autorice del modo más amplio para gestionar del Gobierno de S. M. y del Comisario Regio de la Exposición sea designado un lugar en ésta para el Real Jardín Botánico de Madrid para que sean admirados por propios y extraños los trabajos inéditos que en él se guardan de aquél insigne gaditano gloria de la ciencia.

Lo que comunico a V. S. para su constancia y debidos efectos significándole que con esta fecha el Excmo. Sr. Alcalde se ha dirigido a la Comisaría regia de la Exposición en Sevilla pidiéndola acoja esta petición con el cariño que le inspira el enaltecimiento de las glorias patrias, y que designe el lugar que se solicita.

Si V. S. estimara necesario alguna otra gestión, puede indicarlo, ya que la Alcaldía ha sido plenamente autorizada para ello. Dios guarde a V. S. muchos años. Cádiz 21 de Diciembre de 1928.—El Secretario, Domingo Cepeda.

Otras muchas cartas se cruzaron entre ambas partes, mas hacemos gracia de ellas para abreviar esta relación.

Solicitamos sí, en casi todas ellas, que no se dijera nada al director del Jardín hasta que no hubiera una orden del Ministro o del Presidente del Gobierno, ordenando que fuese el Jardín a dicha exposición, ya que nosotros conocíamos suficientemente el terreno que pisábamos.

Sin embargo, a la comunicación en donde se nos notificaba la moción aprobada unánimemente por el Ayuntamiento siguió a poco el siguiente oficio:

Participo a V. S. haber recibido su atenta comunicación de 30 de Diciembre próximo pasado coincidiendo con la resolución del Comité Ejecutivo de la Exposición Iberoamericana del 28 del mismo mes, en la que se expresa que la petición de lugar en la exposición para el Real Jardín Botánico de Madrid ha de ser solicitada por éste expresando los elementos que pretende llevar y los auxilios que para ello necesita para que el Comité pueda examinar la petición y resolverla con el mayor cariño y la mejor voluntad. Espero que su entusiasmo y cariño por la idea de exponer los trabajos del insigne botánico gaditano D. Celestino Mutis, pondrá todo su esfuerzo en que la petición se formule y llegue a tener completa efectividad a cuyo efecto esta Alcaldía se dirige hoy al Ilmo. Sr. Director del Real Jardín Botánico de esa corte comunicándole el acuerdo e instándole que solicite lo que constituirá legítimo orgullo para la ciudad que representa. Dios guarde a V. S. muchos años. Cádiz 2 de Enero de 1929.

La contestación del director fué que el Jardín no podía ir a la exposición de Sevilla. En su lugar se organizó una pequeña exposición en Madrid, que se llamó Exposición retrospectiva de Historia Natural, que estaba bellamente instalada por José Benedito, artista de una exquisita sensibilidad y delicadeza admirable.

Pasadas las Exposiciones de Barcelona y Sevilla y la pequeña de Madrid, volvió la colección a su reposo habitual, hasta el año 1937 en que tuvo momentos de ajetreo y de viajes a que debemos hacer referencia.

Estábamos en la guerra de liberación y el profesor Caballero era director accidental. Salvo la detención y fusilamiento de un joven que trabajaba en el Jardín como agregado, nada mayor había acaecido ni al personal ni a las colecciones.

Con fecha 25 de marzo de 1937 se recibió un oficio que decía: *Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Protección y salvamento del Tesoro artístico. En cumplimiento de lo dispuesto por el Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes en su oficio de 13 del corriente, sírvase poner a disposición de esta Junta la colección de estampas de Mutis conservadas en la Biblioteca del Jardín Botánico. Lo que comunico a V. para su cumplimiento. Madrid 25 de Marzo de 1937. El Presidente: P. A. Alejandro (ilegible). Sr. Director del Jardín Botánico de Madrid.*

Como el Jardín en sus relaciones directas con el ministerio depende de la subsecretaría y como estas órdenes podían en aquellos tiempos tener consecuencias irreparables, el señor director dirigió un oficio al subsecretario consultando el caso ocurrido que dice: *Ilmo. señor. Tengo el honor de comunicarle que con fecha 25 se dice a esta Dirección lo siguiente por la Junta Delegada de incautación, protección y salvamento del Tesoro artístico* (Transcribe el anterior oficio):

Ahora cúmpleme añadir que el Jardín Botánico de Madrid no depende de Bellas Artes y que por otra parte la colección de estampas de Mutis no se conserva en la Biblioteca del Jardín sino entre las colecciones de este Centro y que sin restarle méritos artísticos es puramente científica como lo son todas las colecciones que aquí se conservan.

Espero, para salvar responsabilidades, la decisión de V. I. Madrid, 29 de Marzo de 1937. El Director accidental, Arturo Caballero. Ilustrísimo señor Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes.

Pero se insistió y esta vez en forma inequívoca por el Ministerio, en esta forma:

Dirección General de Bellas Artes. Ruego a V. entregue a la Junta Delegada del Tesoro Artístico en Madrid la colección completa de Láminas e Historia Natural de Mutis. Creo se han hecho repetidas gestiones con resultados negativos. Espero que ésta tenga la eficacia que deseamos. Valencia, 28 de Septiembre de 1937. El Director General L. Pérez Rubio. Sr. Director del Jardín Botánico de Madrid.

Ante la resistencia pasiva y arriesgada que presentaba el doctor Caballero, receloso de que esta entrega que se le pedía de la colección de Mutis pudiera ser fatal para lo que nosotros considerábamos como el mayor tesoro que custodiaba el Real Jardín Botánico, el Gobierno de entonces nombró un nuevo director, quien tomó posesión el día 29 de octubre de 1937.

Al oficio que copiamos más arriba contestó Caballero, a pesar de que ya no era director: *Tengo el deber de comunicar que con fecha 29 de Marzo último trasladé de oficio la petición de las láminas de Mutis hecha a esta Dirección por el señor Delegado de Incautación del Tesoro artístico, al Ilmo. Sr. Subsecretario de Instrucción Pública, con el objeto de que determinasen lo procedente, y como todavía no he tenido respuesta esta*

Dirección suplica a V. I. se dirija a dicho señor Subsecretario, del cual depende directamente este Centro, para que él determine lo que proceda. Consérvese su vida muchos años. Madrid 1 de Octubre de 1937. El Director accidental, Arturo Caballero. Ilmo. Sr. Director General de Bellas Artes.

Tomada posesión del cargo de director del Jardín Botánico por el doctor José Cuatrecasas Arumi, éste ordenó que se hiciera un inventario detallado de las láminas y para firmarlo comisionó a doña Elena Paunero Ruiz, conservador de herbarios del Jardín, a doña Paula Millán Alosete, auxiliar artístico, a don Antonio Rodríguez, colector y a don Antonio Aterido, jardinero mayor.

En marcha el inventario se recibió nuevo oficio que dice: *Dirección de Bellas artes. De orden de esta Secretaría, sírvase V. entregar las láminas originales que forman la colección de Mutis que obran en ese Centro, contra recibo y acta de entrega, al Presidente de la Junta delegada del Tesoro artístico de Madrid, D. Roberto Fernández Valbuena, para su traslado a Valencia, dándome cuenta de la ejecución de esta orden. Valencia 7 de Octubre de 1937. Firma ilegible. Sr. Director Accidental del Jardín Botánico de Madrid.*

El inventario estaba para terminarse y en estas condiciones se recibió otra carta más que copiamos: *Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Particular. Madrid 12 de Octubre de 1937. Sr. Cuatrecasas. Madrid. Amigo Cuatrecasas: Roces en orden telegráfica de fecha de hoy me comunica lleve a Valencia volumen obra Mutis. Con saludos antifascistas. — Navas.*

El inventario se firmó por todos los comisionados. Se pusieron las láminas en cajones que estaban preparados y después de precintados éstos por el empacador señor L. Macarrón, se los sacó del Jardín Botánico. Ese día angustioso para cuantos amamos el Jardín Botánico se celebraba en España y en América la fiesta de la Hispanidad de 1937.

El director accidental doctor Cuatrecasas acompañó la colección de que hacía entrega con la siguiente carta:

En cumplimiento de la orden de V. S. de 7 de octubre, relativa a la entrega de la colección de láminas de la Flora de Nueva Granada, de Mutis, a D. Roberto Fernández Valbuena para ser trasladada a Valencia, le notifico que con fecha de ayer se efectuó la entrega de cuarenta y dos carpetas, un tomo encuadernado en folio y un libro inventario, con un total de tres mil cuarenta y dos láminas en folio en color, mil sesenta y siete a medio folio en color, dos mil quinientas veinte a folio, en negro y quince hojas de folio manuscritas, de que consta la obra mencionada, al señor Presidente de la Junta Delegada del Tesoro Artístico de Madrid.

De lo cual se levantó acta por triplicado quedando un ejemplar archivado en esta Dirección, otro en poder del Sr. Valbuena y el tercero, juntamente con una copia del recibo, se remite a V. S. con el presente oficio.

En dicha entrega no está incluído el volumen correspondiente a la Historia de los Arboles de la Quina con texto manuscrito y sesenta y una láminas en folio y color, que en cumplimiento de la Orden telegráfica de V. S. del 12 del corriente y para fines de su publicación, llevará personalmente a Valencia para entregarlo al Sr. Presidente de la Junta para Ampliación de Estudios, el que suscribe.

Todo lo cual le comunico para su conocimiento y efectos.

Madrid, 13 de Octubre de 1937. Salud y República. El Director (Rubricado).

A su vez, el doctor Cuatrecasas, como prenda de todo lo que significa para el Jardín la colección de Mutis, arrancada a su cuidado, obtuvo el siguiente recibo que recordaba la precipitación de aquel famoso capitán Sevilla.

He recibido del Director del Jardín Botánico de Madrid, D. José Cuatrecasas, cuarenta y dos carpetas y un tomo encuadernado en folio, conteniendo las láminas de la Flora de Nueva Granada de Mutis, según se detalla en acta levantada al efecto. Madrid, a doce de octubre de 1937. El Presidente de la Junta Delegada del Tesoro Artístico de Madrid. Firmado: R. Fernández Valbuena.

Poco tiempo estuvo la colección en Valencia, porque algún tiempo después supimos que estaba depositada en Ginebra con cuadros y otros objetos.

Del Jardín salieron, según el inventario que se hizo, 6.690 láminas; 27 menos que las enumeradas por Colmeiro.

Terminada la guerra de liberación nos apresuramos a preguntar por el tesoro iconográfico de Mutis y se nos dió la siguiente respuesta:

Ministerio de Educación Nacional. Servicio de Bellas Artes. Comisaría General del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional.

En contestación a la pregunta formulada por Vd. sobre la colección Mutis, los datos que poseemos tomados del inventario mandado desde Ginebra son los siguientes: P. 168. D-1 a D-7 **Collection des Planches de la Flore de Mutis** *(Jardin Botanique de Madrid).*

Como por el momento no tenemos más detalles le enviamos éstos, que son una transcripción literal del inventario, de los cuales es posible que pueda Vd. deducir lo que le interesaba conocer. Dios guarde a Vd. muchos años. Madrid 8 de Mayo de 1939. Año de la Victoria. El Alférez Secretario, M. de Antiniano. — Sr. D. Francisco Hernández Pacheco. Museo de Ciencias Naturales.

Esta noticia nos tranquilizó algo, pero ardíamos en deseos de ver las láminas para cerciorarnos de si faltaba alguna de ellas.

No pasaron muchos días para que pudiéramos satisfacer nuestros deseos: nos encontrábamos el 1.° de junio de 1939 en el salón de herbarios, hacia las dos de la tarde, cuando el silencio y tranquilidad del lugar fué turbado por unos pasos acompasados y ruido de espuelas. Nos asomamos abandonando el trabajo y vimos a un oficial de Estado Mayor que después de saludarnos nos pregunta:

— ¿Y el señor director?

— Acaba de marcharse.

— ¿Qué cargo tiene usted en este establecimiento?

— Soy conservador del mismo.

— ¡Ah!, muy bien. Va usted a tener la bondad (sacando un papel de una carpeta) de firmarme el recibí. Traigo las láminas de Mutis que las han devuelto de Ginebra.

Eran siete cajones iguales que se colocaron en la Dirección.

No hemos de encarecer la enorme alegría que embargó nuestro ánimo viendo devuelta a nuestro Jardín la más preciada joya que en el mismo se guardaba desde hacía más de un siglo.

El documento que firmamos tenía un membrete que dice: *Ministerio de Educación Nacional. Jefatura Nacional de Bellas Artes. Comisaría general del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional.*

Acta de la recogida de objetos que ha tenido lugar en la Biblioteca Nacional donde se encontraban depositadas provisionalmente, procedentes de Ginebra las cajas con la colección de planchas de la Flora de Mutis y que se trasladan al Jardín Botánico de Madrid.

Relación de objetos:

1.....	D. 1	5.....	D. 5
2.....	D. 2	6.....	D. 6
3.....	D. 3	7.....	D. 7
4.....	D. 4		

Madrid 10 de Junio de 1939. Año de la Victoria.
El Agente, G. Macarrón y Pablo Beltrán de Heredia.
El Agente que se hace cargo de los objetos reseñados, E. Balguerías.

Aquella misma tarde comenzamos la comprobación y en ella llevamos algunos días cuando vino L. Macarrón y, al ver las cajas que aún no estaban abiertas, nos dijo: *se están dando un trabajo inútil; los precintos éstos son buenos y están lo mismo que yo los puse, y por tanto lo que fué, está todo.*

Entonces se suspendió toda comprobación y el director accidental que lo era el Dr. Caballero, vuelto el 6 de junio de 1938 de Valencia, adonde lo habían enviado, mandó un oficio dirigido al ilustrísimo señor Vicepresidente del Instituto de España que dice: *Ilmo. Sr. Presidente del Instituto de España. Tengo el honor de comunicarle que con esta fecha han sido recontadas y depositadas en nuestro Jardín Botánico las láminas de la Flora de Nueva Granada (Colombia) que constituyen la colección de Mutis y que han llegado sin deterioro exceptuando el tomo encuadernado de Las Quinas en el cual se han cortado las páginas correspondientes al texto y una mitad de las Láminas, pero sin que aquéllas ni éstas hayan sufrido daño alguno siendo al parecer, fácilmente reparable este desperfecto. Lo que tengo la satisfacción de decirle para su conocimiento y demás efectos. Dios guarde a V. I. muchos años. Madrid 10 de Junio de 1939. Año de la Victoria. — El Director provisional, Arturo Caballero.*

El acta de entrega de las láminas se dió a la Dirección una vez recibido el último oficio que copiamos y se encuentra en el archivo (36).

Interesados en la suerte de las láminas de Mutis, hemos pasado por alto, hasta aquí, la que corrieron otros materiales provenientes de la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada llegados al palacio real en 1817.

Los diarios, cartas, trabajos inéditos, etc., pasaron al archivo del Jardín Botánico. Las plantas secas que vinieron de Santa Fe, mezcladas en 43 paquetes forrados en tela impermeable, se guardaron intactas por muchos años, en uno de los locales altos del Museo de Pinturas, de donde pasaron al salón de herbarios y a sus armarios centrales cuando este salón se construyó. En 1932 vino a Madrid el conservador del herbario nacional de los Estados Unidos de Norteamérica, doctor Elsworth P. Killip, quien convino con los directores del Jardín en que montaría y determinaría las especies mutisianas, llevando muchos ejemplares a la Smithsonian Institution de Washington y conservando para ese centro los ejemplares que se hallaran más duplicados. Así se hizo en julio de 1932.

Ya con miras a la publicación de las láminas científicamente determinadas, el gobierno del Estado español confió al doctor Caballero la labor de poner nombre científico a los icones, labor que llevaba adelantada cuando acaeció su muerte lamentada.

De los materiales de la Real Expedición Botánica al Nuevo Reino hay un hemisferio que aún continúa en las sombras y es el cúmulo de ellos que pasó al Museo de Ciencias Naturales. En el archivo de esa institución, Junta de Protección, Ljo. núm. 2, consta que Van Hallen pidió recibo de los cajones correspondientes y que tal documento se le entregó. Además se habla de 60 láminas de aves que allí iban incluídas. Pero nadie ha seguido tal pista para averiguar el paradero de la obra zoológica de Mutis (37).

Cuando en 1932 se celebró el bicentenario del nacimiento de Mutis, José Martínez Ruiz, *Azorín*, publicó una nota periodística, donde decía:

... Cada vez que se nombra un nuevo Ministro de Instrucción Pública es como si apareciera en el horizonte un barco que viniera a socorrer a los pobres habitadores de los islotes. Si el Ministro es inculto, el barco pasa de lejos; si es ilustrado, el barco se acerca a la costa. Al presente el Ministro es persona culta y sensible; el barco aparece en el horizonte y se va acercando. Los moradores de los islotes están contentísimos; por fin va a haber un Ministro a quien interesen las ciencias naturales; se va a prestar atención a los desamparados Museos de Ciencias Naturales y Jardín Botánico. Se va acercando el barco. En la playa, los moradores de las islas lo ven venir gozosos. Se divisa al Ministro en la cubierta. «¡Qué simpático es! — exclaman los pobres insulanos —. ¡Qué inteligente! ¡Qué culto! ¡Qué fino! ¡Qué comprensivo! Ha dado medio millón para estudios medioevales; ha dado un millón para teatro lírico. Con seguridad que nos va a atender a nosotros.» Todos esperan que el barco se acerque; todos saludan con sus pañuelos. Y de pronto, el barco, en vez de aproximarse a la costa, sigue su rumbo, sigue, sigue, sigue.

Pero mientras le llegan mejores días, el Real Jardín Botánico del Prado de Madrid cumplirá, según la expresión de José C. Mutis, su deber *como bueno, hasta rendir la vida*. Y esta misión insigne es la de conservar los materiales de la Real Expedición del Nuevo Reino hasta su preciso complemento y acabado.

---

(36) Deseosos de aclarar cuanto sea posible los itinerarios seguidos por las láminas de Mutis, pudimos allegar los siguientes datos:

Fué hacia 1931, cuando el Prof. Ignacio Bolívar se ocupó de pulsar las posibilidades que se presentaran para publicar la iconografía de Mutis. De ese año data la impresión de cinco láminas, cuyas pruebas impresas fueron llevadas a Colombia y publicadas en la Revista de la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Bogotá. Representaban: una bromeliácea, una pasiflorácea, una lecitidácea, la *Manettia coccinea* y el *Senecio formosus*. Su reproducción había sido confiada a diversos impresores con el objeto de elegir entre ellos los mejores talleres para reproducir la iconografía de Mutis. Las láminas que sirvieron de modelo para todas estas reproducciones, se hallan hoy día en sus puestos en el Jardín Botánico de Madrid.

Fué sobre los años 1936 ó 37 cuando se preparaba la reunión en Madrid de un Congreso Antipalúdico. La directiva del organismo preparatorio, principalmente los profesores Pittaluga y Sadi de Buen, se interesaron mucho por publicar el tomo de las quinas preparado por Mutis. Como iniciación y con miras a abrir paso a la idea, una casa impresora de Madrid editó en numerosos ejemplares la lámina de la *Cinchona ovalifolia* Mutis, los cuales después, por diversos acontecimientos bélicos, fueron destruídos.

Por el mismo tiempo se hicieron gestiones para la publicación de la iconografía completa, la cual llegó a contratarse con un editor de Barcelona. En conexión con el conato anteriormente rememorado se quiso dar principio a la edición por el tomo de las quinas. Esta fué la razón por qué tal volumen, que hacía tiempo se guardaba encuadernado en la colección, fué llevado a Barcelona por el director interino en persona y de que sus hojas fueran separadas sin hacer el menor daño a los dibujos. Encargado de la edición en la ciudad catalana fué el Dr. Font Quer. De sus manos pasó el tomo a las del protector del Tesoro Artístico, quien puso las quinas de Mutis en camino para que se reunieran de nuevo con la colección total, según lo expone el doctor Balguerías.

(37) En el Archivo del Museo de Ciencias Naturales de Madrid, con el rótulo «Junta de Protección», legajo correspondiente a 1817, he encontrado varios documentos que nos dan alguna idea de la naturaleza y paradero de los materiales de Mutis, llegados en 1817 al Museo susodicho. Para explicárselos mejor conviene recordar: de una parte, la precipitación, varias veces reprobada, del capitán Sevilla, urgiendo el empacado por el *sabio aristócrata* Sinforoso, y, por otra, el método *especial* ideado por don Celestino y de que él habla muy satisfecho, para conservar las características de las aves, el cual con estos documentos se nos descubre en toda su insuficiencia.

Exmo. Señor:

Con arreglo a lo prevenido por V. Excelencia y esa respetable Junta, en oficio de 3 del corriente, se ejecutó el 11 del mismo por el Profesor de Mineralogía don Donato García, a presencia del comisionado don Antonio Wan Hallen y de la mía, el reconocimiento de los veinte Caxones, pertenecientes a la Expedición Científica de Santa Fe de Bogotá con destino a este Real Gabinete de Historia Natural. Concluída que fué la operación, supliqué al referido don Antonio me cediese el catálogo general que tenía para copiar de él la explicación de lo contenido en dichos veinte caxones y poderle dar, con arreglo a ello, el resguardo que solicitaba; en su virtud se han sacado las cinco listas que incluyo a V. Excelencia, de acuerdo con el citado Profesor don Donato García, por si hubiese a bien aprobar el que se pasen al caballero Wan Hallen las tres que tiene pedidas y que de las otras dos la una se quede en el estudio de Mineralogía y la otra en este Real Gabinete, después que las haya autorizado con su firma el Señor Wan Hallen.

Los objetos contenidos en dichos veinte caxones son los mismos que menciona el Catálogo; pero muchos de ellos han llegado en estado bien deplorable, en particular los insectos y demás que se citan en el caxón número 89, pertenecientes al reino animal, lo qual puede ser efecto o de su mala preparación o de lo mucho que pueden haber padecido en la larga travesía hasta su entrega en esta Corte. Nuestro Señor dilate la vida de V. Excelencia muchos años. Exmo. Señor: Manuel Castro González.

Exmo. Señor: Marqués de Santa Cruz, Presidente de la Junta de Protección del Museo de Ciencias Naturales.

Exmo. Señor: He asistido a la confrontación de la lista de los objetos de Zoología y de Mineralogía que contienen los veinte caxones pertenecientes a la Expedición de Santa Fe de Bogotá, conforme V. Excelencia me lo encargó con fecha del 3 del corriente. Dichos objetos corresponden en todo al catálogo y así queda concluída, por lo que hace a estos ramos, la misión del encargado don Antonio Wan Hallen. Creo deber, con este motivo, advertir a V. Excelencia, para los efectos que estime por convenientes, que las producciones minerales y muchas de las del reino animal han llegado en un estado bastante deteriorado, a causa sin duda del mal empaque y larga travesía. Por fortuna es de poca consecuencia este incidente por lo que respecta a los minerales, pues éstos se reducen a sustancias comuníssimas de cuarzo, espato calizo, arcillas, piritas de hierro y de cobre. Dios guarde a V. Excelencia muchos años. Madrid y noviembre 16 de 1817.—Donato García.

Exmo. Señor: Marqués de Santa Cruz, Protector del Real Museo de Ciencias Naturales.

Habiéndose ya concluído el reconocimiento de los veinte cajones provenientes de la Expedición Científica de Santa Fe de Bogotá destinados al Gabinete de Historia Natural del Museo y habiéndome usted manifestado deseaba la copia de las mismas por triplicado, doy al efecto con esa fecha la orden al Bibliotecario de dicho Gabinete, sirviéndose usted firmar dos más, una de las cuales quedará en la escuela de mineralogía y otra en el Gabinete de Historia Natural.

Al mismo tiempo no puedo menos de manifestar a usted lo satisfecha que está la Junta de Protección del celo y esmero con que se ha conducido en todo este negocio y que siempre estará pronta a manifestar públicamente su gratitud. Dios guarde a usted muchos años. Madrid 22 de Noviembre de 1817.

(Firma del Marqués de Santa Cruz.) Señor Don Antonio Wan Hallen.

Exmo. Señor: La Colección de sesenta papeles, que representan ciertas especies de páxaros, con sus plumas naturales, y la qual remito adjunta a V. Excelencia, quiere el Rey Nuestro Señor que sirva para adorno del Gabinete del Real Museo de Ciencias. Su procedencia es de Santa Fe de Bogotá y quizá puede que pertenezca a los efectos de la Expedición de Mutis. Lo participo a V. Excelencia de Real Orden para su inteligencia y efectos convenientes. Dios guíe a V. Excelencia muchos años.

Palacio 19 de Diciembre de 1817. José Pizarro. Señor Marqués de Santa Cruz.

Excelentísimo Señor: En la mañana de ayer me entregó, de orden de V. Excelencia, el barrendero de este Real Gabinete de Historia Natural don Cándido Fernández, un caxón abierto, el qual contiene sesenta estampas con un pájaro en cada una, adornado de ramas y flores chinescas y vestidos sus cuerpos con plumas presentando al pájaro en su natural. Y por el oficio que acabo de recibir de esa respetable Junta quedo enterado de que S. M. quiere que dicha colección de sesenta aves sirva para adorno del Gabinete, y de que siendo la procedencia de ellas de Santa Fe de Bogotá, quizá puedan pertenecer a los efectos de la Expedición de Mutis. Nuestro Señor dilate la vida de V. Excelencia muchos y felices años. Madrid 28 de Diciembre de 1817.—Manuel Castro González.

Exmo. Señor: Marqués de Santa Cruz, Presidente de la Junta de Protección del Museo de Ciencias.

De los precitados documentos se deduce: primero, que los materiales del Museo de Mutis, medianamente fijados eran muy inestables; segundo, que sólo tenían valor informativo en su país de origen como prospección de los recursos naturales del Nuevo Reino de Granada, y, por último, que su despacho se efectuó en forma verdaderamente destructora.

(Notas de E. Pérez-Arbeláez.)

CAPITULO XXXV

NO MURIO, SE FUE ALEJANDO

Nada apaga el hervor de los crisoles.
En su fondo, sellada está la eterna
Idea de Platón. Lejanos soles
Un día encenderán nuestra caverna.

R. DEL VALLE-INCLÁN,
Claves líricas.

Incompleta por las dificultades que rodeaban el trabajo científico en la Nueva Granada y por las dimensiones que quiso darle su genitor, despedazada por la ignorancia, ensangrentada por el martirio de sus hombres, la Expedición Botánica siguió alumbrando con esa fosforescencia que emana de los huesos que han bebido sol.

Matis, el dibujante, era en 1820 o en el 21 un anciano de cerca de sesenta años. Su retrato dibujado por Espinosa, el famoso abanderado de Nariño, en la piedra litográfica y en el camafeo que guarda el Museo de Antigüedades de Bogotá, nos lo presentan enjuto, algo giboso, con unos ojos grandes, de mirada penetrante, barba corta y blanca, frente espaciosa bajo la cabellera crecida y cana, con manos finas y sarmentosas, una sobre la sien izquierda y otra emparejando, como para dibujarla, una fruta de zapote, su *Matisia cordata*, junto a una liana de *Aristolochia*. De su vida traviesa le queda una sonrisa satírica y de la laboriosa una casaca raída.

Matis, pues, tal año del 20 al 21 entró en la amistad con un sacerdote muy aficionado a los estudios de ciencias naturales, Juan María Céspedes, nacido en Tuluá, ciudad hidalga del antiguo Cauca, en 1776. Según F. Vezga se había aficionado a esas disciplinas a la edad de treinta años, leyendo un ejemplar del **Systhema Plantarum** de Linné, que encontró en una posada de Caloto, pero a pesar de sus deseos, no había podido comunicarse con la Expedición Botánica, recibir sus lecciones y unir a sus esfuerzos investigativos los propios.

Vemos a Céspedes, junto con Matis, acompañando a la expedición de M. E. Ribero, estudiando los monumentos arqueológicos de San Agustín y colectando la flora de las cabeceras del Magdalena; después en excursiones por todo el país, de las cuales fué la más fructuosa una a las montañas del Opón, escoltado por 24 hombres armados, en precaución de los indios bravos que entonces las habitaban (1837). Allí lo hirió un árbol de la selva y por complicaciones vino a morir en Guasca el 21 de enero de 1848.

El primer Jardín Botánico que se abrirá en Colombia, en Tuluá, llevará el nombre de este botánico, que hizo una magnífica colección y numerosos dibujos de nuestra flora, de los cuales se ignora el paradero.

Matis, consciente de que había *curzao* en la Flora de Mutis y *estudiao* botánica, dió lecciones de ella a M. M. Quijano, médico de Popayán (1782-1853) y a Joaquín Acosta (1779-1852), naturalista, historiador, geógrafo y militar, reeditor del **Semanario** de Caldas, amigo de Humboldt y asiduo estudioso de la naturaleza colombiana, a cuyo interés excitó a los estudiosos durante sus permanencias en París.

Otro que se puede llamar discípulo de Matis es el doctor Francisco Bayón, quien acostumbraba salir con él de excursión por los prados o por los montes cercanos a Bogotá y llevarlo sobre sus espaldas en las subidas difíciles o en los pasos incómodos. En realidad las enseñanzas de Matis estaban ya anticuadas, sus clasificaciones en desuso. Pero Bayón las remozó con los libros y las transmitió a un numeroso alumnado desde sus cátedras de San Bartolomé y el Rosario.

Zea, heraldo de Colombia naciente en Angostura, si no pudo seguir su rumbo de naturalista al sobrevenir la represión de los afrancesados, con la que España exaltó su grandeza, sí quiso que se reanudaran los estudios y se reparara la pérdida de la Expedición Botánica. Ese era el deseo del libertador Bolívar y por mandato suyo el entonces plenipotenciario de Colombia y Venezuela ante Inglaterra contrató la misión de J. B. Boussingault (1802-1887), P. Roulin, J. J. Goudot, J. Bourdon y M. E. de Rivero. Con esta misión se establecieron cátedras de Ciencias Naturales en Bogotá, se inició un Museo y se dió origen a diversas investigaciones económicas, cuyo efecto quedó en suspenso por nuestras concatenadas contiendas políticas.

Ya hemos dicho algo sobre el mayor sistemático que estudió la flora de la República, J. J. Triana, nacido en Bogotá, en 1828 y fallecido en París en 1890. El mismo hace constar que aprendió de Matis a determinar los géneros de muchas plantas neogranadinas.

Sus mejores triunfos los debió Triana a la Expedición de Mutis. Cuando en 1889 se celebró en París la Exposición Universal, centenaria de la toma de la Bastilla y del primer año de la Revolución Francesa, Triana, con licencia del Botánico de Madrid, presentó y publicó las láminas de Mutis que hoy aparecen empastadas en la iconografía.

Todavía más lejos había de ir la transmisión de los estudios botánicos de mano en mano. En los últimos años de la corográfica, sustituyó a Triana otro botánico: Santiago Cortés (1849-1922), quien colectó con pasión artística y mediante numerosos escritos mantuvo el interés por los estudios de sistemática y de las aplicaciones de la ciencia.

A la muerte de Cortés, la ciencia amable de Linné y de Mutis pareció extinguirse en Colombia. Pero el ejemplo de la Expedición Botánica, fué siempre, en la mentalidad de nuestros connacionales, un faro que llamaba los timones hacia el derrotero de los estudios de la flora, hacia la naturaleza, madre de los destinos de nuestra patria.

De ahí nacieron varias empresas botánicas que merecen ser consignadas en este libro. Desde luego las recolecciones herbarias e intercambios inaugurados por ese gran naturalista francés que fué el Hermano Apolinar María de las E. E. C. C., que tuvieron su sede en el Museo de la Salle de Bogotá y que con él perecieron trágicamente.

Mas vinculadas, sin embargo, con la tradición de Mutis, estuvieron mis propias actividades. En 1926, aprovechando vacaciones de la Universidad de Muenchen (Alemania), puede estudiar en Madrid, al lado del insigne doctor Arturo Caballero Segares, los archivos iconográficos y epistolares de Mutis, de donde saqué el propósito, quimérico entonces, de renovar para mi patria las glorias y los servicios de la Expedición Botánica. En este cometido de mi vida se jalonan la fundación del Herbario Nacional Colombiano; la celebración del II Centenario del nacimiento de Mutis; la construcción del primer edificio que se alzó en la Ciudad Universitaria, mi ponencia como delegado de Colombia a la I Reunión de Río Janeiro y esta que ahora presentamos, iniciación de la Flora de la Real Expedición Botánica. Mutis por modelo y su excelsa memoria por estímulo, me he puesto a la cerviz el collar del indio, donde alternan las plumas y las gemas con los dientes de caimán, y digo como Virgilio: *Sic vos non vobis fertis arathza boves*. Creo, sin embargo, que la realidad mutisiana es un hecho que ya nadie puede ignorar.

CAPITULO XXXVI

PRESENCIA DE ESPAÑA

Por cuanto coviene a mi servicio y bien de mis vasallos el examen y conocimiento metódico de las producciones naturales de mis dominios.

CARLOS III. (Comienzo de la **Real Cédula** aprobatoria de la Expedición Mutis, 1 de nov. 1783.)

Cuando merced a Caballero y Góngora y al ministro Gálvez pudo llegar a conocimiento del rey la representación de Mutis, la cual desde 1763, por veinte años, yacía inadvertida entre el fárrago de memoriales, peticiones, informes y expedientes llovidos de todo el mundo colonial sobre el Despacho General de Indias, desde entonces se manifestó, en forma creciente hasta nuestros días, el interés de España por la obra del sabio gaditano. De este interés nos han dejado documentos importantes, el gobierno, los gestores de la ciencia y aun el hombre común de la península.

Esta corriente de simpatía obedeció, en sus principios, al conocimiento de la personalidad del mismo Mutis, de su patriotismo, de su laboriosidad, de sus capacidades científicas, de su orgullo nacionalista, de su vigor aglutinante en la sociedad de la lejana colonia, de su religiosidad y valores morales, todo tan en consonancia con el espíritu de la corte. Influían además en la protección solicitada, los móviles económicos, las esperanzas fundadas en el reconocimiento de los recursos de la nación, la visión geográfica que se extendía por igual a todos los dominios y a la cual supo hábilmente contribuir Mutis llamando a su obra: **Historia Natural de la América Septentrional,** con lo que deslindaba su campo del de la expedición peruana. Esta se llamaba de la América meridional, pero no llegaría a ocuparse de los países intertropicales dilatados en Suramérica al norte del ecuador terrestre, es decir, del Nuevo Reino con sus dependencias, Quito y Caracas, hasta las Guayanas. Así que los auxilios pedidos por Mutis en dinero e instrumentos parecieron justos, el éxito de su empresa asegurado y el prestigio nacional acrecentado según era el aprecio que hacían de Mutis los científicos extranjeros. Para España de uno y otro lado del mar, era satisfactorio verse representada por tan elevado exponente. Fué mérito del arzobispo virrey fijar en el convencimiento de la corte estos motivos del apoyo a su amigo.

Después, era natural que los informes de otros virreyes se remansaran en el tópico de la Expedición Botánica, como en la realización más eminente y de tipo más europeo que se presentaba en sus dominios. España siguió las vicisitudes del instituto mutisiano, se preocupó por la salud de su Rector, se llenó de esperanzas con las promesas de la pronta aparición de los primeros tomos de la Flora; con su dilación se tornó impaciente y celosa y con el peligro de su pérdida se sintió lastimada en lo más íntimo.

Sólo complejos históricos irrefragables que afectaron a toda la nación, las pérdidas demoledoras que en su trayectoria sufrió la obra de Mutis y la elevación sideral que él mismo le trazó, hicieron que corriera tantos años soterrada hasta brotar en nuestros días como manantial juvenil y cristalino.

Pareció olvidada un tiempo la bella durmiente del bosque, como aguardando a que se serenaran los espíritus. Pero siempre, hasta el español más elemental, comprendió que los documentos de la Expedición Botánica significaban un lazo de simpatía con la República de Colombia y un plano de comprensión con todo ciudadano de la América hispana. Estos sentimientos fueron los que en su oportunidad dieron origen al **Acuerdo Internacional** entre los Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y de Bogotá para el estudio en colaboración y la responsabilidad unificada en la publicación de la Flora de la Real Expedición del Nuevo Reino de Granada.

Es un hecho que la suerte de los materiales botánicos de la Expedición ha provocado ásperos reproches contra los gobernantes o contra determinadas entidades científicas de la península. El mismo Lagasca es severo crítico del gobierno español por no haber editado en su tiempo tan valiosos originales. Hoy, sin embargo, podemos felicitarnos por las ondulaciones del camino recorrido y por la tardía oportunidad, cuando ésta se ofrece de que la obra de Mutis llegue a término a la altura con que fué planeada y siendo, como quiso su autor, un servicio a la consolidación hispana.

Los cortesanos de Santa Fe, que en tiempo de Messía de la Zerda miraban a su médico como a sujeto *de ideas extravagantes* en lucha con los Padres predicadores por el sistema de Newton, oponiéndose a los curanderos que no eran sino audaces teguas; cuando ya lo vieron de consejero de los virreyes y su empresa aprobada por la corte de Madrid, se cambiaron en sus admiradores. Pero como las emulaciones se aletargan, mas nunca mueren y los cortesanos favores *prisiones son donde al más astuto nacen canas,* de la misma Santa Fe nacieron las alarmas sobre que Mutis no terminaría su obra, antes bien, que se frustrarían los empeños de la corona y los dineros de las arcas reales. Esto dió origen al traslado de la Expedición a Santa Fe, ordenado por el virrey Ezpeleta contra la voluntad recóndita de Mutis, quien hubo de defenderse en tal ocasión de enojosas inculpaciones.

Vivo el sabio todavía, la corte de Madrid se inquietó por las noticias de su enfermedad y por el temor de que la Flora de Bogotá no quedara completa para ver la luz pública. Entonces se pidieron informes y tuvo lugar en 1793 la visita — molesta en medio de su resultado favorable — que practicó el deán de la catedral de Santa Fe, don Francisco Martínez, a la Expedición para informar sobre su marcha.

Mutis era médico y a los tales les toca a veces, como a las postrimerías, proferir la sentencia definitiva. Por eso al sabio le correspondió desahuciar y despachar a su propio juez. Lo malo estaba en que aquellos recelos sobre el resultado de la Expedición, sin culpa alguna de Mutis, eran fundados. El mismo lo vió con claridad y dirigió su empeño a formarse un sucesor que llevara a término lo que sus fuerzas ya no le permitían; prometió por separado a Zea y a Caldas dejarlos en su puesto, lo que por razones disculpables vino a cumplir con Sinforoso su sobrino. Vino el afán por perfeccionar las anatomías de las piezas florales — todavía mandaba Linné — de las especies contenidas en las láminas y la ocupación de los pintores más que en dibujar nuevas láminas a color, en preparar los duplicados en negro-gris que se juzgaban necesarios para la impresión. En ese desconcierto por el punto final de su obra, le sorprendió el de su vida.

Los hechos que siguieron a la muerte de Mutis fueron apenas un lógico devanarse de tales antecedentes. La Expedición perdió su inmediato contacto con la corte de Madrid; se tornó veleidoso el apoyo virreinal, los mismos miembros de la Expedición recriminaban a Mutis el malogro de sus esperanzas y lanzaban quejas contra Rizo, el fiel mayordomo, en cuyo cadalso debió poner alguna tabla ese ambiente que le formaron sus mismos compañeros de otros tiempos. Para colofón, Zea, Caldas, Rizo, Lozano, Umaña y Sinforoso Mutis, las figuras salientes de la Expedición, aparecieron como rebeldes contra el gobierno que era el único patrono de la misma. Estos hechos vistos desde Madrid no se prestaban sino a la orden de trasladar acá los materiales preparados para la Flora, la que cumplió Morillo a toda prisa porque ya Bolívar le pisaba los espolines. A más de que ése era el único camino para la publicación deseada, se podían temer diversos factores de pérdida, sobre los cuales, considerándolos en nuestros días, están de acuerdo todos los colombianos conocedores de su historia.

Publicar la Flora de la Real Expedición ha sido siempre compara-

ble a la tarea de reconstruir un árbol frondoso después de que el otoño derribó sus hojas y las arremolinó en el jardín solitario. Pero no obstante eso y que España tampoco estaba en paz, la primera moción del gobierno de Madrid fué comisionar al eminente botánico don Mariano Lagasca para que publicara la Flora de Bogotá. Pronto hubo de ver que la empresa superaba sus fuerzas y los recursos del Estado.

Significó un verdadero paso hacia la valorización de la obra mutisiana, hacia la más científica presentación de su archivo y hacia el acercamiento de su publicidad el estudio que sobre los materiales conservados en el Jardín Botánico hizo, con aquiescencia plena del Gobierno y de los custodios del mismo, el célebre taxonomista colombiano don José Jerónimo Triana. Se le permitió exponer en París las láminas de la Quinología y dar a los icones el orden sistemático de que antes carecían.

Y llegó un nuevo siglo, y en 1932 se conmemoró con solemnes actos celebrados en España y en casi todas las naciones hispanoamericanas, el II Centenario del nacimiento de don José Celestino Mutis. Esa fecha debe ser mirada como el comienzo de la glorificación del sabio y de la restauración de sus prerrogativas históricas.

Con esa ocasión el Jardín Botánico de Madrid hizo un ensayo que resultó alentador, ordenando la reproducción de varias láminas de la Expedición Botánica. La contemplación de esas policromías encendió la impaciencia porque toda la preciosa colección conservada en el Botánico viera la luz pública. Sin embargo la hora no había sonado, porque era evidente que las láminas debían publicarse cada una con el nombre de la especie en ella representada, sin lo cual el valor artístico de la colección, por demás monótono, no iría hermanado con el científico y desdiría de los centros técnicos que la tomaran a su cargo.

Una vez más el valor humano y el patriótico de la vida de Mutis habían de recabar el apoyo de España, para que su obra se realizara con el fausto de que supo vestirla su iniciador y al propio tiempo, visto por un distinto cariz, había de mover a los colombianos para reclamar como suyo el deber y el honor de colaborar con España en la exaltación de un gran ciudadano suyo como sabio, como colono de la Nueva Granada y como precursor de una nacionalidad.

Todo este libro es la declaración lógica de estos hechos, enigmáticos a primera vista y tan naturales si bien se los analiza.

La política seguida por el actual gobierno de España fué favorable a los planes de editar la Flora en los cuales han convergido anhelos de dos naciones pidiendo justicia para los trabajos de Mutis y exaltándolos como prez de la raza y colmo de comunes sentimientos. Tal publicación enmarca perfectamente dentro de los estandartes enarbolados por los Institutos de Cultura Hispánica y — fortuna que no alcanzaron nuestros mayores — se halla ya madura para convertirse en realidad.

Durante siglo y medio la figura del médico y sacerdote gaditano se fué alejando y desdibujándose en lontananza. Ahora vuelve, y el navío de Sus Majestades llamado *Castilla*, entra a velas desplegadas al puerto donde nunca se apagaron los faros que lo evocaban.

La primera medida que han tomado los Institutos de Cultura Hispánica de Madrid y de Bogotá, en orden a la publicación de la Flora ha sido nombrar de su seno un Comité de especialistas, para planear en detalle la publicación y elaborar los textos que han de acompañar a las láminas. Este constará, rutinariamente de dos partes que expresarán, la primera, lo que la ciencia moderna taxonómica sabe de la especie iconografiada y la segunda recogerá los datos, todavía dispersos en los diarios y en la correspondencia de Mutis, sobre la misma planta.

Se han repartido las láminas en grupos según los órdenes de Engler y de tal suerte que con ellas se obtengan tomos de equilibradas proporciones. Con eso hemos fijado nuestro rumbo, que nos dará cincuenta y un volúmenes de la Flora, cada uno con un número aproximado de cincuenta especies. El total de láminas por publicar se acerca a dos mil quinientas.

El ritmo inicial de la publicación será de uno a dos tomos por año, lo que significa labor distendida y prolija, pero acomodada a las fuerzas con que ahora contamos, pues estamos convencidos de que si la obra científica y la editorial conservan la excelencia que Mutis les prescribió, no faltarán ni la voluntad de los Gobiernos para sostenerla hasta el fin, ni la emulación entre los científicos para investigar la Flora mutisiana y los archivos de la Expedición y para acopiar los materiales necesarios, ni el interés del mundo científico que nos apoye y estimule.

Alguno de los que en lo futuro se interesen por esta empresa secular, tal vez recoja nuestros nombres y diga, considerando esta continuidad discontinua, esta trayectoria insólita de la obra mutisiana, que las grandes ideas, como los árboles, pueden perder su follaje, pero que, si arraigan en la raza hispana, reverdecerán en el momento propicio.

S. M. EL REY DON FERNANDO VII

En su reinado se dispuso la conservación, en diversos centros científicos madrileños, de los materiales científicos de la Real Expedición, y que el retrato de J. C. Mutis fuera colocado en el Jardín Botánico. Retrato por Vicente López en el Museo del Prado.

CAPITULO XXXVII

CONCLUSION CON URDIMBRE DE ESPERANZA

Esta obra no corresponde a otro suelo sino al nuestro; lo mismo es hoy que mañana.

SALVADOR RIZO, **Informe** a la Junta Suprema el 8 de diciembre de 1810.

En uno de los lemas capitulares de esta obra se leen unas palabras de Emilio Robledo donde afirma que no son las multitudes, sino pocos hombres, los que crean la cultura. Este libro, al tratar de la epopeya conquistadora dijo, al revés, que esa obra titánica se había llevado a cabo por la masa popular española. Ambos principios son verdad, se coordinan y se ajustan, porque las ideas tienen forma de lanza que entra en punta y desangra en hoja, y su arquitectura es piramidal, que apunta al cielo y se cimenta ampliamente en las entrañas de la tierra.

En el libro presente hemos asistido por sus pasos a la mayor transformación ideológica que presentan de consuno la historia de Colombia y la historia de la colonización española, en el noroeste de Suramérica, por no decir en toda ella. Y vimos surgir la creación de la tenacidad y del esfuerzo, cuando los estimula el orgullo español, el anhelo de superación, de vinculación con la naturaleza ambiente, el arrojo a lo inaccesible. Desde esa altura Humboldt señaló con el dedo las grandes transformaciones que se habían de operar en América y que hoy son realidades.

Aquella obra quedó truncada, como puede quedar ésta por una decadencia en cascada de las generaciones patrias.

Seguramente los versados en la historia de la Expedición Botánica del Nuevo Reino no habrán hallado en nuestro libro muchos hechos que les fueran desconocidos. Porque sólo hemos pretendido presentar los datos consabidos en el fondo relevante de sus sucesos contemporáneos y enlazarlos con un hilo cronológico que los aclare y con una lógica que muestre su significado científico, nacional y humano. Creemos que en eso hay algo que se había escapado a los autores preclaros que nos han precedido.

De tal concatenación se deduce que don José Celestino Mutis fué, no sólo el iniciador de la Expedición, sino su alma, tan íntimamente unida a ella, que ambos decaían a la vez, a la par se inflamaban y era fuerza que murieran juntos. Así que las épocas que el historiador descubre en la vida de Mutis jalonan también el desarrollo de su creación inconmensurable en la historia colombiana.

Se nos impone la inversa de los hechos que hemos considerado. Un pueblo puede tener desarrollada su industria, su comercio, saneada su economía. Pero si carece de vinculación con la naturaleza, de la llama crepitante de la ambición científica, del campanear de los yunques de la proeza mental, será rico, pero no tendrá porvenir. Porque el horizonte es lo que aligera los pies, la persuasión de que el camino sigue y de que la punta de lanza está ya clavada, es la que abre a la furia las entrañas arúspices de lo imposible.

La obra que con estos párrafos cerramos compromete a muchos y exige un gran esfuerzo. Ella muestra la obligación que tenemos, así españoles como colombianos, de dar el acabado publicitario a los documentos científicos que nos legó la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino; pregona ante el mundo la obligación contraída por dos gobiernos generosos, de prestar su apoyo a esta realización y compromete, sobre todo a los arquitectos de las Ciencias Naturales de España y de Colombia, a redoblar intensidades, a unificar investigaciones, a reanudar los hilos que rompió la muerte y que desgarraron vicisitudes sesquiseculares, de tantas iniciativas como Mutis y su escuela nos dejaron cuando el espíritu americano se liberaba apenas de la selva, imperio de los shamanes, flotando como neblina y flor; semilla y alas.

Recorriendo los caminos de Colombia, cuántas veces al ver una planta cubierta quizás por el polvo que levantan los autos, mirando una cordillera, observando una estrella, viendo volar un insecto, brillar un metal, he dicho: aquí llegaron, aquí se detuvieron, ante esta antera o en esta orilla se pararon contemplativos los hombres de la Expedición Botánica. Y me he preguntado si seremos capaces de repetir los días aquellos uno a uno y juntos todos, en que una generación de nuestra sangre desataba luz tan viva, tan penetrante que, a través de las polvaredas de la historia, ha llegado hasta nosotros.

Sí lo seremos, porque España no puede ser un pueblo sin continuación americana, ni Colombia una nación sin pasado científico. Ni unos ni otros podemos desertar de la empresa de Mutis: crear la fe en nosotros mismos.

APENDICE

DOCUMENTOS SOBRE MUTIS Y LA REAL EXPEDICION EN EL ARCHIVO DE INDIAS

INFORME DE J. C. MUTIS SOBRE LOS PINTORES

«Exmo. Señor = Esperando siempre por instantes la llegada de los dos pintores españoles que se ha dignado remitir el Rey para aumentar el número de los de América y acelerar en lo posible la conclusión de la Flora, he ido difiriendo participar a V. Ex., para su satisfacción y obtener su última aprobación, los progresos que han hecho los que he formado aquí bajo mi mano, a costa de mi paciencia y los sueldos señalados y devengados según sus habilidades; procediendo de orden de V. Ex. y con acuerdo del Presidente de Quito respecto a los cinco venidos de aquella Provincia y arreglado a las anteriores disposiciones de V. Exc. respecto de los dos únicos que pudieron subsistir a la constancia de las tareas impuestas en desempeño del Rl. Servicio.

»Rodeado por todas partes de las dificultades que trastornan los más bien concertados proyectos, me propuse, desde el principio de mi Expedición, conquistar Pintores y Adjuntos que me ayudasen hasta la terminación de la obra proyectada. Sea que mi afición y constancia en el trabajo, o bien sea lo poco favorable de estos temperamentos de mi residencia, lo cierto es que mi habilísimo discípulo y Adjunto el Dr. don Juan Eloy Valenzuela se retiró muy enfermo por Mayo de 84 y se despidió del servicio a fines de Agosto del mismo año; siguiendo semejante retirada, por iguales motivos, a fines del mismo año 84, mi antiguo Pintor D. Antonio García.

»Previendo estas contingencias comuniqué a V. Ex. el pensamiento de ganar la voluntad de los dos jóvenes Pintores que pude encontrar entonces: D. Salvador Rizo y D. Francisco Xavier Matis. Pude lograr mis intentos aficionándolos a unas tareas pesadísimas, suavizadas con sus competentes salarios y con la esperanza de algunos honrados destinos que yo les proporcionaría concluída la Expedición. En efecto, estos dos han permanecido desde entonces y subsisten con amor al Rl. Servicio y subsisten desempeñando dignamente sus obligaciones.

»Empeñado yo más cada día por las fundadas esperanzas que han concebido los Sabios Botánicos de Europa de una obra tal vez nunca vista semejante ni fácil de volverse a imitar, como lo manifiestan los elogios que se propagan entre los inteligentes y publican los escritos de los grandes Botánicos, he tenido que valerme de muy raros arbitrios para conquistar la voluntad de mis oficiales de modo que desempeñen mis ideas. Es ciertamente una cosa nunca vista en América, donde no han precedido exemplares que imitar, mantener una oficina tan bien ordenada y servida al fin del año como al principio, en que diariamente se trabajan nueve horas, las más que permiten las once, hasta doce de claridad, según las estaciones del año, en que se guarda un profundo silencio y cada oficial atento a su labor no escucha otra voz que la de su Director. Se ha hecho tan público este gobierno en esta Provincia que todos sus habitantes y algunas Personas de Carácter lo aplauden al paso que lo admiran.

»De este modo he llegado a conseguir que las suntuosas Láminas que han de pasar a manos del Rey salgan de manos de mis oficiales con toda la Hermosura y limpieza que pide una obra Regia, sobre el mérito de los Apices botánicos que sólo percibirán los grandes Maestros de la Ciencia.

»Por la falta de mi Adjunto, el referido Dr. Valenzuela, quedé con todo el peso del trabajo para dirigir a los otros oficiales de aquel tiempo. ¡Quanto se me habrá reagravado con siete Oficiales y los inmensos cuidados de muchas comisiones de la mayor importancia! De mí sé decir que oprimido siempre en las tareas, que no sufren treguas, arrastro más bien que llevo una vida sin otro consuelo que el tristísimo de mi conciencia en devengar y hacer a mis dependientes que devenguen cumplidamente los salarios y alimentos con que nos mantiene el Rey.

»Persuadido a que solo yo, por mi honor, puedo sujetarme a tales tareas y resuelto a morir en ellas o a verlas concluídas por una especial Providencia, no he tenido por conveniente pedir al Rey otros Adjuntos. Nadie podrá entrar ya en mi empeñadísimo modo de pensar, ni yo puedo acomodarme ya al modo de pensar aún de los Jóvenes más aplicados, que mirarían siempre por premio de su elección y talento para disfrutarla con algún descanso y no por carrera la dotación de su destino. Si alguna esperanza me queda, si sobrevivo al feliz éxito de mis principales comisiones, la tengo reducida a traer a mi lado tres Sobrinos míos que a mis expensas se están educando y a quienes podré manejar con los derechos que sobre ellos me ha dado la Naturaleza para depositar en ellos por herencia mis tales quales conocimientos en Historia Natural, Medicina y Astronomía, y por mi pasión al importante ramo de Minería, dedicar alguno de ellos a esta Ciencia al lado del Sabio Director Dn. Juan José D'Elhuyar.

»V. Ex. a quien le constan positivamente mis males, mis cuidados y el continuo desempeño de las Comisiones que se ha dignado fiar a mi cuidado, se digna también descansar sobre mi palabra en asunto de la Flora y sus Pinturas de que se trata en este oficio, ya por lo que ha visto V. Ex., ya por los informes de los que también han visto lo posteriormente trabajado. Cada lámina me cuesta mil suspiros. ¡Cuántos me habrán costado y me costarán más de tres mil láminas de que ha de constar mi flora!

»Con conocimiento de las muchas plantas enteramente nuevas, de otras mal determinadas y de muchísimas imperfectamente conocidas, cuya ilustración es objeto de esta Obra Regia, previ la necesidad de muchos operarios, que yo formaría en este género de Pinturas y manejaría a mi modo, sobrellevando sus inevitables faltas e impertinencias en contrapeso de los gustos que me producen las tareas de mi afición y sus obras bien acabadas. ¿Qué importa multiplicar viajes y gastos de Botánicos a países remotísimos para que sus trabajos inmensos no produzcan el fruto que podría esperarse de tan grandes hombres en nuestro tiempo, si hubieran sido auxiliados a imitación de la Rl. Munificencia de Carlos Tercero fixando las Compañías y estableciendo los Jardines de correspondencia? Sin detrimento de la gloria debida a Hernández, Plumier, Sloan, Catesby, Barrière, Born, Jacquin y últimamente al infatigable Aublet, todas sus obras (a excepción de las del ilustre Jacquin por lo común) necesitan retocarse. Sus imperfectísimas Láminas nada satisfacen al gusto sublime por el *iconismo* del día. Sus insignes promovedores Oeder, Jacquin y Miller han empeñado hasta ser excedidos por Roignault, Curtis, Bulliard, Héritier, dando motivos bien fundados para arrepentirse posteriormente y casi desdecirse el inmortal Linné de su antigua preocupación sobre la inutilidad del iconismo. Con efecto, si el lujo botánico del día prueba evidentemente la necesidad de cierto luxo, con tal que no degenere en el extremo de irse copiando mutuamente, saliendo cada día más ilustradas las Plantas del antiguo mundo, vistas y examinadas por centenares de años, ¿cuánto probará la importancia del trabajar bien de una vez y por partes, la inagotable Botánica del Nuevo Mundo? Si mi pasión no me engaña, si mi honesta ambición en punto a Láminas que a pesar de mis empeños hace mi Librería, posteriormente ennoblecida con la generosísima donación que acaba de recibir de V. Ex. y mi discernimiento sobre su mérito no desmienten mi juicio, puedo prometerme que la Lámina que saliese de mis manos no necesitará nuevos retoques de mis sucesores, y que cualquiera botánico en Europa hallará representados los finísimos caracteres de la fructificación, que es el abecedario de la Ciencia sin necesidad de venir a reconocerlos en su suelo nativo.

»Los gastos, una vez hechos en esta forma, serán gastos bien empleados, y para reducirlos a la economía posible van surtiendo bien mis arbitrios justamente dignos de la Dirección que se ha dignado confiarme el Rey por los informes de V. Ex.

»Cuando conquisté la voluntad del Pintor D. Salvador Rizo, hombre de extraordinaria habilidad y de prendas no comunes, circunstancias que lo hacen acreedor a toda mi confianza, tanto para el gobierno de la oficina en mis indispensables ausencias, cuanto para la Mayordomía de la Expedición en los negocios domésticos y distribución de Caudales en todas mis Comisiones, a excepción de la de Quina; quando me aseguré de su permanencia por el amor con que se interesa en mis glorias y en mis reservados descubrimientos en que no puedo ponderar lo mucho que me ayuda, le ofrecí con el beneplácito de V. Ex. el sueldo de quinientos pesos, igual al que disfrutaba García. A D. Francisco Xavier Matis le señalé doscientos pesos en el primer año, adelantándole el sueldo sucesivamente en los siguientes a proporción de su aplicación y progresos. Desde principios del año de 85 señalé a Rizo los seicientos pesos en que subió ajustado por V. Ex. el Maestro Pablo Cavallero, que prontamente se retiró por no poder subsistir aquí en tan pesadas tareas por su edad y temperamento diverso; asignación que hice en la satisfacción de hallarse esta oficina tan bien servida por Rizo como pudo serlo por Cavallero en la Venta al Ramo de Pintura y beneficiada la Expedición por el sobresaliente mérito de la Mayordomía. Matis, ya muy adelantado, ha comenzado a ganar desde principios de este año 89 quatrocientos pesos que merece su muy prolixo trabajo de la anatomía de las flores.

»Por estas economías quedan satisfechos los salarios de los dos mencionados pintores Rizo y Matis con los mil pesos que juntos gozaban mi adjunto Dr. Valenzuela y mi antiguo Pintor García en el establecimiento de mi Expedición. Por lo que sirviéndose aprobar V. Ex. estos equitativos ajustes se deben reintegrar de las caxas de Santa Fe las cantidades suplidas por mí con los caudales que administro de la Rl. Hacienda para los ramos de mis Comisiones agregadas, declarando V. Ex. que por los Oficiales Reales de aquellas caxas se me satisfagan los sueldos de quinientos pesos asignados a cada uno de los referidos Valenzuela y García desde que éstos cesaron de percibirlos y como legítimamente devengados por otros dos sustitutos con anterior aprobación de V. Ex.

»La adquisición de los Pintores de Quito, aprobada por Su Magestad, llegó a verificarse después de varios Oficios con el Presidente de Quito no menos interesado en promover la inmortal obra de V. Ex. con la llegada de los cinco pintores, D. Antonio Cortés, D. Antonio Silva, D. Vicente Sánchez, D. Antonio Barrionuevo y D. Nicolás Cortés, recomendados al cuidado del Marqués de Selvalegre, quien me los presentó en esta Ciudad a fines de Junio del año antepasado de 87 y comenzaron a trabajar desde principios de Julio del mismo año. Celebróse la contrata por el mismo Presidente, precediendo las condiciones que yo le remití y vinieron costeados por la Rl. Hacienda a razón de ciento y veinticinco pesos cada uno, sin cuya condición hubiera sido imposible conquistar Oficiales en aquella provincia. Sus salarios los hice regular en Quito como de jornales, por la economía y progresos de la Obra, que después significaré a V. Ex., quedando la Rl. Expedición obligada a sus alimentos diarios que costea del fondo de auxilios y a iguales gastos de conducción a su vuelta.

»En atención a los 288 días útiles para el trabajo, que tengo calculados un año con otro y en la de venir ajustados Cortés mayor con el jornal de dos pesos, Silva en catorce reales, Sánchez y Barrionuevo cada uno en doce reales y Cortés menor en diez, devengaran los sueldos siguientes:

Cortés mayor	576
Silva	504
Sánchez	432
Barrionuevo	432
Cortés menor	360
	2.304

(38) El Dr. Francisco de las Barras de Aragón, reconocido como uno de los más acuciosos investigadores de la labor científica y cultural de España en sus territorios ultramarinos, fué invitado a escribir para este tomo I introductorio de la Flora de la Real Expedición del Nuevo Reino de Granada una monografía que contuviera los documentos que a ella se refirieran, descubiertos por él en el Archivo de Indias de Sevilla.

La vertebración con que, a la postre, se quiso publicar esta noticia breve de la Expedición para los botánicos interesados en la Flora, y el mismo estilo que se adoptó para ella, no permiten publicar todos los documentos presentados por el eminente científico, ya porque los hechos aducidos se hallan incluídos en las páginas de otros autores, ya por su carácter documentario.

Se convino, sin embargo, en publicar, en forma de apéndice, algunos documentos extractados de mayor importancia probativa o de mayor novedad.

»De este ajuste ventajosísimo, respecto del de los embiados de España, pues con el corto aumento de trescientos pesos podría yo conseguir otros cinco Pintores de Quito en lugar de los dos españoles, se derivan otras utilidades que ofrecí arriba exponer a V. Ex.

»En efecto, persuadido cada Oficial a que sólo devenga su jornal y alimento el día que lo trabaje, se ve en la necesidad de no fingir pretextos ni enfermedades, de recurrir puntualmente a las horas señaladas, so pena de perder el día y de mantenerse en la debida subordinación. Ventajas que de ningún modo se consiguen por las dotaciones anuales como lo recelé tiempo ha y me lo han confirmado las morosidades, enfermedades fingidas y pretextos frívolos con que se comportan los dos españoles que han devengado dos mil pesos sin haber producido otra utilidad que una mala lámina, indigna de comparecer entre las de mi obra y sin esperanzas de sugetarse a lo justo. Resulta también que siendo moralmente imposible que todos los días útiles del año puedan trabajarlos mis oficiales o por legítimas enfermedades o por descansos que piden para seguir después con aliento, o tal vez por suspensión que deba imponerles yo por castigo; de su descuento proporcional se irá formando un fondo (como ya queda principiado) que basta no solamente para costear su vuelta a Quito sin nueva pensión de la Rl. Hacienda, pero también puede sufragar a los gastos de Pintura, pues el fondo de auxilios ya no alcanza a sufragar sus respectivas cargas. Por esta misma razón quedarán regulados los sueldos de los cinco pintores de Quito en los dos mil trescientos pesos anuales por número redondo más aproximado para facilitar las cuentas y pagamentos en Caxas Reales.

»A fin de introducir en esta oficina la subordinación que me es debida fuí acostumbrando a estos Oficiales a que recibieran de mi orden y de mano del mismo Mayordomo de la Expedición los pagamentos mensuales o los suplementos en otros casos de sus respectivas urgencias. Resuelto a desvanecerles la idea de recurrir a su nombre a las Caxas Reales de esta contribución, quedando yo con la obligación de presentar la distribución de estos intereses con sus respectivos comprobantes al Supremo Jefe del Reyno solamente, como de quien inmediatamente depende la Rl. Expedición y sin necesidad de ulterior examen de extraídos a justo título de aquellas Caxas que ni exigen ni debieran exigir la inversión que cada empleado hace de su respectivo sueldo y la distribución económica que yo he proyectado sobre mis Dependientes debe considerarse de igual naturaleza y con el mérito de ceder en beneficio de los Reales intereses.

»Mereciendo la superior aprobación de V. Ex. todas estas disposiciones, que se dignó dexarlas a mi arbitrio por la confianza en mi celo y amor al Rl. Servicio se ha de servir V. Ex. dar las correspondientes órdenes a los Oficiales Reales de Santa Fe, a fin de que se me reintegren las cantidades suplidas constan de la adjunta cuenta y otra orden de remisión de sueldos desde el principio del presente año para los siete Pintores americanos entre quienes se han de repartir en los términos mencionados los tres mil y trescientos pesos.

»Ntro. Sor. gue. la importante vida de V. Ex. ms. as.

»Mariquita 3 de Enero de 1789 = Exmo. Sor.

»José Celestino Mutis = Exmo. Sor. Arzobispo Virrey D. Antonio Caballero y Góngora.»

TRASLADO DE LA EXPEDICION DESDE MARIQUITA A SANTA FE Y CARGOS A MUTIS

El traslado de la Expedición Botánica de Mariquita a Santa Fe es un asunto que no aparece claro y se ve que cada autor lo ha explicado del modo que le ha parecido más natural y lógico, pero sin datos concretos. Se ha dicho que, teniendo en cuenta el mal estado de salud de Mutis, se pensó en llevarlo a Santa Fe. También que, terminado el estudio de la Flora de la región en que está enclavada Mariquita, se pensó en trasladar la expedición a Santa Fe para hacer el estudio de la flora alpina de aquella elevada región. Gredilla dedica muy poca extensión a este asunto. La realidad es que no lo conocen.

En el legajo de la Audiencia de Santa Fe, 668, encontramos una porción de documentos que aclaran el asunto.

Lo de que se había ya observado que la salud de Mutis estaba decaída es cierto; pero en realidad era más verosímil que estuviera mejor en Mariquita que en el duro clima de Bogotá, si bien luego, según dijo el mismo Mutis, mejoró en salud en Bogotá, esto no lo podía prever él ni nadie.

Lo de la flora de la región bogotana no tiene razón alguna porque para estudiar la región no era necesario poner allí el punto céntrico de la Expedición y este punto que Mutis estableció en Mariquita no era cosa que jamás pensó en cambiar de lugar, como se prueba por el hecho de haber establecido allí un jardín en que se hacían cultivos de inmenso valor científico y práctico como el de los canelos y eso es cosa que no se puede cambiar de sitio y menos de clima. El jardín de Mutis, que tenía un valor inestimable, se perdió completamente.

Mutis nunca quiso marcharse de Mariquita, donde también estaba cerca de las minas que tanto le interesaron siempre y que tanta parte de sus actividades y tiempo ocuparon.

Era natural el deseo de todos los gobiernos de que se terminara la Flora o al menos se empezara a cumplir lo que había dicho el Arzobispo Virrey, fechando en Turbaco en 16 de Junio de 1786 con referencia a una carta de Mutis en que «da cuenta (dice) del estado en que éste lleva su grande obra de la Flora de Bogotá, la cual se ha de publicar en muchos volúmenes, en forma Atlántica, y cada uno contendrá una centuria de plantas americanas con colores del natural y la explicación circunstanciada de cada una de ellas mismas a la izquierda, precediendo al principio con citación a las láminas toda la descripción científica de cada planta; los tres primeros tomos se darán concluídos en todo el presente año». Era el 1786.

Como pasaba el tiempo y no se daban noticias de la Flora, cada vez había más deseos de que se estimulara a Mutis con este fin. Estando las cosas así, y habiendo sido D. Sebastián José López Ruiz destituído de las comisiones y sueldo que tenía para el descubrimiento de la Quina, presentó una instancia para justificarse; la instancia pasó al Consejo de Indias y la Mesa creyó necesario ver el expediente que se había formado en virtud de la carta reservada del Arzobispo Virrey de 31 de marzo de 1785, y al estudiarlo notaron atraso en la ejecución de las ideas que allí se exponían. Esto, acaso, unido a que también había alguien predispuesto en contra de Mutis, motivó el que en 16 de Octubre de 1789 el Tribunal consignara las reflexiones siguientes:

1.ª «Que a pesar de tantas gracias dispensadas a la Expedición y su Gefe no se experimentan los favorables efectos que eran consiguientes a tantos gastos.»

2.ª «Que aunque por Orden de 6 de Septiembre de 83 se previno que antes de salir Mutis a su Expedición concluyera y perfeccionase de última mano sus trabajos para remitirlos a esta vía reservada, a esta hora ni se han remitido ni sabemos su estado ni el de la Expedición.»

3.ª «Que en fin de 86 debían estar concluídos los tres primeros tomos de la Flora de Bogotá y nada se ha vuelto a hablar de éstos ni de los otros tomos.»

4.ª «Que en el año 1787 fueron los dos dibujantes, D. Sebastián Méndez y don José Calzado. Se supo particularmente que habían llegado a Cartagena, pero de oficio no se ha avisado hasta ahora, aunque se ha tenido gran cuidado en ello, ni la llegada ni el destino ni la menor noticia de su existencia.»

5.ª «Es muy de extrañar tal silencio en cosa de tanta importancia, por la expectación con que se aguarda la grande obra de Mutis y por los grandes gastos que impedirán estos empleados en ella.»

6.ª «Por otros expedientes sobre Quina constan otros ofrecimientos de Mutis de publicar su Quinalogía que decía tener concluída. Todo son ofertas y no llega el caso de verlas realizadas.»

Está muy lejos de sospechar la Mesa, o que Mutis no esté adornado de todos aquellos altos conocimientos de que le predican enriquecido dentro o fuera de España, o que tenga abandonadas sus tareas. Lo que sí echa de menos es que no se haya dado una cuenta sucesiva del estado y progresos de la obra para que el Ministro no echase de menos el envío de los tres tomos que debían estar concluídos en el año de 86, y el saber el estado de los demás y el progreso que hacían los dos dibujantes últimamente enviados.

«En estas circunstancias le pareció indispensable a la Mesa encargar al actual Virrey (haciendo expresión de los antecedentes) que enviase a llamar a Santa Fe a Mutis, pues todo lo merece la gravedad del asunto, para que le diese cuenta formal y por escrito de todo lo que había practicado desde que se le dió el mando de la Expedición Botánica en virtud de la resolución de S. M. del año 83, del estado en que tenía cada una de sus obras con sus dibujos correspondientes, etc., etc.»

Además se disponía que se previniera al Virrey para que desde luego remitiera las obras o tomos que hubiera concluídos para darse a la prensa y también para que prosiguieran con todo calor las operaciones de la Flora y que avisara puntualmente cuanto ocurriera en el particular.

También indica que convendría decir a D. Casimiro Gómez Ortega que propusiera los medios que tuviera por más convenientes para el adelantamiento de la dicha Expedición Botánica. 16 de Octubre de 1789.—El Ministro se conformó con la Mesa en 27 Oct. inmediato.

Informe de Gil y Lemos.—Mientras esto se acordaba en Madrid, en Nueva Granada el Virrey D. Francisco Gil y Lemos, fechando en Santa Fe en 26 de Julio de 1789, comunicó a la Superioridad: «que por Abril del año anterior, con motivo de haber ido a visitar a las minas de Mariquita, trató con el Director de la Expedición Botánica D. José Celestino Mutis y se enteró de sus trabajos con la mayor complacencia». Expresa que esta Expedición comenzó sus operaciones con un número corto de individuos que se reducían a dos Profesores Botánicos y un Dibujante, pero como era insuficiente para lo arduo de la empresa y se había retirado un Botánico por enfermo, pidió Mutis aumento de dibujantes haciéndose cargo del inmenso trabajo de dirigirlos a su modo, examinar por sí solo las nuevas plantas y hacer las descripciones y diarios que le son anexos.

«Con efecto se le facilitaron de la Provincia de Quito cinco Pintores, dos de la capital de Santa Fe y otros dos de la Academia de San Fernando con aprobación del Rey. Con estos auxilios ha seguido la Expedición con buen pie y se mantiene con todo el ardor posible, sin embargo, de la decadente salud del Director, que desde el año de 84 se mantiene en continuas alteraciones y tal vez sin esperanza de un perfecto restablecimiento.»

«A pesar de esto asegura el Virrey tuvo uno de los mejores instantes de su vida cuando Mutis le manifestó las láminas de su **Flora de Bogotá.** No cree que ninguna cosa de las que se han hecho en este siglo, en todas las obras extrangeras de esta clase, igualará la presente obra en orden a los dibujos y no duda que las descripciones serán de igual mérito por los grandes talentos del Autor, conocidos en la Europa y por sus crecidos descubrimientos. Y así jura el dicho Virrey que esta Expedición es uno de los objetos más recomendables para el gobierno; la obra, uno de aquellos monumentos que harán mayor honor a la Nación y Mutis un hombre acreedor a la justa protección que el Rey le ha dispensado. El estado de la obra, si se atiende a la inmensa colección de Láminas que tiene Mutis, parece muy avanzado y promete se empiece dentro de un breve tiempo la edición que debiera ejecutarse con todo el esmero que corresponde al asunto, al trabajo y a la protección del Rey.»

«Por lo que hace a la Planta interior o gobierno económico que observa Mutis en sus trabajos, en todo halló Gil un orden admirable. Los pintores, aunque gustosos, trabajan por ajustes diarios para evitar las voluntarias vacaciones que acaso se permitirían con perjuicio del Rey y de la obra; todos mantienen entre sí gran armonía y una admirable subordinación a su Gefe, y los gastos extraordinarios de la Expedición se costean de los ahorros que ha proyectado el Director y que parecen muy arreglados.»

Efectos del informe de Gil y Lemos.—El autor del extracto, tras de hacerse eco de lo satisfactorio de las noticias que da Gil y Lemos y que desvanecen las dudas del Ministro respecto al estado de la Expedición, dice que «no deja de causar admiración la indolencia que se ha tenido en dar noticia sucesivamente de los progresos por la satisfacción que causarían en el Real ánimo de S. M. y luego añade que el saberlos convenía entre otras cosas por los preparativos tan indispensables para que por parte del grabado e imprenta no se detenga después de presentar a la publicidad una obra tan útil y que ha de hacer la gloria de la Nación.

Se conoce que empezaban a darse cuenta de lo desatentado de aquel capítulo de cargos contra Mutis y así continúa el autor del extracto proponiendo se dijese al nuevo Virrey Ezpeleta que en conformidad con lo que se le previno en la última orden y con presencia de la que aquí expresa su antecesor tome las disposiciones que le parezcan más conducentes a que se pongan los trabajos en condiciones de publicación.

Luego añade: «A Mutis se le podrá manifestar separadamente la satisfacción y complacencia que ha causado al ánimo del Rey la puntual y ventajosa relación que ha hecho Gil del estado de su obra y del ardor y buen método con que la conduce, atendiendo, a un tiempo, a la más acertada ejecución y a los intereses del Rey, animándole a seguirla con igual eficacia por el honor que le resultará y ha de seguirse al Rey y a la Nación, pero atendiendo al mismo tiempo a la conservación de su salud que tanto importa.»

Como vemos se daba a Mutis una dedada de miel.

Continúa tratando del grabado de las láminas y en realidad había tal interés por la Expedición de Mutis que estando listo para pasar a la Superioridad el expediente de la Expedición del Perú: «La Mesa suspende entre tanto pasar al Señor Conde de Floridablanca el citado expediente sobre la Flora Peruana por si V. E. tiene a bien acompañarle el de la Flora de Bogotá o noticia a lo menos de su estado conforme al último informe del Virrey Gil.—8 de Enero de 1790.» La Mesa, en 24 de Enero del mismo año 1790, acordó que se despache a Mutis «esforzándolo a la conclusión de la Flora de Bogotá y que se ha salido del cuidado en que se estaba y dió motivo a la orden del 27 de Octubre del año pasado.

Insistimos, pues, que se le quería dar una satisfacción.

En 19 de Septiembre de 1790 contestó el Virrey Ezpeleta que envió a Mutis la R. O. reservada de 27 de Octubre del año anterior y además, en virtud de lo mandado, le envió a llamar a Santa Fe para que le diese cuenta de sus trabajos y si estaban en disposición de poderlos enviar a S. M. Que Mutis le contestó que no podía entregarlos tan pronto porque tenía que trasladar su oficina y dependientes y él entonces le concedió cuatro meses para hacerlo. Que en este intermedio llegó la R. O. de 27 de Enero del mismo año 1790 que comunicó a Mutis para su consuelo y animándolo para remitir a España lo que estuviera concluído.

Incluye el Virrey una carta de Mutis de 25 de Agosto del año 90 en que procura satisfacer los cargos que se le hacían.

La Mesa comunicó al Ministro lo siguiente: «Debe (la Mesa) noticiar a V. E. que en el día hay una muestra que indica ventajosamente el grado de la perfección de las láminas de la obra de Mutis. Este entregó a D. Zenón Alonso oficial de la Secretaría de Gracia y Justicia del cargo de V. E. y Secretario que fué del Virreynato de Santa Fe la descripción de la Planta *Caryocar Amygdaliferum*, vulgo *Almendrón*, delineada en varias láminas, ya con sus varios colores, ya sin ellos y ya por partes que representan la flor y fruto. Estas láminas las han visto D. Casimiro Gómez Ortega y el Abate Don Antonio Cabanilles y han confesado que no han visto cosa igualmente bien executada por la exactitud y verdad y acompaña la Mesa dicha descripción por si V. E. tiene por combeniente presentarla a S. M.

»A la Mesa le parecía en vista de todo lo que podría expresarse al Virrey y a Mutis la satisfacción que nuevamente había causado al Rl. ánimo la cumplida relación que hace el último del ventajoso estado de sus trabajos y las próximas esperanzas que ofrece de que se logre ver aquí el precioso fruto de sus tareas y talentos, pues cuanto más segura confianza se ha tenido del perfecto desempeño más vivos han sido los deseos por el que tiénese que acreditar la protección del Soberano a los objetos útiles.»

A lo que se podría añadir lo que fuere del Real Agrado para que el Virrey auxilie en todo a Mutis y éste quede satisfecho y animado para llevar al cabo su empresa.

Advierte la Mesa que en la primera Orden de 27 de Octubre de 89 fué cuando se mandó al Virrey llamase al Director para que le informase y él informara al Ministerio del estado de la Expedición y de la Flora; pero en la segunda orden de 27 de Febrero de este año, como ya se salió del cuidado que causó el silencio y la carta del Virrey Gil, que dió cuenta amplísima de la obra, nada se tocó de que se llamase a Mutis a la Capital, sí sólo de que se le diesen todos los auxilios y se tomasen todas las debidas precauciones para que en caso de fallecimiento no se extraviase cosa alguna de sus trabajos. Con todo parece que se ha llevado adelante la idea de que Mutis pase a Santa Fe y desde allí se remitan sucesivamente las obras.

En este particular tal vez convendría encargar al Virrey que deje al arbitrio de Mutis el residir donde más le acomode para trabajar con más satisfacción.

También cree la Mesa que podría animar y estimular poderosamente a Mutis el que V. E. le escribiese confidencialmente con expresiones que le indicasen el ventajoso concepto que tiene su singular habilidad, el deseo de que en su Ministerio se verifique la publicación de su obra y de la eficacia con que promoviera todo lo que mire a su bienestar, honor y recompensa que merece, etc., etc.

El Ministro se conformó con la Mesa en todo en 25 de Enero de 1791.

Se ve claramente que aunque no quiso la Mesa insistir mucho en el asunto, que podría molestar al Virrey, se sorprendió de que Ezpeleta hubiera, desde luego, hecho trasladar la Expedición a Santa Fe, porque lo que dispuso fué que Mutis fuera a Santa Fe a explicar al Virrey la causa del retraso, pero no el traslado de la Expedición, y Ezpeleta, probablemente prevenido contra Mutis, obró de ligero acaso creyendo que iba a corregir un abuso; el caso es que la Mesa hace constar que ella no dispuso el traslado de la Expedición y dejaba a Mutis en libertad de residir donde quisiera.

La coincidencia de que al presentar López Ruiz su instancia motivada por haber sido destituído y que precisamente al traerse a la Mesa el expediente de la Expedición Botánica con este motivo se fijaran en la falta de noticias de Mutis y sin más formularan un pliego de cargos contra él, hace pensar que López Ruiz quisiera vengar en Mutis su destitución, de que no era culpable más que él mismo, y que empleara en Santa Fe y acaso también en Madrid, por medio de sus amigos de la Corte, las condiciones de intrigante que tan bien acreditadas tenía.

En cuanto a las causas del retraso de la obra de Mutis tenemos dos fundamentales: el estado de su salud en franca decadencia y su carácter meticuloso que quería hacer las cosas tan bien que seguramente nunca estaba satisfecho de su trabajo. Esto debió verse agudizado como él mismo indica cuando al terminar la guerra con Inglaterra (1779-1783) pudo recibir muchos libros de que estaba privado hacía tiempo y querer rectificar todo lo hecho anteriormente comprobando las novedades que éstos pudieran traer.

Mutis, alma sencilla y espíritu selecto, no pensaba más que en su trabajo científico que nunca quiso interrumpir a pesar de las pesadas y enfadosas comisiones que cayeron sobre él llegando a minar seriamente su salud; pero seguramente no pensaba en el mundo circundante del cual procuraba huir y esto facilitaba la labor de la envidia y los intereses bastardos.

Sólo con que Mutis, como a última hora mandó el dibujo y descripción de una planta, hubiera enviado los cien dibujos que debían formar el primer tomo de la Flora con sus descripciones, dejando a un lado todo lo demás, hubiera centuplicado su crédito, y cuenta que decimos esto porque en las fechas en que le hicieron los injustos cargos tenía ya número sobrado de dibujos para hacer esto y seguramente en apuntes y borradores las descripciones correspondientes. Acaso Mutis aspiraba a remitir de una vez la obra completa y perfecta y esto se entrevé en algunos de sus escritos.

Comunicación de Ezpeleta.—Fechando en Santa Fe en 19 de Mayo de 1791, contestó el Virrey Ezpeleta a la Orden en que se le mandaba prestar todo auxilio a la Expedición Botánica y que Mutis le estableciera donde tuviera por conveniente que: «El expresado Director está ya en aquella Capital en donde ha establecido su oficina con toda comodidad y desahogo que deseaba; que hasta ahora se le han franqueado todos los auxilios que ha pedido, principalmente para el transporte de sus colecciones, de que todavía ni habían llegado algunas hasta entonces y que se esperaban en breve para el perfecto establecimiento de la oficina que, desde luego, pasaría a ver el Virrey mismo y sucesivamente a tratar de las remesas con acuerdo del propio Director.»

Se ve, pues, que el Virrey, por la premura con que dió e hizo cumplir la orden de traslado, se salió con la suya de trasladar la Expedición a Santa Fe, por lo que el enterado que le comunicaron de Madrid fechado en 7 de Octubre de 1791 era un poco seco.

El mismo acuerdo de la Mesa de que venimos hablando va seguido de una Nota por la que se ve que se habían dado cuenta del carácter de Mutis y dice: «Por este medio cree la Mesa se conseguirá el deseado momento en que se verifique la remisión a España de la Flora de Bogotá y de los demás trabajos de Mutis, y más si le encarga al Virrey que esté a la mira de este objeto y su execución, pues el carácter de Mutis, como lo pintan Ortega y otros aparece de estos expedientes, es semejante al de Apeles, por quien se dijo el adagio *manu de tabula* porque gastaba más en retocar y perfeccionar sus pinturas que en trabajarlas. Y a la verdad, considerada la edad en que se halla Mutis, nada combiene más que alentarle a que vaya concluyendo sus obras y remitiéndolas para no exponerse al peligro de que quedando póstumas e imperfectas por quererlas limar demasiado, se pierda en alguna parte el fruto de sus importantes descubrimientos.

»V. E. previno anteriormente, con mucha oportunidad, al Virrey tomase las medidas que le dictase su prudencia para que si llegase el caso de enfermedad, muerte u otro funesto incidente del Director, nada se extraviase de sus papeles y trabajos. Sería el complemento de este acertado pensamiento el que se pusiese al lado de Mutis alguna persona instruída en la Botánica, ya fuese de allá si lo había apropósito, ya que se enviase de España, que formado bajo su disciplina, se pusiese en estado de ayudarle ahora y después de continuar bajo un pie uniforme sus tareas. Tengo presente que en el Expediente de la Quina, insinuaba Mutis que para cumplir los encargos que en otro tiempo se le hicieron para el acopio y remisión de este específico tenía destinado a D. Pedro Fermín de Vargas, su discípulo primero, oficial 4.° de la Secretaría de aquel Virrey ahora Corregidor de Zipaquirá que es quien últimamente ha remitido el dibujo de la yerba que tomada enerva la fuerza del veneno de las víboras, de modo que hecha la experiencia en uno de sus compañeros mordido de una, después de bien irritada, no se experimentó el menor mal efecto. Si esto merece la aprobación de V. E. podría proponerse al Virrey y a Mutis para que expusieran lo que se les ofreciese, y aun tal vez dentro de la Capital podría a Vargas proporcionársele algún destino que no fuese incompatible con el de la Botánica y no se necesitase por esta comisión señalarle crecido sueldo, sino una moderada gratificación.»

Este asunto del traslado se terminó con la comunicación del Virrey Ezpeleta en 19 de Noviembre de 1791, dando cuenta de los auxilios que en virtud de las Rs. Ordenes de 27 de Enero de 1790 y 25 de Enero de 1791 ha franqueado al Director de la Expedición Botánica Mutis con muy poco costo de la Rl. Hacienda para que pueda dar a su Flora todo el impulso que desea para su pronta conclusión.

Auxilios dados a Mutis.—Estos auxilios consistieron: 1.° En la agregación de cuatro jóvenes en quienes pueda depositar el Director sus conocimientos y ayudarse de ellos para las excursiones de la Facultad. Dos son sus sobrinos, D. José y D. Sinforoso Mutis, sin sueldo por ahora y en clase de meritorios; D. Juan Bautista Aguiar, lo mismo, y D. Francisco Antonio de Cea, sujeto de habilidad conocida, con sólo la dotación de 500 pesos, que es el único gravamen que se carga a la Rl. Hacienda con grandísimo beneficio de la Expedición.

2.° En haberse añadido cinco pintores más a los que ya tenía Mutis, los cuales se pagan de los dos mil pesos que tenían asignados los dos que fueron de la Academia de San Fernando y se desgraciaron y de los ahorros que han resultado, así del tiempo que no se han pagado estos dos mil pesos como de las economías usadas por Mutis con los pintores que tenía antes, pues no les satisfacía sueldo determinado, sino los días que trabajaban, rebajándoles los que estaban ausentes o sin trabajo. De modo que, según parece, teniendo ya Mutis trece pintores, sin otro que espera de Popayán, nada se añade de gasto más que el estar corrientes los dos mil pesos que se pagaban a los dos pintores de Madrid y se pagarían si estuviesen en exercicio. Mutis dice que se desgraciaron. De uno consta en el expediente que murió, del otro no consta.

El Virrey espera se apruebe su procedimiento en estos auxilios y hace esperar que según el celo de Mutis y su ahinco en despachar su obra, con la satisfacción de tantas manos que le ayuden, podrá lograr remitir en breve y sucesivamente el fruto de aquella expedición. Va fechado este extracto en 6 de Abril de 1792.

Se contestó aprobando al Virrey sus últimas providencias y recordándole las órdenes anteriores que se le tienen dadas sobre la expedición de Mutis.

Aquí termina esta parte del expediente, pues a continuación lo que encontramos corresponde ya al siglo XIX en 1801. Hay, por tanto, un hueco de ocho años.

El traslado de la Expedición a Bogotá, como hemos visto, fué dispuesto por el Virrey Ezpeleta, excediéndose de la orden que tenía y que se limitaba a llamarlo a la Capital para informarse.

Algunas consideraciones.—Como dijimos, Gredilla trata un poco a la ligera el asunto del traslado y sólo en una nota de la página 204 habla del informe de Mutis al Virrey, fechado en Mariquita en 25 de Agosto de 1790.

En el Archivo de Indias (Santa Fe, 667-668) hay dos documentos fechados en Mariquita en 24 de Febrero y 25 de Agosto de 1790. El primero acompañado de un cuaderno en que se copian documentos que justifican y completan lo que el informe dice. El que cita Gredilla es el segundo escrito sobre el mismo asunto.

El de 24 de Febrero contesta la orden de traslado y mejor que informe podríamos llamarle escrito de defensa de Mutis. También hay un escrito de Mutis referente a los pintores de la Expedición que ya hemos insertado antes.

Ya sabemos que el motivo de la orden de traslado no fué la consideración a que Gredilla se refiere del estado de salud de Mutis, que aún vivió diez y ocho años, sino a lo sumo el deseo de que terminara la Flora.

La orden terminante y dada probablemente en forma desconsiderada, debió causar a Mutis un gravísimo disgusto. Todo el escrito está dedicado a exponer los múltiples trabajos y comisiones que se le habían dado y lo que se hacía en la Expedición; resultando del escrito la mejor historia en extracto de las actividades de Mutis en Mariquita.

El hecho es que, como sabemos, desde que se creó la Expedición fué Mutis asediado con una porción de encargos que procedentes de Madrid le transmitía el Arzobispo Virrey y que hacían perder meses enteros en perjuicio de la Flora. Esta, a pesar de que las dificultades fueron más de las que se creía, avanzaba siempre en las láminas, pero siendo siempre también lo más atrasado las descripciones.

Mutis, como hemos dicho, no quería irse de Mariquita, donde tenía formado un Jardín Botánico con cultivos importantes de plantas a que no podía convenir la altura y clima de Bogotá, por lo que desde el punto de vista de la Botánica el traslado puede considerarse como un disparate cuya causa fué la ignorancia y torcida voluntad de los que dieron las órdenes. No hemos de negar que en Bogotá la Expedición ganó en valor científico en otros órdenes, pero como Expedición Botánica perdió mucho.

¿La desconsideración con Mutis, hija del desconocimiento que el Virrey tenía de la materia, estaría atizada por envidia de alguien que se valía de las circunstancias para perjudicar o al menos molestar al sabio? No es posible.

No debe olvidarse que Mutis era hombre retraído y alejado de todo lo que fuera adulación y esto puede fácilmente explotarse por los enemigos al lado de un jefe cándido e ignorante.

El carácter retraído lo manifestó siempre y ahora recordamos que a raíz de su llegada a Bogotá con Mexía de la Cerda, se excusó de asistir a un banquete que dió el Virrey en aquellos días y que le hubiera convenido mucho para hacerse de relaciones convenientes para su profesión médica. Esto mismo hizo luego en otras ocasiones y lo declara en sus diarios.

Creemos de verdadero interés insertar íntegros los escritos de Mutis.

Escritos de Mutis contestando a la orden de traslado.—*1.° Escrito de Mutis contestando a la orden de traslado a la Capital, que le dió el Virrey D. José de Ezpeleta; es de 24 de Febrero de 1790.*

«Excmo. Señor = La Superior Orden de V. E. en que me manda a la mayor brevedad me traslade a la Capital con mi Oficina y Dependientes a fin de no distraerme en otros asuntos que en la conclusión de la Flora de Bogotá, supone, por una parte, que mi residencia en esta Ciudad es puramente arbitraria y sin designio directo de los progresos de la misma Flora y, por otra parte, indica no habérsele manifestado a V. Ex. la multitud de comisiones del Rl. Servicio con que el Ministro mismo y el Gefe de este Reyno, antecesor de V. Ex. el Arzobispo Virrey multiplicaron los eslabones de la pesada cadena que siempre me ha hecho gemir por las quiebras de mi salud contraídas en el Rl. Servicio; pero sobrellevadas con resignación y gusto por las satisfacciones de otro tiempo que empeñan a cualquier hombre de honor hasta rendir la vida.

»Sin el más mínimo intento de pretender eludir las Superiores Ordenes de V. Excelencia, quien ha dado pruebas tan completas de sacrificar también su vida, me ha de permitir V. Ex. le haga presente un abreviado compendio de tan variadas como pesadas Comisiones para exonerarme de la responsabilidad en que me constituiría mi silencio ante V. Ex. mismo que no ha podido presenciar las operaciones de una época tan anterior a su gobierno.

»*Minería.*—Sin lisongearme en la felicidad pública no menos que en el Bien del Estado, ya no debe V. Ex. ignorar que las bien fundadas esperanzas del restablecimiento de las Minas de Plata de este Reyno abandonadas después de un siglo, es obra de mis instancias y continuados esfuerzos pudiéndome gloriar de haber sido el instrumento para la adquisición de los sabios hermanos D'Elhuyares, sin cuya intervención no hubiera pasado tal vez los umbrales del Ministerio en medio siglo el importantísimo descubrimiento del Barón de Born, que hará época en la prosperidad de las Américas como se lo persuade el mismo Ministerio, según las Providencias y Compañías de Mineros que ha remitido a todos sus Dominios. Retroceda V. Ex. con la memoria a los Gobiernos anteriores y no hallará más que unos débiles esfuerzos en las Providencias de Minas; pero en Octubre de 82 hallará V. Ex. el oficio del Arzobispo Virrey y acompañando el Ministerio a esta empresa y desde aquel momento, por una serie no interrumpida, fluyen las Providencias que anuncian la felicidad pública en todos los Dominios de América.

»Igualmente desde aquel momento se puso a mi cuidado la Dirección interina de todos los puntos relativos al restablecimiento de las Minas, como consta de los números 1 y 2, preparando los ánimos de las gentes, venciendo mil obstáculos con mi residencia en esta Ciudad, que desde aquel punto se hizo ya necesaria para sostener, animar y consolar al Sabio D'Elhuyer y su Compañero en un País ingrato y que se resistía a su misma felicidad.

»Aún no se habían publicado en Alemania las tentativas del Barón de Born en aquel tiempo. Estaba persuadida toda la Europa a que no había otro beneficio preferente al de fundición, criticando, con razón, el imperfectísimo del Azogue en las Américas.

»Este mismo pensamiento con la costosa experiencia de mis pérdidas particulares en las empresas de Minas a que me dediqué por nueve años en distintos minerales me decidió por la preferencia de la fundición y en este concepto se trabajó aquel citado Oficio pidiendo sujetos inteligentes en la teoría y práctica de este preferente método.

»Poco después de su llegada respiró el Ministerio solicitado igualmente por otra persona que ignoraba el impulso dado en este Reyno para la introducción del beneficio general de fundición, mandando se formase la Junta que presidí a nombre del Arzobispo Virrey, concurriendo para nuestra satisfacción con lo que había yo propuesto el Teniente Coronel del Cuerpo de Artillería D. Domingo Esquaqui. Esta Comisión y sus resultas, a satisfacción del Ministerio, consta de los números 3, 4 iba a decidir la introducción de las fundiciones si por fortuna no hubiera llegado a tiempo la novedad del nuevo descubrimiento de Born.

»*Quina.*—Evacuada esta Comisión, comenzaron a repetirse las Rs. Ordenes sobre remesas de la Quina, anteriormente aprobada a consecuencia de las muestras remitidas y de una correspondencia confidencial además de la reservada por su correspondiente vía del Gefe de este Reyno con el Marqués de Sonora. Tratábase con el mayor empeño de dar la última mano, como estaba decidido, después de mi Expediente manejado en cerca de 40 años por varios Gefes al ramo de Quina por Rl. Administración. Creyó el Arzobispo Virrey, de acuerdo con el Sr. Ministro Marqués de Sonora, que debía yo desempeñar este asunto.

»Dióse principio a esta Comisión, como consta por los números 5 y 6, dexándome más empeño las satisfacciones confidenciales con que se me animaba por tan altos Gefes a trabajar el Plan que remití por Marzo de 87, y haciendo prácticas aquellas reglas del proyecto con los quatro acopios regulado cada uno en 16.000 arrobas, dirigiendo la Factoría y manteniendo la vastísima correspondencia, instrucción de más de doscientos cosecheros en las tres Provincias de Santa Fe, Neyva y Mariquita, incluso en los límites circunscritos a la Rl. Administración. Asunto de nueva felicidad para el Reyno que sólo pudieron trastornarlo la ambición del Comercio y la suerte de los Mortales.

»*Cera.*—Sin ahogarme ni afligirme entre tan vastas ocupaciones, tomé todos los recursos imaginables a llevar los deseos del Ministerio en orden al beneficio de la preciosa Cera de Andaquies y cultivo de sus Canelos. A este fin instruí al Comisionado Fray Diego García para intentar la Emigración de aquellos vivientes del Reyno Animal y Vegetal, haciéndolos colonos de una Provincia menos bárbara y más accesible a las rigurosas Providencias del Gobierno que tanto se interesaba por su propagación.

»La emigración de las Abejas recivió un golpe mortal con la baxada del Arzobispo Virrey a la Plaza de Cartagena, por cuya distancia no era fácil preveer las Providencias para vencer los obstáculos, y desengañado yo, por otra parte, de la irregular conducta de cuatro colmeneros, sacados del Regimiento Auxiliar al examen del que mejor probaría frustaba todas mis trabajosas tentativas; tomé, finalmente, el Partido de abandonar esta empresa.

»*Canela.*—Por fortuna, para satisfacción mía, no pudieron escapar a las diligencias del P. Comisionado (Fr. D. García) treinta bayas o semillas de los Canelos, que remitidas prontamente, mientras se conseguía extraer algunas pequeñas plantas vivas y sembradas en mi jardín, produxeron los veintidós hermosos Arboles que cuentan ya tres años y medio de vida entre mis manos con la esperanza de propagar abundantemente su prole en las espaciosas tierras de la Quinta que a este fin he cultivado sin pérdida de tiempo; haciendo anticipadamente los necesarios Plantíos de Platanales que hagan sombra en su tierna infancia a los Canelos y a más de doscientos árboles de Nuez Moscada que cuentan ya un año de su edad. Si nada se emprende con vigor o si todo se dexa en las primeras tentativas, dexaremos también a la posteridad otros tantos documentos de su admiración en quantas vigorosas órdenes ha expedido el Ministerio en este asunto, según lo indican los números 7, 8, 9, 10 y 11, sin retroceder a las expedidas en tiempo del Comisionado López, de cuyas operaciones precipitadas de cuatro meses en ida, mansión y vuelta de Adaquies, con dos mil pesos gastados en aquella excursión, no ha quedado ni el más leve vestigio que pueda realizar los deseos del Ministerio.

»*Minas de Azogue.*—Entre las mayores urgencias de la Corona se miraba por aquel tiempo la decadencia de las minas de Azogue en Almadén, de la Península, y en Huancavelica, en el Perú, sufriendo la Real Hacienda la onerosísima contrata hecha con el Emperador de Alemania de recibir cada año diez mil quintales de Azogue a razón de cincuenta pesos por quintal para mantener en labor las minas de Nueva España. Entre los papeles de la Secretaría del Despacho Universal se halló la noticia de algunos vestigios de Azogue en la Montaña de Quindio y a consecuencia vino la Rl. Orden con todo el Vigor que inspiraba tan gran necesidad. Me vino también esta Comisión para desahogo de mi amor, ya que no lo fuese de mis tareas y quedó tan completamente evacuada como podrá advertirlo V. Ex. por los nos. 12, 13 y 14.

»Nueva prueba de mi amor al Rl. Servicio será el empeño particular con que emprendí el Descubrimiento de otra Mina de Azogue en la Provincia de Antioquia, sin que haya costado a la Rl. Hacienda el más leve gasto, cuyas muestras remitidas también a la Corte, han dexado tan satisfechos los deseos del Ministro como comprenderá V. Ex. por los nos. 15 y 16.

»*Té de Bogotá.*—Si mi corazón se ha poseído alguna vez de pensamientos de ambición de gloria, prontamente los he sacrificado al servicio del Estado y del Público. En esos momentos de ir anunciando algunos de mis descubrimientos, tomé la resolución de publicar el té de Bogotá, sugetando siempre mi dictamen con la docilidad que me es genial al de otros sugetos más instruídos. Las decorosísimas expresiones con que me correspondió el Ministerio no pudieron ya endulzar las amarguras de mi salud sacrificada; pero en prueva de nuevo sacrificio puse sobre mis débiles hombros la pesada carga de instruir cosecheros, hacer los acopios y remesas que me ordenaron y consta en los nos. 17, 18, 19 y 20.

»*Manuscritos.*—La súplica de la Emperatriz de Rusia al difunto Rey Carlos tercero acerca de un proyecto literario tuvo toda la acogida que pudo prometerse de un Monarca tan generoso y a consecuencia, su ilustrado Ministro, hizo circular las órdenes más activas a satisfacer deseos de tan Magníficos Patronos de la Literatura. Y siendo yo el Dueño que poseía casi desde mi llegada al Reyno el único Manuscrito Original de la Lengua de Bogotá con otros Manuscritos e impresos de lenguas Americanas, tuve la Orden de hacer venir al Canónigo D. Diego de Ugalde y al Presbítero D. Anselmo Alvares para trabajar en este ramo que por mi parte me costó cuatro meses de una tarea tan incesante como agena a mi destino. Acabo de recibir las gracias de esa Comisión mandada evacuar con tanta presteza y tales recomendaciones como puedo citar ante V. Ex., sólo con nombrarle al Sr. D. Zenón Alonso, además de lo que verá V. Ex. en los nos. 21 y 22.

»*Maderas.*—Por el mismo tiempo me llegó la orden n.° 23 del acopio de maderas para el servicio y gusto del Rey cuando Príncipe, y habiendo dado todas las disposiciones al intento y después de acopiadas muchas de ellas y almacenadas, me vi en la necesidad de interrumpir el acopio, atendidas las circunstancias de los grandes gastos absolutamente incompatibles con las posteriores economías; resuelto, finalmente, a dexar dormir esta Comisión mientras pasaban las sucesivas mudanzas de los Gefes de este Reyno.

»*Quina.*—Y, finalmente, para hacer más complicados los asuntos de Quina en el mismo Ministerio y en el Superior Gobierno de este Reyno, se expidió la Rl. Orden de 12 de Mayo de 88, n.° 23, ratificando las operaciones que se suponía llevadas a debido efecto en la Rl. Orden de 5 de Junio, n.° 25, en la que se me ordena que sin pérdida de tiempo, por la suma importancia de la Salud Pública e inflamados deseos del Rey por el bien de sus amados Vasallos con preferencia a cualquier otro encargo, pase personalmente a registrar los Montes de todas las Provincias, incluso las de Quito, como lo supone la Rl. Orden a su Presidente, n.° 26, allanando todas las dificultades y facilitando todos los auxilios necesarios para dexar dignamente desempeñada esa Comisión. A pesar de mis interiores sospechas bien fundadas en mis dilatadas experiencias del Rl. Servicio, me fué preciso obedecer y principiar mis operaciones, y por un efecto de mi acertada previsión no me halló V. Ex. a su llegada, trasladado a la provincia de Quito con dos pintores como debí hacerlo y parecía regular si siempre se ha de hacer el servicio al tenor de la última Rl. Orden que se recibe.

»No obstante, combinando todas las circunstancias tomé el medio término de visitar los Montes de dos provincias y trabajar para mi satisfacción y para otro tiempo los principales puntos de esta Comisión, haciendo acopiar hasta cuatro mil arrobas de Quina de distintas especies, excluída la roxa que propiamente y según el espíritu de todas las Rl. Ordenes de suspensión de remesas es la desestimada en concepto de los Profesores de que se ha valido el Ministerio para asegurar sus resoluciones.

»No bien acabé de recibir la Rl. Orden sobre muestras de maderas comunicada por V. Ex. quando dí principio a su cumplimiento, aunque sea esta una ocupación que exige sólo un año para hacer algo que pueda satisfacer al Ministerio; pero yo me había propuesto completarla con la oportunidad que logra una expedición propiamente dedicada a entender en este ramo peculiar de su inspección.

»Sólo para entender en estas inspecciones manteniendo una continuada correspondencia de oficio con el Superior Gobierno, interviniendo en las cuentas de la distribución de caudales; dirigiendo las principales operaciones de las Factorías de Quina y té; llevando la correspondencia de cuatro Comisionados; sólo con estos objetos tan agenos a mi principal Comisión se necesitaba la vigilantísima atención del hombre más laborioso; pero nada de esto ha hecho interrumpir un solo día las operaciones de mi oficina; bien que todo ha sido a costa de mi salud, siendo notorio que aun estando sangrado y purgado en varias, aunque son los remedios mayores de la Medicina, no he sufrido sugetarme a cama sino por muy pocas horas para entregarme inconsideradamente esos mismos días a mis acostumbradas tareas.

»Llegó a ser tan pública mi tenacidad de no proporcionarme yo mismo algún descanso que el Arzobispo Virrey tomó la resolución de mandarme a nombre del Rey y con todas las facultades de un tal Gefe, que interrumpiese mis tareas por seis meses y llevase mi oficina y dependientes a cualquier otro sitio de mi elección, cuya resolución fué aprobada por Rl. Orden que dexo de trasladar a V. Ex. por el rubor que me excitan tan honrosas expresiones. Yo sólo podía comprender los lazos que me ligaban ya sin otro recurso que expirar entre mis tareas o dexar expuesto mi honor con la irremediable pérdida de tantos depósitos de la Real Hacienda en los almacenes contiguos a la casa de mi habitación y metido en el laberinto de tantas cuentas pendientes.

»He manifestado a V. Ex. en compendio todas mis ocupaciones porque no ha tenido el motivo de saberlas, y no siendo yo del carácter de aquellos hombres que publican sus servicios a voz en cuello, tuve la moderación de ocultarlos en las tres visitas que hice a V. Ex. por no hacerme sospechoso pretendiente ante un Gefe recién llegado, aun pasados algunos meses sólo habrá entendido V. Ex. que me hallo destinado en la formación de una obra digna de la generosidad de un Monarca que le facilita todos los auxilios; pero ni el Rey, ni su Ministro, ni V. Ex., pueden tener presentes todas las menudas circunstancias que tiraron a retardar sus progresos.

»*Pinturas.*—Al oír decir que mi oficina se halla dotada con nueve pintores y que la expedición dió principio por Abril del 83, no podrá menos de extrañarse la dilación de siete años sin otros testimonios que los que han dado los dos Virreyes antecesores de V. Ex. y los informes particulares de algunas personas que han visto mis láminas y han pasado a la Corte.

»En orden a la adquisición y formación de pintores he tenido que sufrir al doble de la composición de los Discursos de la Flora.

»El primer año salí con un solo Pintor; el segundo con tres; a tercero quedaron solamente dos, y de dos años y medio a esta parte adquirí los cinco de la provincia de Quito. De los dos remitidos de la Corte el uno falleció sin haber dado una pincelada en el Rl. Servicio y el segundo sólo ha trabajado hasta ocho láminas. Sírvase calcular V. Ex. por esta cuenta los Progresos de las Láminas en una obra que debe aparecer en la Corte a competencia del fausto y luxo Botánico del presente siglo.

»De los dos puntos capitales que al principio de esta representación dixe suponía la Orden de V. Ex., he manifestado el segundo de que expontáneamente fluye el primero. Al principio de la Expedición fué arbitrario en mí, como pude hacerlo de consentimiento con el Gefe y según el concepto que sugiere el Instituto de una expedición, fijándola por algún tiempo en esta ciudad por las proporciones que yo conocía anteriormente. Vista posteriormente la absoluta necesidad de mi residencia determiné trasladar aquí mi rica y abundante Biblioteca para el uso mismo de la Expedición, adelantar las comodidades necesarias a la Oficina, formar el Jardín donde se depositan las plantas raras extraídas con sumo trabajo y gasto de los Montes inmediatos, con la ventaja de tener ya conocidos los territorios que suministran las Plantas en sus respectivas estensiones. En mi estimación pasan a ser estas ventajas del Rl. Servicio que los atrasos de mi salud y de mi familia, cuyos alientos voy sosteniendo con la esperanza de sacarla de aquí a su tiempo.

»Las numerosas colecciones depositadas en los almacenes que cierran dos costados del Jardín piden toda mi vigilancia y del Mayordomo, Primer Pintor de la Expedición; siendo tan importante nuestra presencia mientra subsistan estos depósitos que he temido algunas veces quedar desnudo en la calle, con la irreparable pérdida de la Biblioteca, Láminas, Manuscritos y Colecciones, por la imprudencia de este vecindario y poca vigilancia de algunos Jueces en prohibirles como le tengo suplicado los voladores de fuego en sus frecuentísimas fiestas y festejos.

»Aun a pesar de estos sinsabores, quiebras de salud y ningún aliciente que puedan hacerme apreciable esta mansión, sino solamente por el bien del servicio, preveo que mi precipitada salida en los términos que V. Ex. me lo manda iba directamente a influir en atrasos de la obra, por tener yo presentes, como su autor, todas las menudencias que nadie puede advertir si no las expongo.

»Sólo el encaxonamiento de Colecciones, Pinturas, Biblioteca, instrumentos y muebles de Oficina, pide la dilación de cuatro meses, si todo se ha de hacer para no perder tanto en un momento. Es irreparable la pérdida de las plantas previstas que han de pintarse a su turno y son propias de tierra Caliente y Templada y no se hallan en las inmediaciones de la Capital.

»En muchas láminas faltan ciertas particularidades que se les van agregando a proporción que las suministra la estación.

»Trasladándome de golpe a la Capital, ignoro la espaciosa casa que necesito si no para la decencia de su Estado, según la mantuve siempre antes de entrar al Rl. Servicio, a lo menos con extensión necesaria a las principales oficinas y un Jardín para los depósitos de las plantas vivas. A este intento había yo sugerido la especie de que se destinase a la Expedición la Casa del Rey, que ha servido de fábrica de tabaco en polvo en caso de suspenderse este ramo, y esta es una prueba de que yo intentaba tener algún día el honor y satisfacción de trabajar a la vista de V. Ex.

»Por tanto parece conveniente que V. Ex. se digne ampliarme los estrechos límites que acaba de prescribirme y sirviéndose mandarme, si fuese de su superior agrado, que subsista aquí por todo este año, preparando entre tanto sin una precipitación que verdaderamente me estremece el encaxonamiento y remisión de mis colecciones representando a V. Ex. los arbitrios de asegurar y dar salida a estas colecciones de mi cargo, mientras pienso los recursos de no malograr los preciosos árboles de Canela y Nuez Moscada, siquiera por los gastos hechos y sudores que me han costado. Todo lo dispondrá V. Ex. con su acostumbrada justificación, como tan inflamado en los progresos de mi Comisión, e igualmente interesado en el mejor Rl. Servicio. Nro. Señor guarde la importante vida de V. I. ms. años. Mariquita 24 de Febrero de 1890. = Excelentísimo Sor. = José Celestino Mutis. = Excmo. Sor. Virrey D. José de Ezpeleta».

2.° En 25 de Agosto de 1790 envió Mutis un segundo escrito al Virrey Ezpeleta sobre el mismo asunto.

El escrito de Mutis es como sigue (Santa Fe 668):

»Excmo. Señor = = Aunque en el Corto intermedio que ha pasado entre las dos Reales Ordenes de 27 de Octubre de 89 y 27 de Enero del presente año aparezca por la segunda quedar desvanecidas las vehementes sospechas sobre el atraso o absoluto trastorno de la Expedición Botánica de este Reyno, deducidas del profundo silencio que en la primera se menciona, es propio de mi obligación satisfacer los cargos que en ella se me hacen y manifestar la disposición en que se hallan mis obras para poderlas remitir sucesivamente como se me ordenó en la última.

»Sin que sea necesario que yo me detenga en pintar el carácter de sensibilidad y pundonor a que llevo siempre arregladas mis operaciones, ni menos en recordar las raras circunstancias que precedieron para obligarme a entrar al Rl. Servicio quando menos debía desearlo, bastaría solamente para dar un indicio de la impresión que debieron hacer aquellas reconvenciones en mi corazón, suplicar a los Pies del Trono se digne su ilustrado Ministerio traer a la vista los irrefragables documentos que han acreditado mi arruinada salud por las extraordinarias tareas dimanadas del Ministerio mismo sin haberlas yo solicitado. Siendo, pues, el sacrificio de la vida el mayor que hace un Vasallo en el servicio de su Soberano, ya que no puede recibir recompensa en lo humano, le queda la satisfacción de justificar en todo tiempo su conducta, con la de transmitir a la posteridad la gloria de haberla pospuesto a las inmensas fatigas del Real Servicio. En las citadas Rs. Ordenes no se descubre siquiera un rasgo que indique su noticia para equilibrar en cierto modo la generosidad con que el Augusto Carlos Tercero se dignó dotar esta expedición, quedando desvanecidos al inmenso peso de la Rl. Generosidad los progresos de mi Flora, los servicios de mis Comisiones y el sacrificio de mi salud. Dexando esta última a los designios de la Divina Providencia, que todavía me la conserva en medio de mis habituales, suplico a V. Ex. se sirva agregar a éste los documentos a que me refiero, pues si en unos consta que jamás se ha interrumpido la Comisión principal de mi Flora, por otros se vendrá en conocimiento de las Comisiones que pudieran atrasarla si hubiera permanecido en mi concepto la conservación de mi vida.

»Yo entré solicitado al Rl. Servicio y el hecho mismo de haber abandonado en el último tercio la dulce satisfacción de una vida filosófica sin otra dependencia que la muy afortunada que imponen la Religión y el Vasallage, es una prueba nada equívoca de los esfuerzos que saco de mi flaqueza para desempeñar esta comisión, ya que no los tuve para resistir a las eficaces persuasiones con que batirían la última resolución de un hombre lleno de años y experiencias para reglar las comodidades y disponer de sus obras literarias combinando sus reflexiones en lo moral y político. En fuerza de estas mismas se había negado anteriormente a los Señores Virreyes D. Manuel Guirior y D. Manuel Antonio Flores que no pudieron conseguir mi anuencia, debida posteriormente al imperio sobre aquella religiosa obediencia con que debe comportarse un Eclesiástico, y que me impuso el Arzobispo Virrey cuando de propósito se dignó visitarme y sacarme de mi escogido retiro.

»En vano hice presente que fuese por cierta debilidad que acompaña siempre al hombre más justificado, o ya fuese por el incontestable derecho que cualquiera Autor tiene a sus producciones literarias, estaba yo resuelto desde el tiempo de mis desatendidas representaciones al Rey a mantener la gloria que de justicia me competía, en haber seguido mi carrera a mis propias expensas, siendo ya muy difícil recompensarme las grandes sumas invertidas en veintidós años. Accedí, finalmente, con ciertas condiciones que por mi honor y desinterés no he reclamado, y si propuse la preliminar de los dos mil doblones de que no puedo acordarme sin rubor, no me ocurrió por el pronto algún otro medio más decente, porque dedicado enteramente al Rl. Servicio me hallaba privado de los arbitrios con que hasta entonces había sostenido mis proyectos literarios. Tan lejos está de habérseme beneficiado en esta parte que mis Amigos, instruídos de mis aventajados recursos y mirando más bien a mis particulares intereses que a las glorias de la Nación, más de una vez me han echado en cara la resolución de admitir una gratificación y sueldo, que no siendo aquella compensación de mis gastos, tampoco alcanza éste a mi subsistencia por los enlaces de la naturaleza. Dispense V. Ex. la modesta libertad conque expongo las circunstancias de mi situación anterior por el derecho que tengo a manifestar que no estaba yo sepultado en la miseria quando me obligaron a entrar en el Rl. Servicio ciertas circunstancias que jamás hice valer en el Ministerio; pero podré, por lo mismo, recordarlas y ponerlas en balanza con la Rl. magnificencia con que el Augusto Monarca se dignó ampliar los auxilios de mi Expedición en orden a la dotación de Pintores. En la dirección de este ramo tan difícil como esencial, he sabido ahorrar los cuidados del Ministerio y reducir por sus economías a una suma muy inferior a lo que suena el número de tantos Pintores Americanos, solicitados y formados bajo mi mano como lo expuse en el adjunto n.° 1; pero también a costa del sacrificio de doblar las tareas que debían repartirse entre los dos Botánicos sobre cuyo pie se formó el plan de Expedición, quedando en olvido y trastornada esta parte tan esencial por los cuidados Ministeriales de aquel tiempo.

»Esos mismos cuidados no dexarían percibir otras circunstancias *que posteriormente* cedían en perjuicio del premeditado Plan del Expediente con las condiciones mismas que yo lo propuse: Ordenándoseme, por exemplo, que no la principiase ni entrase yo al goce del sueldo hasta concluir mis obras anteriores, que era lo mismo, en buenos términos, que dar la última mano a la obra proyectada. Tales cláusulas fueron dictadas sin duda por el deseo de anticipar alguna gloria a la Nación, sin advertirse los perjuicios indirectos a la Expedición y el gravísimo que en derechura se me hacía en que yo limase mis obras consumiendo mi salud y mis días sin más sueldo ni auxilios que lo que sonaba la mencionada gratificación; negocio tan absolutamente incompatible por todas sus circunstancias que estremecido el Arzobispo Virrey de mi desistimiento al peso de mis reflexiones me ordenó seguir la expedición comenzada y por otra parte aprobada en la misma Rl. Orden en que se le comunicaron las amplísimas facultades para auxiliarla.

»Parecía regular que no sólo para desempeñar las nuevas obligaciones del Rl. Servicio, sino también por conservar la reputación y crédito que he debido, trabajando como particular a los sabios extrangeros podía esperarse de mí alguna gloria de las que indica la Rl. Orden de aprobación y en consecuencia debió fiárseme la Dirección de una obra que llenase tal vez los deseos de la Europa Sabia. Así vino mandado y juntamente que yo formase las instrucciones con acuerdo del Arzobispo Virrey, Promotor primitivo de esta expedición, con cuyas satisfacciones y la reabilitación que dispuso el mismo justamente ya comprometido su honor, renuncié a mis intereses particulares, siguiendo mis tareas con el mismo empeño conque sin sueldo alguno las había principiado en la Expedición interina.

»En tal estado no debía ya pensar en otra cosa que hacer mis ideas a consecuencia de las magníficas del Rey y de su ilustrado Ministerio. Me retiré a esta Ciudad solitaria con el designio de concluir las dos primeras obras que fueran las Precursoras de la Flora de Bogotá. Si con una satisfacía los deseos del Ministerio, remitiendo un volumen de mis géneros y especies de plantas nuevas, acompañado de las suficientes láminas de la flor y fruto, a imitación de las que dieron Plumier y Forster, con la otra desahogaba los míos por la predilección con que he mirado la Historia Natural de la Quina. A fines del año 86 tenía ya tan adelantadas estas obras que me hubiera sido

fácil concluirlas a no haberlas interrumpido dos grandes acontecimientos. El mayor de todos y también el infausto para mi salud consistió en el cúmulo de Comisiones en que me empeñaron las honoríficas expresiones del Ministerio anterior, sin reparar yo que no siempre corresponden las fuerzas del cuerpo a las de un ánimo emprendedor y agradecido. Por su parte no fué menor el segundo, porque habiéndome entregado en los intervalos de mi natural reposo a la inmoderada lección de las Obras Botánicas que posteriormente conseguí a mis expensas, restituída la libertad de la navegación después de la Guerra descubrí el dilatado campo que me faltaba recorrer para ordenar la multitud de notas que había recogido, sin las quales no podían manifestarse mil equivocaciones de los Predecesores y Viageros Coetáneos.

»A poco tiempo comenzaron a flaquear mis fuerzas y, el raro empeño de dar primero mi vida que apartarme de todas las Comisiones pendientes, con perjuicio conocido de los Rs. Intereses y de mi honor tan enlazado con su Administración, ha espantado a todos mis amigos y personas prudentes que presenciaron mi fatal situación, acusando la indocilidad con que trampeaba y eludía las Ordenes del Arzobispo Virrey tan empeñado en cuidar de mi restablecimiento como yo resuelto a sacrificar la vida por mi honor. Ya no se trataba por ese tiempo de estrecharme ni por remisión de aquellas primeras obras ni por la continuación de la Flora, constándole al Sr. Ministro las ocupaciones en que me tenía metido y satisfecho el Gefe de este Reyno en aquella época como testigo más inmediato que ninguna ocupación ni menos mis achaques han podido influir en perjuicio directo de la Flora por su parte más difícil que es la de Pintura.

»Por una especial Providencia del Altísimo he sobrevivido a los inmensos cuidados de siete años y aunque me rodean no pocos para atar cabos, desprenderme de comisiones y trasladarme a la Capital como lo expuse a V. Ex. en mi oficio núm. 2 los igualo a las esperanzas del aflixido navegante arrojado en alta mar cuando divisa la playa y se lisonjea de haber escapado de los peligros del naufragio. Semejantes lisongeros pensamientos encaminan la debilidad de mis fuerzas persuadido a que teniendo a V. Ex. por testigo de las operaciones de mi Oficina y de los trabajos que cuesta la composición de una obra de esta clase, se dignará elevar a la consideración del Rey los servicios de un Naturalista perpetuamente separado de la sociedad para vivir arrastrado por los montes, sufriendo las incomodidades y peligros que allá no se conciben por ser desconocidos en Europa. Reconocerá V. Ex. el cúmulo de mis láminas, que excediendo de 600, sobre otros tantos diseños, no es inferior cada una ni más dilatado el transcurso de siete años al de las Preciosas Floras que se han publicado y aun continúan en Copenhague, Viena, París y Londres, donde sobran, sin comparación, recursos para tales empresas.

»Con este repuesto y la facilidad que han adquirido ya mis pintores, a poco más de mi llegada a la Capital podrán hacerse las sucesivas remisiones que ordena S. M. sin que pueda interrumpirla otro impedimento por mi parte que algún acontecimiento imprevisto, o mi fallecimiento de que hago memoria sin el menor sobresalto, como acostumbrado después de cinco años a mirarlo más de cerca y disponerme para este golpe.

»No por esto me desentiendo de las primeras obras. La que yo expontáneamente ofrecí sobre la Quina será la primera, pero la obra en que se me hacía trabajar para publicarla como anuncio de la Flora, podrá considerarse más ventajosa por los aumentos que ha recibido y aun por el solo respecto de cerrarse con ella la principal obra proyectada, porque incluyendo este volumen a la numeración sistemática de todas las Plantas, examinadas en los territorios que suministran las de la Flora y todas las restantes no pueden pintarse, se deben mirar como un volumen separado que aunque publicado posteriormente será el primero que se tenga siempre a la vista en el reconocimiento de las Láminas. Regularmente los Autores de tales obras han seguido el camino de publicar sus *Prodromos* como anuncio de mayores obras, pero no habiendo en esta otra ley que la sugerida por el deseo de asegurar la época de su Descubrimiento en los tiempos anteriores hasta la mitad del presente siglo, sospecho que en los actuales en que se multiplican a competencia los viajes y se recojen plantas de todo el Globo, resultaría a la Botánica no pequeños perjuicios de tan precipitados anuncios.

»Este solo respecto hace más difícil en nuestros tiempos la composición de una obra Botánica sobre los imponderables que ofrece el estudio de la Naturaleza. Siendo incontestable la época de mi viage pospondré la gloria pasagera de descubridor primitivo si la disputaren, a la Real y sólida de presentar láminas bien acabadas con algunas observaciones que se ocultan a los viajeros transeuntes procurando dirigir mis tareas al verdadero progreso de la Ciencia. A este mismo intento he solicitado a mucha costa mía, sobre ochenta obras botánicas y algunas tan caras que asciende el valor de todas a seis mil pesos, en cuyo nuevo empeño he querido competir con la donación de instrumentos y Libros que me hizo el Augusto Monarca, pero con la diferencia de haber yo conseguido, en tiempo, mis remesas quando las debidas a la generosidad del Rey no han llegado a completarse. Desde que advertí la tardanza de la última remesa, cuyo aviso consta en el número tres, no he cesado de reclamarla y vuelvo a suplicar se averigüe su paradero en la Aduana de Cádiz, donde se mantendrán arrinconadas, ya que se me ha puesto en la necesidad de satisfacer a reconvenciones de tanto peso. Por los mismo sería muy culpable mi silencio a la que sobre ella se me hace en el concepto de haber yo disfrutado tan generosa donación.

»Tampoco los llamados Botánicos Calzado y Méndez, que vinieron puramente en clase de Pintura, han llenado las magníficas intenciones del Rey, ni mis esperanzas. Mui lejos de haber reportado la Expedición algún progreso de estos dos operarios se halla recargada con sus sueldos inutilizados, cuya reparación puedo solamente prometérmela de los arbitrios que propuse a V. Ex. en mi oficio núm. 4 y a consecuencia se dignó aprobarlos V. Ex. en Superior Decreto de 30 de Junio de este año. Mi actividad acompañada de alguna previsión por la experiencia en el vencimiento de tan multiplicados obstáculos, me hizo anticipar mis diligencias para poder asegurar a V. Ex. que ya llegaron a Popayán dos pintores que vienen de Quito, y si por desgracia se frustra la consecución de los restantes, me queda el último de solicitarlos a mi llegada, en esa Capital donde probablemente hallaré algunos jóvenes puramente Dibujantes, que se habilitarán en este género de pinturas.

»Por último descargo a la reconvención indirecta que se me hace de no haber tampoco remitido al *Arcano revelado* que yo ofrecí. Ultimamente debo satisfacer con aquella sinceridad y franqueza que caracterizan a la gente de letras, sin ocultar sus resentimientos. Es muy cierto que ofrecí a los pies del trono aquella obrilla fruto de mi práctica, electrizado por las decorosas expresiones de la Rl. Orden de 12 de Mayo que tanto inflaman a los hombres de honor, pero siendo igualmente cierto el no haber recibido contestación directa de este particular, que volviese a disipar las reconvenciones que yo mismo me hice posteriormente por mi lijereza con tal ofrecimiento; era muy natural dexarlo reservado para otro tiempo. La contradicción que está sufriendo el proyecto de mayor beneficencia al a Humanidad y las innumerables que yo he sufrido en este punto, me han puesto más de una vez en el disculpable tentación de abandonar esta Obrilla a la suerte de las póstumas; persuadido, por otra parte, de la fermentación que debe causar entre los Profesores de Medicina una novedad que les atribuye innumerables errores de su práctica y que no todos guardarán tanta equidad con su autor, como éste en disculparlos de sus inevitables equivocaciones. A pesar de estas legítimas causas de mi silencio, ya que se me ha tomado la palabra, venceré mi repugnancia y mandaré el prometido Arcano antes de salir de esta ciudad, para que la ilustración del Ministerio haga de la Obrilla el uso que tuviese por conveniente.

»De todo lo expuesto resulta que hallándome tan gravemente perjudicado en mi salud, intereses y tranquilidad, que no habiéndose interrumpido en un solo día las operaciones de mi Oficina, ni las tareas de mi primitiva Comisión, que sumergido tal vez más de lo justo en ocupaciones ajenas de mi Instituto y Estado sólo por contestar los deseos del Ministerio nada de esto se haya tenido presente si sujerido a la ilustración de tan Humanisimo Ministerio al tiempo de expender una Rl. Orden, cuyo espíritu indica nada menos que recelos fundadísimos de la reprensible conducta del Director, a quien se le reconviene como únicamente ocupado en esta Comisión en el concepto de sano y amplísimamente favorecido y por otra parte sepultado en la inacción y con algunos visos de poco agradecido a las generosidades de los Augustos Monarcas que tan distinguidamente protegen esta empresa literaria; recelos puramente deducidos del silencio de la Secretaría de que no puede ser responsable el Director.

»La Divina Providencia, que pesa sin engaño las acciones del hombre, no ha permitido que sufriera mi corazón tanto cúmulo de amarguras por más tiempo, disponiendo que el informe del Excmo. inmediato antecesor de V. Ex. disipase las vehementes sospechas que se habían concebido contra mi conducta y agradecimiento. Y, finalmente, ya que mi corazón se mantiene generosamente desprendido de las ambiciosas ideas de compensación de mis intereses y remuneración de mis servicios me contemplo justamente acreedor a la Piedad del Rey y a la equidad de este humanisimo Ministerio para que atendiendo siquiera mi arruinada salud, no se le aflija con idea de inacción e ingratitud a un Literato que positivamente ha pecado no menos de activo que de agradecido. Por tanto suplico a la justificación de V. Ex. se digne informar a S. Magestad a continuación de lo referido en esta repuesta cuanto pudiese indagar y le constase a V. Ex. acerca de mi conducta. Yo de mi parte vuelvo a protestar a Vuestra Ex. que no llenan mi corazón otros pensamientos que los dirijidos a desempeñar mis obligaciones cuando no fuera por mi honor comprometido entre los Sabios de Europa, siquiera por mi Conciencia que no me dexa olvidar la responsabilidad contraída desde mi entrada al Rl. Servicio.

»Nuestro Señor gue. la importante vida de V. Ex. ms. as. Mariquita 25 de Agosto de 1790. == Excmo. Señor == José Celestino Mutis == Excmo. Sor. Virrey Don José de Ezpeleta».

Resumen de este asunto.—En Madrid querían que se enviara lo hecho de la Flora, y Mutis, por su constante deseo de perfeccionarla, no concluía nunca nada. Así se pasó el tiempo y cuando el año 1808 murió Mutis habiendo aumentado constantemente las láminas de la Flora, pero sin escribir las descripciones.

Fué cosa lamentable, en primer lugar, que en vez de quedar Mutis limitado a los trabajos históriconaturales y en especial de la Flora, como pasó con Ruiz y Pabón y la Expedición de Nueva España, le dieron tal número de encargos y comisiones que lo distrajeron y enfermaron.

Si Mutis hubiera podido vivir tranquilo en Mariquita, sin nada que lo distrajera, es posible que hubiera hecho las descripciones y probablemente terminado algunos tomos. Acaso al terminarse algunas de las comisiones que se le dieron en los primeros tiempos hubiera, como decimos, concretado todo su trabajo a la Flora.

Todas las posibilidades se truncaron con el traslado a Santa Fe, donde aunque cesaron las comisiones y encargos estaba ya Mutis quebrantado en su salud y cada vez iba decayendo más. Repetimos que si hubiera quedado la Expedición en Mariquita, la marcha de la Flora hubiera sido otra y se hubiera salvado el Jardín que tenía formado, en que aparte del valor puramente científico, se hacía el cultivo de la Canela, la Quina, la Nuez Moscada y otras plantas de gran valor económico que puestas en explotación hubieran resarcido con muchas creces cuanto España gastó en la Expedición Botánica.

Es claro que no estando en Bogotá es posible que no hubiera Mutis intervenido en la fundación de la Sociedad Económica, pero ésta no hubiera dejado de hacerse porque el Gobierno se había propuesto fundarlas en todas partes.

En cuanto a la reforma de la enseñanza de la Medicina y el Observatorio Astronómico y alguna otra cosa acaso no las hubiera iniciado, pero dada la marcha de aquellos gobiernos es casi seguro que aunque no hubiera sido Mutis su iniciador en un plazo de pocos años, se hubieran realizado todas. Lo peor fué que los tiempos que al pronto les fueron favorables luego les fueron adversos y las cosas mejor iniciadas y desarrolladas se perdieron en cuanto faltó el impulso de arriba y la incuria, la indiferencia y a veces la malquerencia de intereses bastardos las mataron.

Como único ejemplo de esto citaremos lo que ocurrió en Filipinas con el cultivo de la Canela que el Patriota D. Francisco Xavier Salgado y el gran naturalista D. Juan de Cuéllar habían logrado desarrollar ya con valor industrial y tras de sufrir no pocas hostilidades se perdió por completo en cuanto murió Salgado. Cuando esto pasaba en Filipinas los ingleses no habían preparado aún la explotación de la Canela en Ceylán, que luego fué manantial de riqueza.

LA REAL EXPEDICION EN SANTA FE

Como sabemos, Mutis se restituyó a Santa Fe en 1791, y desde luego pensó en reorganizar la Expedición a fin de hacer más eficaz su resultado.

De 27 de Octubre de 1791, fechando ya por supuesto en Santa Fe, es la exposición dirigida por Mutis al Virrey D. José de Ezpeleta, donde «Con el deseo de dar los últimos impulsos a su obra Botánica y en virtud de los Rs. encargos propone a V. Ex. la agregación de cuatro jóvenes para los trabajos científicos y la de cinco Oficiales Pintores sobre los nueve de su anterior dotación, sin otro gravamen de la Real Hacienda que el de quinientos pesos anuales y en los términos aprobados anteriormente por V. Ex.»

Acaso la más importante consecuencia del traslado consistió en que Mutis se fuera

librando de las múltiples comisiones de todas clases, que como hemos visto pesaban sobre él, retrasando y entorpeciendo su labor principal. Así lo expresa Mutis al principio de su exposición cuando dice:

«Restituído a esta Capital en cumplimiento de la Superior Orden de V. Ex., no he tenido tiempo alguno en arreglar mil cabos pendientes de mis Comisiones que no pude cortar de una vez a pesar de mis deseos para entregarme enteramente a recoger los de mi Comisión principal.»

Añade luego que sin perjuicio de ésta van siguiendo las otras Comisiones «aprovechando los momentos que me permite mi salud algo menos arruinada a beneficio de este temperamento».

Empieza Mutis, en este documento, a manifestar el temor de morir sin terminar su obra y dice:

«Todavía no me aflige poco la incertidumbre de poder concluir con toda la proyectada extensión la Flora de Bogotá», y esto lo lleva a pedir el refuerzo a que hemos hecho referencia.

En consecuencia de la exposición de Mutis por R. O., fechada en Aranjuez en 29 de Abril de 1792, se dispuso «la agregación de cuatro jóvenes a quienes pueda confiar sus conocimientos y las excursiones de la facultad, a saber: D. José y D. Sinforoso Mutis, sobrinos del Director, sin sueldo por ahora y en clase de meritorios. D. Juan Bautista Aguiar, sin más estipendio que el de la enseñanza, y D. Francisco Antonio Zea, sujeto de habilidad conocida con sólo el de 500 pesos, y el aumento de cuatro pintores más sobre los que tenía ya la Expedición, sin nuevo gravamen de la Rl. Hacienda».

Aquí tenemos, pues, la base de la reforma de la Expedición Botánica que adquirió los caracteres de una verdadera corporación científica académica.

No debemos dejar de tomar nota de la indicación de Mutis de que su salud estaba algo menos arruinada gracias al clima de Santa Fe, cuya altura parece favorecerle contra lo que acaso pudiera pensarse. De todos modos él, que por muchos motivos no quería moverse de Mariquita, parece que empezaba a encontrarse bien en Santa Fe.

Estaba establecida la Expedición en una casa principal que le proporcionaba local espacioso, una magnífica biblioteca, riqueza de aparatos y material científico y muchas personas dedicadas con verdadero entusiasmo a los estudios de Ciencias Naturales. Merecen mencionarse entre ellos (dice Gredilla) D. Jorge Tadeo Lozano, miembro honorario de la Expedición; tres adjuntos de los que el más importante era D. Francisco Antonio Zea, natural de Medellín (Nueva Granada); los otros dos, sobrinos del Director (como hemos visto), eran D. José y D. Sinforoso Mutis, y por último un escribiente meritísimo, D. Francisco Xavier Zabaraín, autor de la admirable copia de la Quinología existente en el Jardín Botánico de Madrid. Tenía, además, trece pintores, dos de Popayán, uno de Bogotá y los restantes de Quito y esperaba otro. Auxiliaban también a la Expedición varios jóvenes amantes de las ciencias, entre los que destacaba el que llegó a ser un verdadero sabio, D. Francisco José de Caldas.

Informe secreto del Deán D. Francisco Martínez.—Como a pesar de la nueva instalación en Santa Fe pasaba el tiempo y Mutis no daba por terminada en todo ni en parte la Flora, cosa que preocupaba bastante en Madrid (y que originó la censura de que hablamos, cuya consecuencia, tras los disgustos referidos fué el traslado), el Gobierno que había instado a todos los Virreyes y éstos a Mutis para que la terminara, pensó en informarse reservadamente del asunto y al efecto, habiendo sido nombrado Deán de la Metropolitana de Santa Fe D. Francisco Martínez, se le dió el encargo de enterarse con toda reserva del estado de la Flora y esto motivó el documento existente en el Archivo de Indias (Audiencia de Santa Fe — legajo 667), del que creemos deber insertar a continuación todo lo que a Mutis se refiere. Dice el documento: «Carta del Deán de la Catedral de Santa Fe fechada en dicha ciudad a 19 de Mayo de 1793. Va dirigida al Exmo. Sor. D. Pedro de Acuña y evacua el informe reservado que sobre el estado de la Expedición Botánica de Mutis se le había encargado por el antecesor de D. Pedro Auñón» (Santa Fe 667).

«Exmo. Señor: == Muy Sr. mío: Quando salí de esa Corte con destino al deanato de esta Metropolitana, tuve el honor de que el Exmo. Señor Antecesor de V. E. me enviase la inspección secreta del estado en que se hallaba la Real Expedición Botánica de este Reyno y con especialidad el ramo de la Quina por ser tan interesante al beneficio de toda la humanidad. Luego que llegué quise poner por obra este encargo, y con el motivo de hallarse entonces en la ciudad de Mariquita el Director de dicha Expedición Dn. Josef Celestino Mutis no pude verificarlo. Después de restituído a esta Capital, le he hecho varias visitas con este objeto y no pude lograr mi intención hasta últimos del mes pasado en que usando conmigo dicho Director de una confianza que no le ha debido ninguno otro, por ser su genio muy reservado, me franqueó toda su oficina y quantas láminas tiene trabajadas en el ramo de Botánica, que es el único que ha podido abrazar y en el que sigue actualmente sus observaciones. Todo lo examiné con la exactitud propia de quien deseaba satisfacer los deseos del Ministro en esta parte. He visto que la obra será utilísima al Público y hará mucho honor a la Nación, porque la eficacia y pericia de este sujeto han empleado todos sus conatos a fin de desempeñar con mucho crédito la Comisión que se le ha dado. Las láminas no tengo duda en decir que son las mejores que se pueden dar a luz en este género, y las plantas que ha copiado llegan a un número bastante crecido, pues según me aseguró él mismo ha descubierto hasta el presente 400 especies. La Quinología, colección de Quinas, es de (aquí un claro en el escrito) especies de las quales ha formado un tratado completo dividido en dos partes, que la primera corresponde al ramo botánico y la segunda a la parte Médica, la qual se ha empezado a dar a luz en el Periódico de esta Capital, cuyos números remitiré a V. E. como lo executo con esos dos, por considerar que la materia es bastante útil. Por cierto que aunque todo este tiempo no hubiese trabajado en otra cosa que en la física averiguación de este febrífugo hasta hallar dichas diferencias con sus respectivas aplicaciones, desde luego habría hecho el mayor servicio al género humano que ninguno otro facultativo, pues de su conocimiento resulta la curación de muchas desgracias que se iban propagando en la Medicina por la ignorancia de este específico.

»Lo que vi no fué más que lo correspondiente a las láminas de Botánica que son de considerable número y exquisito primor. Pero habiendo observado que es muchísimo lo emprendido y muy poco lo acabado, y haciéndome cargo igualmente de que la parte científica que mira a las Descripciones y demás trabajos literarios, quizás estarán menos adelantados que lo que yo examiné, me causó notable dolor el considerar tan escasa la salud de este sugeto y su edad un poco avanzada; está expuesta esta grande obra a padecer un infortunio irremediable, cuyo acontecimiento sería digno de sentirse por muchas razones. Como aun no ha emprendido los otros ramos de la Historia Natural comprensivos del objeto de la Expedición, los quales exigen quizá más trabajo que el que tiene entre manos, he considerado que haría un gran servicio a S. M., a V. E. y al público, poniendo en su noticia esta observación, para que V. E. se digne precaver esta lástima tan considerable. Yo sé que en todo el Reyno no hay ningún sugeto capaz de continuar dicha obra; en caso de faltar este Director era preciso remitir lo que tuviese obrado en el mismo estado incompleto que se hallase, y como las plantas y demás objetos naturales se quedaban en el país desde luego, no sólo se quedaba perdido todo lo gastado de cuenta del Real Erario, sino lo que es más, el preciosísimo trabajo que iba a honrar la literatura Nacional. Para que no se experimente esta desgracia, considero que la vigilancia y patriotismo de V. E. mirarán como necesario el asociarle un sugeto perito en la misma facultad de los muchos que puede haber en esa Corte, para que, en caso de fallecimiento de Mutis, pudiese proseguir con el debido acierto esta útil y apreciable empresa.

»Sobre este asunto no se me ofrecía otro inconveniente que el de ser su genio sumamente delicado y casi nimio, por lo que mira a la perfección científica de estas materias, como es lo moral, respecto de las costumbres y miramientos políticos. Por esta razón era preciso que el sugeto, no sólo fuese de conocida habilidad, sino de un genio modesto y dispuesto a subordinársele en todo, estando sujeto a su dirección y gusto, porque de otro modo ambos se incomodarían y todo el detrimento resultaría de la obra. También le podría ofender el persuadirse que se le embiaba este socio por alguna especie de desconfianza o como para forzarlo a la conclusión, y así en caso de que V. E. lo tenga por conveniente, se le podía decir que el mandarle este segundo era con el fin de que dexase a la Nación un sugeto lleno de sus preciosas nociones, capaz de proseguir con lucimiento la obra que él ha empezado en caso de ocurrir la desgracia de que él faltase.

»Esto es cuanto sobre el asunto he considerado digno de exponer a V. E., así por el encargo que se dignó hacerme su Exmo. Antecesor, como por la confianza con que me ha honrado V. E. en su apreciable carta y creer que en esto hago un gran servicio a S. M. y á toda la Nación.»

Aquí termina el informe referente a Mutis, estando el resto de la carta destinado a recomendar al Ministro a un literato, poeta llamado D. Manuel del Socorro Rodríguez, cuyas virtudes y méritos alaba.

Como dijimos está fechada la carta en Santa Fe a 19 de Mayo de 1793.

Firmado Dr. Francisco Martínez y dirigida al Excmo. Sor. D. Pedro de Acuña.

El Deán de la Catedral de Santa Fe D. Francisco Martínez, que dió el informe reservado sobre Mutis, presentó una instancia dirigida al Excmo. Sr. Eugenio Llaguno Auriola (Ministro de Indias), pidiendo por el mal estado de su salud que se le permita regresar a la Península conservando el cargo hasta que le hicieran otro en España. La instancia es de 19 de Octubre de 1794.

En tanto se sustanciaba pasó Martínez a la Parroquia de Tena buscando un clima mejor, pero allí falleció el Deán en 13 de Noviembre del mismo año, según documento del Virrey D. José de Ezpeleta para que se corte la tramitación del asunto. El documento del Virrey es de 19 de Noviembre del mismo año.

Las certificaciones que acompañaban a la Instancia de Martínez no las hemos encontrado en el expediente, pero sí el informe del Virrey apoyado en ellas y como una era de D. José Celestino Mutis, en que se diagnostica la enfermedad y se dan las razones de serle muy peligroso el clima de Santa Fe, hemos creído de interés, ya que no tenemos la certificación, reproducir el informe del Virrey que la extracta y aunque se refiere a las de los médicos se puede calcular que el verdadero autor es Mutis. Dice así el informe (Santa Fe 550): «Santa Fe 19 de Octubre de 1794 = N. 318 = El Virrey Ezpeleta = Dirige y recomienda un memorial de D. Francisco Martínez, Deán de aquella Catedral en que solicita permiso para venir a la Península con retención de su Prebenda a restablecer su salud en el País que más le acomode.»

«El interesado acredita con certificaciones de D. Josef Celestino Mutis y D. Honorato Vila, Profesor de Medicina de Santa Fe, que no puede permanecer en aquella Capital sin riesgo inminente de perder la vida; respecto a que padece un afecto asmático que se gradúa sensiblemente en aquella atmósfera en extremo delgada y fría, por efecto de la extraordinaria elevación del terreno sobre el nivel del Mar, siendo verosímil que haya contraído esta peligrosa enfermedad durante su residencia en los rígidos temperamentos de las montañas del Perú en donde sirvió Curatos algunos años. Añaden estos Facultativos que aunque D. Francisco Martínez ha conseguido algún alivio en los Países templados de aquella inmediación, ha sido siempre momentáneo y creen indispensable para la conservación de la vida de este Eclesiástico que se establezca en algún Puerto de mar de temperamento benigno, ventaja que no tienen los de aquellos parages por ser todos en extremo ardientes.»

«El Interesado pide con el mayor encarecimiento se le permita venir en la forma referida, ínterin hay proporción de colocarle en alguna de las Iglesias de España, no dudando se le concederá este consuelo, en consideración a sus servicios anteriores y a que éstos le han acarreado el grave quebranto de salud que experimenta.»

«El Virrey dice que le son constantes los urgentes motivos de esta solicitud que no ha podido menos de recomendar en beneficio de un benemérito Ministro del Altar, cuya existencia considera muy expuesta en aquellos Países.»

El 8 de Marzo de 1795 pasó a consulta del Consejo de la Cámara, que lo despachó el 10.

Sigue en el documento una «Nota: = Este expediente ha quedado aquí suspendido por haberse recibido carta del Virrey con fecha 19 de Noviembre de 1794, avisando haber muerto seis días antes el Deán D. Francisco Martínez.»

El arcano de la Quina.—Va acompañado el documento con los números 89 y 90 del «Papel Periódico», correspondientes al 10 y 17 de Mayo de 1793, en los que se inserta el principio del trabajo de Mutis, titulado: «El arcano de la Quina revelado a beneficio de la humanidad».

En el número 89 va una nota de la redacción que dice: «Quantos elogios hiciese el Redactor con objeto de recomendar este precioso Escrito serían ociosos, pues el mérito de la misma pieza y el notorio de su Autor el Dr. D. Joseph Celestino Mutis no necesitan de prevención alguna parte el público. Es inexplicable el gusto con que damos a luz esta obra tan útil a la Humanidad. Varias razones han hecho condescender a su Autor a la publicación de ella en nuestro Periódico, en cuyos Números irá saliendo sucesivamente; pero con la advertencia de que para que no vaya todo el pliego ocupado por un solo argumento, insertaremos a lo último algunos otros rasgos de otras materias, según el encargo que nos han hecho varios Subscriptores (págs. 285-286 del periódico).

En la página 291 del Periódico hay una nota de Mutis para aclarar la confusión que podía y solía haber con los nombres dados a la Quina y que además de ser muy interesante por sí, marca con exactitud la fecha de una consulta hecha a Mutis; dice así: «Ya no se usan los antiguos nombres *Gannaperide* y *Quarango*, y sería mejor olvidar el de bastardilla, aplicado a otro recomendable remedio introducido en las Boticas si hemos de hablar con propiedad y queremos evitar equivocaciones. Algunos exem-

plares las comprueban y lo que peor es, que tomando por *Cascarilla*, llamada también *Falsa Canela*, la corteza de la *Wintera Granatensis*, que lleva el nombre de *Canela de Páramo* en estos países, y reincidiendo en la primera equivocación de ser un mismo remedio *Quina o Cascarilla*, se creyó en la provincia de Quito haber descubierto una nueva especie de Quina. Habiéndosele remitido al Virrey de este Reyno el año de 70 y examinándola yo de su orden, procuré desimpresionarlo y deshacer esta perjudicial equivocación. Puede tenerse por cierto que no sólo en nuestros tiempos sino también en los anteriores han pasado a Europa estas cortezas con el nombre de *Quinas* o *Cascarilla*, pues se alumbra su propiedad sobresaliente en los Autores de drogas medicinales, llamándola *Kinakina Urens*, carácter que perfectamente cuadra a la *Wintera Granatensis*».

En el número 90, pág. 298 y siguientes, encontramos también datos referentes a la actuación personal de Mutis; dice: «Desde mi llegada a esta Capital de Santa Fe, a principios del 61, tomé alguna instrucción Botánica de este género por los esqueletos de la especie corriente que me regaló el erudito Señor Santistevan, Superintendente de la Real Casa de Moneda, cuyas conferencias y manuscritos me impusieron en todo lo perteneciente a este Ramo. Había sido comisionado dicho Señor nueve años antes por el Virrey Marqués de Villar, de orden del Rey, para trasladarse a Loxa a fin de investigar los desórdenes de este comercio, proponer los medios de remover los perjuicios ocasionados a la causa pública. De esta comisión, competentemente evacuada en lo político, según lo permitían las circunstancias de aquel tiempo, comienza la época de todas las Providencias Ministeriales sobre el ramo de Quina, subsistiendo en lo científico, en que no podía hacer progresos el comisionado, todas las tinieblas anteriores.

»Me uní yo también a sus patrióticos deseos, y, desde entonces, con su acuerdo comencé a poner en movimiento el Plan de la Real Administración de la Quina, promoviéndolo a diversas temporadas, según la oportunidad, por la inmediación que he logrado y el concepto que he merecido a los Supremos Xefes de este Reyno.

»Con este motivo, con el de mi afición al específico en el exercicio práctico de la Medicina, en que por su medio he conseguido algunos extraordinarios aciertos, y también inflamado por las encarecidas preguntas de aquel inmortal Botánico, prevalecieron en mí los deseos de sondar el abismo en que me tenía detenido la lección de los mejores prácticos. Cambié de senda, consultando solamente a la Naturaleza, solicitando el descubrimiento de estos preciosos Arboles, y haciendo a mis solas las observaciones y experiencias hasta completar finalmente mis conocimientos de este Género en Botánica y Medicina a fuerza de tiempo y constancia, mientras observaba las tinieblas de Europa en este Ramo.»

La nota es interesante también como dato biográfico.

(Nota) «Mi dilatada misión de diez y siete años, interpolados entre los treinta que cuento en este Reyno, retirado a los desiertos Minerales de Pamplona, Ibagué y posteriormente a esta Ciudad solitaria de Mariquita, me han proporcionado el descubrimiento de las siete especies de Quina, la oportunidad de su aplicación y las reflexiones que difícilmente se maduran en las Ciudades populosas, donde la práctica tumultuaria ocupa todo el tiempo sin dar lugar a profundas meditaciones.»

COMUNICACION DE DON JUAN JURADO

Documento fechado en Panamá en 28 de julio de 1815, firmado por Juan Jurado y va dirigida en el margen que corresponde a la firma en la forma siguiente: S. P. G. y C. Q. D. Francisco Montalvo Dr.

Este Señor Jurado, decimos, fué director de la Expedición Botánica cuando Santa Fe estaba ocupada por los patriotas. El documento dice:

Copia. — S. P. G. y C. Q. — «Con el deseo de separarme de todo empleo político durante mi permanencia involuntaria en Santa Fe y de conservar a Su Majestad la Expedición Botánica que fué el cargo del célebre Dr. D. José Celestino Mutis, pude conseguir que se me nombrara Director de los diferentes Ramos que comprende aquel establecimiento. Hacía dos años a mi salida que me ocupaba en arreglar aquel único y precioso monumento de la Ilustración Española, y en que el Real Herario había consumido medio millón de pesos. Yo sólo encontré en el mayor abandono que tuvo desde la muerte de Mutis acaecida antes de la rebelión. Las substracciones de todo género de preciosidades, el desorden en todos los Ramos y la falta de Inventarios dificultaban los progresos de la Flora de Bogotá que Mutis había dejado concluída: la más rica y bien desempeñada que hasta el día se ha conocido. Excede considerablemente de la del Perú y aun a los trabajos del inmortal Linneo. Más de dos mil Plantas nuevas y de otros tantos esqueletos pude reducir a Inventarios; pero con el dolor de no hallarse las copiosas descripciones de Mutis, sino algunos borradores que se han copiado y ordenado del mejor modo posible.»

«El robo de estos trabajos se atribuye a D. Salvador Rizzo, dependiente favorito de Celestino Mutis. Yo lo tenía apremiado a la entrada de Bolívar en Santa Fe; pero Rizzo había sido proveedor del Ejército de este Cabecilla en Venezuela, y luego lo puso en libertad, resultándome del apremio un terrible enemigo.»

«Don Francisco Caldas ha sustraído de la biblioteca de esta Expedición más de mil volúmenes, cuyo inventario dejé practicado. Estas obras eran de Artes y Ciencias; pero en gran parte de Astronomía; fueron inútiles mis esfuerzos para recogerlas de Caldas, que a mi salida se hallaba en Antioquia.»

«Don Sinforoso Mutis, Sobrino del Autor de la Flora, tenía a su cargo ese Ramo y conservaba en su poder muchas obras de Botánica, y sus auxiliares, porque su tío se las había legado en su testamento; pero como el Dr. Mutis haya resultado deudor a S. M. en más de cincuenta mil pesos, según estoy informado, nada pertenece a sus herederos hasta cubrir este alcance. En el Tribunal Mayor de cuentas paraban las de Mutis.»

«Y es constante que el dicho sobrino ha ordenado y puesto en limpio muchos cuadernos de Plantas, con sus correspondientes descripciones y todo quedó en su poder, en el del Dr. D. Tomás Tenorio los Inventarios.»

«El Observatorio Astronómico estaba dotado de muchos y costosos instrumentos, siendo del cargo del Dr. D. Benedicto Domínguez a quien entregué su respectivo Inventario; pero este Ramo ha padecido mucho detrimento, principalmente durante el gobierno de Nariño, quien se llevó multitud de Instrumentos a la Expedición de Popayán y después por las tropas de Bolívar a la entrada de Santa Fe, que lo saquearon y rompieron los mejores Instrumentos.»

«La Biblioteca fué muy rica en todos los ramos de la Literatura en tiempo de Mutis, pero después de su muerte ha padecido el mismo detrimento y desorden que los demás Enseres. Faltan muchas obras, otras están mancas y todas colocadas sin el debido orden por no ser a propósito los estantes. Con todo hay mucha Teología, Concilios, Santos Padres, Física, Medicina, Historia Natural. No contiene índice ni Inventario; yo me había propuesto hacer la división y colocación de materias para después formarlos con exactitud. Lo que trabajé en esta parte y las llaves de la Biblioteca quedaron a cargo del citado D. Tomás Tenorio, sugeto de notoria honradez, Instrucción y probidad que me acompañaba en estos trabajos.»

«Los Pintores de la Flora son de Quito, los mejores que pueden darse en estos países; vinieron a Santa Fe por contrata que hizo Mutis y aprobó S. M. Los que yo dejé eran muy aplicados, formales y pacíficos, y continuaban sus trabajos bajo la dirección de D. Sinforoso Mutis. Convendría conservar a estos operarios hasta la conclusión de la obra, por sus buenas calidades, moderados jornales y porque no se hallan otros que la desempeñen tambien como ellos. Y me parece de absoluta necesidad proveerla de un Profesor Botánico para llevarla a la perfección.»

«El edificio que contiene todos estos Ramos es una casa principal de la calle de la Carrera, donde habita D. Sinforoso Mutis y pertenece a S. M. Es muy capaz y de gran fondo. En una pieza baja está el Gabinete de Historia Natural, pero muy pobre en todos los Reynos y en el mayor abandono: apenas hay cosa apreciable, sino varias Pinturas de animales bien desempeñadas.»

«En los almacenes de la Aduana de Honda se conservan unos quinientos cajones de Quina Selecta, acopiada por el Dr. Mutis para remitir a S. M. Están bien acondicionados. Otro gran número de zurrones de la misma especie dirigidos al mismo objeto existen en Cartagena en los almacenes de Da. María Amador, viuda de Pombo, y ambas partidas constan de un expediente que dejé en poder de D. Tomás Tenorio.»

«Hay también en la ciudad de Mariquita catorce mil arrobas de azogue en botellas, traídas de cuenta del Rey para el beneficio de aquellas minas de Plata, que con sentimiento de los inteligentes se han abandonado. El azogue se va perdiendo por el poco cuidado que se tiene con las botellas.»

«Me ha parecido que en servicio de S. M. debía poner todo esto en la noticia y contemplación de V. S. para que le sirva de luz, luego que se reduzca Santa Fe y pueda tomar las medidas convenientes al mismo Real Servicio.

»Dios gue. Panamá 28 de Julio de 1815 == Juan Jurado == Es copia == Jurado == S. P. G. y C. Q. Dr. Francisco Montalvo».

UN DOCUMENTO DE ENRILE

Está escrito cuando regresaba a España el segundo jefe de la expedición de Morillo y fechado en La Habana en 14 de Marzo de 1817. Nos lo proporcionó el R. P. Jesús Barreiro, Agustino, desgraciadamente perdido para la ciencia y la patria, mientras estaba refugiado en una legación extranjera durante el sitio de Madrid. Procede de uno de los legajos que pasaron del Archivo de Alcalá al de Ciencias Naturales. Dice así: «Exmo. Señor == Luego que el Ejército pacificador de Costa Firme logró apoderarse de la Capital de Nueva Granada su General en Jefe pensó y dispuso salvar los resultados de la Flora trabajada por la Comisión a cuya cabeza se encontró el Dr. Mutis. Una obra inmortal, que al mismo tiempo que es en sí tan apreciable y que suministra el testimonio auténtico y evidente de la ilustración de la Nación Española, había sido propuesta para venderla en Inglaterra con el objeto de llevar hasta este punto el odio a la Metropóli.»

«El establecimiento sólo contaba un encargado (Sinforoso Mutis) que por sus crímenes debía ir al presidio de Omoa, otro que fué pasado por las armas por rebelde, así como el tercero, cuyos conocimientos los había dirigido contra aquellos mismos a quienes debiera su ilustración.»

«Se reunieron, pues, todos los trabajos y se encajonó por familias y clases cuanto correspondía a la Botánica, aunque no pudieron arreglarse los minerales según ninguno de los sistemas, por falta de persona inteligente. De todo se ha formado el inventario y el expediente que incluyo a V. E.»

«El edificio destinado a la Comisión está intacto; los enseres lo propio; la Biblioteca contiene las obras cuyo catálogo acompáñale y tal vez en Botánica es lo más completo, enriquecida con obras del secuestro; pero el Observatorio fué destrozado cuando entró el rebelde Bolívar, conservándose en buen estado tan sólo el Péndulo y la Iuesa de París, instrumentos especiales por ser los que sirvieron a los Astrónomos en la Meridiana de Quito.»

«No hay ya ningún astrónomo; los trabajos que produjo el Observatorio son pocos, pero muy apreciables y que he recorrido con esmero. No obstante, de él salieron los que han colocado astronómicamente la posición de lugares en la Nueva Granada, los que nivelaron con el Barómetro la mayor parte del suelo de ella, y, en fin, los que han seguido con tenacidad las observaciones de las mareas atmosféricas entre trópicos, sospechadas en 1678, notadas después calculadas por la Flora, observadas en Trinidad de Barlovento por los observadores de la Escuadra del General Aristizábal y ratificadas por Humboldt.»

«Se sospechaba que el Mayordomo del establecimiento D. Salvador Rizzo habrá sustraído parte de los trabajos de Mutis; pero procesado y confesado antes de morir nada se le probó; más clara quedó su inocencia, sobre este punto, con la prisión de Don José de Caldas que declaró no haber cargo contra Rizzo, pues Mutis descubrió muy pocas plantas y él lo hizo venir de Quito, al efecto, lo que no se verificó; consta todo del documento que a V. E. dirijo.»

«Para que no quedara duda de cómo se había recogido, asistió un Letrado, un Oficial de Letrado Mayor, el interesado y los dependientes de la casa.»

«Los insurgentes se ocuparon mucho de la Geografía del País y después quisieron enterarse de la topografía. Sacaron de los archivos del Virrey, Audiencia, Monasterios y cuanto había lo vendieron a los encargados de la Botánica, y teniendo a la vista las muchas observaciones de Caldas, las de Humboldt, la de los Marinos y el mapa de Tolledo, emprendieron la gran obra de un mapa del Virreynato.»

«Es preciso convenir con V. E., con mengua muestra, que el trozo topográfico de los Andes, desde Popayán a Ibarra, no tiene otro que le rivalice en la Península de los que yo conozco. Está este pedazo con más de cien otros retazos borradores de cuanto trabajaron, que no se ha perdido, venido todo en los cajones que reunió el Sr. Secretario de la Guerra para el establecimiento topográfico de la Costa, aumentado de cuanto se ha hecho en el Ejército, pudiendo asegurarse a V. E. que desde Caracas a San Buenaventura en el Sur y desde Cartagena a Popayán, no hay vereda antigua o nueva que no haya sido andada y descrita por áspera que haya parecido.»

«Van igualmente vencidas las vistas de los Cortes de los Andes en que se representa la construcción interior y las líneas que cierran los espacios en que se produce el Trigo, el Azúcar, el Maíz, etc., pero nada concluído. El plan era colosal y aun puede llevarse a cabo antes de que se apague el impulso dado, siempre que se encuentre un hombre capaz, para lo cual no necesita ser profundo más que en la Botánica y adornado de conocimientos generales en los demás ramos.»

Me han sido de suma utilidad los dibujantes de la Comisión Botánica, pues en cinco meses sólo se han ocupado de copiar trabajos topográficos, dejando ya los originales en el Estado Mayor del Ejército, por lo que suplico a V. E. atienda al memorial adjunto.»

«Ocupado en desempeñar las funciones del mando de la Escuadra y las del Ejército como su Jefe de Estado Mayor, no he podido abandonarme a sacar un mayor partido como lo deseaba en beneficio de la Ciencia; pero he podido salvar de la destrucción y conservación para el adelanto de la cultura del Género humano unos materiales preciosísimos y por lo tanto los he empacado y conducido a mi vista de Santa Fe de Bogotá hasta aquí, consiguiendo ahora lo propio que en el principio de la Revolución de la Península, con los instrumentos de la obra de la Meridiana, de que participé, salvando con especial el Péndulo de Platino, sobre cuyas observaciones Laplace y Lavoisier fundaron el origen del Sistema métrico, el que debe estar depositado en el Observatorio de la ciudad de San Fernando.»

«El mayor grano de Platino conocido y un águila joven, monstruoso y raro, acompaña a esta bella colección para que S. M. le dé el destino que fuese de su Real agrado. También incluyo por el Correo un cajoncito de semillas que aquí me entregó el Comisionado del Jardín Botánico de esa Corte.»

«Mil veces feliz el General D. Pablo Morillo, que elegido para destruir la discordia en las vastas posesiones del Rey, en la Costafirme, no sólo lo ha logrado pronto y a tan poca costa, sino que aun desde el imperio mexicano al del Perú, no han sido objetos suficientes esos para distraerlo de presentar tan bellas ofrendas en el templo de la Ciencia.»

«Dios guarde a V. E. muchos años. Fragata *Diana* en La Habana 14 de Marzo de 1817.—Excmo. Sor. Pascual Enrile. Excmo. Sor. Secretario de Estado del Despacho Universal.»

MARIQUITA Y LA ACADEMIA

El 6 de Abril de 1932 correspondió al segundo centenario del nacimiento de Mutis. Por tratarse de una gloria nacional, tanto de España como de Colombia, en ambas naciones se celebraron actos conmemorativos, pero especialmente en Colombia, donde un Decreto de la Presidencia de la República dió estado oficial al asunto en que el Gobierno Colombiano puso el mayor interés.

Justo es reconocer que la primera iniciativa para el Centenario partió del Doctor Pérez Arbeláez, presidente entonces de la Sociedad Colombiana de Ciencias Naturales, cuya iniciativa motivó la formación de un Comité que fué el organizador.

El Gobierno Español mandó como único representante oficial al joven catedrático D. José Cuatrecasas, que acababa de obtener por oposición la Cátedra de Botánica en la Facultad de Farmacia de Madrid.

A la par que él, y enviado por la Facultad de Ciencias de Madrid y la Junta de Relaciones Culturales del Ministerio de Estado, y representando también a la Real Sociedad Española de Historia Natural, cuya presidencia ocupábamos aquel año, pero sin representación oficial, embarcamos para Colombia.

Por razones de salud y otras no fuimos a Bogotá y, por tanto, no concurrimos a los actos allí organizados por el Gobierno de Colombia; nuestra actuación fué en Mariquita, donde la Expedición Botánica residió siete años; se celebró el 6 de Abril un acto público en la plaza principal de la ciudad, donde dimos una conferencia dedicada a Mutis y su obra. Antes se celebró una sesión extraordinaria del Ayuntamiento, dedicada a solemnizar el Centenario y, por último, una recepción. Debemos hacer constar nuestro agradecimiento al Ayuntamiento de Mariquita, que nos declaró huéspedes de honor, nos invitó a la sesión extraordinaria y acordó concedernos en ella el uso de la palabra como si perteneciéramos a aquel Cabildo, motivando el que tuviéramos que pedirla varias veces. La víspera nos habían invitado a una excursión por la ciudad y sus alrededores, visitando entre otras cosas el solar donde estuvo la Expedición Botánica.

Precisamente en aquellos días estaba planteada una cuestión entre el Ayuntamiento de Mariquita y la Academia Nacional de Historia de Colombia.

De este asunto me hablaron con detalle y me entregaron un memorándum firmado por una de las personas más destacadas de Mariquita, Dr. Ricardo Galvis, y también la copia del contrato. En la Memoria referente a mi viaje y actuación, que publiqué en los Anales de la Universidad de Madrid (tomos I y II, Ciencias, 1932-33), publiqué íntegros los dos documentos de los que copio aquí lo más importante. Versa el memorándum «sobre el proceso histórico que ha sufrido el solar donde plantó Mutis y estableció el centro de sus observaciones científicas».

«De los árboles plantados por Mutis en su Jardín Botánico existieron, hasta 1905, dos corpulentos canelos que se cuidaban con esmero por los habitantes y autoridades de Mariquita, pero que desgraciadamente en la guerra de los 1.000 días, de 1899 a 1903, fueron quemados por las tropas del general conservador Pompilio Gutiérrez, que allí acamparon varias veces, poniendo sus fogones contra los troncos de aquellos frondosos y valiosos árboles. En el año de 1909, con asistencia de las autoridades de Mariquita y previa la firma de la diligencia de autenticidad, recogí yo (D. Ricardo Galvis) los mejores fragmentos del último canelo y construí con ellos una silla rústica que por conducto del Presidente de la República en 1910, doctor Carlos E. Restrepo envié al Museo Nacional, donde aún se conserva, y de la cual tengo el gusto de darle una fotografía». (Es una de las ilustraciones de su trabajo.)

«De las construcciones de Mutis en aquel sitio solamente se conserva desde que yo me conozco y hasta el presente una pilastra de mampostería cuadrada y como de 80 centímetros por cada lado, que, o bien fué destinada a servir de pedestal a algún reloj de sol, o, lo que es más positivo aún, es uno de los mojones con que Mutis señaló el meridiano de Mariquita.»

«De los canelos existen algunos renuevos en la ciudad.»

«El solar de Mutis, al correr de una centuria de decadencia de esta ciudad, ha pasado a ser propiedad particular varias veces, y otras tantas ha vuelto como bien vacante a poder del Municipio. Hoy pertenece a la Academia de Historia de Colombia, por virtud del contrato que para su información gustoso le acompaño en copia auténtica por el secretario del Consejo Municipal de esta Ciudad.»

El memorándum lo firma en Mariquita, en Abril de 1932, Ricardo Galvis.

El contrato a que se refiere, celebrado con todos los requisitos legales, es de veinte de Febrero de 1926; se refiere a los solares de Gonzalo Ximénez de Quesada, fundador de Bogotá, que expresa su voluntad de morir y quedar enterrado en Mariquita, donde le han levantado un monumento con lo que quedaba de la casa.

Concretándonos a Mutis diremos que por el contrato el Municipio cedía a perpetuidad a la Academia de Historia de Colombia los dos solares con diferentes condiciones. Lo fundamental de éstas era obtener los fondos necesarios del Congreso Nacional de Colombia y recabar también ayuda en España para el adecentamiento y embellecimiento de aquellos solares históricos dando, desde luego, la Academia principio a las obras necesarias que debían realizarse con intervención del Personero Municipal de Mariquita.

La última cláusula dice: «Mientras la Academia se halla en condiciones de erogar los gastos que requieran la administración y conveniente guarda de estos lugares históricos, ellos serán administrados y cuidados por el Municipio.»

La cuestión que había pendiente a mi llegada era por qué, desde que se firmó el contrato hasta aquella fecha, la Academia, por falta sin duda de fondos, a pesar del tiempo transcurrido desde la firma del contrato, no había iniciado las obras.

En cuanto a mí, en la excursión a que fuí invitado por el Municipio la víspera del día del Centenario visité el terreno cercado, donde estuvo la Expedición Botánica y que fué principalmente Jardín Botánico que Mutis plantó, y también vi el poste a que me he referido. El solar estaba totalmente cubierto de maleza, que, aunque no muy alta era impenetrable, salvo si se hubiere hecho a filo de machete. El sitio había sido muy bien escogido por Mutis y, en efecto, era muy a propósito para formar un jardín.

Francisco de las Barras

BIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA DE LA REAL EXPEDICION BOTANICA DEL NUEVO REINO

Por Enrique Pérez-Arbeláez.

Academia Hispanoamericana de Cádiz: **Segundo centenario del nacimiento de José Celestino Mutis.** 6 abril 1732-1932 (folleto conmemorativo). Retrato en portada. Cádiz, Junta extraordinaria en honor del sabio, 1932.

Acevedo-Díaz, Mario: **Genio y figura del doctor Eloy Valenzuela** (conferencia). Revista «Estudio». Organo Centro Historia de Santander, año XIII, núm. 155, octubre. Bucaramanga, Imp. del Dep., 1944.

Aguado, Pedro de: **Recopilación historial.** Bibl. de Hist. Nac. Bogotá, Imp. Nacional, 1906.

Alvarez-Lleras, Jorge: **Reseña histórica sobre el observatorio astronómico y meteorológico de Bogotá.** Revista de la Academia Col. de C. E. F. y N., volumen II, núm. 6. Con ilustraciones. Bogotá, Observ. Astronóm., 1938.

Alvarez-López, Enrique: **Discurso con motivo del centenario del nacimiento de don José Celestino Mutis.** Véase Academia Hispanoamericana de Cádiz, segundo centenario.

Anónimo: **A José Celestino Mutis en el segundo centenario de su natalicio, dedica este** ... Revista de Farmacia, año XX, núm. 4. abril. Con grabados. Santiago, 1932.

Arboleda, Gustavo: **Diccionario biográfico general del antiguo departamento del Cauca-Colombia, Independencia, República.** Sin data.

Aya, Manuel: **José Triana** (notas). Barcelona, 1914.

Ayuntamiento de Bogotá: **Mutis.** Con retrato. Bogotá, Imp. Munic., 1932.

Barras de Aragón, Francisco de las: **Documentos de Mutis sobre el descubrimiento del té de Bogotá y noticias acerca de otros productos...** Asoc. Española para el Progr. de las Cienc. Congreso de Sevilla, mayo 1917. Madrid, Imprenta Ed. Arias, 1911.

Barras de Aragón, Francisco de las: **Noticias sobre varios envíos de objetos naturales hechos de América en el siglo XVIII, recogidas en el Arch. de Indias de Sevilla.** Bol. Real Sociedad Esp. de Hist. Nat., tomo XVIII, págs. 309-314. Madrid, 1918.

Barras de Aragón, Francisco de las: **El descubrimiento del té de Bogotá por Mutis.** Boletín de la Univ. de Madrid, tomo I, pág. 239. Madrid, 1929.

Barras de Aragón, Francisco de las: **La flora de Bogotá** (un artículo del Dr. Eduardo Posada y comentarios). Boletín de la Univ. de Madrid, año III, núms. XII y XIII, págs. 229 y 246. Madrid, Imp. Sáez Hnos., 1931.

Barras de Aragón, Francisco de las: **Memoria referente al viaje a Panamá, Colombia y Venezuela, realizado con motivo del centenario de Mutis.** Anales de la Univ. de Madrid, tomo I. Madrid, 1932.

Barras de Aragón, Francisco de las: **Documentos referentes a Mutis y su tiempo, recolectados en el Archivo de Indias de Sevilla.** Erudición Ibero-Ultramarina, tomo IV, núm. 13, págs. 136-147; núm. 14, págs. 342-348, y núms. 15 y 16, páginas 584-597. Madrid, Hijos de Victoriano Suárez, 1935.

Barras de Aragón, Francisco de las: **Sinforoso Mutis.** (Estudios históricos, jurídicos, pedagógicos y literarios. Homenaje a don Rafael Altamira.) Madrid, 1936.

Barras de Aragón, Francisco de las: **Mutis en el Archivo de Indias.** Formato 14,5 × 21 cms., 214 págs., además índices. Madrid, inédito, 1953.

Bayona-Posada, Jorge: **Breve historia del Observatorio Astronómico Nacional** (conferencia). Rev. de la Acad. Col. de C. E. F. y N., vol. V, núm. 20. Bogotá, Obs. Astronóm., 1944.

Becker, Jerónimo, y Rivas-Groot, José María: **El Nuevo Reino de Granada en el siglo XVIII.** Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos, 1921.

Blunt, Wilfrid, y Stearn, W. I.: **The art of Botanical illustration.** Col. plates. grabados. New York, Scribner's Sons., 1951.

Botero-Saldarriaga, R.: **Francisco Antonio Zea.** Con grabados y facsímiles. Bogotá, Imp. Municipal, 1945.

Caldas, Francisco José de. Véase Posada, Eduardo.

Caldas, Francisco José de: **Semanario de la Nueva Granada.** (Miscelánea de ..., publicada por ..., bajo ...) Ed. 2.ª Con retrato y cuadro. París, Libr. Castellana, Laserre 1849.

Carranza, Alejandro: **El conquistador Juan Díaz Jaramillo.** Rev. del Colegio Mayor de Ntra. Sra. del Rosario, vol. XXXIV, núms. 331-333, junio-agosto. Bogotá, Edit. Centro, 1939.

Casas, José Joaquín: **Discurso en la Unión Iberoamericana con ocasión del segundo centenario del nacimiento de Mutis.** Véase Varios, Libro conmemorativo.

Castro-Silva, José Vicente: **Discurso pronunciado el 6 de abril de 1932 para conmemorar el II centenario del nacimiento de Mutis.** Véase Varios, Libro conmemorativo...

Cavanilles, Antonio José: **Icones et descriptiones plantarum quae aut sponte in Hispania crescut, aut in hortis hospitantur.** Vol. I-VI. Matriti, Ex Regis Typographia, 1791-1801.

Chardon, Carlos: **José Celestino Mutis** (discurso leído ante el Círculo de Relaciones y Asuntos Hispanoamericanos de la Univ. de Puerto Rico el 6 de abril de 1932. Inédito.

Chardon, Carlos E.: **Los naturalistas en la América latina.** I, siglos XVI-XVIII. Con XXVII láminas de retratos. Ciudad Trujillo, Edit. Caribe, 1949.

Colmeiro, Miguel: **La botánica y los botánicos de la península hispanolusitana** (estudios bibliográficos y biográficos). Madrid, Imp. in Estereot. M. Rivadeneyra, 1858.

Colmeiro, Miguel: **Jardín Botánico de Madrid.** Anales de la Soc. Esp. de Historia Nat., tomo IV, pág. 241. Madrid, 1875.

Cuatrecasas, José: **La publicación de la flora de Nueva Granada en España.** Revista de la Academia Col. de C. E. F. y N., vol. II, núm. 6. Bogotá, Observatorio Astronómico, 1938.

Durán y Díaz, Joaquín: **Estado general de todo el virreinato de Santa Fe.** Bogotá, 1794.

Fernández-Piedrahita, Lucas: **Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada a la S. R. M. de Don Carlos II, rey...** Edición hecha sobre la de Amberes de 1688. Bogotá, Imp. de Med. Rivas, 1881.

Forero, Manuel José: **Don José Celestino Mutis** (artículo periodístico). Lecturas Dominicales, Supl. Lit. de *El Tiempo*, 10 abril. Bogotá, 1932.

Forero Navas, Pablo: **Don José Celestino Mutis.** Diario *El País*, 6, IV. Bogotá, 1932.

Frankl, Víctor: **La estructura barroca del pensamiento político, histórico y económico del arzobispo virrey del...** Revista *Bolívar*, núm. 5, noviembre y diciembre. Bogotá, 1951.

Galán Gómez, Mario: **Santander.** Public. Contral. Gen. de la Rep. Geogr. Económica de Colombia, tomo VII. Con mapas y grabados. Bucaramanga, Imp. Departamento, 1947.

García de la Guardia, Antonio José: **Calendario manual y Guía de forasteros...** (Compuesta de orden del Superior Gobierno, por el D. D. A. J. G. de la G., Contador Gral. de Diezmos y Colector y Adm. de Anualidades del arzobispado. Santa Fe de Bogotá, Imp. Real de Bruno Espinosa de los Monteros, 1805.

García Varela, Antonio: **Don José Celestino Mutis.** Véase Varios, Libro conmemorativo.

González Mutis, Luis: **Mutis considerado como miembro de familia.** Revista *Estudio*, año II, núm. 8. Bucaramanga, 1932.

González Suárez, Federico: **Memoria histórica sobre Mutis y la Expedición Botánica de Bogotá en el siglo XVIII.** 1782-1806. Quito, 1905.

Gredilla, A. Federico: **Biografía de José Celestino Mutis con la relación de su viaje y estudios practicados en el Nuevo Reino de Granada.** Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Con retrato y facsímiles. Madrid, Est. Tip. Fontanet, 1911.

Grillo, Max: **Centenario de don José Celestino Mutis.** Diario *El Tiempo*, 24, IV, Bogotá, 1932.

Groot, José Manuel: **Un sueño de dos colores.** Rev. del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Bogotá, 1932.

Gutiérrez, José Fulgencio: **Santander y sus municipios** (reseña histórica del pueblo de Santander). Publicación de la Contraloría de Santander. Bucaramanga, Imprenta del Dep., 1940.

Gutiérrez, Pablo Elías: **El sabio Mutis y la medicina en Santa Fe durante el virreinato.** Bogotá, 1947.

Hernández de Alba, Guillermo: **Archivo epistolar del sabio naturalista José Celestino Mutis.** Vols. I y II. Con retrato y un cincogr. Bogotá, Imp. Nac., 1947.

Hernández de Alba, Guillermo: **Documentos inéditos sobre la vida y la obra del P. fray Diego García.** Inédito. Bogotá, 1953.

Hernández de Alba, Guillermo: **Originales de documentos inéditos sobre la vida y la obra de don José Celestino Mutis.** Inédito. Bogotá, 1953.

Hernández de Alba, Guillermo: **Originales para la publicación de los opúsculos científicos de don José C. Mutis.** Inéditos. Bogotá, 1953.

Hernández de Alba, Guillermo: **Originales para la publicación del diario de observaciones de don José C. Mutis.** Inédito, Bogotá, 1953.

Hernández de Gregorio, Manuel: **El arcano de la quina** (obra póstuma del doctor don José Celestino Mutis). Madrid, 1828. Homenaje a la memoria del insigne botánico J. C. M. en el II centenario de su nacimiento. Reseñas Científicas de la Sociedad Española de H. N., tomo VIII, núm. 1, 16 de octubre. Madrid, 1932.

Hoyos Sainz, Luis de: **José Celestino Mutis, naturalista, médico y sacerdote.** Madrid, Editorial Nacional, 1949.

Humboldt, Alejandro de: **Sitios de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América.** Trad. Bernardo Giner. Madrid, Imp. y Lib. de Gaspar, 1878.

Ibáñez, Pedro María: **Memorias para la historia de la medicina en Santa Fe de Bogotá.** Bogotá, 1884.

Ibáñez, Pedro María: **Crónicas de Bogotá.** Bibl. de Historia Nac., vols. X, XI, XII y XXXII. Ed. II, vols. I-IV. Con grabados. Bogotá, Imp. Nac., 1913, 1915, 1917 y 1923.

Ibáñez, Pedro María: **El II centenario de don José Celestino Mutis.** Diario *El Espectador*, 5 de abril. Bogotá, 1932.

Jaramillo Arango, Jaime: **Estudio crítico acerca de los hechos básicos de la historia de la quina.** Rev. de la Real Acad. de Ciencias E. F. y N. de Madrid, tomo XLIII, cuaderno primero. Con láminas fuera de texto. Madrid, Bermejo, impresor, 1949.

Marco Dorta, Enrique: **Cartagena de Indias. La ciudad y sus monumentos. Prólogo de Diego Angulo Iñiguez.** Escuela de Estud. Hisp.-Americ. de Sevilla, vol. LV, serie 2, núm. 20. Con mapas, planos y fotograbados. Sevilla, Escuela de Est. Hisp.-Americ., 1951.

Matos Hurtado: **Un arzobispo y un sabio.** Diario *El Tiempo*, Lecturas Dominicales, 10 de abril. Bogotá, 1932.

Mutis Consuegra, Sinforoso: **Descripciones inéditas, compiladas por Sinforoso Mutis.** Inéditas en el Jardín Botánico de Madrid.

Mutis Durán, Facundo: **Don Sinforoso Mutis.** Rev. *Estudio*, Centro Hist. Santander, año II, núm. 6, febrero. Bucaramanga, 1932.

Mutis, José Celestino: Véase Gredilla, Federico; Gregorio, José de, y Hernández de Alba, Guillermo.

Mutis, José Celestino: **Historia de los árboles de quina.** Obra póstuma del doctor don J. C. M., célebre naturalista y patriarca de los botánicos, director de la Real Expedición Botánica del N. R. de Granada, socio de diferentes Academias de Europa y astrónomo de S. M., concluída y arreglada por don Sinforoso Mutis Consuegra, individuo de la misma Real Expedición Botánica y nombrado para organizar y publicar la Flora de Bogotá. Inédita en el Jardín Botánico de Madrid, 1809.

Mutis, José Celestino: **Estado médico y sanitario del Nuevo Reino de Granada al finalizar el siglo XVIII.** Revista del Colegio Mayor de Ntra. Sra. del Rosario, vol. XXXI, núm. 301. Con retrato. Bogotá, 1936.

Navarro, Nicolás E.: **Diario de Bucaramanga.** Estudio crítico y reproducción literaria del manuscrito de L. Perú de La Croix, con toda clase de aclaraciones para discernir su valor histórico. Caracas, 1935.

Navarro Peláez, Francisco: **Recepción de los virreyes.** Papel Periódico Ilustrado de Alberto Urdaneta, año I. Bogotá, Imp. de Silvestre y Comp. 1881-2.

Navás, Longinos: **Reseña científica de historia natural.** 1933. Segundo semestre. Madrid, Razón y Fe, 1934.

Ortega Ricaurte, Enrique: **San Bonifacio de Ibagué del Valle de las Lanzas** (documentos para su historia). Public. del Archivo Nac. de Col., vol. XXI. Con escudo a colores en portada, 299 figuras. Bogotá, 1952.

Ospina, Joaquín: **Diccionario biográfico y bibliográfico de Colombia.** Volúmenes I-III. Bogotá, 1927-37-39.

Otero D'Acosta, Enrique: **Armónica vida del R. P. don Eloy Valenzuela.** Revista *Estudio*, tomo II, núm. 10, junio; núm. 11, julio; Bucaramanga, 1932.

Otero Muñoz, G.: **Esmeraldas de Colombia, leyenda e historia.** Ediciones conmemorativas de la fundación del Banco de la República en su XXV aniversario. Bogotá, Talleres Gráf. Bco. Rep., 1948.

Ots Capdequi, José María: **España en América.** (Reelaboración compendiada del Manual de Hist. del Der. español en América y del Der. propiamente indiano. Buenos Aires, 1946.) Bogotá, Univ. Nac., 1948.

Paris Lozano, Gonzalo: **Tolima.** Public. Contral. Nac., Geogr. Económ. de Colombia, tomo VII. Bogotá, Editorial Santafé, 1946.

Paz Soldán, Carlos Enrique: **Las tercianas del Conde de Chinchón.** Según el *Diario de Lima*, de Juan Ant. Suardo. Con grabados. Lima, Edic. Reforma Médica, 1938.

Pérez-Arbeláez, Enrique: **La Expedición Botánica.** Rev. *Santa Fe y Bogotá*, año VII, tomo XIII, núms. 73 y 74. Bogotá, 1930.

Pérez-Arbeláez, Enrique: **La Expedición Botánica.** Rev. *Cromos*, núm. 807, abril, 2. Con retrato en color y dos grabados en negro. Bogotá, 1932.

Pérez-Arbeláez, Enrique: **El II centenario de Mutis.** Diario *El Espectador*, 18, I. Bogotá, 1932.

Pérez-Arbeláez, Enrique: **Discurso en el centenario de Mutis.** Diario *El Espectador*, abril 6. Bogotá, 1932.

Pérez-Arbeláez, Enrique: **Informe del delegado colombiano a la primera reunión botánica sudamericana reunida en Río Janeiro.** Revista de la Academia Col. de C. E. F. y N., tomo II, núm. 8. Bogotá, Observ. Astron., 1938-39.

Pérez-Arbeláez, Enrique: **Memorándum para el Excmo. Sr. Ministro de España sobre los dibujos de la Expedición Botánica...** Rev. de la Acad. de C. E. F. y N., vol. VII, núms. 25 y 26 de diciembre. Bogotá, Observ. Astron., 1946.

Pérez Ayala, José Manuel: **Antonio Caballero y Góngora, virrey y arzobispo de Santa Fe.** Con cromograbado, grabados, viñetas y facsímiles. Bogotá, Imp. Municipal, 1951.

Pérez Sarmiento, José M.: **El sabio José Celestino Mutis, patriarca de los botánicos.** Rev. *Cromos*, 2 de abril. Bogotá, 1932.

Pérez Sarmiento, José M.: **Cádiz, cuna del sabio José Celestino Mutis.** Diario *El Tiempo*, Lecturas dominicales, 10 de abril. Bogotá, 1932.

Posada, Eduardo. **Obras de Caldas.** Recop. y public. por E. P. Bibliot. de Hist. Nacional, vol. IX. Bogotá, Imp. Nac., 1912.

Posada, Eduardo: **Cartas de Caldas.** Recopiladas y publicadas por E. P. Biblioteca de Hist. Nac., vol. XV. Bogotá, Imp. Nac., 1917.

Posada, Eduardo: **La Flora de Bogotá.** Diario *El Espectador*, 31 de enero. Bogotá, 1931.

Posada, Marcelino: **José Celestino Mutis.** Semanario *El Gráfico*, 9 de abril. Bogotá, 1932.

Quijano, Arturo: **Mutis y la Sociedad Patriótica.** Lecturas Dominicales. Suplemento Lit. de *El Tiempo*, 10 de abril. Bogotá, 1932.

Quijano Otero, José María: **F. J. de Caldas.** Papel Periódico Ilustrado de Alberto Urdaneta, año I. Con lámina plegada. Bogotá, Imp. de Silvestre y Comp., 1881-2.

Restrepo, Ernesto: **Discurso conmemorativo del II centenario de Mutis.** Véase Academia Hispanoamericana de Cádiz.

Restrepo Sáenz, José María: **Biografías de los mandatarios y ministros de la Real Audiencia** (1671-1819). Bibl. de Hist. Nac., vol. LXXXIV. Bogotá, Editorial Cromos, 1952.

Robledo, Emilio: **Conferencia en la Escuela Nacional de Minas de Medellín para conmemorar el II centenario de José Celestino Mutis.** Véase Varios, Libro conmemorativo.

Rodríguez Maldonado, Carlos: **Un pleito pasional en tiempos coloniales.** Bogotá, Edit. El Gráfico, 1949.

Rodríguez, Pedro Alejo: **La Mesa de Juan Díaz.** Con fotograbados fuera de texto. Bogotá, 1938.

Rosa, Moisés de la: **Calles de Santa Fe y Bogotá.** Homenaje en su IV centenario, 1938. Con ilustraciones en color y en negro. Bogotá, Imp. Municipal, 1938.

Ruiz, Hipólito: **Relación del viaje hecho a los reinos del Perú y Chile por los botánicos enviados ...** Publicado por ... A J. Barreiro. Madrid, Est. y Tipografía Huelves y Comp., 1931.

Ruiz, Hipólito, y Barreiro, A. J.: **Travels of Ruiz, Pavón and Dombey in Perú and Chile** (1777-1788). Trans. B. E. Dahlgren. Botanical series. Field Mus. of N. H., v. 21. Chicago, Field Mus. of N. H., 1940.

Ruiz, Hipólito, y Jaramillo Arango, Jaime: **Relación histórica del viaje que hizo a los reinos del Perú y Chile el botánico don Hipólito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regresó a Madrid.** Segunda edición, volúmenes I y II. Con ilustraciones, mapas plegados, algunos en color. Madrid, Real Academia Española, C. E. F. y N., 1952.

Scarpetta, Leonidas, y Vergara, Saturnino: **Diccionario biográfico de los campeones de la libertad de Nueva Granada, Venezuela, Ecuador y Perú...** Con retrato. Bogotá, Imp. Zalamea, 1879.

Schumacher, H. A.: **Suedamericanische Studien. Drei lebens und Kultur-Bildern. (Mutis, Caldas, Codazzi.)** (1760-1860). Berlín, 1884.

Serrano Muñoz, Francisco: **Don Eloy Valenzuela.** Diario *El Tiempo*, 10 de abril. Bogotá, 1932.

Silvestre, Francisco: **Descripción del Reino de Santa Fe de Bogotá** (1789). Copia de Ricardo S. Pereira (1887). Biblioteca Popular de la Cultura Colombiana, tomo 121. Bogotá, Minist. Educ. Nac., 1950.

Simón, Pedro: **Noticias historiales de las conquistas de tierra firme en las Indias Occidentales.** Edición sobre la de Cuenca, 1626. Vols. I-V. Bogotá, Imprenta Med. Rivas, 1882-92.

Sociedad Española de Historia Natural: **Homenaje a la memoria del insigne botánico José Celestino Mutis en el II centenario de ...** Reseñas Científicas de la Sociedad Española de Historia Natural, tomo VII. Madrid, Museo Nacional de Ciencias Naturales, 1932.

Suárez, Marco Fidel: **Francisco Antonio Zea.** Papel Periódico Ilustrado de Alberto Urdaneta, año II. Con retrato y viñeta. Bogotá, Imp. de Silvestre y Compañía, 1882-3.

Uribe U., Lorenzo: **El diario botánico del P. Eloy Valenzuela.** Revista javeriana, tomo XXXVIII, núm. 189. Bogotá, Editorial Pax, 1953.

Uribe U., Lorenzo: **La Expedición Botánica, su obra y sus pintores.** Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, núms. 33 y 34. Bogotá, 1953.

Uricoechea, Ezequiel: **Contribuciones de Colombia a las Ciencias y a las Artes** (con la cooperación de la Soc. de Nats. neo-granad.), año primero. Bogotá, Imprenta El Mosaico, 1860.

Urueta, José P., y Piñeres, E. G.: **Cartagena y sus cercanías.** Guía descriptiva de la capital del Dep. de Bolívar. Cartagena, Imp. Mogollón, 1912.

Valderrama Benítez, Ernesto: **Real de Minas de Bucaramanga.** Bucaramanga, Imprenta del Dep., 1947.

Valenzuela, Eloy: **Primer diario de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada.** Publ. y prolog. por Enrique Pérez Arbeláez y Mario Acevedo Díaz. Biblioteca Santander, volumen XXI. Con fotografías fuera de texto. Bucaramanga, 1952.

Varios: **Libro conmemorativo del II centenario de don José Celestino Bruno Mutis y Bosio** (1732-1932). Dirigido por E. Pérez Arbeláez. Con retratos. Bogotá, Imp. Nac., 1932.

Vezga, Florentino: **Memoria sobre el estudio de la Botánica en la Nueva Granada.** Apud. Uricoechea Ezequiel, Contribución. Bogotá, 1860.

Vezga, Florentino: **Alejandro de Humboldt y Amado de Bonpland.** Papel Periódico Ilustrado de Alberto Urdaneta, año III. Con retratos fuera de texto. Bogotá, Imp. Silvestre y Comp., 1883-4.

Wills Pradilla, Jorge: **El sabio Mutis** (1732-1808). Diario *El Tiempo*, 6 de abril. Bogotá, 1932.

Yélamos Romero, Francisco: Véase Academia Hispanoamericana de Cádiz. Folleto conmemorativo.

Zalamea, Jorge: **Discurso pronunciado en el II centenario del nacimiento de Mutis.** Revista de las Españas. Madrid, 1932.

Zerda, Liborio: **José Celestino Mutis.** Papel Periódico Ilustrado, año III, núm. 55. Con retrato en mayúscula. Bogotá, Imp. Silvestre y Comp., 1893-4.

INDICES

INDICE DE LAS ILUSTRACIONES

FUERA DEL TEXTO

Don José C. Mutis. Jardín Botánico de Madrid . . . . . Entre págs. XIV y 1
S. M. el Rey Don Carlos III . . . . . » » 8 » 9
Excelentísimo señor don José Gálvez, Marqués de Sonora . . . . . » » 16 » 17
Excelentísimo señor don Pedro Messía de la Zerda . . . . . » » 24 » 25
Excelentísimo señor don Antonio Caballero y Góngora, virrey arzobispo de Santa Fe . . . . . » » 24 » 25
Don Pablo Morillo . . . . . » » 24 » 25
Lámina de *Trichanthera gigantea* (Humb. et Bonpl.) Nees . . . . . » » 32 » 33
El caballero Carlos de Linné . . . . . » » 40 » 41
Don José C. Mutis con símbolos científicos. . . . . » » 40 » 41
El barón Alejandro de Humboldt. . . . . » » 40 » 41
Don Francisco Javier Matis. . . . . » » 56 » 57
Don Francisco José de Caldas . . . . . » » 64 » 65
Don Francisco Antonio Zea. . . . . » » 64 » 65
Don José C. Mutis. Observatorio astronómico de Bogotá. . . . . » » 64 » 65
Don Jorge Tadeo Lozano. . . . . » » 64 » 65
Lámina de *Aristolochia cordiflora*. Mutis. Haz de la flor . . . . . » » 76 » 77
Lámina de *Aristolochia cordiflora*. Mutis. Envés de la flor . . . . . » » 80 » 81
Lámina de *Aristolochia cordiflora*. Mutis. Hojas y fruto . . . . . » » 88 » 89
Lámina de *Passiflora bogotensis*. Benth. . . . . » » 96 » 97
S. M. el Rey Don Fernando VII. . . . . » » 120 » 121

DENTRO DEL TEXTO

La ciudad de Cádiz vista desde su puerto. . . . . Pág. 11
Garita de atalaya sobre las murallas de Cartagena. . . . . » 14
Jardín Botánico de Madrid. Entrada por plaza Murillo. . . . . » 23
Visión de las montañas del Quindío . . . . . » 28
Estatua megalítica de Uyumbe, tal vez la más antigua representación de la maternidad en el continente americano . . . . . » 30
El coche de postas. . . . . » 39
Iglesia colonial de Santa Bárbara en Mompox . . . . . » 42
El barbecho en la meseta andina, junto a la laguna de Tota . . . . . » 44
Escudo de armas de Santa Fe de Bogotá . . . . . » 48
Escudo del Colegio Mayor del Rosario en Bogotá. . . . . » 56
Bromeliácea de Fusagasugá . . . . . » 59
Vaso de los indios quimbayas en oro. Museo de América, Madrid . . . . . » 62
Palma en las orillas de un río colombiano. . . . . » 64
La iglesia de la Mesa de Juan Díaz, llamada «nueva» en tiempo de Mutis. . . . . » 69
Sitio donde estuvo la casa botánica en Mariquita . . . . . » 72
Plano del Barrio del Palacio en Santa Fe, donde estaba la casa botánica . . . . . » 91
Firmas de algunos pintores de la Expedición . . . . . » 93
Observatorio Astronómico de Bogotá construído por Don J. C. Mutis. . . . . » 106
Escudo de armas de la República de Colombia. . . . . » 108
Iglesia y ceiba de Mariquita (1952) . . . . . » 111
Ruinas de Santa Lucía en Mariquita. . . . . » 120
Escudo de armas del Estado español. . . . . » 121

INDICE DE NOMBRES

Abat, Pedro, pág. 18.
Academia Colombiana de Historia, 133.
Acosta, José, 74.
Acuerdo Internacional, 119.
Acuña, Pedro de, 131.
Aguado, Fray Pedro de, 7.
Aguiar, Juan Francisco, págs. 83 y 131.
Almanza, Pedro Advíncula de, pág. 105.
Alonso, Cenón, 107.
Alvarez-López, Enrique, págs. VI y 112.
Alvarez, Manuel, pág. 90.
Alvarez, Manuel María, 108.
Amar y Borbón, Antonio. Virrey del Nuevo Reino, págs. VIII, 51, 82, 92 y 110.
Ambalema, pág. 69.
Andaquí, págs. 70 y 74.
André, Eduardo, 43 y 75.
Antiniano, M. D., pág. 116.
Antioquia, 70.
Aranda, Puente de, 67.
Aranjuez, Jardín de, 27.
Arcano de la Quina, 131.
Arévalo, Antonio, 5.
Arias, Antonio Sandalio de, 112.
Aristolochia, 76.
Arjona, Francisco, 18.
Armengol, Ignacio, 18.
Armero, Francisco León, págs. 72 y 74.
Armero, José, pág. 74.
Asso, Ignacio de, 18.
Aterido, Antonio, 116.
Atrato, Río, 76.
Auñón, Pedro, 131.
Ayala, Tomás, 105.
Ayala, Tomás, 108.
Azero, Lino José D., 105.
Azorín, 117.

Balguerías de Quesada, Eduardo, págs. VI y 117.
Balsillas, Hacienda, pág. 67.
Baraya, Antonio, 100.
Barnades y Claris, Miguel, págs. 17 y 27.
Barras de Aragón, Francisco de las, VI y 133.
Barreiro, Jesús, pág. 132.
Barrionuevo, Antonio, 104.
Bartolomé, Colegio de San, 54.
Belalcázar, Sebastián de, 32.
Beltrán de Heredia, Pablo, 116.
Benedito, José, 115.
Bergius, Pedro Jonás, págs. 58, 59 y 76.
Bocagrande, entrada de Cartagena, pág. 5.
Bocamonte, localidad, 67.
Bocaneme, localidad, 73.
Boerhaave, H., págs. 12 y 16.
Boldó, Baltasar Manuel, pág. 22.
Bolívar, Simón, págs. 48 y 100.
Bolivar y Urrutía, Ignacio, pág. 113.
Bonaparte, José, 99.
Bonpland, Amado, 85.
Botero Saldarriaga, Roberto, 98.
Bourdon, J., págs. 100 y 123.
Boussigault, Juan Bautista, 100 y 118.
Boutelou, Claudio, pág. 112.
Braun, Alejandro, 13.
Brito, Juan Clemente, 73.
Broignart, Adolfo, 13.
Buffon, J. L. L., 12.
Bustamante, José, 22.

Cabal, José María, págs. 86, 91, 98 y 100.
Caballero Cegares, Arturo, 113, 115 y 116.
Caballero, Pablo, 67, 102 y 125.
Caballero y Góngora, Antonio. Virre y Arzobispo, VIII, 57, 63, 68, 109, 111, 126.
Cádiz, pág. 24.
Caicedo y Cuero, Joaquín, 98.
Calatayud, Antonio, 41.
Caldas, Francisco José de, págs. VIII, 56, 83, 92, 100 104, y 131.
Camacho, José Joaquín, 84 y 108.
Camacho Roldán, Salvador, pág. 43.
Camacho y Rojas, Agustín, 56.
Camblor, José, 67.
Campazas, Fray Gerundio de, 10.
Canal del Dique, 40.
Candamo, José Antonio, págs. VIII y 67.
Candolle, Augusto Priamo de, pág. 21.
Capdequí, J. M. Ots, 7.
Carbonell, José María, págs. 92 y 108.
Carlos IV, VIII y 100.
Carlos III, VIII, 57 y 129.
Caroní, Río, pág. 17.
Caro, Miguel Antonio, 6.
Carranza, Ramón, 115.
Cartagena, págs. 5, 27 y 40.
Carvajal, José, 15 y 17.
Castel, Juan de Dios, pág. 17.
Castilla del Oro, 47.
Castilla, La, 38.
Castillejo, Domingo, 18.
Castro González, Manuel, 117.
Castro, Juan, 64.
Catalina II de Rusia, 78.
Cavanilles, Antonio José, págs. 18, 89, 99, 101, 103 y 112.
Centurias, pág. 13.
Cepeda, Domingo, 115.
Cerda, Messía de la, véase Zerda, Messía de la.
Cerda, Vicente de la, pág. 21.
Cervantes, Vicente, 21.
Cerví, 15.
Cesalpino, A., 12.
Céspedes, Juan María, 118.
Churruca y Elorza, Cosme Damián, 97.
Chocó, 70.
Cid, Ruiz Díaz de Vivar, 42.
Cifuentes, Francisco, 105.
Codazzi, Agustín, 47.
Colmeiro, Miguel, págs. 112, 113 y 114.
Collantes, José Raimundo, pág. 105.
Collantes Molano, Manuel, 105.
Colón, Cristóbal, 7.
Compañía de Jesús, 55.
Comuneros, Revolución de los, págs. 25 y 57.
Condal, pág. 17.
Condamine, C. M. de la, págs. 12, 30, 31 y 100.
Consuegra, Ignacia, 82 y 90.
Cortés, Santiago, pág. 118.
Cortés y Alcocer, Antonio, págs. 73 y 104.
Cortés y Alcocer, Francisco Javier, pág. 104.
Cortés y Alcocer, José, 103.
Cortés y Alcocer, Nicolás, págs. 73 y 104.
Córdoba, pág. 63.
Cortavilla, Diego, 16.
Costa de Mosquitos, 47.
Cuatrecasas Arumí, José, págs. 113 y 116.
Cuéllar, Juan, pág. 22.

Dávila, Francisco Manuel, 105.
De Candolle, véase Candolle, Augusto.
Deluyar, José Luciano, pág. 108.
Diago, Vicente Estanislao, 107.
Díaz Jaramillo, Juan, 69.
Díaz y García, Joaquín, 99.
Domínguez, José Manuel, 105.

Echeverría, Atanasio, 21.
Eichler, A. W., 13.
Elhuyar, Juan José D', págs. 74, 77, 79 y 101.
Endlicher, Esteban, pág. 13.
Engler, Adolfo, 13.
Enrile, Pascual, 132.
Escallón, Antonio, 107.
Escallón, José María, 108.
Escobar y Villarroel, Francisco, 104.
Esquiaqui, Domingo, págs. 46 y 82.
Estevan, Luis, 67 y 76.
Estevan Yoscua, Juan, pág. 83.
Ezpeleta Galdeano, José de, Virrey, págs. 74, 82, 90, 127, 130 y 131.

Facatativá, localidad, pág. 44.
Falquez, Juan Agustín, 101.
Fauna Cundinamarquesa, págs. 101 y 104.
Federmán, Nicolás de, pág. 32.
Feijóo, Padre, 15.
Felipe V, págs. 9 y 15.
Felipe II, Rey, pág. 9.
Fernández de Lugo, Pedro, 32.
Fernández de Oviedo, Gonzalo, 15.
Fernández de Piedrahita, Lucas, 8.
Fernández Valbuena, R., 116.
Fernando VII, págs. VIII, 90 y 114.
Fernando VI, pág. 14.
Ferrándiz, Manuel Antonio, 113.
Fetecua, herbolario, 67.
Fevillée, P., 19.
Flora de Bucarama, 88.
Flora Peruviana et Chilensis, 101.
Florez, Manuel Antonio, págs. 21, 25 y 51.

Floridablanca, pág. 17.
Fontibón, 45.
Font Quer, Pius, 117.
Forero, Manuel José, 73.
Franco-Bahamonde, Don Francisco, Caudillo de España, IX.
Fute, Hacienda de, 67.

Gago, Antonio, 64.
Gahn, Juan Jacobo, 12.
Galán, José Antonio, 25.
Galavis, Eustaquio, 25.
Galíndez, Lorenzo, 52.
Gálvez, José, Marqués de la Sonora, páginas VIII, 15 y 58.
Galvis, Ricardo, pág. 74.
Gama, Angela, 24, 109.
García, Antonio, págs. 67, 68, 70, 72, 73, 75 y 125.
García, Donato, pág. 117.
García Fray Diego, págs. VIII, 64, 73, 74, 87 y 100.
García, Miguel, pág. 99.
García Texada, Anselmo, 108.
García Varela, Antonio, 113.
Gaytán, Agustín, págs. 105 y 108.
Gerundio, Fray, véase Campazas.
Gil y Lemos, Francisco. Virrey del Nuevo Reino, págs. VIII, 51 y 126.
Girón, localidad, 53 y 84.
Gómez, Don Laureano. Presidente, pág. VIII.
Gómez Ortega, Casimiro, págs. 16, 17, 112 y 126.
Gómez Ortega, José. pág. 90.
González Hidalgo, Joaquín, 113.
Goudot, J. J., págs. 100 y 118.
Granados, Rafael, pág. 56.
Gravete y Soto, Antonio, 108.
Gredilla y Gauna, Apolinar Federico, páginas 78 y 112.
Groot, José, pág. 45.
Guadalupe, cerro, 53.
Guayabal, localidad, 68.
Gumilla, José, págs. 17 y 27.
Gutiérrez de Piñerez, Juan Francisco, página 25.
Guirior, Manuel, virrey, págs. 51 y 83.
Gutiérrez, Roque, caporal, 67 y 108.
Gutiérrez, Juan Nepomuceno, pág. 105.

Haenke, Tadeo, 22.
Halen o Hallen, Antonio van o wan, páginas 111, 113 y 117.
Haller, A., 12 y 16.
Hanson, Earl Packer, pág. 6.
Haüy, R. J., 12.
Heister, 16.
Hernández de Alba, oidor, 78.
Hernández de Alba, Guillermo, págs. 52, 55, 76 *et passim*.
Hernández, Francisco, pág. 15.
Hernández, Sebastián, 16.
Hernández Pacheco, Francisco, 116.
Hinojosa, Mariano de, 104.
Honda, San Sebastián de las Palmas de, localidad, págs. 41, 43 y 73.
Horacio, Flacco, pág. 6.
Hooker, W. J., 29.
Howard, 20.
Hoyos-Sainz, L. de, 11.
Huerta de Priora, jardín, 26.
Humbert, Enrique, 75.
Humboldt, Federico Enrique Alejandro, páginas 76, 81, 85, 100 y 110.
Huntington, E., pág. 9.

Ibagué, localidad, 25.
Ibáñez, Pedro María, págs. 77 y 90.
Index Kewensis, pág. 101.
Ingersson, Nils, 12.
Instituto Botánico de la Universidad Nacional de Colombia, 118.
Iter Hispanicum, 17.

Jacquin, Nicolás José, págs. 13 y 27.
Jardín Botánico de las Lajas, pág. 97.
Jardín Botánico de Mariquita, 74.
Jardín Botánico de San Carlos, 18.
Jáuregui, Lucas de, 15.
Jenner, 69.
Jiménez de Quesada, Gonzalo, 31.
Juan de la Cruz, San, 54.
Jurado, Juan, 132.
Jussieu, Antonio Lorenzo de, págs. 12, 13, 18 y 31.
Jussien, Bernardo, 29 y 31.
Jussien, Bernardo, pág. 31.
Jussieu, José, 31.

Kew, Jardín Botánico de, 29.
Kramer, 16.

Lagasca y Segura, Mariano, págs. 112 y 113.
Laguna, Andrés, pág. 29.
Laguna Verde, localidad, 68.
Lajas, localidad, 73.
Landete, Bruno, 67.
Lanneret, L., 73.
Leblond, Juan Bautista, 80.
Lerma, García de, 8.
Lezo, Blas de, 5.
Linné, Carlos de, págs. 12, 16, 61 y 81.
Lino, José, pág. 108.
Loefling, Pedro, págs. 16 y 17.
Loja, localidad, pág. 61.
Longinos Martínez, José, 21.
López de Mesa, Luis, págs. 6 y 37.
López Ruiz, Sebastián, pág. 61.
Lorente y Asensi, José Vicente, 18.
Losada, Luis de, 28.
Loyola, Iñigo o Ignacio de, 54.
Lozano, Jorge Miguel, 108.
Lozano, Jorge Tadeo, págs. VIII, 83 y 101.
Lozano, José Antonio, 105 y 108.
Luis XVI, rey de Francia, pág. 90.

Macarrón, G., 116.
Macarrón, L., 116.
Maella, Mariano, 104.
Magnol, P., 12.
Malaspina, Alejandro, págs. 22 y 112.
Mancera, Juan Francisco, 105 y 108.
Manga, fuerte cartagenero, pág. 5.
Manzanillo, fuerte cartagenero, 5.
Manzoni, 10.
Mariquita, localidad, 70.
Marqués de Sonora, véase Gálvez, José.
Marter, botánico austríaco, pág. 14.
Martí, Antonio de, 23.
Martínez de Sobral, Francisco, 102.
Martínez, José Manuel, págs. 104, 108 y 125.
Matis, Francisco Javier, 70, 72, 76, 105 y 119.
Mejía, José, dibujante, 100 y 108.
Memoria sobre las serpientes y el hombre, pág. 101.
Méndez, Sebastián, 104.
Mendinueta y Musquiz, Pedro. Virrey del Nuevo Reino, págs. VIII y 51.
Menéndez y Pelayo, Marcelino, pág. 10.
Mesa Armero, Francisco, 107.
Mesa de Herveo, localidad, 70.
Mesa de Juan Díaz, localidad, 67.
Messía de la Zerda, Pedro, págs. 5, 43, 45, 51 y 52.
Migas Calientes, Jardín Botánico, 16 y 29.
Millán Alocete, Paula, pág. 116.
Minuart, Juan, 16.
Moebius, M., 14.
Moel, botánico austriaco, 14.
Mompox, Santa Cruz de, localidad, págs. 40, 42 y 52.
Monardes, Nicolás, pág. 15.
Montuosa, Minas, 60.
Mon y Velarde, Juan Antonio, págs. 64 y 103.
Moreno y Escandón, Francisco, pág. 99.
Montúfar, Juan Pío, 97.
Moreno, Francisco, págs. 44 y 105.
Morillo, Pablo, 97, 100, 110 y 111.
Mutis Consuegra, Bonifacia, pág. 93.
Mutis Consuegra, José, págs. 83 y 131.
Mutis Consuegra, Sinforoso, VIII, 23, 83, 84, 92, 109, 110, 119, 120 y 131.
Mutis, Francisco, pág. 38.
Mutis, José Celestino, págs. VIII, XII, 30, 36 *et passim*.

Napoleón Bonaparte, pág. 81.
Nariño, Antonio, págs. 90, 99, 100 y 109.
Nariz de Escalante, pág. 70.
Navagero, A., embajador, 9.
Navarria, 77.
Navarro, Jaime, págs. 9, 60, 77 y 107.
Née, Luis, 22 y 87.
Neiva, pág. 70.
Newton, J., 12.
Nordenskioeld, E., pág. 12.
Nueva Andalucía, 47.
Núñez Pedrosa, 73.

Observatorio Astronómico de Bogotá, 86.
Ortega, José, págs. 16 y 17.
Ortega, Magdalena, pág. 91.
Ospina-Pérez, Don Mariano. Presidente, VIII.
Otsina, 16.
Ovidio, 12.

Pablo de Tarso, 54.
Palacio Rubios, jurista, 8.
Palacios, José, 43.
Palau y Verderá, Antonio, págs. 17, 18 y 81.
Paltor, pág. 17.
Pamplona, localidad, págs. 70 y 132.
Papel Periódico de Santa Fe de Bogotá, página 99.
Parra, dibujante, 105.
Paunero Ruiz, Elena, 116.
Pati, río Bogotá bajo, 69.
Pavón, José, 19.
Paz y Graells, Mariano de la, 112.
Pedropalo, localidad, 68.
Pedrells, 16.
Pérez-Arbeláez, Enrique, págs. VI y 117.
Pérez-Ayala, José Manuel, pág. 25.
Pérez, Felipe, 40.
Pérez, José Joaquín, 105.

Pérez Rubio, L., 115.
Pérez-Sarmiento, José María, XI.
Peristera elata, seu *alata*, 72.
Pflanzenreich, 101.
Pineda, 22.
Piratas, 47.
Piritú, localidad, 17.
Pizano, Roberto, 45.
Pomar, Honorato, 29.
Pombo, José Ignacio, págs. 78 y 107.
Pombo, Miguel, 88 y 108.
Porlier, pág. 15.
Poveda, Agustín, 18.
Preteimeier, botánico austriaco, 14.
Proust, L. J., 12.
Puente Grande, localidad, 67.

Quer, pág. 16.
Quesada, Cayetano, 73.
Quesada, Gonzalo Jiménez de, véase Jiménez.
Quezada, José Camilo, pág. 105.
Quinología de Ruiz y Pavón, 20.

Ramos, Antonio, pág. 18.
Real del Sapo, véase Sapo.
Regia Sociedad de Medicina y Ciencias de Sevilla, pág. 15.
Restrepo, José Félix, págs. 56, 86, 95 y 98.
Restrepo, José Manuel, pág. 107.
Restrepo Sáenz, J. M., págs. 5 y 40.
Reyes Prosper, Eduardo, pág. 113.
Rickett, 21.
Río Seco, localidad, 73.
Riqueur, médico, 16.
Rivas Goday, Salvador, págs. VI y XI.
Rivero, J., 73 y 100.
Rivero, M. E., pág. 118.
Rivinus, Q., 12.
Rizo-Blanco, Salvador, págs. VIII, 79, 84, 92, 101, 103, 125 y 132.
Roales, Miguel, 83, 103 y 104.
Robledo, Jorge, pág. 32.
Rodríguez, Antonio, 116.
Rodríguez de Luna, Juan Manuel, 16.
Rodríguez, José Demetrio, 113.
Rodríguez, Manuel del Socorro, 82.
Rojas, Clemente y Rubio, Simón de, 112.
Rojas, Padre, cura de La Mesa, 70.
Rojas-Pinilla, Don Gustavo, Presidente, VIII.
Romero, Mario Germán, 83.
Roos, botánico austríaco, 14.
Rosa, Moisés de la, 82.
Rosario, Colegio Mayor del, págs. 51, 54 y 56.
Roulin, P., 100 y 118.
Ruiz, Clemente, pág. 80.
Ruiz, Hipólito, 19.
Ruysch, F., 12.

Salgado, Francisco Javier, 130.
Sáenz, Alejo, 105.
Salvador, Bruno, 17.
Salvador, Fray, 16.
Salvador, Juan, 15.
Salvador y Pedrol, Jaime, 15.
San Agustín, localidad, véase Uyumbe.
Sánchez-Bella, Alfredo, VI.
Sánchez de Texada, José Remigio, 108.
Sánchez de Texada, Mariano, 108.
Sánchez de Texada, Pedro José, 108.
Sánchez, Félix, págs. 105 y 108.
Sánchez, José, pág. 18.
Sánchez, Miguel Antonio, págs. 105 y 108.
Sánchez, Vicente, pág. 104.
San Felipe de Barajas, fuerte de Cartagena, 5.
San Luis, fuerte de Cartagena, 5.
Santa Ana, minas de, 69.
Santa Cruz, fuerte de Cartagena, 5.
Santa Isabel, nevado, 70.
Santa Fe de Bogotá, págs. 48 y 82.
Santiesteban, Miguel, pág. 61.
Sapo, Real de Minas Gran, págs. 25, 52, 57, 61, 63 y 81.
Scheindenburg, Daniel, pág. 17.
Semanario de Caldas, págs. 84 y 98.
Serna, José María, pág. 108.
Serna y Rimaga, Francisco de la, 98.
Serrezuela, localidad, 82.
Sessé, Martín, 20.
Sevilla, Rafael, 110.
Silva, Antonio de, 104.
Sobral, Francisco Martínez de, págs. 61 y 81.
Socorro, localidad, pág. 70.
Solís Folch de Cardona, José. Virrey, páginas 5 y 51.
Sonora, Marqués de la, véase Gálvez, José.
Stupitz, pág. 14.
Suñol, José, 16.
Systema naturae, 13.

Tabernemontanus, pág. 16.
Tafalla, 20.
Tello, Félix, 105.
Tena, págs. 67 y 68.
Tequendama, pág. 28.
Thumberg, 81.
Timaná, localidad, 70.
Tocaima, localidad, 69.
Tolima, localidad, 69.
Tolima, nevado, 70.
Tolosa, Nicolás José, 105.
Tollendo, 132.
Torres, Camilo, págs. 56 y 98.
Torres de Villarroel, Diego, pág. 29.
Torres, Padre Juan de, 38.
Torrezal Díez Pimienta, Juan, virrey, 51.
Tournefort, S. P. de, págs. 12 y 15.
Triana, José Jerónimo, 76, 114 y 118.
Trigueros, Cándido, pág. 18.

Ulloa, Francisco A., 98.
Umaña Henrique, págs. 84 y 108.
Urdaneta, Alberto, pág. 42.
Urdaneta-Arbeláez, Don Roberto. Presidente, VIII.
Uribe-Uribe, Lorenzo, págs. VI, 110 y 114.
Uyumbe, estatua de, pág. 30.

Vaillant, Sebastián, pág. 12.
Valencia, localidad, 105.
Valenzuela, Crisanto, 98.
Valenzuela, Juan Eloy, págs. VIII, 54, 67, 68, 70, 97, 101, 103 y 125.
Vargas, Pedro Fermín, 51, 56, 73, 77, 61 y 107.
Vázquez, Arce y Ceballos, Gregorio, pág. 45.
Vélez, 17.
Venero de Leiva, Andrés Díaz, 43.
Ventenat, 13.
Vernon, 5.
Vezga, Florentino, 101.
Vila, Honorato, 131.
Villaluenga y Marfil, Juan José, págs. 73 y 103.
Villanova, Tomás Manuel, pág. 18.
Virgili, Pedro, 29.

Willdenow, pág. 103.
Wolfgang von Hagen, Victor, 37.

Xironza, Manuel José, 104.

Zabaraín o Zavarain, Francisco Javier, páginas 73 y 131.
Zambrano, José Antonio, pág. 105.
Zapata, Pedro, págs. 15 y 40.
Zea, Francisco Antonio, VIII, 19, 83, 90, 98, 99, 112 y 131.
Zerda, Pedro Messía de la, Virrey, 32 y 51.

BIBLIOTECA DEL JARDIN BOTANICO

Se terminó de imprimir
este primer tomo de
La Flora de la Real Expedición Botánica
del Nuevo Reino de Granada
para los Institutos de Cultura Hispánica
de Madrid y de Bogotá
en los Talleres de Sucesores de Rivadeneyra, S. A.
en vísperas de la Natividad del Señor
del año de gracia 1953.
Gloria a Dios en las alturas
y en la tierra paz
a los hombres de buena voluntad.

E PLVRIBVS VNVM